GRAN HISTORIA UNIVERSAL



GRAN HISTORIA UNIVERSAL

EL MUNDO ANTIGUO

GRAN HISTORIA UNIVERSAL

EL MUNDO ANTIGUO

I

por
MAURICE MEULEAU

EDITORIAL ARGOS VERGARA, S.A.

Título de la obra original:
LE MONDE ET SON HISTOIRE

Versión española de:
FERNANDO GUTIÉRREZ

Editorial Argos Vergara, S.A., 1979
Aragón, 390, Barcelona-13 (España)

ISBN: 84-7017-749-4 (Obra completa)
ISBN: 84-7017-750-8 (El mundo antiguo I)
Depósito Legal: B.31.180-1979 (I)

Impreso en España - Printed in Spain
Impreso por Rieusset, S.A., Sepúlveda, 88-94, Barcelona-15

INTRODUCCIÓN

Quisiéramos que la presente obra fuera para el lector una síntesis de la historia de las civilizaciones y sirviera al mismo tiempo para que el hombre deseoso de saber pudiera, a través de ella, iniciarse en el trabajo de la investigación histórica. En el discurrir de los siglos y de las culturas que vamos a examinar se ofrece una panorámica completa desde los orígenes de la historia hasta el hombre social actual.

Para cumplir nuestro propósito hemos tenido que renunciar a tratar de los elementos accesorios de la vida de algunos pueblos y ceñirnos a las civilizaciones que nos parecieron más importantes, aquellas que en definitiva han contribuido a configurar el mundo tal como es hoy, con el legado de conocimientos, técnicas y organizaciones sociales con que sucesivamente se ha ido enriqueciendo. Se trate de Cicerón o del Renacimiento, hemos aportado, tanto en el diseño de las figuras como en el material erudito, los rasgos que nos han parecido más característicos de cada época o de cada cultura estudiada. El examen de las realizaciones culminantes de la humanidad a través de mil milenios nos ha permitido encontrar los elementos sustanciales de una historia de la civilización. No hemos rehuido las comparaciones, ni hemos vacilado en compendiar conclusiones que son el necesario vínculo entre las experiencias del pasado y el presente, y nos permiten una interpretación de lo por venir. ¿Cómo estudiar la civilización moral e intelectual de la antigüedad mediterránea, sin juzgarla o definirla en aquellos tipos humanos cuyos herederos somos nosotros? Cada uno de los autores de las diversas partes de esta obra ha hecho esta primera selección según su criterio, y de ello ha resultado un conjunto en el cual, si bien se trasluce, quizás, una cierta diversidad de estilos, se obtiene plenamente la adecuación a las exigencias de la ciencia histórica, que es por sí diferenciada según sean sus períodos. No hemos querido dar la visión de un pasado homogéneo, según el cual las civilizaciones humanas se acoplarían unas con otras en el espacio y en el tiempo de un modo perfecto.

Los dos primeros volúmenes de esta obra sólo pueden tratar, brevemente, de África y Oceanía. Mucho más próximo a nosotros, el análisis de las estructuras económicas y so-

ciales del mundo europeo en el siglo XIX tiene para el lector un valor ejemplar, si se evoca, por contraste, nuestra relativa ignorancia respecto a las sociedades no europeas, entonces afectadas por el movimiento colonizador. En los mapas, en los cuales hemos querido resumir la distribución y relaciones entre las diversas civilizaciones, numerosos espacios en blanco mostrarán al lector hasta qué punto han estado alejadas hasta ahora de la esfera de nuestros conocimientos amplias zonas de civilización y que nuestra ignorancia respecto a ellas se puede ya considerar definitiva.

Se imponía una segunda selección; había que parcelar geográfica y cronológicamente las distintas partes de esta obra. El historiador vacila siempre en quebrar las unidades de civilización que las investigaciones hacen aparecer, y truncar y desnaturalizar la fisonomía de determinada cultura, aislándola de las demás cronológica y espacialmente: ¿qué etiqueta había que poner a la historia de la antigua Creta, puente entre el mar Egeo y Siria, agente de encuentros y contactos entre culturas diferentes? ¿Pertenece a la historia de Oriente? ¿A la de Grecia? Seguramente, a las dos a la vez; y la obligación en que nos hemos visto de atenernos a una toma de posición, en ese problema y en muchos otros, nos ha obligado no sólo a una discriminación que no podía ser sino arbitraria, sino a algunas repeticiones. En la medida de lo posible hemos adoptado el procedimiento más dúctil: la división cronológica es tradicional; pero hemos afrontado el riesgo del cambio de tiempo de varios siglos, tratando las civilizaciones europeas y asiáticas antes de los Tiempos Modernos, cuyo tempo no era evidentemente el mismo en los siglos en que sólo la Ruta de la seda y algunos audaces viajeros ponían en relación el mundo europeo y el mundo extremo oriental. En el conjunto de la obra, la historia aparecerá menos mediterránea y atlántica de lo que ha sido hasta ahora en los textos clásicos. Sin embargo, no podemos tratar igualmente todas las civilizaciones; lo que hemos dicho de las lagunas de la documentación basta para justificarnos, y también nuestra intención de indicar solamente en su variedad los elementos del pasado que han construido una civilización humana en devenir. Escribiendo para lectores europeos, o al menos penetrados por la cultura occidental, hemos, por tanto, concedido a Europa un lugar privilegiado. Pero el número de siglos en que vínculos cada vez más sólidos se han establecido entre Europa y el resto del mundo, nos ha inducido a tratar siempre más extensamente las culturas extraeuropeas, que en ningún lugar de esta obra hemos ignorado. Sólo en el último volumen aparece este equilibrio cuantitativo entre las diferentes áreas de cultura. Europa sólo cuenta para un quinto de la historia del mundo, en la medida, precisamente, en que una historia del mundo se hace posible a causa de las relaciones cada vez más frecuentes, cada vez más profundas entre las formas de cultura hechas independientes. Pero hasta ese momento hemos renunciado a la pretensión utópica de abarcarlo y describirlo todo. Una historia universal sólo puede estar escrita desde el interior de una civilización determinada, según la visión que un grupo humano, heredero de una cultura dada también, tiene del mundo que lo rodea: nosotros hemos elegido Europa para extender progresivamente el campo de nuestra exposición.

Esta obra está destinada al más amplio sector de público, a cualquiera que desee saber más sobre el pasado humano. Pero hay en ella algo más que la historia anecdótica o los picantes detalles que se cuentan sobre la vida de los grandes personajes. Todo ha sido subordinado a la intención de exponer lo que fueron las grandes civilizaciones humanas, y, retratos o relatos, todo ha sido elegido y citado en la medida en que convenía

para ilustrar un momento determinado del pasado, para dar carne y sangre a lo que es un austero juicio de historiador sobre las estructuras de una sociedad desaparecida. Recurriendo aquí a la historia de la economía o de la técnica, vinculándola a tal o cual aspecto de la vida cotidiana, utilizando en otra parte los datos que nos proporcionaban la vida religiosa o el pensamiento filosófico, hemos tratado siempre, con la ayuda de una rica documentación fotográfica, de hacer conocer en sus rasgos más característicos la asombrosa verdad de las sociedades humanas. Los mapas nos ayudarán a ello, porque son algo más que simples nomenclaturas de nombres geográficos, porque han sido hechos para sugerir una visión sintética de los grandes momentos de la historia humana, y de los grandes problemas con que ha tenido que enfrentarse. Los autores esperan haber hecho llegar a sus lectores una experiencia humana amplia, y haber despertado en ellos una simpatía de buena ley por aquellos que nos precedieron, y cuyas experiencias acumuladas han elaborado las civilizaciones en las cuales vivimos.





ENTRADA DE LA CUEVA DE MAS-D'AZIL (ARIÈGE)

Este lugar, conveniente para los períodos de grandes fríos, fué ocupado periódicamente desde fines del paleolítico superior (época magdaleniense) al mesolítico, en el que el clima todavía riguroso de las regiones montañosas permitía a los grupos humanos mantener diversas formas de vida.

PRIMERA PARTE

LA PREHISTORIA

Desde hace cien años el hombre entrevé lo que ha sido su pasado. Por perfectos que sean sus conocimientos, sabe que su especie no tiene más de 700.000 años, lo cual resulta una insignificancia con relación a los 50.000.000 de años que han sido necesarios para que los homínidos se convirtieran en los primeros hombres. El estudio de esos 700.000 años pertenece casi por completo a los prehistoriadores; a medida que se acumulan los datos, se esfuerzan en precisar las etapas de los lentos perfeccionamientos biológicos y culturales de la humanidad. El hombre ha vivido primero como depredador, desarrollándose a costa de los animales que cada vez con mayor eficacia cazaba y descuartizaba, y del mundo vegetal, que asolaba con desordenadas recolecciones. En un pasado muy reciente, hace menos de 10.000 años, se convirtió en creador de riqueza: el cazador desapareció ante el pastor, la cosecha de vegetales silvestres desapareció ante la agricultura y el hombre comenzó la explotación de una naturaleza que cada vez lo dominaba un poco menos.

A la acumulación de descubrimientos en milenios anteriores, sucedió una progresión cada vez más rápida en todos los terrenos: el de la técnica y también el de la organización social, hasta la invención de la escritura, que era uno de los resultados derivados de los logros conseguidos, pero que se convirtió en el símbolo del ingreso del hombre en la historia, hace 5.000 años.



TORO DE LA CUEVA DE LASCAUX (DORDOÑA)

Esta impresionante figura, de una altura de tres metros, se destaca en negro sobre el fondo de la pared rocosa, en la que se superponen y confunden diversas representaciones de animales. Bajo el morro del toro todavía puede verse un caballo, cruzado por un enigmático signo ramificado que pertenece a la misma composición que el toro.

I

LOS HOMBRES DEL PALEOLÍTICO

1. ¿Qué es la prehistoria?

La prehistoria, ciencia reciente. La idea de los lejanos orígenes de la humanidad es reciente, y entre los sabios europeos no ha sido acep tada plenamente hasta hace menos de un siglo. Incluso las mentalidades más despiertas permanecían encerradas en una educación cristiana y clásica. El autor que en el siglo XVIII emprendía un estudio sobre los germanos se apoyaba casi exclusivamente en el texto de la *Germania*, de Tácito. En 1700, el inglés Conyers, ante un sílex tallado que apareció junto a los huesos de un paquidermo fósil, imaginaba la muerte de un elefante del ejército de Julio César causada por un britano en los tiempos en que Inglaterra se llamaba Britania. Los fósiles eran interpretados como restos de los animales que había aniquilado el diluvio bíblico, y el uso de la palabra *antediluviano* ha quedado desde entonces en el lenguaje popular para designar los monstruos de los primeros tiempos geológicos.

Sin embargo, el progreso general de los conocimientos planteaba el problema de los orígenes del hombre de una manera cada vez más apremiante: viajes de descubrimientos, sobre todo entre los pueblos de Oceanía que todavía en el siglo XVIII empleaban herramientas de piedra, hueso y concha; progresos sobre todo de la geología y paleontología, que poco a poco hacían admitir la prodigiosa antigüedad de las rocas y de las especies vivas.

En 1687, La Bruyère había comenzado así sus *Caractères*: «Todo está dicho, y demasiado tarde vemos que desde hace siete mil años hay hombres y que éstos piensan.» Ateníase prudentemente a los datos de la cronología tradicional fundamentada sobre el texto del *Génesis*. En 1778, Buffon proponía otra visión de las cosas a sus contemporáneos; su obra *Les Époques de la Nature* retrasaba en el tiempo la formación del mundo: «Henos aquí, como me he propuesto, descendidos de lo alto de la escala del tiempo hasta los siglos bastante próximos al nuestro; hemos pasado del caos a la luz, de la incandescencia del globo a su primer enfriamiento, y este período de tiempo ha sido de veinticinco mil años. El segundo grado de enfriamiento permitió la caída de las aguas y produjo la depuración de la atmósfera hace veinticinco o treinta y cinco mil años... En resumen, esos grandes acontecimientos, esas operaciones y construcciones suponen, al menos, una sucesión de sesenta mil años. Después de lo cual la naturaleza, en su primer momento de reposo, dio sus frutos más nobles; la quinta época nos presenta el nacimiento de los animales terrestres.» Nos sonreímos ante las cifras adelantadas por Buffon; sin embargo, escandalizaron a algunos de sus lectores e inquietaron a la facultad de Teología.

Ponía gran cuidado en señalar su reverencia con respecto a las autoridades: «Estamos convencidos, independientemente de la autoridad de los libros sagrados, que el hombre fue creado en último lugar.» A pesar de considerar al hombre rey de la creación, lo situaba en un inquietante marco geológico, presentándolo en un estado de primitivismo que sólo pudo abandonar de modo progresivo. «Los primeros hombres, testigos de los movimientos convulsivos de la tierra todavía recientes y muy frecuentes..., temblorosos en una tierra que se estremecía bajo sus pies, desnudos de espíritu y cuerpo, expuestos a las inclemencias de todos los elementos, víctimas del furor de los animales feroces..., no tardaron mucho en

reunirse primero para defenderse con el número, y luego para ayudarse y trabajar de acuerdo y fabricarse alojamientos y armas. Comenzaron por aguzar en forma de hacha las piedras duras, los jades, el pedernal, que se creyó caído de las nubes y formado por el trueno, objetos que constituyen las primeras expresiones del arte del hombre en el estado de pura naturaleza.»

Pero si se podía intuir cómo era el mundo en un pasado muy distante, no era posible aceptar la sacrílega idea del hombre fósil, a pesar de los trabajos de algunos precursores, por ejemplo los del francés *Tournal*, que, a principios del siglo XIX, estableció un vínculo definitivo entre la arqueología y la geología.

No obstante, hacia mediados del siglo XIX se impuso una nueva visión de las cosas, a consecuencia de los trabajos y el empeño de los investigadores —en Francia, por ejemplo, *Casimir Picard*, y sobre todo *Boucher de Perthes* (1788-1868)—, y más aún gracias a un cambio en la mentalidad. Con respecto al hombre y sus orígenes como organismo, las nociones admitidas en los medios eruditos habían evolucionado lo bastante para que el inglés *Charles Darwin* pudiera publicar en 1859 *On the Origin of Species (El origen de las especies)*: se imponía una visión evolucionista autorizada que permitiera remontarse muy lejos en el pasado y en los orígenes del hombre e imaginar sus lentos progresos orgánicos y psíquicos a partir del mundo animal del cual debió de surgir.

Para el mundo sabio, la partida estaba ya ganada. En 1861, *Édouard Lartet* (1801-1871), excavando las grutas de Aurignac, en Dordoña, sacaba a la luz los primeros vestigios del paleolítico superior. Formuló entonces una clasificación preliminar de los datos de la prehistoria: distinguió las épocas según la especie animal dominante, habló de las edades del hipopótamo, de los grandes osos, del mamut y por último del reno. En el trabajo de los hombres de ciencia esta clasificación simplista ya no se utiliza, aun cuando se suele hablar de «la edad del reno» para designar las culturas del último período glacial.

Pero lo más esencial se había logrado, el principio de un método de clasificación sustentado por una cronología relativa, es decir, de una cronología que se preocupaba solamente por conocer el orden de sucesión en función de especies animales, herramientas, tipos humanos, vegetales..., y no la fecha de cada uno de los elementos que se superponen.

El campo del prehistoriador.

El historiador moderno se propone, por tanto, estudiar un enorme período que se extiende desde la aparición del hombre hasta algunos milenios antes de Jesucristo. En consecuencia, su campo abarca de seiscientos mil a un millón de años cuando considera el período en que los testimonios fósiles y los primeros utillajes humanos se hacen relativamente numerosos, uno o dos millones de años si se quiere considerar los orígenes mismos de la humanidad. Hoy día se admite universalmente la división de los tiempos prehistóricos fundamentados en la evolución física de la humanidad, su utillaje y su modo de vida:

El *paleolítico* (etimológicamente, edad de la piedra antigua) comprende desde la aparición del hombre hasta la implantación de un nuevo género de vida fundado en la agricultura y la ganadería. Después comienza el *neolítico* (segunda edad de piedra). Entre el paleolítico y el neolítico se inserta el *mesolítico* (época entre los períodos de la piedra tallada y la pulimentada), período de transición en el cual, durante algunos milenios, el hombre completó un modo de vida fundado en la caza y las actividades de recolección y domesticación que prepararon el neolítico.

¿Dónde detener la prehistoria? Demasiado precipitadamente se ha dicho que la historia comienza cuando los historiadores pueden reconstruir el pasado con la ayuda de documentos escritos, y durante mucho tiempo se han imaginado dos disciplinas bien concretas: una inclinada a las ingratas tareas de interpretación y coordinación de los documentos arqueológicos, cuyo hallazgo se debía a un afortunado azar, y la otra dedicada a reconstrucciones vivas y completas. En la actualidad no se diferencia con tanto rigor historia y prehistoria. Hoy se considera la historia como el estudio, a través del tiempo, del hombre que vive en sociedad, definición valedera para todos los momentos del pasado humano. Por consiguiente, la originalidad del historiador, definido en el sentido tradicional de la palabra como persona que dispone de documentos

escritos, es conocer la relación del individuo con su sociedad y los motivos que le han inspirado tal elección. La originalidad del prehistoriador es estudiar las sociedades organizadas, sus mutuas relaciones y su convivencia con el mundo natural del que estrechamente dependen, pero resignándose al anonimato de los miembros de esas sociedades y a ignorar su comportamiento individual, aunque aceptando reconocer que las deducciones a que un buen arqueólogo puede llegar sólo ofrecen un grado más o menos seguro de probabilidad. ¿Cómo podría, por ejemplo, reconstruir la organización del trabajo?

«La división del trabajo basada en el sexo y la edad no se reconstruirá directamente sobre la documentación arqueológica. Pero, por analogía con sociedades recientes y de un mismo nivel técnico, los prehistoriadores deducen en la mayoría de los casos que la cocina, el hilado, el tejido y la confección de vestidos, el cultivo de los campos sin la ayuda de un arado y la fabricación de una alfarería casera corresponden al trabajo de la mujer. Esta suposición se confirma al reconocer huellas de dedos femeninos en un vaso neolítico ruso, y por el uso de anillos, normalmente llevados por las mujeres, en la decoración de los vasos de la edad de hierro en Alemania.» (G. Childe, en *The Dawn of European Civilisation.)*

Por tanto, la historia comienza cuando la sociedad humana estudiada alcanza un elevado nivel de cultura, lo cual se traduce, sobre todo, en el uso de la escritura y en la transmisión de documentos escritos. En el Próximo Oriente, por ejemplo, Egipto y Mesopotamia salen de la prehistoria cuando las conquistas técnicas (agricultura, ganadería y generalización de la metalurgia) se hallan definitivamente aseguradas, cuando el hombre se ha liberado de su estricta dependencia con respecto al medio y los imperativos naturales; en fin, cuando vive en unidades sociales y políticas cada vez más complejas. A este respecto, las culturas egipcia y mesopotámica entran en la historia durante el IV milenio antes de Jesucristo. Pero los habitantes de Melanesia o Polinesia nunca lo hicieron antes del siglo XIX de nuestra era.

Queda el caso de pueblos y civilizaciones ante cuya clasificación hay que vacilar. Recordemos a los celtas contemporáneos de la Grecia antigua y a los germanos acampados en las fronteras del Imperio romano: ¿prehistoria o historia? Para la clasificación de tales estudios se ha creado el término *protohistoria* (la palabra griega *protos* significa primero): en ella se hace figurar el estudio de las sociedades prehistóricas tardías que estuvieron en relación con las civilizaciones literarias contemporáneas (la Galia céltica conocida y descrita por Julio César; la Germania, por Tácito), y cuyo nivel de cultura es ya muy elevado, sobre todo por sus contactos con las sociedades que conocían la escritura.

Cómo trabaja el prehistoriador. En su trabajo, el prehistoriador se halla en inferioridad de condiciones con respecto al historiador. Toda su documentación está oculta bajo tierra, y la ciencia prehistórica depende muy a menudo de la casualidad de los descubrimientos. Los grandes trabajos de la civilización moderna multiplican sus ocasiones: la excavación de un canal entre la Portalette y Saint-Jean-des-Prés puso en manos de Casimir Picard y de Boucher de Perthes armas y herramientas del paleolítico que se habían conservado en la turba del Somme. Al arrastrar sus redes por los fondos del mar del Norte, unos pescadores ingleses sacaron, un día de junio de 1931, una punta de lanza de asta de ciervo; era un indicio, entre muchos otros, de que el mar del Norte, algunos milenios antes de Jesucristo, había sido un vasto pantano explotado por los cazadores y pescadores del mesolítico.

Pero no todo se debe sólo al azar. El sabio puede explorar sistemáticamente regiones que sabe ricas en vestigios prehistóricos, las grutas de Périgord, por ejemplo. De la cueva de Aurignac a la de Rouffignac media casi un siglo de investigaciones y de esfuerzos para no dejar escapar el menor indicio. Desde fines de la primera guerra mundial, los yacimientos neolíticos de Gran Bretaña han sido metódicamente investigados como consecuencia de las inesperadas revelaciones proporcionadas por la fotografía aérea.

Una vez en posesión del material descubierto, el prehistoriador debe clasificarlo a toda costa. La mejor etiqueta que correspondería a un descubrimiento sería la que indicara su fecha, según nuestro cómputo en siglos y milenios antes de Jesucristo.

Proceder de este modo sería fijar una fecha absoluta. Pero en casi todos los casos, el prehistoriador ha de contentarse con una fecha relativa. En función de la edad de las capas de tierra en que el objeto ha sido descubierto, y de los vestigios animales o vegetales que ocultan, el prehistoriador se contenta con situar su descubrimiento en un orden de sucesión. Se sabe que los vestigios del *homo sapiens*, es decir, del hombre que es nuestro antepasado directo, cuya capacidad física y mental ha seguido siendo la nuestra, son contemporáneos de la más bella industria de la prehistoria, en la época de la última glaciación cuaternaria. Pero ningún sabio puede fechar esa revolución en los destinos humanos sino en términos de algunas decenas de milenios antes de Jesucristo.

Los investigadores se han preocupado y se preocupan siempre de encontrar técnicas para la fijación de fechas absolutas. Uno de los métodos es el de las *varves*, que permite la fijación de una fecha por el estudio de los depósitos aluviales en el fondo de los lagos glaciales, originados por la licuación del hielo en los momentos benignos de cada glaciación. Anualmente se depositaba una doble capa aluvial, negra y blanca, llamada *varve*. La cuenta de estas *varves* ha permitido evaluar en 8.000 años la duración del retroceso de los glaciares. Otro método es el del análisis del polen fósil, sobre el cual se ha fundado una cronología para los tiempos posglaciales, basándola en el cambio de las especies vegetales. El inconveniente de estos métodos es el de ser todavía demasiado imprecisos y no permitir remontarnos más allá de 15.000 años antes de Jesucristo, y de proporcionar puntos de partida solamente para Europa y América del Norte.

Mucho más interesante es el último método establecido: la fijación de una fecha fundamentada en la radiactividad residual. Todo organismo vivo absorbe carbono de peso atómico 14 y lo pierde lenta pero regularmente después de su muerte. Teóricamente, cuando se descubren restos de origen orgánico (hueso, cuero, madera, tejidos), siempre es posible valorar su contenido de carbono 14 y, por tanto, establecer la época de la muerte del organismo al cual pertenecía. Teniendo en cuenta las numerosas dificultades de aplicación, de una aproximación del orden del diez por ciento, el método llamado del radiocarbono 14 debe permitir la fijación de numerosas fechas en los cincuenta mil últimos años.

No se puede pedir a estos métodos más de lo que pueden dar: por ejemplo, resultaría de escasa utilidad emplear el método de detección de la radiactividad en la datación de los famosos manuscritos del mar Muerto, puesto que a través de él no se precisaría suficientemente la fecha —siglos II a I antes de J.C.— que los especialistas les asignan mediante el estudio crítico de las características del texto. Contrariamente, el mismo método es satisfactorio cuando permite establecer sincronismos entre culturas prehistóricas: por ejemplo, confirma el cambio entre los cultivos preagrícolas y pastoriles del Próximo Oriente hacia el año 6000 antes de J.C., con relación a las comunidades de cazadores de Europa occidental y septentrional, que continuaban los modos de existencia arcaicos. Por tanto, ¿qué importa una aproximación de algunos siglos, cuando se trata de comparar el grado de evolución de dos culturas?

Europa, madre y directora de la prehistoria.

La ciencia de la prehistoria nació en Europa, y es justamente Europa, hasta hoy, la más rica en descubrimientos. Pero la importancia de Europa en la prehistoria, el hecho de que la clasificación cronológica impuesta al conjunto de estudios prehistóricos sea de origen europeo, francés en especial, no debe ilusionarnos.

Poco a poco se abren a los historiadores inmensos territorios en todos los continentes, y se advierte entonces que las clasificaciones concebidas para los yacimientos de Francia meridional no corresponden forzosamente a lo que revelan los yacimientos de Siberia, de África del Sur, o incluso de España, y hay que elaborar clasificaciones locales que poco a poco habrá que coordinar. Más aún: la nitidez de la clasificación adoptada en función de los yacimientos de Europa occidental ha hecho creer durante mucho tiempo en la continuidad y en el crecimiento regular de las civilizaciones prehistóricas en un punto privilegiado del globo.

Al situar de nuevo lo que muestran los

yacimientos europeos en el contexto prehistórico mundial se advierte que muchos elementos que figuran en la clasificación europea, son, en realidad, el resultado o el eco lejano de hechos de civilizaciones llegadas de otra parte. Así, durante trescientos o cuatrocientos milenios, las innovaciones más importantes para el porvenir del hombre han partido de una vasta región que va de África oriental a Java, con respecto a la cual Europa no era más que una provincia marginal.

2. *Los primeros hombres*

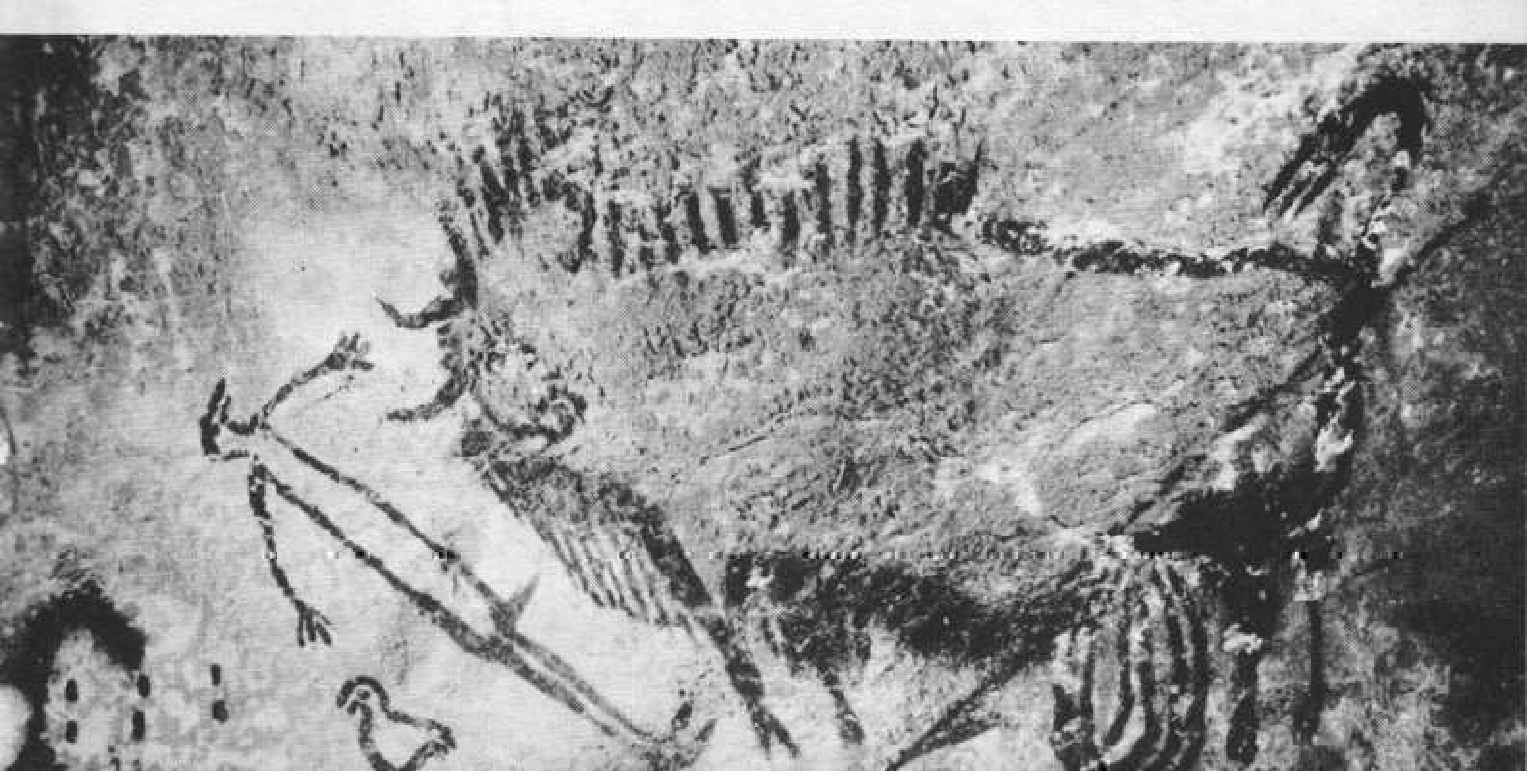
El medio físico. Durante el millón de años de la prehistoria, el hombre vivió en un mundo diferente del nuestro por su morfología, su clima y su fauna.

Aunque en la era cuaternaria existieron animales que nos son familiares, como el elefante, el caballo, el buey, etc., el hombre también se halló en presencia de monstruos temibles, desaparecidos hoy, como el mamut o el tigre de dientes de sable. Pero más importantes para los destinos humanos fueron los grandes cambios geográficos.

Durante la era cuaternaria, los dos hemisferios fueron teatro de fenómenos glaciales de gran amplitud, cuya extensión y consecuencias han sido estudiadas sobre todo en el hemisferio norte. En América septentrional, Siberia y Europa del norte, en todos los valles de las grandes cadenas montañosas se formaron inmensos glaciares, extendiendo o retrayendo un espeso casquete de hielo. Los geólogos distinguen así los períodos glaciales, en los cuales el avance de los hielos llega a su máximo, y los períodos interglaciales, en que se retiran. El número de estas periodicidades se calcula entre diez y quince. Pero considerando sólo los movimientos glaciales de gran amplitud, se distinguen, según los estudios efectuados en los Alpes occidentales, cuatro glaciaciones (llamadas de *Günz, Mindel, Riss* y

CAZA TRÁGICA EN LASCAUX

El bisonte herido de un lanzazo, con las entrañas colgantes, ha derribado al cazador. Esta representación plantea todavía muchos enigmas. ¿Quién es ese misterioso cazador itifálico, cuya cabeza (quizás enmascarada) recuerda la de un pájaro? ¿Qué significa la presencia del pájaro posado sobre una vara?



Würm), que se alternan con períodos interglaciales.

Las consecuencias de las glaciaciones fueron considerables: la enorme acumulación de agua en los casquetes glaciales hizo variar el nivel de los mares, que pudo llegar a descender un centenar de metros. Hasta la gran fusión de hielos que siguió a la última glaciación, el nivel de los mares fue a menudo inferior al de hoy, poniendo al descubierto istmos por los cuales pasaron los primeros hombres: Inglaterra estaba unida a Europa; Siberia, a Alaska; Insulindia, a Malasia. La retención de agua influía igualmente en el régimen de lluvias, y los países tropicales y subtropicales conocieron una alternancia de períodos secos y períodos lluviosos.

Las glaciaciones, la tercera de las cuales fue la más extensa en el hemisferio norte, modificaron profundamente las condiciones físicas. En ese hemisferio norte apreciamos más claramente sus consecuencias: descendió la temperatura en una ancha zona lindante con el casquete glacial, y la fauna y la flora cálidas se retiraron hacia el sur. Hasta el Mediterráneo, Europa se convirtió en una tierra fría con una vegetación de tundra y estepa, con abedules y pinos. Desaparecieron numerosas especies de animales; otros subsistieron o se adaptaron, como el bisonte, el caballo, el reno, los bóvidos, el mamut y el rinoceronte lanudo. El hombre también soportó el cambio. Pero sin duda aquél fue el momento en que pasó de vivir al aire libre a morar en las grutas y cavernas, donde estaba mejor protegido.

Aparición y progreso de la raza humana. En ese medio físico diferente del nuestro apareció el antepasado del hombre actual. Dejando de lado el problema todavía oscuro de sus lejanos orígenes, se puede afirmar que el hombre se separó enteramente del mundo animal hace más de un millón de años. Su diferenciación fue doble; primero por sus características físicas: el hombre era bípedo, de postura erecta, cuyas manos quedaban libres para tomar y transformar lo que cogiera; además, existían las condiciones necesarias para que la arquitectura de su cráneo pudiera desarrollarse, gracias a que su dentadura, que hasta entonces le había servido para triturar, desgarrar y cortar, fue sustituida por herramientas manuales, lo cual permitió que aumentara el volumen cerebral a costa de la disminución de las quijadas. Después se distinguió por su capacidad técnica rudimentaria.

El *zinjantropo,* descubierto en 1959 en Olduway, en Tanganika, a quien su constitución física alejaba ya del mundo animal, sabía quizá tallar las piedras que se encontraron entre los huesos rotos de animales que mató y devoró hace 1.750.000 años. Anunciaba la llegada de grupos humanos más extensos, formados por los *australopitecos* africanos. Como el lejano *zijantropo,* manifestaban su originalidad con relación al mundo animal confeccionándose instrumentos con guijarros partidos, y transmitiendo de una generación a otra esos rudimentarios conocimientos técnicos, hace un millón de años.

Desde entonces, tres grandes grupos humanos representarían la ascensión del hombre por un crecimiento constante de la capacidad craneana y de la calidad de las estructuras cervicales en los individuos, y por la continuidad del progreso técnico:

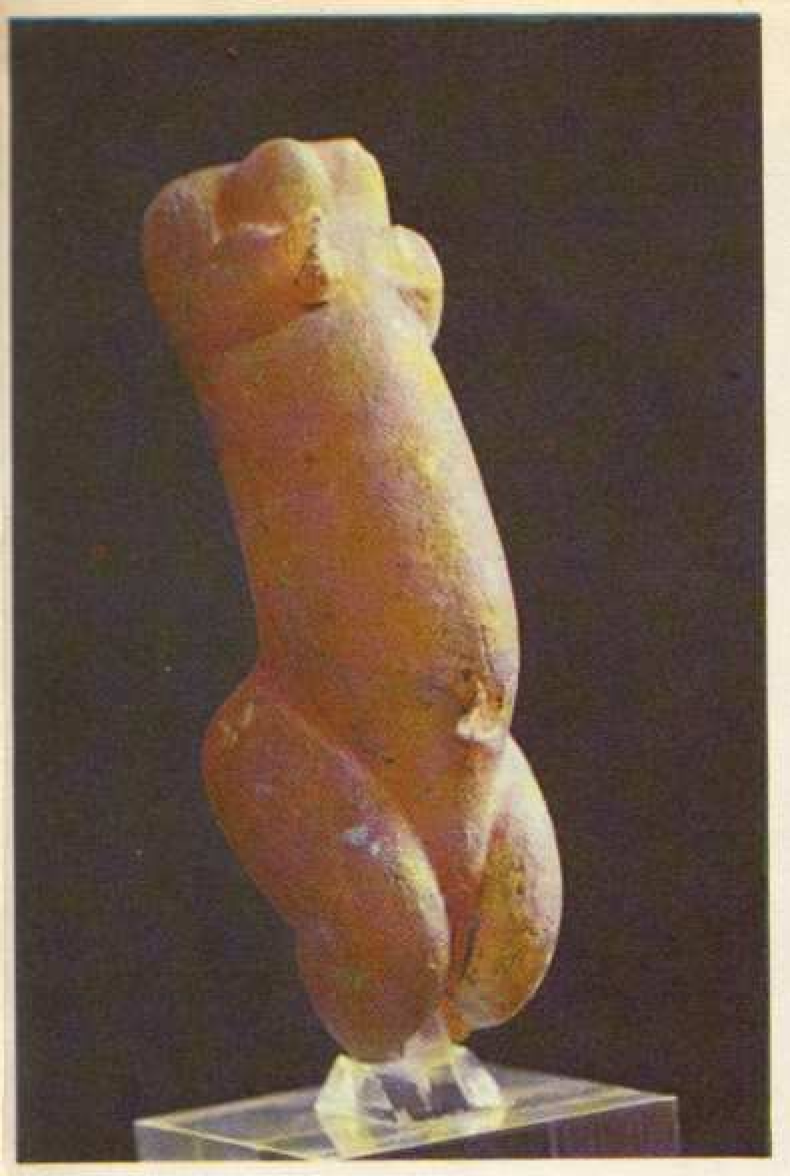
—los *pitecántropos* (entre los cuales figura el hombre de Java, cuyos restos tienen una edad de 500.000 años; el hombre de Pekín, o sinantropo, de 360.000 años; el hombre de Ternifine, en África del Norte, o atlantropo; el hombre de Mauer, en Europa), que duraron unos 400.000 o 300.000 años.

—los *neandertalenses,* igualmente limitados al antiguo mundo, y que duraron de 100.000 a 150.000 años.

—el grupo del *homo sapiens,* es decir, el hombre dotado de aptitudes intelectuales próximas a las del hombre histórico, y del cual somos descendientes, que se impuso definitivamente sobre los demás grupos humanos durante la cuarta glaciación hace quizá 40.000 o 50.000 años. Sus testimonios han sido descubiertos en Europa (hombre de *Cro-Magnon),* en África y en Asia.

La simplicidad de este cuadro no debe inducir a error: la evolución humana no consiste en la simple sucesión de un tipo antropológico a otro, tanto más cuanto que cada grupo enumerado está lejos de ser homogéneo.

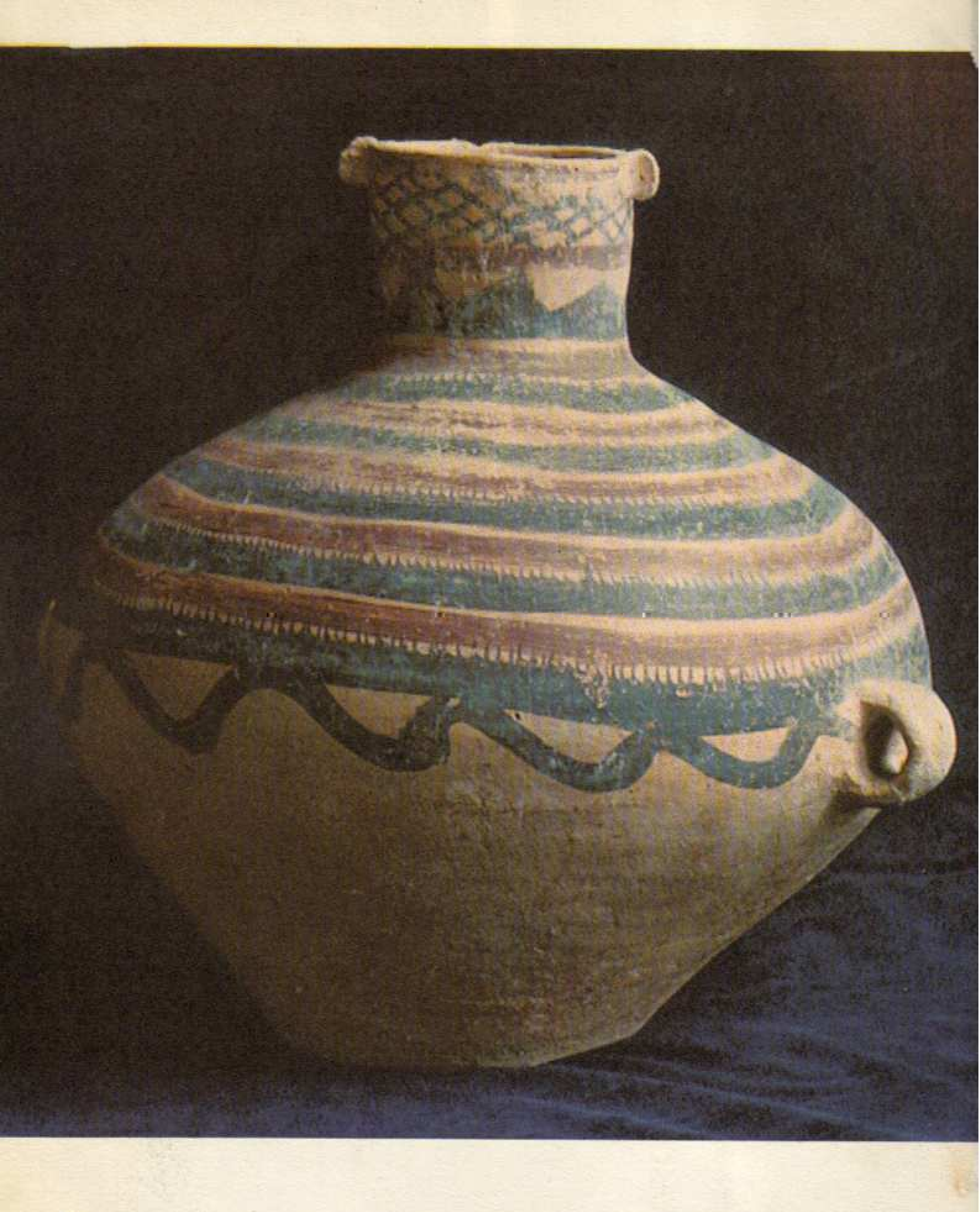
Sólo ciertos miembros del grupo de los





PIEZAS ESCULPIDAS DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR

Arriba, a la izquierda: la «Venus de Sireuil» (cf. p. 24); a la derecha: la «Dama de Brassempouy», tallada en un colmillo de mamut, una de las primeras representaciones de la figura humana. Abajo: un caballo tallado en marfil, hallado en la caverna de Espelugues, cerca de Lourdes.



VASO NEOLÍTICO CHINO DE LA CULTURA DE PAN-CHAN

En el norte de China, los campesinos de las mesetas de loess del Hoang-Ho crearon una notable industria cerámica a principios del II milenio; se considera, por lo general, que esta cerámica roja pintada es el remoto resultado de las técnicas cerámicas nacidas en la meseta irania durante el V milenio. La alfarería china es notable por la calidad de la arcilla y el equilibrio de la forma.

VASOS
PROCEDENTES DE SUSA
(IV milenio)

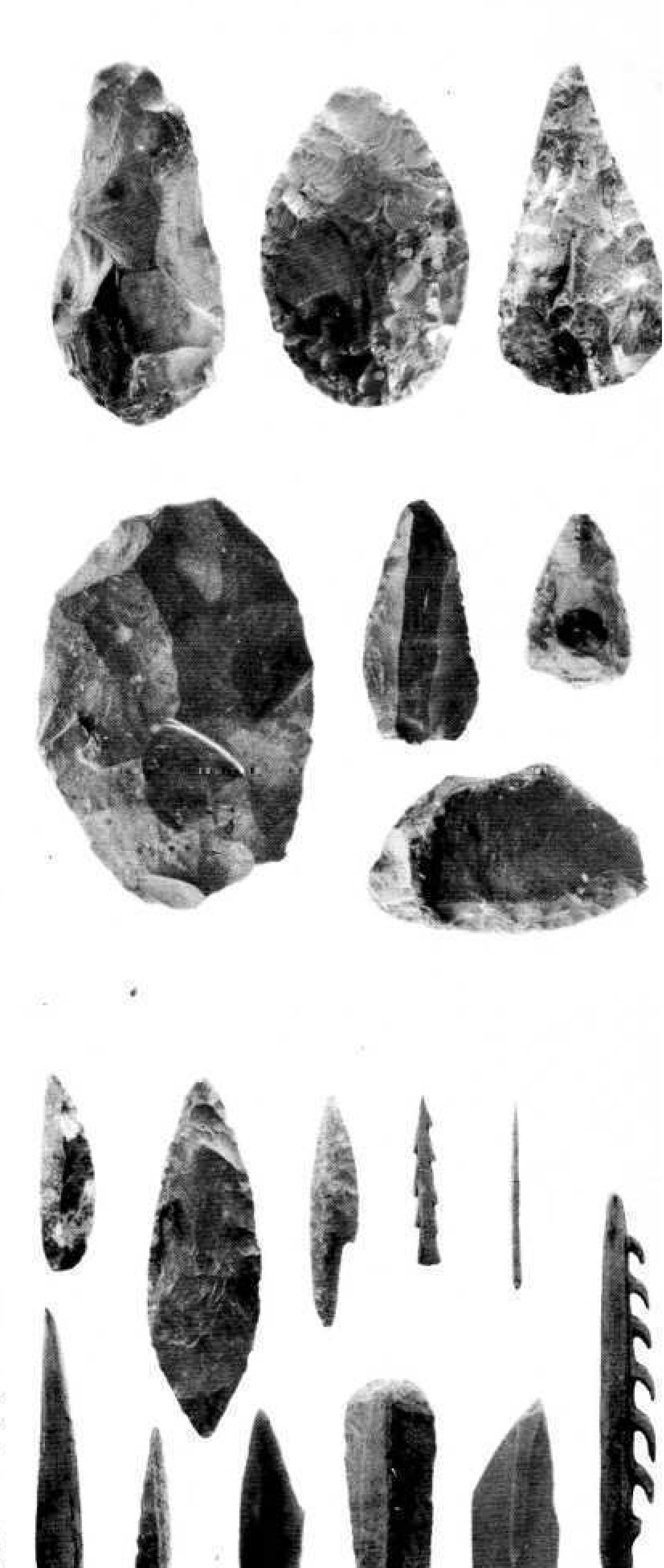
La cerámica de Susa es, en esta época, la más bella expresión del arte neolítico de los alfareros iranios. En los vasos de paredes finas habían mezclado acertadamente los elementos decorativos geométricos y otros tomados de la fauna de las estepas: arriba: zancudas; abajo: sloughis.

UN PEZ Y UN MAMÍFERO

En la parte superior, pez pintado en la cueva de La Pileta (Benaoján, Málaga) durante el período epipaleolítico. En la parte inferior, una de las obras maestras de la cueva de Altamira (Santillana del Mar, Santander); período magdaleniense.

australopitecos auguran el tipo de pitecántropo; los neandertalenses son sin duda la continuidad normal del grupo de los pitecántropos; pero el origen del *homo sapiens* es dudoso. Se ha pensado que había surgido de los neandertalenses más evolucionados, en Asia Menor, según unos, y en África oriental, según otros. Pero los descubrimientos efectuados en Olduway, en Tanganika, en octubre de 1963, han venido a trastornar las teorías: los restos de varios individuos, que presentaban características esenciales próximas a las del *homo sapiens*, han sido hallados en los mismos yacimientos que encerraban los restos del zinjantropo. A ese reciente hallazgo se le ha dado el nombre de *homo habilis*, sin atreverse, por el momento, a deducir la relación directa entre el homo *habilis* y el *homo sapiens*, puesto que media entre ambos un dilatado espacio temporal. De todas formas, se encuentra confirmada la existencia simultánea de grupos humanos totalmente diferentes. Ya se había afirmado que los pitecántropos aparecieron cuando todavía vivían los australopitecos, y que los neandertalenses hacía mucho que eran contemporáneos de los pitecántropos y de los primeros representantes del *homo sapiens*.

Por tanto, cada vez que la humanidad ha dado un salto hacia adelante y se ha afirmado un tipo superior, los hombres representativos de un estadio humano inferior



UN MILLÓN DE AÑOS DE PROGRESOS TÉCNICOS

Arriba: Utillaje característico del paleolítico inferior: bifaces labrados a partir de nódulos silíceos. A la izquierda, un biface abbevillense (quizá de 800.000 a. de J.C.); en el centro y a la derecha, dos bellas hachas de mano achelenses (tal vez de 500.000 a. de J.C.). En el centro: utillaje del paleolítico medio, obtenido de lascas desgajadas de un núcleo, sobre las cuales se pudieron tallar utensilios de menor peso, ya fuesen indiferenciados (atípicos) o especializados (puntas y raspador musteriense de la derecha del grabado).

Abajo: El utillaje, ya muy variado del paleolítico superior, compuesto de huesos largos y hojas (lascas de doble longitud que anchura) de sílex muy retocados: perforadores, buriles, raspadores, puntas de arpón y de azagaya (obsérvese en el centro, arriba, la punta de sílex prolongada en una espiga para el mango)... Las «hojas de laurel» solutrenses (arriba, segunda a partir de la izquierda) figuran entre las más bellas producciones de los tiempos prehistóricos.



LA TALLA DE LA PIEDRA

El estudio de las técnicas todavía empleadas por hombres de culturas primitivas ha ilustrado a los prehistoriadores acerca de los procedimientos conocidos por el hombre prehistórico. Los ademanes de estos artesanos indios nos restituyen diversos procedimientos empleados desde hace centenares de miles de años.



han subsistido durante docenas de milenios y poco a poco han sido rechazados y acaso exterminados.

Los instrumentos del hombre paleolítico. El ritmo del progreso técnico es naturalmente paralelo al de los progresos físicos. A cada nuevo tipo humano corresponde un utillaje más perfecto, pero el ritmo de los progresos técnicos no sigue una trayectoria continua.

Una vez alcanzado cierto nivel técnico, el utillaje experimentó ligeras mejoras y el paso a nivel superior se hizo por medio de un súbito y global perfeccionamiento, pero nunca por progresos regulares, como tampoco se pasó del hombre de Neandertal al *homo sapiens* a través de fases coherentes e imperceptibles. Basándose en los progresos técnicos efectuados por etapas, los prehistoriadores han dividido el paleolítico en tres momentos:

—el *paleolítico inferior,* que agrupaba las industrias más toscas, y que duró quizá de 400.000 a 450.000 años;

—el *paleolítico superior,* cuyos progresos la época del hombre de Neandertal, que duró de 100.000 a 150.000 años, y cuyas industrias, como las del paleolítico inferior se extendieron por todo el mundo;

—el *paleolítico superior,* cuyos progresos se limitaron a ciertas regiones del globo.

Para defenderse, para actuar en el medio en que vivía, el hombre de la prehistoria utilizó los materiales de que podía echar mano: piedra, hueso y madera. Durante mucho tiempo se ha dudado sobre el empleo de estos dos últimos, dado que por su carácter orgánico no se han conservado hasta el presente más que en condiciones muy especiales. En Lehringen, en la Baja Sajonia, fue hallada una azagaya de madera endurecida al fuego, de 2'4 metros de largo, junto a los restos del mamut al cual había dado muerte. Pero lo esencial del utillaje que ha llegado a nosotros son los útiles de piedra, sobre todo de sílex, empleados por la facilidad con que podía ser tallado.

De un extremo a otro de los tiempos prehistóricos no ha variado el principio de utilización del sílex: su talla ha dado siempre dos tipos de industrias: de lascas y de núcleos. Más o menos pesados, más o menos afilados, nódulos retocados (generalmente bifaces) y esquirlas fueron utilizados de manera diferente, en ambientes distintos: que se adaptaban a las necesidades de las regiones cálidas y forestales; las lascas se usaban en las regiones más frías. Los progresos fueron lentos: el utillaje de guijarros someramente desbastados data de 600.000 años antes de J.C., y hazsta 35.000 años a. de J.C. aproximadamente no aparecen los primeros




A la izquierda: talla de un bloque de piedra con la ayuda de un martillo y un escoplo. En el centro: desprendimiento de lascas de piedra a partir de un núcleo. A la derecha: talla y retoque de esas lascas con ayuda de un percutor y un mazo; es el método de percusión directa, en el que la lasca de sílex es trabajada con una maza cuyos golpes desprenden lascas más toscas y pequeñas.

cinceles para la talla del sílex. Los progresos han consistido en afinar y aligerar cada vez más los instrumentos fabricados, por el empleo de mejor utillaje (percutores de madera, cinceles, buriles), y por procedimientos técnicos como la talla a presión que permite rebajar el sílex no ya en lascas o en gruesas piezas, sino en finas láminas. El resultado ha sido la mejor utilización de los materiales, por el constante aumento de la longitud del filo y la disminución del peso de la materia utilizada: los bifaces achelenses (de Saint-Acheul, en el Somme, según la costumbre establecida de que el nombre del lugar del descubrimiento designe todas las industrias semejantes a las que fueron descubiertas en él) pasarán durante el paleolítico inferior de un peso medio de un kilo por veinte centímetros de corte a un peso de quinientos gramos para la misma longitud de corte. Pero en el paleolítico medio los fragmentos levalloisienses demuestran mejor fabricación porque se obtenían dos metros de corte por un kilo de sílex.

Las condiciones de trabajo eran evidentemente diferentes de las de nuestro tiempo. A veces, se realizaba en grupos; cabe suponer, por ejemplo, que la abundancia de los restos de talla hallados en un yacimiento cerca de Abbeville atestigua la existencia de un verdadero taller en el paleolítico antiguo. Pero tales instrumentos exigían poco tiempo para su fabricación, y sus poseedores parece que los abandonaban con la misma rapidez con que eran producidos. En el yacimiento de Olduway, en Tanganika, se han encontrado entre los restos de un hipopótamo, sin duda muerto por una partida de cazadores, 459 bifaces y hendidores abandonados después del descuartizamiento.

3. El Paleolítico superior: el fin de la civilización prehistórica

El hombre y el medio. El paleolítico superior es sincrónico del comienzo de la cuarta glaciación, fenómeno que modificó totalmente las condiciones de vida, ofreciendo al hombre que vivía en el norte del Mediterráneo una vegetación y una fauna subárticas de las cuales iba a sacar el mayor partido posible. Sus

orígenes son oscuros; los prehistoriadores han reconocido la presencia del *homo sapiens* en un área cada vez más vasta comenzando por Europa. Pero es probable que poblase Europa desde el Irán y Asia del sudeste, y más tarde pasase de Europa a África, donde pobló primero el Magreb y el Sahara.

De un extremo a otro de ese vasto territorio africano, el grupo humano puede reconocerse por cierto número de caracteres comunes, aunque ya se descubren en él particularidades físicas que anuncian la fragmentación de ese grupo en subgrupos raciales que todavía conocemos: blanco, mogoloide y negroide, que se afirmarán cada vez más durante el neolítico. Esta civilización se halla particularmente bien desarrollada en Europa occidental, sobre todo en el sudoeste de Francia y en toda la España meridional y levantina. Por otra parte, las grandes divisiones de este período han recibido nombres tomados de yacimientos franceses: auriñaciense (de Aurignac, en Dordoña), solutrense (de Solutré, en Saona y Loira), magdaleniense (de la Madeleine, en Dordoña también), valederos para la prehistoria de Europa occidental.

EL EQUIPO
DE UN BUEN CAZADOR

Una punta de arpón magdaleniense procedente de Laugerie-Basse (Dordoña), y destinado a la caza menor.



Buen artesano y buen cazador. Se ha propuesto el nombre de *leptolítico* (es decir, edad de la piedra ligera) para designar el paleolítico superior y valorar los últimos progresos que la humanidad experimentó al dar efectividad a un utillaje hecho de piedra. Provisto de un cincel, el artesano rebajaba el sílex en láminas cada vez más delgadas, con un rendimiento de siete metros de corte por kilo de sílex tallado. Esta hoja de piedra ligera transformó las condiciones de vida: el cazador paleolítico ganó en movilidad. Podía hacer largas caminatas, alejarse de los yacimientos de materias primas, llevando consigo un núcleo de sílex que trabajaba a medida de sus necesidades. Asociando este utillaje lítico al hueso, que se convirtió en el segundo de los materiales, el hombre pudo fabricar armas arrojadizas perforadoras, la azagaya y el arpón. En la época auriñaciense la invención del arco acabó de proveer al hombre de todo el equipo de cazador y guerrero, que apenas debía cambiar, excepto en el material, hasta la aparición de las armas de fuego. Asimismo creó casi todos los utensilios artesanales de hueso o de piedra que han perdurado, con mínimas variaciones, hasta nuestros días, entre los cuales el más importante, sin duda, fue el buril de sílex. Habida cuenta del frío, las agujas de hueso permitían el cosido de los vestidos de cuero y de pieles.

Como sus lejanos predecesores, el hombre del paleolítico superior siguió siendo cazador y alimentándose sobre todo de carne. Por tanto, era necesariamente nómada, o al menos seminómada, habitante de las cavernas que lo protegían del frío en invierno, y vagabundo a la vuelta de la primavera. Cuando las manadas de renos, alces, bisontes, mamuts, caballos, etc., se trasladaban de unos pastos a otros, los cazadores, agrupados en partidas, se dedicaban a acorralar rebaños enteros que empujaban hacia las redes y las trampas preparadas por otros cazadores. Se han encontrado testimonios de algunas grandes cacerías: los huesos de millares de caballos amontonados al pie del promontorio de Solutré, donde los animales,

enloquecidos, se precipitaron en el vacío; y el enorme osario de Predmost, en Moravia, donde más de 40.000 instrumentos hallábanse mezclados con las osamentas de 500 mamuts. Las armas arrojadizas, arpones, azagayas y flechas, pusieron a merced de esos cazadores nuevas variedades de caza, los animales ligeros y rápidos a los cuales se debía herir en plena carrera o en pleno vuelo: los huesos de gamuzas, rebecos, zorros y pájaros de toda clase hiciéronse frecuentes en torno a los hogares.

No por mejor nutrida esta población hallábase menos expuesta al peligro de una alimentación irregular. Fuera de las épocas de frío, la caza no podía ser almacenada y conservada; por tanto, nos imaginamos los períodos de abundancia alternando con grandes escaseces. Ciertamente, debió aumentar la población, y el hombre vivió más años que antes, como lo demuestran los cálculos hechos sobre los huesos encontrados. Fundándose en los restos de ciento veintidós individuos examinados, el profesor Vallois da las siguientes cifras:

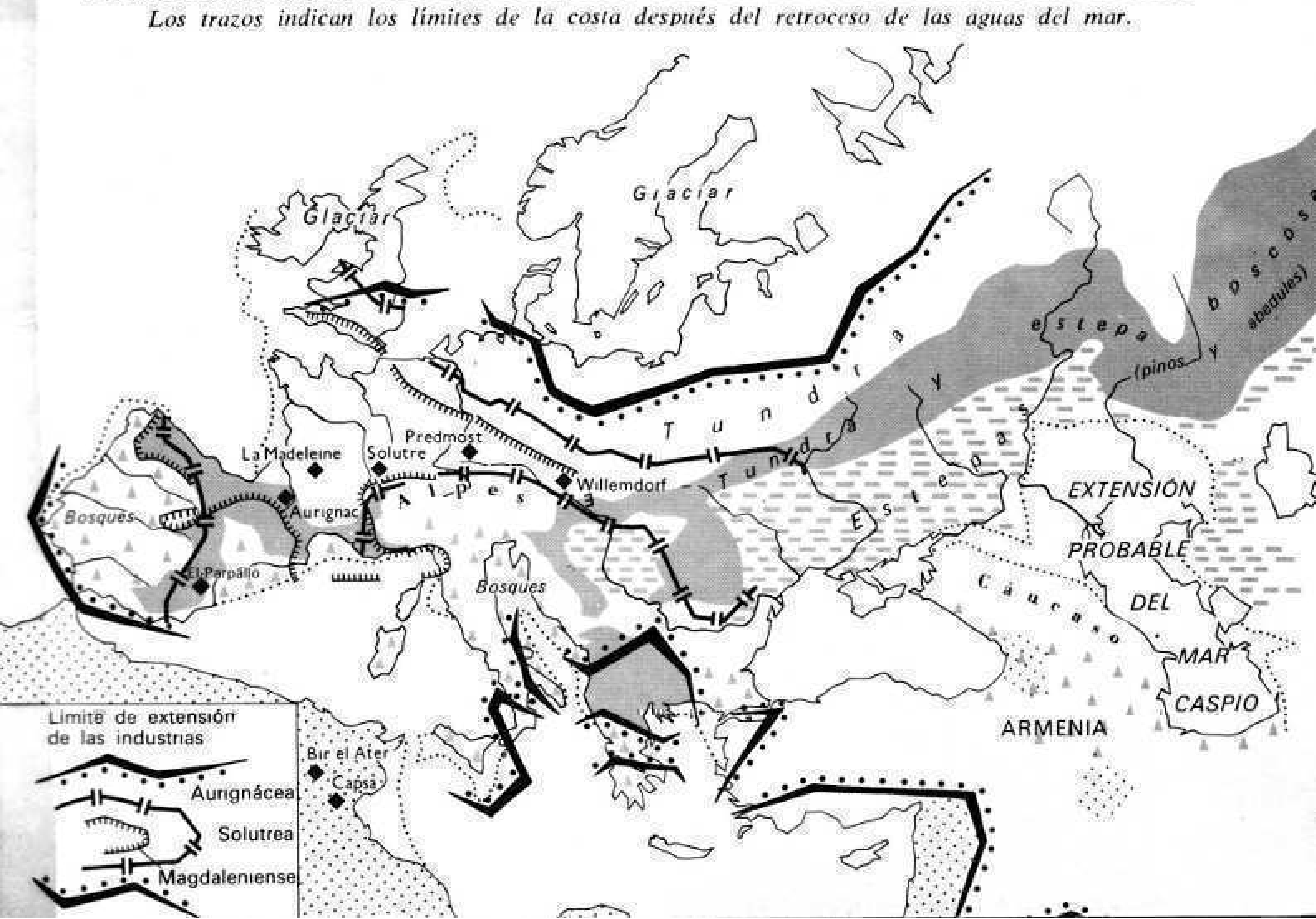
Individuos muertos	De menos de 13 años	Entre 15 y 20 años	Entre 21 y 40 años	Entre 41 y 60 años
Hombre de Neandertal	40 %	15 %	40 %	5 %
Homo sapiens	24'5 %	9'8 %	53'9 %	11'8 %

A pesar de una considerable mejora en la vida, el hombre del paleolítico superior no dejaba de morirse a una edad media poco avanzada.

Mago y gran artista. El mejoramiento de las condiciones vitales, por precario que fuese, permitió 20.000 o 15.000 años antes de J.C., la aparición de actividades y preocupaciones nuevas. El hombre de la edad del reno, con nuevos medios materiales, obsesionado por

ÁREA DE EXTENSIÓN DE LAS CULTURAS DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR EN EUROPA

Los trazos indican los límites de la costa después del retroceso de las aguas del mar.



EL BRUJO DE LA GRUTA
DE TROIS FRÈRES (Ariège)

Esta extraña figura, con el aditamento de una cola de caballo y astas de ciervo, poco visibles en la foto, ¿representa acaso una figura divina? ¿O más bien un hechicero celebrando ritos que ayudarán a la fecundidad de los rebaños? ¿Se trata, en fin, de un cazador revestido con los despojos de un animal que intenta acercarse a un rebaño?

MANO PINTADA EN NEGATIVO EN LA CUEVA DE EL CASTILLO (Santander)

El artista prehistórico puso su mano sobre la pared de roca y sopló sobre ella una bocanada de color, sirviéndose de una caña sin nudos.



preocupaciones espirituales que el psiquismo elemental de sus predecesores había conocido apenas, se tomó el tiempo y tuvo el agente para expresar y satisfacer sus creencias.

El primer testimonio de estas preocupaciones consiste en el cuidado prestado a los muertos desde la época del hombre de Neandertal. En una de las cavernas del monte Circeo, en Italia, un cráneo al cual se le calculan 120.000 años había sido depositado ritualmente en el centro de un círculo de piedras. Por todas partes se han encontrado sepulturas de la misma época, en Francia

(La Chapelle-aux-Saints) y en Palestina (Monte Carmelo). Recientemente se ha descubierto en Teshik-Tash (Uzbekistán) la tumba de un niño que había sido rematada con seis pares de cuernos de cabra salvaje. En el Drachenhöhle, en los Alpes suizos, los neandertalenses dejaron cráneos de osos colocados en círculos de piedras. ¿Era por devoción hacia una divinidad animal?

En el paleolítico superior existen manifestaciones de este tipo. El hombre parece haber experimentado la misma reverencia por los cráneos humanos y los animales. Todas las sepulturas muestran la vigencia de ritos funerarios cuyo sentido no es fácil de explicar: los cadáveres enterrados, encogidos y atados, ¿son acaso el testimonio del temor de los vivos? Por lo menos es segura la creencia en una prolongación de la vida más allá de la muerte, como lo demuestran las ofrendas depositadas junto al difunto. Esta humanidad precaria, siempre amenazada por el hambre y las enfermedades, parece haber querido conjurar el peligro más grave, el de la propia desaparición: así se explica la presencia del brujo en ciertas representaciones. Sus exorcismos debían asegurar la supervivencia de los hombres y el dominio de las fuerzas naturales, aplicándose sin duda a la confección de estatuillas y figuras grabadas y pintadas.

Parece cierto que lo que hoy día es admirado como una obra de arte fue primero el auxiliar de prácticas mágicas, sin que sepamos en qué medida el maestro de la obra fue finalmente seducido por la belleza de aquello que había emprendido primero por su utilidad. Aparte deben considerarse los collares, brazaletes y colgantes que fueron amuletos y, sin duda, también adornos. El arte del paleolítico superior nos ha dejado numerosas estatuillas, bautizadas con el nombre de Venus por los prehistoriadores que querían subrayar su papel de fetiches protectores de la fecundidad humana. Pero el arte *parietal* (es decir, el que se desarrolla en las paredes de las cavernas) nos ha legado las representaciones, pintadas o grabadas, de interpretación más difícil. Las primeras producciones pictóricas consistieron en impresiones de manos realizadas en negativo, es decir, aplicando la palma sobre la pared de roca y soplando sobre ella una materia colorante pulverizada, con lo cual se conseguía plasmar su silueta como si se tratase de un estarcido. Pero muy pronto, frecuentemente con torpeza, las figuras de animales aparecen pintadas, grabadas o esculpidas en bajo relieve, en composiciones cuyos temas principales se repiten: caza fructífera, en la cual el animal, traspasado, testimonia la habilidad de los cazadores; fecundidad del rebaño, exaltada por las escenas de celo animal y la presencia de hembras grávidas; en una palabra, composiciones que deberían proporcionar al hombre el dominio sobre el mundo animal y que, por esta razón, dejaban poco lugar a la representación del ser humano.

Los más bellos testimonios de este arte datan de la época *magdaleniense;* sus enclaves más importantes son las cavernas del sudoeste de Francia y del noroeste de España, lo cual ha valido a este arte el nombre de *francocantábrico*.

No siempre distinguimos lo que los artistas han querido representar: son frecuentes los temas geométricos, de oscuro significado, y las superposiciones de figuras, trazadas en diversas épocas con menor interés por la belleza formal de la obra que por su eficacia mágica. Por tanto, debemos imaginar esas cavernas adornadas con pinturas y grabados como los templos más antiguos que conocemos, utilizadas por colectividades para sus ceremonias de iniciación y para el desarrollo de los ritos que asegurarían la supervivencia del grupo, porque mantenían la fecundidad de los animales salvajes y la habilidad sobrenatural de los cazadores.

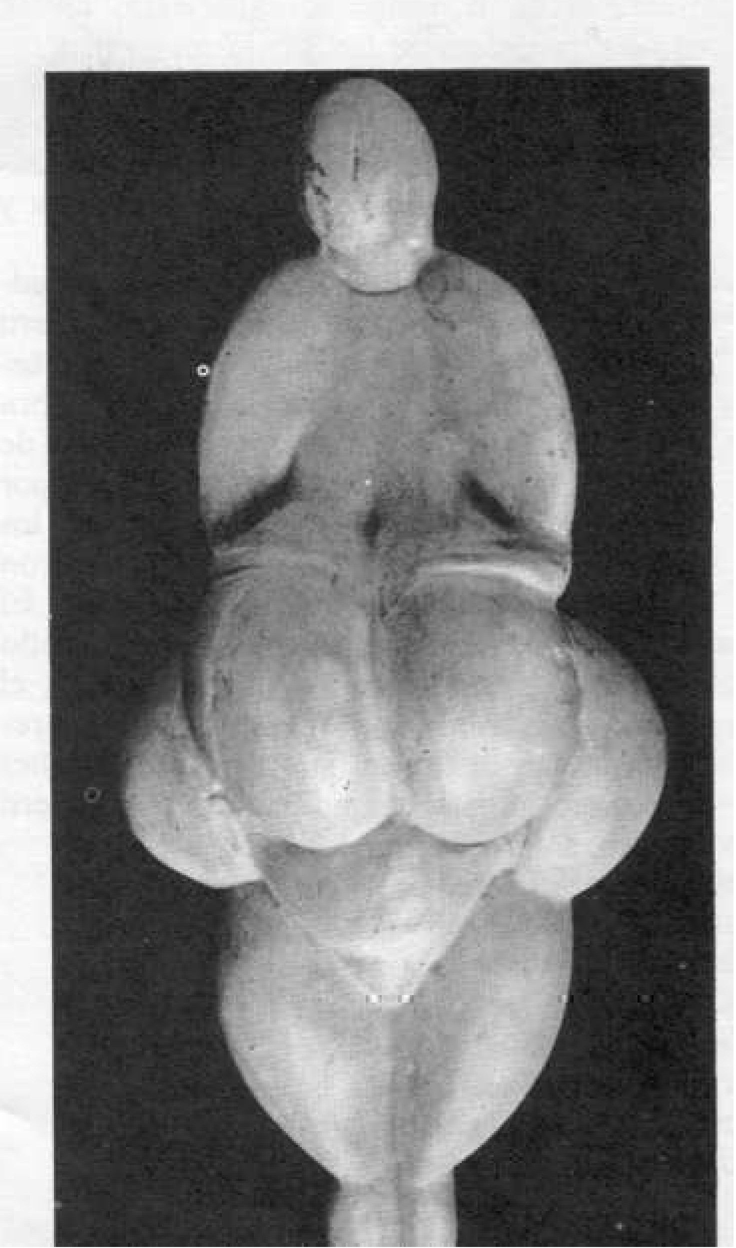


LAS «VENUS» DE LOS COMIENZOS DE LA EDAD DEL RENO

Desde el sudoeste de Francia a la Siberia central, numerosas estatuillas de mujeres con caracteres sexuales exagerados, encintas, hinchados los senos, son para nosotros un testimonio capital con respecto al interés que los hombres de principios del paleolítico superior demostraban por proteger la fecundidad humana. Por motivos que ignoramos, quizá por tabúes o prohibiciones religiosas, esas representaciones humanas no superan la época auriñaciense, por lo menos en Occidente.

De izquierda a derecha: las Venus de Willendorf (Austria), de Laussel (Les Eyzies, Francia), blandiendo un cuerno de la abundancia, y de Lespugue (Francia).





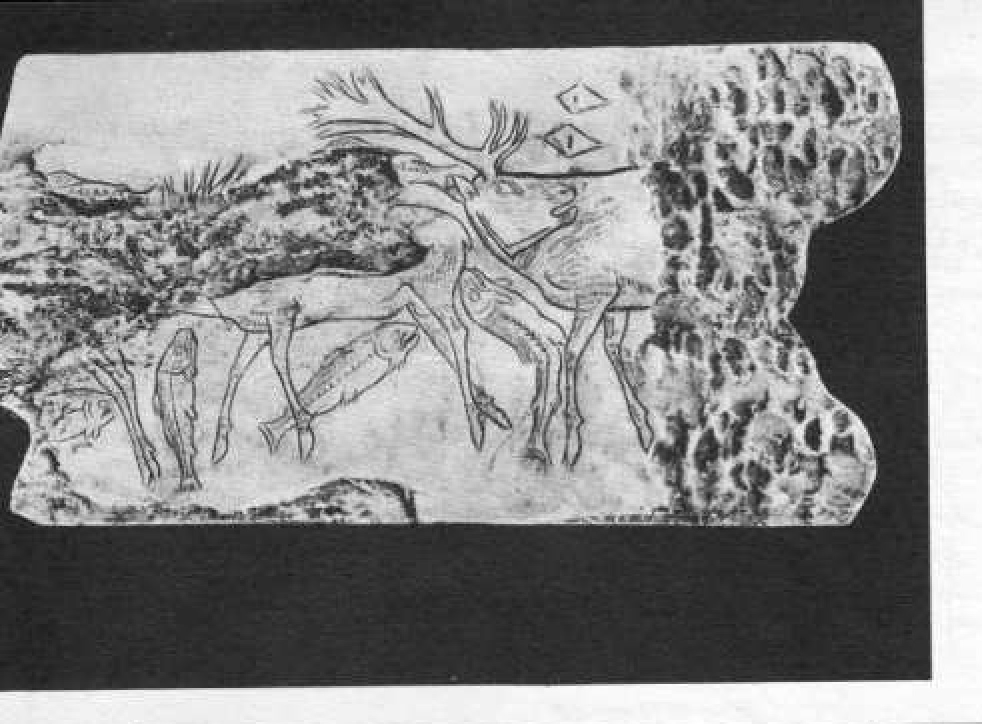
La Clotilde de Santa Isabel
Cueto de Lledías
El Pendo
Balmori
Altamira
La Peña de Candamo
Buxu
El Pindal
Hornos de la Peña
El Castillo
La Pasiega
Las Chimeneas
Las Monedas
Venta de la Perra
La Haza
Covalanas
Santimamiñe
Penches
Brassempouy
Isturits
Labastide
Montespan
Lourdes (Espelugues)
Lortet
Gargas
Aurignac
Marsoulas
Le Mas d'Azil
Le Portel
Ussat
Niaut
Tuc d'Audoubert
Trois Frères
Enlène
Seriñá
Miño
Duero
Ebro
Tajo
Guadiana
Guadalquivir
Segura
Cogul
Mazaleón
Calapatá
San Gregori de Falset
Val del Charco del Agua Amarga
El Perelló
Los Casares (Riba de Saelices)
El Pudial
Grupo de Alacón
Morella
La Valltorta
Grupo de Albarracín
La Gasulla
Villar del Humo
Maltravieso
Cueva de la Cocina
Cueva de la Araña (Bicorp)
El Parpalló
Alpera
Les Mallaetes
Minateda
Cantos de la Visera (Yecla)
Nerpio
Grupo de Vélez Blanco
Nerja
La Pileta
Ardales

● Pinturas francocantábricas
× Arte mobiliar
■ Pinturas levantinas
⊗ Arte rupestre y mobiliar

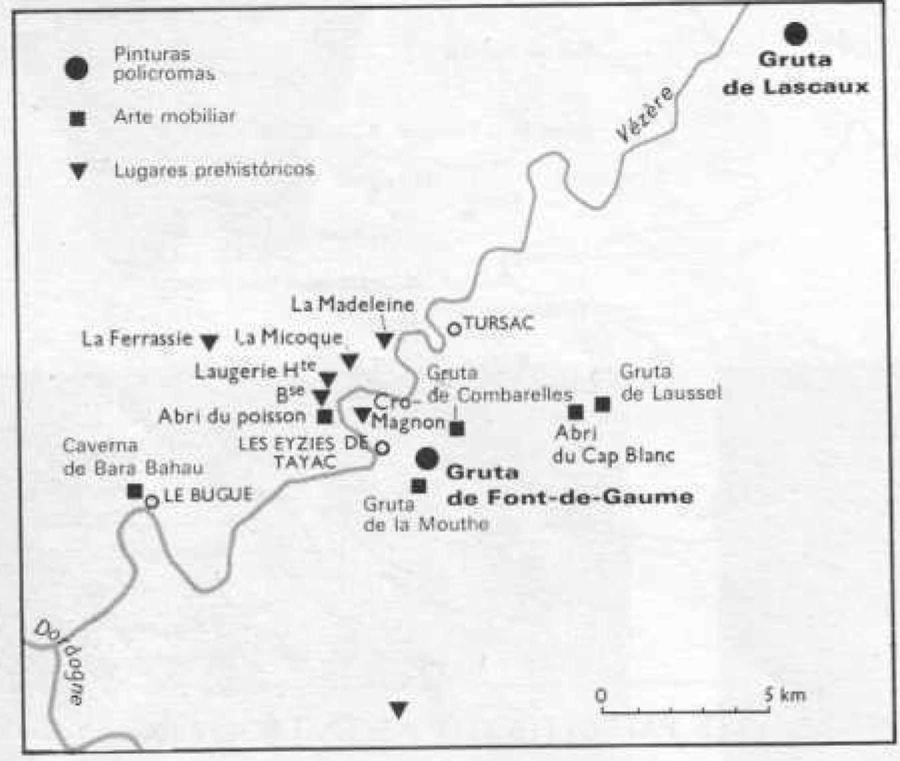
ÁREA DE DISPERSIÓN DEL ARTE PALEOLÍTICO Y POSTPALEOLÍTICO



PLAQUETA GRABADA DE FALSET (Tarragona)
Magnífico ejemplo de la destreza de los artistas prehistóricos de la península ibérica es esta plaqueta que ofrece el grabado de una cierva. Fue hallada en el abrigo de Sant Gregori (Falset) y corresponde al período epipaleolítico. (Colección Vilaseca, Reus.)







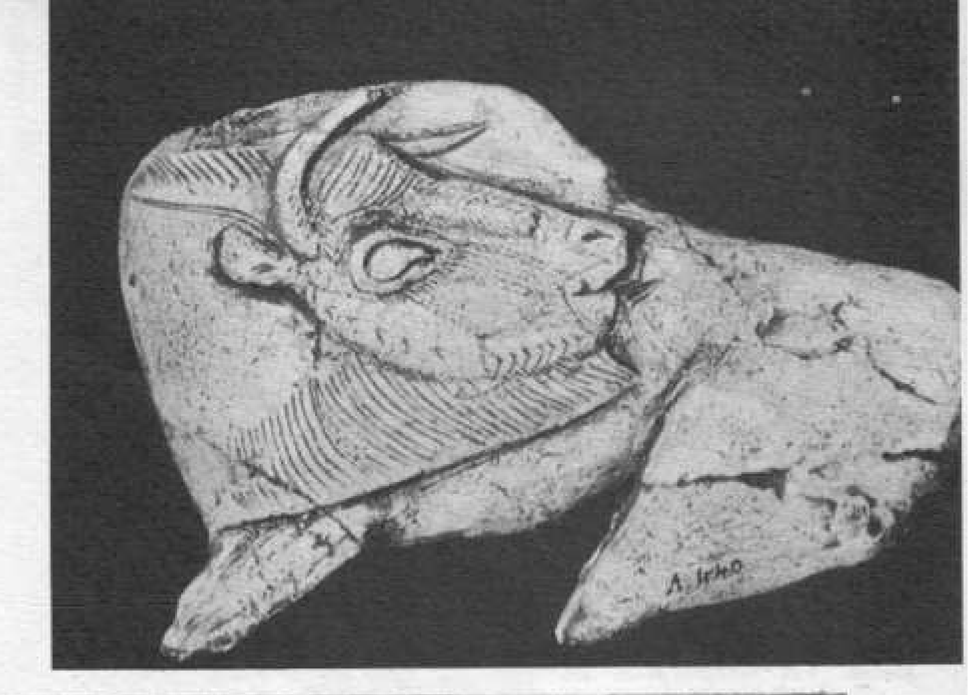
LAS CAVERNAS DEL PÉRIGORD



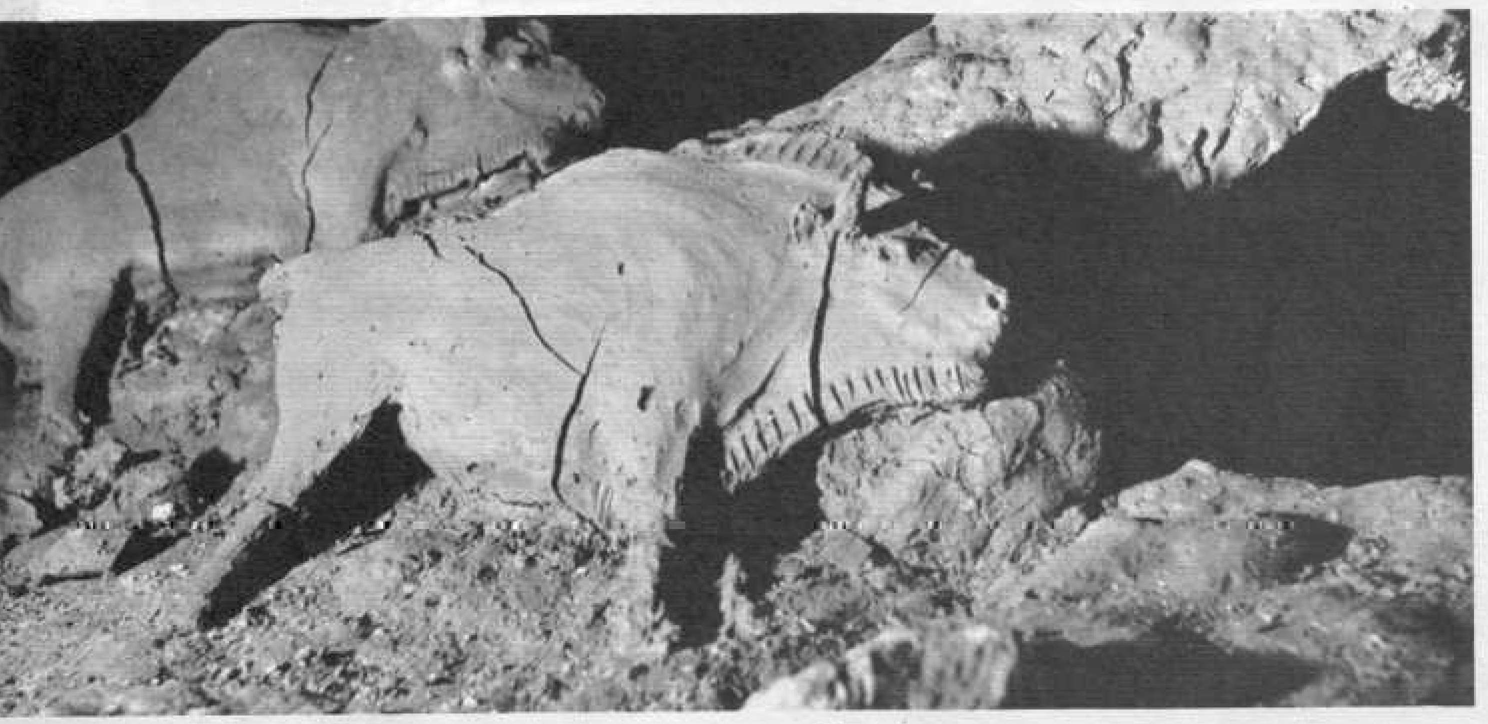
EL ARTE FRANCOCANTÁBRICO: ESCULTURA, GRABADO Y PINTURA

Todas estas manifestaciones artísticas son de gran interés para el conocimiento de la fauna y para esclarecer la diversidad de métodos expresivos utilizados por los artistas, quienes desplegaron siempre una iconografía zoomorfa o geométrica. De derecha a izquierda y de arriba abajo: bastoncillos de asta de reno, procedentes de la cueva de Isturitz (Bajos Pirineos, Francia); desarrollo de los grabados de un bastón de mando que representan ciervos y salmones (Lortet, Altos Pirineos, Francia); propulsor de azagayas decorado con un pájaro (Mas-d'Azil, Ariège, Francia); en la página de la derecha: bisonte tallado en hueso (La Madeleine, Dordoña, Francia); bisonte silueteado con un trazo negro (La Pasiega, Santander); bisontes modelados en arcilla (Tuc d'Audoubert, Ariège, Francia).











CABALLO DE LA CUEVA DE LOS CASARES (Riba de Saelices, Guadalajara)

Muchas cuevas decoradas con pinturas conservan también representaciones de animales realizadas con la técnica del grabado parietal. La simplicidad de este medio expresivo produce imágenes de gran fuerza y rara perfección.

Primera glaciación
Segunda glaciación
Tercera glaciación
Cuarta glaciación
Primer periodo interglaciar
Segundo periodo interglaciar
Tercer periodo interglaciar
Australopitécidos
Pitecantrópidos
Neandertalenses
Homo sapiens
Paleolítico
INFERIOR
MEDIO
SUPERIOR
BIFACES
ABBEVILLENSE
ACHELENSE
MICOQUIENSE
MUSTERIENSE
LASCAS
CLACTONIENSE
TAYACIENSE
LEVALLOISIENSE
PERIGORDIENSE
AURIÑACIENSE
SOLUTRENSE
MAGDALENIENSE
Armas y utensilios sin especialización típica.
Armas y utensilios con empleo de huesos.
600.000
500.000
400.000
300.000
200.000
100.000
0

LOS GRUPOS HUMANOS Y SU CULTURA EN EL PALEOLÍTICO

El hombre apareció probablemente hace un millón o un millón y medio de años. El punto de partida de este gráfico, 600.000, representa el momento en que la existencia de diversos tipos de utillaje comienza a manifestar la diversidad de las creaciones del hombre. El punto cero no es el comienzo de la era cristiana (faltan algunos millares de años), sino el punto de partida de una cronología regresiva de las fases del paleolítico.

4. La ocupación de la tierra

Mientras Europa y Asia occidental conocían una gran civilización prehistórica, América se hallaba todavía débilmente poblada: el yacimiento de Lewisville (Texas), que data de 35.000 años a. de J.C., es el único que nos revela una ocupación humana en una época muy distante. En el continente australiano no había seres humanos. África y Asia desarrollaban aún sus culturas bien adaptadas a las condiciones naturales, pero arcaicas.

El paleolítico superior europeo alcanzó amplias zonas norteafricanas y saharianas. También se difundió esta civilización a Asia central, a pesar de que habían aparecido diversos obstáculos infranqueables: al norte, el casquete glacial; al sur, el glaciar himalayo, y separando Europa de Asia central, el mar Caspio, entonces inmenso. Prácticamente dos mundos se ignoraban, salvo en raras ocasiones de contacto: por una parte Europa y Asia occidental; por otra, las civilizaciones prehistóricas de la India y China. En el período que corresponde al paleolítico superior de Europa, el mar Caspio retrocedió y la unión de los dos mundos se realizó por la irrupción en Asia de bandas procedentes del oeste.

Siberia recibe así su primera población. Se desarrolla una civilización de tipo ártico, cuyos hombres se refugian en cuevas semisubterráneas y se visten con gruesas pieles. Numerosos centros humanos jalonarán así el espacio siberiano, que los prehistoriadores rusos excavan hoy minuciosamente. Los centros más importantes se agrupan en torno al lago Baikal, que fue una especie de encrucijada civilizadora cuya radicación alcanza la costa del océano Pacífico y a los pueblos de la China del norte, de donde partieron las bandas que, al cabo de milenios de lenta progresión hacia el noroeste, habían de penetrar en el continente americano y poblarlo.

MAMUT DE BERESOVKA (SIBERIA)

Conservado por el hielo, este impresionante testimonio de la fauna del paleolítico superior fue encontrado en 1901; el contenido de su estómago y los restos de alimento de su boca indicaron que durante el otoño las primeras nevadas ocultaron una grieta en la cual cayó, rompiéndose las patas posteriores; murió allí después de haber intentado en vano liberarse, como indica la posición de las patas delanteras. Los animales salvajes sólo devoraron de él las partes más suculentas, la trompa, o las más fácilmente accesibles, como la piel y la carne que recubre el cráneo.



II

EL FIN DE LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS

1. La época mesolítica

Según su etimología (mesolítico = edad media de la piedra), la época *mesolítica* debe ser un momento intermedio entre el paleolítico y el neolítico. En realidad, la palabra debe emplearse con cuidado, pues no todas las culturas prehistóricas que se suceden del paleolítico al neolítico han pasado por el mesolítico: las tierras que bordean el Mediterráneo han conocido culturas que han pasado insensiblemente desde un paleolítico cada vez más degenerado a las innovaciones del neolítico. Ello se acusa todavía más en la evolución de las culturas prehistóricas del Próximo Oriente antiguo, evolución precipitada, que en algunos milenios desembocó en la revolución técnica y social que caracteriza el neolítico. Un período mesolítico en el sentido estricto, es decir, un período que, entre el paleolítico y el neolítico, se presenta con una civilización estable y homogénea, equilibrada en el medio natural en que se ha desarrollado, puede ser definido solamente por la Europa no mediterránea. Si se habla de mesolítico para caracterizar un momento de la evolución de determinada cultura, asiática o africana, es sólo por analogía con esa forma de civilización prehistórica propiamente europea.

Una civilización precaria. En la Europa no mediterránea, el mesolítico empieza con el último retroceso glacial que anunciaba un atemperamiento progresivo del clima de las tierras del hemisferio norte, cuyas consecuencias sobre la flora y la fauna serían importantes.

En el decimosegundo milenio a. de J.C., los rebaños de renos comenzaron a remontarse lentamente hacia el norte, siguiendo el retroceso de la tundra desde la Europa meridional. Poco a poco, toda Europa se cubrió de una espesa caza boscosa, pero los árboles de hojas caducas que lo componían crearon bosques bajos demasiado espesos para que se mantuviera en ellos una población que se sustentara de la caza mayor: los mamuts habían desaparecido; los bisontes, a punto de extinguirse, avanzaban hacia el norte como los rebaños de renos y caballos. En el espeso bosque, los cazadores debían abatir ciervos, corzos y jabalíes, caza más rápida y de menor aprovechamiento alimenticio.

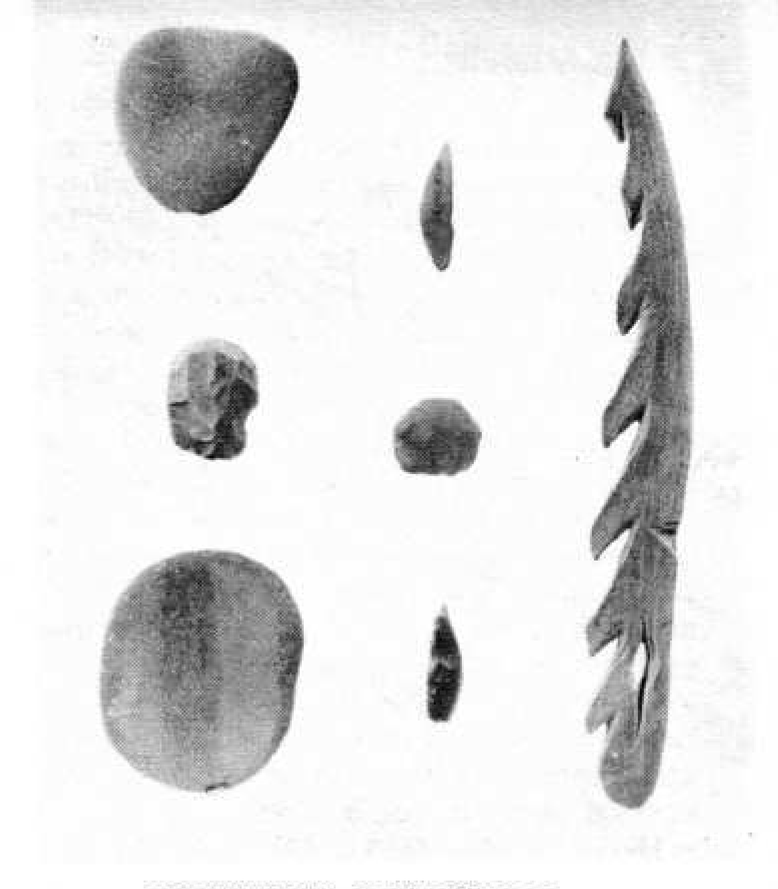
Los descendientes de los hombres del paleolítico superior se vieron obligados a adaptarse para sobrevivir en condiciones naturales trastornadas de ese modo. Grupos

de ellos se dirigieron hacia el norte, acompañando a los glaciares en su retroceso para conservar su existencia de cazadores paleolíticos; otros, que los sustituyeron, modificaron poco a poco su modo de vida con más o menos ingenuidad. En el conjunto de Europa descendió el nivel de civilización; el utillaje se hizo menos variado; disminuyó el número de buriles, el sílex fue utilizado de dos maneras, bien tallado en útiles pesados que recuerdan los primeros tiempos de la piedra tallada, o fragmentos en *microlitos* (es decir, en pequeñas piedras), sobre todo para proporcionar puntas a las armas destinadas a una caza más modesta.

Aprovechándose de condiciones climáticas más suaves, el hombre del mesolítico se adaptó a un nuevo *habitat:* se instaló a lo largo de dos cursos de agua, en las orillas del mar, de lagos y pantanos, y buscó en la pesca, los moluscos y las plantas acuáticas el suplemento de alimentación que exigía una caza menos abundante. El arte paleolítico desapareció. En el levante español, los pueblos de cazadores conservaron la tradición de la pintura mural; pero el arte parietal, expresión de una civilización enteramente basada en la caza, desapareció en todas partes. Al norte del Mediterráneo, la época mesolítica nos ha legado solamente extraños guijarros pintados con trazos rojos.

Los hombres del «gran pantano». En condiciones naturales más difíciles, un grupo humano consiguió, no obstante, crear una cultura original, apoyándose en la explotación inteligente de los recursos de que entonces se disponía: fue la cultura *maglemosiense* (es decir, del «gran pantano», como se denomina el yacimiento danés en que fue definida), que se extendía desde Irlanda a Rusia del norte, en un tiempo en que el mar del Norte y el Báltico eran inmensos pantanos. Muchos de los objetos de esta cultura se han conservado en la turba de los pantanos, cuya acidez ha preservado incluso los objetos de origen orgánico.

Los hombres del «gran pantano» siguieron siendo cazadores y persiguieron el alce, el ciervo, el uro y el jabalí, pero también la caza de menor tamaño, por ejemplo, los pájaros. Fueron los primeros grandes pesca-



INDUSTRIAS MESOLÍTICAS

Una punta de arpón, varios pequeños sílex utilizados como puntas de armas arrojadizas, o enmangadas en asta o hueso, para cortar y perforar; dos ejemplos de guijarros pintados.

¿SACRIFICIO HUMANO?
(principios de la edad del hierro)

Hallada en las turberas danesas, esta cabeza, que todavía conserva en el cuello el lazo que lo estranguló, atestigua la extraordinaria conservación de los tejidos en las turbas ácidas.



dores de Europa; inventaron o perfeccionaron arpones, anzuelos, redes de lino trenzado, etc., crearon el equipo del pescador tal como ha subsistido hasta nuestros días. También navegantes, se desplazaban en sus rudimentarias piraguas talladas en troncos de árboles y movidas a espadilla. Piraguas y remos se han hallado en las turberas: en Pesse, Holanda, se encontró una piragua que ha sido fechada en el año 6250 a. de J.C. utilizando el método del carbono 14. Esos hombres se adaptaron al medio forestal y crearon el utillaje necesario para el desmonte: hachas, picos, cuchillos y azuelas que proveían de sólidos mangos de cuerno. Estos útiles de hombre de los bosques y de carpintero pasaron más tarde a los primeros agricultores, que hubieron de abrir con ellos amplios claros en los bosques.

Hacia los años 8000 a 7000 antes de J.C., esta cultura de cazadores, pescadores y carpinteros se desplazó en dirección norte, a medida que desaparecían los glaciares: los maglemosienses ocuparon y colonizaron Escandinavia; se instalaron en Rusia del norte y pequeños grupos talaron la enorme masa forestal. En sus ligeras embarcaciones reconocieron las costas de Noruega, fueron hasta Finlandia; hicieron su aprendizaje de pescadores en alta mar y no tardaron en dedicarse a la pesca de grandes peces. Fueron contemporáneos del último ascenso del nivel del mar: hacia el 4000, el mar del Norte y el Báltico aislaron Inglaterra y Escandinavia. En ese momento llegaron a Europa las primeras oleadas de agricultores, que destruyeron a los grupos de población mesolítica poco avanzados (como los comedores de moluscos, diseminados por las costas europeas, desde Suecia a la desembocadura del Tajo), pero establecieron con los maglemosienses un fructífero trueque de productos: estos últimos estaban preparados para una alimentación vegetal por la cosecha de plantas, sobre todo acuáticas, que preparaban después de haberlas triturado; tuvieron que aprender, a su vez, el cultivo de los cereales, a cambio de lo cual transmitieron su utillaje y sus técnicas forestales y pescadoras a los recién llegados.

2. La revolución neolítica en el Próximo Oriente antiguo

Nacimiento de una civilización agrícola y pastoril. Sobrevino un cambio radical en la condición de los hombres cuando comunidades humanas del Próximo Oriente emprendieron, hace 10.000 años, la tarea de domesticar a animales que hasta entonces habían sido salvajes, y cultivar plantas obtenidas mediante la recolección. Nadie puede decir quién fue el iniciador de esa verdadera revolución en la historia de las civilizaciones; parece ser como si diferentes grupos humanos de un nivel de civilización semejante hubiesen reaccionado casi al mismo tiempo ante condiciones naturales cada vez más difíciles.

Mientras un clima templado se adueñaba de Europa, el Próximo Oriente debió de conocer una creciente aridez cuyo testimonio es el número, cada vez mayor, de osamentas de animales esteparios, antílopes y gacelas, hallados en los hogares. Amenazado por la escasez de la caza, el hombre sobrevivió haciéndose agricultor y ganadero. Las vastas mesetas situadas al pie de las montañas que bordean las grandes llanuras desde la India a Turquía, producían entonces, gracias a las aguas todavía abundantes, cereales silvestres que debieron dar numerosas variedades de cebada y trigo, y alimentaban rebaños de corderos y de cabras salvajes. Allí, en esas mesetas o en sus márgenes, fue donde se establecieron las primeras poblaciones de agricultores-ganaderos. Luego, en

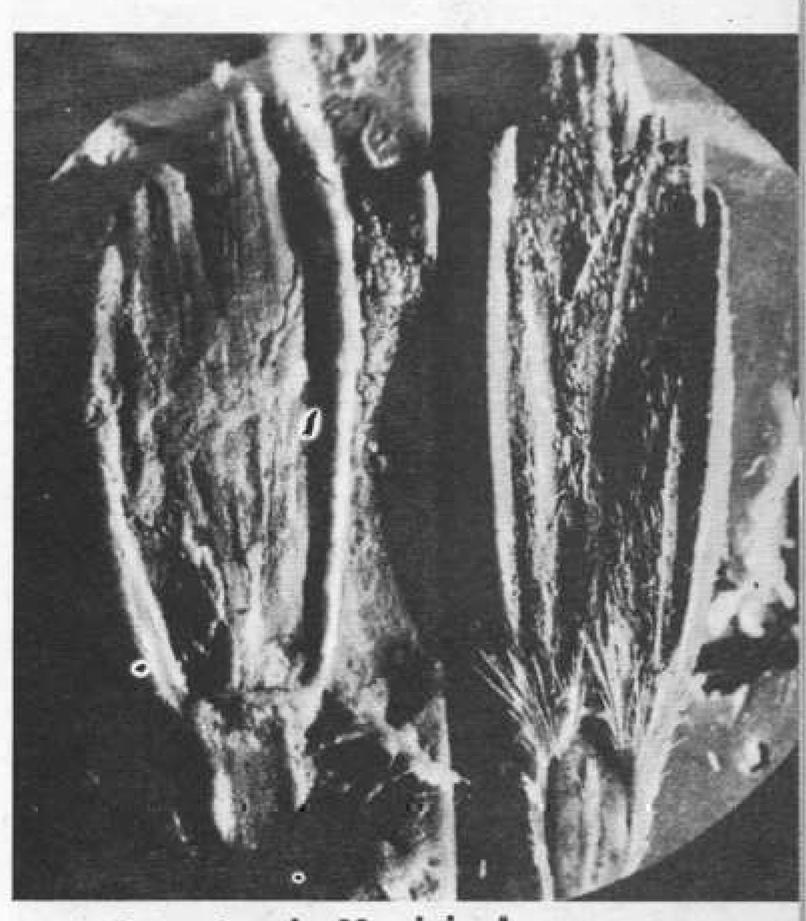
ANATOLIA
Mersin
Karkemish
Tell Halaf
Tell Chagir Bazar
Tell Hassuna
Tepe Gawra
Ninive
Muallafat
Zarzi
Karim Shahir
Jarmo
Tigris
Samarra
Eshnuna (Tell Asmar)
Grutas de Hotu y de Belt
Hissar
Rayy
Sialk
Tepe Giyan
Susa
Ugarit
SIRIA
Biblos
MESOPOTAMIA
Eufrates
Monte Carmelo
Ued el Natuf
Munhatta
Jericó (Tell es Sultan)
Uruk
Ur
El Obeid
Eridu
Gerzeh
Heliópolis
El Omari
EGIPTO
Nilo
Badari
Abidos
Nagada
Hierakónpolis
Culturas urbanas
Agricultores
Cazadores, pescadores recolectores nómadas

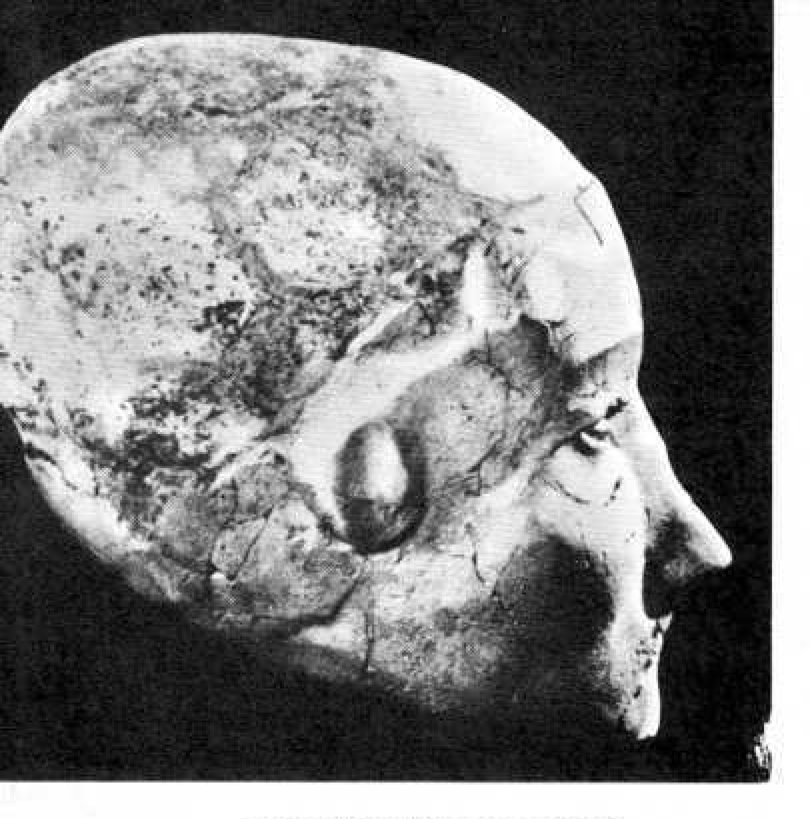
CIVILIZACIONES AGRÍCOLAS Y PASTORILES EN EL PRÓXIMO ORIENTE ENTRE LOS MILENIOS VII Y IV



APARICIÓN DEL TRIGO EN LA ALIMENTACIÓN HUMANA

Sucedió que los granos de los cereales carbonizados se incrustaron en la arcilla de las primeras piezas cerámicas exhumadas por los arqueólogos. Podemos, por tanto, conocer cuáles fueron las primeras variedades de cereales cultivados. Como demuestra la fotografía de dos espigas de espelta (a la izquierda: procedente de Jarmo, la huella data del v milenio; a la derecha, la de una espiga silvestre contemporánea), los productos de la primera agricultura se hallaban muy cerca de las variedades silvestres de las que procedían.





UN HOMBRE DE JERICÓ
(v milenio)

Se han encontrado en el emplazamiento del Jericó neolítico varios cráneos recubiertos de arcilla modelada en la forma que tuvo el rostro del difunto; los ojos eran incrustaciones de concha.

TORRE DEL RECINTO
DEL JERICÓ NEOLÍTICO
(v milenio)

Esta torre maciza disimulaba las casamatas, a las cuales se tenía acceso por la pequeña abertura situada en medio de la plataforma superior.



una segunda fase, el hombre emprendió el cultivo de las llanuras, demasiado cálidas y demasiado secas para haber facilitado la instalación de las primeras comunidades campesinas sin experiencia.

Un largo período de tanteos y ensayos señaló los comienzos de este nuevo género de vida.

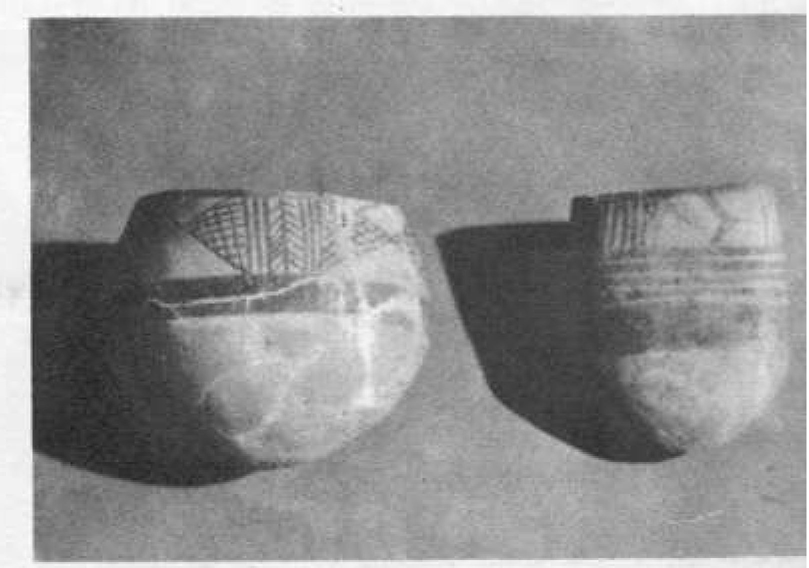
La Alta Mesopotamia muestra también las huellas de los primeros asentamientos agricultores: en *Mullafat* se remontarían al VI milenio; en *Jarmo*, a principios del V. Los estratos más antiguos revelan los mismos elementos que en Jericó. En el transcurso del V milenio, los primeros agricultores crearon un tipo propio de cerámica, excavaron silos, que protegieron con una pared de arcilla; en sus hogares se encontraron restos de huesos de animales, de los cuales sólo el 5 % procedía de animales salvajes.

De la aldea a la ciudad-estado. Esas transformaciones se extendieron muy rápidamente por todo el Próximo Oriente; las comunidades de pueblos se multiplicaron durante fines del V milenio, desde el sur de Anatolia hasta el Irán. Agrupadas en diversos grupos (culturas de Siria-Cilicia, Mesopotamia del norte, Irán), esas poblaciones se caracterizan por la generalización de la alfarería cocida en horno y decorada con pinturas, cuyos especímenes más hermosos nos han sido legados por los estratos arqueológicos más antiguos de *Susa*, al sudoeste de Mesopotamia. Sus estatuillas testimonian la importancia de los cultos de fecundidad en un medio en que el hombre dependía exclusivamente de la fertilidad del suelo. En fin, todos pertenecían a la época neolítica, porque los útiles de piedra estaban hechos en forma de hojas o microlitos incrustados en mangos de madera o asta. Sin embargo, el metal no era desconocido, y los pocos objetos de cobre que se conocen, agujas y leznas, por ejemplo, proceden del metal nativo batido y labrado, pero no fundido y vertido en moldes.

En todos estos rasgos se reconoce un progreso rápido que trastornó el género de vida heredado del paleolítico. De *nómadas*, los hombres se convirtieron en *sedentarios;* mejor que antes, pudieron hacer frente a las

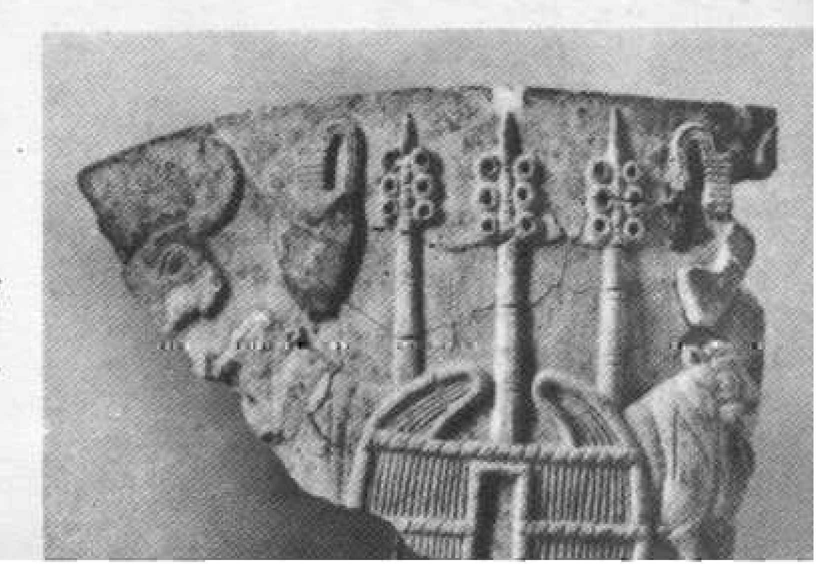
MESOPOTAMIA EN LA EDAD DE EL OBEID

En el IV *milenio, el conjunto de Mesopotamia adoptó las formas de civilización procedentes del sur, donde se había instalado una población de colonizadores. El primer lugar en que esta cultura apareció ya desarrollada fue El Obeid, cuyo nombre se aplica a todas sus manifestaciones en el suelo de Mesopotamia. Contemporánea de la cultura de Susa (cf. lámina 3), la de El Obeid nos ha dejado productos de inferior calidad, tales como vasos de tierra cocida con decoración elemental pintada, que atestiguan preocupaciones utilitarias más firmes: haciendo uso de todos los materiales disponibles, los hombres de El Obeid elaboraron, por ejemplo, un utillaje de arcilla endurecida, como estas hachas y esta hoz.*



UN ESTABLO

Cierto número de bajorrelieves tallados en las paredes de los vasos nos permiten reconstituir el aspecto material de las primeras explotaciones, como la de este establo construido con haces de cañas.



dificultades naturales asegurándose casi regularmente su subsistencia; por último, agrupados en colectividades ya importantes, conocieron una primera división del trabajo que requería la fabricación de una cerámica abundante y bien decorada, u otras actividades que anunciaban una edad artesana, como el tejido y la cestería.

Una última etapa vio al hombre salir definitivamente de la prehistoria: fue la creación de las *ciudades-estados*, organismos sociales absolutamente nuevos cuya eficacia se manifiesta en la estructuración de la vida económica y en los progresos técnicos que la estimularon. La iniciativa partió del sur de Mesopotamia: a fines del v milenio, unos inmigrantes se instalaron en el límite de los pantanos y lagunas de la costa, en una región desprovista de recursos naturales, donde las comunidades humanas sólo podían subsistir mediante una rigurosa organización. Una disciplina social permitía sólo la irrigación indispensable y la coordinación de los trabajos. Así crecieron las ciudades, cada una constituida en Estado independiente, cuya vida gravitaba en torno del templo del dios de la ciudad. El clero del templo era también la autoridad rectora de las actividades civiles de la población. A ellos correspondía reglamentar la vida económica, percibir de los campesinos las contribuciones indispensables para la conservación del templo, de su dios y de sus sacerdotes. Así se logró una estabilidad en los excedentes alimenticios que permitió la formación y mantenimiento de clases especialistas, artesanos que no dependían solamente del trabajo de su propio campo para su subsistencia, sino de la metalurgia, orfebrería, alfarería, etc. En esas condiciones se pudo desarrollar la *metalurgia*, por medio de la organización del comercio de minerales, de los cuales está desprovista la llanura mesopotámica. Durante el IV milenio, el grupo de los metalúrgicos hizo los descubrimientos técnicos indispensables para aumentar su producción: la fundición del metal vertido en moldes, el remachado y el procedimiento de la aleación del bronce.

Lo que sucedió con la metalurgia se produjo también con los demás oficios: la invención del torno de alfarero y del molde de ladrillos, el perfeccionamiento del barco y del pesado carro provisto de ruedas macizas, todo esto indujo definitivamente a los hombres a emprender actividades cada vez más especializadas. En la misma época, el mundo llevó a cabo una valiosa conquista: la reja de arado, que apareció a partir del año 3000 a. de J.C. La riqueza acumulada a causa de esas actividades se tradujo en la construcción de grandes templos, el



INVOCACIÓN A LAS FUERZAS PROTECTORAS DE LA FECUNDIDAD

Dependiendo ahora de la fertilidad de sus campos y de la fecundidad de sus ganados, los primeros sedentarios practicaron ciertamente cultos destinados a atraerse la benevolencia de las fuerzas que presidían la perpetuación de la vida. Estas estatuillas, pequeños ídolos o amuletos, son probablemente su expresión. A la derecha: una estatuilla de la época de Tell Halaf (anterior a la época de El Obeid), representando sin duda una mujer en el acto del alumbramiento, tal como se conoce todavía hoy entre las tribus beduinas. A la izquierda: de la época de El Obeid, dos mujeres desnudas con cabeza de serpiente, con los cuerpos adornados con pegotes de fango, y las cabezas revestidas con betún. La aversión a reproducir un rostro humano procede sin duda del temor a cometer un sacrilegio si se trataba de diosas, o era la precaución de evitar toda posible acción mágica si se trataba de seres humanos.

desarrollo de la escultura, la generalización de los metales útiles y preciosos, aunque los utillajes de madera y piedra seguían siendo mucho más importantes que aquellos en los que entraba el metal. Tal estado económico y social no merece figurar en la prehistoria. De hecho, exigida por los progresos económicos y la complejidad de las estructuras sociales, la escritura apareció en las ciudades-estados del sur de Mesopotamia a fines del IV milenio.



UNA TABLILLA PICTOGRÁFICA ARCAICA
(fines del IV milenio)
Un dibujo muy simple representa el objeto cuyos contornos y forma ya han sido fijados de modo definitivo.

Egipto neolítico. La primera región alcanzada por tales cambios fue Egipto. Las condiciones naturales eran allí idénticas a las de todo el Próximo Oriente a finales del paleolítico: un lento desecamiento obligaba a los hombres a concentrarse poco a poco en el valle del Nilo y a organizarse para asegurar su explotación. Los arqueólogos han podido comprobar la progresión de establecimientos huma-

DECORACIÓN MURAL EN URUK
Desde sus orígenes, los pueblos de Mesopotamia tuvieron la preocupación de adornar las severas paredes de ladrillo de sus monumentos. En el IV milenio apareció el muro construido con partes alternativamente salientes y entrantes que debía ser empleado hasta finales de la historia mesopotámica; y se inventó para el adorno interior un revestimiento de conos de tierra cocida, que se incrustaban en un grueso revoque, de modo que sólo sobresaliera su cabeza coloreada.



PALETA DE LA CAZA (Egipto predinástico, fines del IV milenio)
Armados de arcos y flechas, azagayas, armas arrojadizas y lazos, como ya sabemos por otras representaciones, los cazadores perseguían fieras, gacelas y avestruces, ayudados de perros y quizá de hienas domesticadas. Su traje era una falda corta de tejido fino, sujeta a la cintura por un ceñidor adornado con una cola. El hueco del centro de la paleta contenía el afeite.

VASO DE BASALTO
(Egipto predinástico)
Un ejemplo del virtuosismo y de la paciencia de los excelentes artesanos del Egipto antiguo, que tallaron y pulieron toda clase de rocas duras para la fabricación de grandes vasos (cf. la hoja de cuchillo p. 39)

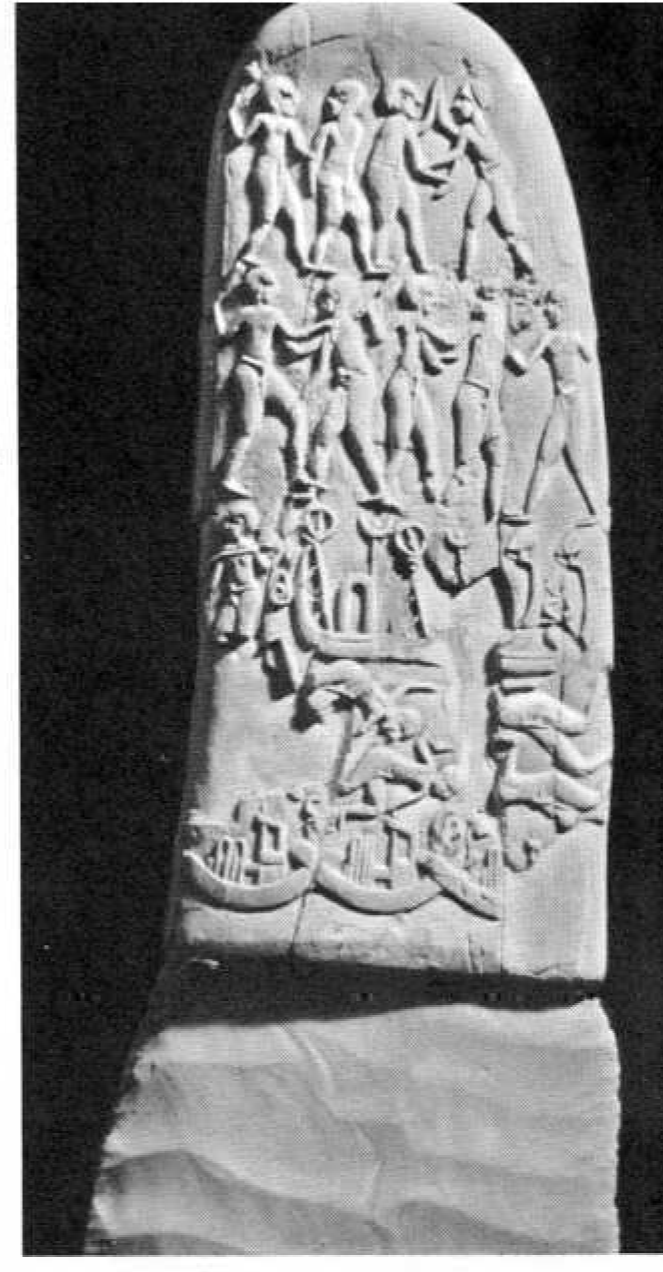


nos a lo largo del cauce del río. Las orillas de los pantanos de *Fayum*, entonces una vasta región verdeante al oeste del Nilo, sustentaron, hacia el año 5000, a los primeros grupos de economía cazadora y pescadora que simultaneaban con la recolección y, en una etapa inmediata, con el cultivo de cereales.

Seguidamente fueron ocupadas las terrazas que se escalonan sobre el río, y por último, todo el valle a principios del año 4000. En cada etapa se afirmaban los progresos ya comprobados en las comunidades agrícolas del Próximo Oriente: una especialización cada vez más clara de las actividades, el número cada vez mayor de los productos artesanos, ya fuese cerámica, tejidos u objetos de marfil, etc. Los artesanos egipcios desarrollaron técnicas peculiares, en especial la talla de vasos en piedras duras o de paletas para cosméticos; ya se conocía el metal, pero era poco abundante y apenas se utilizaba en la vida cotidiana, a causa, sobre todo, del alejamiento de las fuentes de materias primas. Sin embargo, penetró lentamente, y las mejoras aportadas a su fabri-



UN HIPOPÓTAMO DE TERRACOTA
(Egipto predinástico)

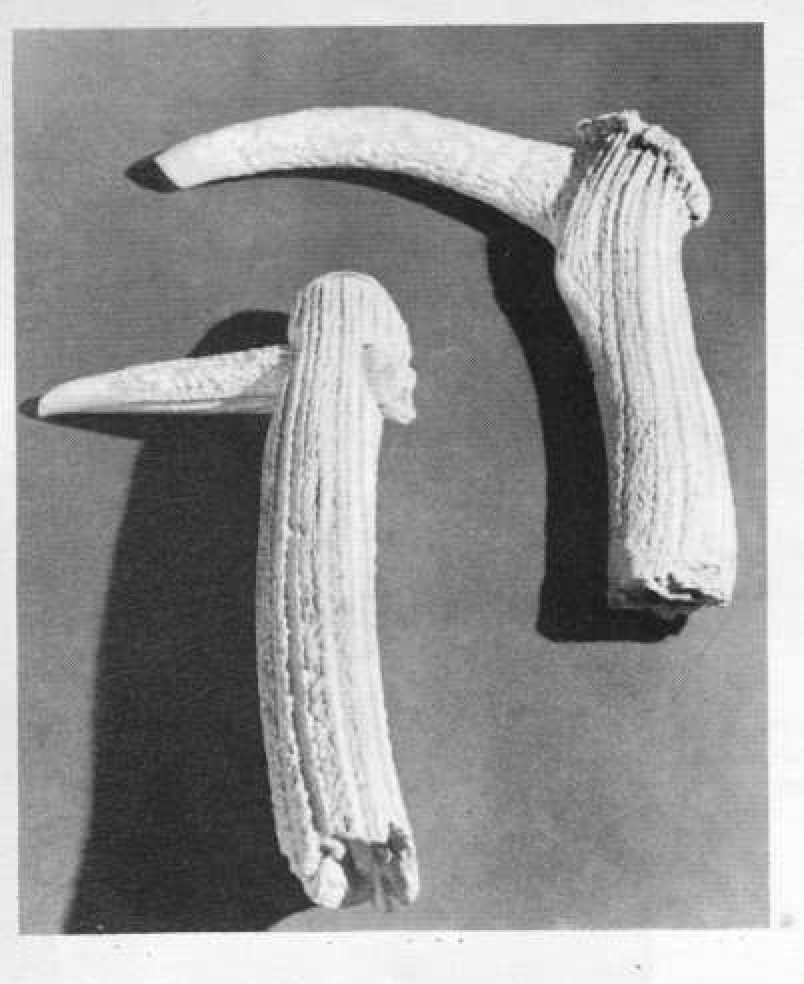


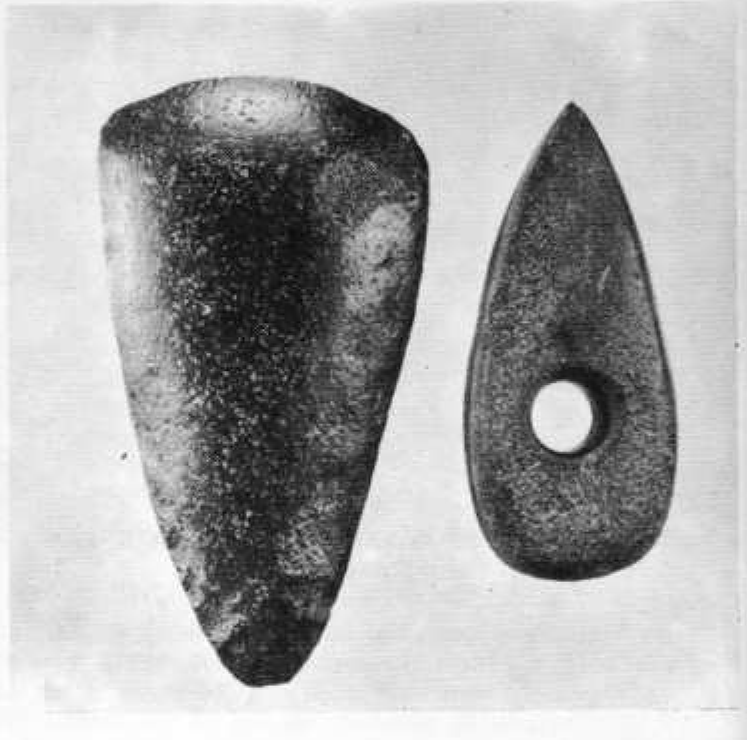
EL CUCHILLO DE DJEBEL EL ARAK
(Egipto predinástico)

Durante toda la antigüedad, la piedra fue siempre utilizada para la fabricación de objetos de uso corriente. La parte visible del cuchillo demuestra la calidad del trabajo a fines del IV *milenio: se han hecho saltar las lascas de sílex con tanta regularidad que la hoja es de un espesor uniforme, recorrida en su centro por una arista regular en toda su longitud. El mango de marfil representa una batalla, en la que se yuxtaponen las escenas; abajo y en el centro, dos tipos de barcos provistos de camarotes; entre ellos, nadadores o muertos arrojados al agua; arriba, combate cuerpo a cuerpo. Los guerreros van vestidos solamente con un cinturón y un estuche fálico; los hombres de ambos ejércitos llevan los cabellos recogidos a un lado y anudados en una trenza, a la moda libia.*

cación y a su trabajo no cambiaron nunca notablemente el ritmo de la vida económica. Como en Mesopotamia, la modificación del género de vida se tradujo en una nueva organización social: clanes y tribus, hasta entonces diseminados, se reunieron en el valle, creando grandes ciudades y agrupándolas después en *nomos* o provincias; los emblemas animales y vegetales que los nomos todavía tenían en la época histórica proceden de la prehistoria. Se reconocen en los vasos pintados del IV milenio, en los cuales se representan quizá los tótems de antiguos clanes que se agrupaban en pueblos y ciudades.

A fines del IV milenio, Egipto salió a su vez de la prehistoria. Sin embargo, cualesquiera que hayan sido las aportaciones procedentes de Mesopotamia (las primeras técnicas agrícolas y metalúrgicas, los primeros procedimientos arquitectónicos, ciertos tipos de barcos, temas artísticos, etc.), Egipto fue afirmando una vigorosa originalidad en la invención de su sistema de escritura, que apareció en las paredes de los edificios, de las cuales fue uno de los ornamentos.



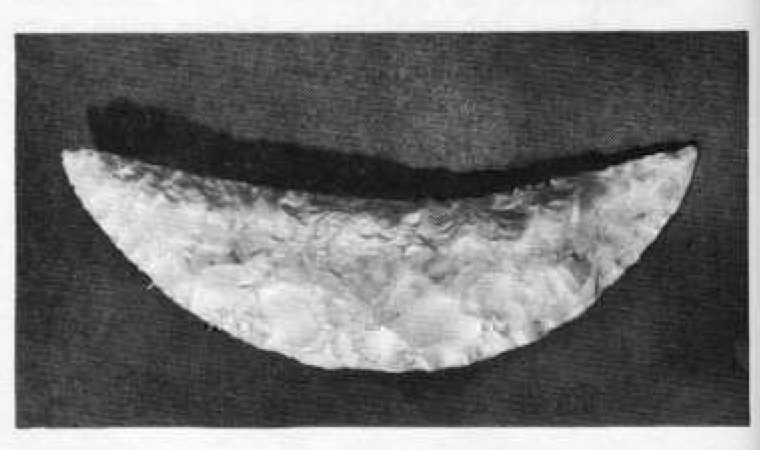


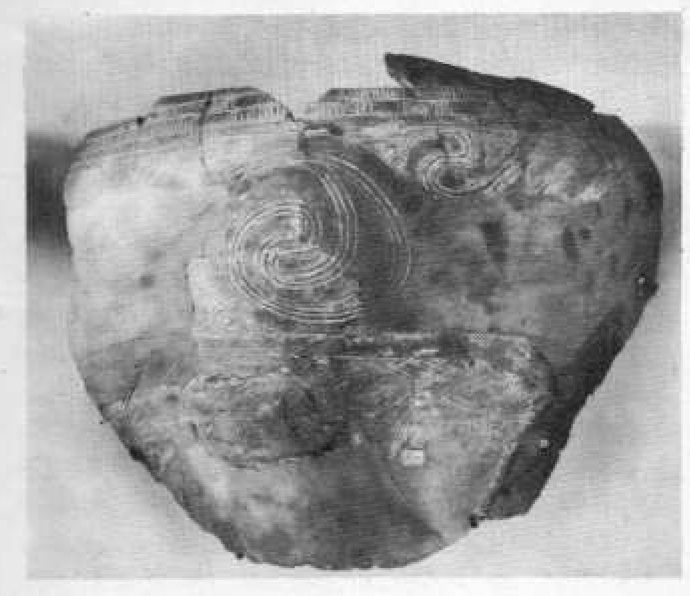
LAS TRANSFORMACIONES DEL UTILLAJE

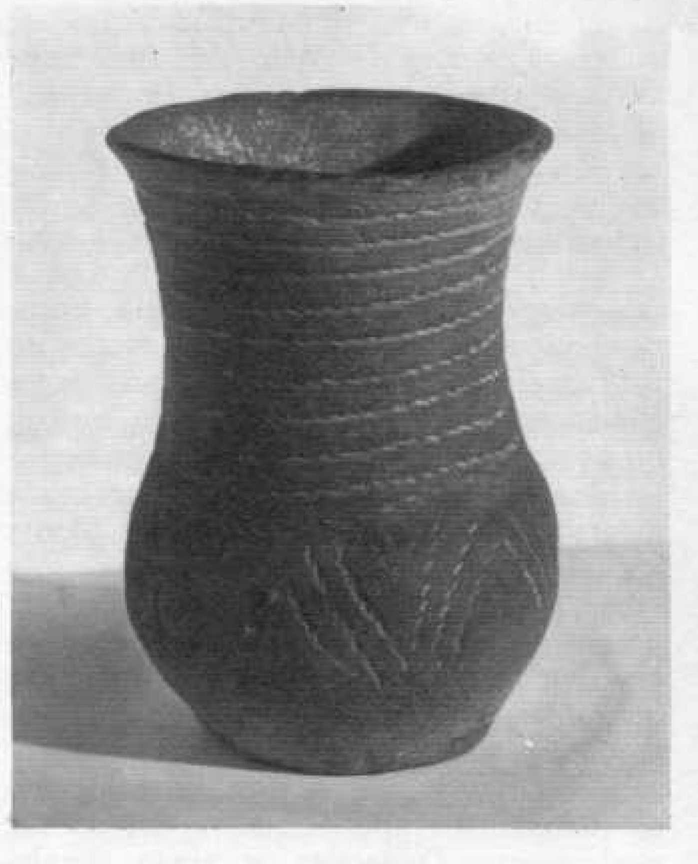
Los hombres del neolítico quisieron procurarse en abundancia un sílex de calidad regular; sorprenden los resultados obtenidos con un utillaje tan simple. Arriba, a la izquierda: picos de cantero (de los yacimientos de sílex de Nointel, Oise) hechos con asta de ciervo. Abajo: el pesado equipo heredado de los maglemosienses: estos bloques de sílex extraídos de los yacimientos del Grand-Pressigny (Indre-et-Loire) debieron de servir de hacha y de zapapico. Arriba, a la derecha: dos ejemplos de útiles de piedra pulimentada: un hacha martillo danesa con el agujero para el mango; un hacha pulimentada hallada en el departamento del Oise, sin duda enmangada a presión en un agujero hecho en el extremo de un mango de madera.



HOJA DE HOZ DE SÍLEX PROCEDENTE DE LAS TURBERAS DANESAS





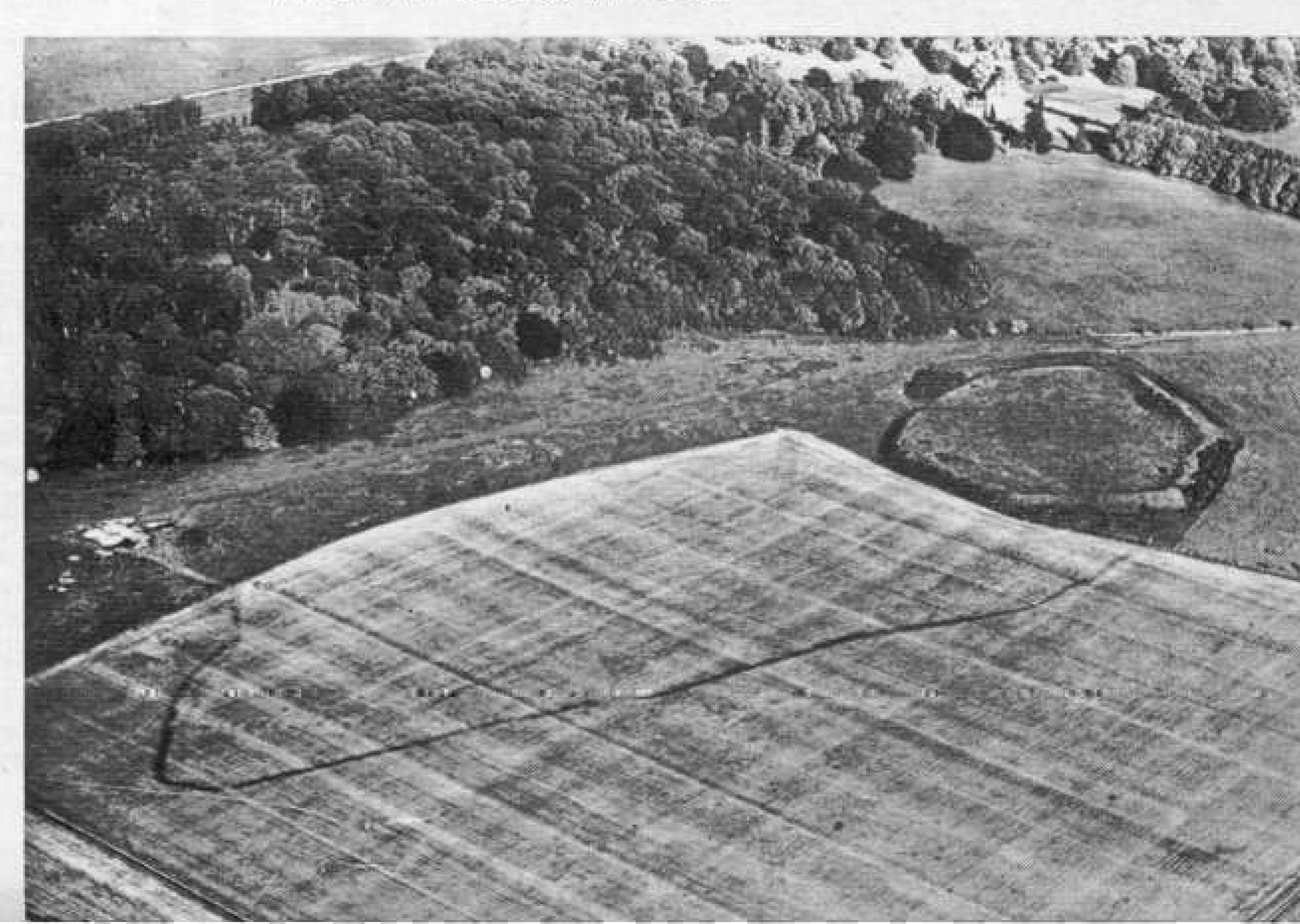


ALFARERÍA NEOLÍTICA
DE EUROPA CENTRAL

Arriba: cerámica llamada de bandas, caracterizada por su dibujo en espiral, inciso en la panza del vaso, y difundida por los pueblos danubianos. A la derecha: elegante vaso de cerámica llamada de cuerdas, por su decoración obtenida mediante la impresión de cuerdas sobre la arcilla húmeda.

LA FOTOGRAFÍA AÉREA Y LA ARQUEOLOGÍA

La fotografía aérea se utiliza para localizar yacimientos arqueológicos. Los muros de antiguas construcciones se revelan en el suelo por la sombra que proyectan a la luz rasante del amanecer o del atardecer. O bien, y éste es generalmente el caso para las instalaciones neolíticas de Europa occidental, se perciben en ciertos momentos del desarrollo vegetativo: los huecos, por ejemplo, donde se han acumulado los restos orgánicos, ofrecen un suelo más rico a las plantas, que allí crecerán más robustas; inversamente, los cimientos de un muro pueden retrasar el desarrollo vegetal. A este respecto, los campos de cereales ofrecen el mejor terreno de observación, como es el caso de esta foto: en Inglaterra, en el Berkshire, el poblado fortificado de la edad de hierro que allí se asentó (a la derecha), estaba provisto de un vasto cercado contiguo, que solamente ha revelado la fotografía aérea.

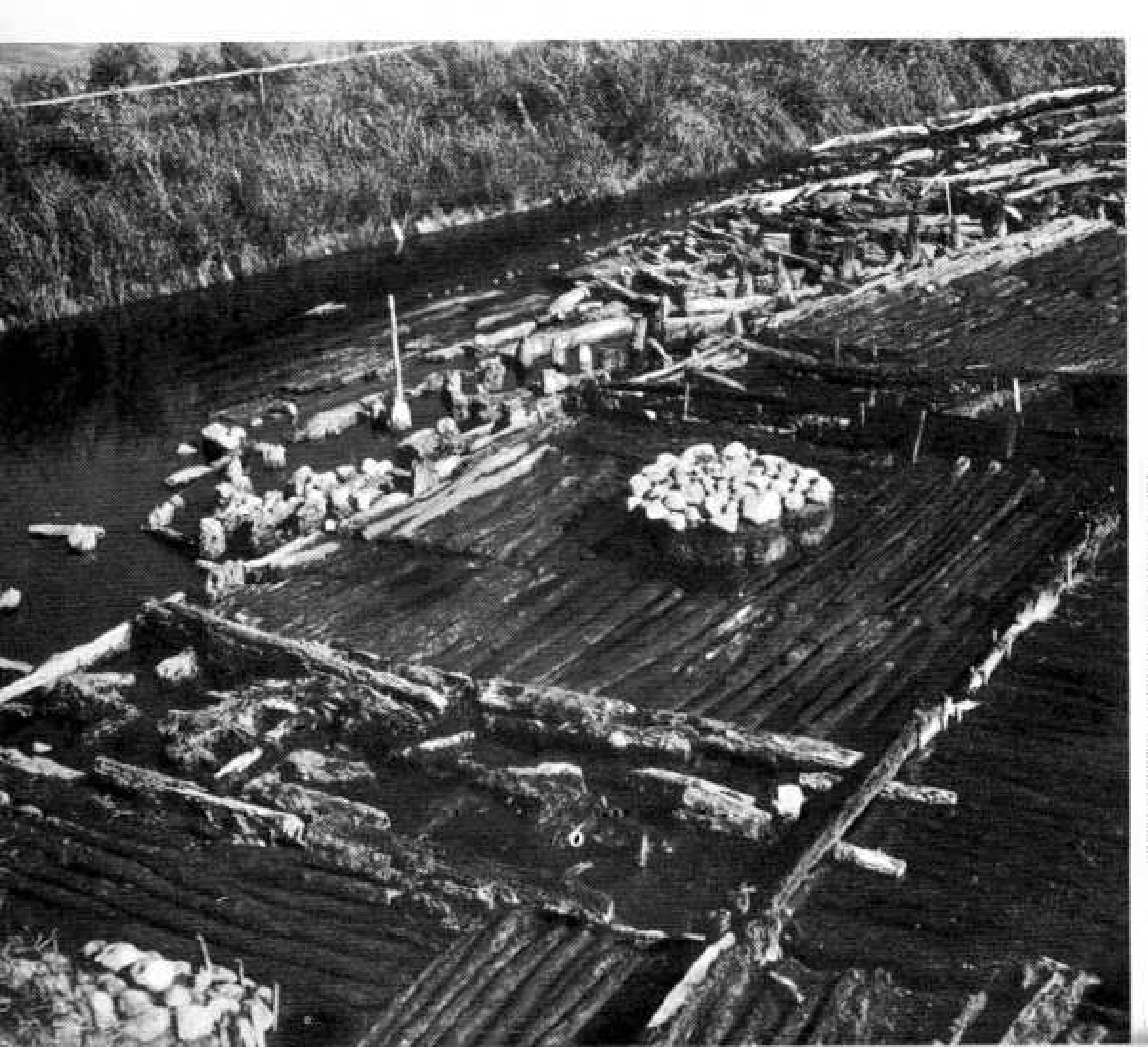


3. La formación de Europa

Oriente educador. La sequía había obligado a Oriente a crear nuevos medios de subsistencia. Europa continuó mucho tiempo en los modos de vida arcaicos pero adaptados a condiciones climáticas templadas. Por tanto, la agricultura vino del exterior: ninguno de los cereales que Europa aprendió a cultivar crecía naturalmente en su suelo. ¿Quiénes fueron los iniciadores de este cambio? Apenas lo sabemos. La arqueología permite afirmar la llegada de bandas de agricultores, reconocibles por sus poblados y por su alfarería. Pero se trata de una inmigración muy lenta, cuyas vías son confusas, porque los que llegaban se sucedían a oleadas y no tardaron en mezclar sus aportaciones a las de sus predecesores. Orientales, o acaso simplemente hombres formados en contacto con Oriente, despertaron de este modo el mundo mesolítico europeo a formas de vida y a técnicas con respecto a las cuales se hallaba muy retrasado: Oriente fundía el cobre a principios del IV milenio, y el bronce a mediados del mismo. Solamente una parte de Europa conocía el cobre a fines del año 3000 y el bronce a principios del 2000.

Los educadores de Europa vinieron siempre por dos vías: terrestre la de los Balcanes o las estepas de la Rusia actual, y marítima la del Mediterráneo.

Primeros emigrantes: IV y III milenios. A finales del IV milenio y durante el III, los primeros inmigrantes colonizaron los Balcanes, la llanura danubiana y, por último, Europa central. Esta oleada de pueblos, que se conocen con el nombre de *danubianos*, arribó en varias fases, cada una de las cuales estaba más o menos individualizada por el conocimiento de las técnicas de Oriente. Su penetración perdió fuerza a medida que sus pueblos avanzaban hacia el norte. Has-



UNA CIUDAD LACUSTRE: BISKUPIN, EN POLONIA

Aunque data del siglo VI *a. de J.C., la ciudad lacustre de Biskupin es un valioso testimonio con respecto a un tipo de* habitat *mucho más antiguo. Construida sobre un considerable número de estacas hundidas en el pantano, la ciudad está provista de una calle circular, y protegida de las aguas del lago por una hilera de rompeolas.*

ta el Danubio, los agricultores no tuvieron demasiado trabajo en encontrar tierras abundantes y apropiadas para sus cultivos itinerantes: un campo era trabajado hasta el agotamiento, y luego se instalaban sobre otra parcela previamente desforestada por medio del fuego. Los pueblos pudieron mantenerse mucho tiempo en el mismo lugar, hasta el punto de que sus desperdicios acumulados formaron colinas (o *tells*), que constituyen un rico yacimiento arqueológico. Pero al norte del Danubio, los agricultores se encontraron con espesos bosques que su utillaje de piedra no podía talar amplia y rápidamente para obtener todas las tierras que les eran necesarias. No se fundaron pueblos permanentes, sino que reanudaron una vida seminómada en la cual la caza y la recolección proporcionaban todavía muchos recursos que una agricultura demasiado pobre no podía dar.

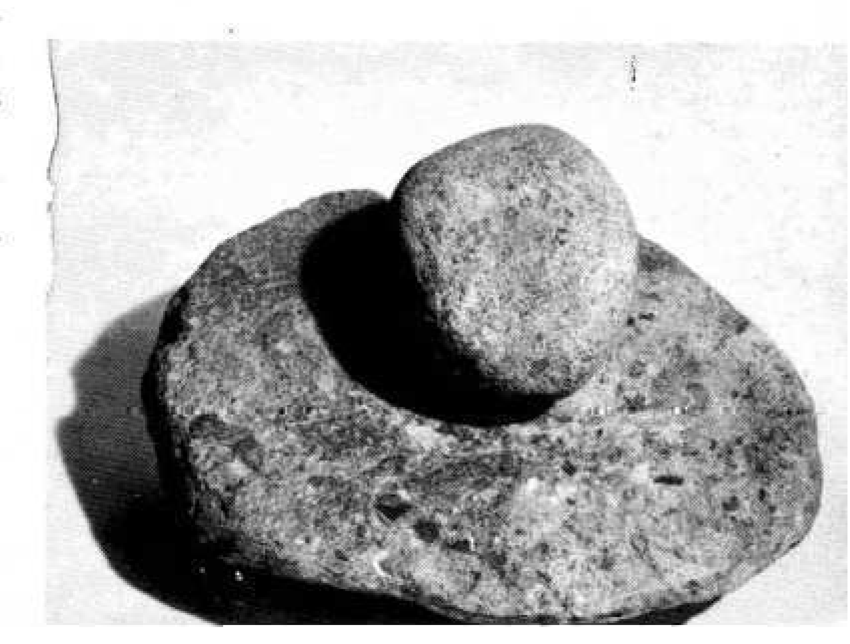
Mientras tanto, las costas del Mediterráneo eran ocupadas lentamente por poblaciones sobre todo pastoriles que, hasta las costas orientales y meridionales de la península Ibérica, aportaron una alfarería decorada con impresiones de conchas *(cardium)*, enseñaron la cría de la cabra y el cordero y una agricultura todavía sumaria fundamentada en la cebada. Marinos en primer lugar, esos pueblos no penetraron más de 80 kilómetros en el interior de las tierras, pero abrieron el camino a los primeros intercambios marítimos: se les debe, por ejemplo, la explotación de los yacimientos de obsidiana de las islas Lípari, de lo cual se encuentran testimonios hasta cerca de Génova.

Del Mediterráneo vino la oleada que debía colonizar Europa occidental. Se ignoran sus relaciones con la corriente anterior; se ignora incluso su origen, que, sin duda, hay que situar en la España meridional y quizás en África del Norte. Reconocible por su alfarería decorada por impresiones que se realizaban sobre la vasija cuando la arcilla estaba tierna, esa oleada remontó el valle del Ródano hasta alcanzar la cuenca parisiense, Inglaterra y Alemania del sur, y fundó, en las orillas de los pantanos de Suiza y del Jura, los *poblados lacustres* o *palafitos*. Estos establecimientos iban a subsistir desde principios del III milenio (la fijación de fecha por el radiocarbono 14 ha indicado el año 2750 a. de J.C.) hasta finales del II milenio. Fueron comunidades de agricultores que explotaban, además de sus campos, los recursos de los pantanos y lagos: peces, aves y vegetales comestibles. El limo de los lagos ha conservado hasta nosotros preciosos testimonios de sus actividades: cestos, tejidos, redes y útiles de piedra.

Desde el sudeste o del sudoeste, los recién llegados trastornaron, por tanto, la fisonomía de una Europa todavía débilmente poblada y que se abría muy despacio a la agricultura y la ganadería. Pronto se establecieron relaciones con los pueblos mesolíticos a lo largo de las costas del canal de la Mancha y en la Europa del norte. Fue en beneficio común. El ejemplo de los escasos instrumentos de metal procedentes de Oriente incitó a pueblos todavía provistos de utillaje de piedra al pulimento de armas y herramientas. Y a los emigrantes desperdigados por los bosques europeos, que con sus útiles demasiado ligeros no se podían valer, los descendientes de los maglemosienses les enseñaron a construir el pesado equipo del hombre de los bosques. En Europa occidental, sobre todo, la industria del sílex conoció un extraordinario auge. A costa de considerables esfuerzos se abrieron minas de sílex por todas partes: con picos de asta de ciervo o de piedra, el suelo se llenó de pozos que alcanzaron hasta dieciséis metros de profundidad de donde partían las

EL PRIMER MOLINO

Una piedra plana y un guijarro redondeado (hallados en una instalación lacustre): antepasado de la muela y del pilón.



EXTENSIÓN DE LAS TÉCNICAS AGRÍCOLAS Y PASTORILES EN EUROPA DURANTE LAS ÉPOCAS MESOLÍTICA Y NEOLÍTICA

EXTENSIÓN DE LA METALURGIA EN EUROPA DESDE EL IV AL II MILENIO ANTES DE JESUCRISTO

galerías. Se formó un grupo de especialistas. No se trataba de una actividad complementaria, sino más bien de un trabajo que ocupaba por completo a los mineros profesionales. Se ignora la situación social de hombres sometidos a un labor agotadora y peligrosa, y cuya posición se equiparaba tal vez a la de seres inferiores o esclavos.



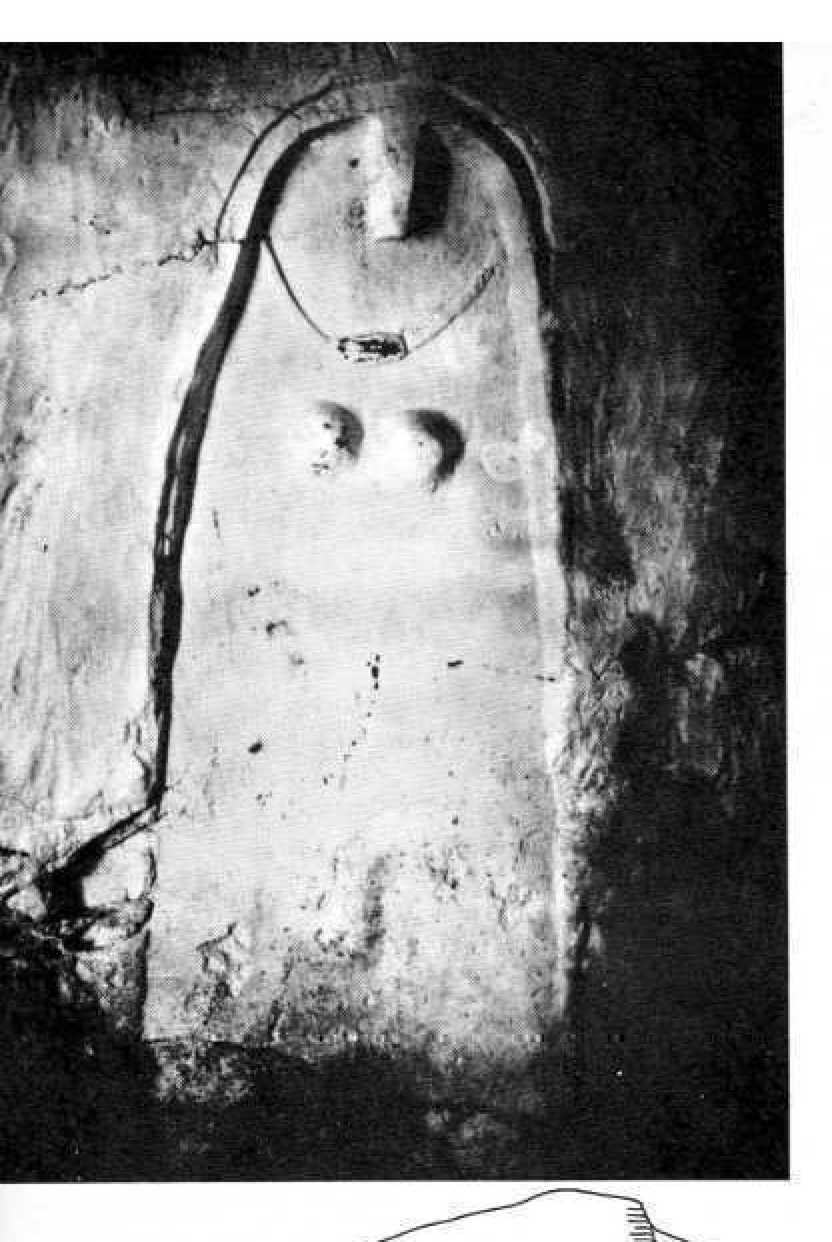
Entrada de Europa en la edad de los metales: fines del III milenio y principios del II.

Europa entró poco a poco en la edad de los metales educada siempre por Oriente, que llevaba un adelanto de 1.500 años. Ya habían llegado a ella raros productos de la metalurgia oriental; la explotación de sus yacimientos metalíferos se debió a la iniciativa de prospectores anatolios, sirios y egeos en busca de minerales. La empresa más espectacular fue llevada a cabo por mar, sin duda por navegantes egeos, que reconocieron y abrieron probablemente la explotación de yacimientos de estaño en Toscana, Galicia y Cornualles, y yacimientos de cobre en el sur de España. El paso de los prospectores está relacionado con la extensión de nuevos ritos funerarios, el culto de los muertos enterrados colectivamente en sepulturas subterráneas. A lo largo de las islas y las costas del Mediterráneo occidental descubrimos así la presencia de cámaras excavadas en la

EXPANSIÓN DE LA CIVILIZACIÓN MEGALÍTICA

Quizá procedentes del Mediterráneo oriental, los temas característicos de la civilización megalítica llegaron al oeste a través del Mediterráneo. En Malta, donde se encuentran vastas cámaras megalíticas, vestigios de la cultura llamada de Tarxiem, este altar (arriba) presenta una decoración de anchas espirales; en la isla de Menorca, la tumba de la Taula de Talatí (abajo) es un conjunto de cámaras funerarias megalíticas, entre los centenares con que cuentan las regiones costeras del Mediterráneo occidental.



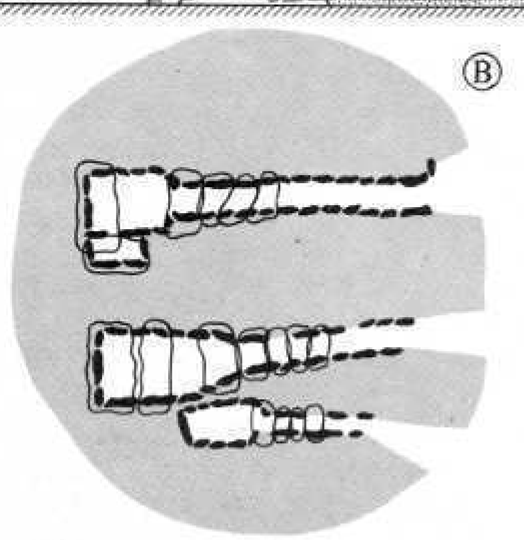


ÍDOLO DE UNA GRUTA EN EL VALLE DEL PETIT-MORIN (FRANCIA)

Esta tosca representación, excavada en la misma pared de la caverna, testimonia el culto rendido a una diosa nutricia que se honraba en las cámaras subterráneas naturales o a veces enteramente excavadas por la mano del hombre, lejano resultado de la arquitectura megalítica después de su propagación en Europa occidental durante varios siglos.

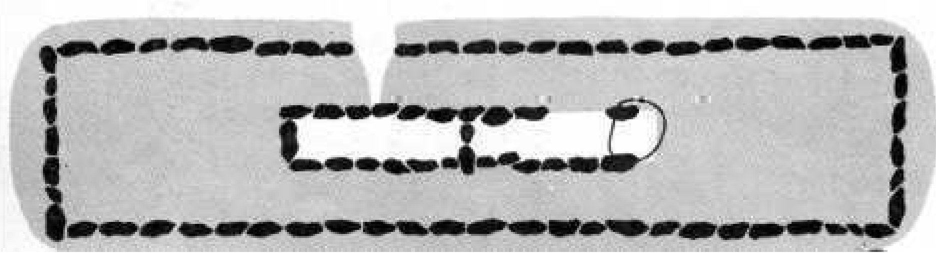
roca o construidas como grandes salas cubiertas con falsa cúpula, que recuerdan construcciones análogas del mundo egeo. Adoptados poco a poco por pueblos neolíticos, que profesarían sin duda una de las primeras grandes religiones europeas, la evolución de dichos monumentos dio lugar a *dólmenes* y *galerías cubiertas* que se designan, junto con los *menhires*, con el nombre genérico de *megalitos*, es decir, «grandes piedras». En sus variadas formas, los dólmenes y galerías cubiertas sólo son un recuerdo de las cámaras funerarias de carácter colectivo; al igual que ellas, estaban cubiertos por túmulos de tierra y piedras que generalmente la erosión ha destruido.

Desde las costas del Languedoc hasta las de Escandinavia surgieron pueblos, cuyos monumentos funerarios no expresan la emigración e instalación de pueblos nuevos, sino el paso de navegantes, a la vez pros-



PLANTAS Y SECCIÓN DE MONUMENTOS MEGALÍTICOS

Cortes vertical A y horizontal B de un cairn *(túmulo), que recubre uno o varios dólmenes, y corte horizontal C de un túmulo de una galería cubierta.*





UNA DE LAS ALINEACIONES DE MENHIRES EN CARNAC

Cuéntanse por millares las piedras verticales que forman varios conjuntos; cada uno de ellos se compone de centenares de menhires alineados en una decena de hileras que terminan, en cada uno de sus extremos, en un hemiciclo.

pectores y misioneros. De una región a otra, el tipo de construcciones megalíticas evolucionó y se simplificó. Del dolmen, monumento relativamente complejo en el cual se llega a la cámara funeraria por un corredor, se pasa en el curso de algunos siglos a la simple galería cubierta. Entre las formas que toma esta civilización poco a poco adoptada por los pueblos neolíticos, una de las más curiosas fue la civilización de *Sena-Oise-Marne,* formada hacia mediados del II milenio. Sin duda se encuentra aquí la primera población estable de la cuenca parisiense, ocupada por agricultores que adoraban a una diosa de la fecundidad y daban a sus muertos sepulturas arquitectónicas, galerías cubiertas o cámaras excavadas en la creta de la Champaña.

Los megalitos contienen muy poco metal. Son los monumentos de pueblos todavía neolíticos, que proveían a sus muertos de un bello ajuar funerario de cerámica, hachas de piedra pulimentada y joyas de oro nativo, pero que ignoraban las técnicas metalúrgicas que los prospectores les enseñaron muy lentamente. El armamento o el utillaje de bronce que han podido encontrarse en los megalitos atestiguan generalmente una utilización tardía de los monumentos. La civilización metalítica no deja de señalar una etapa importante de los progresos de Europa: la difusión de los megalitos y el transporte de minerales prueban el perfeccionamiento de los medios de navegación en el Atlántico, canal de la Mancha y mar del Norte. Los filones metálicos abiertos por los prospectores y el transporte de minerales no tardarían en beneficiar a los pueblos que los poseían; por último, la edificación de los monumentos megalíticos demuestra una organización y disciplina social ya fuerte, porque exigía el trabajo de verdaderas multitudes: el gran menhir de Carnac, hoy destruido por un rayo, debió de exigir el trabajo coordinado de 1.800 hombres para que su masa, de un peso de 350 toneladas y 23 metros de altura, pudiera erguirse hacia el cielo.

De uno de los centros que habían adoptado las creencias que resumen para nosotros las construcciones megalíticas, vino el último impulso que iba a hacer de Europa una tierra de metalúrgicos. Del sur de España partieron poblaciones del tipo físico mediterráneo. Eran arqueros, portadores de vasos rituales en forma de campana, llamados *campaniformes,* que hacia 1800 llegaron a Europa central y a Polonia, hacia





LA RELIGIÓN MEGALÍTICA

Se han expuesto muchas teorías. Es verosímil que las alineaciones de menhires estuvieran relacionadas con formas del culto solar; los dólmenes y las avenidas cubiertas eran vastas tumbas, donde se amontonaba un mobiliario funerario, testimonio de la creencia en la supervivencia post mortem; *las representaciones de las diosas de la maternidad demuestran la relación existente entre los cultos funerarios y los dedicados a la fertilidad (a la izquierda: una estela de Carnac); pero nada sabemos de la significación de la bella decoración geométrica de las estelas del túmulo de Gavrinis (a la derecha), en el golfo del Morbihan.*

INTERIOR DE LA CUEVA DE MENGA, DOLMEN DE ANTEQUERA (Málaga)



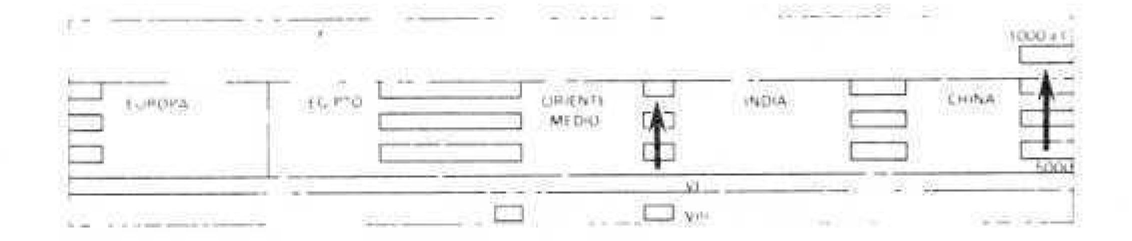
TRADICIONES Y CREENCIAS

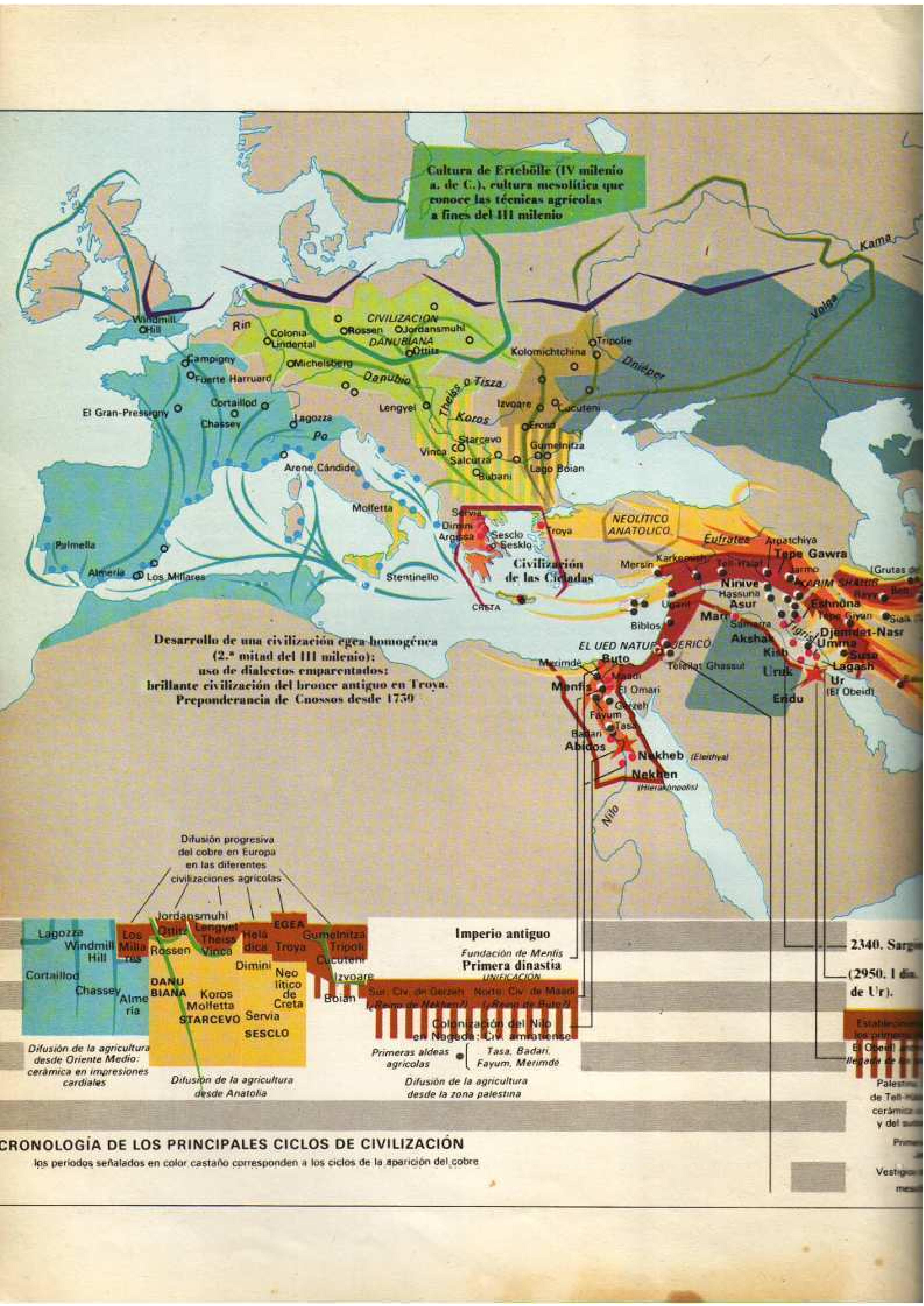
Durante mucho tiempo las investigaciones cronológicas se han visto dificultadas por la utilización de los monumentos megalíticos después de la época de su edificación. La mayor parte de las cámaras funerarias fueron empleadas de nuevo hasta fines de la antigüedad, más de 2.000 años después de su construcción. Del mismo modo, los menhires han sido durante mucho tiempo objeto de cultos paganos, mucho después de la evangelización de Bretaña; algunos fueron cristianizados, como el de Saint-Duzec, en Pelumur-Bodou (Côtes-du-Nord), donde, en 1674, fueron esculpidos los instrumentos de la pasión de Cristo.



ENTRADA DEL MUNDO EN LA HISTORIA

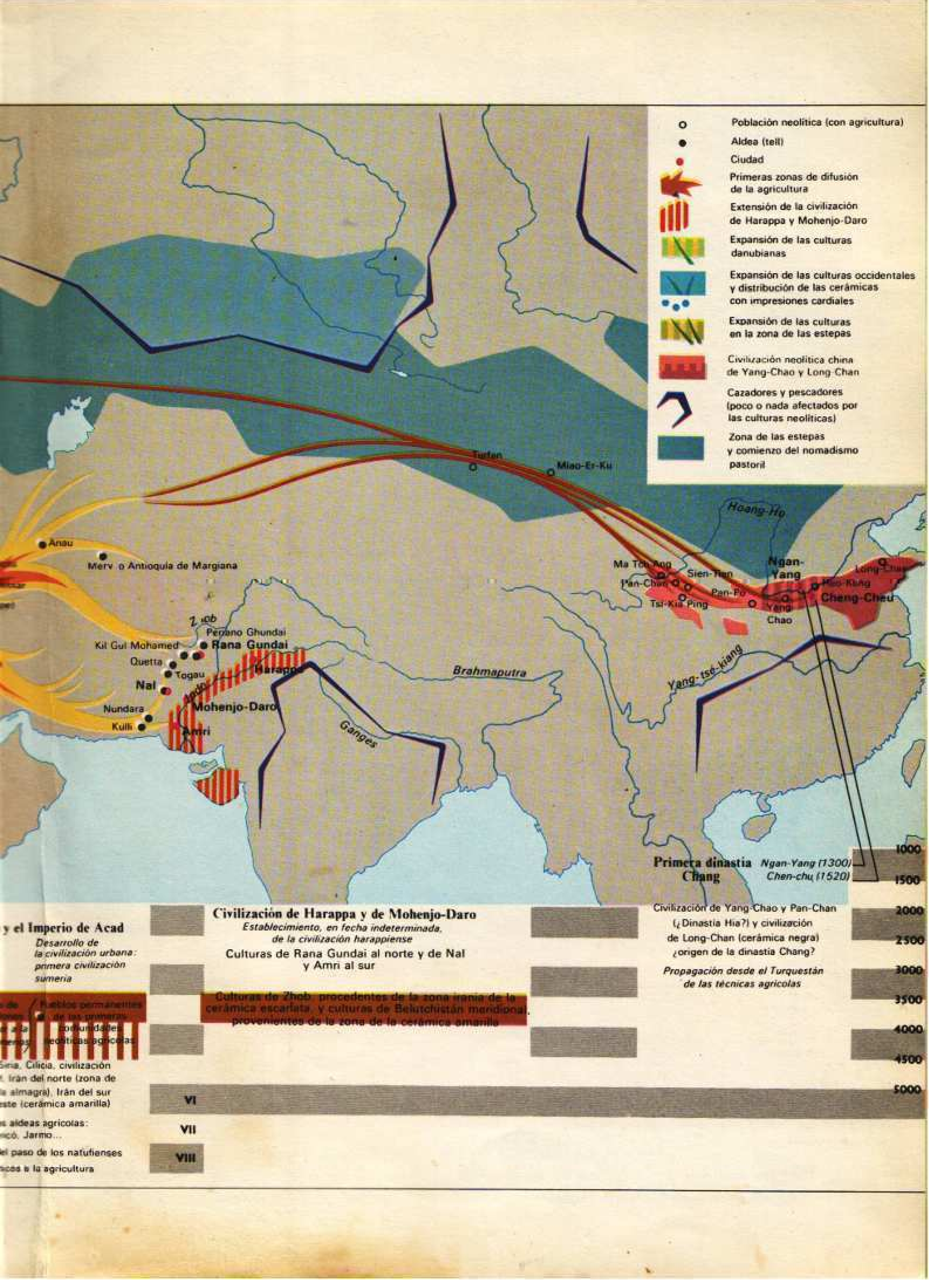
Del Pacífico al océano Atlántico, el fin de los tiempos prehistóricos se produjo en épocas muy distintas. Este mapa representa la entrada de esos diversos pueblos en la historia. Una escala cronológica (en la parte inferior del mapa) los sitúa en el tiempo, remitiendo al mapa mediante trazos negros. El conjunto formado por Egipto y el Creciente Fértil (Mesopotamia, Siria y Palestina) sustentó las primeras poblaciones de agricultores, que se establecieron en las colinas. Tanto en las regiones orientales, como en las occidentales, las comunidades agrícolas se desarrollaron con cierto desfase cronológico en relación con el núcleo geográfico del que procedían. La entrada de Europa en la era neolítica y la era de los metales se produjo bruscamente, como consecuencia de influencias orientales. A fines del IV *milenio, la cultura danubiana (color verde), de carácter agrícola, penetró en Europa central y septentrional; la Europa oriental conoció parecido desarrollo con una diferencia de un milenio (color bistre), la Europa occidental (color azul) quedó aún más aislada y sus relaciones con la cultura danubiana fueron muy reducidas hasta fines del* III *milenio. El mundo egeo aparece rodeado de rojo en el momento en que alcanzó su unidad cultural (en el* III *milenio).*

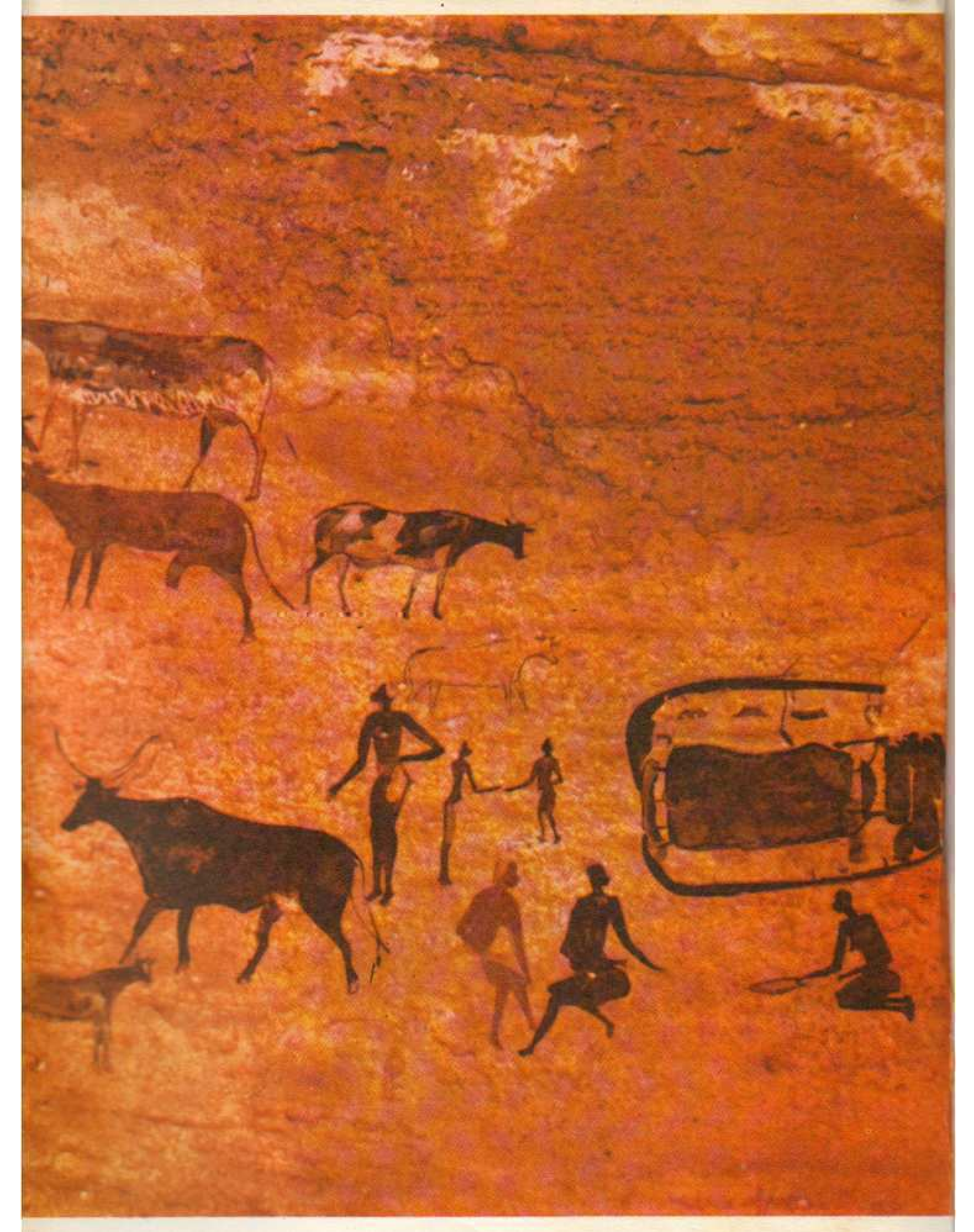




CRONOLOGÍA DE LOS PRINCIPALES CICLOS DE CIVILIZACIÓN

los períodos señalados en color castaño corresponden a los ciclos de la aparición del cobre


Población neolítica (con agricultura)
Aldea (tell)
Ciudad
Primeras zonas de difusión de la agricultura
Extensión de la civilización de Harappa y Mohenjo-Daro
Expansión de las culturas danubianas
Expansión de las culturas occidentales y distribución de las cerámicas con impresiones cardiales
Expansión de las culturas en la zona de las estepas
Civilización neolítica china de Yang-Chao y Long-Chan
Cazadores y pescadores (poco o nada afectados por las culturas neolíticas)
Zona de las estepas y comienzo del nomadismo pastoril
Turfan
Miao-Er-Ku
Hoang-Ho
Anau
Merv o Antioquía de Margiana
Zhob
Periano Ghundai
Kil Gul Mohamed
Rana Gundai
Quetta
Togau
Nal
Harappa
Indo
Mohenjo-Daro
Nundara
Kulli
Amri
Brahmaputra
Ganges
Yang-tsé-kiang
Ma Toh Ang
Sien-Tien
Pan-Chan
Pan-Po
Tsi-Kia Ping
Yang Chao
Ngan-Yang
Long-Chan
Cheng-Cheu
Primera dinastía Chang
Ngan-Yang (1300)
Chen-chu (1520)
y el Imperio de Acad
Desarrollo de la civilización urbana: primera civilización sumeria
Pueblos permanentes de las primeras comunidades neolíticas agrícolas
Siria, Cilicia, civilización
Irán del norte (zona de la almagra), Irán del sur
este (cerámica amarilla)
aldeas agrícolas:
Jericó, Jarmo...
del paso de los natufienses
a la agricultura
Civilización de Harappa y de Mohenjo-Daro
Establecimiento, en fecha indeterminada, de la civilización harappiense
Culturas de Rana Gundai al norte y de Nal y Amri al sur
Culturas de Zhob, procedentes de la zona irania de la cerámica escarlata, y culturas de Belutchistán meridional, provenientes de la zona de la cerámica amarilla
VI
VII
VIII
Civilización de Yang-Chao y Pan-Chan (¿Dinastía Hia?) y civilización de Long-Chan (cerámica negra) ¿origen de la dinastía Chang?
Propagación desde el Turquestán de las técnicas agrícolas
1000
1500
2000
2500
3000
3500
4000
4500
5000



PINTURA RUPESTRE DE TASSILI DES ADJERS

Uno de los vestigios de la cultura de los pueblos ganaderos (a la derecha aparece un cercado), que floreció en el Sahara entre los milenios IV *y* II *a. de J.C.*

el este, y a Inglaterra hacia el oeste. En el norte y el centro de Europa se mezclaron con los otros invasores procedentes de las estepas rusas, portadores de hachas de piedra pulimentada que llegaron al Rin. Estos movimientos de pueblos, con su cortejo de devastaciones y ruinas, amalgamaron a los hombres neolíticos y establecieron nuevos contactos. Los portadores de vasos campaniformes abrieron, sin duda, la ruta del Brenner. Buenos metalúrgicos del cobre, comenzaron la explotación de los yacimientos irlandeses, pero también pusieron en relación los centros metalúrgicos unos con otros; por ejemplo, los de Bohemia, que trabajaban el bronce, con los talleres de fundición del cobre en Europa occidental. Siguiendo a los portadores de hachas, los artesanos y metalúrgicos vinieron de Oriente a través de la estepa: traían consigo las técnicas de los fundidores caucásicos, que fueron los creadores de la industria del hierro.

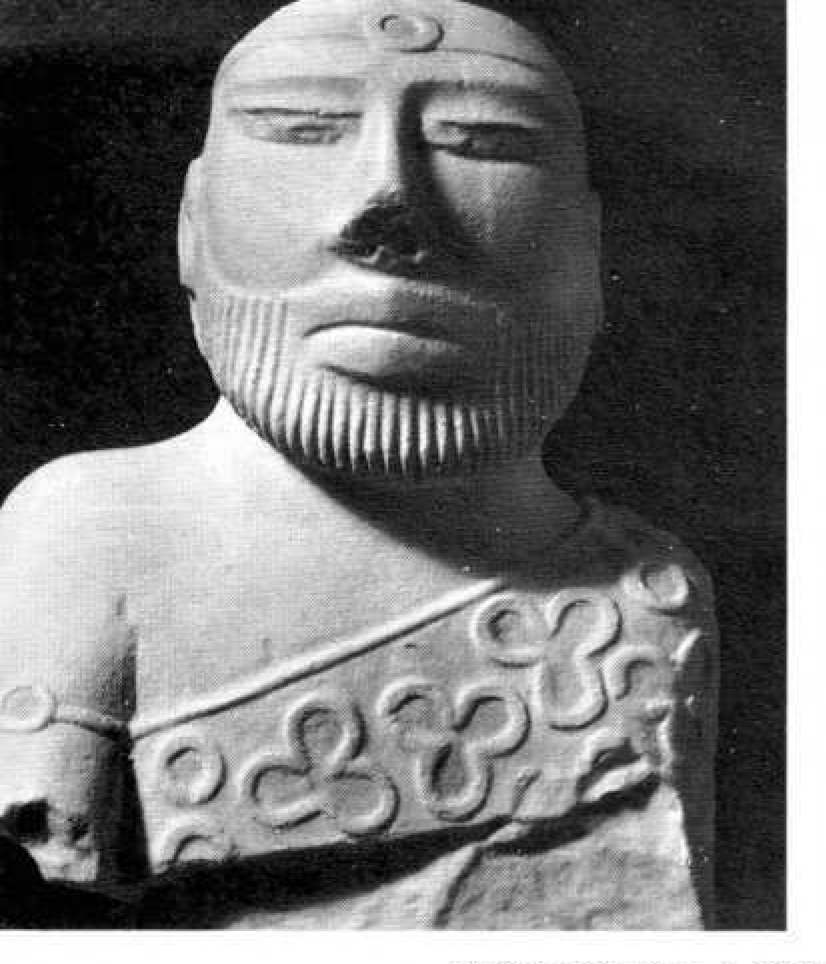
Nacimiento de Europa: la primera edad del bronce. A partir del año 2000, los portadores de la religión de los megalitos iniciaron a la Europa mediterránea y atlántica en la metalurgia. Europa central se despertó un poco más tarde, también por obra de los inmigrantes orientales, prospectores y comerciantes que trabajan por su cuenta. Primero la civilización cretense y luego la micénica, que dominaron la cuenca del mar Egeo y sirvieron de abastecedores de los imperios continentales, contribuyeron en lo esencial a ese despertar. Sin duda alguna, la creciente demanda de metal suscitó en Europa central un aumento en la explotación y comercio. Hacia 1800, Europa comprendía tres regiones metalúrgicas en las cuales se fabricaba bronce: *España,* antigua encrucijada por donde habían pasado los constructores de megalitos y desde donde se había difundido el vaso campaniforme; *Inglaterra,* donde los mismos hombres habían comenzado la explotación de los yacimientos de Cornualles y de Irlanda; y por último, Europa central, donde, hacia 1800, reinaba una industria del bronce llamada de Unetice o de *Aunjetitz* (nombre de un yacimiento checoslovaco).

Europa central entró entonces en la edad del bronce. Todavía se estaba lejos de la generalización del metal, porque la producción de las minas de cobre era aún muy limitada, y la mayor parte del metal extraído se transportaba a Oriente. Las diferentes zonas de Europa se desarrollaban muy irregularmente: aparte de los puntos de partida de industrias del bronce, Francia y Escandinavia permanecían en un estadio de civilización neolítica, y no entrarían en la edad del bronce hasta después de 1500. Sin embargo, después de 1800, Europa salía definitivamente de la prehistoria. Del este habían venido el arado, que iba a multiplicar la eficacia del laboreo, y el carro de ruedas macizas, que era, sin duda, un legado de los pueblos de la estepa.

Algunas apreciaciones numéricas permiten representar la mejora de condiciones de vida; recogiendo las indicaciones valederas para el paleolítico (pág. 21) se puede establecer el cuadro siguiente (en tantos por ciento) según el profesor Vallois:

La misma sociedad adquiría ya un aspec-

Indicación de la edad en que murió el individuo	0-14 años	15-20 años	21-40 años	41-60 años	más de 60
Hombre del paleolítico superior (102 individuos examinados)	24'5	9'8	53'9	11'8	
Hombre del mesolítico (65 individuos)	30'8	6'2	58'5	3	1'5
Principio edad bronce (Austria - 273 indiv.)	7'9	17'2	39'9	28'6	7'3
Austríaco en 1927	15'4	2'7	11'9	22'6	47'4





VESTIGIOS DE LA CIVILIZACIÓN DEL INDO

A la izquierda: un notable de Mohenjo-Daro, que lleva la ropa adornada con un motivo de tréboles. A la derecha: una divinidad andrógina.

to que se nos muestra más o menos confusamente, pero ya original. La religión de los constructores de megalitos se había convertido en la de la mayoría de las poblaciones campesinas: fundamentada en el culto de los muertos, era sin duda una religión de la fecundidad y proponía a sus fieles consagraciones y purificaciones. Lejos de ser uniforme, Europa era ya una tierra de gran diversidad cultural en la cual las normas de la organización social eran menos rígidas que en Oriente, más propicias a las iniciativas individuales y a la improvisación. Los metalúrgicos constituían una clase móvil, que cambiaba frecuentemente de lugar, y las huellas de los talleres que han sido encontrados nos hacen suponer que fueron itinerantes, y que habitaban cavernas y abrigos naturales, pero no los pueblos.

Hacia 1500 se habían conquistado las rutas marítimas desde el Mediterráneo al Báltico; los ríos eran ya grandes vías naturales que aligeraban la masa continental; las montañas eran regularmente atravesadas por pasos a través de los Alpes y los Cárpatos. El continente estaba abierto en todas direcciones, y sus diferentes regiones naturales hallábanse en permanentes relaciones.

4. Los continentes salen de la prehistoria

Las grandes civilizaciones: India y China. En Asia, las culturas neolíticas, históricas luego, se formaron muy rápidamente bajc el influjo del Próximo Oriente y por lo general por la brusca ruptura con las culturas paleolíticas rezagadas e inmovilistas.

Hacia el x milenio antes de Jesucristo, los grupos humanos que vivían al sur del Hima-

laya experimentaron un profundo trastorno a causa de una invasión que detuvo bruscamente el curso de las civilizaciones paleolíticas que allí se sucedieron. Milenios más tarde, los grupos neolíticos de Mesopotamia y del Irán emigraron probablemente hacia el este, y las primeras culturas neolíticas de la India se formaron entonces. Los primeros grupos se establecieron al oeste del *Indo*, en un tiempo en que el Beluchistán y el Sind no estaban despoblados, y después en el mismo valle del Indo donde fundaron los grandes centros de *Harappa* y de *Mohenjo-Daro*, que florecieron entre 2500 y principios del II milenio. Para pasar de las pobres aldeas a una cultura urbana, la civilización del Indo superó las mismas etapas que las civilizaciones de Mesopotamia o de Egipto, hasta conseguir un sistema de escritura que todavía no ha sido descifrado. Harappa y Mohenjo-Daro ofrecen el aspecto de ciudades perfectamente ordenadas que organizaron la división del trabajo, y cuya economía se apoyaba en la agricultura, la metalurgia, la alfarería a torno y el comercio marítimo, por medio del cual acaso se mantuvieran relaciones con la Baja Mesopotamia. Se han encontrado joyas y sellos de origen sumerio en las ruinas de las dos ciudades. La organización político-social debió de ser teocrática: la vida entera estaba centrada en el culto a los dioses y dirigida a la conservación de su templo; la autoridad era detentada por los sacerdotes servidores de los dioses de la fecundidad. Los especialistas no parecen estar de acuerdo en todo lo que esta primera civilización pudo legar a la civilización india histórica. No parece desatinado advertir en ella el origen de cierto número de tradiciones, tales como el culto de los árboles, sobre todo de la higuera sagrada, y el culto de Siva, representando como «señor de los animales», aludido siempre por símbolos fálicos.

Ignoramos las circunstancias del nacimiento de esta civilización, y presumimos las de su muerte. Fue destruida por invasores procedentes del norte y del sur de la comarca irania, que aniquilaron a sus componentes; en las minas de diversas ciudades, la excavación arqueológica ha sacado a la luz esqueletos que conservan huellas de una muerte violenta.

En China, la primera cultura neolítica se formó en las mesetas de limo calizo de la *China del norte*. Tampoco allí las condicio-

VESTIGIOS DE LA CIVILIZACIÓN DEL INDO

A la derecha: la estatuilla de una joven, quizás una danzarina, de miembros delgados, con el brazo izquierdo lleno de brazaletes y cuyo tipo australoide es uno de los elementos del problema del origen de las poblaciones que fundaron esa civilización. A la izquierda: dos sellos característicos por su forma rectangular, su escritura jeroglífica, que no ha sido descifrada, y la calidad de su grabado; el buey en relieve aparece frecuentemente representado parado ante una mesa de ofrendas o un altar.

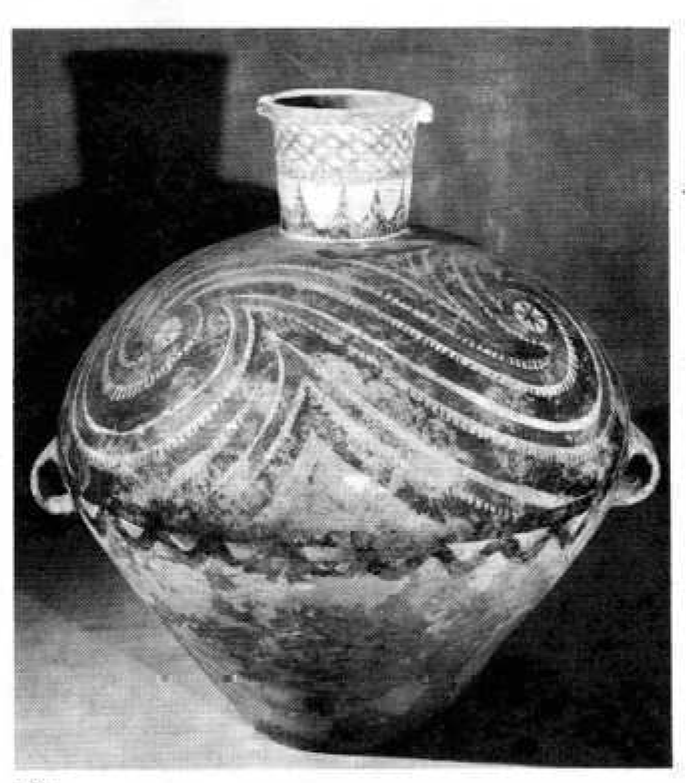




nes naturales pueden explicar este súbito alumbramiento, lo que induce a pensar en influencias venidas del Próximo Oriente a través de las estepas del Asia central. Las etapas fueron las mismas que en la India o en Mesopotamia: durante milenios, los primeros campesinos practicaron el cultivo itinerante del mijo simultaneándolo con la crianza de cerdos y perros. Su utillaje de piedra subsistió mucho tiempo; la alfarería, fabricada a mano y luego al torno, decorada con pinturas y después carente de ornamentación, testimonia progresos constantes de los primeros artesanos. Hacia 1500 se construyeron las primeras grandes ciudades; la organización social y económica repartió los distintos oficios por barrios; la autoridad perteneció, sin duda, a una aristocracia guerrera que se desplazaba en carros. Durante el transcurso del II milenio aparecieron dos innovaciones fundamentales: el cultivo del *arroz*, llevado a cabo por pequeños grupos neolíticos del valle del Yang-tsé-kiang, y el empleo del bronce procedente del exterior. El uso del bronce, las formas que los artesanos chinos le dieron, los temas decorativos que desarrollaron en sus primeras creaciones, todo pone de manifiesto los vínculos de China con la gente de las estepas y los pueblos nómadas que se desplazaban hasta allí, poniendo en relación el mundo europeo y próximo oriental con el mundo de Extremo Oriente. En el II milenio aparecieron las primeras manifestaciones de escritura que, en parte, han sido descifradas: se trata de inscripciones sobre bronce, pero sobre todo de auspicios redactados sobre caparazones de tortuga.

VASO NEOLÍTICO CHINO
(principios del II milenio)

Este vaso, que procede de Pan-chan, en el Kensu, testimonia la calidad de la cerámica pintada: espirales o volutas, rombos, dameros... la decoración es geométrica y pintada en varios colores. El tema de la espiral no habría de ser repetido por el arte decorativo chino de siglos siguientes: limitado a principios del II milenio, y en la provincia más occidental de China, es un índice de las relaciones establecidas entre las culturas de las orillas del mar Negro y las del valle del río Amarillo durante el neolítico.



Regiones asiáticas retrasadas. En la masa del continente asiático, apenas si cuentan los grupos humanos que entraron en la edad neolítica y luego en la edad de los metales antes del II milenio. Había enormes diferencias de nivel de civilización entre las culturas de China del norte y del Indo, y todas las demás. Habían de transcurrir siglos para que se extendiesen las técnicas y nuevas formas de vida.

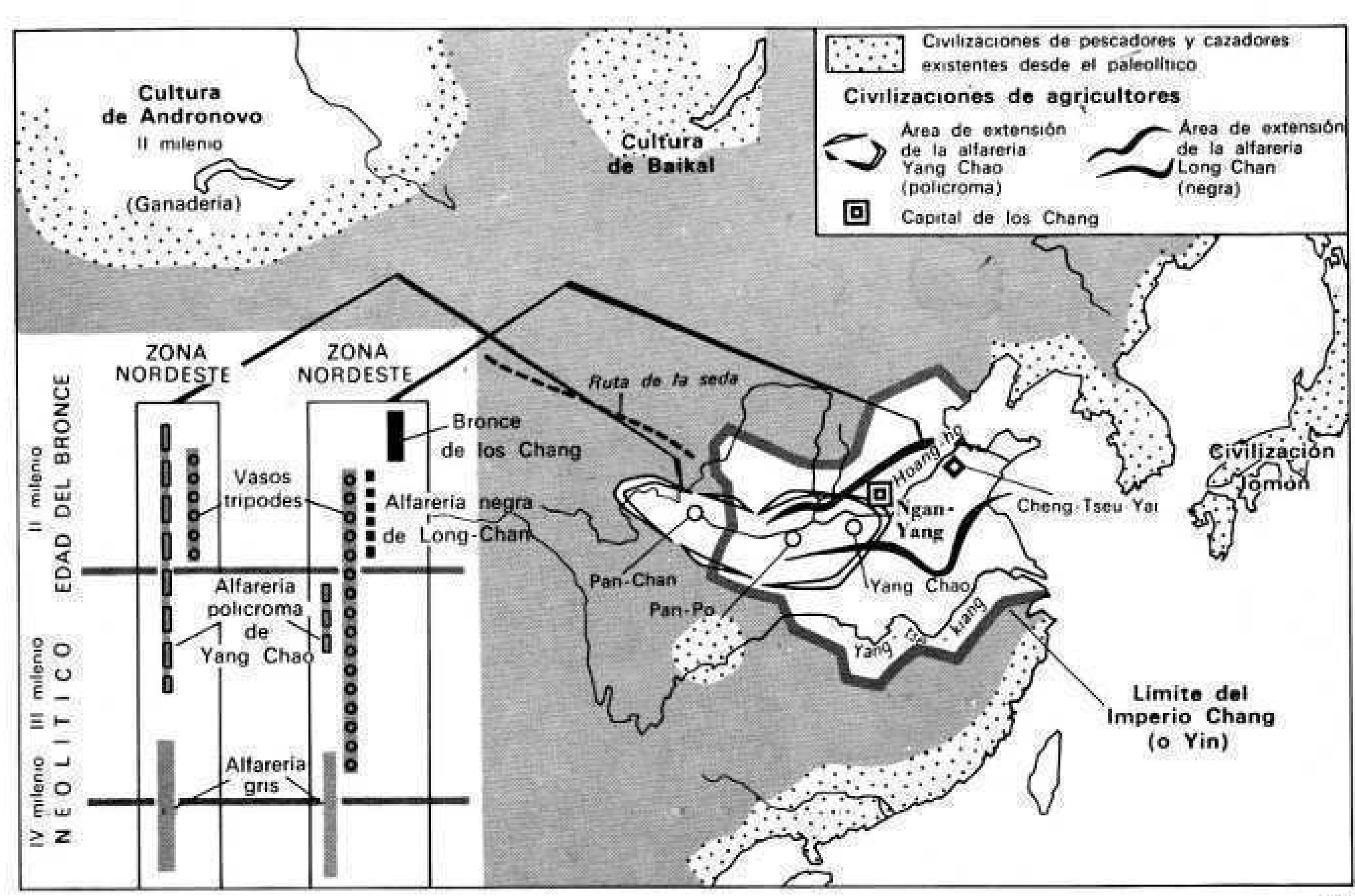
La península del Indostán se despertó lentamente; pequeños grupos del Indo introdujeron el conocimiento del cobre en el norte del Decán, pero el centro y el sur continuaron usando la piedra y los microlitos hasta finales del I milenio antes de Jesucristo.

Al norte de las regiones pobladas por agricultores chinos, en el límite del bosque y la estepa, los pueblos siberianos no salieron realmente del paleolítico; gracias a sus contactos con pueblos agricultores y por disponer de metal, aprendieron el uso de la cerámica y el pulimento de la piedra, pero continuaron utilizando un utillaje de piedra y de hueso y su forma de vida siguió siendo la de los cazadores y pescadores. Los primeros habitantes del Japón permanecieron en esa fase hasta los alrededores de la era cristiana y superaron su civilización de tipo mesolítico durante el I milenio después de Jesucristo, al hacerse más intensas sus relaciones con China septentrional; el estableci-

CULTURAS AGRÍCOLAS Y METALÚRGICAS EN LA INDIA ANTIGUA

Excavaciones principales
Kıl Gul Mohamed
Indo
Harappa
Mohenjo-Daro
Amri
Primeras aldeas sedentarias
Mahesvar
Narbada
Ganges
Culturas del cobre
Civilización del Indo
Culturas con herramientas de piedra
Invasiones arias
3000
2000
1000
0

LA CHINA, DEL NEOLÍTICO A LA ÉPOCA HISTÓRICA





EL JAPÓN EN LA ÉPOCA NEOLÍTICA

Habiendo comenzado tal vez en el II *milenio antes de J.C., el neolítico japonés lleva el nombre de Jomon, y se subdivide en varios períodos. La figurilla de arcilla (arriba) data de fines del* II *milenio, y el magnífico vaso de arcilla (abajo), de principios del* I *milenio.*



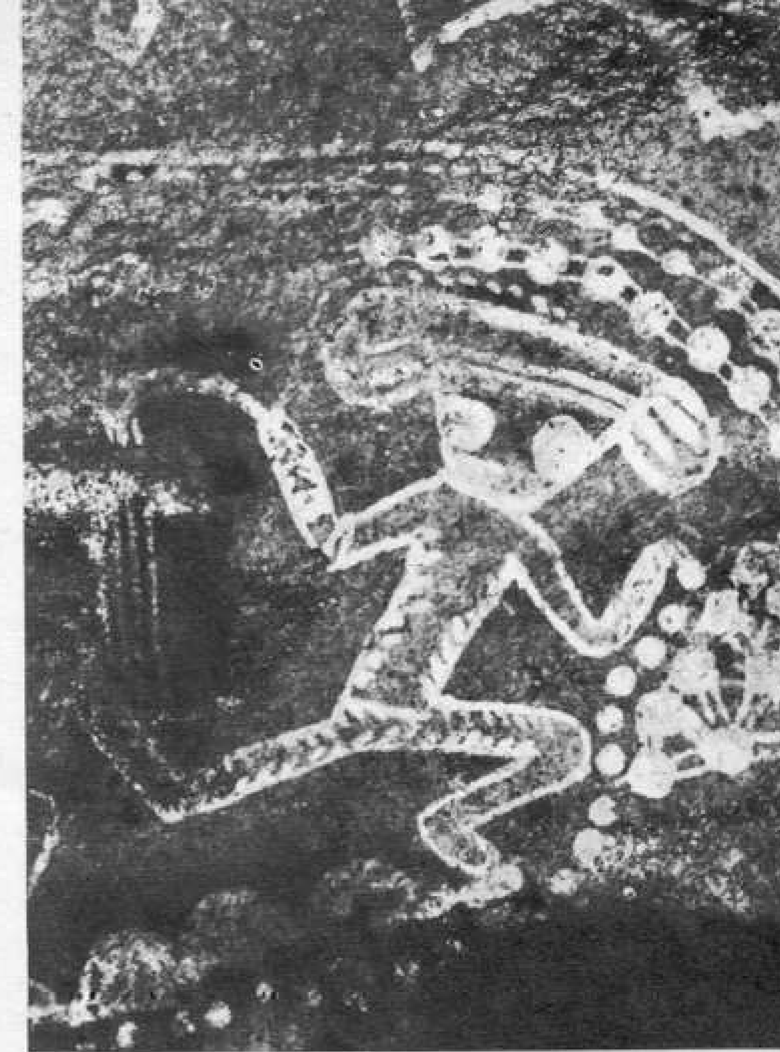
miento del primer sistema de escritura data de 712-720.

Asia sudoriental salió poco a poco de la prehistoria bajo la influencia de los centros de la India y China. Hacia 1500 a. de J.C. las primeras comunidades campesinas del Yang-tsé-kiang ya estaban formadas, después de un largo aprendizaje en el cual habían adoptado las técnicas agrícolas para la obtención del cereal que se acomodaba mejor a las condiciones naturales: el arroz. Indochina e Insulindia pasaron entonces a la fase neolítica y después a la de los metales. Pero nuestros conocimientos son todavía muy fragmentarios y no se alcanza a distinguir con claridad las etapas y progresos realizados, que hicieron que pueblos todavía mesolíticos adoptaran el pulimento de la piedra y sucesivamente el uso de la cerámica y los metales.

Los últimos pueblos prehistóricos. Tierras vírgenes se ofrecían todavía a los aventureros y campesinos que pretendían abrir nuevos cultivos desforestando zonas selváticas: las *islas del Pacífico.* Al oeste de Borneo y de Java, la expansión humana fue detenida siempre por una fosa marina, la *línea Wallace,* que ningún movimiento del nivel del mar descubrió jamás. Los hombres no pudieron franquearla hasta que supieron navegar en alta mar, lo cual no pudo hacerse antes del fin del paleolítico. Los primeros establecimientos de los australoides, llegados de Asia sudoriental a Nueva Guinea y Australia se remontan tan sólo a 7800. Habían alcanzado un nivel comparable al del mesolítico europeo; no salieron de él, y los primeros colonos que llegaron a Australia a principios del siglo XIX encontraron hombres que vivían aún como en la prehistoria. De las Filipinas, ocupadas en el II milenio a. de J.C., partieron otros navegantes que ocuparon paulatinamente las islas de la Micronesia y de la Polinesia, cuya ocupación se prolongó hasta la edad moderna. Eran agricultores y ganaderos, pero no conocían la fabricación de tejidos, la cerámica y el metal. Cuando los navegantes europeos del siglo XVIII, Cook y Bougainville, partieron al descubrimiento del Pacífico, conocieron hombres que perpetuaban una forma de vida neolítica fundamentada en una agricul-

CULTURAS NEOLÍTICAS SAHARIANAS

Se conoce mal el final de la prehistoria africana, y los resultados de las recientes misiones de exploración del Sahara al Chad deberían ayudarnos a reconstruir las fases del neolítico africano, momento capital en que la población negra se extendió por África. Las pinturas rupestres descubiertas en Tassili n'Adjer (en las mesetas que rodean el Hoggar) son las más famosas. A la derecha: un brujo danzando. Abajo: un testimonio sobre la vida de los pueblos ganaderos de bóvidos (III milenio).







ÁFRICA NEOLÍTICA

*A la izquierda: los pueblos pastores y cazadores del Sahara central (*III *milenio); los cazadores están armados de arco y aljaba; los bóvidos están representados en «perspectiva torcida», el cuerpo y la cabeza de perfil y los cuernos de frente. A la derecha: una cabeza de terracota, de rasgos netamente negroides, procedente de Fort-Lamy (Chad).*

tura todavía rudimentaria, aunque se practicaba la irrigación, la ganadería y la pesca, y se usaba un utillaje de piedra y concha.

Un continente casi entero se rezagó en la prehistoria: *África.* Obstáculos naturales se oponían a una difusión rápida de formas de civilización procedentes del exterior: el desierto y la selva virgen. Pero además, Egipto, encarado hacia el Mediterráneo y el Próximo Oriente, no desempeñó en África el papel educador que hubiese podido tener. No obstante, algunas corrientes civilizadoras partieron de las orillas del Nilo: una hacia el oeste, alcanzando África del Norte, donde contribuyó a la transformación de una civilización paleolítica, llamada capsiense, mezclándose con las influencias procedentes de la Europa neolítica. Las relaciones con Egipto son evidentes en la evolución del arte rupestre del *Sahara.* Los descubrimientos, antiguos en el borde de las altas mesetas, recientes en el Sahara central y oriental, han revelado la existencia de una civilización pastoril cuya cronología no ha podido ser fijada aún. Sus protagonistas conocieron condiciones climatológicas diferentes de las actuales, y nos han legado extraordinarios testimonios de la vida pastoril —cría de bueyes y caballos—, en un arte rupestre que nos informa de sus relaciones con las civilizaciones del Nilo y del mar Egeo. En África oriental y central, Egipto desarrolló lentamente instrumentos y formas de vida nuevos. Cerámica tosca, utillaje de piedra pulimentada y técnicas ganaderas se extendieron a Kenia, la región de los

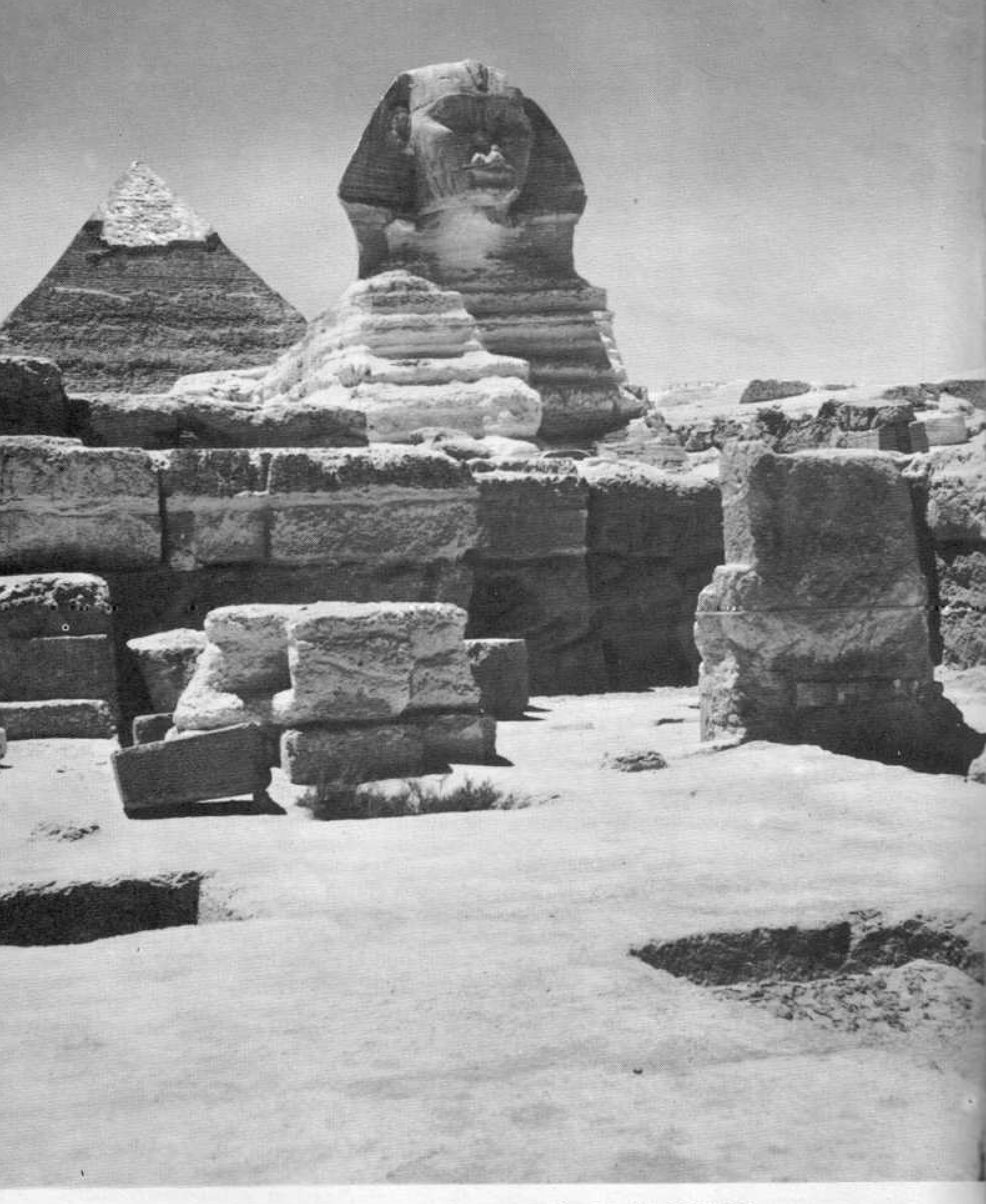
Grandes Lagos y hacia el África meridional durante el III milenio. Pero los progresos fueron muy lentos y sobre todo la difusión de la agricultura parece haber sido más tardía. El África ecuatorial conoció el uso del hacha de piedra pulimentada, que adoptó para desforestar el espeso bosque y crear cultivos temporales. La mayor parte del continente africano permaneció aún en tipos de vida neolíticos hasta fines del siglo XIX de nuestra era. África del Norte y las costas exploradas por comerciantes europeos y árabes eran caso de excepción, pero los *bosquimanos* del África del Sur y los *pigmeos* del bosque ecuatorial llevaban todavía una vida de tipo mesolítico.

El Nuevo Mundo. No se ha resuelto todavía el problema del origen de los pueblos del continente americano. Los más antiguos restos que testimonian una ocupación humana datan de 36000 antes de J.C. Pero el continente no recibió hasta muy tarde una población relativamente numerosa. Eran hombres llegados del nordeste de Asia, partidas de cazadores y pescadores que dejaron idéntico utillaje a uno y otro lado del estrecho de Behring. Su paso a América se produjo por una vía muy accesible, gracias a que el mar se hallaba en un nivel más bajo que el actual; su expansión a través de América del Norte sólo era posible en ausencia de lenguas glaciales en las altas llanuras que bordean las montañas Rocosas.

Estas condiciones se dieron sin duda hacia el año 10000 a. de J.C. Parece que los primeros ocupantes de América llegaron durante el VII milenio a orillas del estrecho de Magallanes.

La prehistoria de los habitantes de América siguió las mismas etapas que la de los pueblos del Viejo Mundo. Durante milenios, los primeros ocupantes, dispersos sobre enormes extensiones, se adaptaron a una forma de vida mesolítica, combinando los recursos de la pesca, la caza y la recolección. Pero a mediados del II milenio a. de J.C., los primeros grupos de agricultores aparecieron en la meseta mejicana. Durante mucho tiempo se ha supuesto que la entrada de los pueblos de América en el neolítico fue consecuencia de contactos con los pueblos neolíticos de Asia. Más bien parece que el neolítico americano haya tenido sus raíces en la misma América, donde las condiciones naturales de la meseta mejicana, inteligentemente explotadas, permitieron una agricultura basada en el maíz, la patata y la calabaza, a la cual acompañaron la cerámica y los primeros edificios religiosos.

El tiempo que transcurrió entre el desarrollo de la agricultura y la llegada de los europeos fue demasiado corto para que todo el continente tuviera tiempo de entrar en la historia. A partir del principio de la era cristiana, las civilizaciones clásicas de México, de América Central y del Perú comenzaron a elaborarse y estructuraron las bases políticas y sociales de los futuros grandes imperios, extendiendo el uso del cobre desde el Perú. Pero la mayor parte de las tierras de América evolucionó mucho más lentamente: los indios *pueblos* del sudoeste de los Estados Unidos entraron en la era neolítica y su civilización no cesó de progresar técnica y socialmente hasta el siglo XVII de nuestra era. Con frecuencia los grupos mesolíticos adoptaron un género de vida mixto, dedicándose a una agricultura temporal que era un complemento a los recursos de la caza. Otros progresaron poco, como los indios de la Tierra del Fuego, que conservaron lo esencial de la forma de vida de los primeros ocupantes de América, sin grandes cambios desde el año 7000 a. de Jesucristo hasta el paso de las carabelas de Magallanes.



GIZEH: LA ESFINGE Y LA PIRÁMIDE DE KEFRÉN

Guardián del templo funerario del faraón, la esfinge, divinidad solar con cuerpo de león y cabeza humana, ostenta los rasgos del soberano. En segundo término, la pirámide, cuyo vértice ha conservado una parte del revestimiento exterior, desaparecido en las demás.

SEGUNDA PARTE

ORIENTE ANTIGUO: EGIPTO Y MESOPOTAMIA

Los grandes imperios continentales que fueron Egipto y Mesopotamia lograron organizar en gran escala y por vez primera en la historia de la humanidad la vida de las comunidades de agricultores: los dos se basaron en la explotación agrícola de grandes valles aluviales situados en la cálida zona pretropical. Por su organización, ambos consiguieron sustentar grupos numerosos de hombres al servicio de dioses y de reyes, que construyeron los monumentos grandiosos que eran los templos y palacios.

Pero, relativamente aislada, la civilización egipcia se estancó en un mundo de estructuras sociales e intelectuales asombrosamente estables; por ello vio obstaculizada la expansión de su cultura, y el uso de su sistema de escritura quedó limitado al valle del Nilo.

En cambio, la civilización mesopotámica, mucho más diversa, por estar abierta naturalmente al mundo exterior, conoció la multiplicidad de los centros políticos y de los problemas que planteaba la organización de sus relaciones. El comercio a larga distancia, el derecho, el imperialismo armado, eran manifestaciones de un mundo más tumultuoso, cuyas creaciones religiosas e intelectuales han dejado honda huella en todo el Oriente.

Sin embargo, por grandes que hayan sido, esas dos civilizaciones han sufrido una misma insuficiencia. Después de siglos de creaciones e innovaciones realizadas en el marco de pequeños principados o tribus, en el alborear de su historia, no supieron, cuando encarnaron en inmensos imperios de pretensiones universales, renovar realmente sus estructuras: tanto el imperio de Ramsés II como el de Asurbanipal fueron organismos afectados de gigantismo, en la medida en que las técnicas administrativas y económicas eran siempre las de la tribu o del principado primitivos, pero extendidas a un marco geográfico desmesurado: cuando el faraón ponía en movimiento docenas de millares de campesinos, trabajando con sus manos y con un precario utillaje en la edificación de las pirámides, y cuando Hammurabi se imponía la tarea abrumadora de conocer personalmente todos los asuntos de su imperio, se ponían en práctica técnicas elementales, por su impotencia para crear las máquinas y estructurar de nuevo la organización política, a pesar de los progresos conseguidos por los grandes reyes de Babilonia y de Asiria.

LA IGNORANCIA DEL PASADO

Después de la desaparición de las civilizaciones de la antigüedad, los hombres de la Edad Media mezclaron ingenuamente todos los elementos que habían llegado hasta ellos a través de los relatos de viajeros y textos bíblicos. Con vestiduras carolingias, José, convertido en ministro del faraón, hace almacenar sabiamente el grano que permitirá a los egipcios hacer frente a los siete años de escasez; las pirámides sirven de gigantescos silos.





III

NUESTRO CONOCIMIENTO DEL ORIENTE ANTIGUO

1. Las etapas de nuestro conocimiento

De la antigüedad al siglo XIX. Durante numerosos siglos (unos veinte para Asia occidental, y unos quince para Egipto), el hombre perdió todo contacto directo con las civilizaciones del Oriente antiguo. La enorme masa de documentos que esas grandes civilizaciones habían acumulado fue inutilizable para el hombre. En Asia occidental, la comprensión de las escrituras y las lenguas se perdió al mismo tiempo que la autonomía política y la fidelidad a las antiguas religiones. En Egipto, el cierre de los templos y la dispersión de los sacerdotes paganos en el siglo IV de nuestra era hicieron inaccesible la lengua y la escritura del Egipto antiguo. De los imperios y su civilización sobrevivieron algunos restos que impidieron que fuesen olvidados por completo: las informaciones que la Biblia daba en pasajes demasiado breves sobre pueblos con los cuales Israel hubo de enfrentarse, las menciones aisladas de autores griegos y latinos, y por último las tradiciones populares. Unidas a los relatos de algunos viajeros, conservaron a veces el recuerdo del nombre de ciudades desaparecidas o transmitieron la imagen de monumentos fabulosos que hacía tiempo habían quedado cubiertos por la tierra.

Hasta finales del siglo XVIII, los eruditos no dispusieron de otra cosa. Sin embargo, hicieron un excelente trabajo. A partir del siglo XVI se inició la tarea de salvar y utilizar todo lo que habían podido escribir los autores griegos y latinos. Fue un lento y minucioso trabajo de compilación, basado en los relatos de *Heródoto* (que escribió en el siglo V antes de J.C.), fácilmente accesibles, y también en innumerables autores cuyos pasajes referentes a Oriente fueron a veces conocidos sólo por las citas que de ellos hacían otros autores: por ejemplo, de numerosos fragmentos de la obra de *Manetón*, sacerdote egipcio que escribió en griego (siglo III a. de J.C.) una historia del Egipto. Pero cualquiera que haya sido el valor del trabajo de los eruditos, el Oriente antiguo también era conocido por los textos bíblicos, generalmente poco favorables a los pueblos paganos que rodeaban a Israel, y por los autores extranjeros, griegos o latinos, que establecieron contacto con las civilizaciones de Oriente en su crepúsculo, aunque sin poseer en ningún caso su lengua ni su escritura.

Los progresos de las ciencias humanas y el perfeccionamiento de los métodos permitían esperar más: en el siglo XVIII, el erudito *Barthélemy* descifró el alfabeto de Palmira (1754) y poco después el fenicio. A partir de 1736 las excavaciones de *Herculano* y *Pompeya* fueron la escuela de los primeros arqueólogos europeos, que aprendieron allí cómo el resultado de las exploraciones arqueológicas podía completar la falta de información escrita. Pero en ese momento, los hombres del siglo XVIII no habían definido aún las finalidades y los medios de una investigación rigurosamente científica. Las

primeras excavaciones pusieron de manifiesto la curiosidad por las ruinas, la búsqueda de bellos objetos destinados a satisfacer a los aficionados al arte; el espíritu de los buscadores era el que define Goethe: «Ese entusiasmo por las ruinas antiguas, que no escatima ni los gastos ni el trabajo por devolverles lo mejor posible su esplendor.» O bien las investigaciones eran llevadas con preocupaciones y esperanzas que hoy nos parecen muy extrañas. Egipto, sobre todo, era imaginado como la tierra de las revelaciones, el lugar donde habían sido elaboradas una ciencia perfecta y sublimes doctrinas. Las sectas del siglo XVIII, tanto francmasones como rosacruces, gustaban de utilizar los símbolos egipcios como signos de verdades reveladas a sus miembros iniciados. Los investigadores posteriores heredaron el estado de opinión de sus informadores griegos, que fueron los primeros en crear para sus contemporáneos un espejismo egipcio: la tierra extraña, según los relatos de Heródoto, donde nada era como en ninguna parte, tierra de sabiduría adonde soñaba ir todo filósofo griego.

El estado de opinión que se mantuvo entre los eruditos de los tiempos modernos podía llevar a trabajos de una cómica ridiculez. Aquellos que se dedicaban a leer los jeroglíficos de los obeliscos de Roma querían a toda costa que cada signo fuese el símbolo de una verdad lo más profunda posible. En el siglo XVII, el padre Kircher propuso varias traducciones. Bajo su pluma, un conjunto de siete signos, que hoy día sabemos que significa «emperador», se convertía en: «Osiris es el autor de la fecundidad y de toda vegetación; Mofta, el sagrado, lleva del cielo a su reino su virtud prolífica.» Es más, los signos que significaban «César, Domiciano, sagrado», se convertían en: «El bienhechor jefe de la generación, que goza en el cielo de un cuádruple poder, confía, por mediación del bienhechor Mofta, la humedad del aire a Amón, que es poderoso en los infiernos y, por su estatua y las ceremonias apropiadas, se le hace ejercer su poder.» (Citado en Erman-Ranke: *La civilización egipcia*, página 17, Payot.)

A esta progresión demasiado lenta, a esta falta de espíritu científico, solamente podía poner remedio un conocimiento directo de las civilizaciones desaparecidas. La expansión europea en el mundo, y sobre todo en Asia occidental después de los últimos años del siglo XVIII, creó la ocasión propicia.

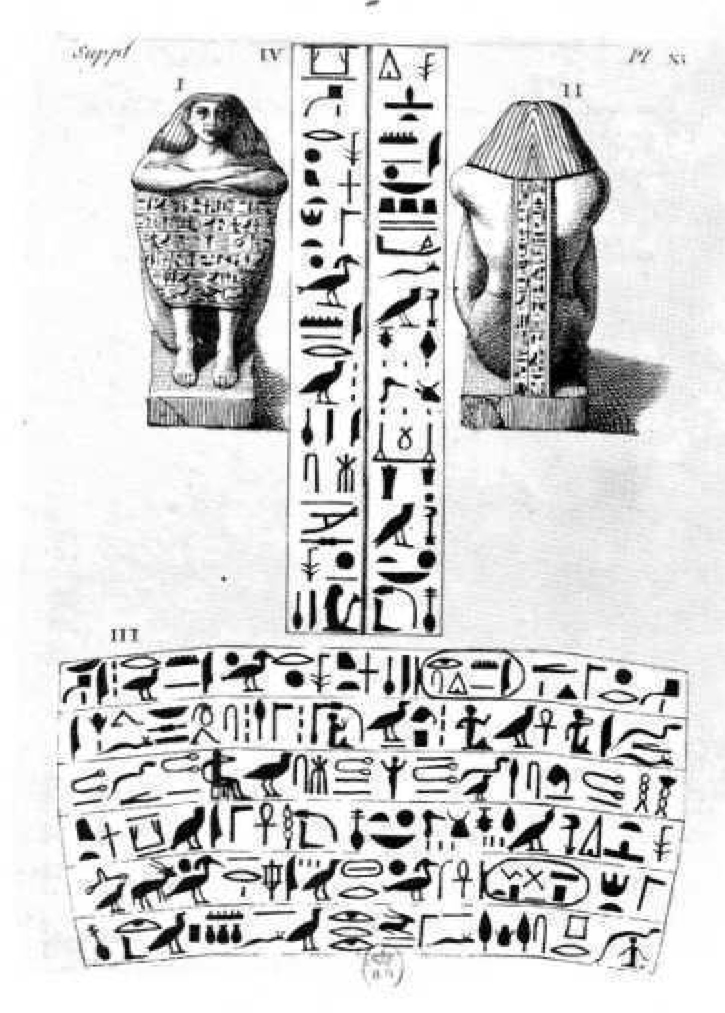
El hallazgo de Oriente: la arqueología en los siglos XIX y XX.

Siglo de viajeros y aficionados, época en que se elaboraba poco a poco un concepto nuevo del trabajo del historiador, el siglo XVIII se extasió ante los descubrimientos de Pompeya y Herculano, y hojeó las ediciones de dibujos y láminas, como las de los siete volúmenes de *Caylus*, que publicó entre los años 1752 y 1767 su *Recueil d'antiquités égyptiennes, étrusques, grecques, romaines et gauloises,*



o las obras de *Wood: The ruins of Palmyra* (1753), *The ruins of Baalbek* (1757). A fin de siglo se dieron conjuntamente las condiciones para que comenzara una fructífera exploración del pasado: la curiosidad del público erudito, el deseo de profundizar en los orígenes del hombre en un tiempo en que los datos bíblicos ya no parecían suficientes, y la posibilidad de explotar bien los datos nuevos. Más o menos rápidamente, la historia se orientaría en lo sucesivo hacia todos los aspectos del pasado humano, y el historiador se perfeccionaría paulatinamente en la tarea de no omitir nada de la documentación de que pudiera disponer: para las épocas antiguas, el trabajo de los lingüistas, y sobre todo el de los arqueólogos, era la base de la investigación, e inversamente el trabajo histórico exigía descubrimientos cada vez más numerosos. La aventura de la *arqueología*, es decir, el estudio de las fuentes materiales de la historia antigua (por oposición a las fuentes escritas) podía comenzar.

La expedición a Egipto llevada a cabo por Bonaparte abrió el Oriente a las investigaciones. Si a Bonaparte lo seguían treinta y un brillantes generales, también tomaban parte en la expedición ciento sesenta y cinco sabios y artistas, lo cual demuestra sobradamente que Europa estaba impaciente y preparada para volver a encontrar las civilizaciones pasadas. Se formaron dos comi-

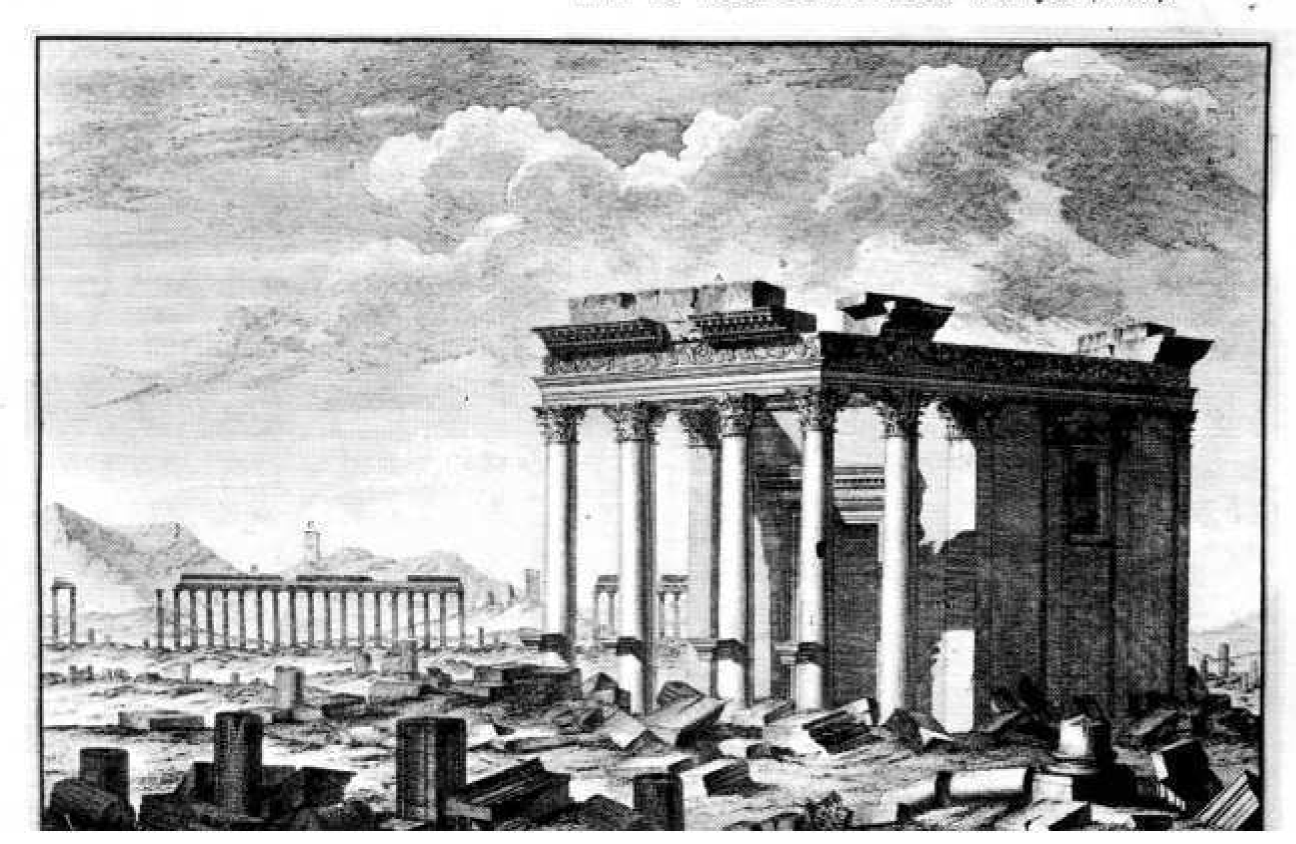


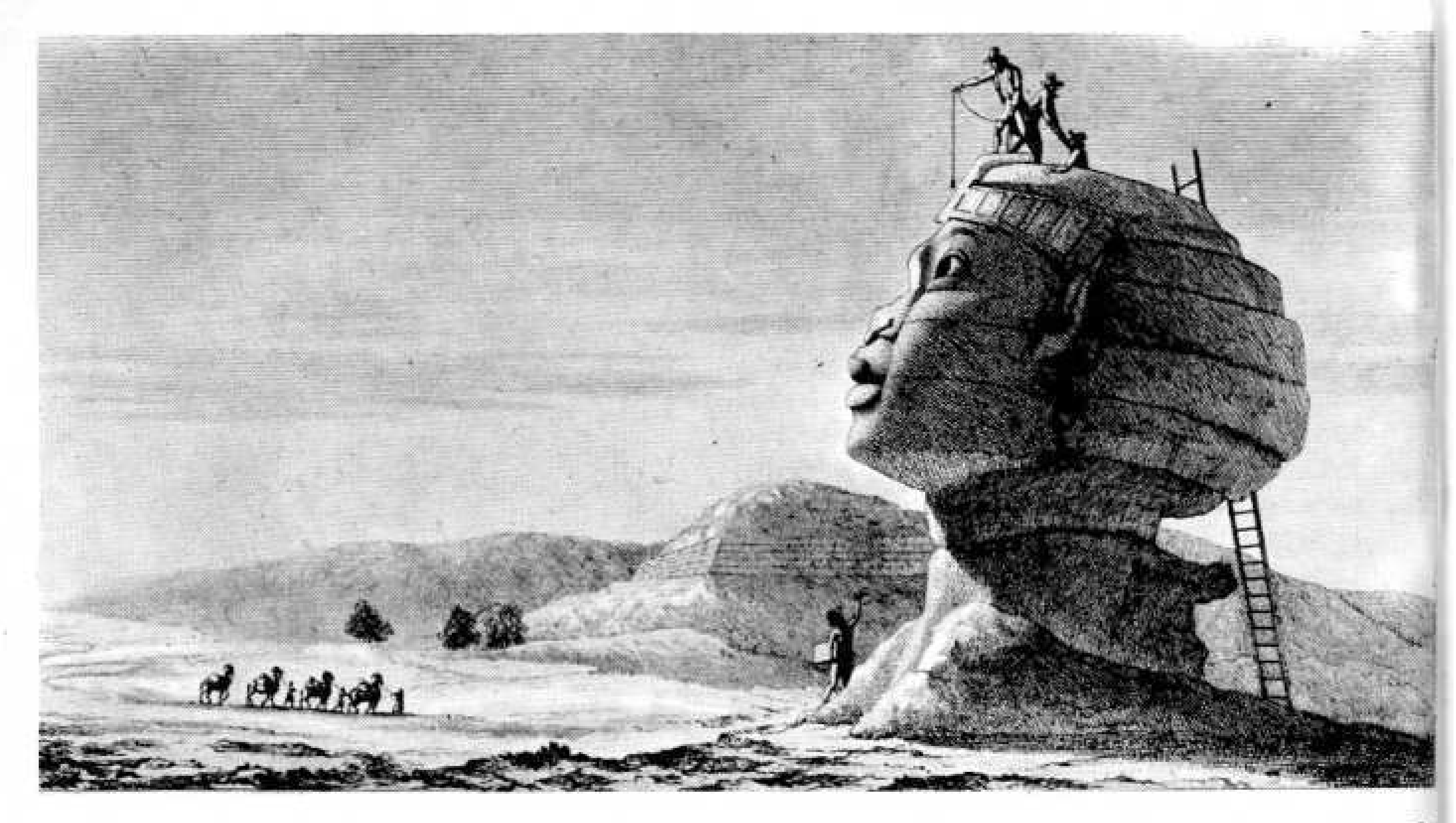
LOS MISTERIOS
DE LA ESCRITURA EGIPCIA

Grabado del voluminoso Recueil, *de Caylus, que reproduce con mucha libertad el texto esculpido en la estatua, presentada de frente y de espaldas.*

LA REVELACIÓN DE PALMIRA

La gran calle comercial de la antigua Palmira y el templo de Baal, como los vio un viajero del siglo XVII. *Estos dos grabados están tomados de la obra de Wood* The ruins of Palmyra *(1753).*





EL DESCUBRIMIENTO DE EGIPTO

Este grabado de D. Denon, director de los museos franceses en la época de Napoleón I, da una idea de lo que fue el trabajo de los adelantados de la egiptología. Adviértase que la esfinge de la que se hace el alzado está casi enteramente cubierta de arena.

siones que en tres años, de 1799 a 1802, efectuaron un trabajo gigantesco, descubriendo y clasificando los monumentos, dibujando sus alzados, esquemas y mapas con tanto cuidado que los arqueólogos modernos apenas han tenido que aportar ligeras mejoras de detalles: tal es el caso de los alzados de la Gran Pirámide que hicieron Le Père y Coustelle. El resultado de estos trabajos fue reunido en la *Description de l'Égypte* (1809-1810), que consta de ocho volúmenes de texto y diez atlas de láminas. Desde entonces, Egipto ha quedado abierto para los sabios. Algunos acudieron allí aisladamente, pero en 1828 una expedición franco-toscana, dirigida por *Champollion*, inauguraba la serie de expediciones científicas europeas que iban a proseguir regularmente sus investigaciones. Para coordinar los trabajos e impedir el pillaje de las ruinas, se creó en 1858 un Servicio de Antigüedades que fue confiado al francés *Mariette*.

Las antigüedades egipcias eran raras antes del siglo XIX: en Francia, el gabinete del rey sólo poseía dieciséis piezas en vísperas de la Revolución. Aunque los eruditos se orientaban poco a poco hacia la investigación y utilización de todo material, desde la hermosa estatua a la más humilde pieza de vajilla, el deseo de hallar la obra de arte que los europeos se disputaban y pagaban a buen precio provocó desastrosas cazas de tesoros. Buscadores furtivos o arqueólogos ocasionales mutilaron de manera irremediable ciertos monumentos para arrancar estatuas, vasos o joyas; todo lo que no tenía un alto valor mercantil era rechazado, incluso destruido. La metódica mutilación de los lugares arqueológicos reanudaba, desgraciadamente, una tradición del pasado egipcio. En los siglos en que los faraones perdieron su autoridad, en que la corrupción de los funcionarios garantizaba la impunidad, los mismos egipcios saqueaban las sepulturas de sus soberanos y de los grandes personajes, atraídos por la riqueza de los ajuares fúnebres. De finales del II milenio antes de J.C. ha llegado a nosotros el proceso verbal del interrogatorio de uno de estos ladrones de tumbas:

«Fuimos para robar en las tumbas según nuestra costumbre y encontramos la pirámide del rey Sobekemsaf, que no era del todo semejante a las pirámides y a las tumbas de los nobles que teníamos la costumbre de saquear. Tomamos nues-



LAS EXCAVACIONES DE TANIS

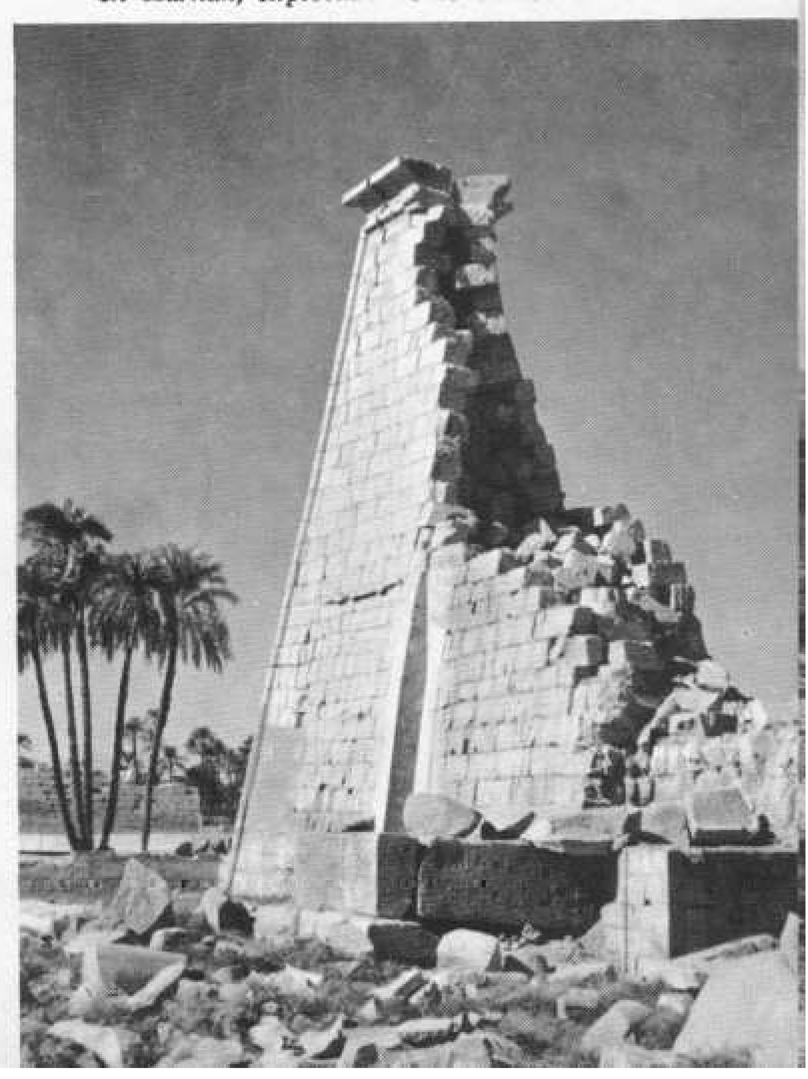
Los trabajos de descombro de la antigua capital de Ramsés II se hacen con los medios tradicionales; la tierra es evacuada en cuévanos que llevan las mujeres de los pueblos vecinos.

tras herramientas de cobre y forzamos un paso en la pirámide de ese rey. Llegamos a sus cámaras subterráneas y, tomando las antorchas encendidas, descendimos. Entonces encontramos los cascotes y hallamos a ese dios tendido en el fondo de su cámara sepulcral. Encontramos la sepultura de la reina Nubkhas, su reina, colocada al lado de él, protegida y guardada por yeso y cubierta de cascotes. También la forzamos y encontramos a la reina reposando. Abrimos el sarcófago y los ataúdes en los cuales descansaban y hallamos la noble momia de ese rey con una espada; tenía al cuello numerosos amuletos y joyas de oro. Sobre la cara llevaba su máscara de oro. La noble momia de ese rey estaba enteramente cubierta de oro, y sus ataúdes estaban adornados de oro y plata en el interior con incrustaciones de toda clase de piedras preciosas. Recogimos el oro hallado sobre la noble momia de ese dios, como también el de los amuletos, joyas y ataúdes. Encontramos a la reina exactamente en el mismo estado, y asimismo recogimos todo lo que encontramos sobre ella y prendimos fuego a sus ataúdes. Tomamos el mobiliario hallado con ellos, consistente en objetos de oro, plata y bronce y nos lo repartimos.» (Según P. Montet: *Isis*, pág. 16; ed. Hachette.)

Jamás cesaron el pillaje y los actos de vandalismo. Los romanos cambiaron de sitio numerosas esfinges, leones, estatuas, y el más alto de los obeliscos conocidos, que es el de Karnak, se yergue, desde el Imperio ro-

SAQUEO DE LOS MONUMENTOS

Uno de los pilones del templo de Amenofis III en Karnak, explotado como cantera.

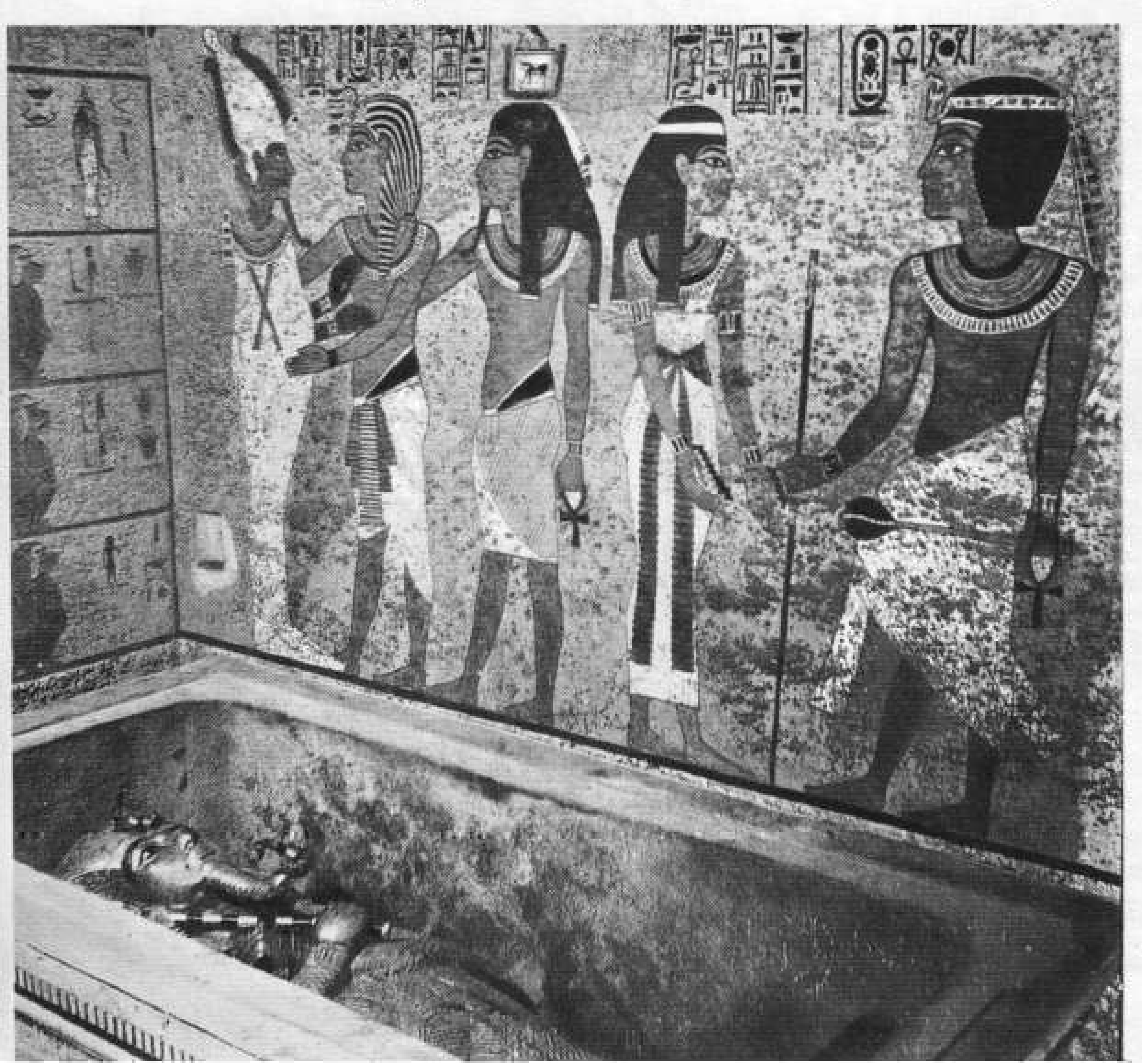


mano, ante San Juan de Letrán. ¿Cuántos monumentos acabaron su carrera rotos y metidos en los hornos de cal? Por tanto, los arqueólogos han encontrado relativamente pocas momias, porque los saqueadores destruyeron la mayor parte, y todavía menos tumbas intactas, porque fueron registradas con desusada violencia. El descubrimiento más célebre ha sido el de la tumba de *Tutankhamón*, efectuado en 1922 por Carter y lord Carnavon. Los arqueólogos pudieron medir entonces la importancia de las pérdidas irremediables que el pillaje y el vandalismo habían infligido a la egiptología. Por lo que se refiere a ese ftraón efímero, cuya cámara fúnebre era la primera que llegaba intacta a nosotros, la prodigiosa acumulación de objetos de arte permitía imaginar con tristeza lo que habría podido encontraerse amontonado en las sepulturas de los grandes monarcas.

Asia occidental se abrió un poco más tarde. Aunque un sabio, el alemán *Grotefend*, se había enfrentado desde 1802 con los problemas del desciframiento de la escritura cuneiforme, la exploración arqueológica comenzó con un retraso de más de cuarenta años con relación a Egipto. Promotoras de los descubrimientos fueron las misiones diplomáticas y militares inglesas o francesas: el mayor *Rawlinson* comenzó desde 1833 a copiar textos todavía indescifrables. *Botta*, cónsul de Francia en Mosul, emprendió la exploración de los lugares más accesibles: Nínive en 1842, Khorsabad en 1843. Se había dado el primer paso. Con toda regularidad, las misiones europeas prosiguieron las excavaciones. El 1 de mayo de 1847, el Louvre abrió su primera sala de asiriología. En la misma época, todos los museos del mundo se apresuraron a procurarse las preciosas novedades. Como en Egipto, la ex-

LA TUMBA DE TUTANKHAMÓN

La tapa del sarcófago está abierta y permite ver el segundo de los dos ataúdes de madera dorada con incrustaciones de pasta de vidrio coloreado; estos dos ataúdes de madera contenían un tercero, de oro macizo, que pesaba más de 200 kilos, en el cual se hallaba la momia del rey. Protegiendo el sarcófago había cuatro catafalcos de madera dorada encajados entre sí.

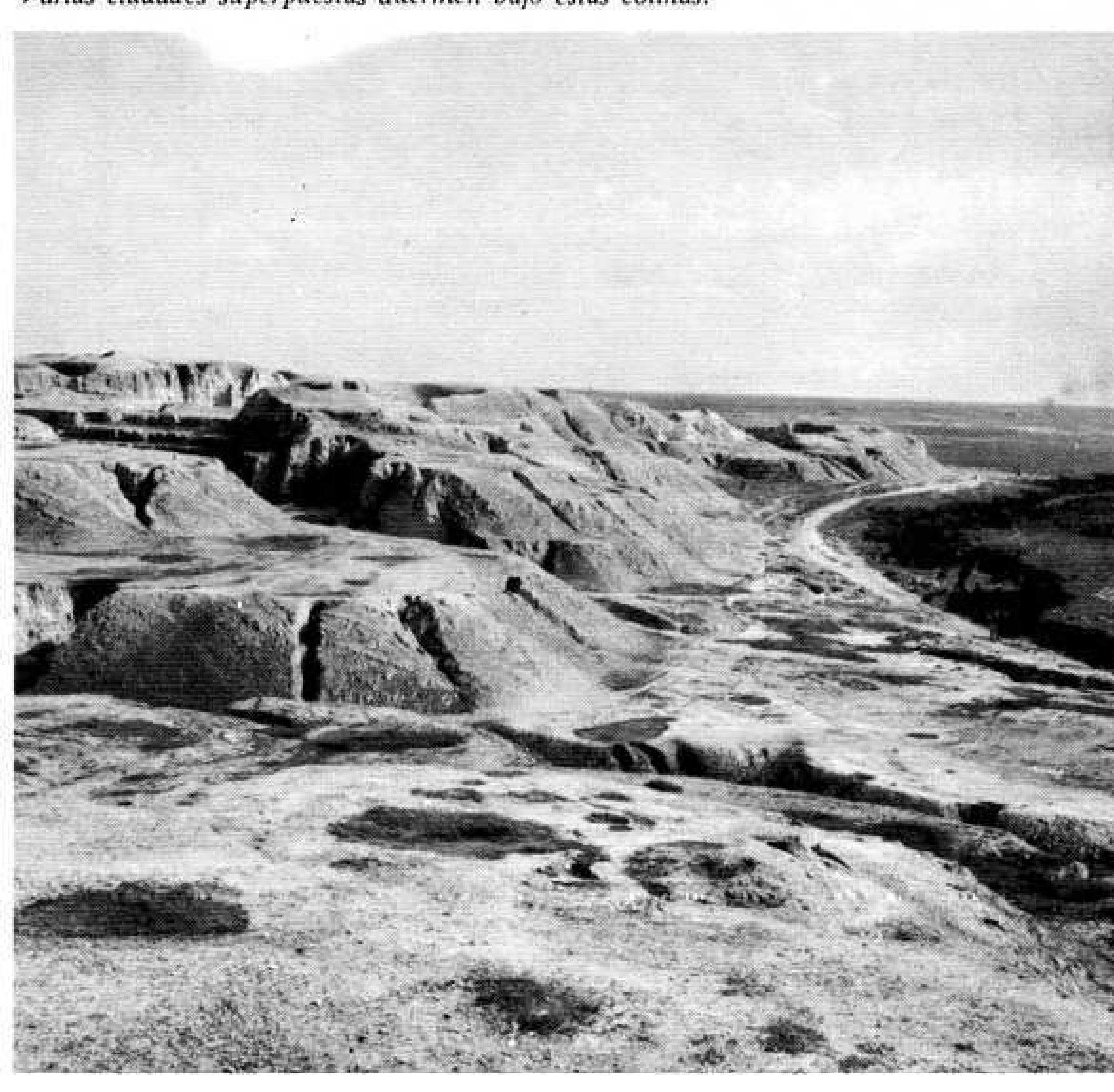


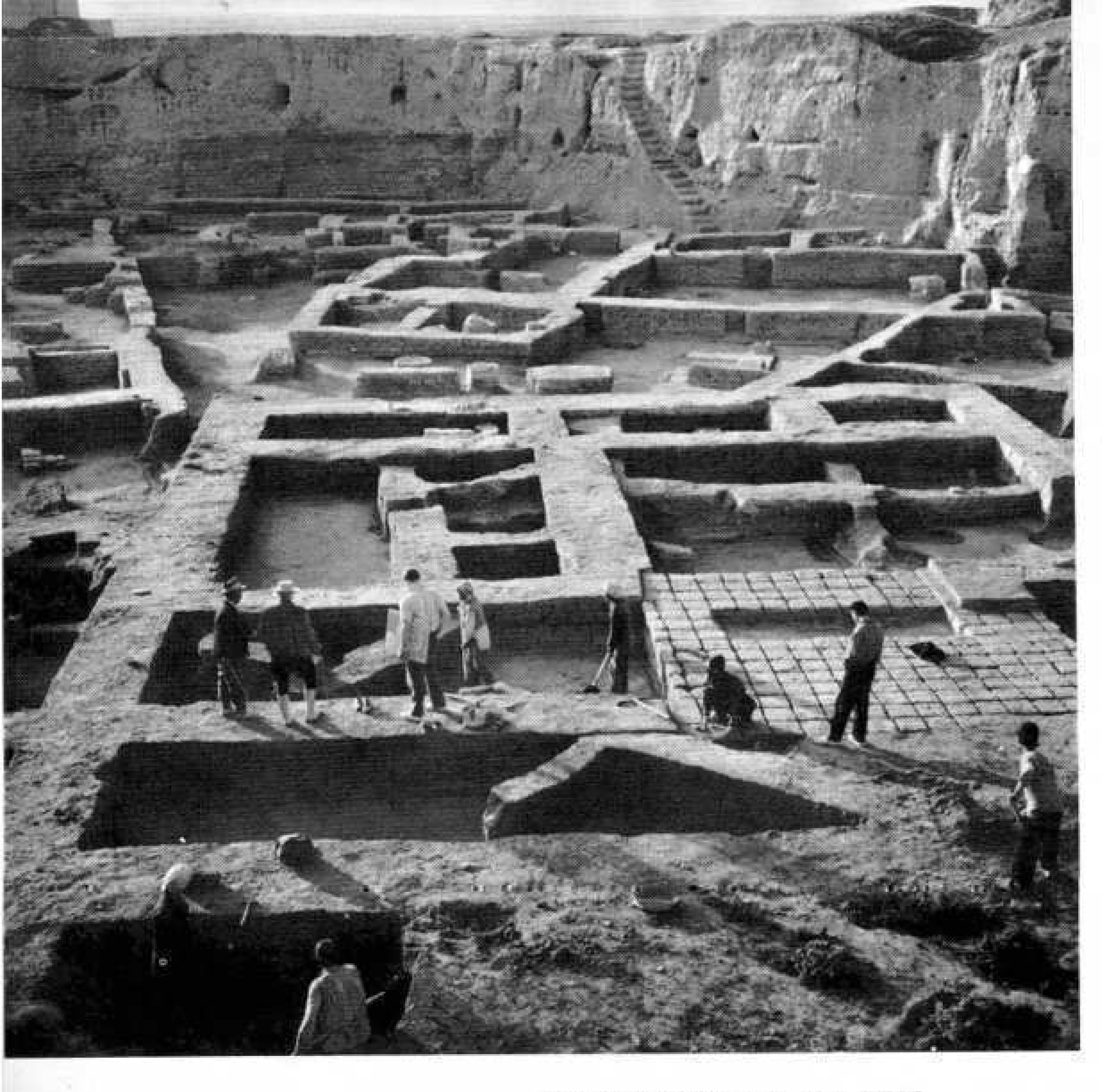
ploración arqueológica fue un asunto más bien europeo y americano, hasta que los jóvenes países independientes del Próximo Oriente se hallaron en situación de poder formar a su vez equipos de arqueólogos.

El terreno que se ofrecía al trabajo de los arqueólogos era mucho más vasto que en Egipto. Hasta la primera guerra mundial se dispersaron las excavaciones, pero en conjunto facilitaron el conocimiento del II y I milenios a. de J.C. Desde 1919 hasta 1939, los buscadores dirigieron su atención sobre todo hacia una cultura ya entrevista desde hacía tiempo, pero poco conocida: la civilización sumeria (fines del IV-III milenio a. de J.C.) También se prestó gran atención a la investigación prehistórica. Al mismo tiempo ampliaron considerablemente los marcos geográficos de la búsqueda, practicando excavaciones desde la meseta de Anatolia hasta la meseta irania, desde el norte de Fenicia a Palestina. A partir de 1945, los arqueólogos han proseguido sus trabajos en todos los lugares posibles, enriqueciendo el conocimiento de todos los períodos, pero renovando particularmente nuestra visión de la prehistoria mesopotámica. La idea simplista de que el Próximo Oriente se hallaba repartido entre el Imperio babilónico y el asirio, receptores ambos de la herencia cultural sumeria, ha sido sustituida paulatinamente por un esquema histórico más matizado

Como Egipto, el Próximo Oriente tuvo sus saqueadores y sus arqueólogos aficionados que desvastaron los yacimientos, y sufrió más aún a causa de la mediocridad de los materiales con que estaban construidos sus monumentos: ladrillo cocido o crudo que al disgregarse se convierte en polvo y su acumulación origina poco a poco verdaderas colinas artificiales, los *tells*. En efecto,

LOS TELLS DE SUSA, EN ELAM (sudoeste del Irán)
Varias ciudades superpuestas duermen bajo estas colinas.



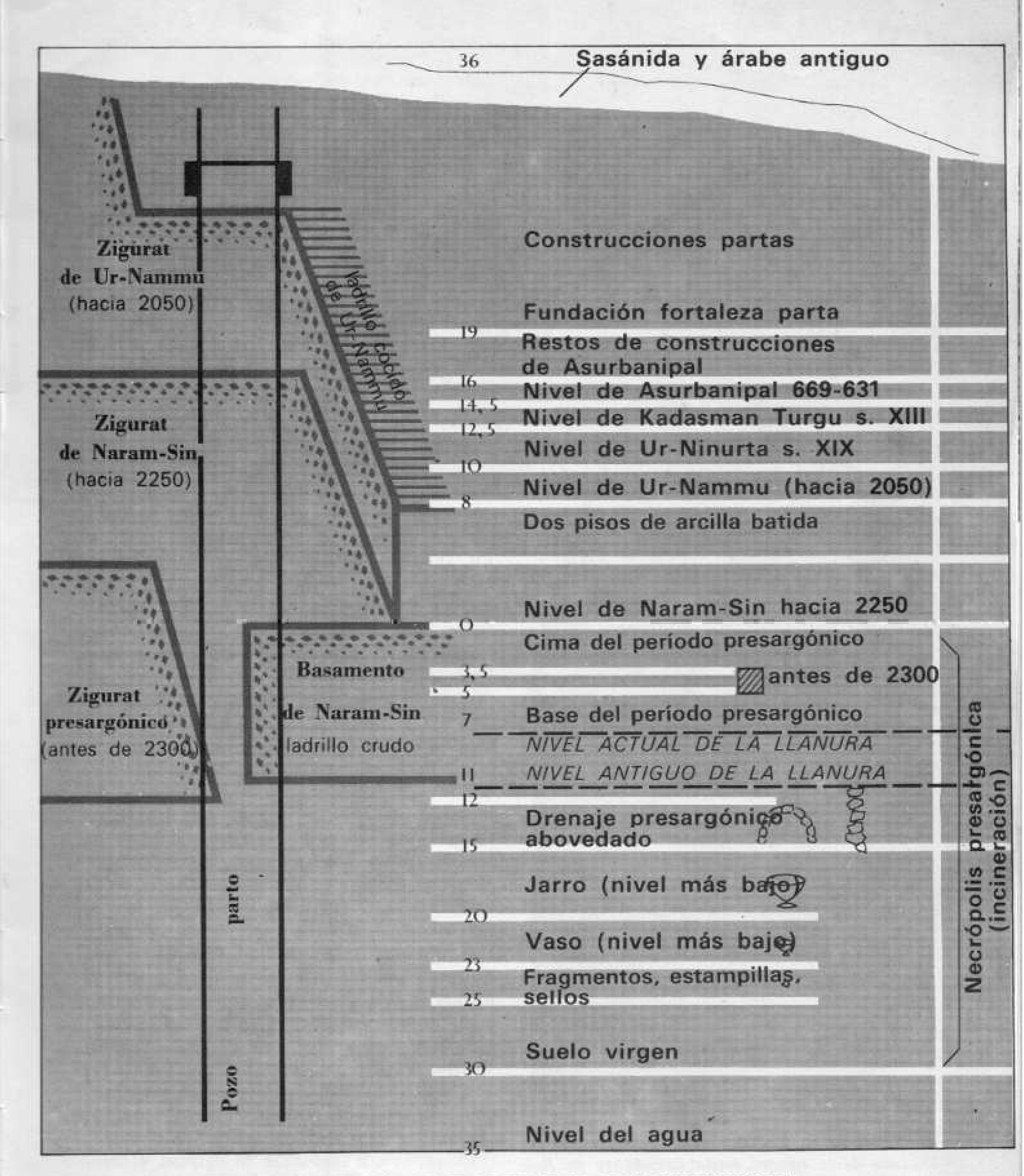


EXPLORACIÓN DE UN TELL

En Susa acaban de ponerse al descubierto los restos de la décima ciudad. El nivel de la superficie del tell es fácilmente visible. Bajo él, otros nuevos niveles arqueológicos han de ser explorados. Sondeos previos efectuados a través del espesor del tell han permitido determinar el número de capas arqueológicas superpuestas por encima del suelo virgen (cf. el corte estratigráfico de la página siguiente).

una ciudad devastada por un invasor o alguna catástrofe natural era reconstruida sobre los cascotes de la anterior, convenientemente nivelados y terraplenados. Al excavar los *tells,* los arqueólogos hallan diversos niveles o estratos que corresponden a otras tantas etapas históricas y culturales del yacimiento. Por el contrario, hay pocos descubrimientos que recuerden el de la tumba de Tutankhamón, excepto las tumbas del cementerio real de *Ur,* que ofrecieron un lujoso ajuar funerario que acompañaba los cadáveres de docenas de hombres y mujeres muertos y enterrados en torno a sus soberanos. Pero el aspecto más sorprendente de los hallazgos ha sido el descubrimiento de ciudades cuyo nombre se había conservado en la tradición literaria o de centros totalmente olvidados por la historia.

La casualidad ha tenido un papel importante en el descubrimiento de la ubicación de las ciudades antiguas: en 1933, unos indígenas desenterraron una estatua, en Tell Hariri, cerca del curso medio del Éufrates, cuando excavaban una tumba. Los arqueólogos franceses exploraron el lugar y, en el año 1934, desenterraron una estatua votiva que no dejaba lugar a dudas sobre la identidad del yacimiento: tratábase de la ciudad de *Mari,* capital de un importante reino a principios del II milenio antes de J.C. Los arqueólogos hubieron de explorar entonces el lugar, menos interesados en hallar un tesoro o exhumar un grandioso monumento que en acumular materiales, sobre todo textos que permitieran desentrañar la historia de esta región del curso medio del Éufrates. En 1928, al norte de Lataquia, la reja de un arado de un campesino sirio



UNA EXCAVACIÓN ESTRATIGRÁFICA EN MESOPOTAMIA

El zigurat (torre de pisos) de Nippur y los estratos arqueológicos contiguos.



LA ESTELA DE ROSETTA

Vaciado de la célebre estela descubierta en Rosetta; la proclamación de los sacerdotes egipcios, reunidos en Menfis para la coronación de Ptolomeo V en 196, está escrita en egipcio jeroglífico, demótico y griego. Distínguense muy claramente los cartuchos que encuadran el nombre del rey en el texto jeroglífico (líneas 6 y 12).

chocó con una piedra. Examinada de cerca, se vio que era un elemento de la bóveda de una tumba micénica que pertenecía a una de las más grandes ciudades del antiguo Oriente, cuyo recuerdo incluso había desaparecido: Ugarit. Actualmente, las excavaciones de *Ras Shamra-Ugarit* han renovado por completo nuestro conocimiento de la historia y la civilización fenicias.

En la piedra y la arcilla: el desciframiento de las escrituras. Desde hace siglos, los eruditos ardían en deseos de penetrar el secreto de los *jeroglíficos*, cuyo desciframiento auguraba revelaciones divinas. Incluso el término jeroglífico, procedente del griego, daba a entender que se trataba de una «escritura sagrada». A pesar del fárrago de interpretaciones simbólicas, los hombres del siglo XVIII habían comprendido algunos puntos del problema: parecía seguro que el *copto* (es decir, la lengua de las comunidades cristianas de Egipto) se aproximaba bastante a la lengua que hablaron los antiguos egipcios, y algunos sabios habían considerado ya la posibilidad de que los jeroglíficos fueran signos que pudieran servir para expresar sonidos, y no solamente ideas. La expedición a Egipto tuvo la fortuna de recoger el documento que permitiría el desciframiento: el 2 de agosto de 1799, unos soldados que excavaban trincheras cerca de *Rosetta* desenterraron una estela de basalto negro que llevaba una inscripción fechada en el año 196 a. de J.C. y redactada en tres lenguas con tres tipos de escritura: en egipcio sagrado, lengua de los sacerdotes y los escribas, en egipcio popular, el demótico, que utilizaba una escritura cursiva, y por último en griego, lengua del soberano y de los ocupantes del país. Las primeras tentativas de los lingüistas que trataban de descifrar el texto llegaron al menos a esta conclusión capital: los nombres propios, fácilmente legibles en el texto griego y reconocibles en el texto egipcio porque estaban encuadrados por un cartucho, probaban definitivamente que los signos egipcios también podían expresar sonidos mediante los cuales el griego Ptolemaios (Ptolomeo) era traducido al egipcio. *Champollion* (1790-1832) dedujo de estos descubrimientos la clave del desciframiento; buen historiador, conocedor de todas las lenguas de la antigüedad clásica y oriental, trabajador prodigioso, supo establecer de modo in-



JEROGLÍFICA Y HIERÁTICA

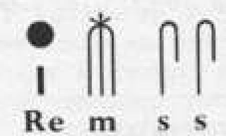
Esta tabla que representa al dios Amón recibiendo una ofrenda del faraón Tutmés III (1483-1450) tiene dos tipos de escritura: jeroglífica, que utiliza signos todavía muy próximos al dibujo de diversos objetos, y hierática (a la altura del rostro del dios), cuyos signos proceden de la simplificación de los signos jeroglíficos. Se pasó de un tipo de escritura a otro con motivo de la utilización del papiro, en el que resultaba muy difícil el trazado de signos de una escritura monumental.

LA ESCRITURA DEMÓTICA

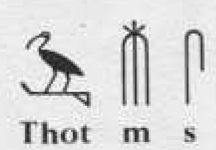
En el transcurso del I milenio a. de J.C. se efectuó una última simplificación, de la que resultó la escritura demótica, que ofrece todas las ventajas de una cursiva.

LECTURA DE LA ESCRITURA JEROGLÍFICA

Ramsés y Tutmés, los dos primeros nombres de los faraones egipcios descifrados por Champollion. Al principio de ambos nombres, dos signos bien visibles: el dios sol, que se llama Ra, y el dios ibis, que se llama Thot. Lectura de dos homónimos; los determinativos diferentes que siguen a la palabra i-h-w (la escritura egipcia es esencialmente consonántica) permiten al lector saber si debe entender «alabanza» o «anciano».



Ramsés



Tutmés



anciano



alabanza

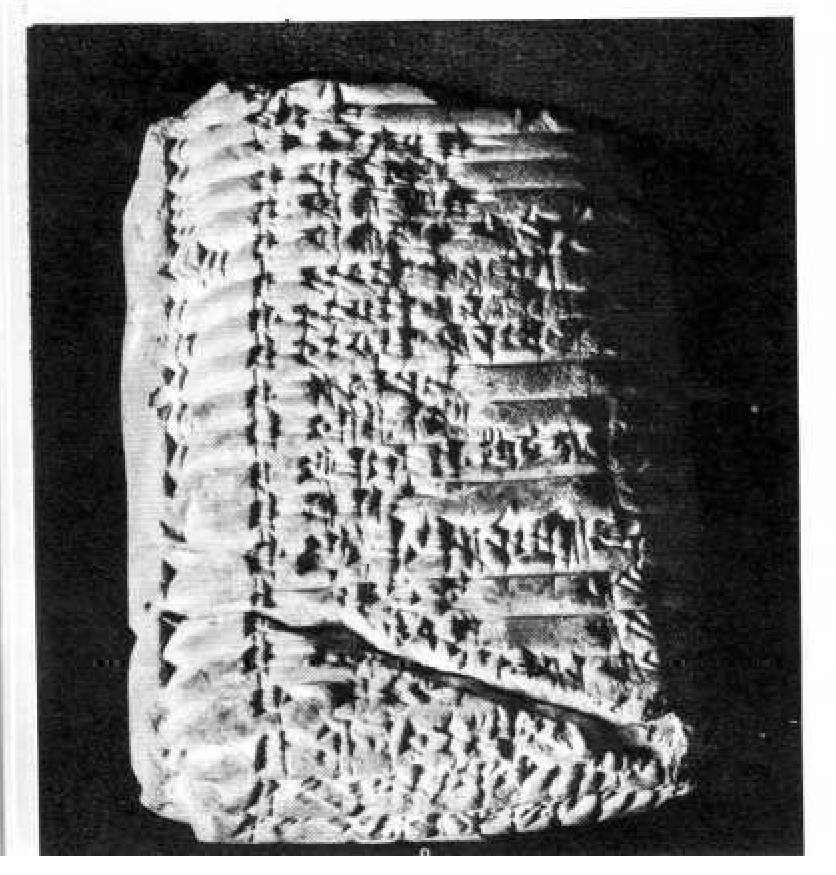
cuestionable que los signos jeroglíficos simplificados y transformados en la escritura demótica, expresaban tanto una idea (por tanto, tenían un valor ideográfico), como un sonido (en consecuencia tenían un valor fonético). Como sus predecesores, partió de los nombres propios y logró primero encontrar su lectura egipcia; aplicó entonces al resto del texto los signos egipcios cuyo valor había descubierto, y de modo paulatino halló las palabras egipcias, apoyándose en su traducción griega y en el copto, resultante de la antigua lengua egipcia. Por fin adquirió la seguridad de haber encontrado la clave del egipcio antiguo cuando pudo descifrar no sólo los nombres egiptizados de soberanos griegos y romanos, sino también los nombres de los faraones del III milenio a. de J.C., Ramsés y Tutmés.

En 1824 publicó su *Précis du système hiéroglyphique*, y en 1832 comenzó una gramática y un diccionario. Agotado por el trabajo, murió aquel mismo año. Había nacido la egiptología. La obra de Champollion no carecía de defectos o de errores, y los sabios que le sucedieron corrigieron y completaron sus trabajos, como el alemán *R. Lepsius*, director de la expedición prusiana a Egipto de 1824 a 1845. Con Champollion toda la historia antigua experimentó un enorme progreso: el Oriente antiguo se convirtió en campo plenamente accesible. Gran cantidad de documentos de autenticidad indiscutible se ofreció a los descifradores e historiadores.

La escritura cuneiforme hubo de esperar más tiempo. Desde mucho años atrás había intrigado a diversos viajeros, los cuales se dedicaron a copiar algunos textos. A finales del siglo XVII, un viajero erudito inventó para ella el nombre de *cuneiforme*, es decir, escritura en forma de clavos o de cuñas (latín: *cuneus*). Los sabios pudieron emprender su desciframiento cuando dispusieron de suficiente cantidad de copias fidedignas, las publicadas, por ejemplo, por el viajero alemán *Carsten Nieburh* (1735 a 1815), pero todas ellas procedían de la meseta irania. Estas inscripciones del siglo VI o del V a. de J.C. eran trilingües, redactadas en babilonio, elamita (lengua del sudoeste del Irán) y persa antiguo. No solamente era desconocida la escritura, sino que se ignoraban también las dos primeras lenguas, y los estudios que habían de conducir al conocimiento del persa antiguo a partir del libro sagrado de los antiguos iranios, el *Zendavesta*, se hallaba en sus comienzos.

El trabajo había de ser mucho más largo. Se realizó en dos etapas. La escritura persa fue descifrada a los cuarenta años de iniciarse las investigaciones; sus cuarenta signos correspondían a un sistema de carácter silábico. Igual que con el egipcio, el trabajo comenzó por descifrar los nombres propios. Un precursor, el alemán *Grotefend*, inició el camino; aisló los nombres propios que se aplicaban a los antiguos soberanos de Persia, determinó la posible identidad de esos reyes con el texto del historiador griego Heródoto (eran Histaspes, Darío y Jerjes), e intentó reconstituir la grafía persa de los nombres de esos reyes a partir del persa antiguo, conocido por el *Avesta*. Grotefend no tuvo seguidores, la reanudación y feliz conclusión de los trabajos corresponde al inglés Rawlinson (1810-1895). Hombre de gran capacidad y excelente lingüista, trabajó primero en la Compañía de las Indias Orientales antes de ser nombrado cónsul en Bagdad en 1835. En 1836 descubrió y copió una nueva inscripción trilingüe, la de Behistún, redactada por Darío I, en la que

TEXTO CUNEIFORME
EN TABLILLA DE ARCILLA





CURIOSIDAD ORIENTAL

La escritura cuneiforme atrajo menos la atención de los eruditos que la escritura egipcia. Sin embargo, algunos objetos habían llegado a Europa occidental en el siglo XVIII *y despertado la curiosidad de los coleccionistas: tal es este* kudurru *(mojón) babilónico del siglo* XII *a. de J.C., llamado «el guijarro Michaux».*



UNA INSCRIPCIÓN CUNEIFORME TRILINGÜE

Como en la célebre inscripción de Behistún, que en esta placa conmemora una fundación de Darío I hallada en Persépolis, se ha grabado un mismo texto en persa antiguo (arriba), en elamita (en el centro) y en babilonio, según sistemas de escritura para los que se empleaba la cuña (cuneus) *como elemento.*

Da - ri - ia - mush LUGAL AS GISSU sa

Ú - ri - mi - iz - da

DESCIFRAMIENTO DE LA ESCRITURA CUNEIFORME

Estas palabras tomadas de la inscripción de Behistún bastan para hacer comprender las dificultades fundamentales. El sentido es: «Darío, rey por la protección del dios Ahura-Mazda.» «Darío» (precedido del clavo vertical que anuncia un nombre de hombre) está escrito silábicamente; pero da *puede leerse igualmente* ta, ri *se lee también* tal, mush *puede leerse* sis. *El lector debe, por tanto, escoger entre esos valores. Otras palabras son expresadas con ideogramas tomados del sumerio: «rey» se expresa con un solo signo, que los sumerios leían* lugal, *pero que el lector babilonio expresaba por* sharru *(el término babilonio que significa rey); también* protección *está escrita con la combinación de dos signos, cuya lectura corriente es* iz *y* mi *(confróntese el nombre del dios Ahura-Mazda), pero cuya asociación daba la palabra sumeria* gissu, *que un babilonio leía* sillu *(el término babilonio que significa protección).*

halló gran cantidad de nombres propios (la genealogía de Darío I) que el texto de Heródoto le permitió definir. Apoyándose en los trabajos de los orientalistas que avanzaban en el conocimiento del persa antiguo, aplicó los signos empleados para los nombres propios, cuyo valor era seguro, a la totalidad del texto y reconstituyó poco a poco las palabras persas. En 1845 publicó su *Mémoire sur la version perse des inscriptions de Béhistoun*. Quedaban por resolver las otras dos versiones cuya lengua y escritura estaban todavía por descifrar, pero cuyo contenido se conocía ya.

La versión en elamita constaba de un centenar de signos y parecía escrita según un sistema silábico. Partiendo del persa antiguo, el inglés *E. Norris* logró la traducción de los nombres propios y luego de la totalidad del texto (1853). El mundo científico conoció la existencia de una lengua y una civilización totalmente ignoradas. Quedaba por hacer el trabajo más duro, pero también el más importante: la elucidación de la escritura babilónica, idéntica a la de las inscripciones monumentales que los arqueólogos sacaban a la luz en toda Mesopotamia. El trabajo de los sabios de diversos países venció las dificultades: el sueco *Laewenstren* supuso que la escritura cuneiforme mesopotámica podía utilizar al mismo tiempo ideogramas (el signo representa una idea) y elementos fonéticos (el signo representa un sonido); el irlandés *E. Hincks* descubrió que los elementos fonéticos eran silábicos, y no alfabéticos, y que los mismos signos podían servir como ideogramas o como elementos fonéticos. Por último, *Rawlinson* pensó que los signos podían tener varios valores fonéticos e ideográficos.

Todo esto resultaba terriblemente complicado, y fue necesario el descubrimiento de repertorios de más de 2.000 años de antigüedad para poder tener la seguridad de que dicho sistema correspondía a una escritura totalmente olvidada: los antiguos mesopotámicos, conscientes de su dificultad, habían tenido el cuidado de establecer una especie de diccionario en el cual se hallaban consignados todos los valores de los diferentes signos. La lengua de los textos se aclaró a partir de las lenguas semíticas, esencialmente el hebreo y el árabe.

El año 1857 fue una gran fecha para los orientalistas. Un mismo texto cuneiforme fue entregado a cuatro sabios: Rawlinson, Hincks, el inglés *Talbot* y el francés Oppert. Los cuatro realizaron traducciones casi idénticas. Se había establecido la unidad.

No obstante, si lo esencial se había logrado, quedaba por hacer un enorme trabajo complementario. Cuando las excavaciones se extendieron al sur de Mesopotamia (trabajos del francés Sarzec en *Tello-Lagash*, en 1877) los textos que se descubrieron sólo contenían signos ideográficos combinados de forma distinta a las conocidas hasta entonces. Los filólogos llegaron a la conclusión de que se trataba de la lengua y escritura de una civilización ignorada: la de los sumerios. En 1905, *Fr. Thureau-Dangin* estableció definitivamente la originalidad de su sistema lingüístico y escritural. Al redescubrir a los sumerios se llegó a las fuentes originales del sistema de escritura mesopotámica: establecido en Sumer, lo adoptaron los pueblos semitas, los cuales lo acomodaron a su lengua en el III milenio antes de J.C. conservando los signos de la escritura sumeria para expresar las sílabas.

2. Algunos resultados

El hallazgo de mundos desaparecidos. Del mismo modo que los trabajos de los primeros prehistoriadores ampliaron prodigiosamente nuestra visión del pasado humano, también los arqueólogos del siglo XIX multiplicaron para el historiador el número de pueblos y de grandes civilizaciones del Oriente antiguo. *Botta, Layard* y sus sucesores inmediatos hicieron revivir la civilización asiria, de la cual se conocía ya el nombre, y cuya temible grandeza podía medirse gracias al

texto bíblico. Pero cuando *Schliemann* comenzó a excavar el cerro de Hissarlik en 1870, y puso a sus contemporáneos en presencia de la antigua ciudad de *Troya*, surgió de la oscuridad del pasado una civilización enteramente nueva, porque pocos investigadores conscientes pensaban que los relatos de Homero tuvieran el más mínimo viso de realidad. Pero era forzoso reconocer la existencia de una encrucijada de civilizaciones que había irradiado sobre el oeste de Anatolia, el mar Egeo y los Balcanes, durante, por lo menos 1.500 años. Algunos de los filólogos que habían desvelado el secreto de la escritura cuneiforme formularon la hipótesis de que tal sistema de escritura fue establecido por una civilización anterior a la llegada de los semitas. En los últimos veinte años del siglo XIX les dieron la razón los arqueólogos que exploraron los *tells* del sur de Mesopotamia, quienes hallaron los vestigios de un pueblo que se había servido de la lengua escrita en caracteres cuneiformes; se trataba de la civilización de Sumer. A principios del siglo XX, los *hititas* seguían ocupando su lugar entre los pueblos creadores de grandes civilizaciones en Oriente. Por la Biblia se conocía el nombre de Hatti; los resultados de las excavaciones efectuadas en Siria septentrional habían modificado la idea histórica acerca de un pueblo nombrado de forma génerica en la literatura israelita. Las excavaciones que comenzaron en 1906 en *Bogazköei* colocaron a los hititas en primera fila entre las grandes naciones del antiguo Oriente.

Por tanto, enormes facetas de la historia humana salieron de la oscuridad, pero lo que hasta entonces había parecido perfectamente seguro debía necesariamente resentirse de tal renovación. De fuente casi única de conocimientos, la Biblia se convirtió en objeto de investigación para los eruditos. En los siglos XVIII y XIX, los filólogos se dedicaron a estudiar el texto bíblico y las circunstancias de su trasmisión. Desde *Jean Astruc* (1684-1776), médico del rey y exegeta a ratos libres, a *Julius Wellhausen* (1844-1918), numerosos orientalistas, la mayoría alemanes, definieron la naturaleza del texto bíblico. Según sus trabajos, que se siguen corrigiendo y completando, la Biblia no puede ser considerada como una obra homogénea cada una de cuyas partes sería debida a un autor, como el *Pentateuco* (los cinco primeros libros de la Biblia), que la tradición atribuía en bloque a Moisés. Es un libro con elementos de orígenes diversos: el Pentateuco fue compuesto a partir de cuatro documentos fundamentales, elaborados en medios y tiempos diferentes; las profecías de *Isaías*, lejos de ser todas contemporáneas del profeta del siglo VIII antes de J.C., son en realidad, el resultado de tres recopilaciones que datan de los siglos VIII, VI y V antes de J.C. Se puede admitir que tales recopilaciones tienen su unidad; los diferentes documentos barajados en el Pentateuco responden a una común inspiración, que es la de la enseñanza mosaica trasmitida oralmente desde el siglo XVIII antes de J.C. La Biblia es siempre una fuente de nuestra documentación histórica, pero todo pasaje que utilice un historiador debe ser criticado como si se tratase de cualquier otro documento.

El libro del *Génesis* contiene, por ejemplo, numerosos informes propiamente históricos sobre el tiempo de los patriarcas (principios del II milenio a. de J.C.), pero los conceptos religiosos que se expresan en él son los de los tiempos patriarcales y mosaicos reinterpretados por los israelitas de los siglos VIII, VII o V a. de J.C. Dichos documentos proporcionan datos de absoluta certeza acerca de la mentalidad religiosa israelita en la época en que fueron redactados, al mismo tiempo que sobre épocas anteriores que ellos describen; pero sólo un examen crítico del texto permite distinguirlas. Los capítulos XII y XXV del Génesis se refieren a Abraham: por ellos conocemos el monoteísmo no dogmático de los primeros patriarcas, y el principio de una muy lejana tradición del pensamiento israelita, la de la alianza del pueblo elegido con Dios, que se remonta verosímilmente a principios del II milenio. Pero el relato del capítulo XVII, referente al rito de la circuncisión que debe concretar la alianza, refleja, en realidad, las preocupaciones de los sacerdotes del siglo V antes de J.C., cuando el medio sacerdotal tenía en cuenta la restauración de los ritos y las tradiciones, y su observación tanto más rigurosa cuanto más distante se halla el origen de los ritos.

Toda la arqueología oriental ha contribuido a esclarecer y precisar el contenido de los libros bíblicos. Se ha descubierto el emplazamiento de numerosas ciudades desaparecidas, y el material arqueológico hallado, más que invalidarla, ha confirmado y enriquecido frecuentemente nuestra visión del pasado de Israel. Sin duda, Josué no

pudo destruir la ciudad de Ai, que era un montón de ruinas mucho antes de que él entrara en Palestina, pero las relaciones de los israelitas y los judíos con los paganos de Transjordania han sido puestas en claro de manera inesperada con la estela de *Mesa*, rey de Moab a finales del siglo IX antes de J.C., que rechazó la invasión de dicho pueblo; el resultado de tal campaña aparece tratado de manera demasiado sucinta en el texto bíblico. Pero las excavaciones de *Samaria*, reveladoras del lujo y de la idolatría de los nobles y los príncipes, confirman las duras advertencias del profeta Oseas: «Fornicación, vino y mosto quitan el buen sentido... De su plata y de su oro se hicieron ídolos...»

Para nuestro conocimiento del origen y el carácter del texto bíblico fueron muy importantes los resultados de las excavaciones realizadas en Oriente: de los talleres de Nínive procede un fragmento de epopeya que el inglés *G. Smith* reconoció en 1872 como un «relato caldeo del Diluvio». La emoción fue grande y no sólo entre los sabios. Cuando el texto mutilado se completó con el hallazgo de G. Smith (Nínive, mayo de 1873), ya no cabía ninguna duda: uno de los fragmentos más famosos de la literatura bíblica tenía su paralelo en las culturas del Oriente antiguo. El texto descubierto por G. Smith databa del siglo VII antes de J.C. En vísperas de la primera guerra mundial se descubrió una versión sumeria del Diluvio, lo cual hacía retroceder la creación del tema por lo menos al III milenio antes de nuestra era. El relato de la torre de Babel («...dijéronse unos a otros: Vamos, fabriquemos ladrillos y cozámoslos bien. Y sirviósles el ladrillo en lugar de piedra, y el betún les sirvió de argamasa. Y dijeron, pues: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo...») halla todo su sentido cuando se reconoce la existencia de los *ziggurats*, las enormes torres de pisos hechas de ladrillos unidos por medio de betún y levantados cerca de los grandes templos mesopotámicos. Más recientemente todavía, las excavaciones de Ras Shamra-Ugarit nos han restituido lo que se creyó perdido para siempre: los documentos que ilustran las creencias cananeas en los siglos XIV y XIII antes de J.C. y el conjunto de la vida moral e intelectual en Canaán antes de la llegada de los israelitas. Numerosos paralelos e informaciones de toda clase han venido a aclarar el texto bíblico, pero de ese descubrimiento capital se deduce lo mucho que los israelitas debían a los cananeos: al menos un sistema de escritura, tradiciones literarias y un sistema de enseñanza. Una psicología común e incluso una cultura intelectual habían unido durante algunos siglos a los cananeos idólatras y a sus discípulos los israelitas, a quienes se había prometido otro porvenir moral y religioso. ¿Cómo puede sorprender que Salomón hubiese podido «seguir a Astarté, la divinidad de los sidonios y a Milcom, la abominación de los amonitas», y que en el siglo VII todavía el rey Josías de Judá hubiese desencadenado una persecución de los idólatras que mancillaban incluso Jerusalén?

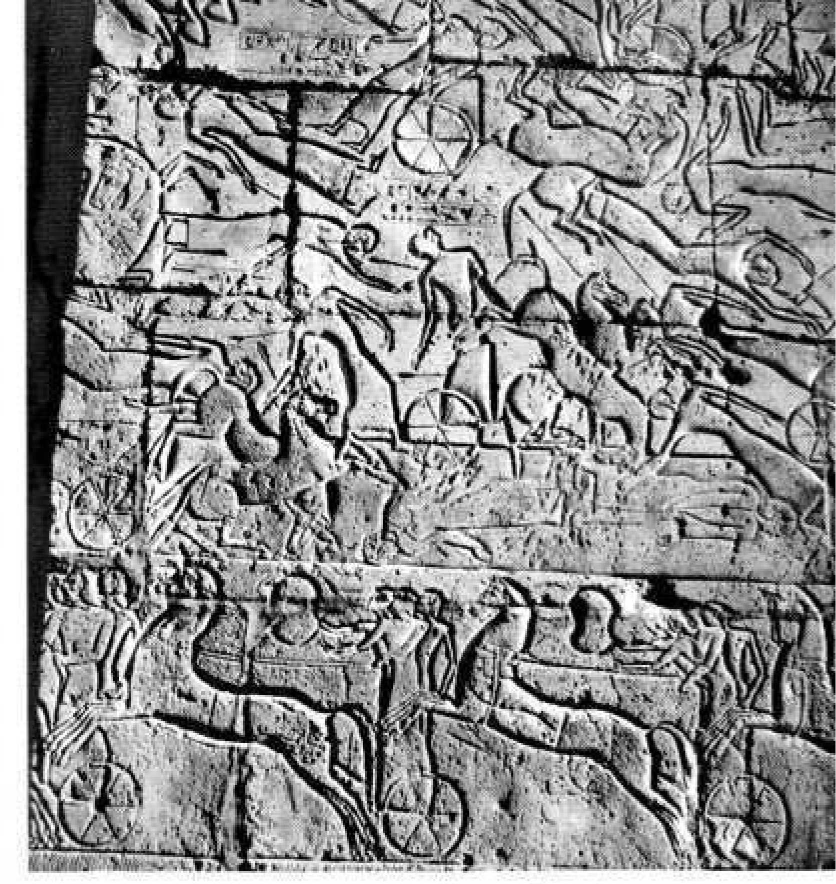
Los progresos de la historia, apoyada por sus ciencias auxiliares, la filosofía y la arqueología sobre todo, redundaron, por tanto, en situar de nuevo el contenido de la Biblia y el medio bíblico en un vasto contexto que es todo el Oriente. Excepcional por su vocación, Israel puedo ser apreciado por su trayectoria, leyes y obra materiales o intelectuales en función de todas las culturas del antiguo Oriente. Son muy distintas la posición de los historiadores de hace dos siglos, para quienes la historia de esta parte del mundo se ordenaba en función de Israel, y la nuestra, que consiste en concederle un papel material mucho más modesto. La historia política, militar, artística e incluso intelectual de Israel nos parece hoy singularmente tributaria de las civilizaciones que tuvo por vecinas, y se comprende la negligencia con que lo trataron los grandes de ese mundo: Israel era para los asirios un vasallo más, ni más ni menos infiel que docenas de pueblos y tribus. La estela del faraón Menefta (hacia 1200), que fue sin duda contemporáneo del éxodo, se limita a mencionarlo entre otros vecinos. No es en este plano sobre el que Israel debía alzar un día su grandeza.

La aventurada reconstrucción de la historia de Oriente.

Nuestra documentación está siempre expuesta al azar. ¡Cuántas expediciones cuidadosamente preparadas sólo dieron resultados mediocres! Y de

pronto un descubrimiento inesperado trastorna y renueva nuestros conocimientos: en 1887 una campesina egipcia de *El Amarna*, que buscaba *sebakh* (es decir, el humus que proviene de la descomposición de los muros de ladrillo crudo y de desperdicios orgánicos, que se emplea como abono), descubrió un lote de tablillas de arcilla escritas en caracteres cuneiformes. Este extraordinario hallazgo puso en claro la historia diplomática y las relaciones de los Estados orientales en el siglo XIV antes de J.C. Una tercera parte de las tablillas se inutilizó estúpidamente: quienes las descubrieron no adivinaron su interés ni su valor, y las metieron en el fondo de varios sacos. La casualidad hizo que un beduino de Palestina efectuara el descubrimiento más importante de los últimos veinte años: buscando una cabra perdida de su rebaño, penetró en una gruta donde halló los *manuscritos* llamados *del mar Muerto*. A este descubrimiento fortuito, efectuado en 1947, no tardó en suceder una exploración sistemática de la región de *Qumrân*. También a la casualidad se debía el conocer mucho mejor que por las fuentes escritas tradicionales el medio palestiniano en el cual había aparecido Cristo.

Por tanto, los historiadores del antiguo Oriente deben ser más desconfiados y más prudentes que los historiadores de los períodos documentados de una manera homogénea. En ciertos casos, importa sobre todo la prudencia. Tutmés III (1485-1408) hace gala de su propia bravura contando cómo mató al jefe de una manada de elefantes al norte del Éufrates; el relato del cazador y, lo que es más, de cazador coronado, incita a cierta desconfianza. En realidad, la inscripción funeraria de un oficial real tebano nos dice cómo salvó al faraón cortando una trompa que lo amenazaba. Si los elefantes escribieran sus memorias... Cuando Ramsés II exalta su bravura, que le permitió derrotar, él solo, tres mil carros hititas, cada uno de los cuales llevaba tres combatientes, no podemos dudar de lo que hay de convencional en las inscripciones oficiales egipcias. Pero es una suerte que podamos apreciar mejor los incidentes de esa batalla de *Kadesh*, que tuvo lugar hacia 1295, gracias al contenido del tratado de paz concertado en 1280 y del cual se conocen hoy



DERROTA DE LOS CARROS HITITAS EN KADESH

Esta representación, grabada en las paredes del Rameseum de Tebas, es la ilustración del célebre relato de la batalla, en la versión oficial redactada en la corte de Ramsés II.

las dos versiones, hitita y egipcia. El contenido del tratado muestra sobradamente que las dos potencias aceptaron un equilibrio político. Las fórmulas hinchadas y altisonantes de la versión egipcia deben tomarse por lo que valen, simples cláusulas del estilo en un mundo en el cual todo debía exaltar la gloria del faraón que es dios. Veamos el preámbulo del tratado en su versión egipcia: «Copia de la tablilla enviada por Hattusil, gran príncipe de los hititas, para mendigar la paz de su majestad Ramsés, toro entre los soberanos, que ha establecido su frontera donde buenamente le pareció en cada país.» Pero cuando *Sargón II*, rey de Asiria (721-705), nos dice en sus anales: «Ante la ciudad de Der (en Babilonia), derroté a Humbanigas, rey de Elam, e impuse el yugo de Asur a los tumeneos», ¿por qué mostrar demasiada desconfianza? Sin embargo, la *Crónica babilónica*, felizmente hallada, nos hace saber que Sargón experimentó en Der una derrota tan amarga que durante diez años no volvió por Babilonia.

A estas dificultades, más o menos grandes según las épocas estudiadas, y que responden a una documentación incompleta y fragmentada, se añaden otras que no es posible esperar ver pronto corregidas. La incertidumbre de los *cuadros cronológicos* es una de ellas. En Egipto, como en Mesopotamia, lo esencial de nuestra documentación procede de las listas reales que, completándose una con otra, nos dan el orden de sucesión de los soberanos e, irregularmente, el número de años de su reinado. Confrontando esos documentos unos con otros, de un país a otro, estableciendo sus datos sobre fenómenos astronómicos periódicos que pudieran mencionar y cuyas fechas de manifestación es posible calcular, se llega a una cronología cada vez más segura a medida que nos acercamos al I milenio a. de J.C.

Pero ¿y antes? De una manera general se han reducido los períodos enormes que habían definido los sabios del siglo XIX: en 1872, Mariette establecía los principios de la primera dinastía faraónica en el 5000 antes de J.C.; hoy se establece hacia el 3000. El tipo de esos problemas cronológicos, en modo alguno decididos, se plantea con el reinado del gran rey de Babilonia *Hammurabi*. Situábase su reinado hacia 2000 antes de Jesucristo.

Diversos documentos, algunos de ellos encontrados en Mari, nos lo muestran como contemporáneo del rey asirio Shamsi-Hadad, y citan tal o cual fenómeno astronómico periódico; los historiadores han tenido que reducir las fechas de su reinado en dos o tres siglos. Éstas quedan en la actualidad comprendidas entre estos cuatro períodos: 1848-1806, 1792-1750, 1728-1686, 1704-1662, cada uno de los cuales se basa en sólidos argumentos.

Nuestra documentación es necesariamente desigual. El tiempo ha respetado solamente lo que había sido escrito sobre materiales casi indestructibles, la piedra o la arcilla cocida. Debido a su estructura social, Egipto nos proporciona una enorme masa de textos oficiales referentes al faraón, al clero y a las prácticas cultuales, pero preferiríamos una cosecha más abundante de textos más modestos, que nos hablaran del problema del derecho, de la administración, de casos judiciales y arrendamientos en los cuales fuera posible adivinar la fisonomía de los humildes. Mesopotamia nos pone en las manos textos que proceden de medios aristocráticos o sacerdotales, o incluso textos jurídicos. Pero no bastan para llegar a todos los hombres de las sociedades mesopotámicas; y es muy difícil salir de la historia tradicional, la de los reyes y sus combates, la de los templos y la organización de los cultos.

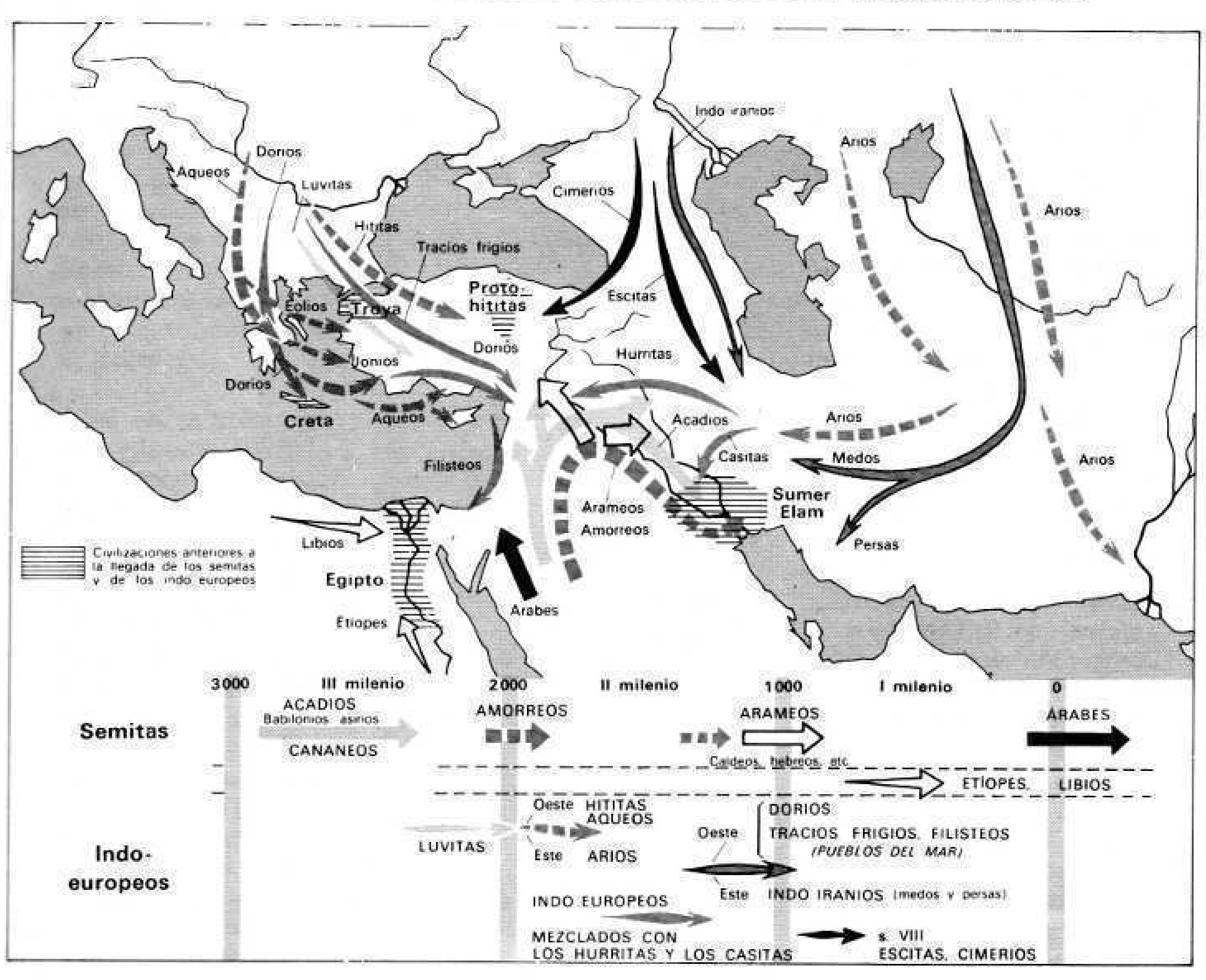
Una última tentación acecha al historiador: encerrarse en el estudio de un área de civilización. Nada es más inexacto que la impresión de corte que separa hoy día el estudio de la historia de Egipto y el de la del resto de Oriente. Sin duda, la historia misma de la egiptología y su avance con relación a la asiriología parecen explicarla. Veinte a treinta años han separado siempre los momentos idénticos de las dos disciplinas: el desciframiento de las lenguas (egipcio, 1823-1824; asirio, 1850-1857), el inventario arqueológico (en Egipto, 1800-1840; en Mesopotamia, 1840-1860), el principio del estudio de la prehistoria (en Egipto, 1900; en Mesopotamia, 1930), la confección de una cronología más o menos satisfactoria (para Egipto, 1904; para Mesopotamia, el problema está todavía por resolver). Para comodidad de la exposición se debe fragmentar la historia del antiguo Oriente en cierto número de civilizaciones estudiadas aisladamente; pero olvidar sus mutuas y constantes relaciones conduciría a absurdos. Una parte de Siria, Fenicia y Palestina está poblada por gentes que hablan lenguas semíticas. Recibieron mucho de Mesopotamia; pero durante más de 2.000 años vivieron en contacto con la civilización egipcia.

3. El poblamiento del antiguo Oriente

Encrucijada de pueblos atraídos por las riquezas de los valles aluviales, el Próximo Oriente recibió una población extremadamente abigarrada, que el historiador empieza apenas a reconocer; a una población primitiva que durante mucho tiempo se designó con el término vago y cómodo de *asiánica*, vino a mezclarse la oleada de invasores *semitas* e *indoeuropeos*. Estos últimos términos son ambiguos, porque designan en sentido propio realidades lingüísticas. Si bien parece probable que los semitas fueron hombres que hablaron lenguas de estructuras emparentadas, y que tuvieran entre sí una relativa homogeneidad étnica y cultural, la familia indoeuropea se define casi únicamente por sus vínculos lingüísticos.

Egipto fue poblado por hombres que durante mucho tiempo habían nomadeado por las sabanas de África del Norte, pero a quienes la sequía obligó a replegarse hacia el valle del Nilo. Por tanto, la masa de la población egipcia fue abastecida por elementos *africanos blancos*, emparentados con

LOS MOVIMIENTOS DE LA POBLACIÓN EN EL PRÓXIMO ORIENTE Y EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL DESPUÉS DEL III MILENIO A. DE J.C.



los bereberes y los targui de hoy, y a los cuales se mezclaron algunos grupos semitas procedentes del nordeste. Todavía nos son menos conocidas las etapas de la población primitiva de Asia occidental. Hubo hombres cuyos orígenes ignoramos; son aquellos que se agrupan en el término de *asiánicos*. Ofrecen gran diversidad de tipos antropológicos (de caracteres montañeses en Anatolia y Armenia, de raza mediterránea más al sur) y de lenguas, las cuales se perdieron en su mayoría durante el II milenio antes de J.C. A dicho grupo pertenecían los *sumerios*, llegados quizá por el golfo Pérsico hacia mediados del IV milenio; los *hurritas* (al nordeste del Tigris superior), los *elamitas* (al este del curso inferior del Tigris), los *urarteos* (en Armenia) y los *protohititas* (en Anatolia).

Los *semitas* hicieron su aparición desde el III milenio, cuando los *acadios* y los *cananeos*, procedentes de las estepas de Siria y Transjordania, se dirigieron hacia la Mesopotamia media los primeros y hacia el Mediterráneo los segundos. No sabemos exactamente cuál fue la cuna del pueblo semita: se la ha situado en la linde occidental de la península arábiga, en las estepas de Transjordania o incluso en el norte de Siria. Sin que pueda aclararse definitivamente la cuestión, parece que la primera hipótesis es la más satisfactoria. Por tanto, se puede admitir que Arabia proporcionó durante siglos nuevos contingentes de emigrantes que siguieron las huellas de sus predecesores. A finales del III milenio y a principios del II los *amorreos* se asentaron sólidamente en el valle del Éufrates superior y medio, y los conquistadores alcanzaron el golfo Pérsico. Durante todo el II milenio, y de forma constante, los *arameos* siguieron el mismo camino, pero sin formar una ola de emigrantes, que de un golpe hubiese trastornado la vida de los primeros ocupantes. Se extendieron sobre las tierras lindantes con el desierto, conquistaron la Baja Mesopotamia, y una de sus ramas, los *hebreos*, ocupó Palestina. Durante el I milenio a. de J.C., *nabateos* y *árabes*, que fueron los últimos en salir de las estepas de Arabia, llegaron a la linde de las tierras ya ocupadas en Transjordania y en el sur de Siria.

La abundancia de fuentes escritas y datos arqueológicos informa relativamente bien sobre los movimientos e instalación de los semitas. Los datos de que disponemos sobre los *indoeuropeos* son menos concretos; por ello hablamos de la historia de su establecimiento en el Próximo Oriente antiguo a la luz de lo que sabemos o reconstituimos de sus migraciones en el mundo europeo y asiático. De manera que todo relato de su ocupación del Próximo Oriente, tal como el que presentamos más adelante, debe ser considerado como hipotético.

En la actualidad ya no se trata de identificar el *habitat* indoeuropeo primitivo, situado en alguna parte de los confines de Asia y de Europa, y donde se habría hablado una misma lengua, un indoeuropeo común, de la cual habrían salido todas las lenguas llamadas indoeuropeas. Hoy se piensa que a fines de los tiempos prehistóricos, los pueblos que hablaban esas lenguas correspondían a tipos físicos diferentes, que habían creado culturas ya originales, y que hablaban incluso dialectos diferentes, pero que todos tenían conciencia de ciertos vínculos lingüísticos y de la similitud de ciertas estructuras sociales. En la misma época en que entrevemos algo de su historia, es decir, después de la dislocación de una unidad indoeuropea que sólo podemos imaginar, se habían dividido en dos grandes grupos, uno oriental y otro occidental. A partir de los confines de Europa y de Asia, los pueblos de esos dos grupos iban a transformar profundamente extensas zonas geográficas a las que emigrarían.

Durante el III milenio, oleadas de indoeuropeos ocuparon la Europa central y balcánica, mientras que otros se dirigían hacia el Turquestán, Irán y el Cáucaso. A fines del III milenio, los *luvitas* se instalaron al noroeste de Asia Menor, mientras que bandas procedentes del este asolaban Mesopotamia, como los *guteos*, por ejemplo, que descendieron de la meseta irania. A principios del II milenio, los trastornos fueron considerables: procedentes de los Balcanes, los hititas llegaron a Anatolia, mientras que los *aqueos* y otros *helenos* ocupaban Grecia. Al este, pasando por Turquestán, los *arios* abordaron la meseta irania; el mayor número de ellos se dirigió hacia el Indo, formando la masa del pueblo *indio;* otros se dirigieron hacia el oeste y se impusieron a los pueblos llamados asiánicos: los casitas

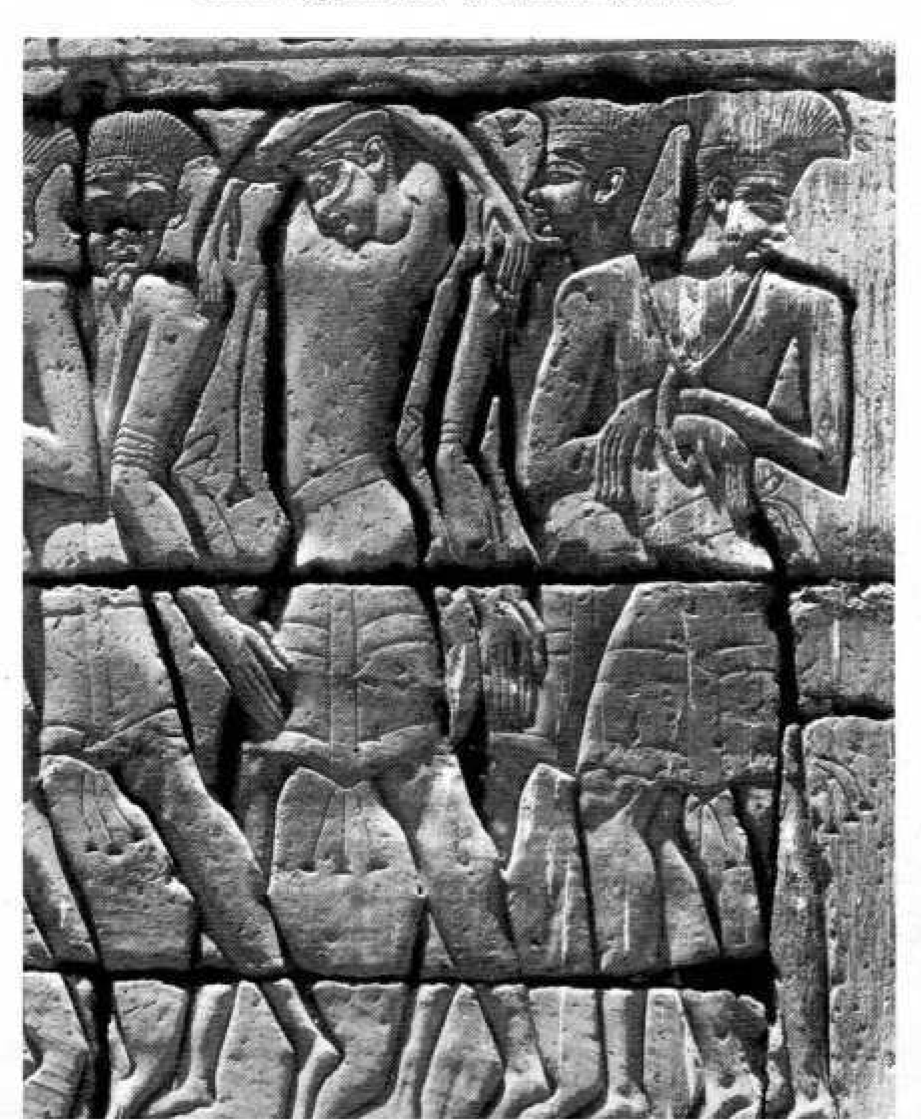
y los hurritas, que, bajo la dirección de su aristocracia guerrera indoeuropea, conquistaron unos Babilonia y los otros Mesopotamia septentrional. Las últimas grandes invasiones se produjeron a fines del II milenio: procedentes de los Balcanes, diversos pueblos invadieron Grecia y Asia Menor, en Grecia fueron los *dorios;* en Asia Menor, una turbamulta de *tracios* y de *frigios*, que arrastraron consigo a aqueos y dorios. Prosiguiendo su camino, algunos de ellos invadieron Fenicia y llegaron a las puertas de Egipto. Los egipcios, asaltados por otros invasores venidos del oeste por el desierto de Libia, designaron indistintamente a ambos con el nombre de *pueblos del mar*. En las costas de Palestina subsistiría de su invasión el grupo de los *filisteos*. En la misma época, los *iranios* ocuparon la meseta del Irán, después de haber atravesado el Turquestán como en otro tiempo lo habían hecho los arios. Hay que distinguir diversos grupos, entre ellos los *persas* y los *medos*, ambos en contacto con pueblos de Mesopotamia.

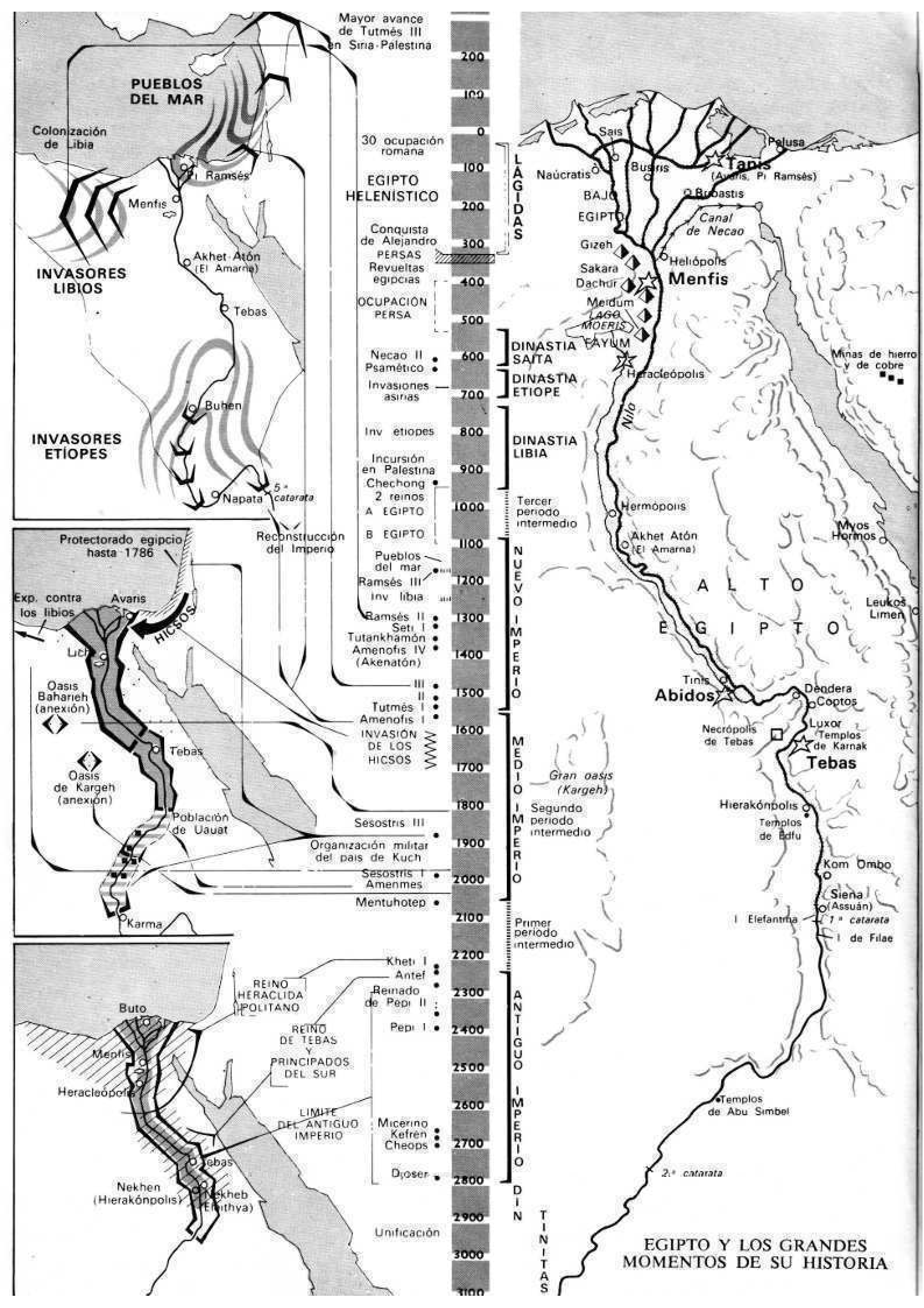
Sin constituir una oleada de población, los *cimerios* y los *escitas* franquearon el Cáucaso, que hasta entonces sólo había dejado pasar pequeñas partidas de invasores; durante el siglo VII se dirigieron hacia el sudoeste y el sudeste, y cometieron terribles pillajes. No fueron los últimos en trastornar el Próximo Oriente antiguo. Las invasiones árabes del siglo VIII a. de J.C., precedidas por varios siglos de lenta infiltración, anunciaban el comienzo de una nueva y duradera modificación de las condiciones de vida en Asia Menor.

LOS PUEBLOS DEL MAR

(Bajorrelieve del templo Medinet-Habú)

Filisteos prisioneros después de las victorias de Ramsés III en el este del delta del Nilo (principios del siglo XII*); llevan taparrabos adornados con plumas, y se los reconoce en las representaciones egipcias por su extraño peinado.*





EGIPTO Y LOS GRANDES MOMENTOS DE SU HISTORIA

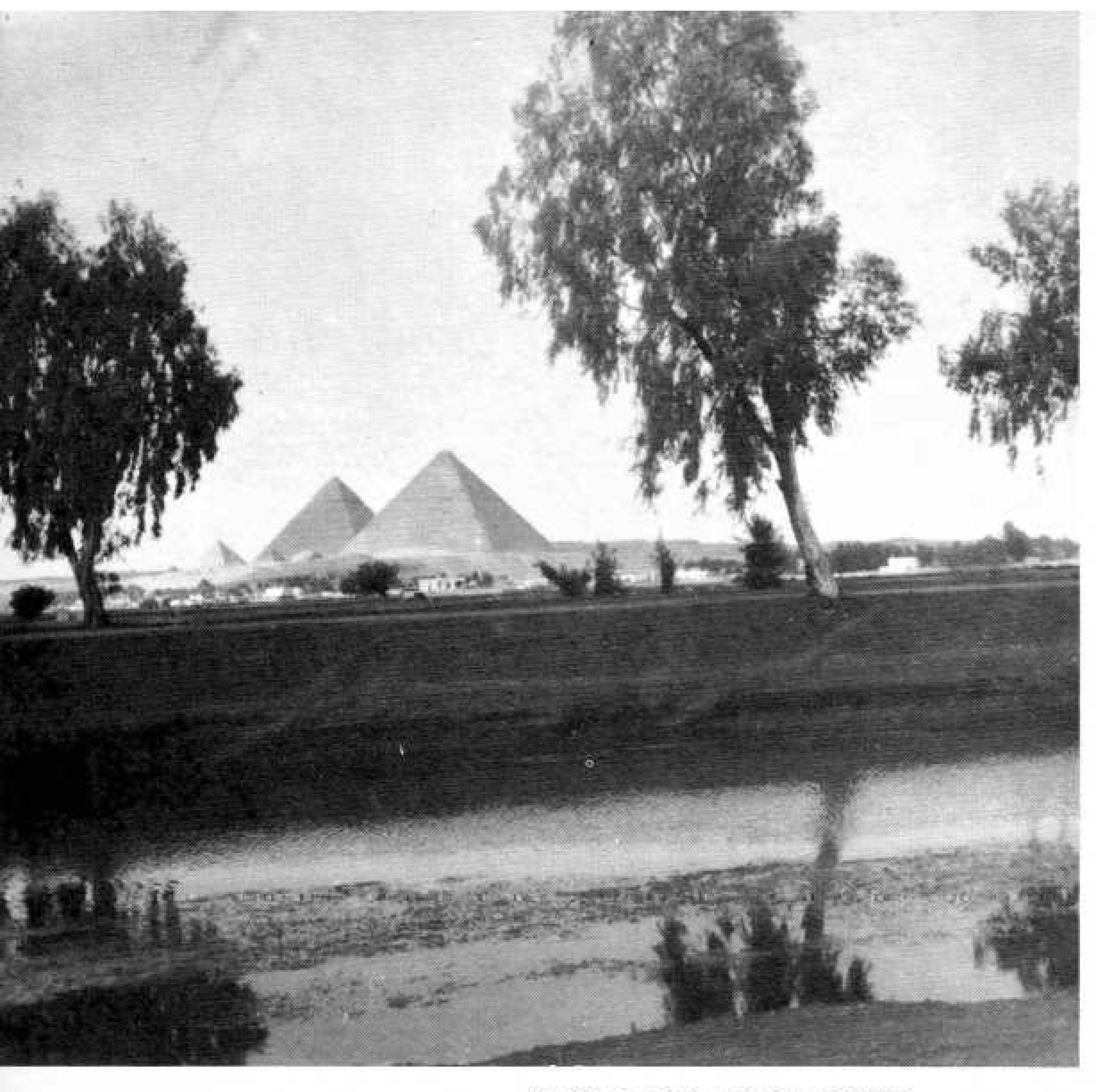
IV
EGIPTO

1. Las exigencias de la geografía

Egipto es un oasis, «un don del Nilo». La existencia de Egipto obedece a un conjunto de condiciones excepcionales: la presencia de las aguas del Nilo, sin las cuales se extendería desde el mar Rojo al océano Atlántico un desierto ininterrumpido —el régimen de crecimiento de las aguas de este río, en verano, coincide con la época más dura, la de los fuertes calores y de la más intensa evaporación—; la enorme cantidad de limo que el río en crecida acarrea y deposita; se trata de los residuos arrancados a las tobas volcánicas de Abisinia, que cada año proporcionan un suelo regenerado a los campesinos egipcios. Desde la más remota antigüedad, Egipto ha sido llamado «el Negro», para designar la buena tierra fértil del valle en oposición al ocre y al rojo de los desiertos vecinos. No obstante, condiciones naturales tan favorables exigen el duro trabajo de los campesinos, que en los oscuros siglos de la prehistoria egipcia aprendieron a sacar partido del río, creando poco a poco una forma de vida y de pensamiento que respondía a esas condiciones. La actividad económica de Egipto ha estado siempre paralizada por las aguas altas, y los trabajos agrícolas se han llevado a cabo entre el mes de noviembre y el de mayo. Las aldeas del valle se han agrupado, tanto para evitar malgastar el suelo como para protegerse de las inundaciones, en pequeñas colinas. Ha sido necesario trabajar sin cesar, construir y conservar diques, acequias y albercas, pero más necesario todavía ha sido trabajar de manera coordinada, crear una verdadera administración de las aguas para que una agricultura basada en la irrigación no sufriera despilfarro ni desorden. Así ha nacido la disciplina de los campesinos egipcios, sometidos a un poder central muy fuerte encarnado por el faraón, pero cuyo absolutismo expresaba una necesidad geográfica. En la vida del egipcio, el agua está presente en todas partes, tanto en su vocabulario, provisto abundantemente de palabras que designan el Nilo y sus diferentes aspectos, como en su vida religiosa, en la cual las libaciones de agua fresca y pura representan el gesto cultual más elemental, y también en el calendario, en el cual el año comienza el día 19 de julio, día de la crecida...

Trabajando animosamente, incluso según los procedimientos de una agricultura de irrigación todavía elemental, el valle del Nilo da a Egipto su riqueza legendaria. País de cosechas abundantes, fue una de las primeras regiones del mundo en obtener los excedentes alimenticios sin los cuales las sociedades humanas que salían de la prehistoria no hubieran podido crear actividades cada vez más diversificadas y alcanzar por sí mismas una civilización superior.

A medida que el continente africano se desecaba, el valle del Nilo se convertía paulatinamente en el refugio de poblaciones que en otro tiempo habían estado establecidas entre el trópico de Cáncer y el Mediterráneo. Por tanto, la población de Egipto es muy heterogénea, pero en conjunto ha tomado sus elementos de las poblaciones blancas de África del Norte y Asia occidental, con respecto a las cuales Egipto se sitúa, por su



PAISAJE DEL BAJO EGIPTO

Frente a la pirámide de Gizeh, al norte de Menfis, allí donde el caudaloso y benéfico Nilo comienza a ensancharse como preludio del delta. Sin embargo, las arenas que cubren la base de las pirámides nos recuerdan la proximidad del desierto.

tipo étnico y su lengua, como pariente más o menos alejado de las lenguas semíticas y bereberes. Tanto la vegetación como la fauna de Egipto han seguido siendo las de un oasis, es decir, relativamente pobres en especies. Aparte de plantas acuáticas y diversos cereales, Egipto sólo ha producido algunos árboles (sauces, sicómoros, palmeras, tamariscos, acacias y olivos), y la necesidad de dedicar todo el terreno posible a la agricultura ha dado al paisaje su aspecto característico desde hace millares de años: llanuras siempre cultivadas, sombreadas por muy raros grupos de árboles. En una época remota, los animales domésticos fueron importados de Asia, de lo contrario, el valle sólo hubiese albergado temibles habitantes, cocodrilos e hipopótamos, estos últimos rechazados poco a poco a los pantanos del delta. En la zona del desierto, las fieras, los reptiles y los toros salvajes significaron durante mucho tiempo un peligro efectivo.

Egipto, un país desmesuradamente alargado y excepcionalmente aislado.

El Egipto real, el valle habitado, tiene solamente unos 25.000 kilómetros cuadrados, es decir, un poco menos que Bélgica, pero se extiende a lo largo de 850 kilómetros desde la primera catarata hasta el mar. Un país tan alargado, de tierras cortadas constantemente por diques, acequias y canales, sólo tiene una vía de comunicación: el río. Conocido desde sus orígenes, el camello no fue

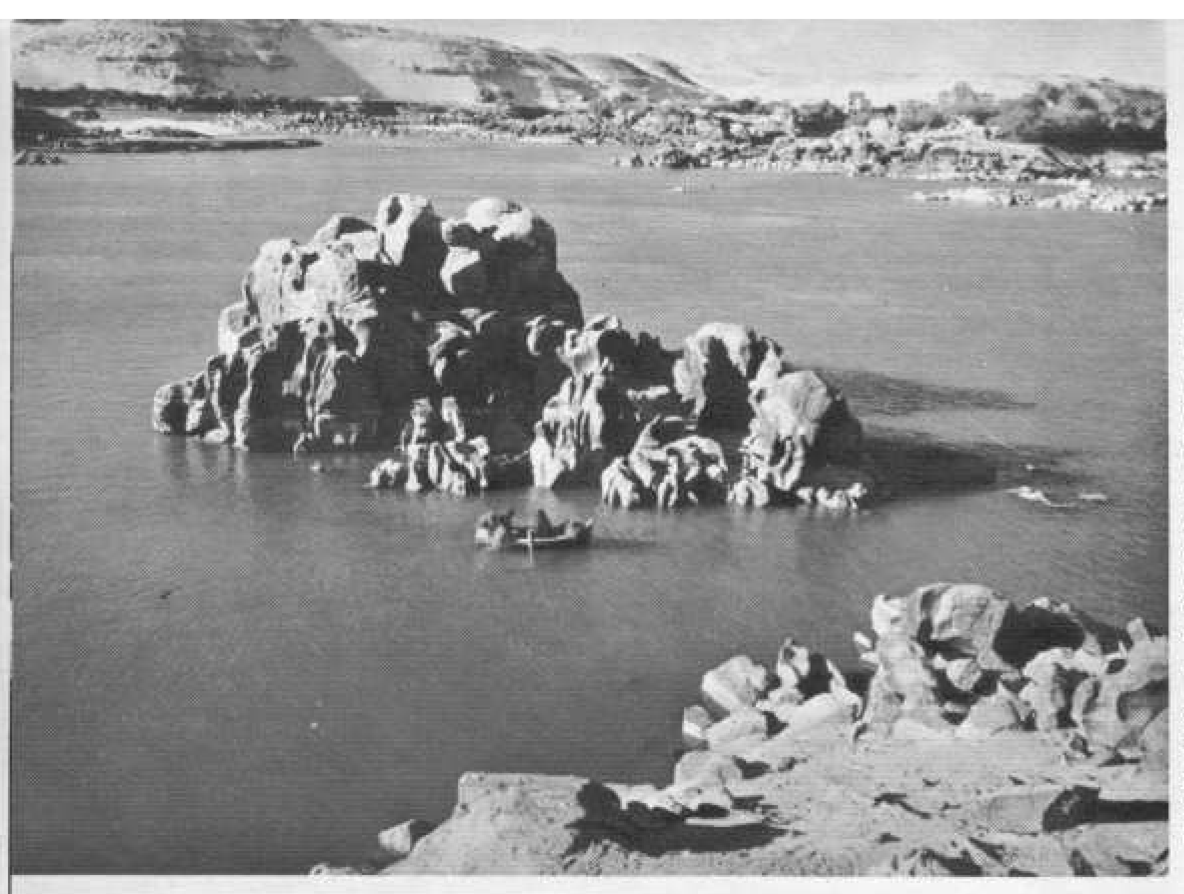


UN NILÓMETRO EN ASUÁN, EN LA ISLA DE ELEFANTINA

Era el indispensable instrumento de previsión para una administración minuciosa que debía regular la vida económica del país, y ordenaba los trabajos en función de las crecidas y de su amplitud, que se apreciaba en las gradaciones que alcanzaban las aguas altas. Según el griego Estrabón, la administración preveía impuestos tanto más pesados cuanto más alto era el nivel de las aguas.

domesticado y utilizado como medio de transporte hasta la época romana. El caballo y el carro de ruedas no fueron importados hasta el II milenio a. de J.C. La misma lentitud de los medios de comunicación ha determinado una permanente tendencia al fraccionamiento. País sometido a un poder casi tiránico, concentrando en un lugar y en un hombre todos los poderes de gestión, Egipto ha sido también el país de las cuarenta y dos provincias, los *nomos*, en los cuales los funcionarios delegados del soberano se aprovecharon siempre del alejamiento para aminorar el efecto de las órdenes emanadas del centro político.

Flanqueado por desiertos, poco accesible desde el sur a causa de las sucesivas cataratas, Egipto ha sido un país muy aislado. Sería absurdo sostener que ha vivido en una situación estancada; conoció siempre las infiltraciones de los *nubios* por el sur, de los *asiáticos* y de los beduinos por el nordeste, de los *libios* por el oeste y de los pueblos marinos a lo largo del litoral, pero durante mucho tiempo su existencia y su estabilidad pudieron mantenerse, y Egipto ha sido el último de los imperios orientales en agotarse constituyendo y manteniendo numerosos ejércitos. Tuvo la suerte de conocer tarde las invasiones en masa procedentes del desierto, los *hicsos* en el siglo XVIII y los *pueblos del mar* en los siglos XIII y XII. También la historia egipcia da una extraordinaria impresión de homogeneidad, casi de inmovilidad, porque durante mucho tiempo no fue afectada por las grandes conmocio-



LA PRESENCIA DEL DESIERTO

Izquierda: el valle del Nilo, río abajo de la presa de Asuán, que ha regulado su caudal, en el lugar donde el estrecho valle no era sino una serie de peligrosos rápidos. A una y otra parte del valle los acantilados de arenas y rocas caen casi directamente sobre el río. Abajo: la desolación del Valle de los Reyes, donde las tumbas reales han sido excavadas en los acantilados del desierto occidental, a pocos kilómetros de Tebas.



nes que sufrieron todas las demás civilizaciones históricas.

El norte del país, la región del delta, ha estado más expuesta que otras a las invasiones, pero también a los influjos civilizadores procedentes del exterior. Con los marinos, los negociantes y los nómadas venidos de Asia, Fenicia, Creta y Libia, esa región de proporciones más amplias, menos severamente encerrada entre dos desiertos, ha sido siempre diferente del valle propiamente dicho: tales son las características del *Bajo Egipto,* más rico, más inquieto, más abigarrado que el *Alto Egipto,* que siempre se le opuso. Si Egipto tuvo tendencia a equilibrar la autoridad central por medio de la autonomía de las provincias, el contraste, por no decir el antogonismo, del norte y del sur, del Bajo y del Alto Egipto, ha sido siempre un serio problema planteado a los gobernantes: los trastornos políticos o una debilitación del poder faraónico se tradujeron siempre en la ruptura de la unidad y la reorganización de los reinos rivales.

LA ISLA DE FILÉ

Tomada desde el oeste, la foto muestra la pequeña isla, situada río arriba de la presa, en el momento de la subida de las aguas. El pequeño templo de la época tolemaica queda así cubierto por las aguas, excepto el extremo del pilono.



2. Los grandes momentos de 3.000 años de historia



Los historiadores disponen de una información demasiado desigual para que la historia de Egipto pueda ser reconstituida por entero.

En efecto, una vez enumerado lo que nos han transmitido las listas y los anales reales, los relatos oficiales y las compilaciones de viajeros o eruditos griegos y latinos, se quedan en la sombra dos tercios de la historia egipcia. Si se sigue a *Manetón*, sacerdote egipcio helenizado en el siglo III antes de J.C., hay que estudiar esa historia en el marco cronológico de las treinta dinastías que él ha definido más o menos arbitrariamente. En la actualidad se prefiere combinar este sistema con una división en grandes períodos.

De la prehistoria a fines de la época tinita (hasta 2800). Desde fines de los tiempos prehistóricos, Egipto había creado lo esencial de su civilización. Determinar la fecha en que Egipto entra en la historia resultaría muy arbitrario. Se fija a principios del III milenio, sin otra precisión, en el momento en que un faraón semilegendario, *Menes*, había unificado el conjunto del valle. La unidad política tuvo que conseguirse, en buena

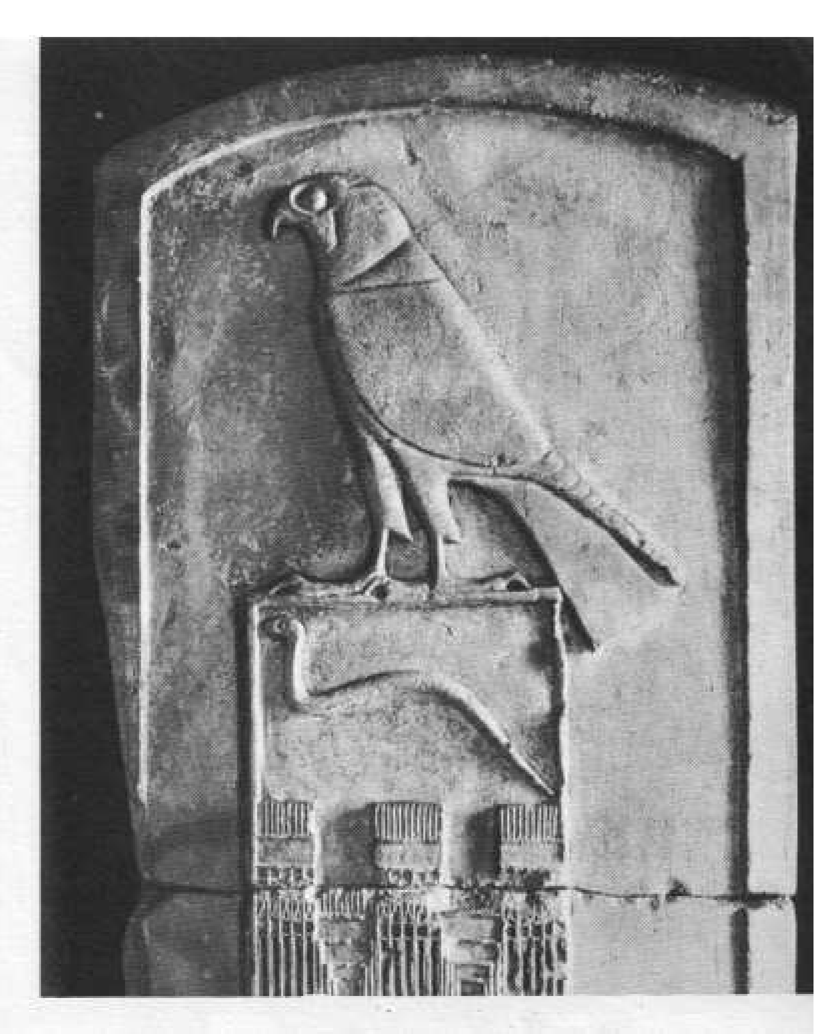


LA FUNDACIÓN DE EGIPTO

Arriba: cabeza de maza en piedra calcárea, que representa al rey «Escorpión», tocado con la corona del sur, pero vencedor del norte, cuyas insignias han sido (arriba) colgadas de unas horcas. Guerrero victorioso, el rey es también un buen administrador: con el azadón en la mano va a inaugurar trabajos de canalización o de construcción. Abajo: una de las caras de la paleta de esquisto que el rey Narmer (es decir, «el Siluro doloroso») consagra, como su predecesor, a Horus, en su templo de Hierakónpolis. Se admite la identificación de Narmer y de Menes, siendo Menes el nombre personal del rey que unificó Egipto, y Narmer el nombre de coronación del sucesor del rey Escorpión.

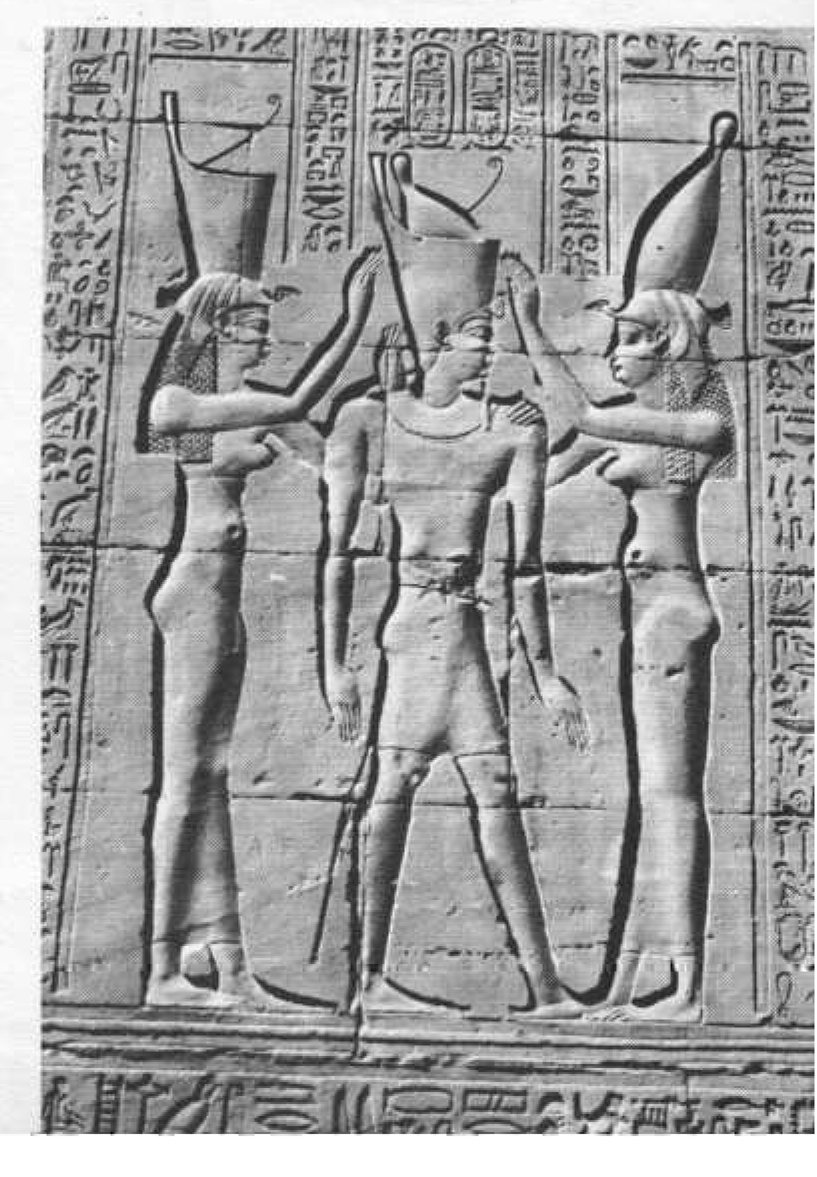
parte, con el concurso de circunstancias afortunadas, pero nada sabemos de sus etapas. Los cuarenta y dos nomos primitivos fueron reagrupados en dos reinos, uno del Alto y otro del Bajo Egipto, y el papel de Menes fue, sin duda, reunir esos dos reinos cuando el reino del sur hubo vencido al del norte. La unidad de Egipto se selló con la fundación de una nueva capital, *Menfis*, «la balanza de los dos países», donde reinaron los reyes de las dos primeras dinastías, llamadas *tinitas*, porque eran originarias de Tinis, en el Alto Egipto.

La obra de los dos primeros faraones fue esencialmente política. Se definieron entonces los principios sobre los cuales se funda siempre el poder real: la divinidad del monarca reinante y el valor de su gobierno conforme a la justicia. La vida económica fue la que habían creado los reinos prehistóricos: una agricultura cuyas conquistas iban a la par con los progresos de la irrigación; una metalurgia cada vez mejor provista de materias primas, como lo demuestra la abundancia de cobre hallado en una sepultura de la I dinastía en Sakara. Heredero de una bella técnica del grabado sobre paletas de piedra y sobre marfil, el arte de esta época preparó el camino de una arquitectura original, abandonando el uso del ladrillo, llegado sin duda de Mesopotamia, por el de la piedra, que los egipcios sabían tallar y pulir para la fabricación de vasos. El sistema de escritura fue definitivamente establecido y la aparición de los primeros textos jeroglíficos permite apreciar la maestría de los artistas lapidarios.



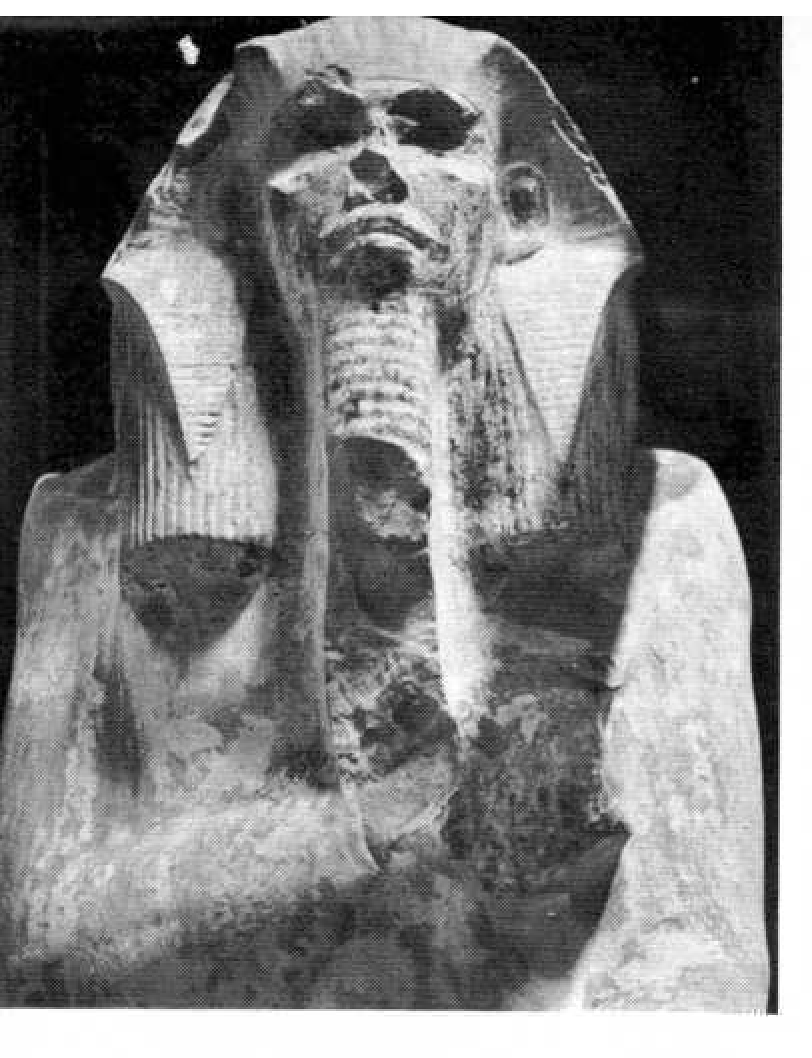
ESTELA DEL REY SERPIENTE
(fines del IV milenio)

Bajo la imagen de Horus, el halcón, el nombre del rey ha sido representado por la figura de una serpiente, cuya lectura es Zet. Abajo se destaca la representación de las murallas o paredes de un palacio.



LA DOBLE CORONA

En esta representación tardía del templo de Edfú, que es de la época griega, se ve al lejano sucesor de los fundadores de la unidad egipcia llevar todavía el peinado simbólico de esta unidad: la corona roja de que está tocado el Bajo Egipto, a la izquierda, y la corona blanca que lleva el Alto Egipto, a la derecha.




El Antiguo Imperio (hacia 2800-2300, III-VI dinastías) y primer período intermedio (2300-2050, VII-X dinastías). Comenzó entonces para Egipto un período muy brillante. Desde Menfis, los soberanos reinaron sobre un país de fronteras estables, de las cuales los bárbaros extranjeros eran alejados por medio de expediciones guerreras encaminadas a Libia o Asia, zonas geográficas que poseían las riquezas minerales que faltaban en Egipto. Poco sabemos en detalle de la vida de los soberanos. Pero sus obras nos hablan suficientemente de la grandeza de esos tiempos.

Bajo el poder de grandes soberanos, *Djeser*, asistido por su ministro *Imhotep*, médico, arquitecto y sabio por añadidura, *Cheops*, *Kefrén*, *Pepi I*, servido por *Uni*, excelente administrador y general, Egipto creó en muy poco tiempo el repertorio artístico del cual iba a servirse siempre: las esculturas hieráticas, cuya obra más destacada es la estatua de Kefrén, el ideal de perfección arquitectónica que representan las *pirámides* y los primeros templos de piedra cuya disposición debía imponerse a la arquitectura religiosa de siglos venideros. Intelectualmente, el Antiguo Imperio dio cima a la elaboración de las grandes doctrinas teológicas, entre las cuales la teología menfita supo explicar el universo como la obra del Verbo creador; el calendario de trescientos sesenta y cinco días, que debía ser el de la administración y los templos, quedó establecido entonces. A esa época se remontan también gran número de conocimientos médicos con los cuales Egipto se adelantó de manera singular a otras civilizaciones. En ese terreno, como en otros, hay que comprobar que el Antiguo Imperio fue un período creador de cuyos logros se beneficiaron los siglos venideros.

Durante cientos de años, esa sociedad se desarrolló orgánicamente. La V dinastía había puesto a todo el país bajo la autoridad bienhechora de *Ra*, el dios sol adorado antaño de modo exclusivo en *Heliópolis;* con ello se elaboró una doctrina solar, exponente del pensamiento oficial. A pesar de sus logros, a pesar de la disciplina social y polí-



tica que reforzaba el credo solar, el Antiguo Imperio se disgregó hacia 2300. Para explicar el reinado interminable y sin grandeza de Pepi II, que fue rey durante noventa y cuatro años, se ha dicho que el monarca, en exceso bonachón, fue incapaz de cortar la creciente independencia de los funcionarios que dirigían los nomos, y que, aprovechándose de la partición de los bienes

FARAONES DEL ANTIGUO IMPERIO

De izquierda a derecha: Djeser (III dinastía), cuya estatua, como la de todos los soberanos y dignatarios, ha sido tallada en un bloque de piedra dura, en este caso diorita; a esta estatua, hallada en Sakara, le faltan los ojos incrustados. Kefrén (IV dinastía), protegido por las alas de Horus que está tras su cabeza. Micerinos (de la IV dinastía), entre la diosa Hathor (a la izquierda) y la diosa llamada Assiut (a la derecha), que pasan sus brazos tras él. Pepi I (VI dinastía), representado en esta gran estatua de cobre de ojos incrustados. Todos estos retratos producen una extraordinaria impresión de sereno poderío, de majestad segura de sí misma, tanto más manifiesta cuanto que los artistas han demostrado una gran discreción en la representación de los signos materiales del poderío real.

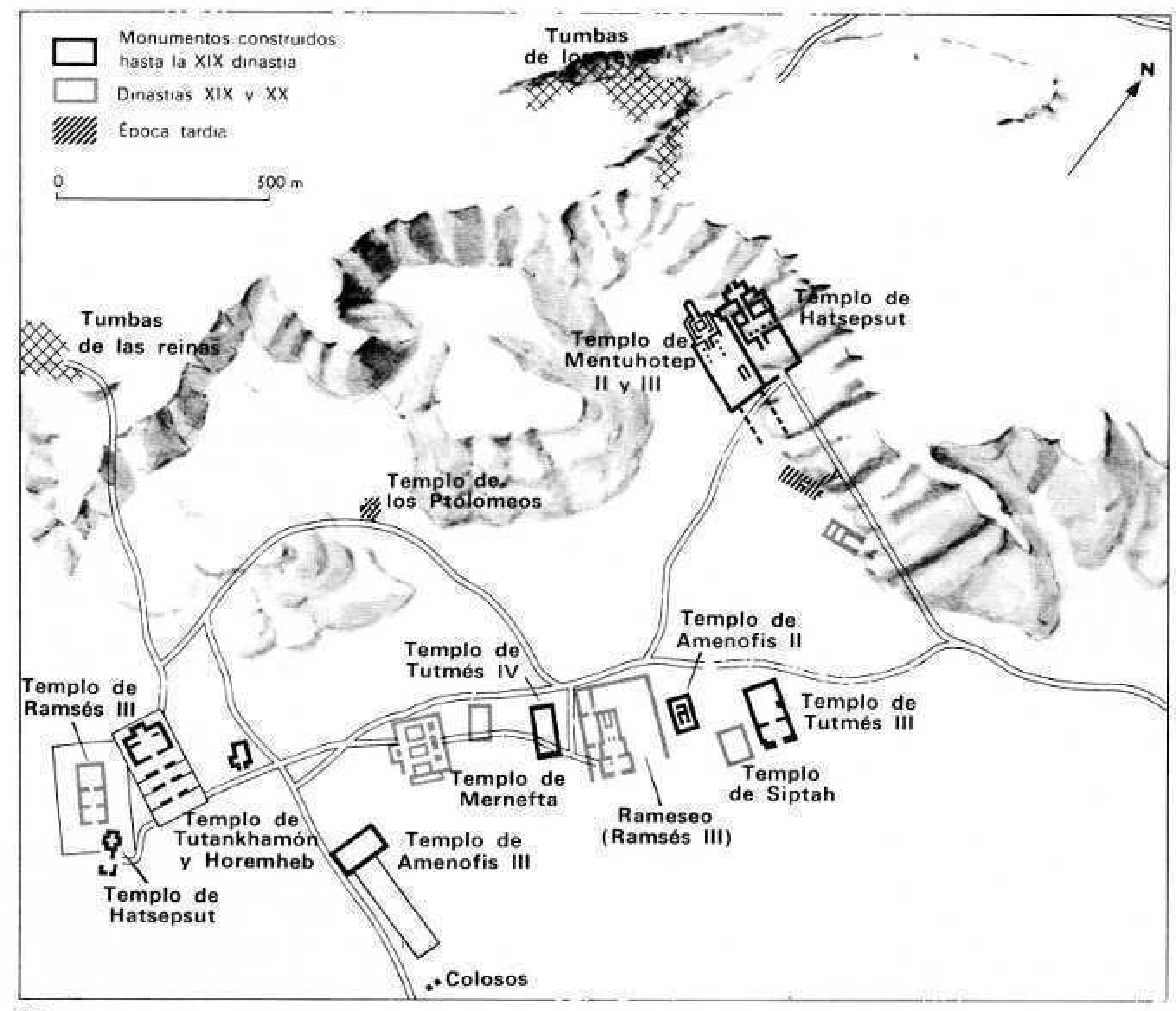
raíces de la monarquía, fundaron verdaderos señoríos y a poco principados independientes. Egiptó cayó en la anarquía y comenzaron entonces cerca de dos siglos de desórdenes.

Éste fue el llamado primer período intermedio.

Por último, entre tantos pequeños reinos, todos independientes y rivales, se impusieron dos: el de *Heracleópolis*, el más brillante, con soberanos notables (Kheti I, Kheti III, Merikaré), y el de *Tebas*. Sin embargo, en la última contienda fue Tebas quien venció y reunificó Egipto. Podía renacer el antiguo orden, pero lentamente; el faraón perdió bastante prestigio, y sus vasallos habían sufrido mucho para no esperar del soberano, dios encarnado, una atenta benevolencia y una justicia escrupulosa más que un yugo implacable.

LA NECRÓPOLIS TEBANA

Al otro lado de la ciudad, que se extendía desde las colinas hasta el Nilo, los faraones habían dispuesto sus «moradas de eternidad»; los hipogeos han sido excavados en la montaña; al borde de la llanura se han elevado los templos funerarios asociados a aquéllos. Eran el equivalente de los recintos sagrados levantados en la orilla del río y unidos a las pirámides por un largo camino cubierto (cf. págs. 118 y 119).



El Imperio Medio (2050-1800, XI y XII dinastías) y segundo período intermedio (1800-1550, XIII-XVII dinastías).

A partir del II milenio, nuestros conocimientos son más completos, especialmente en cuanto a la cronología y la sucesión de los monarcas. La reunificación definitiva fue obra del tebano *Mentuhotep*. Sus sucesores, sobre todo los *Amenemhat* y los *Sesostris*, devolvieron a Egipto la inamovilidad de sus fronteras; lo mismo que en otro tiempo, los libios, los asiáticos y los nubios, sufrieron expediciones punitivas y preventivas. Para mayor seguridad, la frontera del noroeste fue cerrada a los asiáticos por un sistema de fortificaciones, «el muro del príncipe», edificado durante el reinado de Amenemhat.

Convenía evitar el riesgo de volver a caer en los desórdenes pasados. Al establecer su nueva capital en Tebas, cuyo dios *Amón* fue asociado a *Ra*, para convertirse luego en *Amón-Ra*, el primero de los dioses, la monarquía despojó de sus poderes a los jefes de los nomos e intentó crear una administración más acentuada, confiada a un visir. Se exaltó entonces el tema del soberano justo: el nombre real de Amenemhat II fue «el que halla su placer en la justicia», y para su sucesor «la justicia pertenece a Ra». Podía dar comienzo un nuevo período de prosperidad y estabilidad. Responsables de un retorno al orden económico, los faraones velaron por la administración de las aguas, y Amenemhat III hizo emprender enormes trabajos de desecación e irrigación en el Fayum, donde fueron conquistadas 10.000 hectáreas de tierras cultivables. En la corte y entre la aristocracia reapareció una brillante vida intelectual; la escultura oficial buscó su camino entre las fórmulas del Imperio Antiguo, pero acusando el valor expresivo de los rostros reales. A la serenidad de otro tiempo sucedió la expresión de la fuerza, las preocupaciones o cierto tormento interior; se extendió la literatura con el empleo de una lengua ya segura de sus medios; esa época evoca la idea de un clasicismo literario: profecías, enseñanzas morales (sobre todo la célebre *Sátira de los oficios)*, y cuentos *(Cuento del naufragio* y *Cuento de Sinuhé)* fueron los géneros más cultivados y populares. Esta época llena de una confianza feliz conoció los últimos pasos de una gran conquista moral: *Osiris* se convirtió definitivamente en el dios de los muertos, mientras que la doctrina vinculada a su culto proponía a todos los humanos, grandes y humildes, una forma de salvación eterna.



UN SOBERANO DEL IMPERIO MEDIO

Ignoramos de qué soberano es el retrato representado por esta cabeza de la XII dinastía. El esfuerzo del escultor por expresar algo de la personalidad del soberano, de rasgos aquí enérgicos, casi brutales, por otra parte atormentados o desengañados, es característico del Imperio Medio.

Sin duda, el sistema político y social tenía sus defectos, pero antes incluso de que comprometieran a Egipto en una nueva decadencia, las invasiones derribaron la civilización del Imperio Medio: pueblos negros del sur invadieron Nubia, y del nordeste llegó la ola devastadora de los hicsos, que conquistaron el Bajo Egipto.

Su nombre significa «príncipes del desierto», y para los egipcios eran la encarnación de los enemigos ancestrales: las bandas de semitas nómadas que rondaban por las fronteras orientales del Imperio. En realidad, se trataba esta vez de una migración más amplia que la de los simples clanes nómadas agrupados: las invasiones indoeuropeas en el Próximo Oriente habían precipitado hacia el sur a muchos pueblos que lo habitaban. En la oleada de hicsos había semitas sedentarios y nómadas, y elementos hurritas, pero los invasores habían tenido tiempo de tomar de los indoeuropeos una parte de sus técnicas y sobre todo el carro de guerra tirado por dos caballos, desconocido por los egipcios. Ante tal amenaza, los faraones abandonaron el norte del país, donde se fundó un reino de hicsos a finales del siglo XVIII. Refugiados en Tebas, hubieron de reconocer su soberanía a principios del siglo XVII.

Poco sabemos sobre la vida del Bajo Egipto durante ese período. Los hicsos imprimieron su carácter guerrero, fundando sobre todo la enorme fortaleza de *Avaris;* fueron responsables de la penetración de divinidades asiáticas y mantuvieron, sin duda, amplias relaciones comerciales en todo el Oriente. Pero de creer en el odio feroz que por ellos sentían los egipcios, también debieron de chocar con las tradiciones egipcias y dejar abandonados los templos. La reacción nacional partió de Tebas después de 1600: el faraón Kamés entabló la guerra de liberación; en 1580, bajo los golpes de Amasis, primer rey de la XVIII dinastía, se logró conquistar Avaris después de tres asedios.

El Nuevo Imperio (1550-1100, XVIII-XX dinastías). La invasión de los hicsos terminó de una vez para siempre con el aislamiento, por otra parte relativo, de Egipto. Ante una situación internacional, el nuevo Egipto adoptó una política concebida a la medida de su tiempo: la pérdida de sus posiciones comerciales en el extranjero, el temor de nuevas invasiones asiáticas hicieron de él una potencia imperialista que durante cerca de 400 años iba a intervenir en los asuntos asiáticos. La iniciativa correspondió a los primeros reyes de la XVIII dinastía: Amasis, Amenofis I y Tutmés I y II, que crearon el Imperio egipcio en Palestina y en Siria, y restablecieron el dominio sobre Nubia. El planteamiento de la cuestión apenas debía modificarse: tanto en el caso de la lucha contra el Imperio de los hurritas de Mitani o el de los hititas, o bien en las campañas dirigidas contra los pequeños principados, cuyo ejemplo más característico fue la ciudad de *Kadesh*, en el Orontes, los faraones se sirvieron de la violencia o de una diplomacia tortuosa que trataba de asegurar las conquistas sometiendo a vasallaje a



EGIPTO Y SUS VECINOS EN LOS TIEMPOS DEL NUEVO IMPERIO

EL EJÉRCITO EGIPCIO

He aquí a los soldados de los Imperios antiguo y medio, con armamento todavía muy simple: pica (o azagaya) y escudo de la infantería de línea; arco y flechas con punta de sílex de los cazadores.

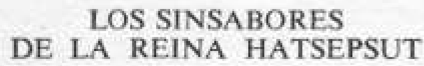






EN EL NUEVO IMPERIO:
LA IRRUPCIÓN DE LOS EXTRANJEROS

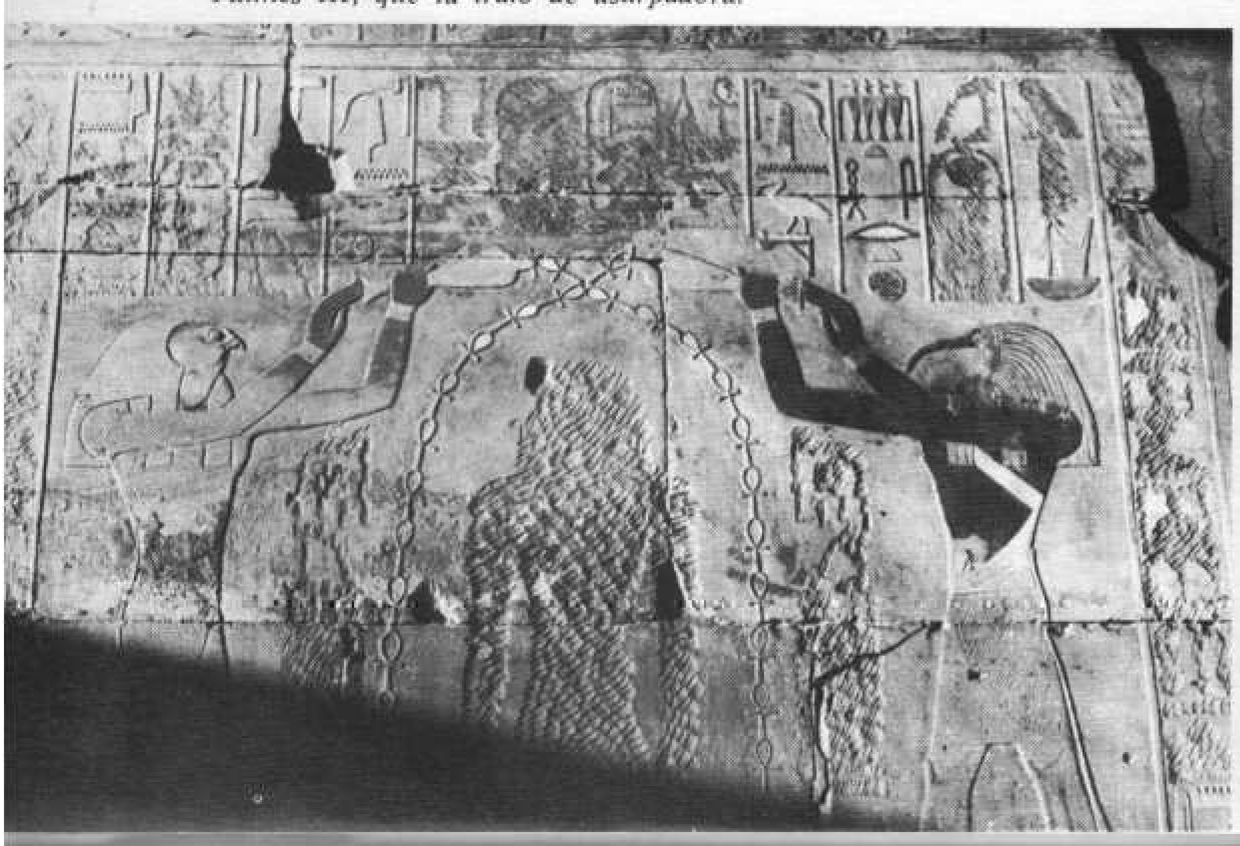
Tierra conquistada y arrasada por los hicsos, convertida luego en potencia conquistadora a partir del siglo XVI, *Egipto conoció durante varios siglos la presencia de los bárbaros, vencedores o prisioneros, esclavos, tributarios o mercenarios de los ejércitos reales; los artistas utilizaron con gusto el tema, rico de exotismo. De izquierda a derecha: prisioneros hititas despojados de sus vestidos y atados por los codos; un nubio; un sirio, igualmente amarrado y que sólo lleva por vestido un estuche fálico; un portador de tributos, cuya cabeza ha sido tallada en el granito de la colosal estatua de Amenofis III, en Luxor.*



LOS SINSABORES
DE LA REINA HATSEPSUT

Presente en el templo de Amón en Karnak, donde Horus (a la izquierda) y Thot (a la derecha) derraman sobre ella el signo de vida; la reina en efigie y los textos que se refieren a ella, fueron, después de su muerte, borrados por orden de Tutmés III, que la trató de usurpadora.

los pequeños príncipes indígenas. Nos sorprende la fragilidad de este Estado siempre en trance de desaparecer. De 1505 a 1483 reinó Hatsepsut, reina usurpadora del trono de su hijastro Tutmés III. Fueron veintidós años de paz, en los cuales Egipto ahorró los gastos de mantenimiento de su ejército, costoso por sus carros, y volvió a las tradiciones nacionales, muy desquiciadas por la llegada de docenas de millares de cautivos que traían consigo dioses y pensamientos nuevos. Cuando Tutmés III subió al poder, todo estaba por hacer: de 1483 a 1450 hubo de mandar dieciocho expediciones a Asia; la primera consiguió la gran victoria de *Me-*







gido, en Palestina; las siguientes empujaron las fronteras de Egipto hacia el Éufrates (1473).

Amenofis II conservó la tradición de los faraones guerreros y atléticos, y preparó las bases de uno de los períodos más brillantes de la historia de Egipto: el reinado de *Amenofis II* y de su esposa la reina *Ti* (1408-1370). Egipto se dispuso a gozar de las riquezas acumuladas: la corte conoció una vida más refinada, que se manifestó en el vestir y en el arte gracioso de esa época, y la literatura produjo obras características como los poemas de amor. En todo el país se abrieron canteras y se multiplicaron los santuarios monumentales: a esa época corresponde la parte más antigua del templo de *Luxor*. Los sacerdotes, sobre todo los de Amón, se aprovecharon de enormes donaciones, que hicieron de ellos una potencia

SOBERANO GUERRERO DEL NUEVO IMPERIO

Los temas sobre personajes reales insistirán cada vez más acerca de las virtudes necesarias en tiempos de guerra. El soberano debía ser vigoroso cazador y temible guerrero, como aquí Amenofis II, un excelente atleta capaz de atravesar con sus flechas una plancha de cobre de tres dedos de grueso (de cinco a seis centímetros).



LA FAMILIA REAL DE AMENOFIS IV AKENATÓN

El rey y la reina Nefertiti juegan con sus hijas, bajo la protección de Atón, el Sol, cuyos rayos bienhechores terminan en manos portadoras del signo de vida. A pesar del realismo caricaturesco con que se ha tratado a los personajes, la familia real aparece aquí en una escena de conmovedora sinceridad, que exalta las virtudes familiares más sencillas.

tan grande que llegó a inquietar al faraón. *Amenofis IV* (1370-1352) conmovió el Imperio con la audacia de las reformas que quiso introducir.

Abolió el culto de Amón, que quiso sustituir por el de Atón, el disco solar. Tomó el nombre de Akenatón («aquel que place al Disco») y abandonó Tebas para fundar una nueva capital *Akhet-Atón* («el horizonte del Disco»), hoy *Tell el Amarna*. Cualesquiera que sean los aspectos propiamente religiosos de esta reforma que comprometía a Egipto a una religión de carácter monoteísta, el reino de Akenatón se distinguió porque el faraón quiso desprenderse de la sombra de una clase sacerdotal demasiado poderosa para afirmar su autoridad material, pero también su supremacía moral: era el señor de todo, incluso de los templos y de los cultos, por encima de las imposiciones que el sumo sacerdote quisiera establecer en nombre de Amón. Un arte nuevo, realista hasta la caricatura, y la literatura mística, a la cual contribuyó personalmente el soberano, demuestran la profundidad de una reforma que llegó a todos los terrenos. Pero Egipto perdió sus posesiones exteriores cuando toda la energía del soberano y de quienes lo rodeaban se consagraba a una actividad religiosa y literaria. Los archivos de El Amarna nos permiten conocer la pérdida de las posiciones egipcias en un tiempo en que los príncipes asiáticos fieles eran abandonados a los golpes de sus adversarios. Sólo son llamadas de socorro. Como ésta:

«...Que el rey sepa que desde que sus arqueros regresaron a Egipto, Labayu ha entablado hostilidades contra mí; nos es imposible hacer la colecta de la lana, y no podemos franquear las puertas de la ciudad a causa de Labayu, que sabe que tú no nos has enviado arqueros. Ahora se propone tomar Megido. Que el rey la proteja o Labayu la tomará. La ciudad está asolada por la peste y la enfermedad. Que el rey envíe cien hombres de guarnición o Labayu la tomará. Realmente, Labayu no tiene otra idea. Quiere destruir Megido.» Apenas Labayu muere, otros príncipes entran en liza. «...Labayu ha muerto, el que se apoderó de nuestras ciudades (región de Hebrón); pero Abdu-Hiba (príncipe de Jerusalén) es otro Labayu, y se apodera de nuestras ciudades. Que el rey piense en sus servidores. Yo no haré nada hasta que el rey responda al mensaje de su servidor.»

A la muerte de Akenatón, Egipto intentó restablecer de nuevo el orden quebrantado por el faraón herético: la restauración fue obra de tres faraones, de *Tutankhamón* a *Horemheb*, general usurpador que reconquistó Palestina y acabó de devolver a Amón todo su prestigio (1340-1320). Entonces comenzó el reinado de la XIX dinastía cuya tarea fue conservar la grandeza de Egipto en medio de dificultades cada vez más considerables. Primero era necesario preservar el Imperio: esto fue obra de faraones guerreros: *Seti I* y *Ramsés II* (1298-1235), cuya campaña de 1293 en Siria se resolvió en el semifracaso de *Kades*: esta clase de empresas militares agotaron a Egipto y sólo lograron un resultado incierto. Ramsés II hubo de reconocer lo inevitable y compartir Siria con los hititas por el tratado de 1287. Con ello consiguió cuarenta años de paz, durante los cuales dio a Egipto una ornamentación monumental, haciendo restaurar todos los templos y emprendiendo famosos trabajos, como la sala hipóstila de *Karnak* o el templo ~~funerario~~ de *Abu Simbel*. Signo de los tiempos: su capital estuvo en el delta, en el emplazamiento de la Avaris de los hicsos; *Pi-Ramsés*, futuro *Tanis*, estaba muy cerca de esa Asia que de una vez para siempre había arrebatado a Egipto la tranquilidad. Sus sucesores (XX dinastía) tuvieron que luchar para defender el suelo de Egipto: del mundo mediterráneo, trastornado por nuevas invasiones indoeuropeas, surgieron al oeste una coalición de libios y extranjeros, y al este la ola devastadora de los *pueblos del mar*. Los primeros fueron aniquilados en



LA REINA NEFERTITI

Numerosas cabezas esculpidas ponen de manifiesto otra faceta del arte de Tell el Amarna, como este admirable esbozo de la cabeza de la reina, en la que el arte egipcio une el realismo más desnudo a la expresión más discreta de la vida interior (cf. lámina 16).

tres ocasiones, por *Meneſta* (1230) y *Ramsés III* (1193 y 1188); los segundos fueron aplastados en el delta en 1191. De esta ola de invasores solamente subsistieron los filisteos, a quienes Ramsés III dejó el litoral palestino.

Ramsés III fue el último de los grandes faraones. Después de él, Egipto sucumbió bajo el peso de guerras costosas y siempre renovadas. En un mundo que entraba en la edad del hierro, Egipto estaba desprovisto de este metal, que debía importar a precios demasiado elevados y sin el cual no existe ejército digno de este nombre. La autoridad del faraón quedó mermada por el



RAMSÉS II

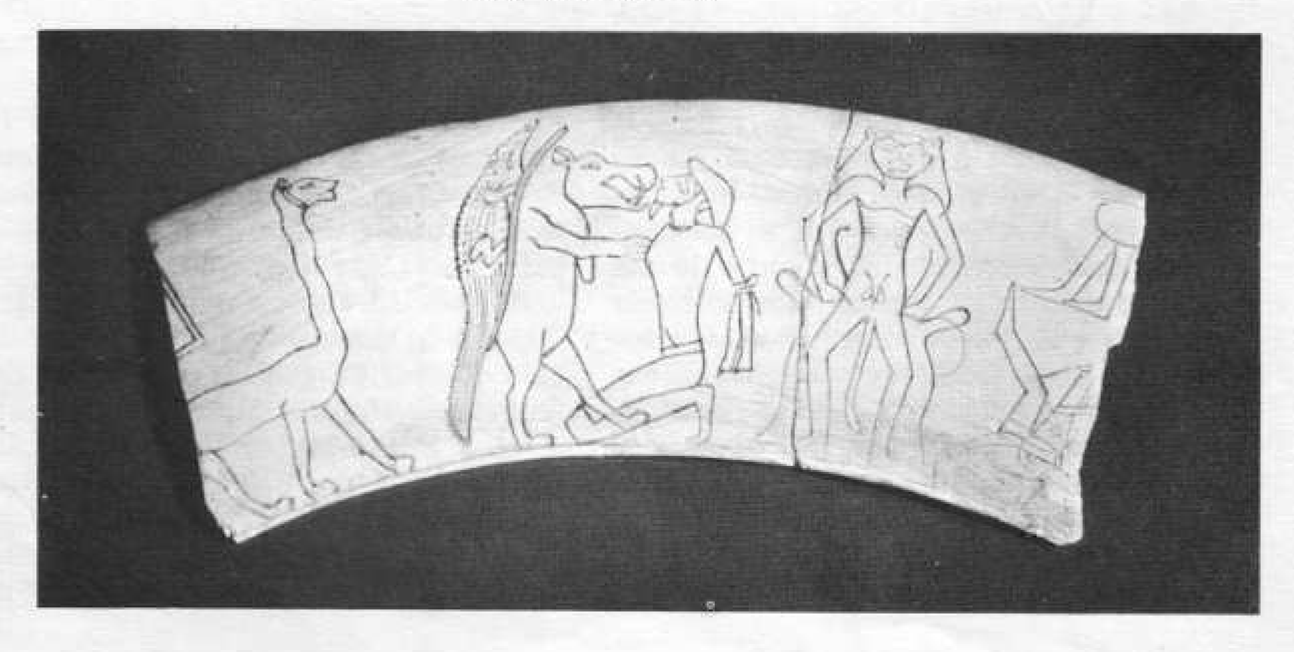
La estatua del soberano en las ruinas de Pi-Ramsés (o Tanis), su capital.

poderío de los sacerdotes de Amón y la independencia de dinastías nobiliarias establecidas en los nomos. La crisis moral y material se manifestó sobre todo en la profanación de tumbas y la impunidad de sus autores. *Ramsés IV* (1166-1160) fue el último faraón que explotó el Sinaí. En 1090 se produjo la crisis irremediable: *Herihor*, general convertido en gran sacerdote de Amón, ejerció, sin el título de faraón, la autoridad en el Alto Egipto; *Esmendes*, establecido en Tanis, tomó el título de faraón, pero sólo reinó en el Bajo Egipto.

El final de la independencia egipcia (1050-525, XXI-XXVI dinastías). Egipto no era ya una gran potencia. Durante más de cinco siglos no supo solucionar los problemas que le impedían volver a ser lo que había sido. La unidad rota, sólo fue restaurada episódicamente; se sucedieron los retornos periódicos a la anarquía política por la multiplicación de reyezuelos independientes y las brutales sustituciones de dinastías; y las relaciones con Asia, dominadas entonces por gigantes, los Imperios asi-

PROCEDIMIENTOS MÁGICOS

En un fragmento de marfil han sido representados varios monstruos, potencias tenebrosas que se evocaban para defenderse de los detestados bárbaros. Un monstruo pariente del hipopótamo, semejante a aquel que devoraba a los muertos condenados por el tribunal de Osiris, se dispone a despedazar a un asiático.

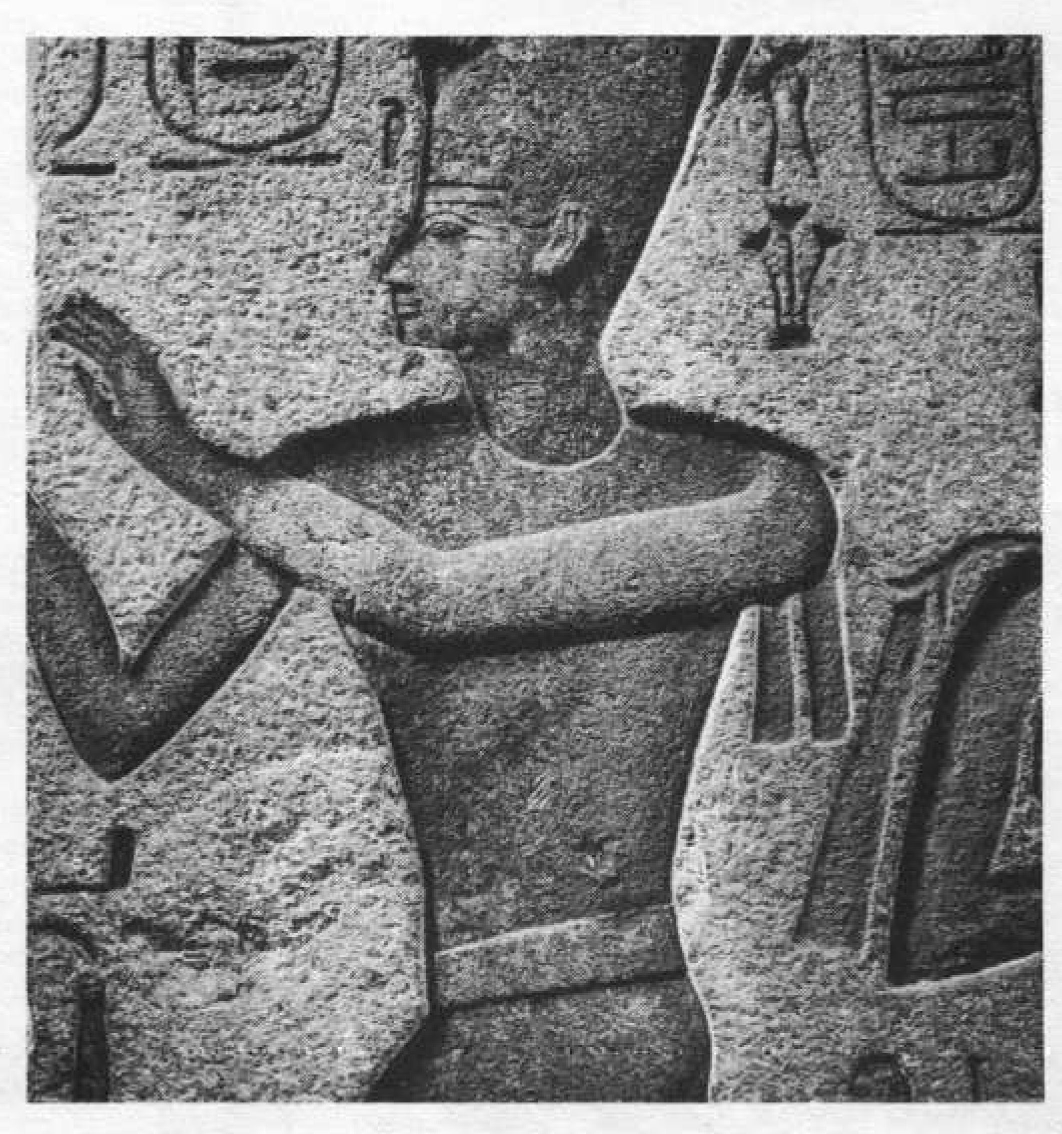


rio, babilónico y persa. Por unos instantes, Egipto pudo recobrar cierto esplendor. Una dinastía libia (la XXII) llevó a cabo una activa política exterior, y *Sheshonk I* reconquistó Palestina y saqueó Jerusalén (950-929). Faraones de origen etíope (XXV dinastía) restauraron la unidad durante cierto tiempo. Una dinastía (la XXVI), oriunda de *Sais*, en el delta, nos es conocida por el esplendor de su gobierno, el renacimiento artístico que promovió y las relaciones que estableció con el mundo griego: *Psamético I* (664-610), *Necao* (610-595), *Amasis* (570-526), que sólo reinaron en el Bajo Egipto, hicieron de su reino una encrucijada a la cual afluyeron los mercenarios y negociantes griegos; quisieron incrementar el comercio emprendiendo la construcción del canal del Nilo, en el mar Rojo, vía que los persas terminaron más tarde.

El asirio *Asardón* había tomado Menfis (617). Durante el reinado de *Asurbanipal*, el ejército asirio llegó hasta Tebas, que fue destruida (663). Nabucodonosor rechazó la última gran campaña que los egipcios habían emprendido jamás en el Próximo Oriente, llegando hasta el Éufrates (608-605). Los persas de *Cambises* (530-522) conquistaron, por fin, Egipto, esta vez definitivamente a pesar de las revoluciones que restauraron una efímera independencia de 404 a 341.

UN SOBERANO «LIBIO», OSORKÓN II (XXII dinastía)

Descendientes de jefes mercenarios libios instalados en Egipto desde hacía ya muchas generaciones, los faraones libios fueron soberanos totalmente egiptizados, cuyas representaciones oficiales no manifestaron jamás su origen bárbaro.



NEFTIS

En la pared del sarcófago de granito rosa de Ramsés II, la diosa Neftis, hermana de Osiris, abre sus alas para proteger la momia del faraón difunto.



EL DIOS BES

3. La religión del antiguo Egipto

La sociedad egipcia fue dominada más que cualquier otra por las exigencias materiales y espirituales de una religión. Independientemente de lo que el hombre debía a sus dioses y sus muertos, Egipto fue una tierra regida por un rey dios, cuyos enormes templos y numerosos sacerdotes pesaron de manera aplastante sobre su vida política, social y económica. Desde cualquier ángulo que se examine el mundo de los egipcios, el hecho religioso se halla siempre presente.

La religión egipcia desconcierta al historiador por su aspecto denso y desordenado, la multiplicidad de dioses (la primera sala del hipogeo de Tutmés III enumera setecientas cuarenta y una divinidades, y todavía hay más) y la variedad de sus doctrinas. Esta religión se formó tempranamente, en la época prehistórica, y el Egipto histórico fijó las creencias por medio de la escritura.

Por tanto, la elaboración del pensamiento religioso fue muy anterior a la unidad política; cada nomo o provincia formó su propio panteón, su ciclo de leyendas o de mitos, y cualesquiera que hayan sido los cambios políticos antes y después del año 3000, Egipto conservó todos los dioses y todas las tradiciones elaboradas antes de la época histórica, acomodándose a su complejidad: el faraón, nacido de un dios, era considerado así como el hijo del dios de cada nomo.

El mundo heterogéneo de los dioses y la labor de los teólogos.

En consecuencia, el panteón egipcio comprendía al menos tantos dioses como unidades territoriales primitivas hubo, y a todos los dioses que presidieron las diferentes funciones vitales o naturales en los distintos nomos. Era inevitable que se impusieran ciertas imágenes divinas comunes a todo el mundo egipcio. Así, los dioses cósmicos: el dios-sol, *Ra*; la diosa-cielo, *Nut*, etc., cuya personalidad, por otra parte, podía enriquecerse según las fluctuaciones políticas. Ra predominaba en los panteones egipcios del Antiguo Imperio, en el tiempo en que los soberanos de Menfis favorecieron el culto de *Heliópolis*; el Imperio Medio quiso imponer como dios universal a Amón, el dios de Tebas de donde procedía la XI dinastía; en lo sucesivo se concibió un dios Amón-Ra. Algunos genios familiares alcanzaron también un acatamiento universal como protectores de los hogares y de las vidas humildes; así el dios *Bes*, o el horrible *Tueris* con cuerpo de hipopótamo y garganta de cocodrilo, que presidía los nacimientos. El historiador distingue sin esfuerzo el carácter compuesto de ciertas figuras divinas que resultan de la fusión de elementos muy diferentes.

Tal es la génesis de *Horus*, el dios halcón, patrón de varios clanes prehistóricos, cuya única personalidad en los tiempos históricos reúne rasgos poco coherentes: dios halcón, protector particular de la dinastía, terrible guerrero vencedor de Set, que es el viento del desierto, pero también dios niño, heredero de Osiris, extraña figura vinculada a la diosa Isis, su madre. Más heteróclita aún es la persona de *Osiris*, cuyo culto había de imponerse en todo el mundo antiguo: dios bienhechor a quien la tierra debía un reino pacífico, fue muerto por su hermano *Set*, que lanzó su cuerpo al Nilo, o lo dejó a la deriva en un cofre de madera que llegó hasta Biblos, en Fenicia. Isis, su esposa, consiguió reanimar el cuerpo descompuesto que encontró, o tal vez buscó y recogió sus esparcidos miembros, porque también se admitía que Set había despedazado el cadáver de Osiris y dispersado sus pedazos. Resucitado, Osiris reinó desde entonces entre los muertos que, de acuerdo con sus enseñanzas, podían, como él, aguardar la vida eterna. A este ciclo de leyendas, amalgamadas con mayor o menor fortuna, que daban a Osiris la conmovedora imagen de un dios sufriente y consolador, se añaden otras alusiones, otros ritmos y ceremonias que nos muestran a Osiris como un dios fuerte y triunfante, que personificaba las fuerzas indomables de la naturaleza, tal como el impulso vegetativo que sigue a la bienhechora crecida. Su personalidad absorbía sin esfuerzo esos rasgos de origen diverso que contribuyeron a hacer de Osiris el dios que se adoraba con el mayor fervor, doblemente bienhechor en la tierra y en la muerte, porque siempre era dador de la vida

Como en la mayor parte de los panteones antiguos, los dioses egipcios poseían rasgos contradictorios: en cuanto a los más grandes eran todopoderosos, omniscientes, omnipresentes y dispensadores de justicia; pero a esos dueños del universo los egipcios les atribuían necesidades, pasiones y a veces sufrimientos. A la majestad que les atribuían sacerdotes y teólogos, la mayoría de los fieles prefería una imagen más benévola o a veces más vulgar. Pero también es posible que en el corazón de un mismo hombre la piedad más sincera y más grande coexistiese con la alegría un poco vulgar que da la antología legendaria pintando a los dioses con un aspecto burlesco:

Ra, el dios sol, el supremo justiciero, era también aquel a quien Isis había vencido con la astucia, dejándolo gemir bajo el efecto de una picadura de serpiente y haciéndose pagar sus oficios de curandera con la revelación del nombre secreto del dios; también es el que, un poco precipitadamente, había confiado a la diosa leona el cuidado de castigar a la humanidad; la carnicería fue tal, que Ra hubo de embriagar a la leona para detenerla; luego, decepcionado de las cosas de este mundo, subió al cielo para amodorrarse en un retiro senil.

Lejos de los hombres y, sin embargo, próximos a ellos, los dioses se manifestaban en muy diversos aspectos: semejantes a los hombres, podían también revestir un aspecto animal probablemente herencia prehistórica.

ISIS

En este bajorrelieve tardío, la diosa lleva los cuernos y el disco generalmente atribuidos a Hathor. La diosa debía reunir así en su persona numerosos atributos y símbolos, en otro tiempo dispersos entre numerosas personalidades divinas.

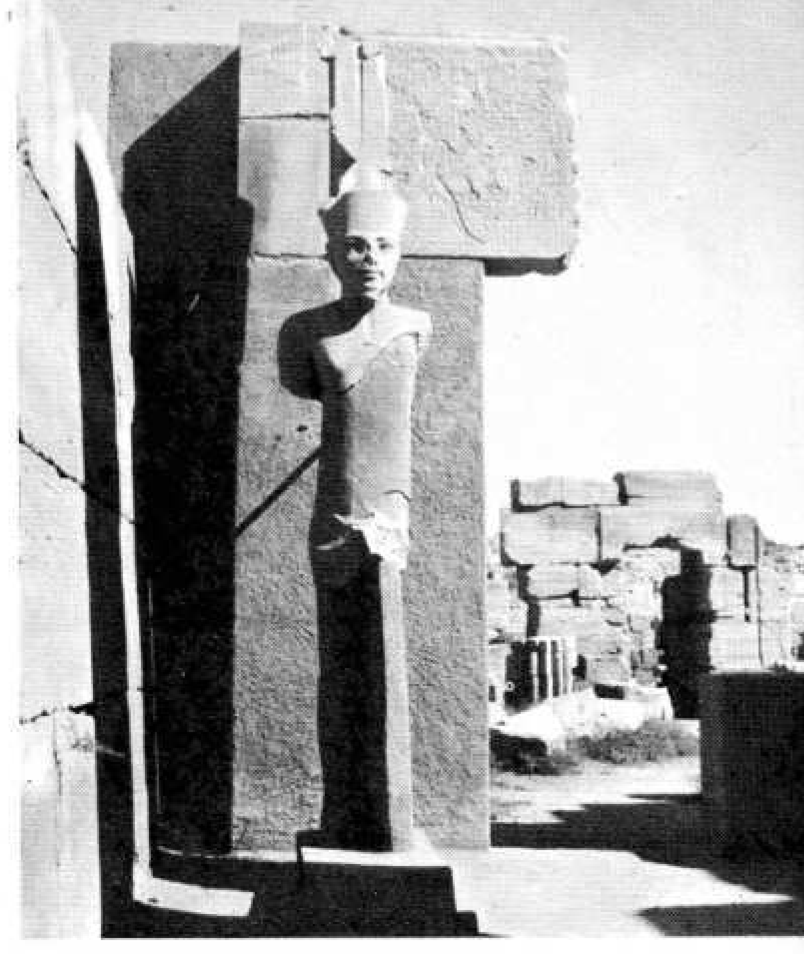


EL DIOS HORUS EN EDFÚ
(época helenística)

Por tanto, en la época prehistórica, Egipto mezcla las más extrañas representaciones: dioses de rostro humano, como Ra, Osiris, Isis, Amón, Horus, y dioses de cuerpo humano pero con rostro de animal; Amón con cabeza de ganso o de carnero, Horus con cabeza de halcón, Anubis con cabeza de chacal, etc.; o bien se admitía aun que tal dios se había encarnado en tal animal vivo, que era, por tanto, honrado y cuidado como el dios mismo. En Menfis, el toro *Apis* era *Ptah;* en Tebas, el carnero sagrado era Amón, pero en Elefantina era *Khnum;* en Fayum, el cocodrilo sagrado era *Sukhos*, etc. Se comprende que esta zoolatría desenfrenada y desordenada haya asombrado a los viajeros antiguos y desconcertado a los historiadores modernos. El mismo dios era perceptible en diversos aspectos, desde el hombre al animal, pero un mismo símbolo animal podía aplicarse a dioses diferentes: así, la cabeza de halcón que designaba ordinariamente a Horus pudo ser llevada por Ra, cuando, en el Antiguo Imperio, el culto del sol, señor del universo, se asoció al culto del halcón Horus, protector de la dinastía.

Este complejo politeísmo se organizó un poco. En las fluctuaciones políticas o al impulso de la piedad de los fieles, los teólogos esbozaron tímidas relaciones entre las diversas jerarquías divinas que se repartían Egipto. Dios de la dinastía, Ra fue concebido como el señor universal; más tarde lo fue Amón-Ra, y en Tebas, la nueva capital, le dieron como subordinados a otros dos grandes dioses locales, *Mut* y *Khonsú*. Hubo otras muchas tríadas, la más célebre de las cuales y la más extendida fue la de *Osiris*, *Iris* y *Horus*, imaginadas como el padre, la esposa y el hijo. Según las uniones y las agrupaciones de divinidades, los mitos y las leyendas fueron igualmente modificados, y esto más fue obra de los teólogos de los mayores santuarios que de una sintetización de las tradiciones dispersas. Así, Egipto conoció varios sistemas explicativos de la creación del mundo, pues cada gran santuario suponía la preeminencia de su dios.

Una de las más antiguas tradiciones es la de Heliópolis, que concebía la creación como la obra de *Atón-Ra*, origen de nueve grandes dioses primordiales agrupados en enéadas: «(Nacido en el océano primordial) tú te levantas sobre la colina primitiva, ¡oh, Atón-Ra!; tú te yergues como el fénix... Tú has lanzado un escupitajo que es Shu (dios del aire), has proyectado tu saliva que es Tefnut (diosa de las aguas)...» (Así nacen todavía otros seis dioses.) «¡Oh, gran enéada que está en Heliópolis, Atu, Shu, Tefnut, Geb (dios de la tierra), Nut (diosa del cielo), Osiris, Isis, Set y Neftis, engendrados por Atón, contento el corazón por su creación[1]»

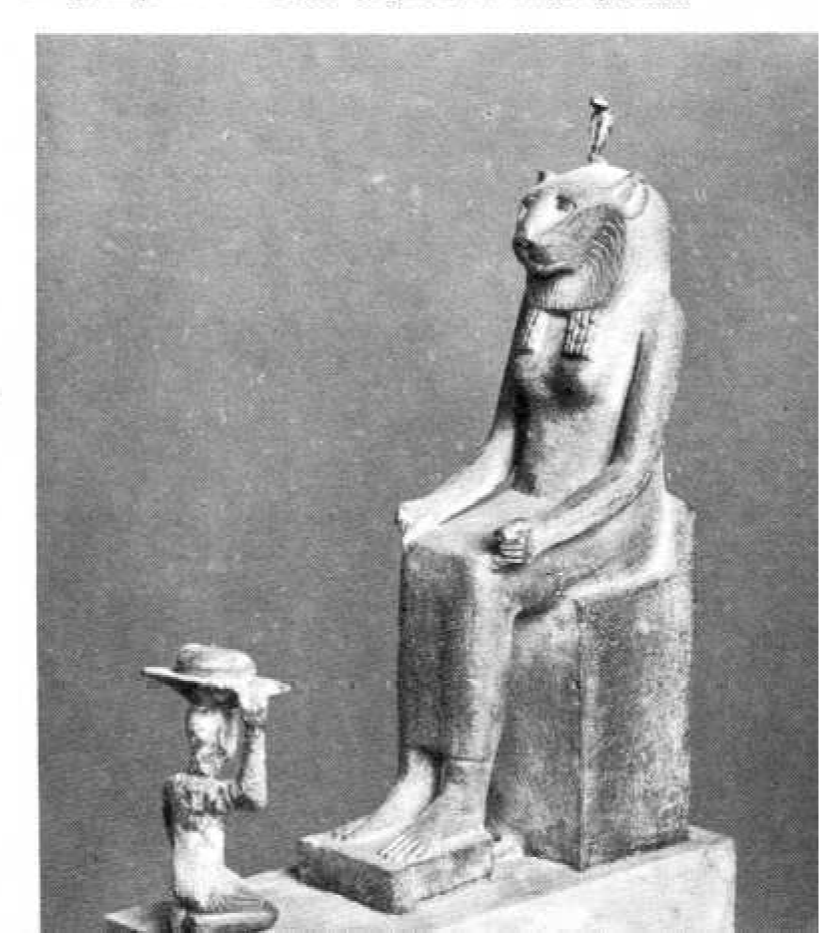


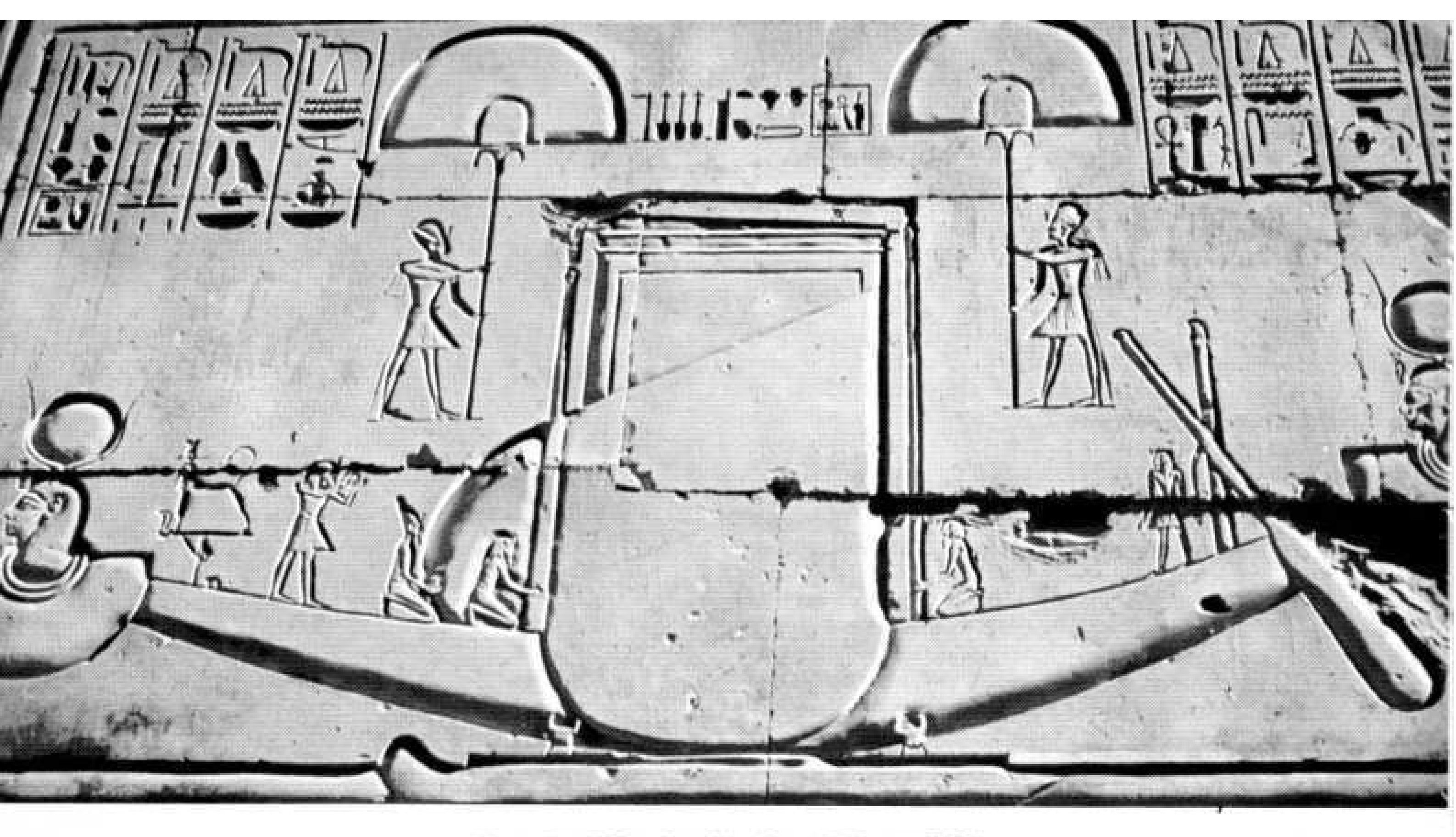
AMÓN, EL REY DE LOS DIOSES, EN KARNAK

Lleva su tocado característico: el disco coronado con dos largas plumas.

SEKMET, LA DIOSA LEONA

Era la terrible diosa del calor y de los males que lo acompañan. Un fiel le presenta una ofrenda.





UNA BARCA SAGRADA EN ABIDOS

Encerrada en la parte más profunda del santuario, la barca contenía la estatua del dios; cuando éste salía de su templo, lo hacía en una barca sostenida por porteadores, tal como los egipcios imaginaban que el dios Sol efectuaba en barca su recorrido cotidiano por la bóveda celeste.

El clero de Menfis imaginaba el nacimiento del mundo como obra de Ptah, creador por su verbo de ocho dioses. Para Hermópolis, Thot, el dios ibis, era el origen del mundo. Tebas, naturalmente, veía en ello la obra de Amón-Ra.

Los sacerdotes egipcios no concluyeron nunca la ordenación del mundo de los dioses; durante 3.000 años el trabajo de síntesis avanzó lentamente por la senda de una profundización moral y religiosa: la teología heliopolitana asoció, por ejemplo, la diosa *Maat*, que es a la vez verdad y justicia, al dios sol, y luego a otros divinidades. Los grandes dioses garantizaban la cohesión física y moral del universo, y el culto que les rendían los hombres suponía que a los gestos y a las ofrendas materiales el oficiante añadía la preocupación de un corazón enamorado del bien. Uno de los problemas más complejos que se planteó el pensamiento religioso egipcio está representado por la existencia de un monoteísmo difuso a lo largo de toda su historia. Los textos tomados de la literatura de *Sabiduría* son particularmente sorprendentes:

«No te burles de un hombre que está en la mano de Dios; el hombre es barro y paja, Dios es su constructor... Dichoso aquel que llega a Occidente (la tierra de los bienaventurados) prosperando por la mano de Dios.» *(Sabiduría de Amenenope.)*

Y son muchos los textos que prueban la creencia en un dios personal y bienhechor. La sola tentativa real para instaurar una religión monoteísta, la de *Amenofis IV Akenatón*, fracasó a pesar de todo. Y sabemos perfectamente que los mismos hombres capaces de expresar una fe tan próxima al monoteísmo eran al mismo tiempo exactos en el culto a los dioses tradicionales. Lo que para nosotros es una sorprendente contradicción, para los egipcios era la sabiduría misma: la tradición politeísta y la tentación del monoteísmo eran muy antiguas y tan venerables una como otra; en consecuencia, ambas eran verdaderas. Era imposible que el monoteísmo triunfase en un mundo en el cual el soberano era sinceramente venerado como el sucesor de cada dios local; no obstante, el movimiento de síntesis era suficientemente fuerte para que,

al menos los círculos más cultivados, se acercaran a una visión lo más coherente y simplificada posible. Y no era el monoteísmo lo que triunfaba, sino un sistema complejo de equivalencias y asimilaciones, al término del cual las diferentes personalidades divinas, siempre vivas y distintas, eran la manifestación de una misma y única divinidad.

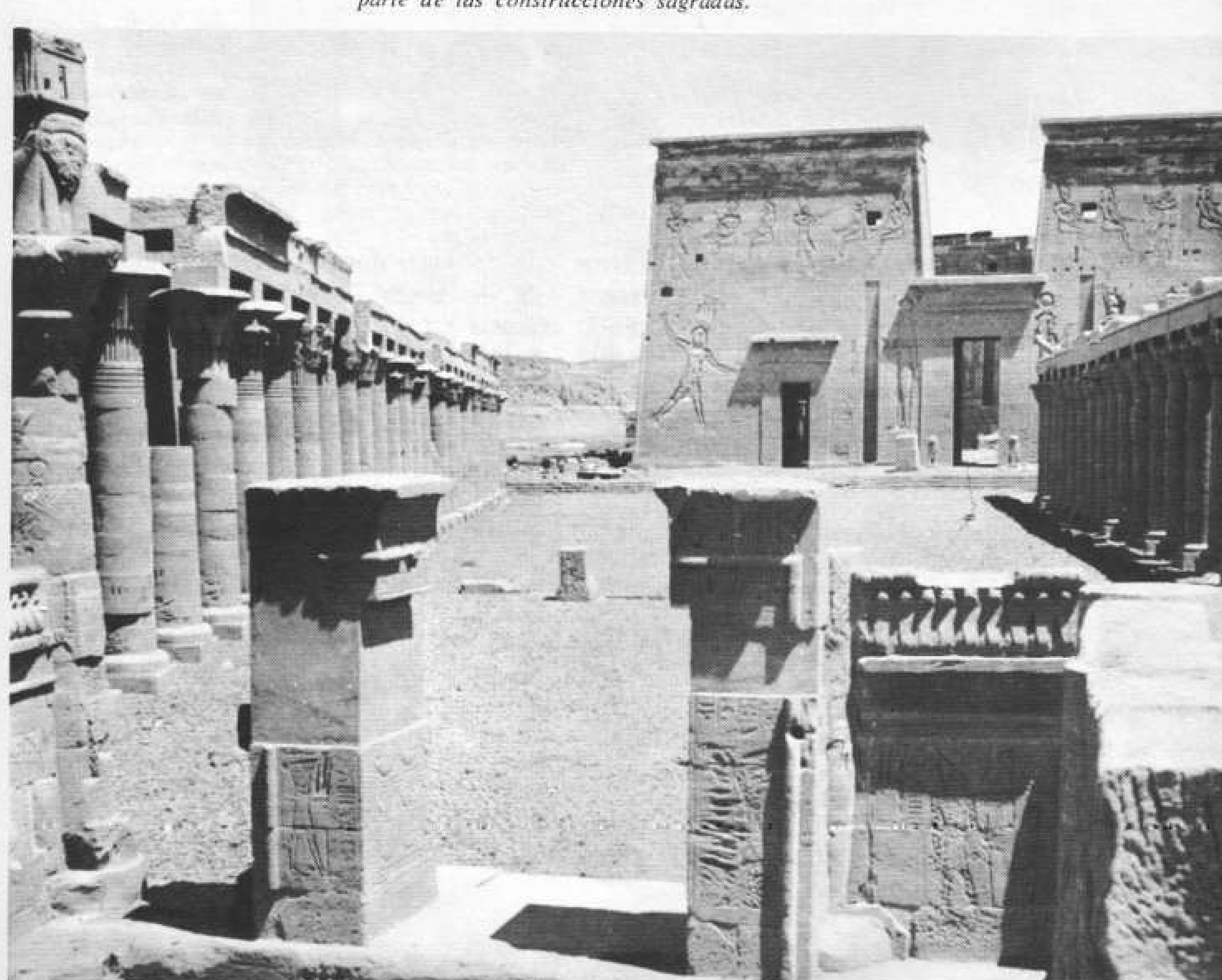
Así, en un himno a Amón, que data de la XIX dinastía: «Misterioso de forma, resplandeciente de aspecto, dios maravilloso de formas múltiples... Ra mismo forma uno con su cuerpo. Otra de sus formas es el Ogdoade (los ocho dioses de Menfis)... Su espíritu está en el cielo; es el que es en el mundo subterráneo y quien gobierna el Oriente; su espíritu está en el cielo y su cuerpo está en el Occidente, y su estatua está en Hermontis, manifestando su realidad. Para todos ellos, los dioses son tres: Amón, Ra y Ptah, y no hay cuarto. Mientras que para Amón su nombre es "el Escondido"; por el rostro de Ra y por el cuerpo es Ptah.»

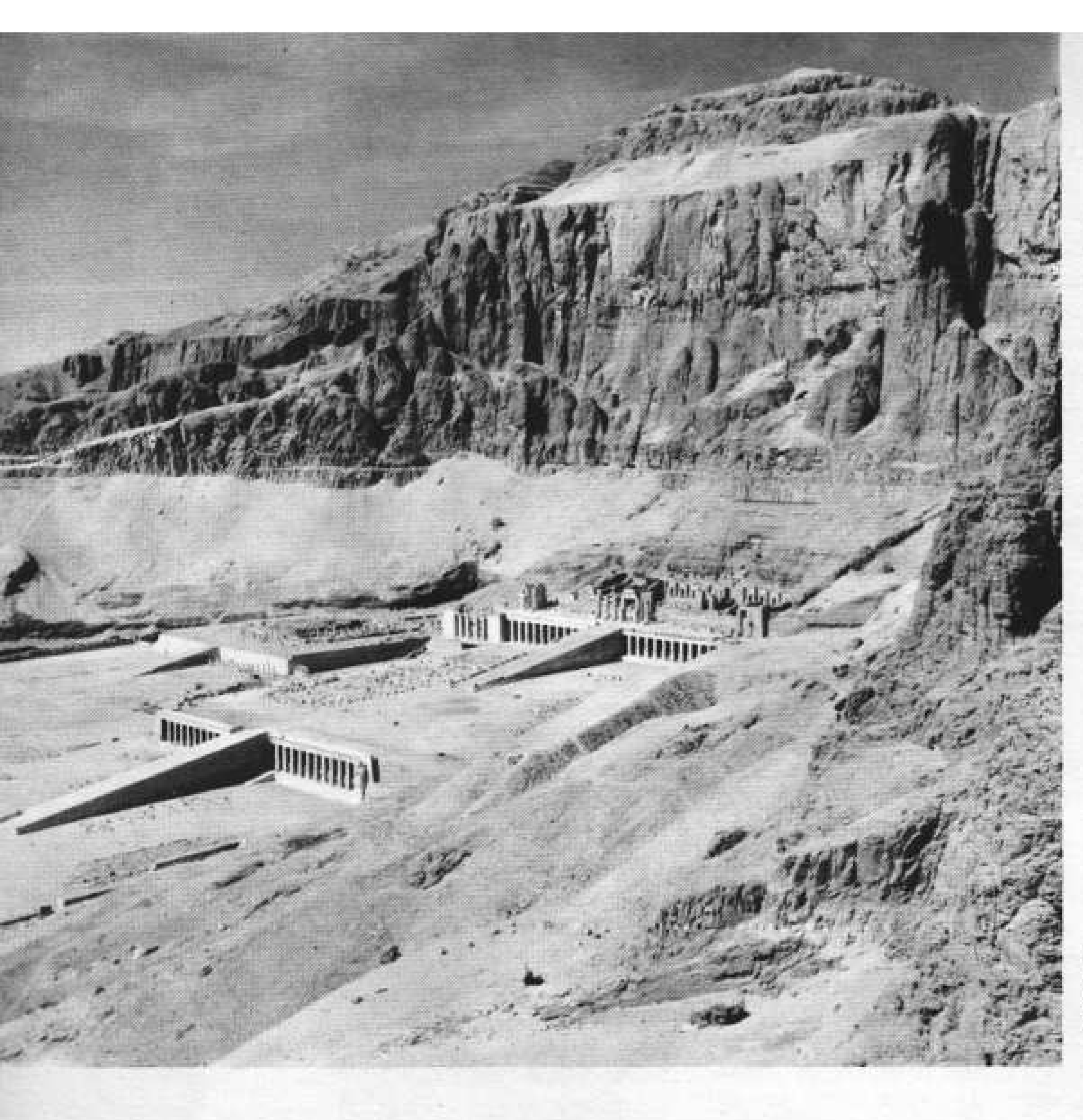
El cuidado de los dioses: templo y clero.

Al faraón le correspondía cuidar del dios de cada nomo de quien era sucesor. El clero de todos los tiempos asumió siempre este papel, pero en todo caso por delegación del soberano. El culto que se rendía a los dioses respondía a una doble necesidad: manifestar la fe de los hombres por medio de un homenaje cotidiano, pero también asegurar la vida y el orden del universo residiendo diariamente en las moradas que

EL TEMPLO DE FILÉ, DE ÉPOCA HELENÍSTICA

La foto está tomada desde la plaza cerrada por pórticos, donde se reunían los fieles. Se entraba en el templo propiamente dicho por los portales abiertos en el pilono; sólo el clero podía llegar a esta parte de las construcciones sagradas.

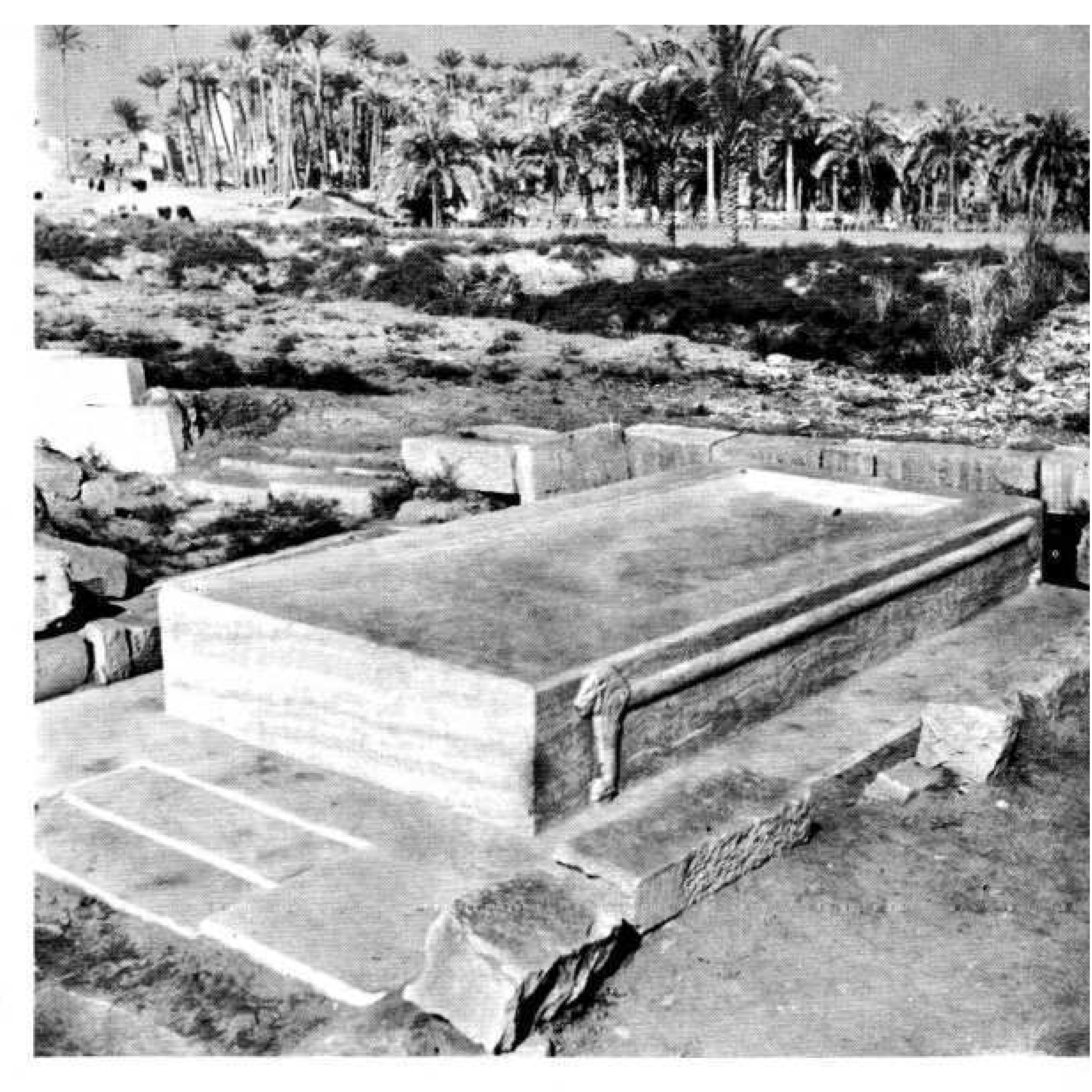




UN TEMPLO FUNERARIO
Es el de la reina Hatsepsut (XVIII dinastía), en el circo de montañas de Deir el Bahari.

los hombres conservaban para ellos. El templo egipcio ha sido siempre la habitación del dios, concebida como un palacio semejante al de los faraones, y hecho para que el dios viviera en él apacible y satisfecho. Los ritos cultuales equivalían a los cuidados materiales que se deben a un gran personaje: el dios era despertado cada mañana por el abrazo del gran sacerdote, invitado a reanimar la estatua en la cual reposaba su espíritu, reconfortado y quizá tonificado por los cantos de alabanza que exaltaban su poder; era objeto de un minucioso tocado, alimentado abundantemente con comida de la cual sólo tomaba la parte inmaterial, y el apetito de los sacerdotes se satisfacía, después de la ceremonia, con los restos materiales del festín.

Por tanto, el templo egipcio no podía ser un lugar de sacrificio, de reunión e instrucción de fieles: el pueblo se mantenía alejado del lugar donde reposaba el dios, aislado en un enorme conjunto arquitectónico en el cual las piezas importantes estaban unidas a las construcciones utilitarias, tales como almacenes, alojamientos, etc. Los mismos sacerdotes ejercían una auténtica profesión: nadie los consideraba como los depositarios de una revelación que hubiesen tenido el deber de extender; eran especialistas, a quienes se les pedía competencia y regularidad, cuidadosamente educados en las «casas de vida», es decir, en las escuelas sacerdotales que flanqueaban los santuarios. Muy a menudo sus funciones se trasmitían hereditariamente en el seno de verdaderas dinastías sacerdotales. Honrados por su ciencia, es decir, el poder que el conocimiento de los textos sagrados podía haberles dado, constituían cuerpos jerarquizados obedientes a un gran sacerdote, «el servidor del dios en primer lugar».



UNA MESA DE SACRIFICIO EN MENFIS
Ha sido tallada en un bloque de alabastro.

El pueblo sólo se acercaba a los dioses durante las grandes fiestas. Éstas eran relativamente numerosas, con suntuosas procesiones en las que la multitud mostraba una alegría desbordante. Cada santuario tenía sus fiestas, las más célebres de las cuales eran las de Amón. El dios dejaba su palacio de Karnak para navegar por el Nilo. Algunas ceremonias unían a los fieles de nomos alejados; una vez al año, el matrimonio de Horus y Hathor era celebrado con el viaje del dios hacia su esposa, de Edfú a Dendera, una navegación de 150 kilómetros. Un contacto más íntimo se establecía entre el fiel y el dios con motivo de las consultas oraculares: ya se expresara el dios en sueños, ya por el sonido de su voz, ya por las evoluciones del animal sagrado en que se encarnaba, el fiel mantenía relaciones directas con un dios que de otra forma era inaccesible.

El destino del templo, la naturaleza del culto que allí se practicaba, no permitían, sin duda, la expresión de una piedad individual. La vida religiosa personal de los antiguos egipcios se afirmaba, fuera del templo y sus ceremonias, en la meditación espiritual de los «sabios» que unían reflexión fisolófica y religión, y en los mil aspectos de la piedad popular que nosotros conocemos muy fragmentariamente; dirigíase a los genios buenos más que a los grandes dioses, veía a Ra con el aspecto familiar de *Khepri*, el escarabajo sagrado, creaba santos y cultos a su medida, como el culto de Amenofis I, el primero de los faraones enterrados en el Valle de los Reyes, de quien el pueblo de Tebas hizo el santo patrón de los trabajadores durante el Nuevo Imperio. Sin embargo, un culto unió a los egipcios, ricos y pobres, letrados o ignorantes, en una común piedad: el culto de los muertos.

MURALLA

Sala de fiestas de Tutmés III

Capilla de las barcas

Vestigios del Imperio Medio

GRAN TEMPLO DE AMÓN

Lago sagrado

Templo de Montu

Capilla de Tutmés III

Nuevo imperio

XVIII dinastía (1520-1345 a. C.)

XIX dinastía (1304-1192 a. C.)

XX dinastía (1192-1160 a. C.)

Epoca tardía

Construcciones modernas

Sala hipóstila de Ramsés II

Templo de Ramsés III

Gran patio

hacia el Nilo



LOS TEMPLOS

OFRENDA DE UN DIGNATARIO
(XIX dinastía)

Un tal Pa Nehsi hace ofrenda de una naos, o capilla portátil, dedicada a la tríada osiriana.

0 150 m

Templo de Mut

Lago sagrado

N

Templo
Amenofis II

AVENIDA DE LAS ESFINGES

MURALLA

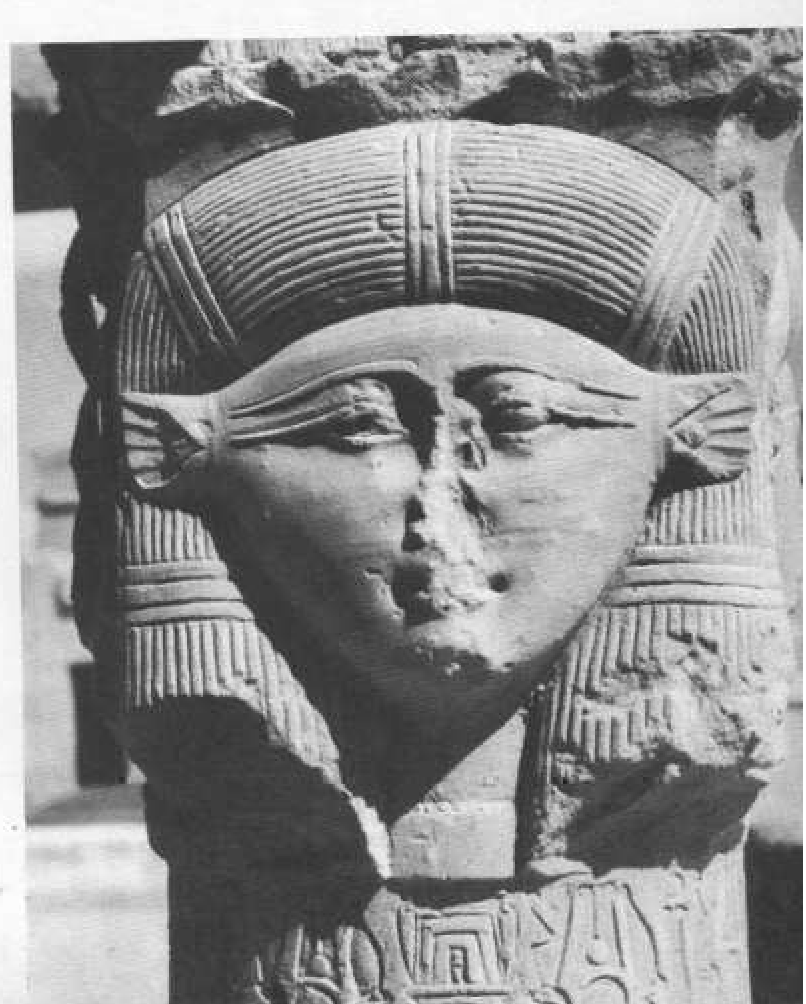
Pórtico de Ptolomeo Evergetes

mplo
Khonsu

AVENIDA DE LAS ESFINGES

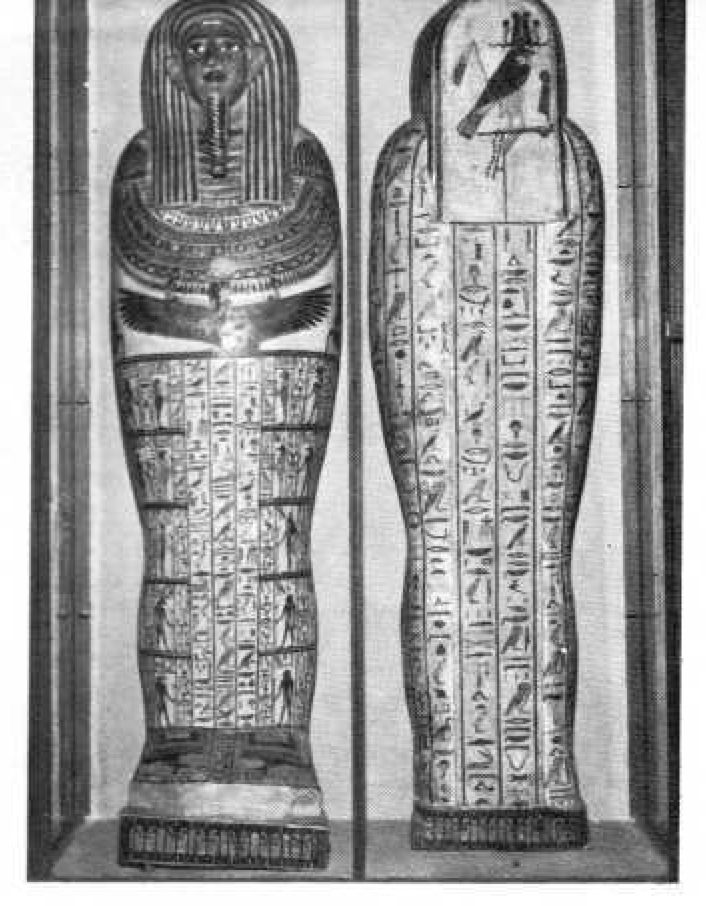
hacia Luxor

DE KARNAK



CAPITEL HATHÓRICO
(kiosco de Dendera)

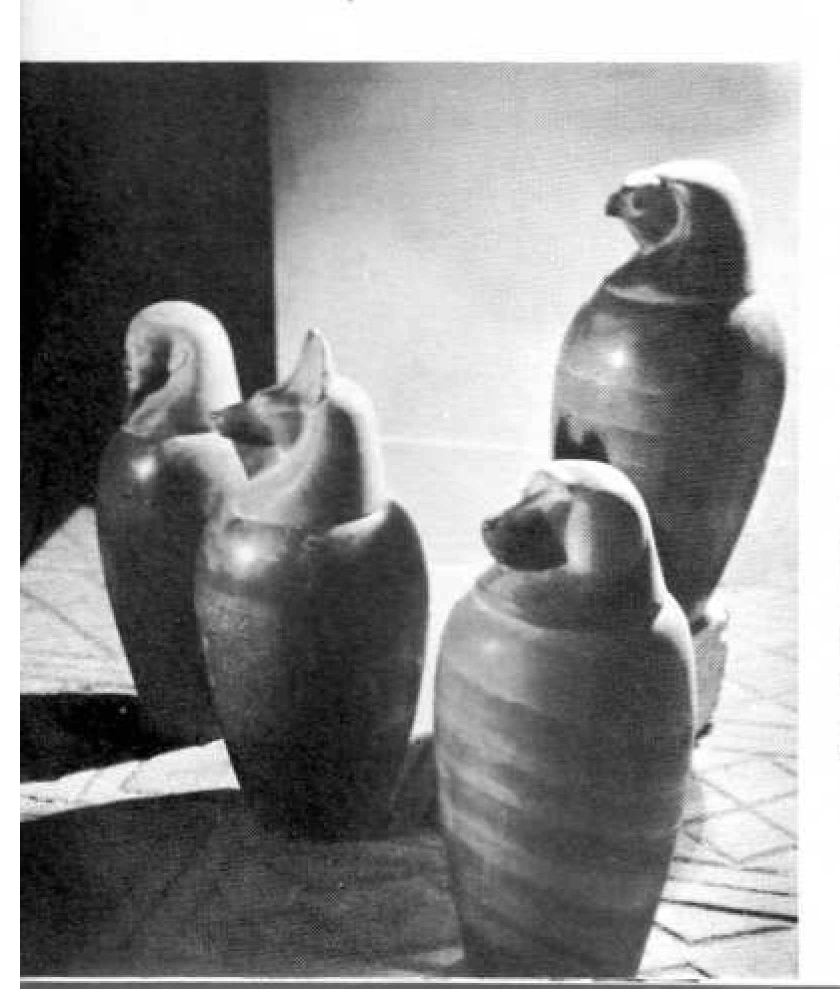
La utilización de la figura humana en los elementos arquitectónicos ha sido siempre rara. Sin embargo, un tipo de capitel, esculpido en sus cuatro caras con una representación de Hathor, se extendió ampliamente, incluso fuera de los templos de la diosa.



TRATAMIENTO DE UN CADÁVER

Arriba: las dos caras de un ataúd de principios del I milenio a. de J.C. Este tipo de ataúd antropomorfo había de extenderse por el Oriente antiguo, sobre todo en Fenicia. Abajo: momias de gatos, ceñidas por sus bandas de colores; vasos canópeos, con las efigies de diversas divinidades: Horus el halcón, Anubis el chacal...; en ellos se depositaban las vísceras extraídas de los cadáveres durante las operaciones de momificación.

Los egipcios y la muerte. Los egipcios aportaron al problema de la muerte un conjunto de respuestas que dan la medida de su civilización más que cualquier otro rasgo. No es que esta respuesta fuera inmutable: según los lugares, los medios sociales y las épocas, los egipcios reaccionaron de maneras muy distintas. Pero en conjunto el desarrollo de su pensamiento tuvo la coherencia necesaria como para que se pueda esbozar un cuadro. Metafísicamente, los egipcios tuvieron siempre el concepto de que el hombre vivo es un compuesto de principios materiales e inmateriales, indispensables los unos a los otros, hasta el punto de que no solamente el cuerpo, sino los principios espirituales mismos están condenados a desaparecer si se quiebra su unión. Se explica entonces la importancia de los procedimientos de conservación del cadáver, cuyo embalsamamiento fue la forma más segura, y los ritos funerarios, tal como el de la abertura de la boca, por el cual los principios espirituales eran devueltos al cuerpo embalsamado. El muerto era desde entonces un nuevo Osiris porque participaba de los ritos cuyos beneficios había sido Osiris el primero en experimentar. Disponía de nuevo de su *ba* y de su *ka*. El *ba* representaba el alma vegetati-







LA PRIMERA SALA DE LOS ANALES DE TUTMÉS III EN KARNAC (siglo XV)

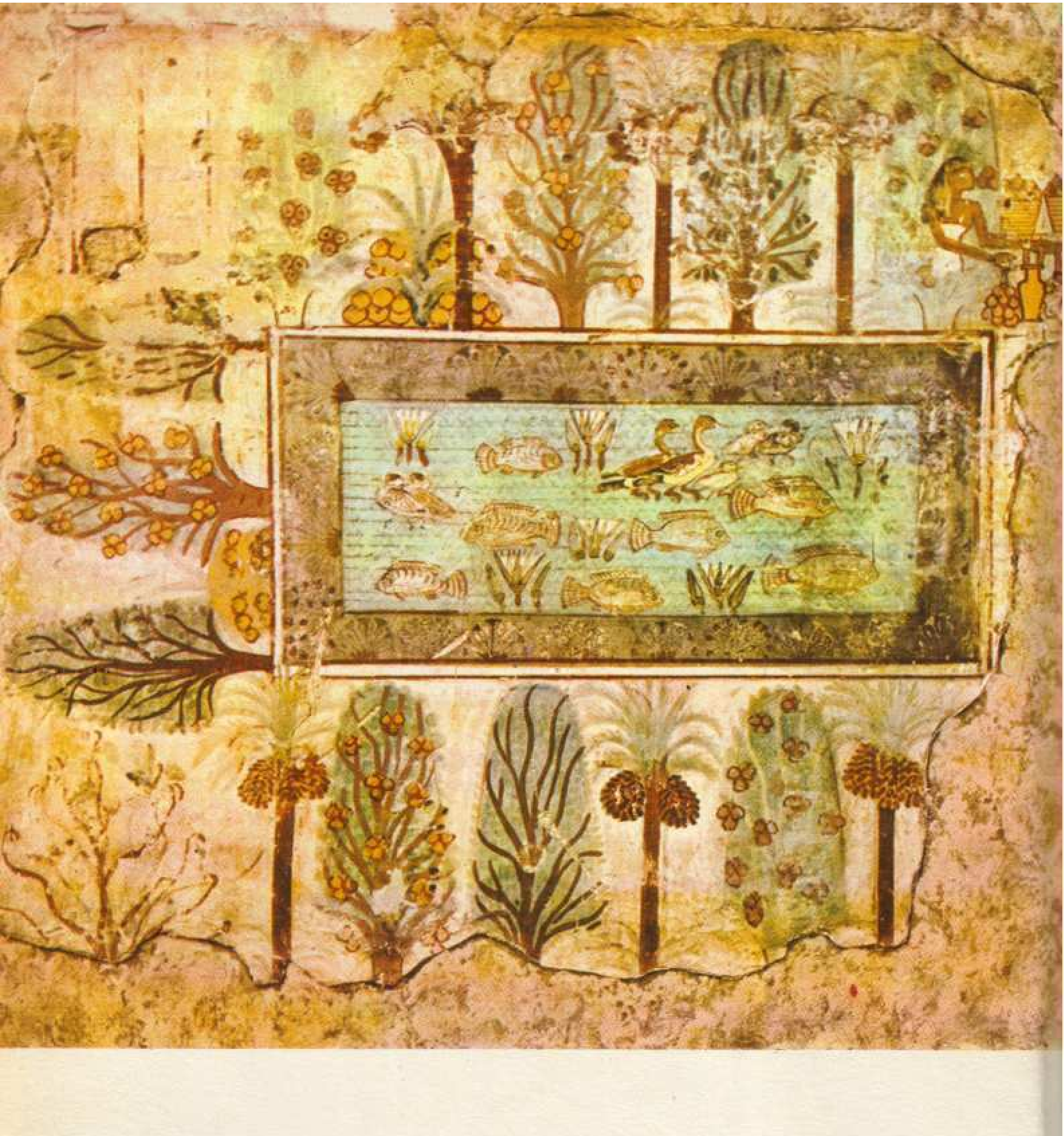
El techo estaba sostenido por dos columnas de granito en las que se habían grabado, a la derecha, el lirio, símbolo del Alto Egipto; y a la izquierda, el papiro, símbolo del Bajo Egipto. En primer término, una columna que representa un haz de papiros, que sostenía la techumbre de un pórtico construido en torno a la sala.

EL ARTE DEL NUEVO IMPERIO

Estas dos obras, que datan de la XVIII dinastía, son un testimonio de la belleza y sencillez del arte decorativo egipcio, puesto en esa época al servicio de una aristocracia refinada. Arriba: pájaros pintados al fresco volando sobre una espesura de papiros. Abajo: el señor Amenmés y la dama Depet.

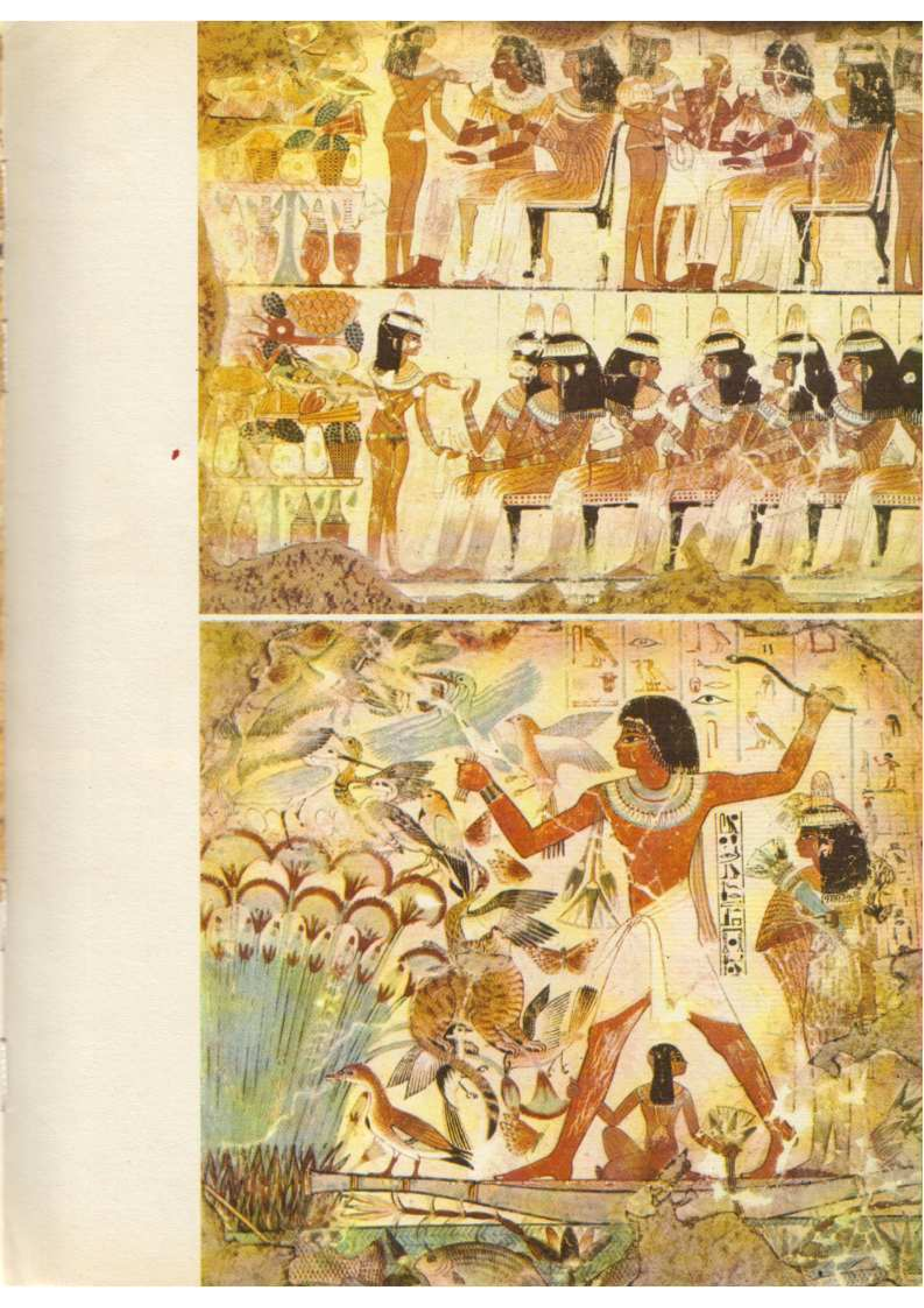
ORNAMENTOS EGIPCIOS DEL NUEVO IMPERIO

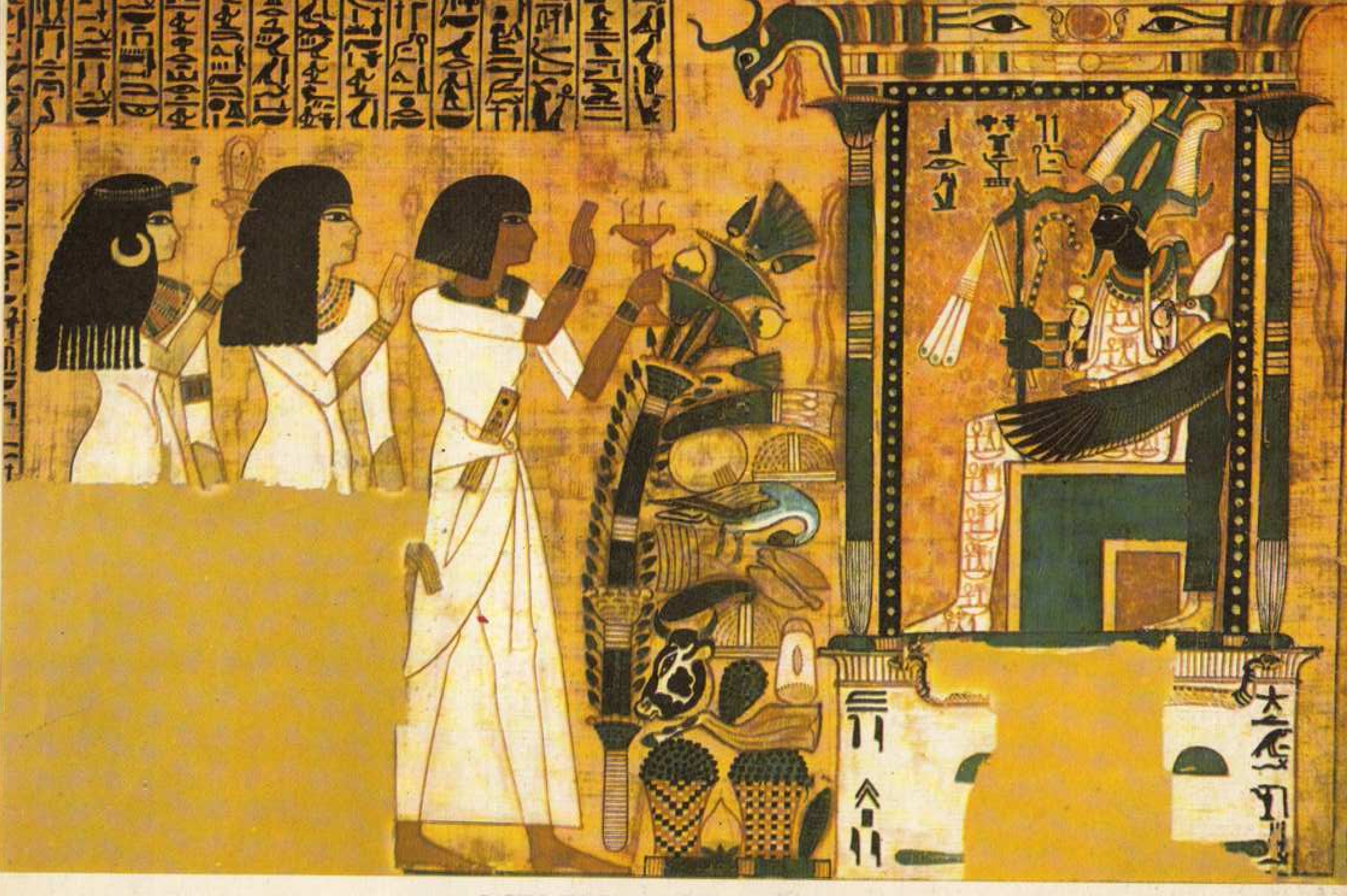
Arriba: diversas joyas y elementos de joyas. Abajo: el pectoral de Ramsés II.



PINTURAS DE LA TUMBA DE NEB-AMÓN EN TEBAS;
XVIII DINASTÍA (siglo XV)

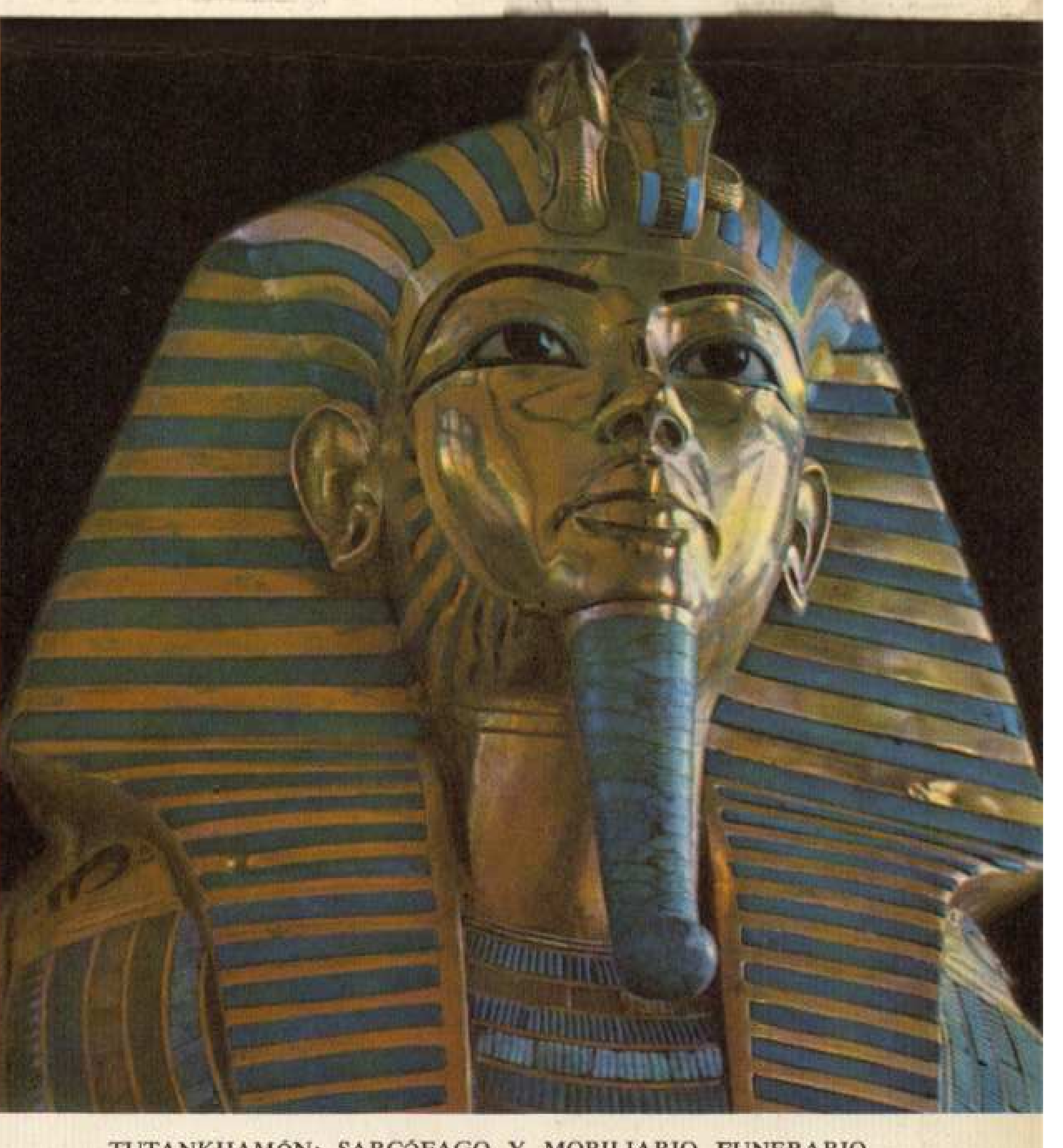
Los temas aquí representados ilustran sobre la vida de la rica aristocracia, señora de la sociedad egipcia. Arriba: el jardín de la villa que el pintor ha querido representar en dos dimensiones. Al lado, arriba: una escena de banquete en la que esclavos desnudos sirven a ricos personajes: panes de ungüento perfumado se derriten lentamente sobre la cabeza de los invitados. Abajo: el señor caza con bumerang, en el pantano, desde su barca de cañas, donde lo acompañan su mujer y su hija; ante él, un gato doméstico se ha apoderado de varias piezas batidas.





PAPIRO FUNERARIO DEL NUEVO IMPERIO

Ilustración de un fragmento del Libro de los Muertos: *ofrendas a Osiris.*



TUTANKHAMÓN: SARCÓFAGO Y MOBILIARIO FUNERARIO

Arriba: la parte superior del sarcófago de oro que contenía dos sarcófagos de madera dorada (cf. p. 66); el metal está adornado con esmaltes e incrustaciones de piedras. A la izquierda: una de las numerosas estatuillas de madera dorada que representaban al soberano.

EL ROSTRO DE LA REINA NEFERTITI

El retrato (cf. la fotografía de la página 99), en piedra policromada, visto por ambos lados.

LAS REPRESENTACIONES
DEL ALMA HUMANA

Corrientemente, los egipcios representaban las almas de los muertos como pájaros de cabeza humana. A la derecha: el alma del muerto se acerca a la puerta de su tumba. Abajo: los donantes que presentan sus ofrendas a la «dama del sicómoro» se desdoblan: los dos pájaros son las almas de los oferentes, presentes, además, a la derecha del bajo relieve. La presencia de la sombra a la puerta de la tumba evoca la creencia en el papel de la misma como elemento generador de la persona humana.



va, el principio animador del organismo que podía viajar lejos del cuerpo en forma de pájaro de cabeza humana; el *ka*, o el doble del cuerpo, era como el reflejo inmaterial del individuo, el equivalente de su personalidad. Tales concepciones fueron elaboradas por el mismo faraón. Poco a poco se extendieron a quienes lo rodeaban, parientes y nobles de su corte. Para él fue imaginada una supervivencia solar: el faraón muerto volvía a los dioses a quienes pertenecía por naturaleza, y, subiendo a bordo de la barca solar, podía eternamente bendecir a Egipto, que él había gobernado. Pero hubo otras representaciones de la supervivencia. Llegada desde el fondo de las edades, la idea de una supervivencia en la tumba misma no se perdió jamás, y los egipcios designaron las tumbas con un término muy expresivo: «moradas de eternidad». Con el desarrollo del ciclo de las leyendas osiríacas y de los ritos inspirados en el culto de Osiris, se atribuyó a los muertos un postrer dominio: el mismo reino de Osiris, subterráneo, misterioso, donde los difuntos hallaban de nuevo todos los aspectos de la vida terrenal, pero exentos de enfermedades y decrepitud, eternamente refrescados por las brisas de los océanos. Eran los *campos de Ialu*, el reino de Occidente, al cual los griegos denominaron más tarde Campos Elíseos. Nacidas en épocas diferentes, estas representaciones tan extrañas unas de otras jamás se fundieron en un todo coherente, y los egipcios acomodaban muy bien las diversas posibilidades ofrecidas a los difuntos.

La postura de los egipcios ante la muerte experimentó algunos progresos en dos sentidos. El beneficio de los distintos modos de supervivencia se extendió poco a poco a todas las capas de la sociedad. Se ha ha-



blado de democratización de los ritos y de las concepciones funerarias. No puede pensarse que los pobres, excluidos durante mucho tiempo de la concepción paradisíaca ultraterrenal, ingresaran súbitamente a la categoría de beneficiarios del más allá. Ello fue consecuencia de una progresiva democratización de las representaciones y procedimientos rituales imaginados en un principio sólo para los grandes. La sociedad egipcia ganó con ello un dinamismo nuevo y la amplitud de la visión del más allá se acompañó de una moral más profunda.

A los paraísos que imaginaban, los egipcios les supusieron unas condiciones de acceso; entre ellas y lo más esencial era la práctica del bien en este mundo. El acceso al mundo de los dioses, presidido primero por Ra, y más tarde por Osiris, se acordaba sólo al término de un juicio cuya realidad afirmaron muy pronto los sabios egipcios. Durante el primer Período Intermedio, ciertas instrucciones morales significativas fueron dirigidas al faraón Merikaré por su padre:

> «La corte que juzga al culpable: tú sabes que no son benévolos el día en que juzgan al miserable, llegado el momento de cumplir con su deber. No te confíes en la duración de los años, porque para ellos la duración de la vida de un hombre es como una hora. El hombre sobrevive a la muerte, y sus acciones son amontonadas a su lado. El que espera la eternidad sin hacer daño vivirá en el más allá como un dios, procediendo libremente como los señores eternos.»

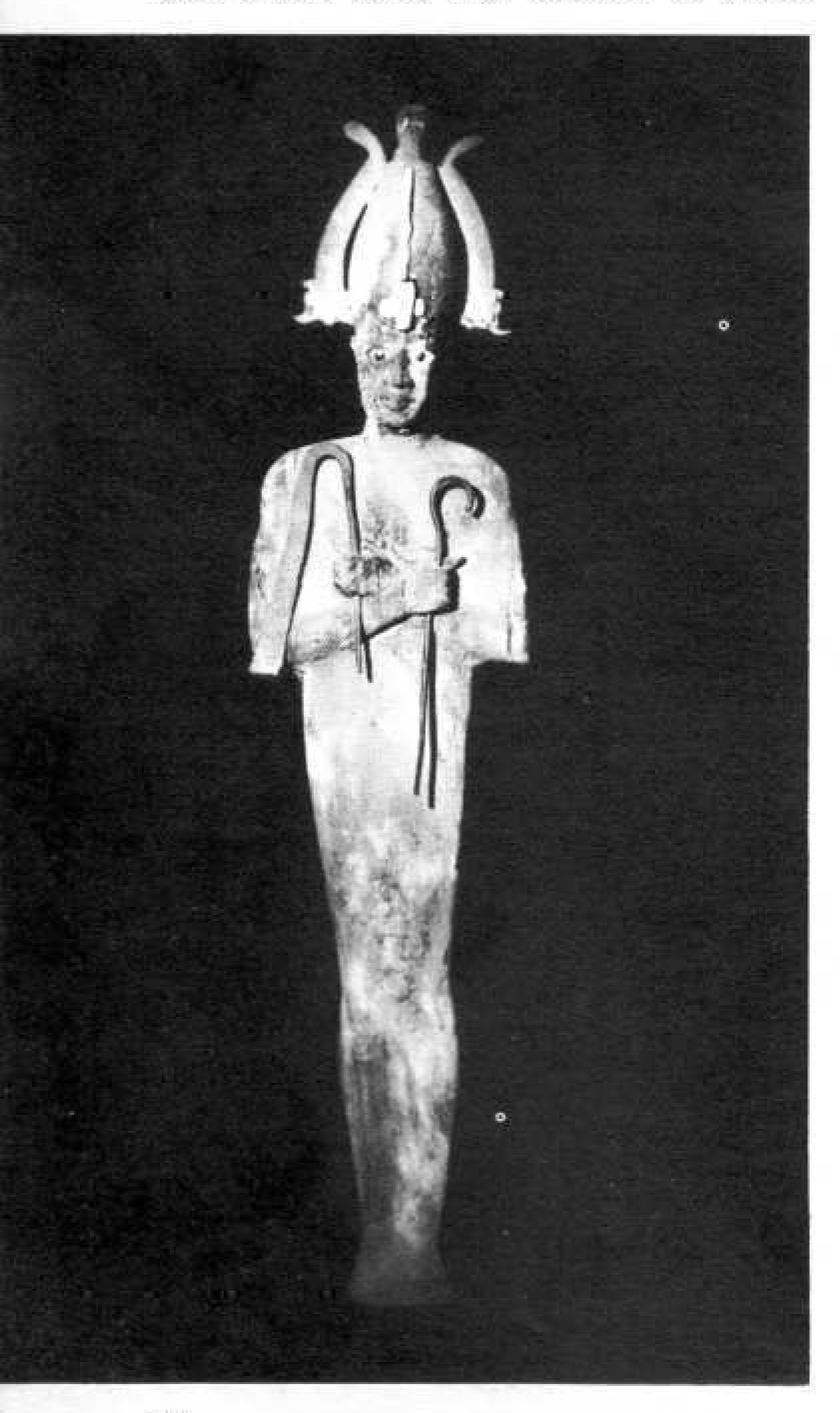
Esta enseñanza, más filosófica que religiosa, fue incorporada a las prácticas cultuales mediante las cuales había que esforzarse en alcanzar la eternidad.

En el Imperio Nuevo se proveyó a los sarcófagos de los rollos que llevaban las fórmulas redentoras capaces de salvar el alma de todo los peligros, los *Libros de los muertos*. En ellos se encuentran detalladas las etapas del viaje al más allá, las pruebas que esperan al difunto, y sobre todo el célebre juicio durante el cual debe defenderse para alcanzar una sentencia favorable. El momento más conocido es el de la confesión negativa, poco homogénea, formada por fragmentos de las enseñanzas de los sabios, de llamamientos teológicos y prácticas mágicas:

> «No he cometido injusticias contra los hombres, no he maltratado a los animales, no he hecho daño en lugar de justicia, no he blasfemado de mi dios, no he empobrecido a un pobre, no he hecho sufrir, no he hecho llorar, no he matado, no he falseado el peso de la balanza, no he detenido el agua en su estación, no he puesto un dique al agua corriente... soy puro, puro, puro... No me sucederá daño alguno en este país, en esta sala de audiencia de la doble justicia, porque conozco el nombre de los dioses que están ahí (es decir: tengo poder sobre ellos).»

OSIRIS

El señor del mundo de los muertos ostenta también los signos de soberanía: la cruz, el látigo y, en su tocado, la imagen de la serpiente o uraeus. *Estos mismos signos eran atribuidos al faraón.*



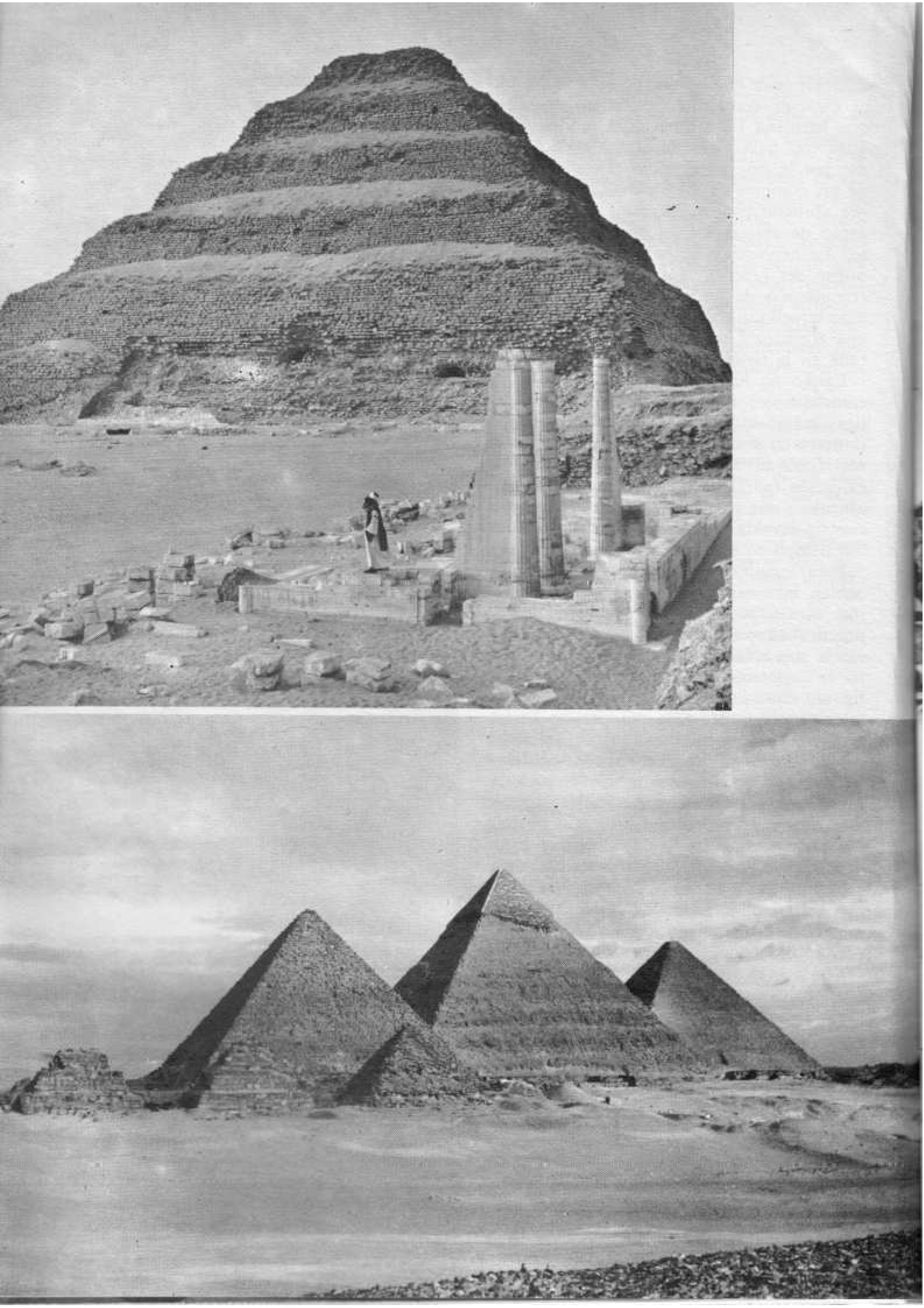
Desde hace mucho tiempo se ha señalado el carácter contradictorio de un concepto que hermana las afirmaciones morales más altas con toda clase de armas eficaces dadas por la magia (tal como el conocimiento de los nombres de los jueces): ¿era el hombre absuelto por ser inocente o porque era capaz de obligar a los jueces a tal veredicto? La explicación se halla, sin duda, en el origen del *Libro de los muertos*, que es la compilación de un mago. Esta obra reúne todo aquello que parece eficaz y sobre todo una afirmación de inocencia absoluta inspirada en la enseñanza de los sabios.

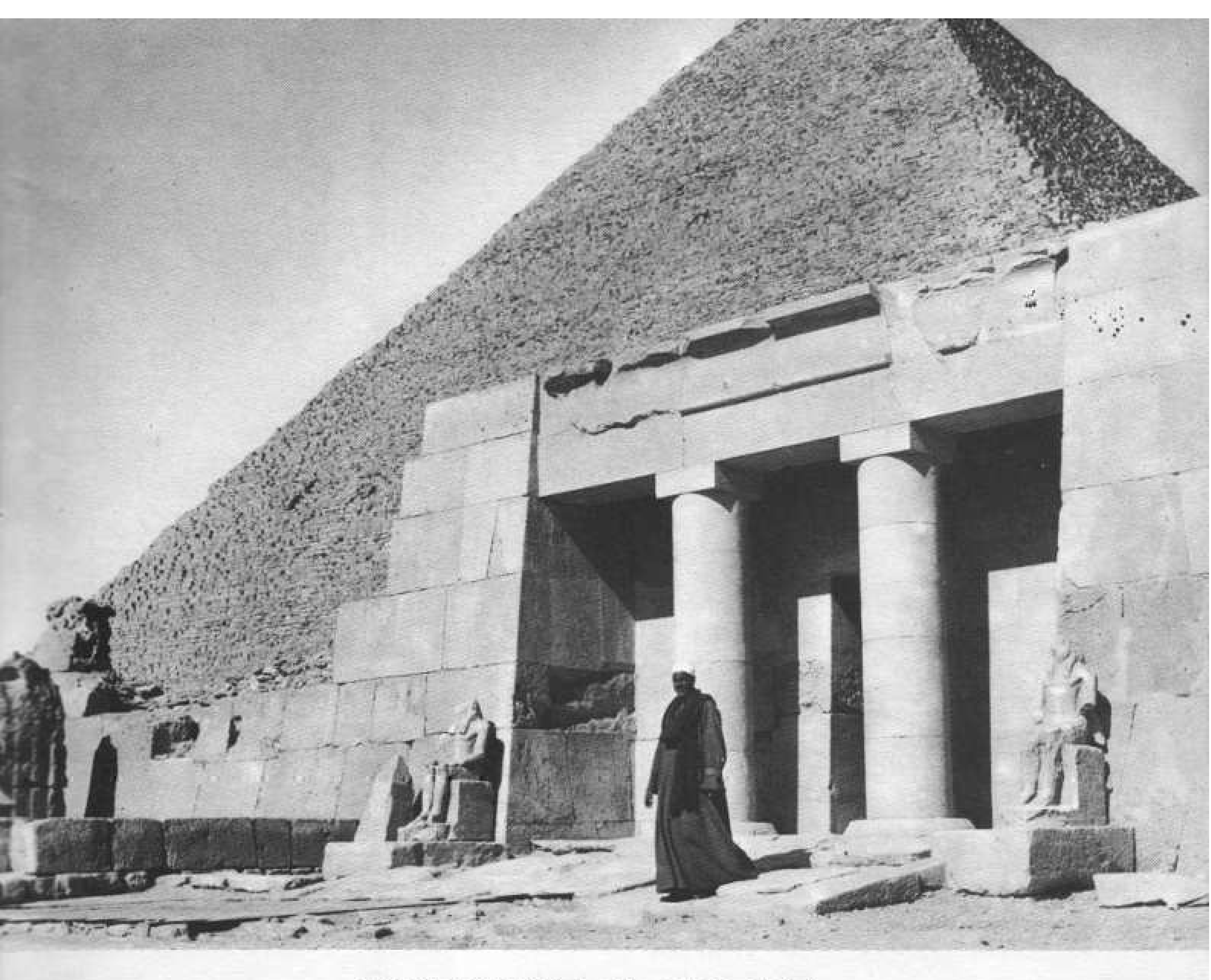
Egipto no ha podido resolver esa nueva contradicción: ha permanecido fiel a prácticas mágicas, y ha sido al mismo tiempo la tierra en la cual se elabora una sabiduría real fundamentada en la posibilidad de la elevación moral del hombre, sin que pueda afirmarse que orientaciones tan contradictorias de la vida interior subsistieran al mismo tiempo en el corazón de los hombres.

Para asegurar la eternidad los muertos, debían inhumarse en tumbas que preservaran el cuerpo al propio tiempo que se practicaban ceremonias y ritos para asegurar la conservación del resucitado. Por tanto, la arquitectura funeraria creó obras que figuran entre las más bellas y grandiosas de la antigüedad. *Mastabas*, *pirámides* reales, *hipogeos*, fueron monumentos de los ricos, de los soberanos que buscaban la seguridad en esas imponentes «casas de eternidad». Pero la tumba no albergaba exclusivamente al cadáver; la mastaba era un monumento funerario y un lugar de culto; el sentido de la pirámide y el hipogeo sólo puede comprenderse si se tiene en cuenta su relación con los templos funerarios donde los muertos recibían las plegarias y las ofrendas estipuladas. Porque el muerto representaba un ser nuevo: el alma se reintegraba al cuerpo cuando los especialistas de las cofradías funerarias habían dado cumplimiento a los ritos sobre el cadáver previamente momificado. «La abertura de la boca» le había devuelto la vida, y precisamente el uso de la palabra y facultades intelectuales. Pero el compuesto material y espiritual que representaba el resucitado era más débil que un vivo y dependía de los vivos para su subsistencia en el más allá. En la cámara funeraria de la mastaba o en el templo mortuorio, o más simplemente aún, bajo el cielo, ante las tumbas de los pobres, los parientes, los amigos, sacerdotes especializados, «los servidores del Ka», incluso los paseantes, presentaban, por tanto, ofrendas y plegarias. Por lo general, se piensa que esta práctica fue en su origen el adorno más valioso de las tumbas de la aristocracia: las ofrendas naturales, que debían cesar un día

ESTATUILLA FUNERARIA
Una portadora de ofrendas.



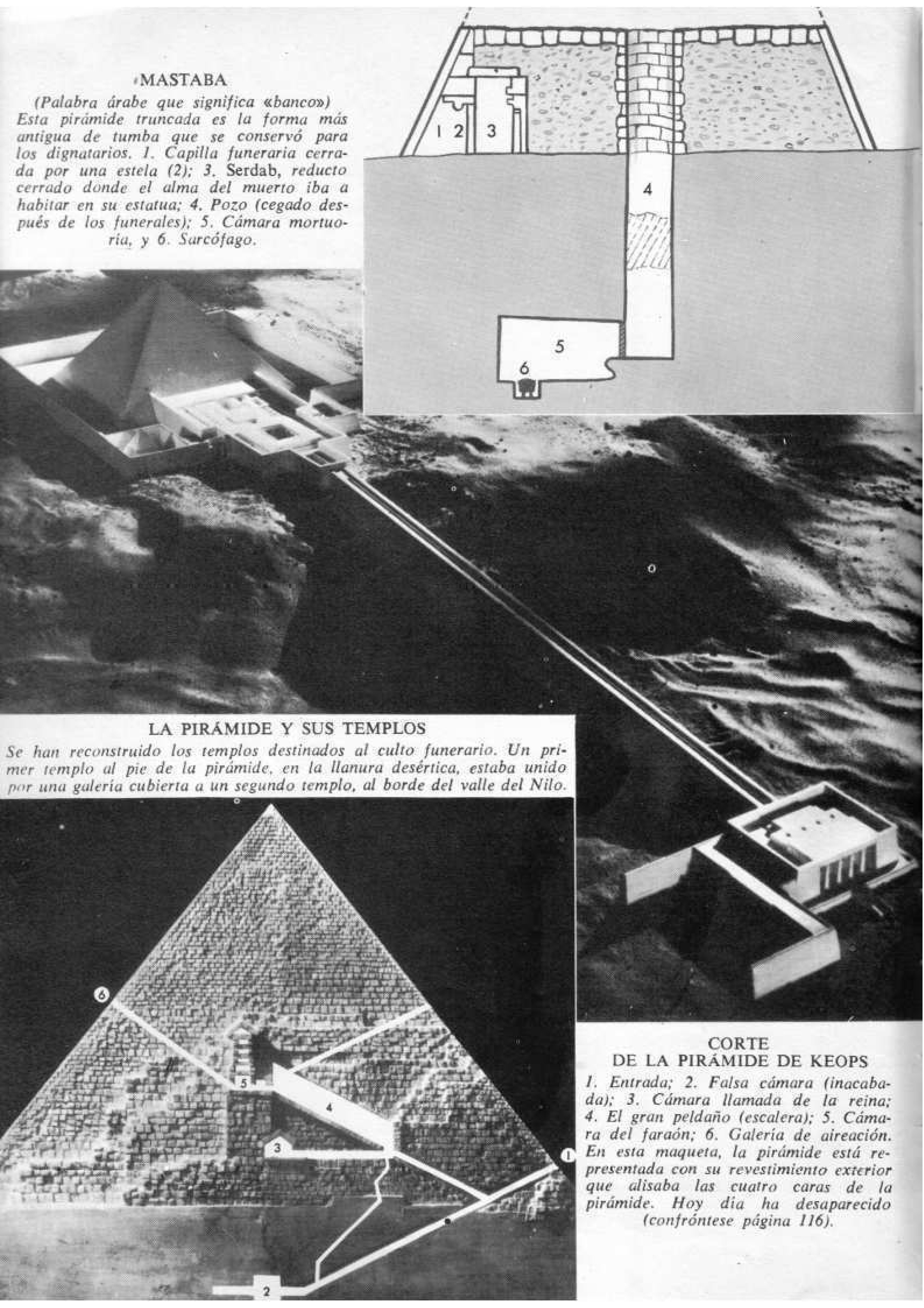




LAS PIRÁMIDES (principios del III milenio)

A la izquierda, arriba: la pirámide escalonada de Sakara, que hizo construir el rey Djeser (III dinastía). A la izquierda de la pirámide se extendían diversas construcciones cultuales; los vestigios del templo T muestran un tipo de columna todavía muy cerca del haz de cañas atadas que le sirvió de modelo. Abajo: las pirámides de Gizeh, levantadas por tres faraones de la IV dinastía; de izquierda a derecha, la pirámide de Micerino, precedida de tres pequeñas pirámides destinadas a las reinas; la de Kefrén, que ha conservado una parte de su revestimiento, y la de Keops, o gran pirámide, la más alta de las tres (147 m). Arriba: la entrada del templo funerario de la pirámide de Keops.

con la extinción o el olvido de los descendientes, sustituíanse poco a poco por escenas pintadas o esculpidas que, a través de la magia simpática, habían de proporcionar a los muertos elementos para sustentarse, vestirse y entretenerse durante la eternidad. A esas mismas representaciones uníanse, además del mobiliario fúnebre que siempre había acompañado al difunto, estatuillas cuyo nombre egipcio significa «los sustitutos»: eran pequeños servidores de madera o arcilla de quienes la eficacia de las fórmulas mágicas debía hacer obreros, criados y servidores reales, que permitirían al rico, llegado al otro mundo, llevar la vida que había llevado siempre y descargar en ellos los trabajos que Osiris imponía quizás a los que gobernaba.



MASTABA

(Palabra árabe que significa «banco»)
Esta pirámide truncada es la forma más antigua de tumba que se conservó para los dignatarios. 1. Capilla funeraria cerrada por una estela (2); 3. Serdab, *reducto cerrado donde el alma del muerto iba a habitar en su estatua; 4. Pozo (cegado después de los funerales); 5. Cámara mortuoria, y 6. Sarcófago.*

LA PIRÁMIDE Y SUS TEMPLOS

Se han reconstruido los templos destinados al culto funerario. Un primer templo al pie de la pirámide, en la llanura desértica, estaba unido por una galería cubierta a un segundo templo, al borde del valle del Nilo.

CORTE DE LA PIRÁMIDE DE KEOPS

1. Entrada; 2. Falsa cámara (inacabada); 3. Cámara llamada de la reina; 4. El gran peldaño (escalera); 5. Cámara del faraón; 6. Galería de aireación. En esta maqueta, la pirámide está representada con su revestimiento exterior que alisaba las cuatro caras de la pirámide. Hoy día ha desaparecido *(confróntese página 116).*



LA PIRÁMIDE Y SUS DEPENDENCIAS

La vista aérea de las construcciones que se extienden entre la pirámide de Kefrén y el Nilo muestra la disposición de las construcciones cultuales indispensables en las grandes sepulturas, cuya reconstrucción aparece en el esquema de la página anterior; un templo funerario flanqueaba la pirámide; por una larga rampa cubierta se llegaba a un segundo templo en el valle, guardado

Los grandes momentos de la vida religiosa egipcia. La civilización egipcia ha conocido, sin duda, un ritmo evolutivo mucho más lento que otras. Pero creerla estática sería evidentemente absurdo. Las dinastías tinitas supieron imponer a la diversidad de panteones locales la adoración de Horus, que encarnaba al faraón reinante sobre el Egipto unificado: este inmenso progreso tanto político como religioso no se olvidó jamás. La V dinastía impuso a Ra, el dios sol, con quien coexistía Horus; dominó todas las mitologías locales cuyos dioses fueron, al menos oficialmente, considerados como sus descendientes o sus sustitutos, excepto los grandes dioses como Ptah y Thot. El culto solar determinó la elaboración de una teología nueva y la construcción de monumentos de culto: los templos solares de las pirámides. El poder creciente de Amón de Tebas no modificó este estado de cosas: se identificaría a Amón y Ra, lo cual facilitaría en grado sumo los caracteres de Amón, dios del aire, invisible y omnipresente. Se transpusieron en favor del dios tebano los sistemas religiosos elaborados para Ra de Heliópolis. Pero otro dios universal había aparecido, demasiado tarde, demasiado necesario para el corazón de los fieles para que su personalidad fuese fácilmente absorbida: Osiris, cuyo culto partió de Busiris (en el delta) y llegó a Abidos, en el Egipto Medio, hacia 2050. Su fortuna quedó pronto asegurada: a partir del Imperio Medio todo templo tuvo una capilla para Osiris.

El Nuevo Imperio asistió a la quiebra del sistema religioso que pensaba resolver el problema de la multiplicidad de panteones mediante la elevación de un dios particular, entonces Amón de Tebas, al rango de dios universal. Su autoridad creció de manera extraordinaria porque era el dios nacional que había expulsado a los hicsos, y el dios universal que daba a Egipto un vasto imperio exterior. El gran sacerdote de Amón se convirtió en el segundo personaje del mundo egipcio, verdadero ministro de cultos, administrador de inmensos dominios, jefe de un clero cada vez más numeroso e influyente. Inquietos, los faraones trataron de desarrollar una política nueva, renovando el culto solar y destruyendo las prerrogativas del gran sacerdote de Amón. Amenofis IV quiso solucionar de forma radical este conflicto, esencialmente político, imponiendo una religión de carácter monoteísta. Limitada a esta tentativa, la obra de Amenofis IV no hubiese conmovido a Egipto porque se trataba de un equilibrio político que era necesario asegurar, quebrantando el poderío temporal del clero y tratando a Amón como un usurpador indebidamente elevado a la primera categoría de los dioses. Pero por el culto de Atón, el disco solar, Amenofis IV quiso también cambiar la vida religiosa tradicional. Atón era el dios universal y todopoderoso, cuyos rayos, que se representaban terminados por manos, simbolizaban la acción inmediata sobre todo el universo, sin la intromisión de otras divinidades. Jamás estuvo Egipto tan cerca del monoteísmo bajo la acción de un soberano poeta y místico, cuyo fervor era fomentado por las especulaciones de círculos de teólogos que él reunía en Tell El Amarna; este fervor se vio incrementado por el ardor con el cual la reina *Nefertiti*, su esposa, había abrazado la causa de la religión nueva. Pronto llegó el fracaso; a partir del decimosegundo año de su reinado, Amenofis IV, convertido en Akenatón, hubo de negociar con el clero de Tebas: el genio religioso de los egipcios no podía aceptar un monoteísmo exclusivo, ya que desde hacía siglos se habían acomodado a un monoteísmo difuso aliado del más denso de los politeísmos. La piedad popular sufrió a causa de la eliminación de Osiris; no pudo contentarse con las compensaciones que le ofrecía la nueva religión. Jamás en la historia egipcia el culto solar, y las especulaciones que lo acompañaban, pudieron penetrar profundamente en una mentalidad popular ruda todavía.

Amón adquirió de nuevo su poderío. Prudentemente, los faraones de las dinastías XIX y XX supieron equilibrar la importancia de Tebas y de su dios con el culto de Set, antigua divinidad del noreste del delta. Pero Amón lo superaba irresistiblemente y su clero se hizo señor del Alto Egipto con la usurpación de Herihor. A los oráculos del dios se confiaron los asuntos judiciales que los jueces reales, debilitados ya, no podían cortar. La teocracia de Amón duró más de un siglo (de 1085 a 950), hasta que enérgicos faraones le pusieron término

sustituyendo el gran sacerdote por las «divinas adoratrices» de sangre real. Amón desapareció, pero con él también los grandes dioses; excepto Isis y Osiris. Habían venido nuevos tiempos, en los cuales los egipcios renegaban de los grandes dioses incapaces de responder a las inquietudes de los fieles, mientras que el Egipto dividido conocía los horrores de las invasiones renovadas. En los grandes santuarios continuaron los ritos de la religión oficial, mientras que los fieles volvieron a los dioses que podían aportarles un consuelo personal; los más invocados eran Isis y Osiris. Se puso la confianza en la magia, que permitía escapar a las obligaciones presentes, y en los animales sagrados que eran dioses de carne, próximos al hombre, protectores visibles de las tradiciones nacionales contra los execrados invasores, que los grandes dioses no habían sabido rechazar, como lo había demostrado suficientemente la destrucción de Tebas en 663. La meditación de los sabios adquirió un nimbo nuevo, y si proponía siempre los caminos que permitían alcanzar al dios, lo hacía insistiendo sobre el valor de la humildad y del silencio, cuestiones de las cuales la aristocracia egipcia de antaño, activa, optimista y advenediza, jamás se había preocupado.

LA RELIGIÓN DEL FARAÓN HERÉTICO

Amenofis IV Akenatón adorando el disco solar, cuyos rayos, terminados en manos, presentan el signo de vida; la obligación de una total sinceridad por parte del artista ha dado por resultado, en esta obra y en muchas otras (cf. p. 98), un realismo exagerado, incluso caricaturesco.



TRÍADA DIVINA, LLAMADA DE OSORKÓN

Este pequeño grupo en oro presenta las tres divinidades que fueron siempre más apreciadas por los egipcios, e ilustra también la libertad de los fieles en materia de mitología. Entre Isis y Osiris de cabeza de halcón, está Horus, en cuclillas, convertido en el dios niño del que los griegos hicieron un nuevo dios con el nombre de Harpócrates.

4. Organización de la vida y de las actividades sociales

Una sociedad terrena regida por un rey dios. La verdadera riqueza de Egipto es su valle limoso, a lo largo del cual se han dispersado sus habitantes. La vida agrícola ha sido siempre fundamental, y a excepción de algunas metrópolis políticas o religiosas como Menfis, Tebas, Pi-Ramsés, de algunas ciudades comerciales aparecidas a veces en el delta, Egipto sólo ha conocido, por lo que a ciudades se refiere, grandes burgos que debían su importancia a la presencia de órganos administrativos, y que servían de mercados regionales para las poblaciones de los alrededores. La tentación de Egipto ha sido el desmenuzamiento en células regionales, económicamente autárquicas y políticamente autónomas, que sólo podía quebrantar la autoridad de un monarca absoluto, aportando seguridad y prosperidad por medio del ejercicio de una autoridad única e ilimitada.

El faraón era dios, hijo de dioses, de los cuales era a la vez intérprete y agente. La estricta etiqueta que regía todos los momentos de su jornada, sus vestidos, así como los títulos que le correspondían, todo debía servir para enaltecer su poder, soberano por ser de carácter divino. Debía cuidar del alma de los dioses terrestres, sus padres, y ordenar a los sacerdotes del culto cotidiano que obrasen por delegación suya. De él dependía la conservación del orden universal. Las crecidas del Nilo y los amaneceres demostraban por su regularidad que Egipto estaba en paz con los dioses, porque el faraón era un sacerdote exacto, y también porque era un buen legislador cuyas decisiones mantenían el orden de la sociedad humana. Este hombre-dios que lo podía todo, que era el amo de todos los bienes así como de todos los hombres, no era, sin embargo, obedecido como un déspota: los egipcios jamás pensaron en replicar a su soberana autoridad, sino que la suponían de acuerdo con la voluntad de Maat, que es la diosa de la justicia, la verdad y la exactitud. Podemos sonreír ante el alcance práctico de tal afirmación: el ideal político propuesto a los soberanos fue el de una monarquía que fuera agradable a los dioses y soportable para los hombres, porque debía servir a la armonía del mundo.

En su palacio, el rey disponía de todo lo que podía contribuir a la satisfacción de un hombre de ese tiempo. Era el cazador maravilloso que afirmaba su dominio sobre el mundo animal. Más aún, era el gran administrador de quien partían todas las decisiones, a quien se hacían peticiones, quejas, demandas e informes. El problema permanente de la monarquía fue el de proporcionarse los medios administrativos que pusieran en relación la autoridad central y los administrados. En un país tan vasto y con unas comunicaciones muy lentas, las distancias amortiguaron el despotismo. El faraón estaba constantemente expuesto al peligro de verse sustituido en su autoridad por dinastías de funcionarios instalados en las provincias; la alianza de estos últimos con las dinastías sacerdotales locales provocó el derrumbamiento del Antiguo Imperio. La monarquía del Nuevo Imperio intentó construir una verdadera administración que el soberano pudiera dominar sólidamente. La reconquista sobre los hicsos, barriendo las viejas aristocracias provinciales, facilitó las cosas. En la cumbre se situaba el *per aa*, o «gran casa», de donde más tarde se originó la palabra «faraón»: el rey gobernaba rodeado de numerosos consejeros ordenados según una jerarquía completa. Los principales personajes eran sus dos visires, uno para el Bajo y otro para el Alto Egipto, «la columna de la tierra entera», que mandaban a los funcionarios de los nomos. Según los momentos, el poder de Amón y de su clero podía otorgar al gran sacerdote de Amón el cargo de ministro de cultos. En los nomos, la autoridad recaía en los gobernadores y sus dependientes. Se espera-

ba de ellos que hicieran justicia según costumbre y refiriéndose a las decisiones de los tribunales de jurisprudencia; aseguraban las levas militares, cobraban los impuestos; por último, supervisaban los trabajos utilitarios o religiosos emprendidos por la monarquía. Ignoramos cómo los funcionarios delegados por el faraón entraban en relación con los notables locales, pero es cierto que en todos los escalones se instauraba una colaboración, tanto con el alcalde de la villa como con el dignatario que representaba al nomo. Por imperfecta que pudiera ser, esta máquina administrativa, enorme para su tiempo, dio a la monarquía egipcia un poder y una riqueza que envidiaron los extranjeros. La brillante corte de los faraones, las guerras, los grandes trabajos, los príncipes vasallos de Asia, todo era pagado con los impuestos que la administración recogía para su rey.

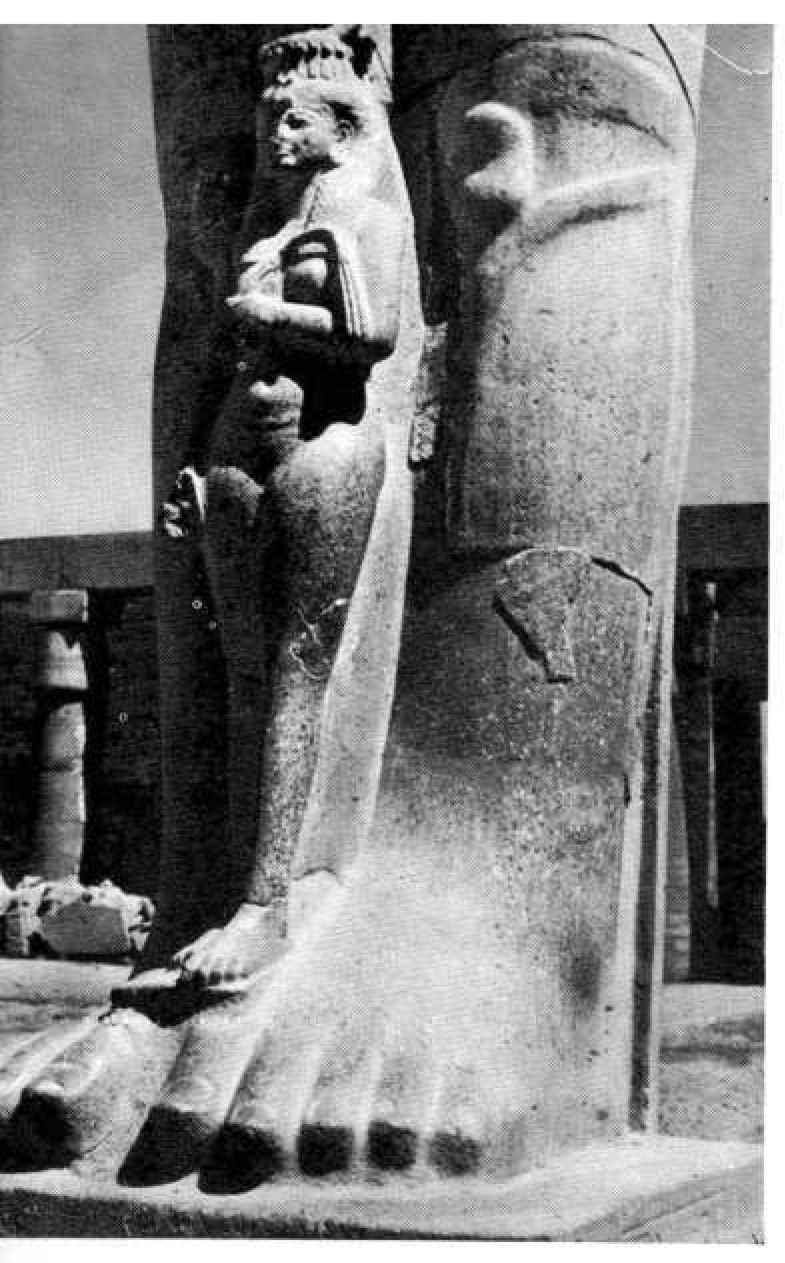
Hubiera sido necesario que el faraón gastase moderadamente y que supiese preservar sus derechos de propietario del suelo egipcio. El reinado de Ramsés II fue sin duda de muy graves consecuencias: las agotadoras guerras que mantuvo, su política de grandes trabajos, las donaciones y repartos de tierras entre los templos, los jefes militares y los grandes funcionarios, debilitaron a Egipto en bienes y hombres, y más aún a la monarquía. Los funcionarios, a quienes mandaba difícilmente y pagaba muy mal, escapaban a su control y robaban al país. Reaparecieron las terribles medidas que la monarquía ya había dictado en tiempo de Horemheb (1340-1320): a los magistrados que hubiesen abusado de su autoridad debía amputárseles la nariz y las orejas y deportarlos. Como siempre, tales medidas servían para poner de manifiesto el desorden que reinaba en los asuntos públicos, antes que para poner fin a la creciente anarquía. En esos momentos, el rey-dios estaba amenazado hasta en su casa: el palacio jamás había dejado de ser el lugar de intrigas más o menos serias, cuyo origen era generalmente el harén; pero entonces hacíanse feroces por el choque de las bandas que formaban los numerosos pretendientes al trono. Ramsés II tuvo ciento sesenta y dos hijos de sus esposas y concubinas. Sin embargo, supo reinar mucho tiempo, pero Ramsés III pereció sin duda asesinado.



DOS NOTABLES

Arriba: el intendente de un gran señor, esculpido con su mujer y su hijo, según la jerarquía humana. Abajo: el célebre «alcalde de pueblo», nombre debido a los obreros que lo exhumaron.





EL LUGAR DE UNA REINA
La reina Nefertiti apoyada en la pierna de Ramsés II, su esposo, en Luxor.

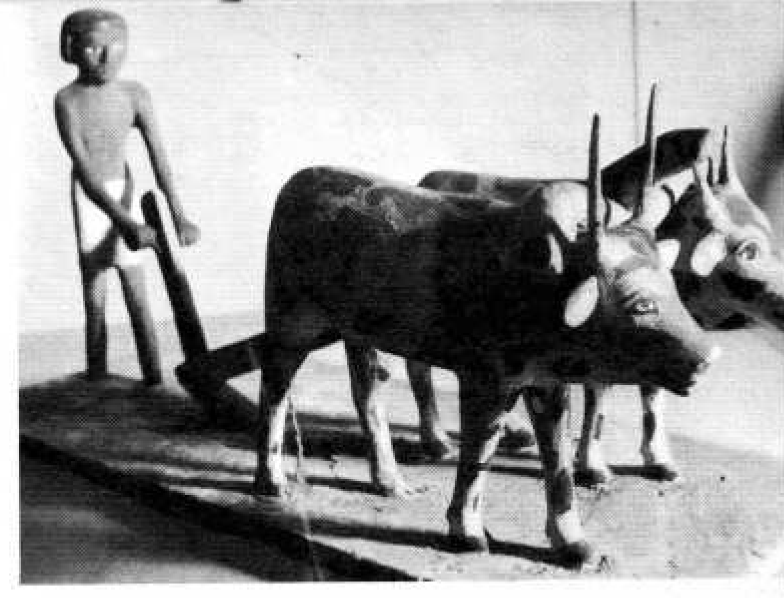
Actividades económicas del Egipto antiguo. Compuesta de regiones siempre dominadas por la autarquía, Egipto se presenta como un país económicamente cerrado, en el cual el trabajo de millones de campesinos servía para el mantenimiento de la monarquía y de los templos. Jamás civilización antigua conoció hasta ese punto el dominio de un monarca sobre todas las formas de la actividad económica. Era propietario de todo, gentes, animales, cosas y tierras, y sólo por alguna excepción a ese principio jamás olvidado se podía constituir una propiedad que escapara al soberano y a su administración, como los dominios de los templos, las tierras dadas a los dignatarios, las tierras constituidas por los príncipes de la familia reinante, los lotes concedidos a los soldados colonos y las tierras que servían para el mantenimiento de las fundaciones funerarias. Siempre había dependido de la autoridad del faraón que los detentadores de esos dominios pudiesen o no adquirir la categoría de propietarios y trasmitir hereditariamente su patrimonio, pero el *fellah* nunca tuvo ocasión de ver realizado este sueño, porque el terrateniente siempre estuvo supeditado al capricho de la administración real o eclesiástica. Además, el faraón se reservaba los beneficios directos de todas las formas de actividades no agrícolas que se desarrollaban en régimen de monopolio. De él dependía la explotación de las canteras y de las minas, así como el comercio exterior. De esta presencia permanente del Estado, del rigor de un reparto social establecido para único provecho de la monarquía, de los templos y de sus dignatarios, se desprende una impresión de rigidez en las estructuras económicas que contribuyó a impedir el progreso. En realidad, Egipto ha mantenido las mismas formas de trabajo durante millares de años; en muchos aspectos se estancó en un modo de vida todavía neolítico. El empleo de los metales fue esporádico, como lo demuestran la hoz de madera con filo de sílex, herramienta de la que se servían los campesinos, y las flechas de punta de pedernal, utilizadas en el combate y la caza. El torno de alfarero fue inventado muy pronto, pero en 3.000 años Egipto sólo añadió a este descubrimiento el fuelle de la forja, el taladro del joyero, el horno del panadero, la clepsidra (o reloj de agua) y el azud (artilugio basculante para sacar agua de los pozos); con la invasión de los hicsos había de llegarle de Asia el uso del caballo enjaezado.

La agricultura vivía, ayer como hoy, al ritmo del Nilo y sobre las tierras que aguardaban su crecida bienhechora. El suelo era trabajado a fines del verano, después de la retirada de las aguas. Los campos de la ribera, enriquecidos por el limo que acarrean las aguas, se sembraban con granos que quedaban cubiertos bajo el paso del ganado o de las primitivas carretas de los campesinos. Así se obtenían las cosechas anuales de cebada, trigo y lino, a las cuales hay que añadir el producto de los cultivos que se hacían

en diques y plataformas que emergían de las aguas crecidas, y sobre las tierras altas, allí donde los aluviones del valle bordeaban el desierto. Nada de esto se obtenía sin un penosísimo trabajo: el campesino tenía relativamente poco que hacer en aquel suelo, pero tenía que afanarse para utilizar las aguas de la inundación, que retenía y distribuía por medio de una red de diques, presas y canales. En el límite de los pantanos del valle o del delta había que drenar los terrenos demasiado húmedos, como se había hecho desde hacía millares de años, para ganar lentamente al cultivo las tierras del valle. Pero el pantano no desapareció jamás; era demasiado útil para el campesino por sus papiros y cañaverales, por las húmedas praderas que lo bordeaban y también por su fauna, que proporcionaba a los pescadores y cazadores hermosas presas.

Quedaba aún la permanente necesidad de la irrigación, al menos para los cultivos más exigentes; durante mucho tiempo, el campesino llevó el agua en cubos que colgaban de una pinga, hasta que adoptó el azud, que alivió un poco su trabajo. Algunos animales completaban los recursos del *fellah* para el tiro o la carga, como el buey, la vaca y el asno, los cuales uncía indistintamente a su carreta o a la rastra. Por otra parte, el vehículo de ruedas, poco utilizable por la falta de caminos, sólo fue empleado muy tardíamente para usos pacíficos. El cerdo, el cordero y numerosas aves, entre las cuales el gallo y la gallina aparecen igualmente en la baja época, proporcionaban un poco de carne.

Así, Egipto pudo parecer a los pueblos de la antigüedad una tierra cargada de rique-



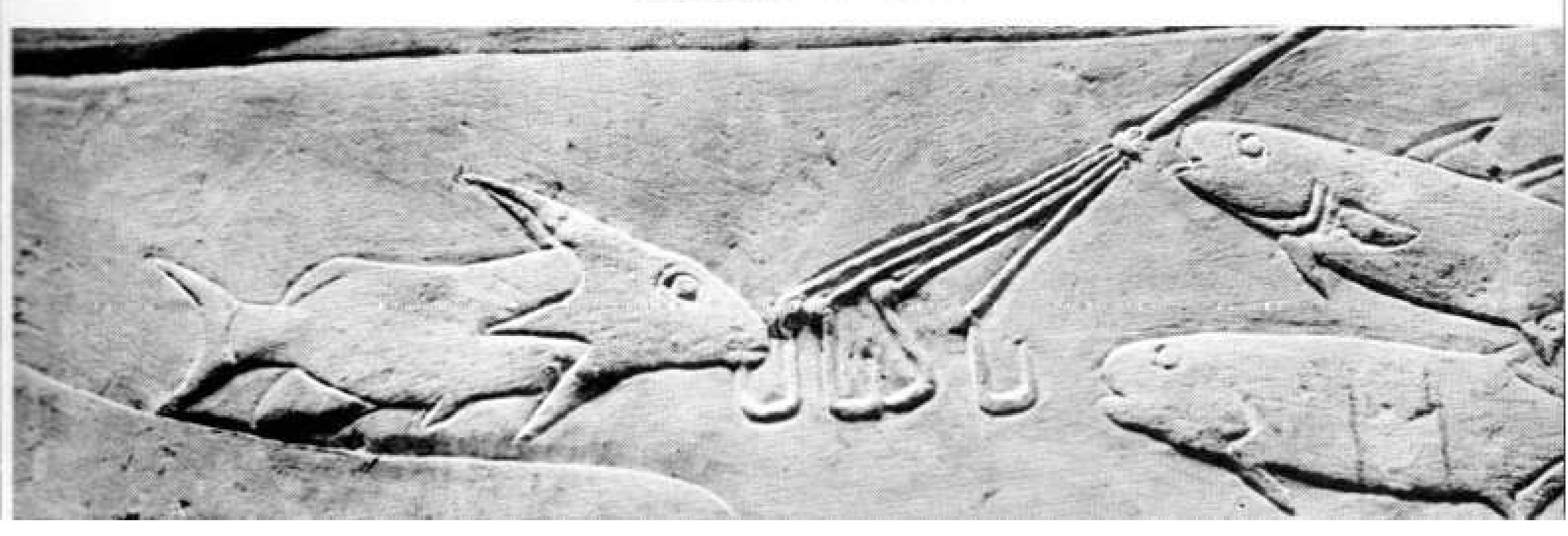
ARADO UNCIDO

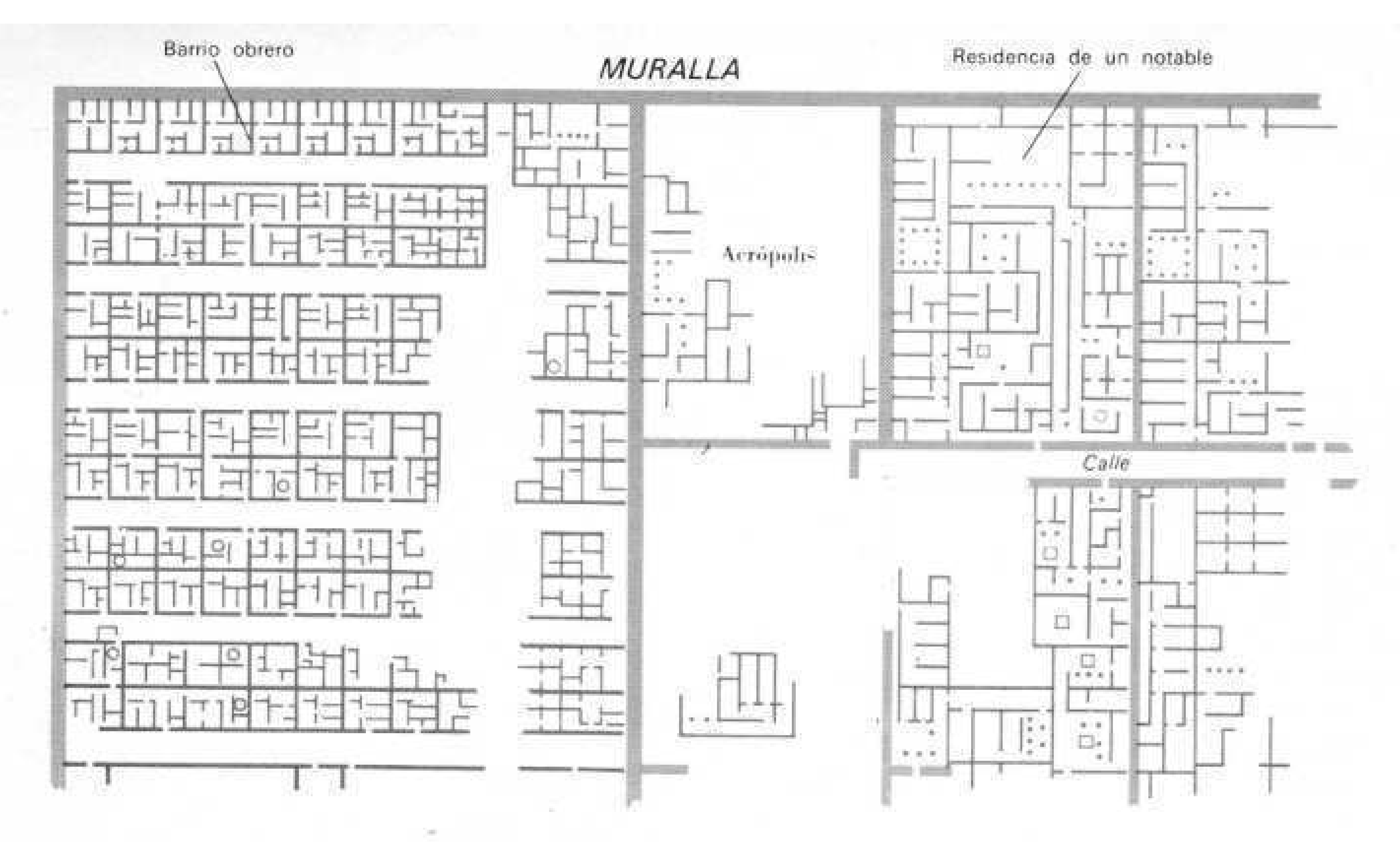
Este instrumento para arar sólo podía hacer surcos poco profundos en los limos depositados por la crecida.



AZUD BASCULANTE PARA SACAR AGUA

PESCA CON ANZUELO



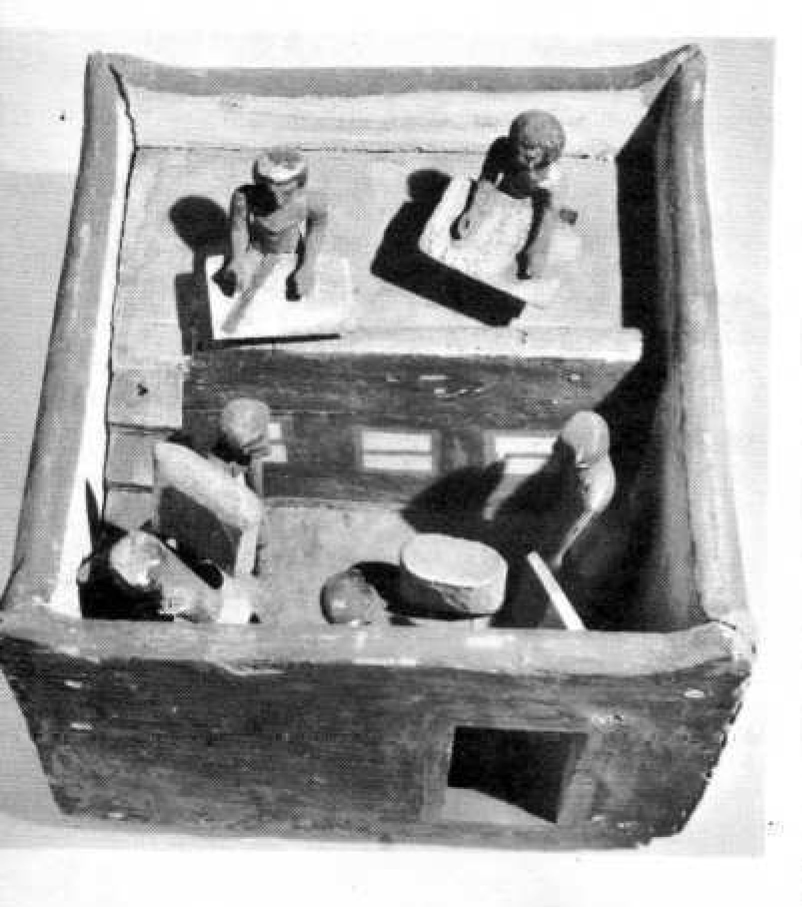


CASAS EGIPCIAS EN KAHUN

Es considerable el contraste entre las casas de los nobles y las de los obreros, reunidos para edificar y conservar la pirámide de un soberano del Imperio Medio. La separación es total entre los barrios. A las numerosas piezas y comodidades de las casas de los nobles, provistas de patios porticados, se oponen las mezquinas casas de los obreros.

LA CASA EGIPCIA

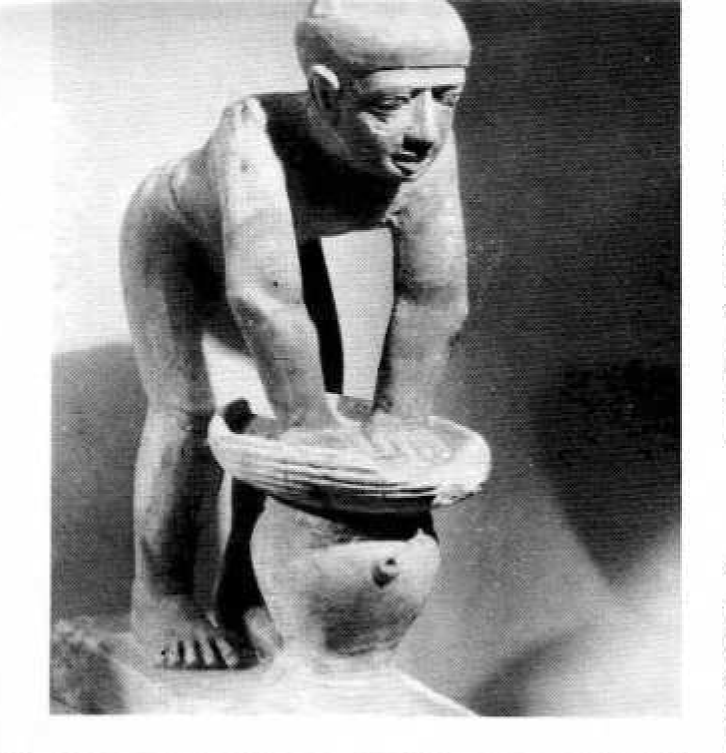
Las casas estaban construidas con materiales deleznables que no han perdurado. Afortunadamente, las tumbas contenían numerosas maquetas, llamadas «casas de almas». A la izquierda: los servidores entran sacos de grano, que los escribas anotan desde una terraza. A la derecha vemos la parte posterior de una casa; se llega al jardín por cuatro puertas coronadas por una terraza; a cada lado de la avenida se extienden algunas zonas de huerta, árboles (representados en plano horizontal) y albercas.





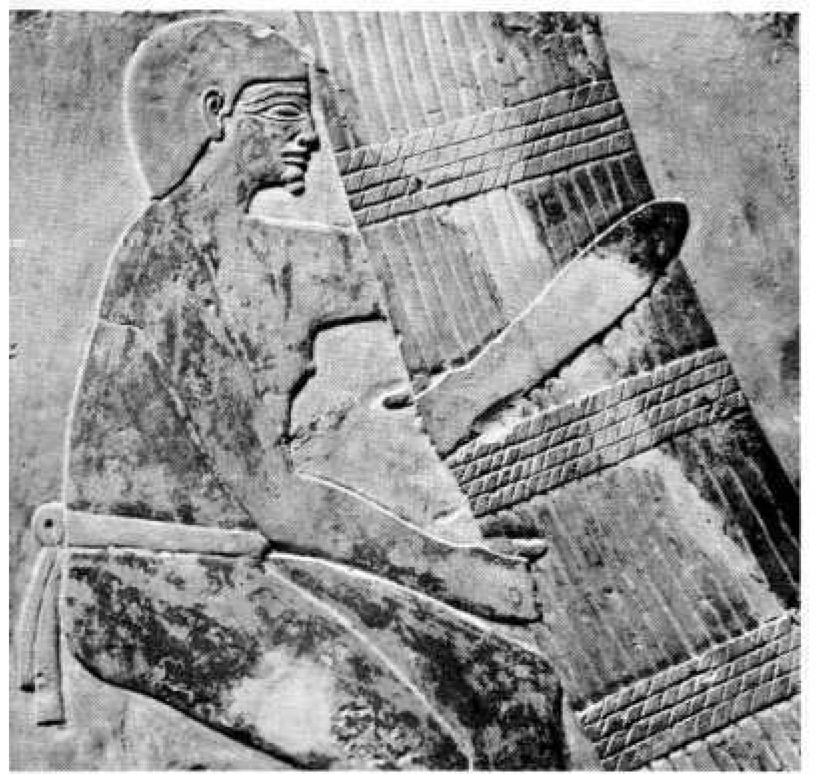
ELEMENTOS DE LA VIDA MATERIAL

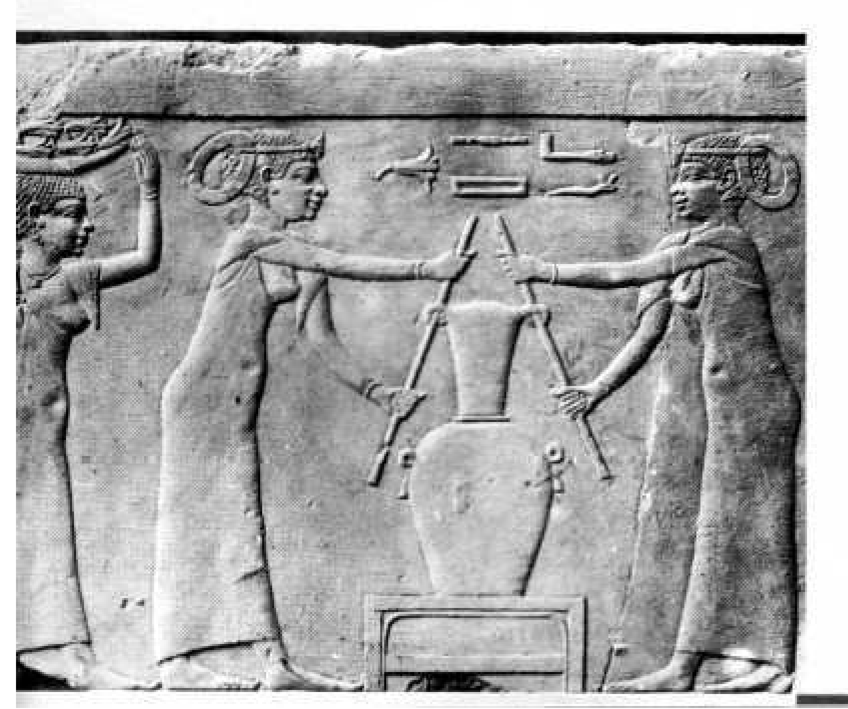
Arriba: mobiliario corriente hallado en las ruinas del taller de una ciudad de obreros: cestas, peines, sandalias de papiro, pelotas, cabezal para dormir. Abajo, a la izquierda: silla de una casa rica; a la derecha: paletas para afeites, en las que la fantasía de los artesanos se ha manifestado con toda libertad.



UN PUEBLO LABORIOSO

Durante más de treinta siglos, innumerables representaciones han sido consagradas al trabajo de los humildes que hizo posible el poderío y la civilización egipcios. De arriba abajo: un cervecero preparando una cerveza ligera, la bebida nacional del Egipto antiguo; un agavillador de papiro; dos mujeres preparan un ungüento macerando flores de lirio, en un curioso bajo relieve tardío (siglo IV *a. de J.C.), en el que se advierte la alteración de las tradiciones artísticas debida a la presencia de numerosos extranjeros.*





zas; mucho de lo que se recogía pasaba al palacio o al templo. Sin embargo, Egipto conservó siempre una numerosa población sustentada por la relativa abundancia de alimento. Para el *fellah*, la vida no era menos frugal: consumía cereales preparados en forma de galletas, pescado del río o de los pantanos, dátiles, algunos frutos y legumbres como la cebolla y las lentejas; saciaba su sed con una cerveza ligera o el agua frecuentemente turbia del río y de los pozos. El vino era raro y se reservaba a la gente acomodada.

Como en todas las civilizaciones antiguas, las actividades industriales se mantuvieron en un nivel artesano; pero Egipto poseyó una organización todavía más elemental que muchos de sus vecinos; ignoraba la vida urbana y la concentración del trabajo artesano, tan necesaria para abastecer a una amplia clientela. Allí donde por necesidades políticas o religiosas constituían núcleos importantes de población, la cantidad y la calidad de la producción resultaba semejante a la salida de los talleres de la más humilde de las localidades. No había producción diferenciada, con especialización de talleres y tampoco de los artesanos en el seno de un mismo taller, con excepción de algunos establecimientos que dependían del palacio o del templo. La fabricación de armas, carros de combate, mobiliario profano y cultual, orfebrería, estatuaria, decoración pintada, tejidos y vasos de alta calidad, etcétera, todo esto exigía una organización que los egipcios supieron alcanzar. El trabajo se realizaba en equipos dirigidos por contramaestres, y la habilidad de artesanos especializado en su técnica creó obras admirables, tales como las piezas de orfebrería y los objetos de bronce; centro de esta industria fue Menfis, la antigua metrópoli real y

religiosa. Es muy posible que ciudades dedicadas al comercio y a la artesanía hayan existido en el delta allí donde el intercambio marítimo y el paso de los mercaderes extranjeros introdujeron Egipto en las corrientes económicas del Mediterráneo antiguo; pero el fango del Nilo las ha cubierto. Tanto los burgos como las ciudades se estancaron, pues, en un artesanado elemental que proporcionaba casi todo lo necesario para el trabajo del ebanista, el alfarero o el tejedor; sus útiles eran sencillos y la metalurgia no tenía un papel demasiado importante: el herrero no existió en Egipto, y los obreros del metal trabajaron sobre todo cerca de los grandes palacios y los templos, únicos capaces de adquirir en grandes cantidades estos productos. En cualquier población egipcia existía una industria funeraria muy activa: canteros y albañiles, ebanistas y decoradores, alfareros, copistas y lapidarios, y también plañideras y sacerdotes. Eran numerosas las corporaciones destinadas a satisfacer a una clientela grandemente preocupada por conseguir una confortable vida eterna.

Lugar de encuentros y de intercambios cotidianos, la ciudad se bastaba a sí misma en cuanto a las necesidades comerciales siempre elementales; por el sistema de trueque, los campesinos y artesanos cambiaban sus productos.

Para regular el volumen de los intercambios, en el Imperio Nuevo se recurría a patrones de cobre o plata; no se trataba en modo alguno de moneda y ni siquiera el metal aparecía en los mercados. Por ejemplo, sabemos que se estimaba en 5 debenes (455 gramos) de cobre: 25 hogazas de pan, o 5 cántaros de cerveza, o 1 cerdo, o 1 cofre... la referencia a la unidad de valor permitía la transacción por trueque. El Nilo no era utilizado como vía comercial para el transporte de mercancías a puntos lejanos, pues cada región era autosuficiente, y por el río navegaban sólo los largos convoyes que llevaban a los templos y a los graneros reales los productos que provenían de los censos y de los impuestos en especies.

Sabemos poco del comercio exterior de Egipto. Estaba suficientemente provisto para tener necesidad de algo más que de algunos productos útiles como las maderas del Líbano, o raros como los aromas y el incienso de Arabia y África oriental. Sólo los abastecimientos de mineral de hierro, del cual estaba totalmente desprovisto, plantearon graves problemas al Egipto decadente. Si no obtenía lo que necesitaba por iniciativa de particulares y faraones, lo adquiría en forma pacífica o violenta. Muy pronto se establecieron las relaciones con las costas fenicias. Desde el III milenio, los egipcios negociaban con *Biblos*. A los beneficios de las expediciones comerciales ordenadas por el rey; a los intercambios realizados por particulares en Fenicia o en las ciudades del delta que frecuentaban cretenses y asiáticos, debe añadirse la masa de productos que las expediciones guerreras y los tributos hicieron afluir, sobre todo en el Imperio Nuevo. Se trataba siempre de grandes expediciones, unas veces por mar, a Arabia y la costa somalí, y otras terrestres a Nubia y Etiopía; estas empresas eran dirigidas por el rey y llevadas a cabo por algún favorito. Las inscripciones conmemorativas aluden, sobre todo, a expediciones navales, que exigían, después de la travesía siempre peligrosa del desierto oriental, la construcción de una flota capaz de alcanzar países y productos exóticos. El faraón representaba siempre un importante papel en todas estas empresas, pues estaba en condiciones de ofrecer sus riquezas, especialmente oro, a cambio de los productos que necesitaba para abastecer sus palacios y templos, además de conservar con estas transacciones, y en beneficio de la monarquía, el monopolio de muchas mercancías.

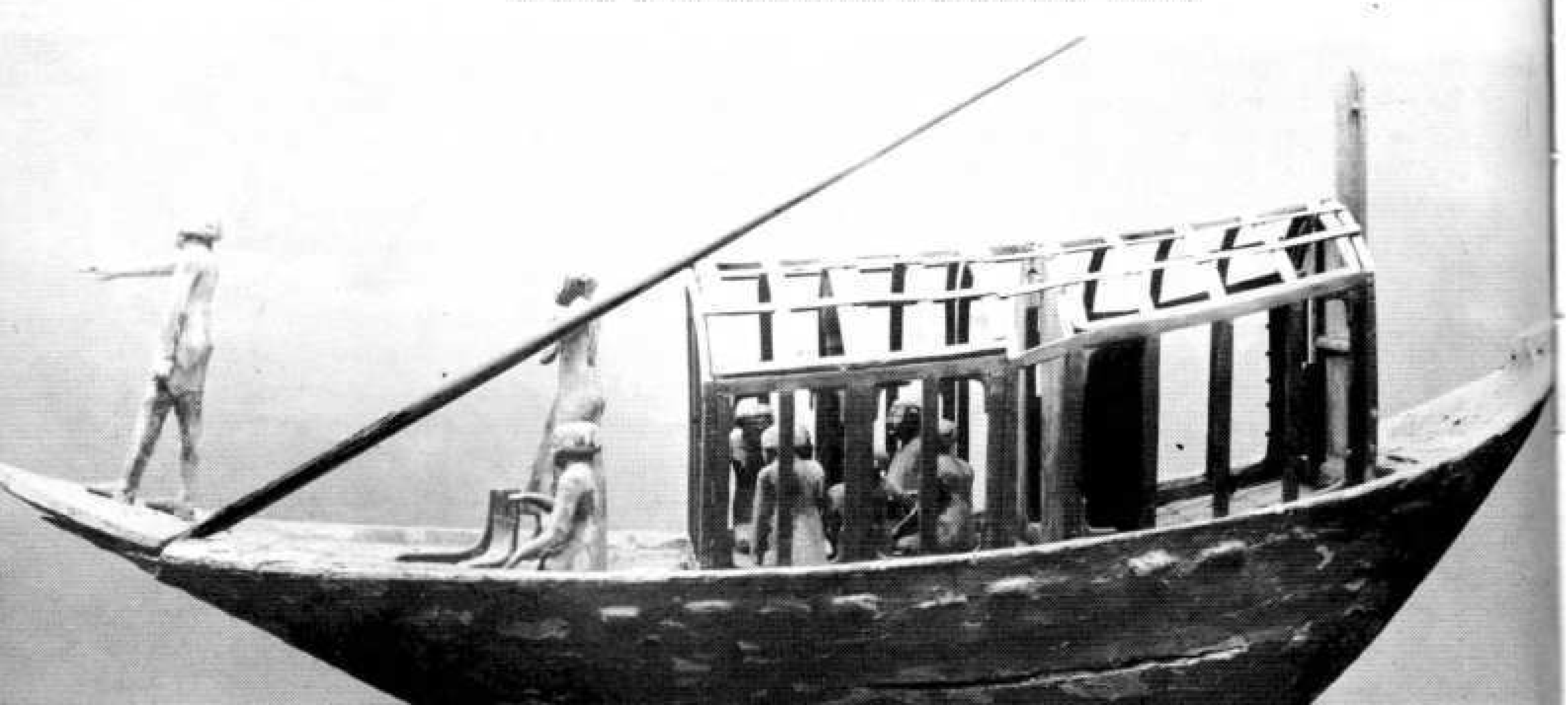
Por tales razones, la monarquía se reservó siempre la extracción de piedras y metales. Ya se tratase de piedras para la construcción o la escultura, cobre, oro o turquesas del desierto oriental o del Sinaí, el faraón fue siempre el organizador y el beneficiario de la explotación. Ésta era sencilla en las canteras abiertas cerca del valle del Nilo, pero los problemas de organización se multiplicaban en razón de la mayor distancia. Entonces había que llevar a cabo grandes expediciones formadas por centenares de hombres, desde el cantero y el soldado de la escolta al embalsamador de cadáveres, que no debían permanecer inactivos. La jactancia de las inscripciones celebrando los méritos de los jefes de tales expediciones no debe confundirnos.

Así la de Horusra, gran canciller, que partió a buscar turquesas en el Sinaí, en el verano de 1830 a. de J.C.: «Me dirigí a los obreros: "¡Qué suerte la del que está en esas minas!" Me respondieron: "La turquesa está siempre en la montaña, pero lo que nos hace falta en esta estación es un buen odre de agua..." Llegué al país y comencé el trabajo con buenos auspicios. Mi ejército volvió completo, sin pérdida alguna... Partí en el mes de agosto, llevando esa noble piedra; había superado a todos los que vinieron antes. No se oyó jamas: "¡Ah!, otro odre de agua..." Al contrario, todas las miradas reflejaban satisfacción.

A este cuadro convencional se puede oponer la descripción del trabajo en las minas de oro que nos ha dejado el griego Agatárquides en el siglo II a. de J.C.: «Las galerías que abren no son rectas, sino que siguen la dirección del filón metálico, y como en esas sinuosidades subterráneas los trabajadores se encuentran a oscuras, llevan antorchas atadas a la frente. Cambiando a menudo la posición de sus cuerpos, según las particularidades de la roca, hacen caer al suelo los fragmentos que arrancan. Trabajan así sin parar, ante la mirada de un vigilante cruel que los muele a golpes. Niños todavía impúberes penetran por las galerías subterráneas hasta las cavidades de las rocas, recogiendo penosamente los fragmentos de mineral arrancados, y los llevan afuera, a la entrada de la galería. Otros obreros, de más de treinta años, toman una cantidad determinada de esos fragmentos y los machacan en morteros de piedra... Todo el mundo tiembla de conmiseración a la vista de esos desgraciados entregados a trabajos tan penosos, sin llevar sobre el cuerpo el menor pedazo de tela que cubra su desnudez. No se perdona ni al enfermo, ni al tullido, ni al viejo débil, ni a la mujer delicada. Se los fuerza a todos a trabajar con incesantes golpes, hasta que, agotados por la fatiga, mueren de extenuación.» (Citado en la *Historia General del Trabajo*, tomo I, pág. 150. Grijalbo.)

Los beneficiarios del orden establecido. El clero era el primero en aprovecharse de una organización económica hecha para satisfacción de las necesidades de los dioses y la monarquía. No poseemos cifras de todas las épocas de la historia egipcia, pero hemos conservado el texto del testamento de Ramsés III (1198-1166) por el cual éste ratifica las posesiones de los templos. Habida cuenta de la época a que pertenecen esas informaciones, la fortuna de Amón es evidentemente la más considerable: por encima de los 80.000 hombres trabajaban las 240.000 hectáreas de campos, y cuidaban 420.000 cabezas de ganado que pertenecían al dios. Ra de Heliópolis estaba menos abastecido: 45.000 hectáreas de campos, 45.000 cabezas de ganado y 13.000 hombres pertenecientes al templo. En total se puede estimar que en esta época un egipcio de cada diez y un octavo de las tierras cultivadas pertenecían directamente al clero de los numerosos templos del valle; escapaban quizás a los impuestos, y evidentemente a la administración de los funcionarios reales. El poder material del clero sólo acabó realmente con la conquista romana, cuando en 30 a. de J.C. el gobierno romano le quitó la administración de sus bienes, que desde entonces fue confiada a un alto funcionario. Pero durante unos 3.000 años el clero fue un Estado dentro del Estado que dirigió un enorme personal que iba desde el gran sacerdote de cada dios al *fellah*

VIAJE
El barco del príncipe Emsah, navegando por el Nilo



que cultivaba sus tierras, pasando por los sabios, los cantores, los exorcistas, etcétera: se han enumerado ciento veinticinco funciones diferentes en el clero de Amón. Aunque los puestos más importantes habían de ser provistos por el faraón, en realidad, el clero aseguraba su propio reclutamiento excepto el cargo de sumo sacerdote: por adopción o herencia, cada función sacerdotal era atribuida a un sacerdote que se comportaba como una especie de funcionario eclesiástico detentador de una prebenda.

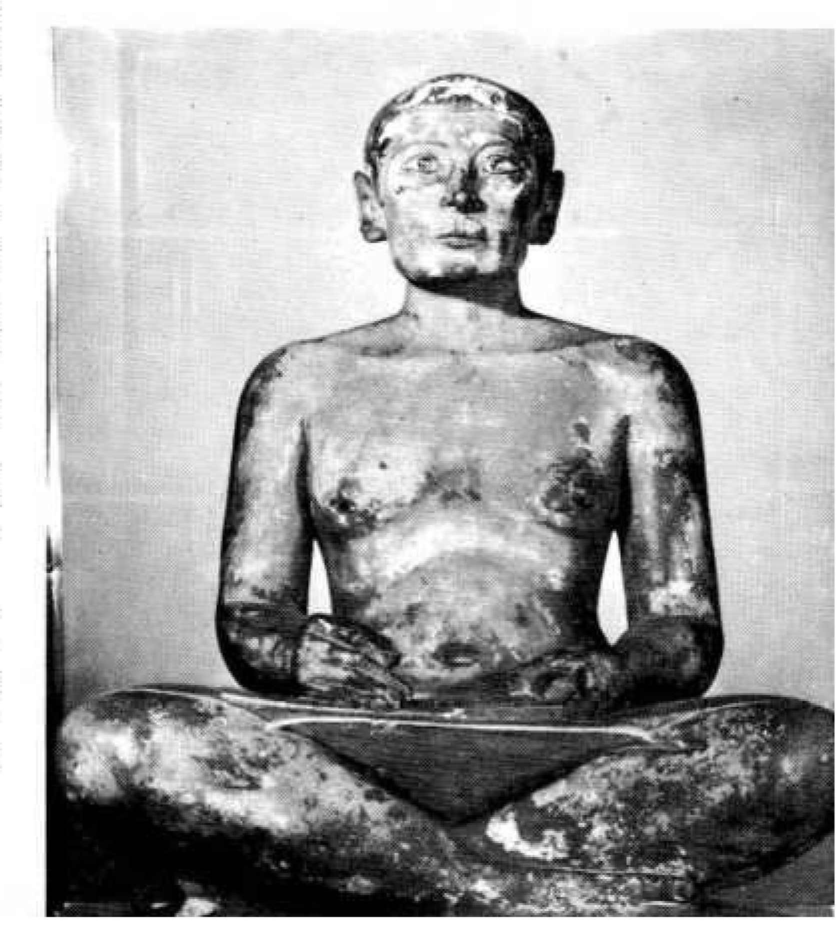
Los miembros más influyentes de los distintos cleros hallábanse muy cerca de lo que se puede llamar *grandes dignatarios*, para evitar el empleo siempre ambiguo de la palabra «nobleza». Siempre hubo en Egipto una casta representada por los titulares de los cargos más importantes en los templos, la administración o el ejército. Sabemos que el Imperio Antiguo se hundió a causa del poder e independencia crecientes de las familias que detentaban la autoridad pública y religiosa en los nomos; pero durante toda la historia egipcia el faraón debió temer a sus grandes servidores, siempre tentados de apropiarse, como un bien personal, las funciones que ejercían y las tierras que les eran dadas, y trasmitírselas a sus herederos. Sin duda, el peligro no fue tan grande como en el Imperio Nuevo, donde las conquistas multiplicaban las riquezas generalmente repartidas entre la monarquía y los dignatarios, que los faraones pagaban en tierras, en esclavos y botín de toda clase. Fue la época del mayor poderío del clero de Amón, que redundó en la usurpación de Herihor (en el 1085), general convertido en sumo sacerdote. Ya en 1340, la usurpación del general Horemheb, apoyado por el clero de Amón, había puesto de manifiesto los nuevos riesgos a que se exponía la monarquía a causa de las conquistas y de la posición alcanzada en el Estado por la casta de los jefes militares. En efecto, el mal era difícilmente curable, porque eran las mismas familias quienes proporcionaban los titulares de los grandes puestos, fuesen militares, administrativos o religiosos.

Sólo una *clase media* quizás hubiese permitido resistir a la monarquía. Su existencia únicamente está probada en el Imperio Medio. Cuando los faraones hubieron quebrantado la independencia de los señoríos locales, pudieron contar con el grupo heteróclito de soldados colonos dispersos por los nomos, sacerdotes de los colegios funerarios, instruidos e independientes de los templos, artesanos y campesinos acomodados que podían constituir un grupo de notables en los



DIVERSIONES
Una danzarina.

EL ESCRIBA SENTADO





LA DIGNIDAD DEL ESCRIBA

En este panel de madera, llamado de Hesi, el escriba avanza orgulloso, llevando sus útiles bajo algunos signos jeroglíficos magníficamente tallados (Antiguo Imperio).

burgos de los nomos y quizás una clase mercantil embrionaria en las poblaciones del delta. Todos juntos constituían una capa social netamente elevada sobre la masa campesina, fiel a una monarquía que reclutaba en su seno los funcionarios de una abundante burocracia. En ese tiempo quedó establecido el importante papel del *escriba* en el mundo egipcio. No porque el personaje no hubiese aparecido antes, como lo atestigua el tema plástico del escriba sentado que data del Antiguo Imperio; pero más tarde pasó a ser un tipo social, el símbolo del hombre llegado a una buena posición y cuya reputación él mismo conservaba.

La célebre *Sátira de los oficios*, redactada por Kheti para su hijo, es la mejor ilustración de esta complacencia del notable hablando de su profesión: «He visto cómo el hombre se desvive en su trabajo: tú te dedicarás a conocer el arte de escribir; y yo he buscado cómo se pueden evitar penosas tareas: di que no hay nada que supere el arte de escribir... En cuanto a un escriba, el lugar que le corresponde está en la residencia (real) y allí no será pobre... Te haré amar el arte de escribir más que a tu propia madre; haré que se extienda la belleza sobre tu rostro... Renenut (la diosa de la fortuna) está sobre el hombro del escriba desde su nacimiento; Meskhenet (diosa del destino) es la fuente de su bienestar, porque se sienta en presencia de los magistrados: su padre y su madre alaban al dios, porque ha tomado el camino de la vida.»

Para un hombre tan bien provisto, el peor desastre hubiera sido ser degradado a la miserable condición del bajo pueblo. En realidad, el castigo previsto para un funcionario desobediente o incapaz era la destitución y la prohibición para él mismo y sus descendientes de ejercer otras tareas distintas de las manuales o serviles.

El escriba es una de las figuras más significativas de la vida egipcia, regulada por una burocracia que redactaba, leía y clasificaba un papeleo enorme. Pero el escriba deja de ser el representante de las capas sociales intermedias después de la conquista de los hicsos; éstos y las guerras de reconquista llevadas desde Tebas, asolaron el Medio y Bajo Egipto, de donde desapareció el cuerpo de pequeños notables provincianos. En el Nuevo Imperio se reformó un cuerpo de funcionarios, pero mucho más reducido y más eficaz también que en otro tiempo; así se constituyó una casta en la cual los cargos se trasmitían hereditariamente y cuya posición social dependía totalmente del favor del faraón. Los campesinos acomodados habían desaparecido; los artesanos o los artistas, que hubieran podido formar el núcleo de un grupo social con carácter propio, quedaron confinados en las corporaciones que dependieron únicamente del palacio y de los templos. La fortuna de los dignatarios y del soberano conquistador multiplicó el número de mayordomos e intendentes, que aseguraron la gestión de los bienes de los más grandes personajes. En torno al faraón, antiguos esclavos libertos desempeñaron a menudo las más altas funciones como escuderos o coperos, y la tradición del éxito de José, el hebreo nómada, en la corte del faraón, está



ESCRIBAS
TRABAJANDO

Inclinados respetuosamente, los escribas anotan lo que dice el maestro.





LA DULZURA
DE VIVIR

Los más grandes personajes del Nuevo Imperio hicieron representar en sus tumbas el tema de los banquetes de la eternidad, concebidos a imagen de las recepciones que daban los miembros de la alta sociedad. Nobleza y belleza de los rostros, lujo de los tocados, dignidad de los participantes: todo está ahí para sugerirnos los delicados placeres de una sociedad refinada, en un banquete dado por Ramoses, visir de Amenofis III.

perfectamente de acuerdo con lo que conocemos de la promoción de los antiguos vencidos. Pero el grupo de los grandes administradores de bienes privados o reales no podía constituir el núcleo de una clase media; por consiguiente, en el Nuevo Imperio, la monarquía, fortalecida en sus funcionarios y en su derecho de propiedad eminente en todo Egipto, estaba sola frente al clero y los grandes dignatarios que poseían el poder económico, la posesión hereditaria de los grandes cargos y la clientela de numerosos servidores competentes y devotos, entre los cuales figuraban a menudo funcionarios reales con cargos en los nomos.

Los humildes. Asegurados en su posición social por la herencia de las grandes funciones y la casi imposibilidad de ascenso en una sociedad estrictamente jerarquizada, los privilegiados eran todavía confirmados en el disfrute de sus ventajas por la resignación de aquellos que les pagaban por su trabajo. Conocemos muy mal a los humildes: no nos han dejado nada directamente, y lo poco que sabemos es a través de testimonios indirectos, como las representaciones de las ricas tumbas. Estos testimonios pueden parecer sospechosos. Cuando el amo hace decir a los portadores de su litera pintados en las paredes de su mastaba: «Preferimos llevarla llena que vacía», cabe pensar que tiene en cuenta la ingenuidad de los visitantes de la mastaba, o más bien que usa de un lenguaje convencional según el cual la vida de los humildes conocía en sus trabajos el equivalente de las alegrías que el rico saboreaba en su ociosidad.

Tales declaraciones están de acuerdo con las confesiones negativas en las cuales el rico se defiende de haber abusado del pobre, con las afirmaciones humanitarias de las inscripciones funerarias en general. Por esos medios, los poderosos trataban de expresar cierto ideal paternalista más que manifestar su buena conciencia y reputación. De hecho, la literatura, los textos oficiales, las representaciones, en una palabra, todo aquello de donde se pueden obtener indicios que permitan conocer lo que sentían y pensaban los pobres, todo ello nos muestra la imagen de un pueblo generalmente alegre, que sin duda confiaba en el más allá, pero no menos amante ciertamente de la vida. Sin embargo...

La abundancia de las cosechas sólo era relativa. El perceptor tomaba mucho de lo cosechado, y una crecida insuficiente ponía en seguida a Egipto al borde de la escasez. Egipto ha conocido la subalimentación crónica y las enfermedades carenciales. Las afecciones oculares e intestinales y la hematuria parasitaria han azotado a los pobres de aquel tiempo como a los de un reciente pasado. La administración era dura para los desgraciados, y el menor relajamiento del control gubernamental se traducía en las exacciones de los agentes reales, la corrupción de los jueces y las brutalidades: al juez, al oficial reclutador y al perceptor les costaba muy poco hacer que el pobre fuese molido a palos.

Según un escriba muy afín al que redactó la *Sátira de los oficios*: «¡Desdichado campesino! (del trigo ya bien atacado por el gorgojo y los pájaros) los ladrones le han quitado el resto. El atelaje ha muerto de agotamiento a fuerza de trabajar. Y he aquí que desembarca el escriba que viene en busca de la cosecha. Sus subordinados vienen provistos de garrotes, y los nubios, de vergas de palma. Dicen: "¡Entréganos el grano!" Si no lo tiene, le pegan; es atado y arrojado al canal, donde lo meten de cabeza; su mujer es atacada y también sus hijos; y sus vecinos huyen abandonándolo.»

Las requisas y servicios exigidos por el templo, el palacio o simplemente el dignatario provisto de un buen dominio eran obligaciones enojosas. Durante las aguas altas se imponían trabajos al campesino, obligado a la inacción por la crecida, y entonces el egipcio trabajaba en esos monumentos. Dada la carencia de máquinas, se utilizaba únicamente la fuerza y la habilidad de masas humanas que sólo disponían de la palanca, el trineo para arrastrar piedras o el plano inclinado, y así los ingenieros supieron levantar las pirámides o los templos de Karnak. Por tanto, lo esencial era la organización de esas multitudes, y se sabía que los escribas aprendían sobre todo su oficio en casos muy concretos: ¿Qué provisiones hay que prever para tal equipo, trabajando tantos días? ¿Cuántos ladrillos serán necesarios para levantar una gran calzada inclinada sobre la cual se deslizarán los bloques de piedra? Que los escribas bien preparados, disponiendo de una mano de

obra dócil, alcanzaran resultados asombrosos, lo demuestran las inscripciones y los edificios: así en Karnak, los dos obeliscos de la reina Hatsepsut, extraídos de las canteras de granito de Asuán, pulimentados y grabados, fueron preparados y colocados en su sitio en siete meses; tienen cerca de treinta metros de alto y cada uno pesa cuatrocientas toneladas.

Acaso una documentación más abundante permitiría establecer una jerarquía social en el mundo de los campesinos y artesanos, y uno se inclina a pensar que debió de haber una gran diversidad de clases, desde el campesino acomodado, casi propietario de sus tierras, y que debió existir sobre todo en el Imperio Medio, hasta el esclavo. Las guerras multiplicaron el número de esclavos, pero nada sabemos de su condición. Parece cierto que no debían de permanecer mucho tiempo prisioneros de su condición servil, ya que era frecuente la adopción del esclavo por la familia que lo empleaba, porque sobre todo participaba con el campesino de la misma vida pobre y menesterosa y se fundía rápidamente en la masa de los humildes. Sin embargo, de esos esclavos se distinguía un grupo: el de los extranjeros incorporados al ejército del faraón y que recibieron tierras para su sostenimiento. Apareció entonces una clase de soldados colonos, dispersos a través del país, que perdió rápidamente sus caracteres étnicos para convertirse en militares profesionales, más acomodados que sus vecinos los campesinos normales y también más influyentes.

La estructura social conoció diversas sacudidas que coincidieron siempre con los momentos de debilitación del poder monárquico, que sólo podía impedir las exigencias de los notables y la negligencia de los funcionarios a menudo cómplices. A finales del Imperio Nuevo, los obreros del hipogeo real de Ramsés III en el Valle de los Reyes, cansados de recibir irregularmente su salario en especies, emprendieron un movimiento de huelgas que es quizás el primero de la historia, y que triunfó parcialmente. Era un indicio, entre muchos, de una miseria y una anarquía cada vez menos soportables, tal como lo revelan en la misma época los pillajes sistemáticos de las tumbas. Pero el edificio social no se conmovió, y cabe pensar que la resignación de los pobres y la autoridad de los notables, apoyada en los garrotes de los soldados nubios, bastaron para evitar el hundimiento del orden establecido. No obstante, es probable que Egipto conociera ya una vez semejante sacudida durante el primer período intermedio, en el cual parece que la cólera de los pobres arruinó la jerarquía social.

EL SÉQUITO DE UN GRAN SEÑOR EN VIAJE

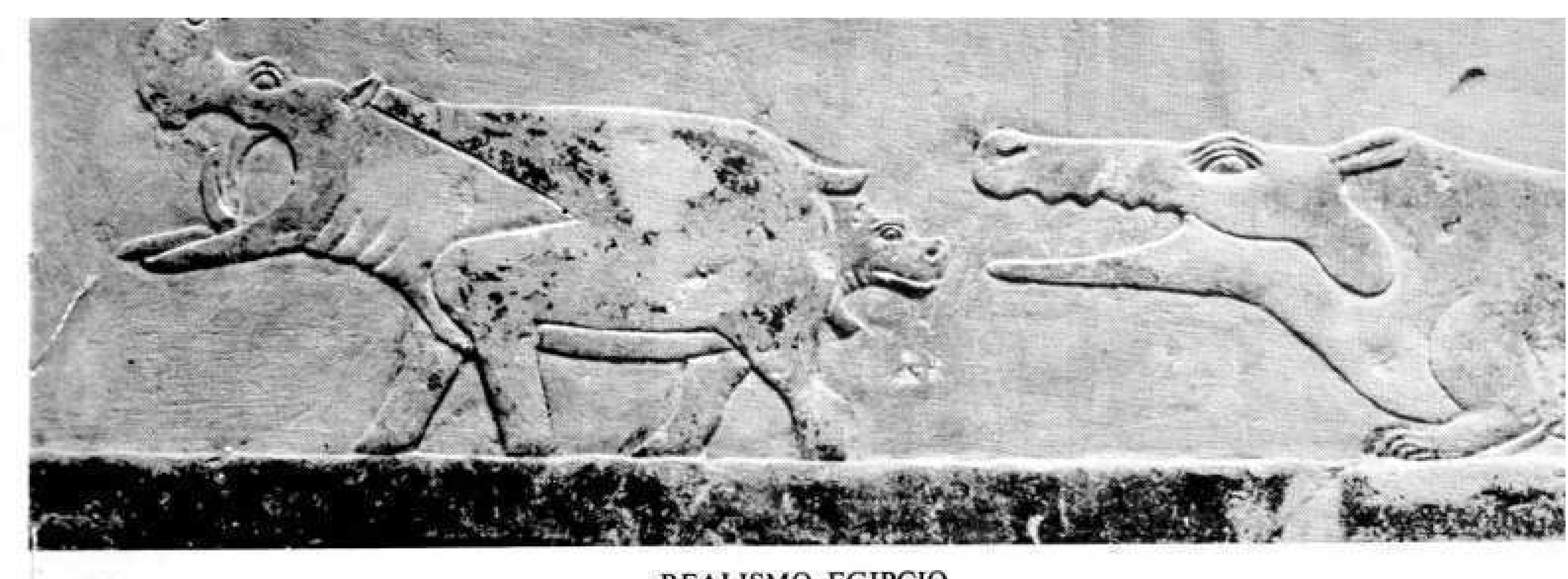


5. La vida intelectual y artística

Diversidad de los medios intelectuales. Sólo podemos conocer los medios que han elaborado una cultura escrita, y preservado, a veces felizmente, jirones de una cultura popular, que era oral, poniendo por escrito un relato o un canto cuyo origen hay que situar fuera de los círculos literarios. Muy poca gente tuvo acceso a la cultura escrita; el aprendizaje de la escritura era largo y penoso, y durante los años que duraba, el discípulo asimilaba, en efecto, todos los conocimientos necesarios para su oficio en los textos que copiaba y aprendía, y el interminable ejercicio de escritura se traducía finalmente en la adquisición de una cultura. Sólo podía haber escuelas cerca de los palacios y de sus dependencias, y a la sombra de los templos. La gestión económica, la organización administrativa, la conservación de la ciencia sagrada, tales eran las tareas que requerían primero un cuerpo de literatos; pero la curiosidad de los espíritus más abiertos, como también los refinamientos de la vida real o aristocrática, contribuyeron a añadir a esos trabajos una producción científica y literaria.

La vida intelectual de Egipto, sobre todo por lo que se refiere a las obras literarias, se resintió de la diversidad de ambientes. Los círculos próximos a la corte fueron los primeros en ofrecer una literatura profana cuyos temas eran los que interesaban al grupo restringido de los grandes dignatarios y altos funcionarios. Egipto creó primero una literatura moralizante, cuyas obras *Libros de sabiduría*, *Enseñanzas* de tal soberano, eran en realidad manuales de mundología que distribuían consejos y recetas para triunfar ante el faraón y los dioses. Este género nunca se abandonó; pero el campo de la creación literaria se extendió considerablemente con el crecimiento del grupo de escribas y, por tanto, de los literatos, y quizá de una clase media de la cual habían salido.

La diversidad de sus tareas contribuyó a hacer de los escribas hombres abiertos a los problemas de su tiempo: eran ante todo técnicos, competentes en contabilidad y en correspondencia, organizadores de tareas administrativas y de trabajos públicos. Esos hombres, vinculados a quehaceres concretos y preocupados por la eficacia, dieron a Egipto si no sus primeros conocimientos científicos (a los cuales más bien debieron contribuir los templos), al menos la codificación de los conocimientos acumulados, las recopilaciones de cálculo, agrimensura, diagnósticos y cuidados médicos. En el terreno propiamente literario se les debe, en primer lugar, la conservación de obras de toda clase, que copiaron una y otra vez, introduciendo en ellas algunas modificaciones en el transcurso de los siglos. Según los medios con los cuales se hallaban familiarizados fueron, por último, los promotores del desarrollo de una abundante literatura en los Imperios Medio y Nuevo. Para los literatos como ellos, el género moralizante de los *Libros de sabiduría* fue sólo un aspecto de su producción: al célebre Kheti, hijo de Duauf, autor de la *Sátira de los oficios*, en la cual un grupo social expresaba la satisfacción por sus privilegios y por su excepcional destino, se le deben también las *Enseñanzas*, que fueron agrupadas con el título de la *Suma*, y que son, como los tratados técnicos anteriormente mencionados, una recopilación, ésta de carácter moral, realizada con minuciosidad enciclopédica. Para una sociedad cultivada, pero de procedencia un tanto heterogénea, más alegre quizá que en épocas arcaicas, recogieron y recompusieron numerosas obras populares, sobre todo cuentos: entre los más famosos está el *Cuento del náufrago*, cuadro de aventuras de un audaz navegante en el país de Punt, que es una primera versión de *Simbad, el marino;* el *Relato de Sinuhé*, edificante historia de la clemencia real para con un proscrito que ha vivido entre los asiáticos y cuyos ágiles relatos dan ocasión a una



REALISMO EGIPCIO

Desde los orígenes de la civilización egipcia, artistas y escritores demostraron su gusto por la observación realista, truculenta a veces, como en este bajorrelieve del Antiguo Imperio, en Sakara.

sociedad demasiado cerrada de satisfacer el gusto por el exotismo; el encantador *Cuento de los dos hermanos*, que asocia los episodios más maravillosos en los cuales el bien triunfa siempre, con un sentido muy delicado de la evocación del paisaje egipcio y de la vida de los humildes. Placeres de literatos: los debates de la *Rivalidad de la verdad y la mentira*, en los cuales el autor rebate brillante y polémicamente los sarcasmos de una carta imaginaria escrita por un tal Hori, a quien hace pedazos un escriba rival en un tono desenfadado, poniendo de manifiesto una de las venas más constantes de la literatura egipcia: el sentido del humor, el gusto por la obra chispeante e ingeniosa, que puede llegar hasta la alegría más grosera y burlona. Lo más delicado de la producción literaria son, sin duda, los famosos *Cantos de amor*, que sólo podía apreciar la sociedad del Imperio Nuevo, rica, enamorada de los más delicados placeres, capaz de saborear todos los refinamientos en el análisis de los sentimientos. Así:

El amado:
«Desciendo en barca siguiendo el curso del agua al son de los remos,
mi haz de cañas bajo el brazo,
deseo ir a Menfis para decir a Ptah-Verdad:
"Dame a mi amada esta noche."
El río es vino,
Ptah es su caña y la Poderosa sus follajes.
Sus mensajeros son sus botones,
el dios del loto es su flor.
La Dorada es feliz.
Ante su belleza se aclara la tierra.
Menfis es una copa llena de frutos,
puesta ante aquella cuyo rostro es hermoso...»

La amada:
«Me he abandonado a la corriente por el canal del Príncipe,
y he entrado en el canal de Ra,
y deseo ir allí donde se han levantado las tiendas,
en la altura, a la entrada de la laguna.
Y como voy de prisa,
mi corazón se acuerda del dios Sol,
y piensa que podré ver al amado,
que desea ir hacia la casa del señor.
Estaba de pie a tu lado, a la entrada de la laguna.
Llevas mi corazón hacia la villa del pilar de Ra,
y me deslizo contigo bajo los árboles
que rodean la casa del señor.
Cogí de las ramas que rodean la casa del señor
una rama para hacerme un abanico,
y miré lo que él hacía,
vuelto mi rostro hacia el huerto.
Mis brazos estaban llenos de ramos de persea,
mis cabellos estaban llenos de perfumes.
Me parecía que era la amante de los dos países,
y estaba a tu lado, amado mío.»
(Según la traducción de S. Shott: *Chants d'Amour de l'Égypte ancienne*, Maisonneuve, París.)

El impulso de este lirismo no se limitó a producir graciosos poemas; la misma exactitud en el empleo de los términos, el mismo sentido profundo de lo que es Egipto en sus hombres y su paisaje se encuentran en una de las grandes obras del lirismo religioso: el *Himno al sol*, compuesto por el faraón herético Akenatón:

«...Atas todos los países con tu amor.
Estás lejos, pero tus rayos están sobre la tierra.
Estás en el rostro de los hombres,
y no se conocen tus venidas...
Al alba resplandeces en el horizonte...

los dos países se despiertan en fiesta.
Los hombres se alzan sobre sus pies,
sus brazos se abren para adorar tu levante.
La tierra entera hace su obra:
todo ganado es feliz con su forraje;
los árboles y las plantas verdean,
y los pájaros vuelan de sus nidos;
sus alas se abren, adorando tu alma.
Todos los cabritos saltan,
todo lo que vuela y bate las alas
vive cuando tú resplandeces por ellos.
Los barcos descienden por el río y lo remontan.
Todo camino se abre porque tú apareces.
Los peces en el río saltan ante tu rostro;
tus rayos van al fondo del mar.»

(Según la traducción de P. Gilbert, en *Esquisse d'une histoire de l'Égypte ancienne et de sa culture*, Bruselas-Lebègue.)

Después del Imperio Nuevo perdieron importancia los escribas al desaparecer sus funciones en las monarquías más débiles que no podían mantener una poderosa administración; esta desaparición coincidió con la del brillante medio social para el cual, hasta entonces, habían escrito. En el I milenio antes de J.C., la dirección intelectual pasó exclusivamente a los sacerdotes. Desde hacía mucho tiempo, los templos tenían sus «Casas de vida», es decir, brillantes escuelas en las cuales se formaba el personal de los templos, escribas y sacerdotes y donde, en consecuencia, se elaboraba la ciencia religiosa, pero también trabajos de alcance científico, tales como los alzados de observaciones astronómicas o la redacción de anales. En la baja época, el escriba fue más bien un notario, y los templos, en sus «Casas de vida», conservaron el conocimiento de todo lo que los siglos habían acumulado: los jeroglíficos y las obras literarias y científicas. Por ello, la producción literaria se resintió profundamente. Los hombres que procedían de los medios sacerdotales componían aún obras de sabiduría, incluso conmovedoras por su humildad; pero en relación con la rica producción de siglos pasados, la baja época señala el declive de la literatura profana, incapaz de renovarse. Las escuelas sacerdotales, únicas depositarias de la cultura, se esforzaron en explotar incansablemente los recursos de un pasado muy rico aislándose cada vez más de su tiempo. La lengua hablada no era ya la de los literatos; la escritura corriente, la *demótica*, era despreciada por hombres empeñados en explotar los recursos de la vieja escritura jeroglífica. Incapaces de creaciones literarias o científicas, los sacerdotes que procedían a las últimas síntesis teológicas tampoco poseían una enorme audiencia; pero todos se dirigían a ellos como a los depositarios de un fabuloso saber. Así los vieron y apreciaron ingenuamente los viajeros griegos y romanos.

Los conocimientos científicos. Griegos y romanos emitieron juicios admirativos acerca de la ciencia de los egipcios, y en particular sobre la de los sacerdotes, que nosotros no podemos compartir. No porque en ese aspecto Egipto hubiese permanecido inactivo, sino porque el progreso de su pensamiento científico fue muy lento. Los escribas y los sacerdotes se propusieron siempre conseguir una eficacia inmediata, y las matemáticas, por ejemplo, eran sólo una recopilación de recetas y fórmulas para resolver problemas muy prácticos; jamás supieron liberarse de cierta visión del universo en la cual lo sagrado y lo profano, lo natural y lo sobrenatural se mezclaban confusamente. En medicina, por ejemplo, las invocaciones mágicas desempeñaban un papel principal; todo, en fin, se consideraba a través del prisma religioso: el mundo había sido creado por los dioses, y la ciencia que los hombres podían poseer era también de origen divino.

Por tanto, la esterilidad y el anquilosamiento acecharon siempre a los sabios egipcios, males adquiridos en la baja época cuando los templos se convirtieron en los únicos centros de una vida intelectual ya mal encarrilada. Desde entonces se trabajó en una atmósfera de secreto y revelación, concediendo una fe ilimitada a las cosas del pasado. En ciertos aspectos, aquella mentalidad ha beneficiado al historiador moderno: numerosos textos arcaicos se nos habrían perdido si no hubiesen sido copiados hasta el infinito, ya fuera sobre papiro o en estelas de piedra. Que la baja época haya sido infecunda, es lo que menos sorprende: fue el tiempo en que los sacerdotes se entregaban a las delicias de los juegos caligráficos, sacando todo el partido posible del sistema jeroglífico que sólo ellos podían utilizar todavía, creando signos y sentidos nuevos, imaginando que de un sistema de escritura legado por los dioses se podía obtener, mediante una refinada manipula-

ción, la revelación de las leyes del universo. El sistema abocó en el absurdo, convirtiéndose en un juego sin sentido que terminó por caer en desuso; así desapareció, ahogada por su propio fárrago, la escritura jeroglífica. Contaba entonces con más de 6.000 signos.

Por tanto, hacer el balance de la ciencia egipcia es relativamente fácil. Una vez examinados los documentos acumulados por los teólogos y los magos, el legado de Egipto a la ciencia universal sigue siendo modesto. En *matemáticas*, los conocimientos fueron sumarios: no se utilizó el cero, como en otras civilizaciones antiguas: suma y resta fueron las únicas operaciones practicadas a las cuales se vinculaban las demás; del mismo modo, los números fraccionarios sencillos (del tipo 1/2, 1/3, 1/4, etc., salvo para 2/3); la geometría fue siempre una humilde servidora de las necesidades cotidianas y nunca se elevó demasiado por encima de su papel auxiliar y técnico, necesario para los agrimensores que medían los campos después de la crecida. También la astronomía resulta muy empírica. A pesar de que muy simples observaciones hubieran bastado para la composición de un calendario solar, se limitaron, sin embargo, a la determinación de las horas y de los puntos cardinales; por otra parte, las observaciones hechas por los astrónomos no fueron explotadas por los astrólogos hasta mucho más tarde.

La historia del calendario demuestra la falta de progreso del pensamiento científico egipcio, después de un primer impulso en los períodos más antiguos de su historia: el calendario data del año 4228 a. de J.C., y constaba de doce meses de treinta días, a los cuales se habían añadido cinco días suplementarios; su duración de 365 días implicaba cada año un retraso de un cuarto de día sobre la duración real del año solar; y cada 1.460 años (365 x 4) el día elegido para fijar el principio del año (la aparición de Sirio al mismo tiempo que el sol), de acuerdo con la observación astronómica, se establecía el 19 de julio. Por tanto, el calendario no fue reformado: contentábanse con añadir de vez en cuando los días que faltaban para evitar un «año cojo». Hasta la dominación griega, en 238 a. de Jesucristo, no fueron instituidas las reglas fijas para la adición de un día suplementario.

La *medicina* es sin duda el terreno en que la aportación de los egipcios fue más positiva: sin embargo, no estaba libre de cierto número de impedimentos, tales como la creencia en el origen maléfico de las enfermedades, obra de los demonios o de la diosa leona Sekmet. El papel desempeñado por las fórmulas mágicas, los amuletos y talismanes fue considerable, como también el de los dioses benéficos que ofrecían, en sus templos, la posibilidad de recobrar la salud, como Imhotep, en Menfis. Pero algunas escuelas parece que hicieron progresos notables en el camino de una medicina auténtica, progresos llevados a cabo, por otra parte, en épocas anteriores; la labor de sucesivas generaciones de copistas y escribas los perpetuaron. Así, el papiro llamado de Edwin Smith contiene, al lado de inevitables prescripciones mágicas, un pasaje conforme a las exigencias del espíritu científico: el examen minucioso del enfermo conducía al diagnóstico, luego a la prescripción de un tratamiento racional, que comprendía masaje, reposo, régimen y medicación. Sobre este particular, por sus tratados médicos y el uso de una farmacopea, Egipto fue, sin duda, el iniciador de varias civilizaciones en los conocimientos médicos.



UNA CLEPSIDRA
(la de Amenofis III)

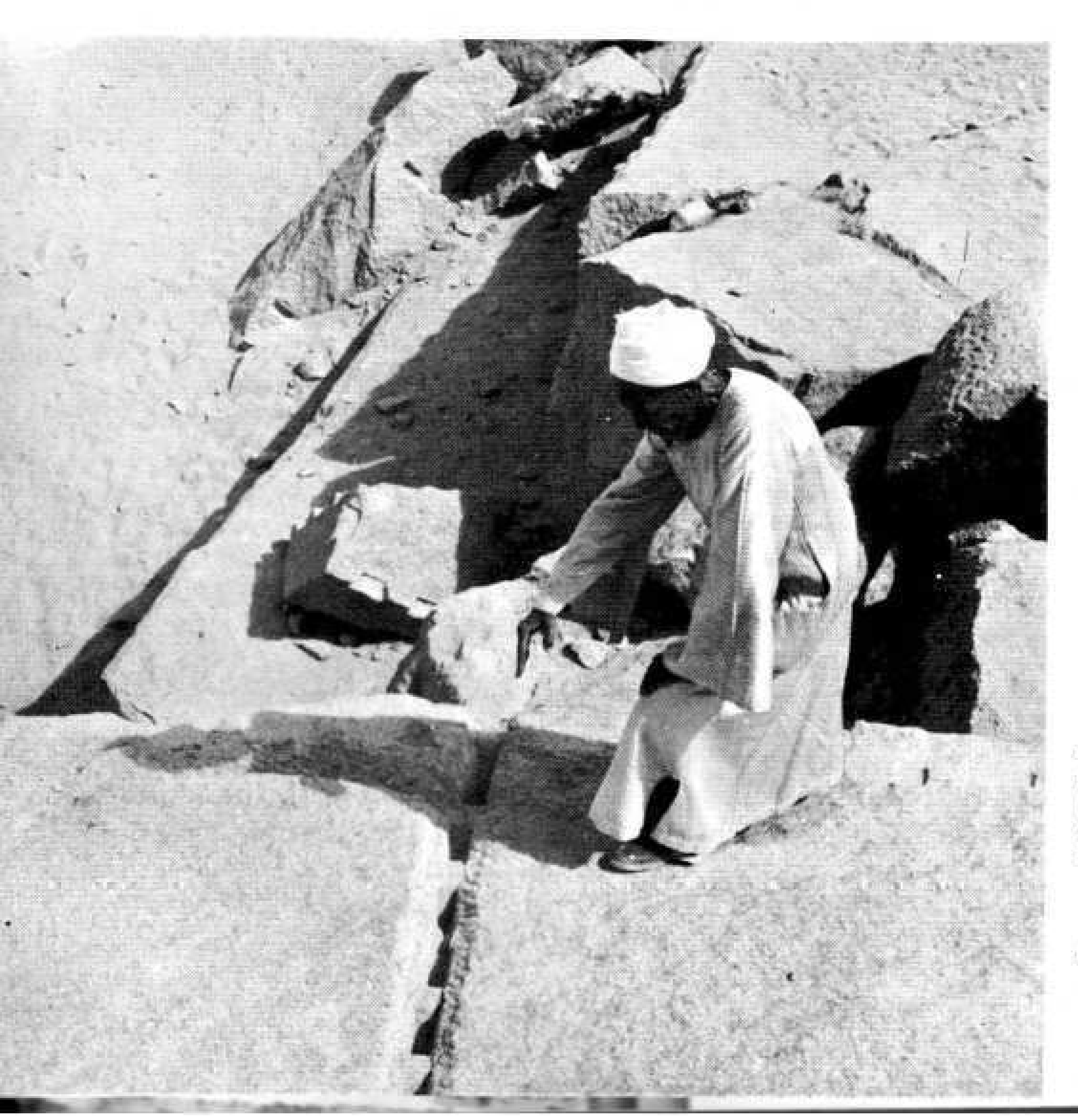
Era el único instrumento de que disponía esta sociedad para medir el tiempo con la caída lenta y regular del agua vertida en la cubeta.

El arte y la sociedad egipcia. Para el erudito, como para el aficionado, Egipto es, en primer lugar, la tierra que ha producido admirables obras de arte, en arquitectura, escultura, orfebrería, pintura, etcétera. Nuestro propósito no es esbozar aquí una historia del arte egipcio considerada como una historia de las formas y de las técnicas. Pero al menos debemos situar estas obras en el contorno de la vida del país, descubriendo en ellas el testimonio de una sociedad.

Los propios egipcios no supieron definir la obra de arte; para ellos era el resultado de una técnica determinada en la cual podía conseguirse la perfección. Por ello, el concepto «artista» era absolutamente desconocido, si bien se respetaba la personalidad del artesano especialmente hábil, al cual se le permitía en contadas ocasiones colocar su firma en su obra. Por otra parte, ¿quién podía pretender ese honor? Sin duda, nunca una obra fue de un solo artesano, sino la de todo un taller, en el cual el mismo objeto requería el trabajo de varias personas trabajando cada una según su especialización. Las pinturas inacabadas de la tumba de Horemheb son muy significativas: aquí, los obreros han dibujado el perfil de las figuras; allí, otros obreros los han grabado; por último, otro grupo extendió el color. Sin duda había allí un coordinador de los trabajos, de cuyo paso ha quedado huella en los retoques muy claros debidos a su pincel. ¿Hemos de reservar para él el título de artista?

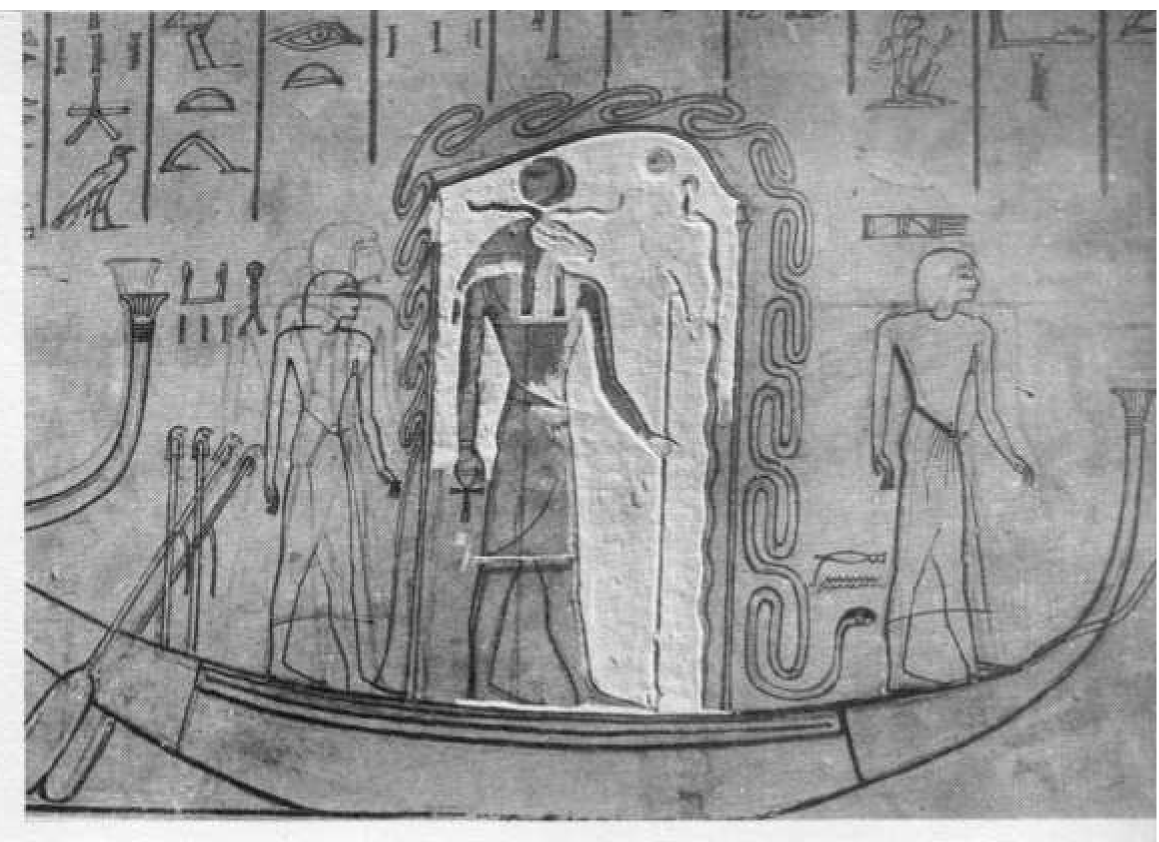
El arte egipcio únicamente creó obras para los palacios reales, los templos y las sepulturas, pero la monarquía, con sus riquezas y su ideología, por la actividad que mantenía en los talleres reales, por las masas humanas que podía poner en movimiento, fue la que desempeñó el papel primordial en el fenómeno artístico. Cada período de declive monárquico ha coincidido con una etapa de decadencia estética.

El primero de los grandes monarcas que conocemos, *Djeser* (III dinastía), dio al arte egipcio una fisonomía que jamás había de



EL GRANITO DE ASUÁN

Hacíanse agujeros en la roca y en ellos se colocaban cuñas de madera seca que se mojaban seguidamente. La madera, al hincharse, resquebrajaba la roca por la línea de muescas.



UN DIBUJO INACABADO

Fueron necesarias circunstancias inesperadas, como la interrupción de trabajos en curso, para que conociéramos bien las técnicas de los grupos de artesanos que se dedicaban a la decoración de las tumbas. Aquí, en la tumba de Horemheb, un sucesor de Tutankhamón, los personajes han sido dispuestos según un dibujo de trazo rojo; después un trazo negro, hecho sin correcciones, ha resuelto el dibujo definitivo. La tarea de hacer resaltar los contornos comienza entonces para destacar fondos y temas, pero se ha interrumpido y no se ha efectuado el último trabajo: resaltar por medio del color los personajes esculpidos en bajorrelieve.

UNA PIRÁMIDE

Prodigioso amontonamiento de bloques, puesto al descubierto con la desaparición del revestimiento que en otro tiempo cubría, alisándolas, las caras de las pirámides.

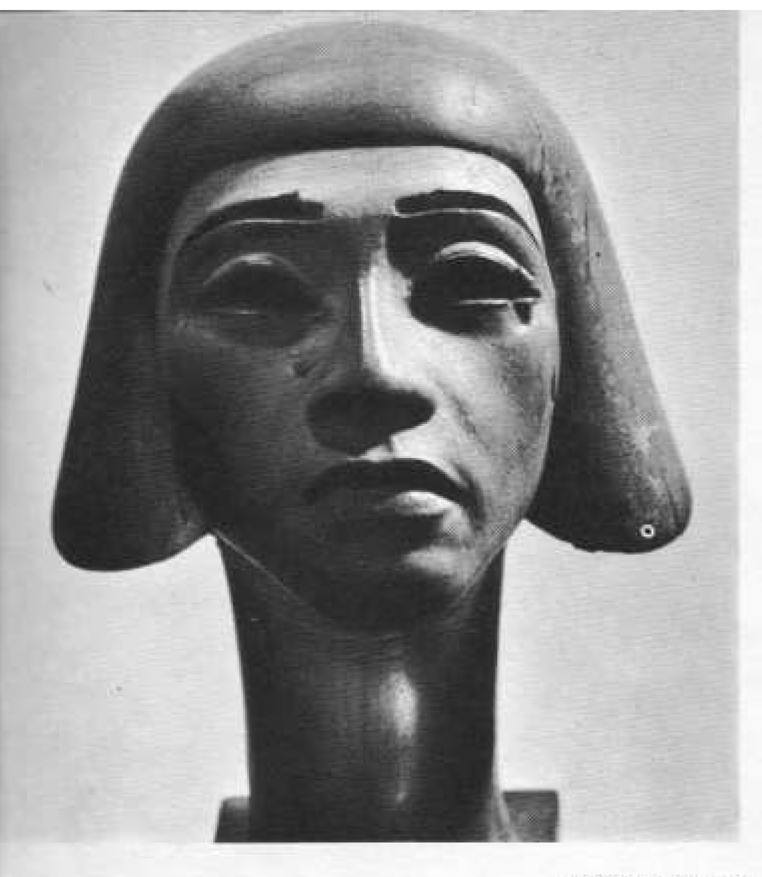




perder: fundó el primer conjunto arquitectónico en piedra, el de Sakkarah, en el cual un complejo de palacios, templos y vastas explanadas rodea la célebre pirámide escalonada. Egipto y sus maestros de obras estaban desde entonces comprometidos en el camino de la simplificación y de la sencillez que había de desembocar en una arquitectura grandiosa y colosal, de la cual las pirámides de Gizeh y los templos que las acompañan fueron los primeros testimonios; en escultura, esto se tradujo en la majestad y el hieratismo de las estatuas de soberanos. Jamás los artesanos ni los ingenieros pudieron olvidar el tiempo de las pirámides, considerándolo como una edad de oro, y experimentaron siempre la tentación de repetir indefinidamente sus fórmulas, que juzgaban perfectas. Esto fue lo que hicieron los arquitectos, pero en la estatuaria y la pintura los acontecimientos de la vida real influyeron notablemente; así, por ejemplo, las preocupaciones morales del Imperio Medio se reflejaron en los rostros de los dioses y los reyes poniendo de manifiesto una vida interior menos serena y que aparece en sus máscaras atormentadas.

La alta sociedad del Nuevo Imperio imprimió en el arte sus características: afición al lujo, inclinación a los placeres de la vida, tendencia a lo pintoresco y al exotismo. La gracia de los retratos femeninos de la corte de Amenofis III, el realismo caricaturesco de las obras de la corte de Akenatón, todo testimonia el desahogo y la libertad ganados por los artistas. Conservando la mejor de las tradiciones heredadas del pasado, podían entonces lograr obras de arte tales como los retratos esculpidos de Nefertiti. Abandonándose a cierta facilidad, se llegó al arte decorativo exuberante del Nuevo Imperio, con una producción cada vez más abundante en la cual la repetición de los modelos y el deficiente acabado en la ejecución demuestran el relajamiento del gusto y la pobre inspiración de los artistas.

En la baja época, con los soberanos saítas, que hicieron resurgir brevemente una brillante civilización egipcia, los artistas se volvieron con nostalgia al más lejano pasado. Entonces se vio revivir a las esculturas hieráticas y severas del Antiguo Imperio; era un arte emocionante por la fidelidad al pasado que así testimoniaba, pero un arte sin posteridad, ligado a la perpetuación de fórmulas, tan estéril como las actividades intelectuales de los sacerdotes contemporáneos, testigo de una civilización agotada que sobreviviría largo tiempo antes de aceptar nuevas formas de vida y expansión.





ROSTROS DEL II MILENIO

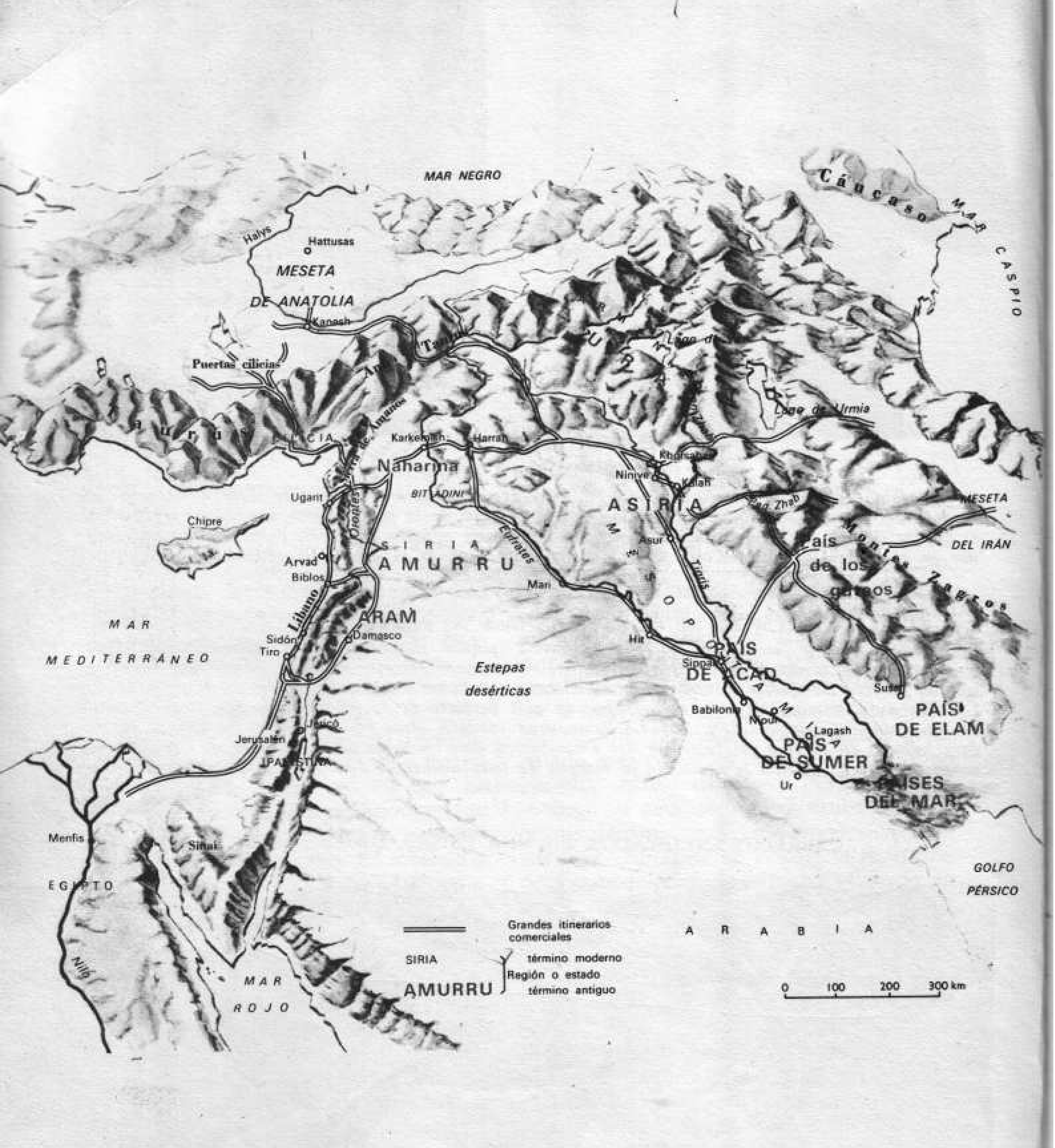
En la página de la izquierda: Amenhmet III, cuya expresión pensativa es la de tantos retratos de soberanos del Imperio Medio. A su derecha, tras el impacto de la «revolución» amarniana (1372-1354), el arte se desligó de los convencionalismos heredados del pasado; expresión exagerada de un realismo en el cual el rey exigía que se lo pintara sin afeites, es el admirable retrato del místico que compuso el Himno al Sol.

DESPUÉS DE EL AMARNA (fines del siglo XIV a. de J.C.)

Los coroplastas y escultores egipcios supieron pronto desprenderse de exageraciones a las que amenazaba arrastrarlos el arte nuevo. Afortunadamente conservaron el interés por la expresión de la vida interior, y evitaron el academicismo que había esterilizado el arte del Imperio Medio. La cabeza de la reina Nefertiti es la expresión más perfecta de la culminación que alcanzó entonces la estatuaria egipcia (cf. p. 90). Lo demuestran también otros rostros, como esa cabeza de madera tallada, en la cual las lecciones del «manifiesto» amarniano se hallan todavía muy próximas, o como esa cabeza de una princesa, ya al margen de toda influencia académica y dotada de un soberano equilibrio.

CABALLOS ENJAEZADOS, EN UNA ESTELA DE EL AMARNA





CONTORNO GEOGRÁFICO Y GRANDES REGIONES HISTÓRICAS
DEL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO

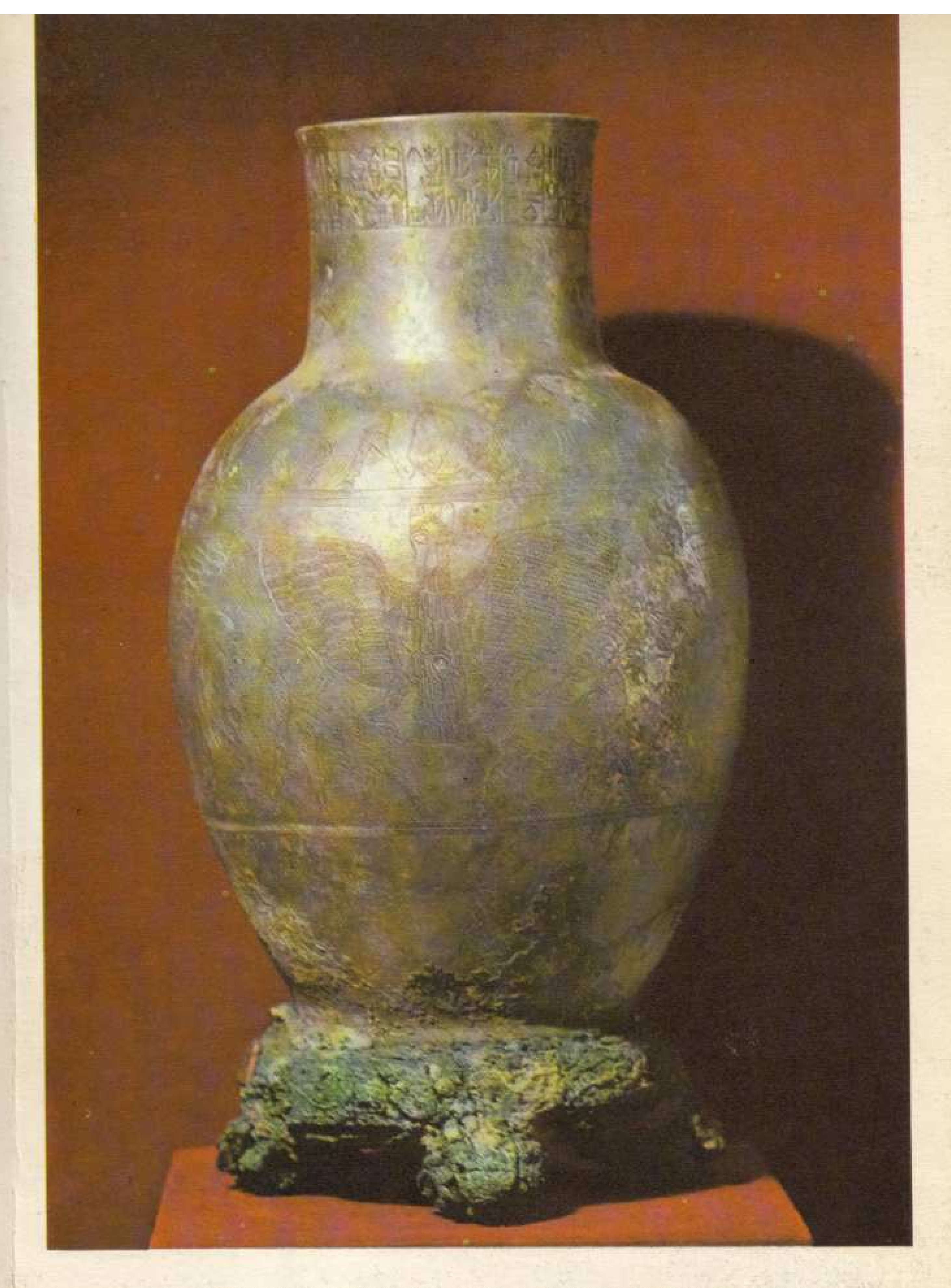
ARTE MESOPOTÁMICO DEL IV MILENIO

Arriba: un altar construido con elementos de terracota, en Tell Halaf. Abajo: una cabeza de felino de basalto pulido con incrustaciones de piedras de color, de El Obeid.

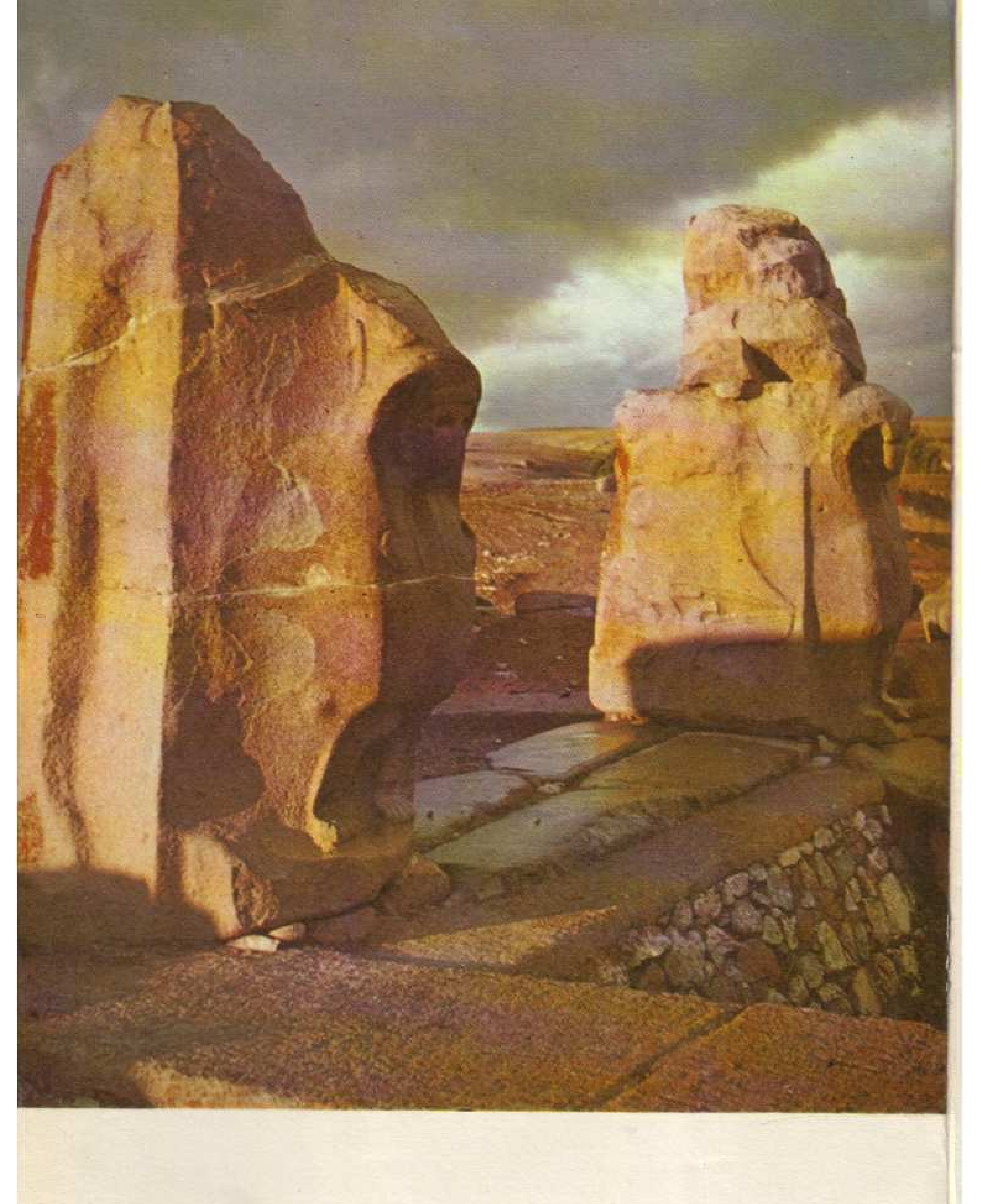


EL ESTANDARTE DE UR (III milenio a. de J.C.)

El tema de este panel de mosaico, compuesto con fragmentos de concha encajados en betún sobre un fondo de greda y lapislázuli, se descifra de abajo arriba. Una batalla en la que toman parte carros de guerra y lanceros acaba con la derrota del enemigo. Los prisioneros son llevados ante el rey, de mayor tamaño que las restantes figuras. El botín es conducido a palacio. Al son de la lira, diversos personajes vestidos con pesadas prendas de lana o konakés lo festejan en presencia del rey.



EL VASO DE ENTEMENA DE LAGASH (primera mitad del III milenio)
En la panza de este vaso de plata con pie de cobre han sido grabadas una inscripción de consagración y la representación de Imdugud, el águila de cabeza de león, que agarra dos ciervos.



LA PUERTA DE LAS ESFINGES, EN ALACA-HUYUK (Anatolia)
Los dos guardianes de una de las puertas de la antigua ciudad hitita de Kushar.

V
MESOPOTAMIA

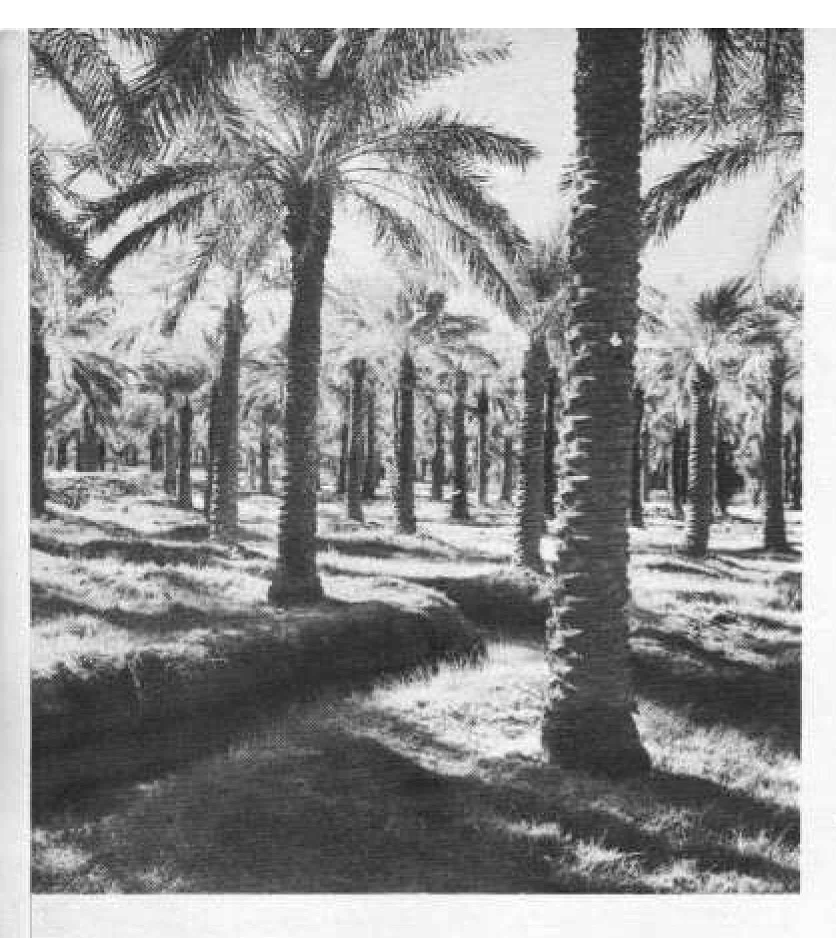
1. *Exigencias de la geografía*

El país «entre los dos ríos». En el sentido estricto de la palabra, Mesopotamia es solamente el país situado entre el Éufrates y el Tigris. En realidad, la palabra se aplica a una región mucho más vasta, que comprende desde el golfo Pérsico a los montes de Armenia y desde la meseta irania a Siria, que ha sido definitivamente asimilada a la civilización de los hombres que habitaban el valle de los grandes ríos.

Como el Nilo, el Tigris y el Éufrates han hecho posible la vida de un valle formado por aluviones; pero, ríos de montaña en una larga parte de su curso, se convierten en torrentes devastadores en la época del deshielo, cuando sus aguas irrumpen en una llanura casi desprovista de pendiente. Las aguas han de ser dominadas por los hombres, que han atenuado, por medio de redes de canales, el efecto de las crecidas y evitado los catastróficos desbordamientos: sin duda, la tradición del diluvio se debe a algunos cataclismos provocados en esta zona geográfica por inundaciones excepcionales.

El relieve, el clima y las posibilidades de cultivo determinan tres tipos de paisaje: al norte se extiende frente a las montañas una ancha meseta que desciende lentamente hasta el centro de la cuenca. Esta región de colinas tiene un clima más fresco que Mesopotamia propiamente dicha, y las especies vegetales son allí muy variadas. Allí se centró el poderío asirio. Más al sur está la llanura tórrida y seca, donde la vida agrícola sólo es posible con enormes trabajos de irrigación; allí, en tierras bien regadas, se cosechaba en abundancia la cebada y el trigo; allí crecían también la acacia, el tamarisco y el árbol de los mil empleos, la palmera. A 200 kilómetros al norte de la actual orilla, el Éufrates y el Tigris desembocaban en el golfo Pérsico después de haber fluido a lo largo de docenas de kilómetros formando pantanos y lagunas: era el País del Mar, rechazado hacia el sur por la progresión de la ribera y el dominio de los cañaverales. En esa llanura, desde Sippar al mar, se extendían Babilonia y el país de Sumer; a lo largo de 400 kilómetros, con una anchura de 75 kilómetros entre ambos ríos, esta región cubría, por tanto, 30.000 kilómetros cuadrados; es decir, la superficie de Bélgica. El tercer elemento del paisaje mesopotámico era la estepa, la llanura seca, de hierba escasa, que bordeaba la tierra habitada por los agricultores, a la cual dominaba con sus escarpes.

Provista de una fauna abundante y útil, como el cordero, la cabra, el buey, el cerdo, el pato, etc., o perjudicial, como el león, la hiena, la pantera, etc., o las temibles nubes de los mosquitos de los pantanos, Mesopotamia ofrecía a los hombres, vegetales muy poco variados que sólo podían cultivarse merced a un esfuerzo constante. Su subsuelo no era mucho más rico: la llanura ofrecía algunos yacimientos de nafta y productos bituminosos; pero era necesario llegar a las estribaciones de las montañas para encontrar piedra para las construcciones y los primeros yacimientos metalíferos. La civili-



zación mesopotámica, con sus grandes realizaciones políticas y religiosas, sus ejércitos conquistadores y sus monumentos, sólo podía levantarse a costa del trabajo de los campos circundantes que las facilidades de acceso les permitían explotar.

Un país abierto. Mesopotamia es accesible por todas partes, menos por el sur, donde empieza el desierto de Arabia. Desde el golfo Pérsico al Mediterráneo, las comunicaciones son siempre fáciles por el valle de los ríos, luego por la llanura esteparia que prolonga la curva del Éufrates hasta los montes del Amanus. Los collados han hecho franqueables las montañas que la bordean al este, al norte y al noroeste: brecha de la región de Susa, pasos de los Zagros, Puertas Cilicias, etc.

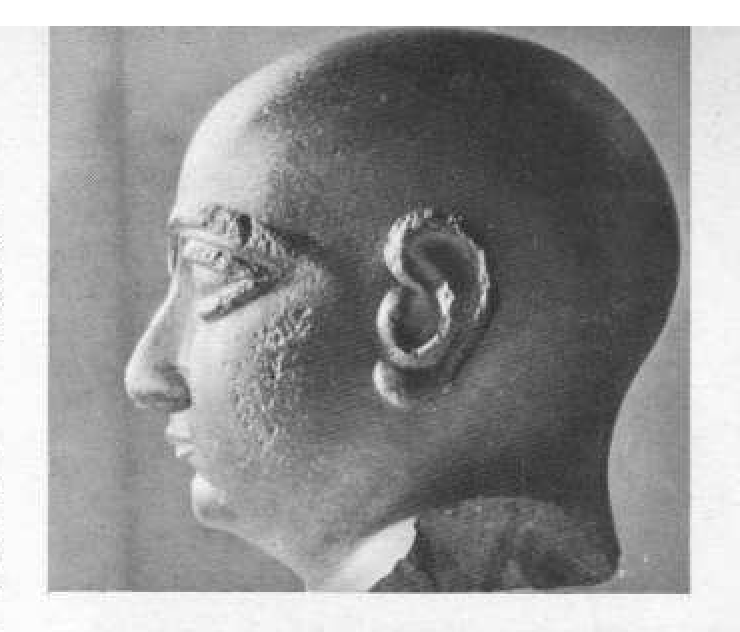
Así, desde la prehistoria hasta nuestros días, Mesopotamia ha sido una encrucijada comercial. Pero también ha estado abierta a todas las invasiones. Su historia es una desconcertante sucesión de imperios empeñados en imponer una autoridad universal, y destruidos en pocos años bajo los golpes de un alud de invasores. La lista de pueblos que han invadido Mesopotamia es larga, pero su avance sólo ha seguido, a lo largo de la historia, dos direcciones: de la estepa, de donde procedían los nómadas hambrientos atraídos por los fértiles valles, y de las montañas, de donde llegaban los bárbaros empujados por las migraciones en la llanura euroasiática.

No se sabe de dónde vinieron los elementos más antiguos de la población mesopotámica: los *sumerios,* los *elemitas,* los

EL AGUA EN MESOPOTAMIA

Arriba: un palmeral; las acequias discurren por entre las palmeras. Este paisaje era el que crearon los hombres del IV *milenio a. de J.C. Desgraciadamente, no siempre supieron evitar la esterilización de los suelos por las sales que dejaban las aguas de irrigación. Inmensos espacios irrigados durante siglos han dejado de producir toda vegetación desde la antigüedad. Abajo: una ligera barca de cañas se desliza por los pantanos de la Baja Mesopotamia. Esta representación se halla contenida en el desarrollo de un sello cilíndrico del* III *milenio, cuyo tema es el paseo de un dios.*





UN HABITANTE
DE LA ANTIGUA MESOPOTAMIA

Fácilmente reconocible entre numerosas representaciones, este tipo físico fue quizá característico de la población sumeria. Parece más prudente decir que nos hallamos en presencia de un tipo humano, que era el de los habitantes de Mesopotamia antes de la llegada de los semitas.

urarteos y los *hurritas*, ni qué relaciones pudieron establecer entre ellos; sus lenguas perdieron terreno ante las de los recién llegados y dejaron de emplearse en la época histórica. Muy pronto los semitas salieron de las estepas occidentales: desde el IV milenio, grupos semitas se habían instalado en Babilonia, donde tuvieron fructíferas relaciones con los sumerios. Pero se sucedieron las oleadas: a fines del III milenio fueron los *acadios*, seguidos algunos siglos más tarde por los *amorreos;* a fines del II milenio llegaron los *arameos*. Mientras todos los pueblos de Mesopotamia hablaban una misma lengua semita, el *acadio*, dividida en dos grandes dialectos, asirio al norte y babilonio al sur, los arameos hablaban una lengua que había de imponerse sobre todas sus vecinas y adoptarse en todos los pueblos de Oriente durante el I milenio antes de Cristo. Los *indoeuropeos* representan un último elemento de perturbación en la vida de Asia occidental. Han actuado a partir del II mi-



FAUNA MESOPOTÁMICA

A la derecha: un león derriba a un toro salvaje (grabado sobre concha procedente de Tello-Lagash, III milenio). Abajo: friso de animales en un cilindro-sello: rebecos y carneros en los pastos, simbolizados por unas cuantas hojas.



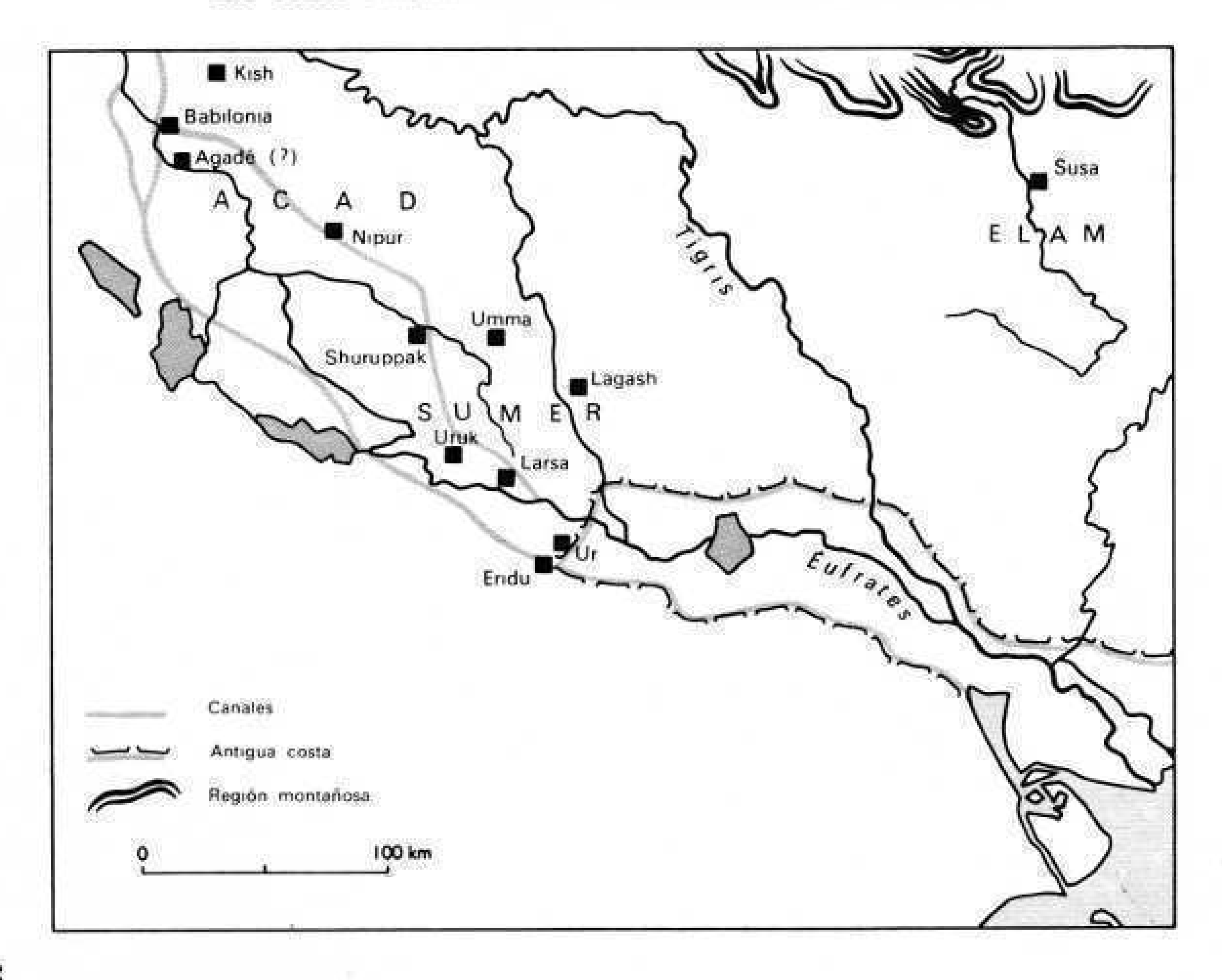
lenio, bien a través de las masas de invasores en busca de tierras conquistables y botín, bien por la servidumbre de los primeros ocupantes del país que dominaron, formando ellos mismos una aristocracia guerrera. Mesopotamia conoció así la fundación de un Imperio *casita* en Babilonia hacia 1600; las incursiones *hititas* que partiendo de Anatolia llegaron hasta Babilonia hacia 1530: la deslumbrante carrera de un Imperio hurrita de *Mitani*, que dirigía una aristocracia indoeuropea (1500-1350); las terribles invasiones de los *cimerios* (siglos VIII) y de los *escitas* (siglo VII); y por último la de los *medos* (fines del siglo VII) y de los persas (siglo VI), después de los cuales Mesopotamia ya no escapó de amos extranjeros: los *griegos* (siglos IV-II), *partos*, *persas* y *romanos* (hasta principios de la Edad Media).

Sin embargo, cualesquiera que hayan sido sus vicisitudes, la historia de Mesopotamia sigue siendo fiel a sus orígenes: lo que habían realizado los sumerios a partir del IV milenio señala de manera indeleble una civilización expuesta, no obstante, a más catástrofes de las que jamás conoció Egipto.

2. *Historia y civilización de los sumerios*

De las primeras ciudades a los primeros imperios. Hacía ya mucho tiempo, Mesopotamia estaba habitada por las comunidades de agricultores y pastores, cuando una oleada de inmigrantes ocupó el país del sur hacia el año 3500 a. de J.C.: eran los sumerios. ¿Habían llegado por mar desde la India? Se ha relacionado a los sumerios con poblaciones dravídicas. ¿Venían del noreste?

LA BAJA MESOPOTAMIA A FINES DEL III MILENIO



Poseían, en efecto, una excelente metalurgia del cobre. Como quiera que fuere, hay que imaginar a Mesopotamia habitada, a partir de 3500, por una población de orígenes muy diversos, en la cual los sumerios y las partidas de nómadas semitas procedentes del noroeste se mezclaron con las primeras poblaciones agrícolas y pastoriles que habían creado la cultura de *El Obeid*. En conjunto, la población sumeria fue más densa en el sur, y la población semita se concentró más bien en el centro de Mesopotamia. Durante el período oscuro que comprende los años 3500 a 2700 aproximadamente, los sumerios prosiguieron la obra de sus predecesores, multiplicando y acrecentando los oasis ganados a las áridas estepas y los grandes pantanos; pudieron edificar las ciudades agrupadas en torno a los templos, cuyo clero impuso una estricta disciplina social indispensable en esa tierra de precursores.

Hacia 2700, las ciudades se hallaban ya lo bastante extendidas y pobladas como para entrar en conflicto unas con otras, disputándose las aguas de irrigación; todas pretendían ejercer una hegemonía política y agotaban sus fuerzas en guerras continuamente reanudadas. Ninguna ciudad pudo imponerse por mucho tiempo: la autoridad conquistada al día siguiente de una victoria duraba tanto como el príncipe que la había conseguido, y la burocracia, todavía embrionaria, no tenía la amplitud ni la experiencia necesarias para sustituir la frágil dominación adquirida al azar de una batalla afortunada, con la continuidad de una administración que englobara a las ciudades conquistadas. Un solo ejemplo: la todopoderosa ciudad de *Lagash* dominaba a la siempre indócil ciudad de *Umma;* de pronto, Umma se recuperó con el príncipe *Lugal Zagassi*, venció y destruyó a Lagash, conquistó Ur, Kish y Uruk y llegó hasta el Mediterráneo. Esto duró veinticinco años. Hacia 2300, un rey semita, *Sargón de Acad*, abatió su poderío y unificó Babilonia.

Habíase constituido, en efecto, una importante población semita en la Mesopotamia media, en la parte septentrional de Babilonia. Tomando de los sumerios mucho de su civilización, los semitas hablaban su propia lengua, la acadia, y aportaron consigo un panteón diferente del de los sumerios. Su penetración hacia el sur se había detenido en la villa de Kish, cuando uno de ellos, Sargón de Acad (del nombre de su capital, *Agadé*, y del país que mandaba directamente, la Babilonia septentrional o *Acad)*, se impuso como conquistador y administrador. En pocos años su imperio se extendió desde el golfo Pérsico al Mediterráneo. Sobre este vasto territorio reinó una dinastía hasta 2150 aproximadamente, gracias a una organización política dúctil, centralizada en la propia Acad, descentralizada en Sumer, y apoyada en un personal administrativo. Un buen ejército permanente impedía las revoluciones y sobre todo permitió durante mucho tiempo contener a los bárbaros que presionaban sus fronteras por puntos diversos.



SARGÓN DE ACAD

Fácilmente se reconoce en este noble rostro un retrato del primer gran soberano semita. La cabeza de bronce, hallada en Nínive, ha perdido sus ojos incrustados, y la nariz ha sido aplastada por un golpe. El peinado, extrañamente complicado, es el mismo que hacía siglos usaban los soberanos sumerios.



Tras las duras campañas de *Naram Sim* (hacia 2190) el Imperio no tardó en derrumbarse: los *guti*, procedentes de las montañas del norte y del noreste, devastaron Mesopotamia y se instalaron definitivamente en Acad hacia 2150.

La liberación llegó de las viejas ciudades sumerias, Uruk y luego Ur. Los guti fueron expulsados de Babilonia (hacia 2070) y se instituyó un nuevo equilibrio político en beneficio de Ur, cuyo rey *Ur-Nammu* fundó una nueva dinastía, la tercera, por lo cual este breve período de renacimiento político sumerio se designa como la *época de Ur III*.

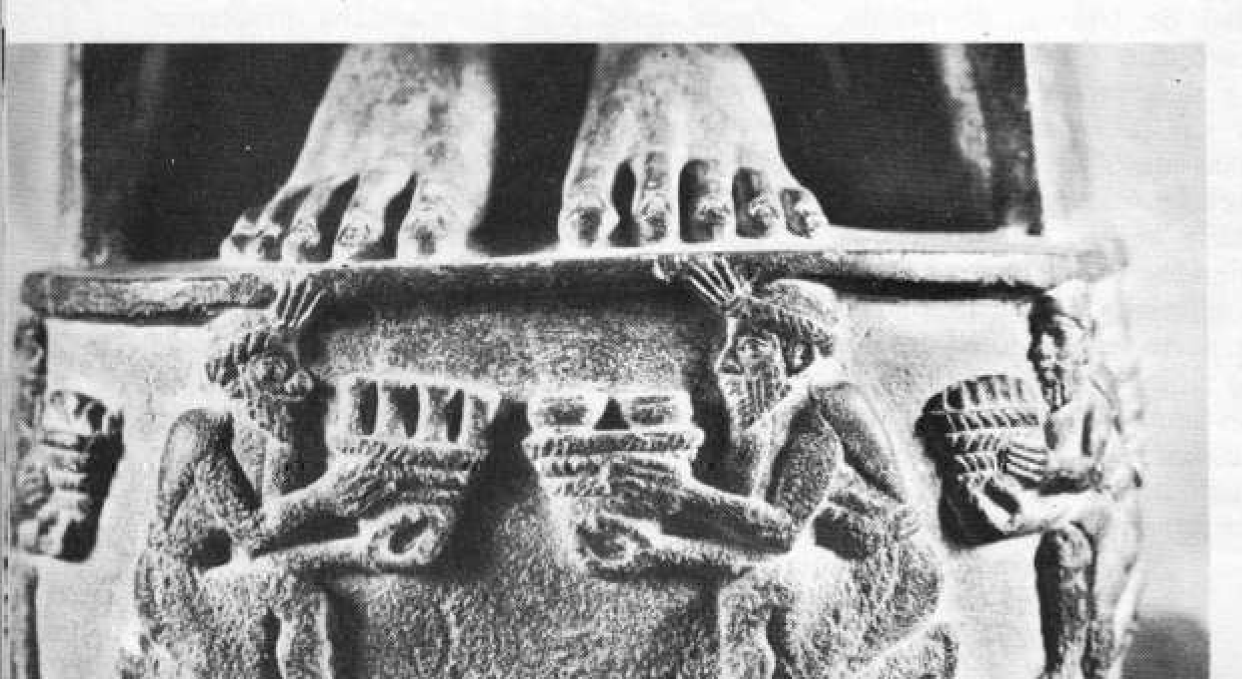
La experiencia había enseñado a qué peligros se exponía la autoridad de una ciudad sobre sus vecinas sin el aparato político y administrativo indispensable. En un vasto territorio que agrupaba Sumer, Babilonia, Elam y los valles de los ríos hasta Mari y Asur, los reyes de Ur supieron reinar durante un siglo combinando las exigencias de autonomía y autoridad. Hacíanse obedecer por gobernadores, pero sabían conceder amplia libertad a las ciudades sumerias: Lagash se desarrolló notablemente en esa época bajo la autoridad de su príncipe *Gudea*.

ESTELA DE LA VICTORIA DE NARAM SIM
(fines del III milenio)

El sucesor de Sargón de Acad triunfa aquí sobre los pueblos montañeses, tal vez de los guteos, cuyos cadáveres pisa. Su casco está adornado con cuernos, insignia del poder. Con notable economía de medios, el artista ha sabido expresar la ascensión victoriosa de los soldados de Acad, y la derrota de sus enemigos acorralados en sus refugios de las montañas.

ZÓCALO DE LA ESTATUA
DE UR NINGIRSU

Del hijo de Gudea sólo se ven los pies; simbólicamente se han colocado debajo sus tributarios, que el príncipe de Lagash domina haciendo de ellos «su escabel», conforme a la práctica de los caudillos victoriosos (cf. p. 152).







GUDEA DE LAGASH

A fines del III *milenio, época de la hegemonía de Ur III, se desarrolló un arte de gran belleza llamado impropiamente neosumerio. En efecto, el arte de esta época combinaba las tradiciones sumerias y las que se habían desarrollado en la época del imperio de Acad, notable sobre todo por sus cilindros sellos. Lagash ha dado muchas estatuas representando a Gudea, el gobernador, acaso el rey de la ciudad, en actitud de orar. Sentado o de pie, tocado con un extraño turbante o con la cabeza descubierta, el cráneo afeitado, junta las manos piadosamente. Esas obras talladas en diorita dan una impresión de serena autoridad.*

Una vez más, la penetración de los bárbaros obligó al jefe del Imperio a una lucha agotadora. Su fracaso significó una nueva invasión y la disgregación del Imperio a causa de la libertad que recobraron las ciudades y provincias vencidas. Los invasores seguían siendo todavía montañeses del norte, pero sobre todo semitas nómadas, los *amorreos*, llegados de las estepas de Siria. Entre las ciudades que se liberaron entonces, *Larse* e *Isin* iban a ejercer temporalmente cierta hegemonía. El corrimiento de pueblos ocasionado por la penetración de invasores situó a los asirios en el norte de Mesopotamia; el hecho tendría ulteriores consecuencias.

La civilización sumeria: ciudad-templo y ciudad-estado. Desde principios del III milenio a la caída del Imperio de Ur III, es decir, durante unos mil años, la vida de los habitantes de Sumer se desarrolló en el marco de las ciudades. Cada una de ellas poseía un territorio limitado y la mayor parte de sus habitantes estaban agrupados en un mismo centro urbano.

Sólo conocemos con cierto detalle la historia de Lagash. Sabemos que bajo el príncipe *Ur-Kagina* (antes de 2300), el cual fue vencido y muerto por Lugal Zagissi, de Umma, la ciudad contaba con 36.000 habitantes, el mayor número de los cuales vivía en Lagash mismo, en torno al



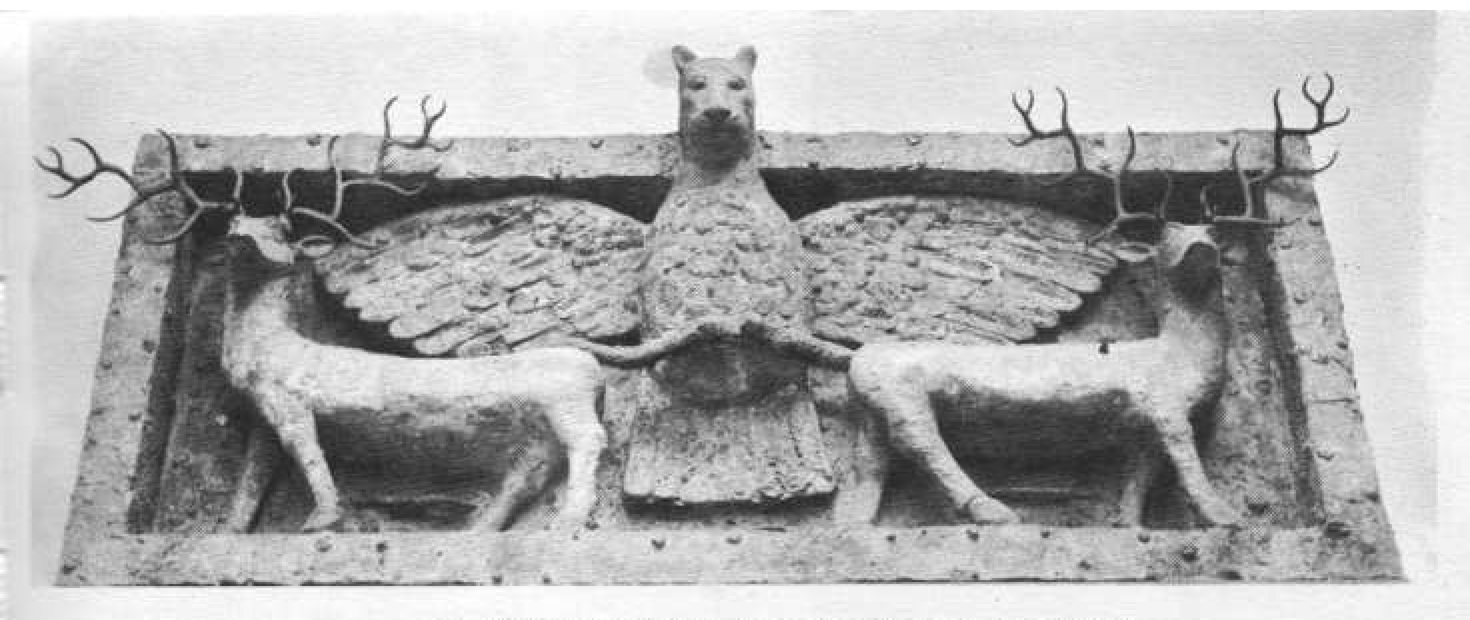
LA GUERRA EN EL PAÍS DE SUMER

En este fragmento de la estela de Eannatum, llamada «estela de los buitres», los lanceros victoriosos pisotean los cadáveres de sus enemigos. Visten pesadas faldas de lana; anchas bandas (¿de cuero?) cubren sus hombros; tienen la cabeza protegida por un casco provisto de un cubrenariz.

templo del dios Nin-Girsu; los otros se agrupaban en algunas aldeas secundarias subordinadas a la capital y agrupadas, como ella, en torno al santuario: Uru Kuga, en torno al templo de la diosa Baba; Nina, en torno al templo de Nanshe, diosa de las aguas, etc. Después de su destrucción por los soldados de Umma, Lagash se rehízo y alcanzó su mayor extensión bajo *Gudea* (hacia 2050-2040): contaba entonces con 216.000 habitantes, y el número de templos construidos en su territorio pasó de veinte (hacia 2300) a treinta y cinco. Pero en uno y otro momento debemos imaginar la villa principal, y con mayor razón las aldeas, como un conjunto de casas sencillas y cabañas, agrupadas en torno a las únicas construcciones que merecían el esfuerzo de los hombres: el templo y sus dependencias, y quizás el palacio. Toda villa sumeria tuvo ciertamente el mismo aspecto: a partir del comienzo de las luchas armadas, se rodeó con un recinto amurallado. Se ha descubierto el cerco de murallas de Uruk, construido sin duda hacia 2700, y cuyo conjunto de 9'5 kilómetros de murallas reforzadas con 950 torres encierra una superficie de 435 hectáreas.

Durante mucho tiempo, la ciudad sumeria fue una ciudad-templo, cuya vida se organizó en función de éste. El dios era el verdadero señor de la ciudad, y el jefe del clero era solamente su representante, reinando con este título sobre todos los habitantes de la ciudad. Del templo partía la autoridad que imponía la indispensable disciplina social y económica necesaria en un país nuevo. Al templo iban a parar los beneficios de la explotación económica, para la gestión de los cuales fue creado un sistema de escritura y contabilidad. Los sumerios llamaban al templo la «Gran Casa», y era en efecto una especie de palacio en el cual residía la divinidad, rodeada, como más tarde el soberano en su morada, por su familia y sus servidores, repartidos en una amplia jerarquía que iba desde el sacerdote al esclavo, pasando por el escriba del templo, etcétera. Por tanto, al señor de la ciudad iban a parar los frutos del trabajo de los hombres; para él eran también las ceremonias costeadas por todos los habitantes agrupados en un común fervor, que debían satisfacer al dios y obtener prosperidad y seguridad para la ciudad.

El número de dioses, objeto de tantos ciudados, era tan grande como el número de aldeas que se les había dado en señorío; sin embargo, algunos dioses alcanzaron un acatamiento más amplio y desbordaron los límites de sus ciudades de origen: *Anú*, dios



EL DIOS IMDUGUD (primera mitad del III milenio)
El águila leontocéfala que captura a dos ciervos es representación del dios de la tempestad, Ningirsu. El panel, que adornaba el portal del templo, está hecho de hojas de cobre repujado, fijadas en un bastidor de madera untado de betún.

del cielo; *Inanna*, diosa de la fecundidad, ambos originarios de Uruk; *Enlil*, dios del cielo y de la tierra, reverenciado primero en Nippur; *Enki*, dios de las aguas, señor de Eridu, etc. En este panteón masculino y femenino ocupaban el primer lugar los dioses, que eran frecuentemente los señores de las ciudades; las diosas, sus compañeras, encarnaban todas, de una manera u otra, un aspecto de la divinidad fundamental, la señora de las fuerzas fecundas, vegetales y animales.

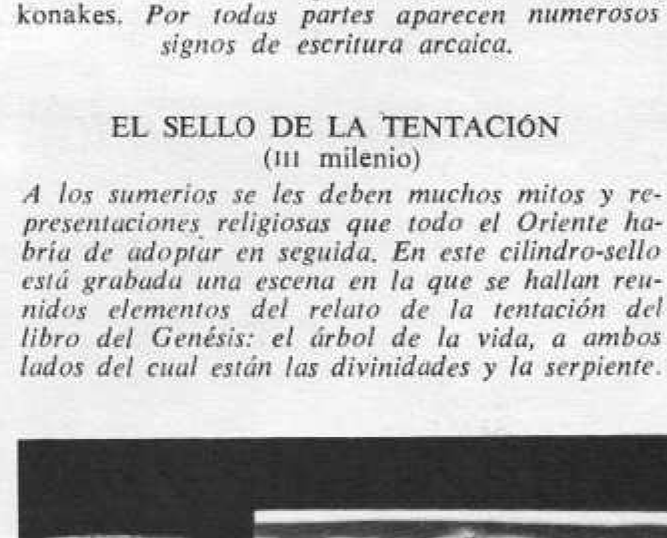
A principios del III milenio, esta estructura política relativamente sencilla se modificó con la aparición de un nuevo personaje, el príncipe, diferente del gran sacerdote,





PLACA DEL SACERDOTE DUDU, PROCEDENTE DE LAGASH
En esta obra, que data de mediados del III milenio, se encuentra el tema de Imdugud. Arriba, el novillo simboliza la abundancia; a su derecha, el sacerdote lleva el pesado vestido de lana o konakes. *Por todas partes aparecen numerosos signos de escritura arcaica.*

EL SELLO DE LA TENTACIÓN
(III milenio)
A los sumerios se les deben muchos mitos y representaciones religiosas que todo el Oriente habría de adoptar en seguida. En este cilindro-sello está grabada una escena en la que se hallan reunidos elementos del relato de la tentación del libro del Genésis: el árbol de la vida, a ambos lados del cual están las divinidades y la serpiente.

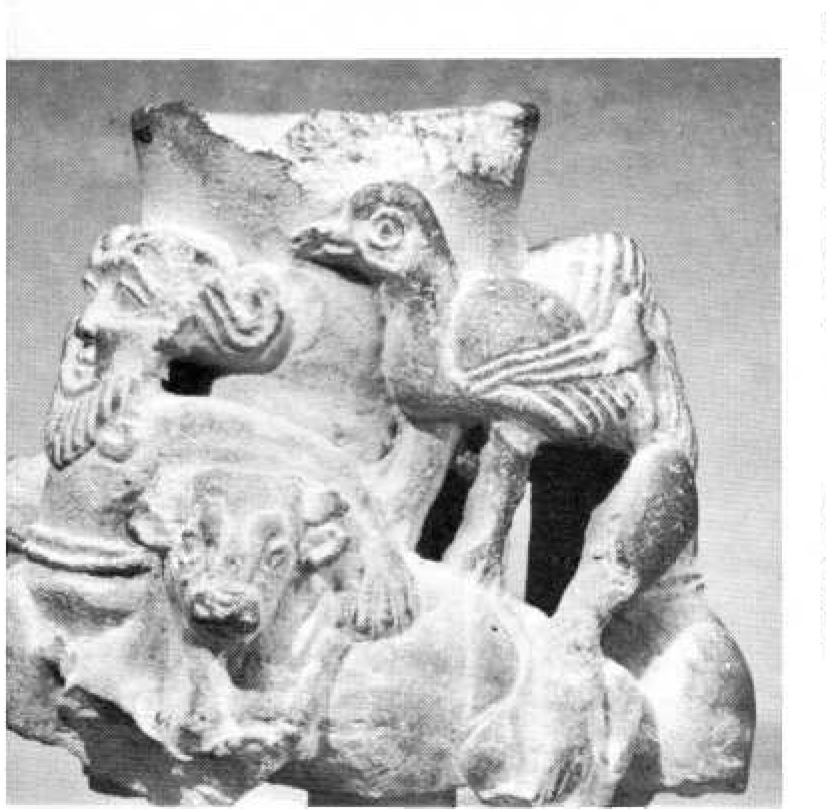




EL DIOS ABÚ Y SU COMPAÑERA

Dos estatuas de alabastro, halladas en Tell Asmar, en el templo de Abú. El dios estaba rodeado por una docena de adoradores.

que era su subordinado. Era el *ensi*, jefe de la ciudad, e incluso el *lugal* (es decir «el gran hombre»), cuando el personaje pretendía ostentar una autoridad más considerable. La distribución de competencias entre el jefe del clero y el príncipe escapa a nuestro conocimiento. Parece que durante mucho tiempo el nuevo personaje fue a la vez príncipe laico y responsable del templo del dios principal y, por tanto, de sus bienes. Habitaba en el recinto del templo y era coordinador de los trabajos de la ciudad para el reparto de las aguas, la excavación de canales, la conservación de los templos, la dirección de la guerra y el ejercicio de la justicia, y actuaba en todo como vicario o lugarteniente de la divinidad. Poco a poco su papel sacerdotal se atenuó: sucedió que se desembarazó de sus funciones de ecónomo de la divinidad principal, que recayeron en un sacerdote, y abandonó el recinto del templo para vivir independiente en su palacio. Sus recursos eran considerables: consistían en detracciones sobre una parte de las tierras y recaudaciones de los templos, y en cánones exigidos a diferentes categorías de la población. El templo seguía siendo, por su organización, el verdadero regulador de la vida económica; los escribas, que se habían formado en él, proporcionaban al príncipe el núcleo de su personal administrativo. Sin embargo, la ciudad sumeria conoció una progresiva laicización de sus instituciones. En algunos siglos, Sumer había pasado del régimen de la ciudad-templo al de la ciudad-estado. El príncipe se atrevía a usurpar los bienes y los derechos de los templos; apoyándose cada vez más en sus soldados, sus funcionarios, sus guardias, sobre todo en aquellos a quienes se aplicaba el epíteto elocuente de «hombres del príncipe». ¿Cabe imaginar que el sistema político y social de aquella época encerrara al hombre en una red de sujeciones que pueda calificarse de despótica? Es cier-



EL PRIMER GILGAMESH

En este vaso de libaciones de fines del IV *milenio aparece el tema del héroe luchando contra las bestias salvajes. Aquí se trata probablemente del héroe Gilgamesh y de su amigo Enkidu, cuyas hazañas y amistad habían de proporcionar durante siglos un tema literario inagotable y un motivo artístico mil veces repetido* *(cf. p. 200).*



ESCENA CULTUAL
(fines del III milenio)

Con sus vestiduras que dejan desnudo el hombro derecho (confróntese p. 151), los oficiantes avanzan mientras otros hacen sonar una especie de gongo coronado con la efigie de un dios.





INANNA, LA DIOSA
DE LA FECUNDIDAD
(Khafadje, principios
del III milenio)

Semidesnuda, asiendo serpientes o vertiendo agua, era la señora de los animales y de la naturaleza. La que sería más tarde adorada como Istar tenía ya como símbolos la estrella y la media luna.



ESTELA DE UR NANSHE DE LAGASH (hacia 2500 a. de J.C.)

El rey y sus funciones. Arriba: acompañado de la reina y de sus hijos lleva una cesta llena de ladrillos a un templo. Abajo: en el palacio, el banquete en presencia de su familia o de su corte, que cruza respetuosamente los brazos. El rey y la reina llevan la pesada falda de lana. Todos los hombres tienen afeitado el cráneo.

to que los consejos de organismos como el Consejo de los Ancianos debieron pesar en cierto modo sobre las decisiones de príncipes emprendedores; bien pudiera tomarse como índice de este estado de cosas la extensión que en la época de Ur III tenía el templo de la ciudad y su palacio anejo, los cuales ocupaban 1/7 del área urbana.

La civilización sumeria: economía y sociedad; sus incapacidades. Estudiar la vida económica de las ciudades sumerias es enfrentarse una vez más con el problema de la organización del templo y de sus bienes; en todas las épocas fue esencial impedir prácticamente la constitución de una propiedad privada, lo cual hacía posible la movilización de toda la mano de obra en beneficio exclusivo del templo y el palacio. Poco antes de 2300, el templo de Baba, en la ciudad de Lagash, disponía de 4.465 hectáreas de pastos y cultivos, a las cuales se añadían jardines, viveros y pantanos; 1.200 personas hallábanse permanentemente adscritas a su servicio. Había otros veinte templos, pero de ellos no sabemos nada. Prácticamente, toda la población dependía, por tanto, del templo para su subsistencia; cada familia vivía primero del campo que su jefe había recibido, ya fuera como granjero de la tierra del dios, o como pago de los servicios que prestaba en el templo. La producción era ante todo agrícola: la vida dependía del cultivo de la cebada y la explotación de los palmerales, a lo cual se agregaban los ingresos por la cría de ganado y la abundante pesca. Los talleres de los templos trabajaban el cobre, el bronce, el oro y la plata, y las ciudades sumerias tuvieron excelentes metalúrgicos y orfebres que utilizaban metales y piedras preciosas, de las cuales la más apreciada fue el lapislázuli. Necesariamente existían corrientes comer-

ciales para proveer de minerales los hornos de los forjadores, de madera a los constructores de templos y palacios, y de bellas piedras duras a los escultores y lapidarios. A pesar de la tutela de los templos, existía también un comercio interior, sin el cual no se comprendería bien que aquellos particulares que disponían de sobrantes de sus campos pudiesen adquirir pequeñas cantidades de objetos manufacturados, y también un poco de dinero exigido para el pago de ciertos cánones.

Esta vida económica tenía que ser necesariamente frágil: la actividad de los talleres dependía demasiado de las fuentes de materias primas, a pesar de la utilización múltiple de algunos materiales que ofrecía la baja Mesopotamia: arcilla y cañas principalmente. Las distancias que había que recorrer para llegar a los yacimientos metalíferos de las montañas y los bosques del norte y del Líbano eran demasiado considerables, y los caminos estaban demasiado expuestos a las correrías de los bárbaros. Se atribuye a la dificultad momentánea de las relaciones con el Cáucaso la escasísima cantidad de estaño que entraba en la composición del bronce en la época de Sargón de Acad. Más grave aún era la carga de los servicios impuestos por los templos, que sustraían a la vida económica a todos los habitantes de las ciudades durante cuatro meses al año.

La construcción de los templos representaba una empresa colosal, habida cuenta de los medios, de la época, de la falta de materiales sólidos; el empleo del ladrillo exigía incesantes reparaciones. En la construcción del templo blanco de Anú, en Uruk, se emplearon 1.500 hombres durante cinco años, a razón de diez horas diarias. El templo de Shara, en Umma, requirió ocho años: para ese templo y el de la diosa Nin-Ura fueron precisos 8.975.000 ladrillos grandes y 16.832.000 ladrillos más pequeños. La sola fabricación de ladrillos (se hacían con ayuda de un molde de madera y el rendimiento era de ochenta ladrillos por día y obrero) empleó mil obreros durante once meses. Luego fue necesario cocer una parte de ellos: solamente entonces comenzaron los trabajos de albañilería, cuyo volumen alcanzó 117.000 metros cúbicos. Y éste sólo era un templo entre tantos, y no de los mayores.

Conocemos muy mal lo que era la vida social de las ciudades sumerias, reglamentada siempre por el templo y supeditada a una actividad agrícola. Parece ser que la mujer sumeria estuvo equiparada en sus derechos al hombre. Como él, podía ejercer una función importante en la vida del templo y ser pagada con tierras; como él, podía comprar y vender su casa y su jardín (únicos elementos sobre los cuales el individuo ejercía un derecho de propiedad), y comprar y poseer esclavos por cuenta propia. La sociedad sumeria tuvo sus grandes personajes, dignatarios del templo o del palacio, de cuya riqueza tenemos noticia por las tumbas de Ur, y también sabemos de los abusos que cometieron a través de los textos que han llegado hasta nuestros días.

Los conocemos así por los textos de Urukagina de Lagash (antes de 2300), que aparece como uno de los primeros reformadores sociales de la historia: bajo sus predecesores, sacerdotes y «hombres del rey» habían hecho recaer en su provecho numerosas rentas y privilegios de los templos, y abusado de su autoridad para oprimir

EL ARTE ANIMALÍSTICO EN EL PAÍS DE SUMER (fines del IV milenio)

Ignoramos el destino de esta cabeza de oveja, fragmento de un grupo esculpido o modelado en piedra por fundidores de cobre. La seguridad y sencillez de la escultura demuestran el valor de los artistas de Mesopotamia meridional, en los orígenes mismos de la civilización de Sumer.



a los pobres. Hizo restituir a los templos los bienes usurpados, es decir, tierras con sus cultivadores duramente esquilmados. Abolió o redujo muchos cánones, limitó el cuerpo de perceptores y fiscalizadores, prohibió los derechos demasiado onerosos (cinco siclos de plata, o sea 40 gramos) que gravaban ciertos actos civiles como el divorcio, disminuyó las tasas sobre los funerales que percibían los sacerdotes, y que pasaron de 420 panes, 120 litros de grano y 7 cántaros de cerveza, a 80 panes y tres cántaros de cerveza, y prohibió al poderoso que oprimiera al pobre pagándole su casa y su asno a un precio irrisorio, y que ejerciera brutalidades en una prisión por deudas. El príncipe expresaba el sentido de su obra con una fórmula destinada a un largo porvenir y que expresaba un ideal político y social: «La protección de la viuda y el huérfano.»

La estructura de la civilización sumeria influyó sobre todos los pueblos que se establecieron en la llanura mesopotámica. Más o menos rápidamente, difundió su escritura, sus técnicas y su arte. Desde fines del III milenio se hizo imposible distinguir una civilización sumeria de una civilización semítica, que le era extraña; por ello, hablar de renacimiento sumerio durante el período de Ur III puede inducir a error. Dicho fenómeno de resurgimiento cultural partió del país de Sumer y se extendió a toda Mesopotamia, mezclándose con elementos semitas.

LOS PRINCIPIOS DE LA CONTABILIDAD

Estas dos piezas, que se fechan a principios del III *milenio, están cubiertas de signos todavía muy próximos al dibujo del objeto original que reproducen (cf. p. 37), por lo cual a esta escritura se da el nombre de «pictográfica». Se reconoce la forma de los peces, los pájaros, las ramas de los cañaverales, los perfiles humanos. Los agujeros redondos son cifras aritméticas.*





3. La sucesión de los imperios mesopotámicos

La época de Hammurabi. Cuando desapareció el Imperio de Ur III, Mesopotamia entró en un período confuso en el cual, y durante casi dos siglos, gran número de pequeños principados, como Isin, Larsa, Babilonia, Eshnuna y Mari, se disputaron la hegemonía. Los amorreos se instalaron en las llanuras cultivadas tras derrotar a ciudades poco poderosas, a las cuales impusieron nuevas dinastías. Un gran soberano apareció en el norte: *Shamsi-Hadad I* (1750-1717), jefe de bandas nómadas que se impuso en Asiria y fundó un primer imperio. Reinó sobre Asiria y Babilonia del norte, y tomó el título de «rey de la totalidad», como en otro tiempo los príncipes de Sumer que pretendieron la hegemonía. Sobre la base de una sólida administración y de un ejército permanente, Shamsi-Hadad quería cimentar un imperio fuerte y duradero, administrado con un despotismo patriarcal, en el cual sus dos hijos asociados al gobierno de las provincias debían asegurar en el futuro la estabilidad y la monarquía.

Pero el primer Imperio asirio fue eclipsado por el primer Imperio de Babilonia, el de Hammurabi, que debía trazar definitivamente la historia de Babilonia a pesar de su brevedad. En el origen de la fortuna de Babilonia encontramos, como en Asiria, a un príncipe amorreo que se apoderó del principado de Babilonia, pequeña ciudad bordeada por un exiguo territorio (1830). Sus sucesores vivieron oscuramente, luchando contra los principados vecinos hasta que el sexto de la dinastía, Hammurabi, fundó un imperio y dio a Babilonia la grandeza material y moral que conservó en la antigüedad. Nos hacemos una idea de su personalidad a través de la correspondencia con los reyes de Mari. Notablemente prudente, parece que dejó que los demás príncipes se agotasen en guerras interminables; luego los atacó brutalmente y los puso fuera de combate antes de que tuvieran tiempo de constituir una coalición. En efecto, rey desde 1729 ó 1728 (si nos atenemos a ese sistema cronológico), llevó a cabo lo esencial de sus conquistas después de 1700, aplastando entonces a los reyes de Asiria, de Eshnuna y de Mari, cuya ciudad fue por último destruida en 1695. Su imperio se extendía desde el golfo Pérsico a Asiria; pudo vivir en paz los cinco últimos años de su reinado y murió en 1686.

Durante su reinado y el de su sucesor *Shamsu-Iluna* (1686-1648) se organizó un Estado poderoso: el rey debía saberlo todo y siempre había de ser obedecido. Así formó una sólida administración: sus oficinas centrales redactaban una abundante correspondencia mediante la cual cursaba órdenes a los gobernadores de las provincias asistidos por jueces y financieros (los presidentes de las corporaciones de mercaderes), que las retrasmitían, a su vez, a las aldeas, donde los alcaldes, asistidos por consejos que formaban los notables, debían aplicarlas a las poblaciones del Imperio. El propio rey seguía de cerca la ejecución de sus instrucciones, liquidando personalmente los casos que le sometían sus subordinados, con lo cual contribuía a mantener un orden político y económico muy estricto en una sociedad severamente jerarquizada. Su actividad pareció siempre un modelo para los reyes posteriores y, en realidad, supo definir de una vez para siempre el ideal de los príncipes de Sumer, pero aplicado a un territorio enorme al cual había impuesto cierta uniformidad.

El prólogo y el epílogo de su célebre «código» nos dan cuenta claramente de ese ideal político del soberano, rey por la gracia divina, que debe ser para su país un padre y un protector:

«Yo, Hammurabi, el rey atento y respetuoso de los dioses, para hacer resplandecer la justicia en el mundo habitado, para destruir al malvado y al criminal, para impedir que el fuerte abuse del débil, para que yo me eleve sobre las cabezas negras (los hombres) como el sol e ilumine el mundo, soy yo a quien los dioses han nombrado con su nombre (han elegido como rey)



HAMMURABI

En esta cabeza se reconoce generalmente un retrato del gran rey de Babilonia durante los últimos años de su vida. Lleva el mismo turbante que Gudea en algunas de sus representaciones (confróntese página 151).

para la felicidad de los hombres. Para las cabezas negras, que el dios Marduk me había confiado como a un pastor, jamás me mostré negligente o inactivo...; mi sombra bienhechora se ha extendido sobre mis ciudades; he tomado en mi seno a los hombres del país de Sumer y de Acad. Los he administrado en la paz; gracias a mi sabiduría los he amparado. Para no dejar al fuerte oprimir al débil, explotar a la viuda y al huérfano, en Babilonia los dioses Anú y Enlil han levantado la cabeza..., para hacer buena justicia en el país, para formular las decisiones legales en el país... he escrito mis preciosas palabras en la estela, y ante mi imagen de rey justiciero las he colocado.» (Prólogo y epílogo del Código de Hammurabi.)

Babilonia conservó de ese gran reinado una preeminencia religiosa e intelectual. El acadio, lengua que hablaban los semitas de Mesopotamia, se convirtió desde entonces en una lengua literaria en la cual se escribían numerosas obras. El dios de Babilonia, *Marduk*, se convirtió en el primero de los dioses, cuyo nombre y autoridad extenderían los sacerdotes babilónicos más allá de los límites de Babilonia.



UN REY BABILONIO

Se trata de Marduk Nadin, rey de finales del siglo XII, *que pertenece a la dinastía nacional que sustituyó a la de los reyes casitas, caídos en 1160. Este mojón o* kudurru *está todavía decorado según las tradiciones casitas: arriba, los símbolos del dios invocado; abajo, el rey coronado, con vestiduras suntuosas y blandiendo su arco.*

El equilibrio de las potencias. A partir de 1650, Mesopotamia experimentó una nueva serie de trastornos. Expulsados o simplemente puestos en movimiento por el contragolpe de las migraciones indoeuropeas que quebrantaron el mundo oriental desde Anatolia al Indo, los invasores destruyeron el equilibrio político de Asia occidental. Desde sus establecimientos del norte del Tigris, en la región de Nuzi, los hurritas emigraron hacia el oeste y se instalaron en el alto Éufrates y hasta en Palestina (hacia 1700). Un siglo más tarde se hallaban ya regidos por una aristocracia indoeuropea que agrupó elementos hurritas y semitas en un nuevo Estado: *Mitani*. El territorio babilónico fue ocupado lentamente por los casitas, quienes procedían de la meseta del Irán. Al noroeste, los hititas, señores de la llanura anatolia a principios del II milenio, hicieron incursiones a través de Mesopotamia, y una de ellas, hacia 1530, causó la ruina de Babilonia. Entonces los casitas pudieron ocupar Babilonia entera.

Desde el siglo XV hasta principios del XII se estableció lentamente un equilibrio político entre varias potencias. El reino de Mitani, regido por una aristocracia guerrera, se estableció en la alta Mesopotamia y convirtió a Asiria en tributaria suya. En Babilonia, los casitas adoptaron pronto la civilización de los vencidos; sus reyes, ya pacíficos, representaron entonces su papel de constructores de templos y palacios. Pero otras dos potencias fuera de Mesopotamia concluyeron de equilibrar la situación política en el Próximo Oriente: el Imperio hitita en Anatolia, y Egipto, presente en Palestina. Este estado de cosas duró hasta vísperas del año 1380, cuando las fuerzas de los hititas y el renacimiento de Asiria hicieron desaparecer a Mitani, iniciándose el interminable capítulo de acciones bélicas entre egipcios e hititas. Sin embargo, se recobró el equilibrio, no pudiendo ninguno de los adversarios conseguir la destrucción del otro. Hacia 1280, cuatro potencias se repartieron de nuevo Oriente: Asiria y la Babilonia casita, Egipto y el Imperio hitita extendido hasta Siria.

Tanto en un periodo como en otro, el equilibrio creó una vida política internacional de carácter original. Todos los soberanos mantenían un abundante correo diplomático redactado en acadio babilónico, tan grande era el prestigio intelectual de los medios babilonios. Una parte de esa correspondencia, redactada en un babilonio defectuoso, ha sido encontrada en Tell El Amarna. Se habían cambiado embajadas, portadoras de numerosos presentes que eran, en realidad, productos de intercambio. El oro que Egipto enviaba así a los príncipes orientales pagaba, en realidad, importaciones, como las de lapislázuli que expedían los babilonios. Uno de los rasgos más curiosos de esta vida diplomática consiste en los intercambios matrimoniales de corte a corte. Ello permite comprobar que Egipto era la potencia respetada y envidiada, e inversamente que ella actuaba para con los demás príncipes con una desenvoltura a la que se contestaba humildemente, procurando evitar la petulancia, cosa que no todos los diplomáticos conseguían. Así, esta carta del rey casita Kadashman-Harbe (1400-1363) a Amenofis III: «Si tú eres mi hermano, ¿cómo has podido escribir que no quieres concederme nada? Cuando te escribí diciendo que quería desposar a tu hija, me escribiste: "Desde siempre no se da a nadie una hija del rey de Egipto." ¿Por qué hablar así? Tú eres rey, actúas según tu voluntad, y si quieres dármela, ¿quién podría censurarte? Cuando me dieron tu respuesta, escribí a mi hermano: "Tú tienes hijas ya mayores y hermosas mujeres a tu disposición: envíame, por tanto, a una mujer hermosa como si fuera tu hija. ¿Quién dirá que no es hija del rey?" Y en cuanto al oro, a propósito del cual te escribo, sigue enviándome, envíame lo más pronto posible para este verano, a fin de que pueda terminar las construcciones que he emprendido. Y si tú me envías ese oro en verano, te daré a mi hija... Pero tú quieres enviarme (solamente) 3.000 talentos de oro (¡o sea noventa toneladas!) y no los tomaré y no te daré a mi hija por esposa.» (Cartas de Tell El Amarna: 4.)

A fines del siglo XIII, este equilibrio siempre amenazado se derrumbó por fin. La responsabilidad del hecho recae en primer lugar en los asirios, cuyo reino, apenas constituido por Asurubalit (1356-1320), emprendió una serie de campañas. El gran conquistador de este período fue el asirio *Tukulti Ninurta* (1243-1206), de quien incluso los griegos conservarían el recuerdo. Construyó un gran imperio anexionándose Babilonia; más tarde la destruyó y transportó la estatua de Marduk a Asur. Fue derribado y muerto por los propios asirios. Babilonia se recuperó e invadió a su vez Asiria.

Pero ya había sido superado el tiempo de las rivalidades: una oleada de invasiones más terribles que las precedentes se precipitó sobre Oriente y lo trastornó hasta

tal punto que los cronistas llaman a la época que entonces se iniciaba «el tiempo de la confusión».

Del «tiempo de la confusión» al renacimiento asirio. Los invasores llegaron de diversos lados: de las estepas de Siria surgieron nuevos pueblos nómadas que hostigaron a las poblaciones agrícolas de los valles; eran los *arameos*, cuyo número y obstinación debían triunfar sobre toda resistencia. Al hacerse sedentarios fundaron varios Estados en Siria occidental, y tuvieron nuevos roces con la población de la baja Mesopotamia, donde se instalaron los *caldeos*. Del noroeste y del norte llegó otra serie de golpes: Asia occidental fue asolada por pueblos indoeuropeos que cruzaron Anatolia. Una de sus oleadas, la de los *pueblos del mar*, amenazó Egipto; otras bandas rodearon Mesopotamia por el norte, devastaron la meseta irania e hicieron retornar a la llanura a numerosos pueblos, con los cuales se mezclaron los indoeuropeos. El siglo XI y los comienzos del X figuran entre los más sombríos de la historia mesopotámica. Después de haber malgastado sus fuerzas en interminables luchas por la hegemonía, Asiria, Babilonia y Elam se sintieron impotentes para contener a los invasores.

Los textos de la época nos hablan de los templos destruidos; la misma Babilonia fue abandonada momentáneamente. Aprovechándose de la debilidad de las grandes potencias, aparecieron entonces numerosos pequeños Estados: el reino de David y Salomón fue uno de ellos. Asiria logró conservar incólume una parte, la central, de su territorio, y, en cuanto el peligro disminuyó, pudo poner en práctica en otras regiones las tradiciones militares que poseía y las enseñanzas adquiridas para convertirse, en poco más de un siglo, en la primera potencia de Oriente.

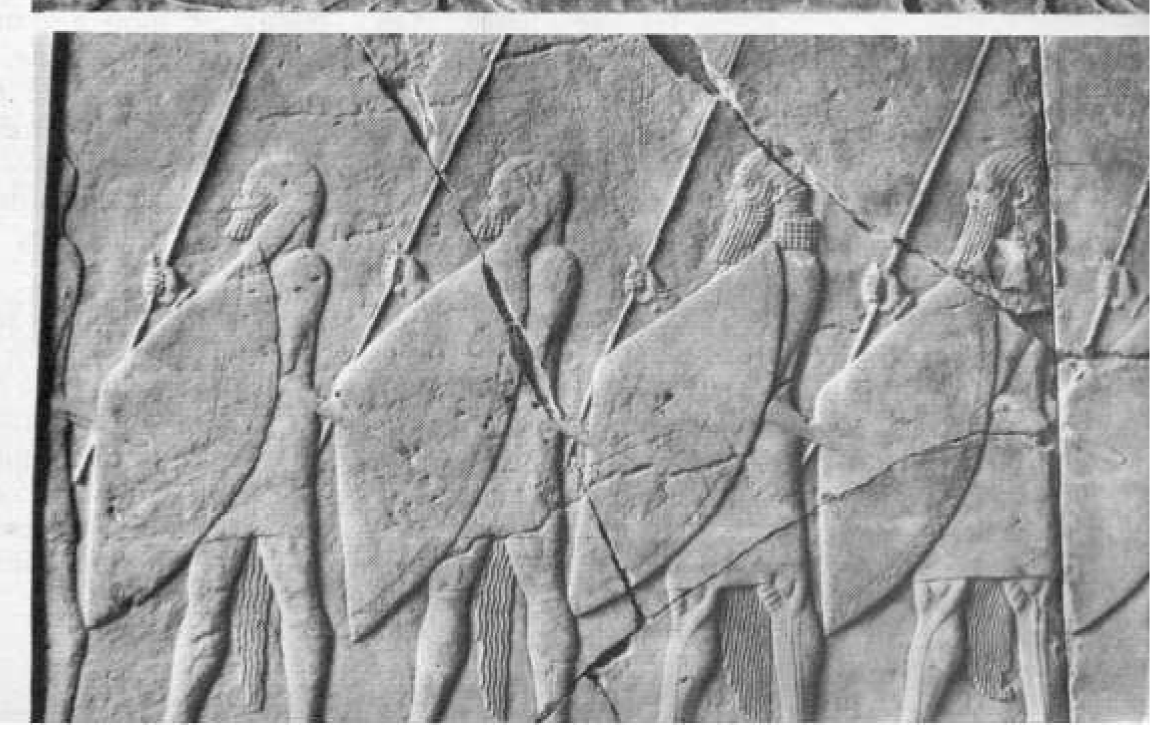
Había aprendido a matar para defenderse; y cuando hubo pasado el peligro de las invasiones, mató y robó para enriquecerse. Durante los reinados de *Asurnasirpal II* (883-859) y *Salmanasar III* (858-824) se llevó a cabo la conquista de Oriente. El ejército se reforzó con cuerpos de caballería que sustituyeron a los carros de guerra; los numerosos arqueros mezclados a los jinetes le dieron mayor potencia de choque y alcance de tiro; un parque de máquinas de asedio permitió, por primera vez en la historia de los ejércitos, efectuar rápidamente los sitios de las plazas fuertes. La conquista estuvo siempre acompañada de terribles crueldades que el concepto bélico de los asirios justificaba. La guerra, desencadenada por orden de los dioses que reinaban en Asiria, exigía que enemigos y rebeldes fuesen tratados como impíos; los mismos dioses presidían la batalla, y no sólo a la imaginación del poeta se debe esta descripción, que los muestra en la apoteosis de su furia guerrera:

> Así en las campañas de Tukulti Ninurta I contra el rey de Babilonia (fines del siglo XIII) «el dios Asur llevó el asalto; contra los enemigos se encendió la llama del desastre; Enlil danza en medio de los enemigos, hace flamear el fuego; Anú ha volteado su implacable maza sobre los insensatos; Sin, el radiante (el dios luna), los oprime en su combate; ha hecho levantarse en sus líneas un huracán, Adad, el héroe (dios del cielo tormentoso); ha cegado los ojos de las tropas de Sumer y Acad, Shamash (dios sol), señor de la justicia; Ninurta, el héroe (dios de la guerra y de la caza), el primero de los dioses, ha quebrado sus armas, e Isthar ha roto su tambor, ha turbado el espíritu de sus guerreros». (Epopeya de Tukulti Ninurta I, columna V.)

Los éxitos asirios fueron fulminantes, pero poco duraderos durante ciento cincuenta años; el territorio asirio se acrecentaba un poco a cada campaña, pero las guerras consistían más bien en expediciones destructoras que permitían alcanzar enorme botín e imponer tributos efímeros a los príncipes que se sometían cuando pasaban los terribles conquistadores. Esto era insuficiente y muy poco metódico en un tiempo en que Asiria chocaba, una vez dispersas las hordas nómadas, con Estados poderosamente organizados: el de Babilonia, reconstruido en el siglo X y acrecentado por el prestigio intelectual y religioso de su capital; el que habían establecido los arameos en torno a Damasco, y al norte, del Irán a Anatolia, el reino de *Urartu*, que conocemos mal, pero que fue, sin duda, la primera potencia de Oriente a principios del siglo VIII. La misma Asiria quedó pronto paralizada por el crecimiento de la alta nobleza, que detentaba a perpetuidad los





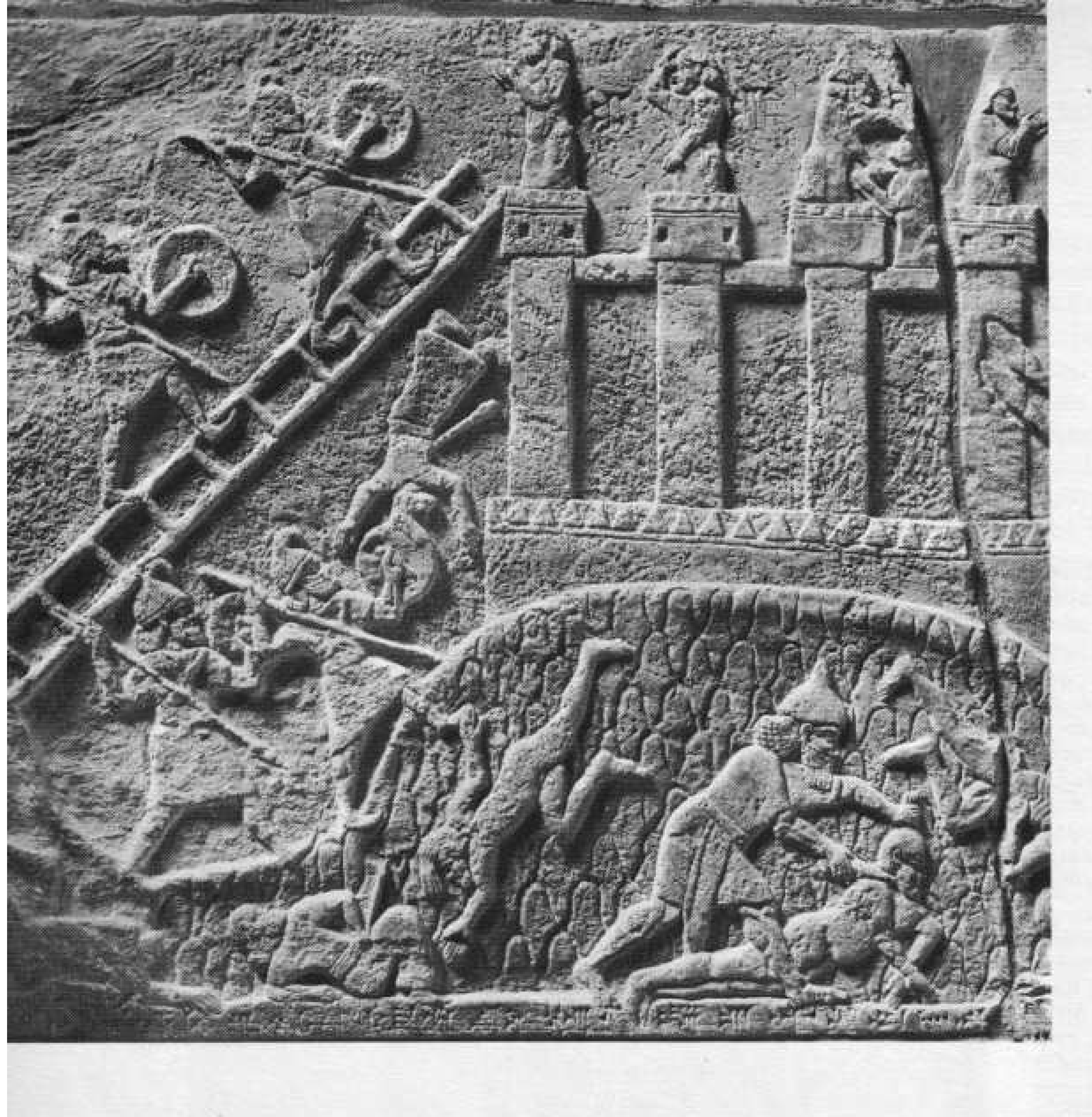


EL EJÉRCITO ASIRIO

(Bajorrelieve de Nínive)

A los reyes conquistadores les gustaba adornar sus palacios con grandes frisos que exaltaban la gloria del monarca, y cuyas escenas de la vida cortesana, de las campañas o de las paradas militares son para nosotros una fuente de documentos de primer orden.

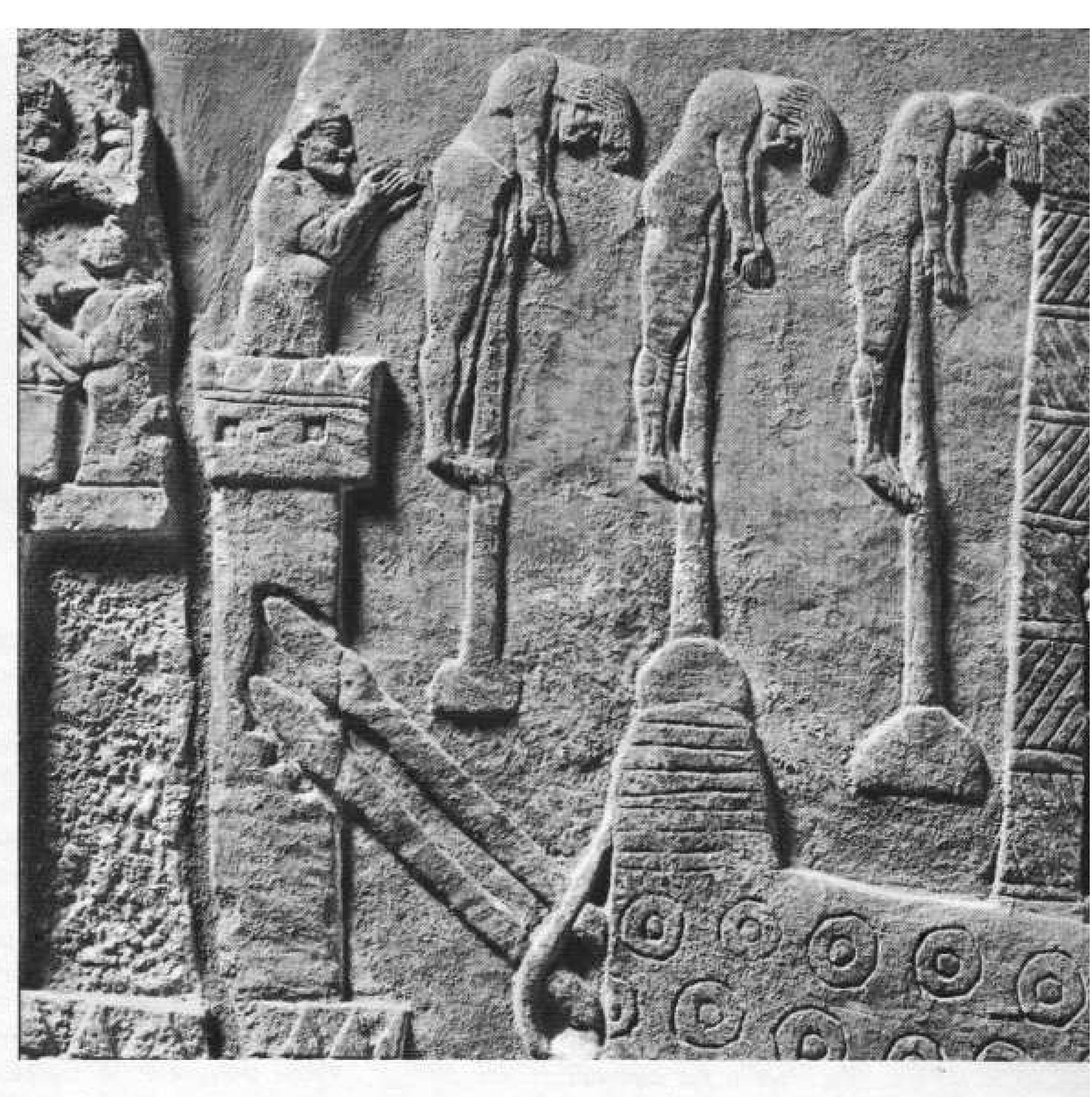
Aquí vemos los elementos del ejército asirio: la infantería ligera, formada por jóvenes arqueros de rostros lampiños, vestidos sencillamente, pero con botas; la infantería de línea, armada con espada, lanza y un pesado escudo, algunos de cuyos miembros (¿los oficiales?) llevan botas; y el carro de guerra, progresivamente eliminado por la caballería. Cada carro lleva un conductor, un arquero y dos servidores que los protegen con sus escudos.



cargos más importantes y que dominó a su conveniencia a los débiles reyes de principios del siglo VIII.

Asiria, señora de Oriente. El definitivo engrandecimiento de Asiria se logró, tan sólo, en los reinados de dos soberanos: *Tiglat Pileser III* (746-727) y *Sargón II* (722-705); grandes guerreros y buenos administradores, tuvieron el mérito de concebir un política coherente con miras, por una parte, a la conquista sistemática de los países vecinos, y, por otra, a la perpetuación del dominio asirio por la organización de un gobierno provincial y de una administración poderosa. En esa época se produjeron grandes movimientos de población, ocasionados por la deportación en masa de los vencidos, fenómeno que afectó a cientos de miles de hombres; a ese tiempo se remonta también la formación de cuadros militares y administrativos de gran valor, reclutados entre la pequeña nobleza, que dieron gran fuerza al Estado asirio. El Imperio se extendió progresivamente, hasta contar con 70 provincias en los tiempos de Sargón II: Damasco fue destruida en 732; en 729, Babilonia se unió a Asiria con el vínculo de una doble monarquía, y el rey de Asiria se hizo coronar rey de Babilonia; Urartu fue devastada a consecuencia de las audaces incursiones de Sargón II, pero allí, como en los contrafuertes de la meseta irania, las conquistas duraderas, siguieron siendo muy escasas.

A fines del siglo VIII, Oriente dependía, directamente o no, de un Imperio enorme y muy abigarrado, pero en parte unificado por una sólida administración y por la propagación del arameo, que iba a convertirse en la lengua común a consecuencia de las deportaciones y la diseminación de las tribus arameas. Por el esplendor de sus templos



LOS HORRORES DE LA GUERRA (bajorrelieve de Nimrud)

Nadie pudo entonces escapar de los golpes de los asirios, que tomaban las posiciones y las ciudades mejor fortificadas. Asistimos a la agonía de una ciudad asediada: las máquinas de guerra más perfeccionadas han abierto las brechas, como ese ariete montado sobre ruedas y protegido por un blindaje; los asaltantes se lanzan a la escalada. Comienzan las matanzas; se ha aterrorizado a los sitiados ante el espectáculo de los prisioneros empalados; en la ciudad, los supervivientes levantan las manos suplicando, pero los vencedores degüellan sin tregua.

y palacios, cuatro ciudades daban cuenta de la gloria imperial: la antigua metrópolis de *Asur, Nínive, Kalha* y la efímera capital de Sargón II, *Khorsabad.*

Bastó sólo un centenar de años para que se derrumbara el coloso. Sin duda, las invasiones del siglo VII fueron para él un rudo golpe; pero el Imperio asirio feneció más bien por no haber sabido poner remedio a dos o tres graves insuficiencias: una política exterior poco consistente en cuanto a las realidades de su tiempo, y un gobierno central siempre agitado por las revoluciones palaciegas, de consecuencias a menudo sangrientas. La extensión del Imperio hacia el sur y sudoeste exponía a los asirios a las intrigas de Egipto, siempre activo en Palestina y en Siria, a las falacias y golpes de mano de los elamitas y las revoluciones de los habitantes de Babilonia. Para sostener firmemente sus conquistas. Asiria se vio obligada a multiplicar las expediciones, engullir hombres y recursos en sus campañas de resultados siempre aleatorios. Cansado de tantos esfuerzos infructuosos, *Senaquerib* (705-681) destruyó completamente Babilonia en 689, horrible sacrilegio cuyas consecuencias temieron los propios asirios.



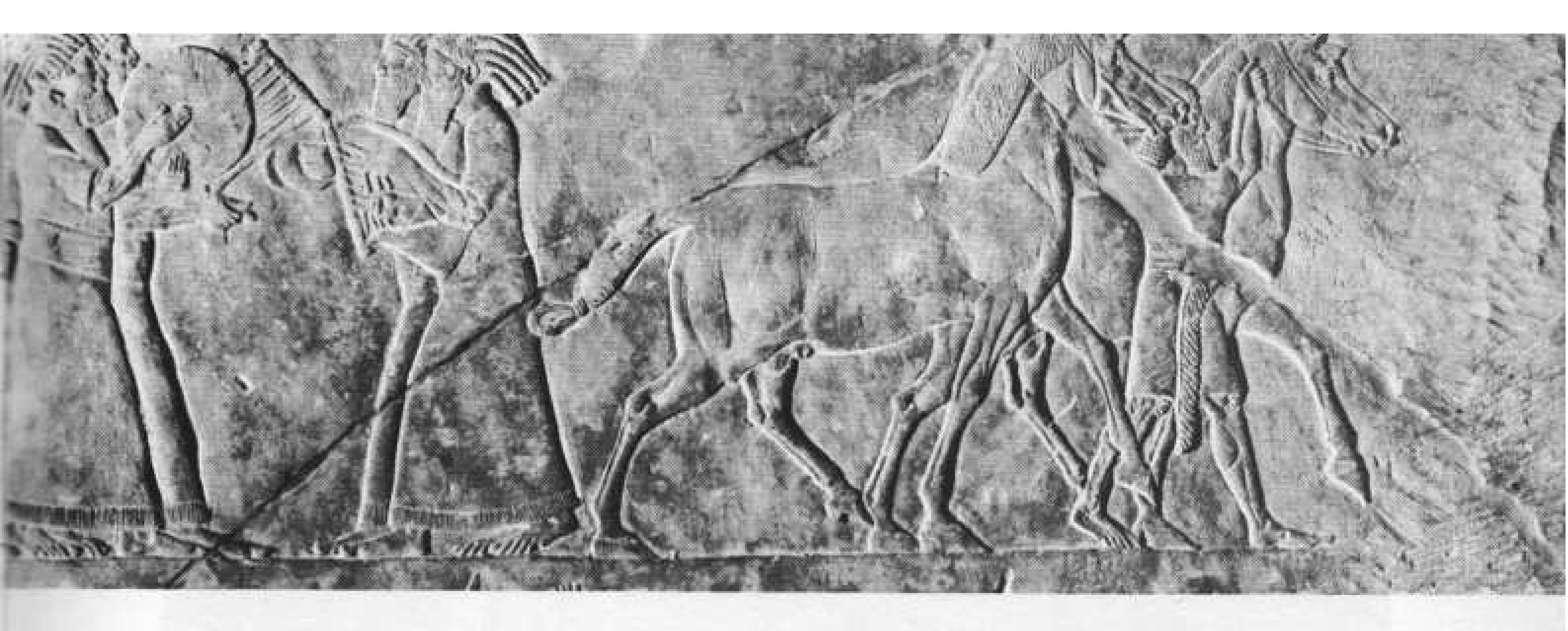
MÚSICA MILITAR

Siguiendo el ritmo de una orquesta rudimentaria en la que figuran címbalos, atabal y cítara, los soldados avanzan dando palmadas. Los músicos van de frente y de espaldas, con movimiento tan vivo que se les levanta el cabello.

EL OFICIAL EN CAMPAÑA

Bajo una tienda cuya armazón esta formada por ramas, el ordenanza dispone el lecho de campaña. En los alrededores, escenas de vivac; se descuartizan animales, se saca agua que se distribuye en los odres colocados por todas partes; se instala a los camellos.

Por tanto, *Asardón* (681-668) reconstruyó la ciudad e intentó un nuevo sistema político. Constituida en reino autónomo, Babilonia sería confiada a un príncipe asirio. Este acuerdo había de llevar a la dislocación del imperio de *Asurbanipal* (668-631), cuando Babilonia se convirtió en el centro de la coalición de todos los enemigos de los asirios. Asardón pensó en solucionar el problema de las intrigas egipcias conquistando el Bajo Egipto en 671. Pero fue necesaria otra campaña: en 664, Tebas cayó en manos de los soldados de Asurbanipal; ello fue en vano, porque todo Egipto se independizaba



de nuevo diez años más tarde, haciendo inútiles los sacrificios que exigían tan grandes expediciones. Por último, en 648, Asurbanipal creyó solucionar la suerte del Elam destruyendo totalmente su territorio y su capital, *Susa*. Al enfocar su estrategia hacia las fronteras meridionales de su imperio, los reyes de Asiria no supieron reconocer el verdadero peligro que los amenazaba: la invasión de nuevos pueblos jinetes, los *cimerios* y los *escitas*, que asolaron y ocuparon Anatolia, Armenia y el noroeste del Irán. Los asirios retrocedieron lentamente en todas las fronteras perdiendo los Estados vasallos que los protegían. Cuando advirtieron el peligro creciente, los reyes hicieron dotar a las ciudades importantes de recintos amurallados.

Aparte de malgastar sus fuerzas en una política exterior que le proporcionara un prestigio ficticio, Asiria seguía casi siempre una política interior equivocada. Cada fin de reinado veía estallar una crisis: Tiglat Pileser III y Sargón II fueron usurpadores; Asardón hubo de aplastar una revuelta, y Asurbanipal, una conspiración para conservar su trono. A menos de ser un gran soberano, guerrero, diplomático y administrador, como Tiglat Pileser III, Sargón II y Senaquerib, el rey se ofuscaba fácilmente con las sabias intrigas que los dignatarios del palacio, las mujeres del harén y los próximos parientes del rey urdían sin cesar. En los juegos, a menudo sangrientos, del serrallo, se expresaban las rivalidades de los clanes aristocráticos, nunca tan agudas como en el momento de resolver los problemas de sucesión:

EL VIVAC (palacio de Nínive)
Las caballerías han sido desenganchadas; los hombres reciben sus raciones. A la derecha se distribuye el agua contenida en un odre.



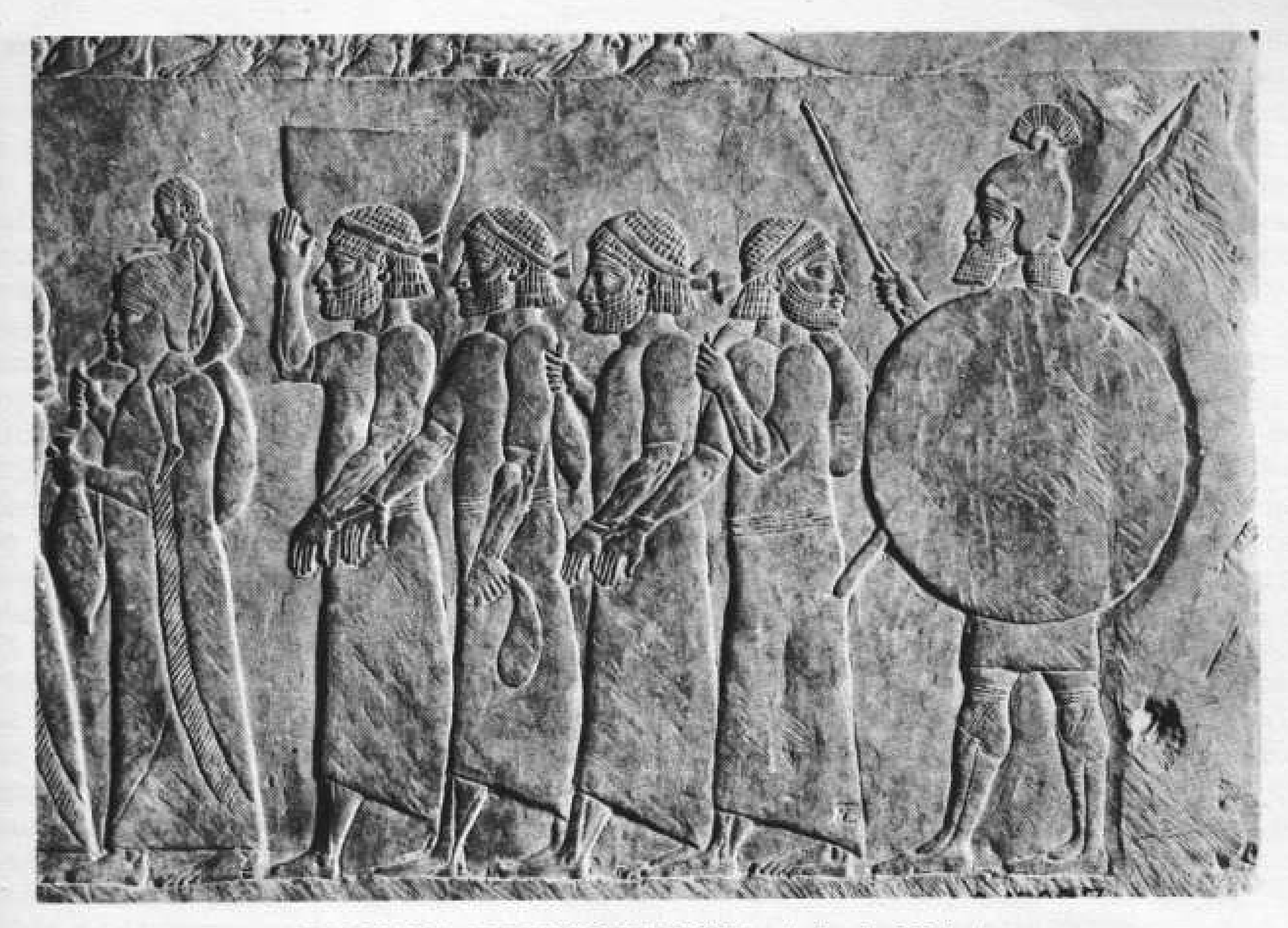


LA LUCHA CONTRA LOS NÓMADAS

En los confines de la estepa, los asirios no pudieron nunca dominar definitivamente a los pueblos que eran maestros en la doma y utilización del camello: los arameos y los primeros árabes.

El final del reinado de Asardón nos ofrece el espectáculo de una corte desgarrada, en la cual los sacerdotes son llamados a representar un papel considerable en un medio abierto a todas las supersticiones. Como deseaba evitar la rivalidad de sus dos hijos, Asardón quiso repartir el Imperio, pero por oscuras razones, en las cuales las luchas de los clanes aristocráticos desempeñaron sin duda un gran papel, quiso dar el trono a su hijo menor, Asurbanipal, y a su primogénito Shamash-Shum-Ukin solamente el reino vasallo de Babilonia. Se consultó al dios Shamash sobre esta elección: «(Asurbanipal), hijo de Asardón, cuyo nombre está inscrito en la tablilla colocada ante su augusta divinidad, ¿debe entrar en la casa del príncipe heredero? ¿Es agradable a tu augusta divinidad?» En el hígado de un cordero que fue entonces sacrificado, el sacerdote leyó la respuesta del dios: «Es él quien debe ser tu sucesor.» Pero tal sucesión era demasiado visiblemente el éxito de un partido sobre otro, y a pesar del juramento prestado por los notables, que se comprometían a respetar la decisión de Asardón, estalló una revuelta contra el rey y el heredero designado. En su crónica, los babilonios anotaron simplemente: «Este año, el rey hizo matar a gran número de nobles.»

Epílogo. Asiria podía durar mucho tiempo todavía. Su ejército era el primero de Oriente; sus reyes, prisioneros en sus palacios, faltos de energía y desconectados de los problemas del imperio —hasta el punto de que el último de sus grandes soberanos, Asurbanipal, no salió jamás de la corte—, contaban, sin embargo, con una administración bien organizada, cuyo centro era Nínive, que llegaba hasta la provincia más remota. Pero todo se derrumbó de golpe cuando, a las debilidades ya serias que representaban los difíciles reglamentos sucesorios y al relativo agotamiento de Asiria, demasiado pobre en hombres para mantener tan vasto Imperio, vino a añadirse el efecto catastrófico de las invasiones. Después de 631, Asiria fue devastada por la irrupción de los escitas, tan gravemente que todos los pueblos sometidos pudieron liberarse. La misma Asiria fue atacada y aniquilada tras una encarnizada



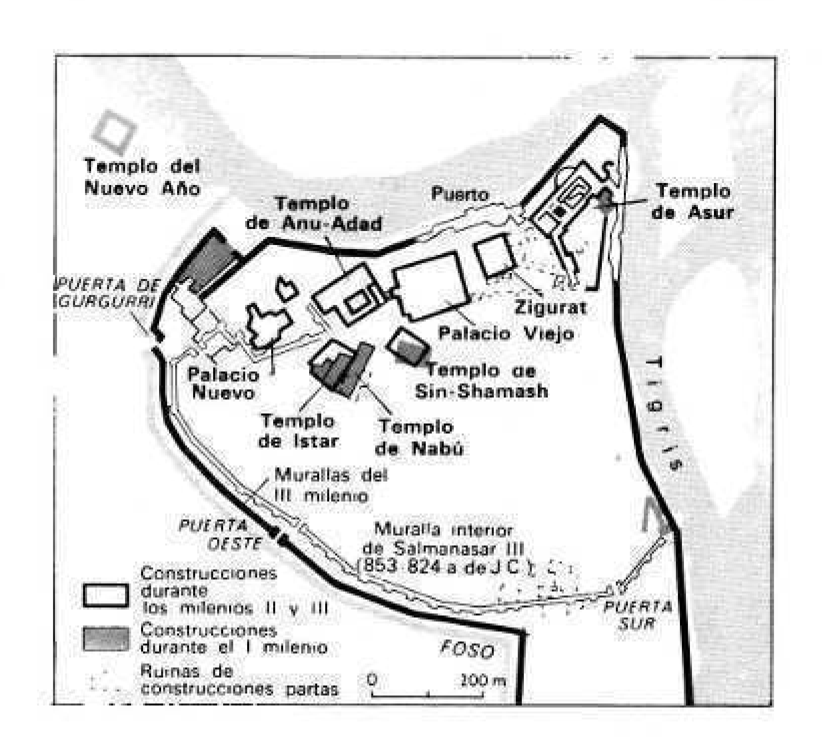
COLUMNA DE DEPORTADOS (palacio de Nínive)

Atados de dos en dos, con un mísero equipo, una parte de los vencidos sale hacia una provincia lejana bajo la vigilancia de un grupo de soldados.

guerra que duró más de veinte años: por el este los medos, los persas y los escitas, y por el sur los babilonios, atacaron sin tregua a Asiria; en 612, Nínive fue destruida, en 605 era el último bastión asirio.

Arrasada Asiria, destruidas sus ciudades, Mesopotamia pasó a manos de los reyes *caldeos* de Babilonia. Éstos, apoyados por un fuerte contingente de arameos, dieron un último resplandor a la civilización mesopotámica. Con sus campañas, *Nabopolasar* (625-605), *Nabucodonosor* (604-562) y *Nabónido* (555-538) formaron todavía un gran Imperio integrado por Babilonia, Asiria, Siria y Palestina, pero tropezaron con las mismas dificultades que los asirios, como la inestabilidad de la autoridad en el sudoeste, a causa de las intrigas egipcias que hacían sublevarse a los pequeños vasallos, a quienes castigaban inmediatamente con rudas represalias. Lograron conquistar Jerusalén en 587 y una parte de sus habitantes fueron deportados; Tiro cayó después de un asedio dirigido por Nabucodonosor que duró trece años; a ello se sumó el peligro creciente del poderío de los medos y luego de los persas, sobre todo después de 550, cuando Ciro conquistó un Imperio que se extendía del Indo al mar Egeo. Pero la época del Imperio caldeo o neobabilónico fue notable por la obra pacificadora de esos reyes, mucho más que por sus guerras.

Sin duda, ese nuevo coloso tenía los pies de barro, a juzgar por la rapidez de su caída. En el reinado de Nabónido se adivinan rivalidades de partidos y de clanes inextricablemente mezclados a cuestiones religiosas; y parece cierto que Nabónido fue vencido por Ciro en un tiempo increíblemente corto, más por la traición de aquellos que veían un libertador en el conquistador persa, que por el genio militar de Ciro. Babilonia fue tomada en 539 y vinculada al Imperio persa.



LA CIUDAD DE ASUR
EN EL PRIMER MILENIO

Como Babilonia, estaba defendida por murallas y un foso que llenaba el agua del río. Muchas de sus más antiguas construcciones, los templos, el nuevo palacio..., fueron arregladas y ampliadas a principios del I milenio.

4. La vida económica y social en el mundo mesopotámico.

II y I milenios a. de J.C.

Mesopotamia conoció formas de vida muy distintas de las egipcias merced a que las condiciones geográficas que poseía eran también diferentes de las que tuvo el país del Nilo. Sometida, como Egipto, a condiciones de suelo y clima muy exigentes, prisionera de técnicas agrarias y artesanas del neolítico y que apenas perfeccionó a partir del III milenio, Mesopotamia, por su posición de encrucijada y por los trabajos que se hicieron en su suelo, vivió de una economía más abierta, que caracterizaría sobre todo un comercio muy activo con el mundo exterior.

Las producciones. La vida dependía en primer lugar de la producción agrícola, que se basaba en una buena técnica de irrigación. Como en Egipto, una disciplina social y política garantizaba por sí sola un equilibrio que las guerras civiles o extranjeras ponían siempre sobre el tapete; siempre fue preciso el trabajo incesante de los campesinos para mantener con un utillaje primario la red de diques y canales. La madera, la piedra y la arcilla siguieron siendo los materiales más utilizados: el zapapico y la azada de madera, el arado de reja de madera y la hoz de madera o de arcilla, con dientes de piedra incrustados, he aquí las herramientas que empleaban diariamente los campesinos. El trabajo hacíase eficaz mediante el empleo de brigadas más o menos numerosas de trabajadores, en los dominios del rey, de los templos o de los dignatarios, o en el grupo organizado que formaba cada ciudad. La fertilidad de un suelo bien conservado hacía lo demás.

El producto básico era la cebada. Consumida directamente en forma de galleta o de gachas, servía también para la fabricación de cerveza; la palmera proporcionaba madera, fibras, hojas y dátiles. Es fácil imaginar la alimentación cotidiana de la mayoría de los hombres: pan o gachas de cebada, algunos dátiles, un poco de aceite de sésamo y de vez en cuando pescado de río o de pantano. A principios del I milenio, Mesopotamia poseía importantes cultivos de legumbres, viñedos y huertas de olivos e higueras. Pero éstos eran productos casi de lujo, destinados a la venta y que no proporcionaban a los más pobres sino un complemento alimenticio. En el límite de la estepa y de los cultivos, o entre los inmensos cañaverales del País del Mar, se mantuvo siempre un importante conjunto de bueyes, vacas, corderos y cabras, cuya carne se consumía en alguna ocasión; el producto ganadero más apreciado era el cuero y las fibras textiles que se arrancaban directamente, porque las tijeras de hierro que hubiesen permitido la esquila no existían aún. Los animales de carga y de tiro siguieron siendo el asno y el caballo. El camello, domesticado hacia el siglo XIII antes de J.C., fue de empleo limitado. Sólo nómadas del desierto, arameos y árabes, lo utilizaron corrientemente, y los sedentarios prefirieron durante mucho tiempo alquilar los servicios de camelleros del desierto, antes que emprender ellos mismos un nuevo género de ganadería.

Una misma familia tenía, en general, actividades artesanas y agrícolas: en la casa se fabricaban los vestidos, algunos instrumentos de labranza, los vasos y esteras indispensables en la vida cotidiana. El artesanado fue primero una actividad complementaria de una vida agrícola fundamental. Pero la facilidad de los cambios, la formación de los centros urbanos, las necesidades de los templos y los palacios, hicieron aparecer un artesanado de tareas especializadas, mucho más numeroso que en Egipto, porque abastecía a una clientela interior más extensa y los mercados exteriores. Como en Egipto, existían los talleres de los templos y los palacios, cuyas manufacturas abarcaban desde el producto más trivial, pero indispensable para la vida de cada día, a los artículos de lujo e incluso al objeto de arte (estatuas, jo-

ARADO Y SEMENTERO

En este bajorrelieve asirio del siglo VII *dedicado sobre todo a símbolos religiosos (un altar, un toro, un árbol de la vida, una palmera), aparece el instrumento de labor utilizado corrientemente. La punta de la reja sólo podía hendir el suelo mientras cayese semilla por el embudo fijado verticalmente. Eran necesarios tres hombres: uno para conducir el tiro, otro para sostener las manceras del arado y otro para alimentar el sementero.*





PESCA EN UN ESTANQUE

yas, etc.). Pero, a diferencia de Egipto, Mesopotamia tuvo también grandes ciudades cuyos artesanos, agrupados por calles y barrios, mantenían una actividad similar a la de los bazares del Oriente tradicional. No era cuestión de máquinas, aun cuando al alfarero le hubiese ido muy bien el torno, y al forjador el fuelle, ni siquiera de una división del trabajo en el sentido en que hoy la conocemos. Como en otras civilizaciones, se reconocía al artesano su competencia en el trabajo de un producto; al herrero, por ejemplo, la fundición del metal, su martilleo y manufactura hasta el acabado del artículo deseado. O bien el artesano era competente en una serie de acciones, y el mismo hombre era requerido para cincelar el metal, tallar la madera o incluso grabar la arcilla.

Original por las condiciones sociales y la organización del trabajo, Mesopotamia lo era también por la manera de utilizar unas condiciones naturales muy mediocres. Carecía de materias primas y combustibles; las importaciones no podían proporcionarlas más que de un modo parcial, aportando los metales a los talleres, y a los templos y a los palacios las piedras para edificar y esculpir y madera para la construcción. También empleó en lo posible los materiales que le ofrecía el país:

Las *cañas* de los cañaverales con las cuales se construían en el sur cabañas y establos, materia prima de los cesteros, y de los pescadores, con las cuales hacían barcas, etc. La *arcilla*, cuyo uso era igualmente universal desde el obrador del alfarero al lugar donde los ladrillos, hechos a molde, con una mezcla de tierra y paja molida, eran secados al sol y raramente al horno. El *bitumen*, que Mesopotamia fue la única en emplear. Muchos productos petrolíferos que el país poseía —afloraciones de aceite crudo y manantiales de gas natural— no fueron utilizados: en estos fenómenos se veía la manifestación de voluntades divinas, y se obtenían presagios por el aspecto de las charcas que se formaban o por el silbido del gas subterráneo. «Frente a Hit, cerca de los yacimientos de bitumen, establecí mi campo, allí donde la voz de los dioses sale de las rocas», dice Tukulti Ninurta II (890-884). Pero el bitumen, extraído algunas veces de rocas asfálticas calentadas, y sobre todo recogido en estado natural en Hit (150 km. al oeste de Bagdad), fue de empleo muy generalizado, ante el asombro de los extranjeros. Se fundía en grandes cantidades para mezclarlo con arcilla, polvo calcáreo y fibras... a fin de obtener una masa que servía de argamasa para unir los ladrillos cocidos de las grandes construcciones, de revoque impermeabilizante para los desaguaderos, los muelles, el puente de Babilonia que construyó Nabucodonosor, y más modestamente para las barcas de cañas o mimbres trenzados. En tanto se vendía a tres siclos y medio la tonelada (28 gramos de plata): la tonelada de bitumen depurado valía unos 20 siclos: 160 gramos de plata). La enorme diferencia de precio expresa claramente la rareza de ese combustible.

Las necesidades de los hogares se cubrían con la utilización de cañas como combustible: para los usos industriales, en cambio, no se pudo hallar un elemento calorífico de suficiente poder: los lugares que ofrecían buena leña estaban muy alejados, por lo cual fue obligado consumir todos los combustibles posibles, incluso boñigas secas y huesos de dátiles.

Los productos fabricados en la casa o en el taller componían un muestrario muy extenso. Alfarería, tejidos, artículos de cuero constituían la mayor parte de esos productos; los artículos de madera eran poco numerosos a causa de la escasez de materia prima, y no es raro encontrar en los contratos de venta una cláusula sorprendente: el vendedor de una casa estipula que llevará consigo la puerta y el cerrojo de madera, no dejando sino los muros y el techo, hechos de arcilla y troncos de palmera poco apropiados para trabajos de carpintería. Una metalurgia muy activa prosiguió los logros



EL TRABAJO HUMANO (bajorrelieve de Khorsabad)

Las grandes empresas sólo eran posibles por acumulación de mano de obra, cuyo número y perseverancia suplían la ausencia de medios mecánicos de transporte o de levantamiento.

de la civilización sumeria: el trabajo del oro, la plata y el cobre se completó a principios del II milenio con el del bronce, cuya fabricación habían descubierto los artesanos de Armenia y Asia Menor. Siete u ocho siglos más tarde ocurrió lo mismo con el hierro, procedente de las mismas regiones, pero que fue de empleo mucho más limitado por

EMPLEO DE UN AGLUTINANTE A BASE DE BETÚN

Puede apreciarse su utilización para unir los bloques de este relieve que decora la puerta de Istar en Babilonia (cf. p. 179).



la dificultad de aprovisionamiento y su punto de fusión demasiado elevado. Maestros en cierto número de técnicas del metal, tales como la fundición, la soldadura, el remachado y el placaje, los herreros continuaron supeditados al albur de suministros irregulares. La actividad comercial de Mesopotamia se explica por una serie de circunstancias: la facilidad de las comunicaciones por los ríos y las estepas —la formación tiempo atrás de una civilización urbana, consumidora de alimentos, favoreció una organización social y una especialización del trabajo que exigían y permitían a la vez el tráfico a larga distancia—, y una riqueza suficiente en géneros básicos (grano, cuero, tejidos) que permitía el pago de las importaciones.

En los límites de Mesopotamia, los intercambios comerciales eran intensos, sobre todo los de productos de utilidad corriente. Barcas y almadías llevaban a las ciudades su aprovisionamiento. A menudo también se las cargaba con los censos que se debían al rey y a los templos, para ser almacenados en los graneros públicos, y luego eran vendidos o distribuidos entre los millares de hombres a quienes el soberano y el templo empleaban y retribuían en especie. En las aglomeraciones urbanas hemos de imaginar una actividad comercial en pequeña escala que se desarrollaba en una atmósfera de bazar o de zoco oriental. Todas estas operaciones eran a base de trueques, o bien se pagaba en cebada después de haber sido expresado en plata el valor del objeto. Por lo que se refiere al comercio exterior, la necesidad de reducir al mínimo el peso y el volumen del producto obligaba con frecuencia a recurrir al lingote de metal como instrumento de pago.

No deja de ser impresionante la *extensión de las relaciones comerciales directas* que los comerciantes habían podido establecer. De Anatolia a Persia, de Egipto al Cáucaso, las caravanas transportaban hacia los Imperios mesopotámicos la madera, los minerales, los metales preciosos. A menudo los comerciantes llegaban solamente a lugares de depósito. Así en Dilmun (la actual isla de Bahrein), los navegantes procedentes del País del Mar iban a buscar los productos de la India que otros habían llevado hasta allí: oro, marfil, piedras preciosas, incienso y lapislázuli. A los géneros de este comercio de largo alcance añadíanse los que llegaban a Mesopotamia por intervención de los pueblos vecinos. Tales transacciones se nos escapan en detalle, pero por sí solas permiten comprender la importancia que las tribus arameas del desierto sirio pudieron tener en la historia de Oriente, hasta el punto de que su lengua se hizo el idioma común de los orientales. Por mediación suya numerosos productos traídos por marinos fenicios alcanzaron lejanas tierras del interior. Y no debemos olvidar que las incursiones asirias hacia los países vecinos, y sobre todo Siria del norte, eran empresas de pillaje bien organizadas, en las que se vaciaban cuidadosamente los almacenes de los templos y de los palacios, despojándolos de sus tesoros.

Poseemos cierta idea de la organización comercial que supieron estructurar los comerciantes, gracias a los archivos de documentos que nos han hecho conocer la vida de una empresa (por ejemplo, la de los *Murashu*, en Nippur, en el siglo V a. de J.C.) o excepcionalmente la vida comercial de una región muy extensa. Tal es el caso de Capadocia en el siglo XIX a. de Jesucristo.

En esta época, Asiria conoció un primer período de poderío después de la caída del Imperio de Ur III, y los comerciantes establecieron sólidos lazos comerciales con diferentes centros de Anatolia, y sobre todo Kanesh (hoy Kayseri), donde vivía la más importante de las colonias de comerciantes. Utilizando caravanas de asnos, se trataba de vender a los indígenas telas de Asiria y estaño y comprarles el cobre de Anatolia: los beneficios de la operación eran enormes, porque el valor de un mismo producto se doblaba entre Asiria y Anatolia; pero los riesgos que se corrían eran considerables, y el bandidaje no era el menor. La organización comercial poseía mucho empuje. Había en Kanesh una casa, el Karum, que manejaba el comercio del cobre. Al mismo tiempo banca y almacén, cámara de comercio y banco de liquidaciones, el Karum vigilaba, en efecto, la actividad de todos los comerciantes mediante sus sucursales en las ciudades menos importantes. Por otra parte, los comerciantes dependían de sus comanditarios. Tratárase de grandes banqueros, de empresarios semipúblicos o de sociedades comerciales, los comerciantes asirios de Capadocia *eran los asociados de los financieros*, fórmula que había de ser la de todas las futuras empresas comerciales.

Como su colega del siglo XIX antes de Jesucristo, el comerciante, en toda la historia



TRANSPORTE DE MADERA (bajorrelieve de Khorsabad)

Sólo los bellos troncos de cedro podían proporcionar las grandes vigas necesarias para construir los templos y palacios. Cortados en las faldas del Líbano, eran llevados por flotación a lo largo de las costas de Fenicia, o bien se izaban a bordo de pequeños navíos. Pero quedaba por hacer lo más duro: dirigir la madera desde el mar al codo del Éufrates, donde se los hacía flotar de nuevo.

del Oriente antiguo, fue un aventurero y al mismo tiempo un hombre de negocios. Expuesto a más de un peligro, incluso a soportar él solo los riesgos de una empresa en la cual el comanditario exigía que su capital estuviese totalmente garantizado, era normal que sus beneficios, cuando tenía éxito, fuesen enormes; y esto tanto más cuanto que las actividades de este tipo se hallaban expuestas a los contragolpes de la política exterior o de los movimientos del pueblo. El tráfico con Capadocia sólo duró ochenta años; desapareció con la primera hegemonía asiria y la instalación de grupos indoeuropeos en Anatolia.

El orden social. Un hombre era responsable de la cohesión del cuerpo social: el soberano. Representaba a los dioses sobre la tierra, era príncipe vicario, pero no dios él mismo (a pesar de algunas tentativas de los soberanos de la



II dinastía de Ur), tenía el deber de organizar la sociedad humana según las prescripciones de los dioses. El soberano fue siempre un legislador y su obra en ese terreno podía incluso llegar a la redacción de un cuerpo de leyes en vigor. Numerosos soberanos unieron su nombre a una de esas recopilaciones (*Urukagina* de Lagash, por ejemplo), pero ninguno alcanzó mayor renombre que Hammurabi de Babilonia (1729-1686). Estas compilaciones se han designado generalmente con el nombre de «código», pero se trata solamente de una analogía. Quien dice «código» designa una construcción jurídica sistemática, en la que de ciertos principios de derecho se deducen disposiciones particulares. Éste no es el caso en ninguno de los códigos del antiguo Oriente: son innovaciones en las que se mezclan disposiciones de uso corriente, tradiciones y enmiendas, en las que el soberano cumple su papel de ordenador del mundo de los hombres que los dioses le han confiado. Así, el mundo mesopotámico se presenta como un mundo más estrictamente regulado que ningún otro por la autoridad soberana, cuyas intervenciones eran lo bastante profundas para velar incluso por el mecanismo de los salarios y los precios.

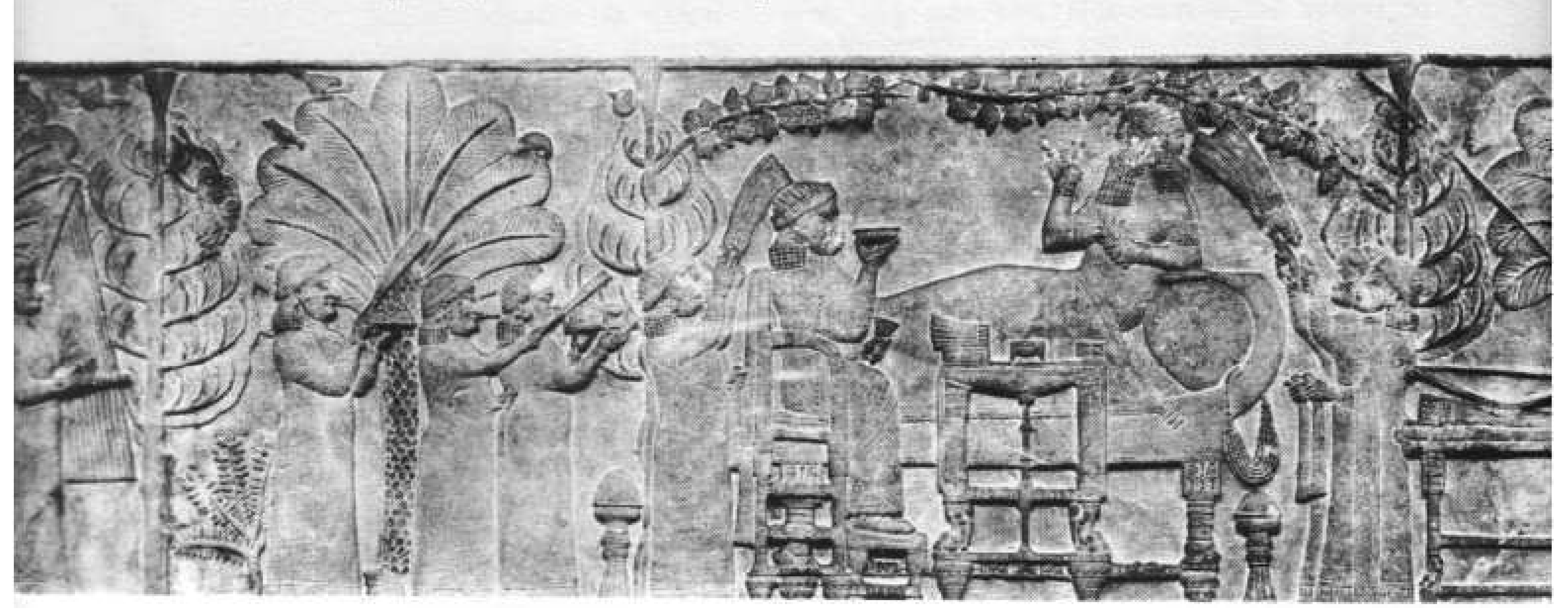
El buen soberano no podía reglamentarlo todo sino por medio del cauce de una administración numerosa y fiel. Este ideal sólo lograron alcanzarlo algunos grandes príncipes, tales como Hammurabi y, en Asiria, Tiglat Pileser II y sus sucesores. El cuerpo de los funcionarios constituía la tropa de los servidores del rey, aquellos que le servían y ayudaban en su tarea. No podía tratarse de funcionarios en el sentido actual de la palabra, es decir, de depositarios de una parte

LA MAJESTAD REAL
(bajorrelieve de Nínive)

El rey Asurbanipal en su carro de parada, protegido por una rica sombrilla, símbolo de soberanía. Un guardia real y un dignatario siguen al carro. Tras la caja del carro dos servidores mueven los espantamoscas.

PLACERES DEL REY
(bajorrelieve de Nínive)

El rey y la reina toman una colación en el jardín, al fresco, abanicados con palmas. A la izquierda avanzan los servidores llevando los platos, de los que espantan las moscas.



del poder público, sino más bien de miembros de una sociedad patriarcal que extendía a todo el Imperio las costumbres y un estado de espíritu heredados de la comunidad tribal que regían el jeque y los servidores de su casa. Hubo así un grupo socialmente muy importante, el de los servidores directos del rey. Las familias nobles vivían en torno a él, en su capital, y daban al soberano sus grandes dignatarios, los jefes de las oficinas, los gobernadores provinciales y los jefes de la guerra; pero hay que añadir el numeroso personal subalterno indispensable, entre los cuales los escribas, redactores y lectores de los archivos y despachos eran los más importantes. Inevitablemente, las familias de los dignatarios, así como las de los escribas, tendieron a perpetuarse en los mismos empleos, apoyados en su fortuna territorial, en la riqueza y la autoridad de los templos, cuyos sacerdotes más importantes salían de esas mismas familias, a las que se hallaban sólidamente vinculados. También se vio frenada siempre la autoridad real, incluso aniquilada a veces, por la imposibilidad en que se hallaba el soberano de hacerse obedecer directamente, y por la obligación que tenía de pasar por los servicios de una aristocracia sólidamente asentada.

En el aspecto local, la autoridad del monarca llegaba debilitada por la distancia o un cambio de reinado. Los servidores directos del rey, los soldados de Hammurabi, por ejemplo, estaban provistos de una tierra que les pagaba sus servicios; les estaba prohibido alienar esta tierra, que era del rey, bajo pena de muerte. Los documentos nos muestran muy claramente que, pocos años después de haberlas recibido, los usufructuarios de esas tierras disponían de ellas a su gusto, no cumpliendo siquiera el servicio por el cual les habían sido concedidas.

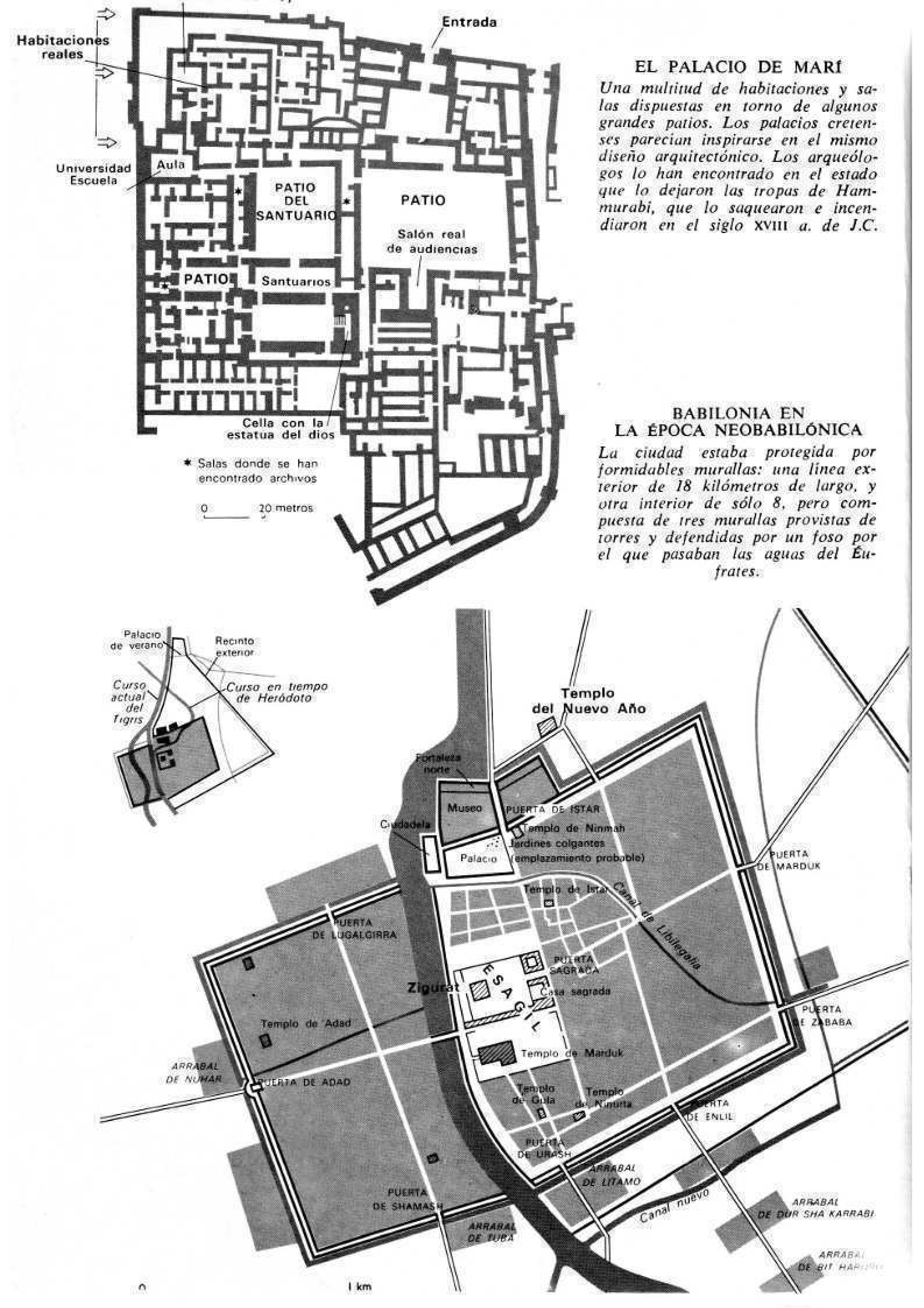
Cualesquiera que hayan sido los defectos de su organización, el sistema político y social mesopotámico tuvo su eficacia.



HAMMURABI ANTE SHAMASH

El dios, tocado con una tiara formada por varios pares de cuernos, irradiando una luz que el escultor ha simbolizado en las llamas que salen de sus hombros, tiende al soberano, que esboza el ademán de ocultar el rostro, las insignias de su soberanía: la regla y el cordel. Abajo aparece una parte del texto del famoso código, del que fue inspirador el dios justiciero.

Lo testimonian, por ejemplo, la percepción regular del impuesto a que estaban obligados los súbditos, el tributo que debían satisfacer los pueblos vencidos, el reclutamiento de soldados, tratárase de soldados colonos como en Babilonia, o de soldados reclutados según las obligaciones de un servicio militar como en Asiria, y la movilización de masas humanas para la ejecución de los servicios y de grandes trabajos. Este último aspecto del ejercicio de la autoridad es particularmente característico de un mundo técnicamente poco evolucionado, en el que la labor comunitaria de los humildes permitía las realizaciones grandiosas de una sociedad patriarcal, en la que la autoridad del jefe era tal que explotaba la masa de esos hombres, sus vasallos, a medida de sus necesidades, pero que sabía recompensar como soberano fastuoso y jefe atento. Del trabajo de esos súbditos, de los servicios más pesados exigidos a los vencidos y esclavos públicos, nacieron grandes realizaciones como fueron la red de canales, la edificación de enormes ciudades fortificadas, los templos, los palacios reales, etc. Entre esas obras citemos solamente los trabajos hidráulicos mediante los cuales Senaquerib quiso dar a Nínive abundancia de



EL PALACIO DE MARÍ

Una multitud de habitaciones y salas dispuestas en torno de algunos grandes patios. Los palacios cretenses parecían inspirarse en el mismo diseño arquitectónico. Los arqueólogos lo han encontrado en el estado que lo dejaron las tropas de Hammurabi, que lo saquearon e incendiaron en el siglo XVIII *a. de J.C.*

BABILONIA EN LA ÉPOCA NEOBABILÓNICA

La ciudad estaba protegida por formidables murallas: una línea exterior de 18 kilómetros de largo, y otra interior de sólo 8, pero compuesta de tres murallas provistas de torres y defendidas por un foso por el que pasaban las aguas del Éufrates.



SALA DEL TRONO DEL PALACIO DE MARI

LA PUERTA DE ISTAR EN BABILONIA (siglo VI a. de J.C.)

Era por sí sola una fortaleza que había de desanimar el intento de cualquier asalto. Sobre sus paredes de ladrillos esmaltados aparecían, en bajorrelieve, dragones de Marduk y toros de Adad. En el camino procesional que conducía a ella estaba representado el león de Istar (lámina n.° 28).



agua. Al río que abastecía la villa se sumaron las aguas de otros diversos cursos de agua, usando de un canal de 50 km. de largo, una de cuyas partes atravesaba un valle por medio de un acueducto de 280 metros de largo y 22 de acho, construido con dos millones de bloques calcáreos de un octavo de metro cúbico cada uno. El soberano aseguraba que el conjunto de la obra exigió solamente quince meses de trabajo. Antes de Senaquerib, Asurnasirpal II había hecho edificar en Kalah (Nimrud) un gran palacio real con un parque plantado de árboles. Al inaugurarse, el rey recompensó a todos los obreros, sus funcionarios y sus servidores con un inmenso festín de diez días, en el cual tomaron parte 69.574 personas, sin contar los 17.500 habitantes de Kalah. Fueron devorados 2.200 bueyes, 16.000 corderos y 34.000 aves, y fueron necesarios 16.000 odres de vino y 10.000 cántaras de cerveza para calmar la sed de los convidados. Festín de príncipe oriental que manifiesta su poderío y su generosidad.

LAS DIVERSIONES

En una placa de terracota de fines del III *milenio aparece un arpista. Arriba: caza de pájaros; un arquero acaba de abatir dos; un halconero se dispone a soltar el halcón.*



Por debajo del rey, de sus dignatarios y de sus servidores directos, se situaba la masa de la población, esencialmente campesina porque numerosos artesanos libres o dependientes del palacio y de los templos poseían trozos de tierra. A pesar de una documentación excepcionalmente abundante, no podemos reconstruir con fidelidad cuál fue la situación social de los humildes. Parece seguro que el mundo de los campesinos y artesanos estaba compuesto principalmente por una clase libre pero pobre, inferior a los notables de los burgos poseedores de la mayor parte del suelo cuyos campesinos sólo eran colonos. Según el «código» de Hammurabi, sabemos que los notables eran los *awilu,* y los campesinos colonos los *mushkenu,* palabra que ha sido conservada, puesto que de ella se deriva «mezquino». Esos términos no tienen valor sino para los comienzos del II milenio, pero un planteamiento similar existió en otros lugares con otras palabras. Más pobres que aquellos campesinos era la multitud de obreros agrícolas, de condición incierta, que se unían a los indigentes cuando había transcurrido la época de los trabajos, en la que se les habían asegurado alimentos y ropas.

Los esclavos eran poco numerosos. Los prisioneros de guerra, los deudores insolventes y los hijos de familias demasiado pobres vendidos por sus padres, constituían lo esencial de esa clase. Mesopotamia no conoció las grandes tropas de esclavos, propiedad de particulares que las hubieran hecho trabajar

bajo la vigilancia de intendentes. Solamente los palacios y los templos los emplearon en sus grandes trabajos, en las manufacturas, las minas, etc. Los particulares tenían bastante con sus colonos y obreros agrícolas reclutados para unas semanas. Los esclavos eran tan sólo mano de obra para completar los trabajos de los campos y su trabajo se circunscribía principalmente a las tareas domésticas. Los esclavos no eran indispensables para el desarrollo de la economía mesopotámica; por ello la ley y las costumbres establecidas no eran inexorables con ellos. Podían poseer, trabajar y conservar sus ganancias, obtener, de manera que no era excepcional, su liberación que los códigos habían previsto en cierto número de casos.

¿Cómo comprendían su condición los humildes? No hay duda que se hallaban relegados al peldaño más bajo de la escala social; pero ¿se puede deducir de ello una división tajante de la sociedad, la existencia de grupos que se excluían unos a otros? La sola jerarquía netamente definida que conocemos es la que quiere hacer respetar el «código» de Hammurabi:

> «Si alguien rompe un miembro de un *awilu*, se le romperá un miembro. Si le saca un ojo a un *mushkenu* o rompe un miembro de un *mushkenu*, pagará una mina de plata. Si alguien rompe los dientes de un *awilu*, se le romperán los dientes. Si rompe los dientes de un *mushkenu*, pagará un tercio de mina de plata...»

La mayor parte de los *mushkenu* debían sin duda permanecer en su condición, pero la movilidad particular de la sociedad mesopotámica, aparente en el juego múltiple y rápido de las ventas y adquisiciones, debía permitir la ascensión de los emprendedores y de los más afortunados, lo mismo que al pie de la escala social el hombre libre pobre y el esclavo cambiaban fácilmente su condición. Dada la precariedad de su con-



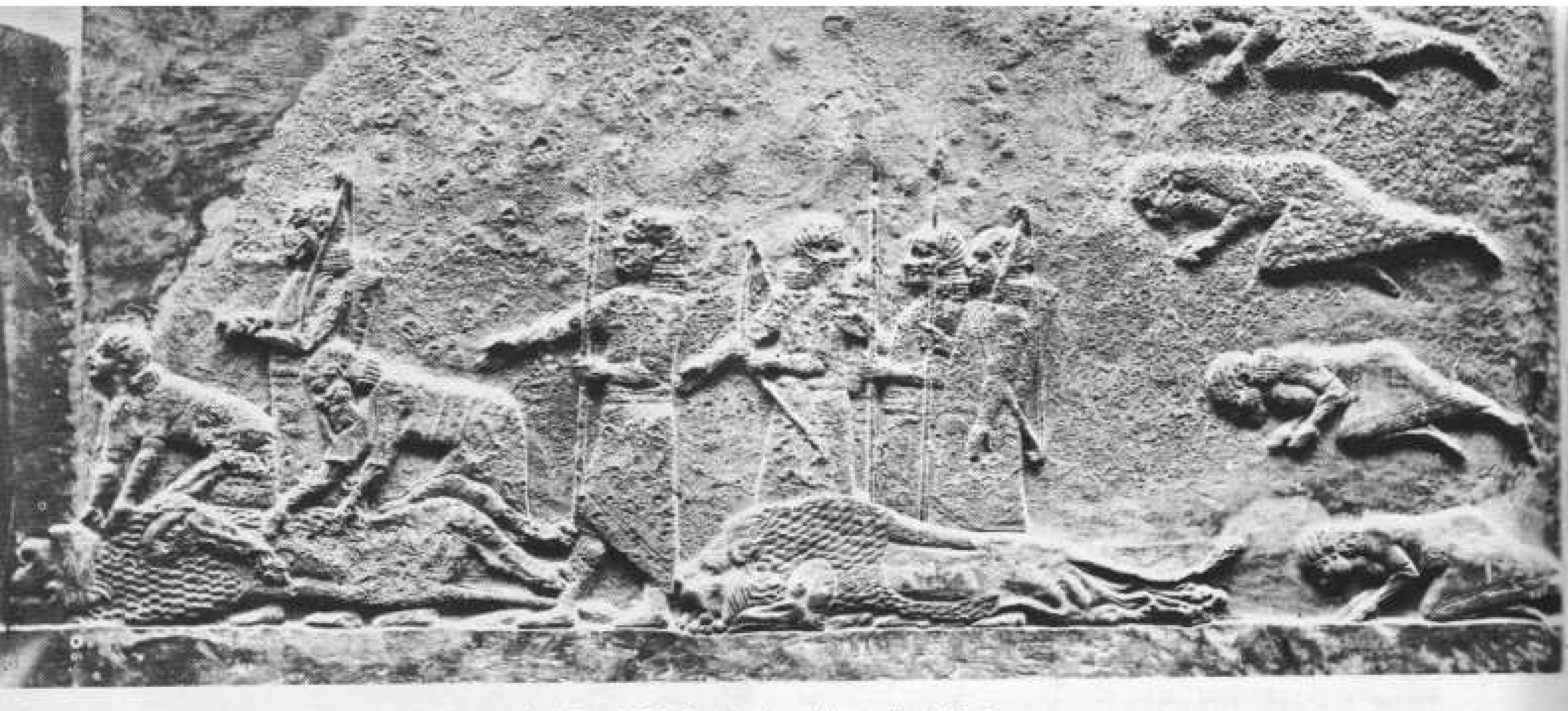
NOBLES ASIRIOS

Pocos restos han llegado hasta nosotros de los frescos que adornaban las grandes mansiones. En este fragmento aparecen dos grandes personajes con ropas bordadas, aretes en las orejas, cabellos y barba peinados y ensortijados.

LA ESCOLTA DE UN NOBLE

En este cilindro-sello de fines del III *milenio, un noble va de caza o a la guerra escoltado por tres servidores que guía un arquero, quizá sirio, calzado con extraños zapatos. Detrás vienen los servidores de menor rango, que llevan muebles y provisiones.*





CAZA REAL (bajorrelieve de Ninive)

Unos servidores se afanan en torno a los leones muertos por Asurbanipal y los desuellan. Los palacios reales estaban provistos de inmensos parques, una parte de los cuales se utilizaba como reserva de caza. En estos parques o en la estepa, la matanza de animales afirmaba la omnipotencia del rey, señor de la naturaleza salvaje.

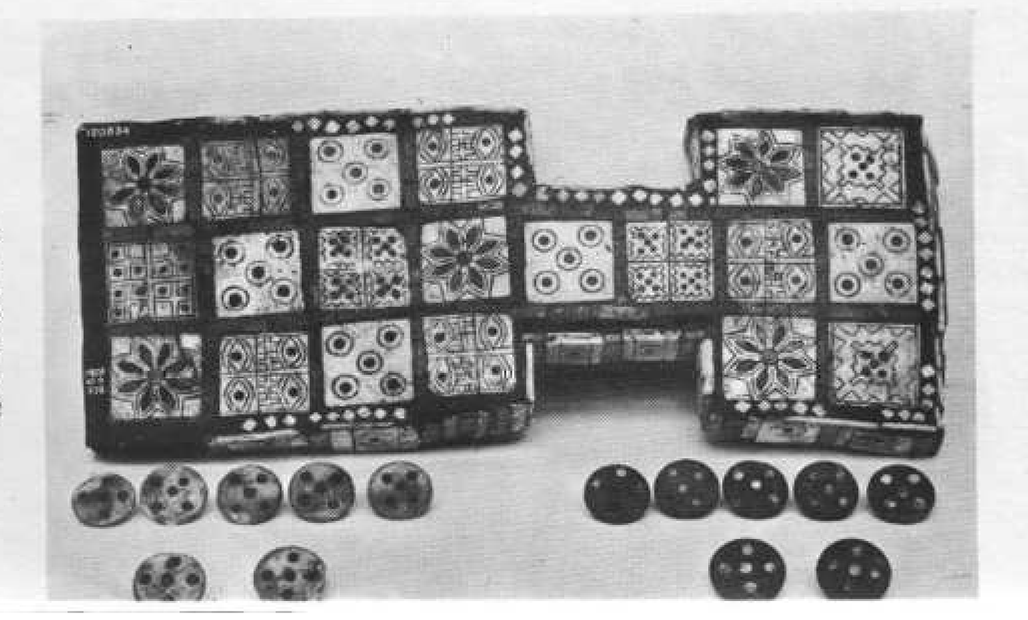
dición económica, una mala cosecha o una guerra hacían rápidamente de un hombre libre un deudor o un padre incapaz de mantener a su familia.

Se ha conservado un lote de tablillas que datan del sitio de Nippur, a fines del siglo VII, uno de cuyos textos es muy elocuente en su precisión jurídica: «Nergal-ah-usur, hijo de Iqisha, ha hecho esta declaración a Ninurta-Ubalit, hijo de Bel-Ussat: "Toma a mi pequeña Sullea-tashme y mantenla en vida; ella será tu hija. Dame 6 siclos de plata para que pueda dar... (aquí falta una porción del texto) y pueda comer." Habiendo aceptado Ninurta-Ubalit, pesó y le dio como pago 6 siclos de plata. Nergal-ah-usur responde de toda reivindicación y toda discusión con respecto a la joven. Nippur, el 10 de tammuz, año III de Sin-sharishkun, rey de Asiria.» (Citado en la *Historia General del Trabajo*, Grijalbo, Barcelona.)

Sin embargo, ningún movimiento amenazó el orden social. Hubo sublevaciones populares, pero poco numerosas, en un mundo en el que el mínimo vital parecía haber estado generalmente asegurado para todos, y en el que también, por lo general, existían posibilidades de ascenso social, y avisados soberanos que compensaban de vez en cuando los excesos de los ricos dictando una moratoria o incluso una abolición de deudas.

UN JUEGO DE SOCIEDAD SUMERIO (principios del III milenio)

Especie de damero construido con pequeños trozos de marfil, conchas y piedras de colores, muy bien ajustados sobre betún. Cada jugador disponía de siete peones.





ESCENA MITOLÓGICA (fines del III milenio)

No se ha conservado el relato cuya ilustración podría ser este cilindro-sello. Posiblemente se trata de la aparición del dios Sol, que ha cortado con su sierra las montañas que le impedían el paso. A la derecha, Ea, diosa de las aguas, de la que brotan aguas vivas, en las que nadan peces, asistida por un dios de doble rostro. A la izquierda, Ninurta avanza armado con el arco. En el centro, posada en la montaña, Istar despliega las alas. A sus pies crece el árbol de la vida.

5. *La religión mesopotámica*

Como toda civilización antigua, la mesopotámica tuvo buen cuidado de organizar las relaciones del mundo de los hombres y de los dioses, y de definir el rostro y personalidad de las divinidades. Pero su originalidad fue la de haber descubierto una de las vías religiosas más ricas y más profundas del antiguo Oriente, cuya evolución relativamente rápida manifiesta el genio de los pueblos semíticos que dominaron Mesopotamia a partir de fines del III milenio. Los semitas conservaron mucho del fondo religioso sumerio: los nombres, los atributos y los mitos de las grandes divinidades, de las cuales pudieron, por otra parte, volver a modelar su rostro o modificar su jerarquía, la lengua litúrgica y los ritos que apenas tuvieron alteraciones a lo largo de tres milenios. Pero los semitas consideraron ese mundo divino de manera muy distinta que los sumerios. Los dioses, lejos de ser fuerzas naturales, divinizadas, recibían un culto personal, puesto que ellos presidían la armonía del mundo y garantizaban los principios materiales y morales que regulan la vida física, espiritual y social del universo. Así pues, aunque muchos elementos religiosos procedían de la teogonía sumeria, los semitas aportaron nuevos ritos y representaciones sacras, basados en un espíritu de ideología originales; su sentimiento religioso fue de excepcional cualidad.



Los dioses. No es posible su exacta enumeración. Hubo sin duda muchos dioses, pero es difícil saber si el mismo dios no era nombrado varias veces con nombres o epítetos distintos, cambiando, por ejemplo, de denominación según la ciudad en que se le adoraba. Sin embargo, en esos millares de divinidades que citan los textos clásicos destacan algunas figuras de gran personalidad que son generalmente el resultado de la fusión de dioses sumerios y de dioses semitas.

Así los tres dioses supremos, señores antiguos del universo, que fueron adorados hasta el final: *Anú,* dios del cielo, *Enlil,* dios de la tierra, *Ea,* dios de las aguas y del mundo subterráneo. A los grandes fenómenos naturales correspondían otros dioses, igualmente universales, tales como *Sin,* dios de la luna, *Adad,* el dios de la tempestad, bienhechor por la lluvia que hacía de él «el señor de la abundancia», maléfico por la tempestad, *Shamash,* el dios sol, capital por su papel físico de mantenedor de la vida universal, y por su papel moral: dios luz, era también el dios de la verdad y de la justicia.

DIOSES MESOPOTÁMICOS:
EL TEMA DE LA FERTILIDAD

Arriba: el cilindro-sello asirio representa un árbol sobre el cual el dios Asur expande la vida desde el sol alado que es su sede. Abajo, a la izquierda: un dios de la fertilidad, cuya estela fue encontrada en Asur: brotan ramas de su cuerpo; está rodeado de animales erguidos y dos acólitos sostienen los vasos de los que brota el agua. A la derecha: la diosa del vaso fuente, hallada en Mari.

Algunos dioses habían de conocer un destino excepcional, como la diosa *Istar* y también el dios *Marduk*.





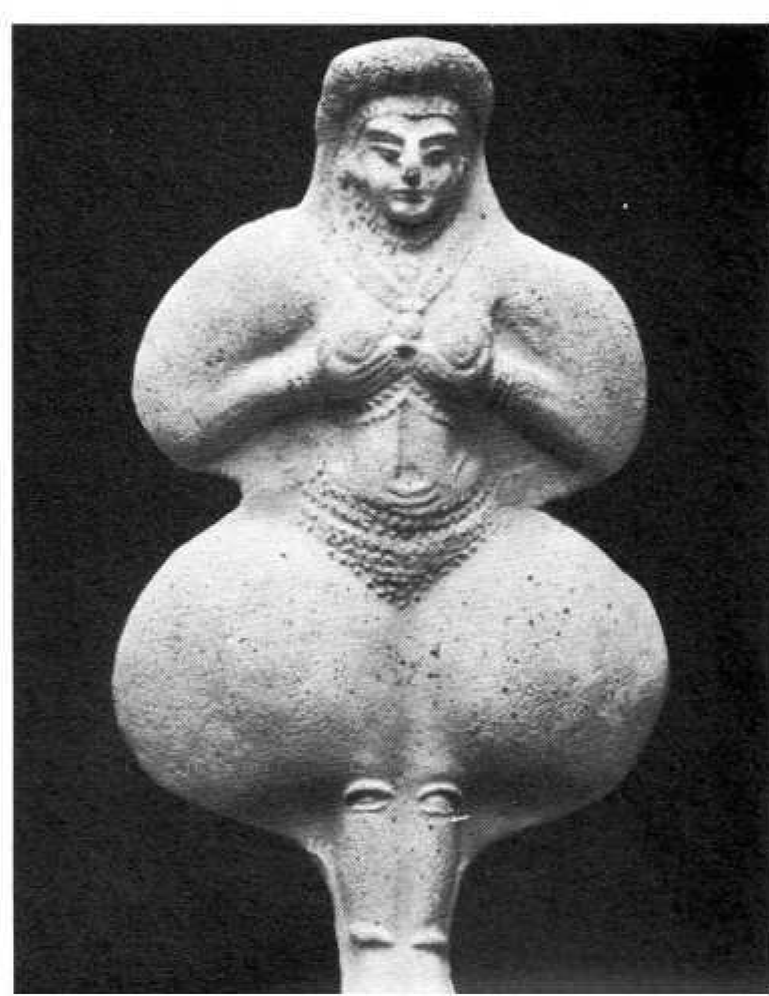
Istar, diosa del amor y de la fecundidad, pero también diosa de la guerra, es el tipo clásico de personalidad divina formada por la fusión de divinidades separadas en su origen, una sumeria y otra semítica. Subsistirá sobre todo como diosa fecunda y madre universal, y en este aspecto debía anexionarse rápidamente las otras divinidades femeninas que tendieron a no ser cada una sino uno de sus aspectos. En el I milenio era prácticamente única, y mereció ser llamada «la primera de las diosas, la señora de los pueblos, la regente del cielo y de la tierra». La popularidad de Marduk se debe a otros factores: dios de Babilonia, se convirtió en el primero de los dioses cuando Hammurabi, rey de Babilonia impuso su yugo a Mesopotamia. Pero, cosa curiosa, esta preeminencia que adquirió a causa de una situación política fugaz, nunca la perdió del todo. Cuando se derrumbó la preponderancia política de Babilonia, y durante mucho tiempo, Marduk continuó siendo respetado en las ciudades santas y sus sacerdotes y teólogos gozaron de gran prestigio. Paradójicamente, hasta los feroces asirios aceptaron los sistemas elaborados en los templos de Babilonia: *Asur*, su dios, se presentaba como el señor del universo, pero en la propia Asiria la piedad de los fieles se dirigía más gustosamente a *Marduk*, o a su hijo *Nabú*, dios de los sabios, porque la personalidad y los méritos de esos dioses habían sido definidos de manera ejemplar por los teólogos.



LA PROTECCIÓN DIVINA

Arriba: este cilindro-sello del III *milenio ilustra una escena de presentación al dios lunar Sin. Abajo: dos toscas estatuillas, muy representativas de los ídolos a los que se dirigía el fervor popular. A la izquierda: una diosa depositada en la capilla de una de las calles de la ciudad de Ur. A la derecha: un amuleto protector de la maternidad y fecundidad, procedente de Susa.*







LOS DEMONIOS
Arriba: Pazuzu, el malvado «raptor». Abajo: la terrible Lilith, súcubo nocturno.



La religión mesopotámica era, por tanto, fundamentalmente politeísta, y seguiría siéndolo siempre. Sin embargo, en el transcurso de los siglos evolucionó lo bastante como para que se afirmaran parcialmente en ella el orden y la claridad. Escribas y sacerdotes se afanaron en organizar este abigarrado universo de personajes divinos y sus esfuerzos redundaron en una simplificación y una jerarquización del panteón, pero su pensamiento no llegó jamás a la formulación de un monoteísmo, ni siquiera a la fusión de todos los sistemas teológicos que elaboraron. Del mismo modo que Istar absorbió la personalidad de otras diosas, también Marduk pudo reunir en sí mismo a todos los dioses, subsistiendo cada uno a pesar de todo, pero como un aspecto de su persona.

Así: «Marduk como dios de la agricultura es Ninurta; como dios del combate es Zababa; como dios del conocimiento, Nabú; como luminaria de la noche, Sin; como dios justiciero, Shamash, etc.»

El gran poema del *Enuma elish* fue escrito para explicar por medio de un mito el origen de su omnipotencia entre los dioses y atribuirle el papel creador del mundo de los hombres. Sin embargo, en todo esto jamás apareció la idea clara de un dios único; pero hay que conceder a los mesopotámicos haber sabido concebir, antes que los griegos, un sistema politeísta lo más lógico y coherente posible.

Hubo un punto sobre el cual su pensamiento religioso jamás cambió fundamentalmente: la afirmación de la majestad divina, de la irreductible diferencia de naturaleza entre los hombres y los dioses. Para el hombre, los dioses, como todos los elementos del mundo en que vive, no son sino «terror»; los dioses son «huracán», «león», «tempestad», y se desprende de sus personas un resplandor terrorífico, cuya visión no puede soportar el hombre. Los dioses son amos y cuando los fieles buscan en sus rezos la protección y bondad de uno de ellos, los términos en los cuales se le dirigen revelan la distancia que separa al señor de su siervo. Sin embargo, los dioses son antropomorfos: tienen rostro humano, apariencia humana y, más sorprendente aún, pasiones humanas y no siempre las más

nobles. Incluso formando parte del folklore, sabiendo que es inevitable distinguir entre las representaciones elaboradas por el teólogo y las del hombre del pueblo que es el principal oyente de los relatos míticos, sorprende frecuentemente la libertad con que los mesopotámicos trataron a sus dioses:

Cuando el diluvio sumerge la tierra, los dioses, asustados ante el cataclismo, «suben al cielo de Anú y como perros se tienden en el suelo y se acurrucan»; cuando el único hombre que ha escapado del desastre ofrece un sacrificio, «los dioses aspiran su buen olor y como moscas se agrupan muy cerca». Enamorada del héroe Gilgamesh, Istar, diosa del amor en el sentido más vulgar de la palabra, le hace insinuaciones que el héroe rechaza con violencia y grosería: «instálate en la calle... y que te tome quien te desee. Eres una puerta inacabada que no detiene el viento ni la helada; un palacio que se hunde sobre quien lo habita...; pez que mancha a quien la toca; una piel mojada que empapa a quien la lleva...; una máquina de asedio levantada contra el enemigo; un zapato que pellizca el pie de quien lo calza», etc. Gilgamesh acaba su diatriba con la lista de los numerosos amantes de la diosa a quienes ella ha abandonado y maltratado cruelmente.

Sin embargo, a pesar de sus caprichos o de sus defectos demasiado humanos, los dioses superaban infinitamente a los hombres; mientras que mitos y leyendas podían conservar tradiciones amables o irreverentes, las especulaciones de los teólogos y la práctica religiosa de los medios más abiertos a su enseñanza hicieron prevalecer todo lo que expresaba la trascendencia de los dioses: a pesar de ser inmortales, su conducta o decisiones extraviaban a los hombres, porque «nadie conocía su camino». Los cuentos y relatos podían siempre divertir a los oyentes, al propio tiempo, los hombres se esforzaban en expresar lo más justamente la presencia o potencia divina: por símbolos, tales como el rayo (Adad), la estrella (Istar), la media luna (Sin), los cuernos (Anú y Enlil); los símbolos matemáticos: 60 era el indicativo de Anú; 50, el de Enlil; 40, el de Ea, etc.; las representaciones astrales: la Osa Mayor era la imagen de Enlil; Venus, la imagen de Istar, etc. En cada uno de esos temas, el empleo de signos o de sencillas imágenes expresaba, mejor que cualquier profesión de fe, el sentido de la grandeza de los dioses. Sin duda los dioses podían, en sus relatos o por medio



LOS DEMONIOS

Arriba: un demonio sumerio. Abajo: en un vaso de libaciones de Gudea, un demonio bienhechor, símbolo del dios curador Ningizida. En el vaso, dos dragones coronados sostienen una vara. Entre ellos, dos serpientes se enroscan en una varita, formando la imagen del primer caduceo.





GRUPO DE ADORADORES (Marí, principios del III milenio)
Estas estatuillas, halladas en el templo de Istar, eran los sustitutos de los fieles, que las colocaban allí para que la diosa recibiera constantemente el testimonio de su piedad. Estatuillas como éstas han sido halladas en las ruinas de la mayor parte de los templos.

de sus estatuas, ser representados con rasgos humanos; pero éstos eran procedimientos insuficientes y, a falta de poder expresar convenientemente su majestad, muchos creyentes preferían atenerse a un simbolismo lo más sobrio posible.

Las relaciones de los hombres y los dioses. El hombre es una criatura modelada en arcilla por un dios demiurgo, que vive en un mundo creado por los dioses y regido por un Destino (sobre cuya definición no está, por otra parte, muy claro el pensamiento mesopotámico) igualmente fijado por los dioses. Por definición, el hombre es, por tanto, un inferior, un mandado, a quien sus mismos orígenes fuerzan al servicio de los dioses. Al crear al ser humano, Marduk declara en el *Enuma elish:* «Crearé el ser humano, el hombre, para que se encargue del servicio de los dioses y los dioses carezcan de preocupaciones.» Lo que aquí se pone de manifiesto es el conjunto de actos religiosos, desde la construcción de los templos a la práctica de los sacrificios. Pero, además, el hombre tiene el deber de ser en su mundo el agente de los dioses, aquel cuya labor asegura la continuidad de la creación, porque multiplica en abundancia seres y cosas, aquel cuya moralidad y respeto a las leyes permiten que el mundo viva en la armonía que aman los dioses. Los dioses son, por tanto, quienes garantizan el derecho y la moral, y a los grandes legisladores les gusta subrayar, como a Hammurabi, que las leyes que ellos dictan proceden de los dioses, de Shamash en particular, «señor de la verdad y de la justicia», y que observarlas es tanto una manifestación de piedad como obligación social.

Cuando se deja de agradar a los dioses, sobreviene el castigo. Para explicar el mal, el dolor moral y físico, los mesopotámicos admitían la existencia de gran número de demonios dedicados a misiones específicas cuyos nombres terroríficos, «fantasmas, hombres de la noche, raptores agazapados en la sombra», etc., expresaban suficientemente el papel de torturadores que los dio-

ses les reconocían. Porque ninguno de ellos tenía poder sin permiso de los dioses; pero el permiso se les otorgaba con frecuencia. Irritado por la falta de un hombre, consciente o inconsciente, tanto por un crimen como por un pecadillo, un dios abandonaba al culpable a uno o varios demonios que lo atormentaban El mal que el hombre veía manifestarse en sí y en torno suyo tenía, por tanto, sólo un origen: el pecado. Si quería curar, obtener la remisión de los males que caían sobre él, debía apaciguar al dios irritado mediante la confesión de su pecado, aunque ignorase su naturaleza. Por eso, uno de los textos religiosos más originales y también más profundos del antiguo Oriente son los salmos penitenciales en los que el hombre, anonadado, reconoce de antemano sus faltas, manifestando ante el dios a quien impetra un sentimiento emocionado de humildad, y también de confianza:

«¡Oh, valeroso Marduk, cuya cólera es la de un ciclón y cuyo favor el de un padre compasivo! ¡Nadie ha oído mi llamada: esto es lo que me abruma; nadie ha respondido a mi grito, y esto es lo que me tortura...! Señor Marduk, dios de misericordia, de tantos hombres como hay, ¿quién podrá jamás comprender? ¿Quién no ha pecado jamás? ¿Quién no ha cometido faltas nunca? ¿Quién comprenderá los caminos de Dios...? He cometido un crimen contra ti, he transgredido las prohibiciones de Dios. Perdóname los pecados de los que tengo conciencia y también aquellos que ignoro.» (J. Bottéro, *La religion babyloniene*, pág. 121, Presses Universitaires de France.) Evidentemente, la enfermedad era la ocasión más frecuente del empleo de estos textos de oración. Hemos conservado una oración de Asurnasirpal I (1198-1194) a Isthar, que atestigua la común miseria de todos los hombres, cualquiera que sea su condición, bajo la ira de los dioses: «No voy a la comida que me ha sido preparada...: la mejor, la más vivificante de las bebidas es fétida para mí; ya no me conmueven la lira ni la música; mis ojos no pueden distinguir los colores... ¿En qué he faltado para que tú me hayas entregado a la enfermedad? Ha sucedido conmigo como con quien no teme a tu divinidad... (En mi juventud) no siempre he pensado en tu señorío, no siempre te he rezado... ¿Cómo podría escapar a la falta y al pecado? Mírame, señora, que pueda reverenciar tu sentencia. Tú que te has inflamado de cólera, cálmate, que se apacigüe tu humor. Tu corazón está lleno de benevolencia... Líbrame de mi mal, deja sin efecto mi pecado; que de tu boca, oh diosa, venga a mí el apaciguamiento.»

Dominado por los dioses todopoderosos, el hombre hallábase aplastado por su justicia imprevisible, que caía sobre él por toda falta contra la ley o la moral, tanto por una negligencia litúrgica como por un crimen, sin que jamás se hubiera establecido ninguna gradación de la culpabilidad que guardara relación con los castigos impuestos. Tímidamente, los mesopotámicos habían supuesto a veces que el justo recibía en vida su recompensa; pero la imagen abrumadora de los dioses, demasiado poderosos y demasiado exactos en castigar la falta, se imponía siempre y contribuía a dar a la piedad mesopotámica una coloración sombría, sino desesperada, en un mundo en que los demonios podían en todo momento caer sobre el mejor y más justo de los hombres, para que expiase lo que era pecado ante los dioses.

No había que esperar ningún consuelo al término de la vida. Lejos de las representaciones de los egipcios, los mesopotámicos imaginaron el más allá como un mundo desolador. La impresión que se desprende de los mitos y leyendas que se refieren a la mansión de los muertos es anonadante:

Morir es «descender hacia la sombría mansión, aquella en la que se entra, pero de la que no se sale, aquella cuyos huéspedes están privados de luz, donde la tierra proporciona un escaso alimento, donde el fango sirve de pan; los muertos, vestidos como pájaros con ropajes de plumas, permanecen en la noche en las tinieblas eternas».

¿Quién no se hubiese estremecido ante la idea de conocer un día esa vida larval? Es el pesimismo de una civilización que se expresa en la leyenda de Gilgamesh, el valeroso, que ha recorrido la tierra como un insensato, en busca de la planta de la vida, desde el día en que la muerte de su amigo Enkidu le reveló brutalmente el inevitable destino de los hombres: «Mi amigo, a quien amaba más que a todo, aquel que me acompañaba en todas las aventuras, ha alcanzado el término del destino de los hombres. Seis días y siete noches lo he llorado... (Después), he tenido miedo de la muerte y he recorrido la estepa: me abruma el destino de mi amigo... ¿Cómo callar? ¿Cómo permanecer insensible? Mi amigo, a quien amaba, es como tierra; y yo, ¿no voy a acostarme como él y a no levantarme jamás?»

¿Qué se podía hacer sino esperar que la vida terrestre fuera lo más larga posible, y hacer todo lo humanamente concebible para gozar de una vida exenta de males? La preocupación por solucionar la vida terrestre es el origen del sorprendente desarrollo de dos disciplinas: el exorcismo y la adivinación. Se esperaba que los exorcistas pudiesen liberar a los hombres de los demo-

nios que los torturaban, si sabían reconocer los pecados que habían permitido su desencadenamiento, conociendo las fórmulas convenientes para rogar a los dioses y obtener su perdón, y las fórmulas rituales que alejarían a los demonios. Las prácticas de los exorcistas determinaron la creación de una abundante literatura de oraciones y conjuros, mientras que la actividad de los adivinos dio lugar a una enorme masa de textos en los que se ha tratado del medio de interpretar los presagios ya fuera mediante el examen de las entrañas o del vuelo de los pájaros, la interpretación de los sueños, las observaciones astrales y meteorológicas, etc. Cualquier cosa podía ser presagio para hombres que pensaban que en el mundo todo tenía su reflejo en todo, que cada fenómeno poseía un significado que el hombre debía deducir por medio de las técnicas apropiadas para conocer lo que los dioses querían de él, los límites en los cuales su acción era lícita y posible.

La atención enfermiza que se dedicaba a los innumerables símbolos y el temor de dejar escapar o ignorar su verdadero sentido contribuyeron a entorpecer aún más la vida religiosa cotidiana, cuando no lograron despertar en los más escrupulosos una preocupación por satisfacer la voluntad divina que se manifestaba de manera tan extraviada.

En 671, el 2 de julio y el 27 de diciembre, hubo dos eclipses totales de luna, lo cual significaba para el rey de Babilonia, entonces Asardón, señor de Asiria y Babilonia, una enfermedad mortal. Para evitar esta catástrofe se recurrió a un rito arcaico que consistía en coronar como monarca al hijo de un funcionario real para que tomase sobre sí todos los peligros que amenazaban al soberano. Este sustituto real reinó cien días, durante los cuales Asardón vivió retirado y designado en los textos oficiales como «campesino». Cumplidos los cien días, el sustituto y su esposa murieron, y cabe pensar que no se trató de una muerte natural ni mucho menos, se les hicieron funerales reales y Asardón pudo reanudar el curso normal de su reinado, después de haberle sido advertido por carta: «Las ceremonias expiatorias han sido cumplidas. Que el corazón del rey esté enteramente tranquilo.»

Templo, clero y prácticas cultuales.

Los dioses vivían lejos del mundo de los hombres; sin embargo, residían también en las estatuas que les habían sido dedicadas a las cuales se trataba como a los dioses mismos. Como los soberanos más poderosos, solamente podían habitar palacios, y la palabra que designa el templo significa simplemente «Casa», siendo el templo la casa por excelencia, la más bella y más rica. Construido y mantenido por el soberano, pues éste era el primero de sus deberes, el templo mesopotámico, heredero del templo sumerio, era un ente gigantesco cuya actividad propiamente religiosa no constituía más que uno de sus aspectos. Rico y abundantemente provisto de bienes, podía mantener sin esfuerzo a un clero numeroso al cual servía con holgadas rentas; alto lugar de la cultura, debía conservar los textos más preciosos, litúrgicos, legendarios, científicos, que los escribas formados en sus escuelas copiaban y enriquecían incansablemente. Allí, en el corazón de un conjunto monumental, se mantenía al dios. Lo mismo que a un ser vivo, se le ofrecían comidas en forma de sacrificios, e igual que un personaje importante poseía joyas, vajilla, rico mobiliario y hermosos vestidos con los que se engalanaba. Como un soberano, salía a veces de su morada para aparecer entre los hombres durante las grandes procesiones, ceremonia más importante de las fiestas de diferentes ciudades. La tradición nos ha dejado el recuerdo de deslumbrantes fiestas que tuvieron lugar en Babilonia en honor de Marduk, en Año Nuevo. Pero el dios era siempre más grande que el más grande de todos los humanos, y se le debían las plegarias cotidianas de glorificación y alabanza, en las que se expresaba el sentimiento tan elevado que los mesopotámicos experimentaban ante la majestad divina.

El servicio de los dioses exigía numeroso personal, desde el gran sacerdote a los esclavos dedicados a las más rudas tareas materiales. Una jerarquía complicada daba a cada uno su lugar en función de la especialidad ejercida. Por debajo del gran sacerdote y de los más altos dignatarios, que eran administradores y ministros del culto, estaban los sacerdotes especialistas, los purificadores, los cantores, los salmistas, los ungidos, los portaespadas, etc., a quienes ayudaban en tareas bien definidas, como verdaderos técnicos, los exorcistas y los adivinos. Todos estos personajes formaban parte de una aristocracia; eran depositarios de

ESCENA RITUAL (III milenio)

En el desarrollo de este cilindro-sello aparecen dos oficiantes, uno con espigas de cereales y otro derramando agua de un jarro.

TEMPLOS DE MESOPOTAMIA

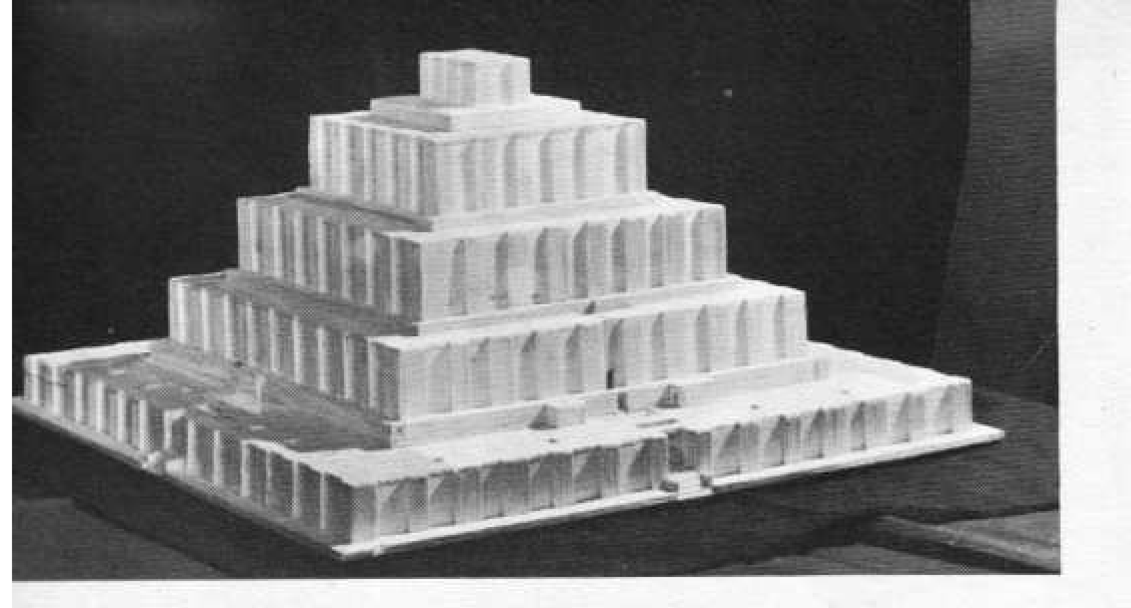
Templos instalados en el palacio de Sargón en Dur-Sarrukin, hoy Khorsabad. Su disposición es en todas partes la misma: al fondo de una sala, la estatua del dios se levanta sobre un podio: los templos más grandes estaban provistos de vestíbulos, flanqueados por pasillos y estancias.

N
Sin
Adad
Ea
Shamash
Ninurta
Ningal
0
50 m

ESCENA DE PRESENTACIÓN

En este mojón de la época casita, el rey Melishipak II presenta su hija a la diosa Nanaia (siglo XIII).





EL ZIGURAT DE CHOGA-ZAMBIL
(cerca de Susa)

Arriba: a la izquierda, la maqueta del zigurat reconstruido que debió de tener más de 50 metros de altura; a la derecha, el zigurat, tal como se conserva hoy, con una altura de 25 metros, después de los trabajos de desescombro y reparación. Es la más grande y mejor conservada de las antiguas torres de pisos de Mesopotamia, construidas a principios de la civilización sumeria, como puentes lanzados entre cielo y tierra, como gigantescos altares a los que descendían los dioses. Su presencia en el paisaje de Oriente inspiró el relato de la torre de Babel.

EL ZIGURAT
DE CHOGA-ZAMBIL

Dos detalles. Abajo: a la izquierda, la entrada de la gran escalera; a la derecha, la superposición de gradas. La exploración arqueológica ha demostrado que el zigurat fue construido en varias etapas. Cada piso ha sido construido desde la base del edificio, encajándose en el precedente. Cada uno de ellos, salvo el último, ha sido, pues, como un enorme muro construido en torno de un patio central cada vez más estrecho. El conjunto fue terminado durante el siglo XIII.

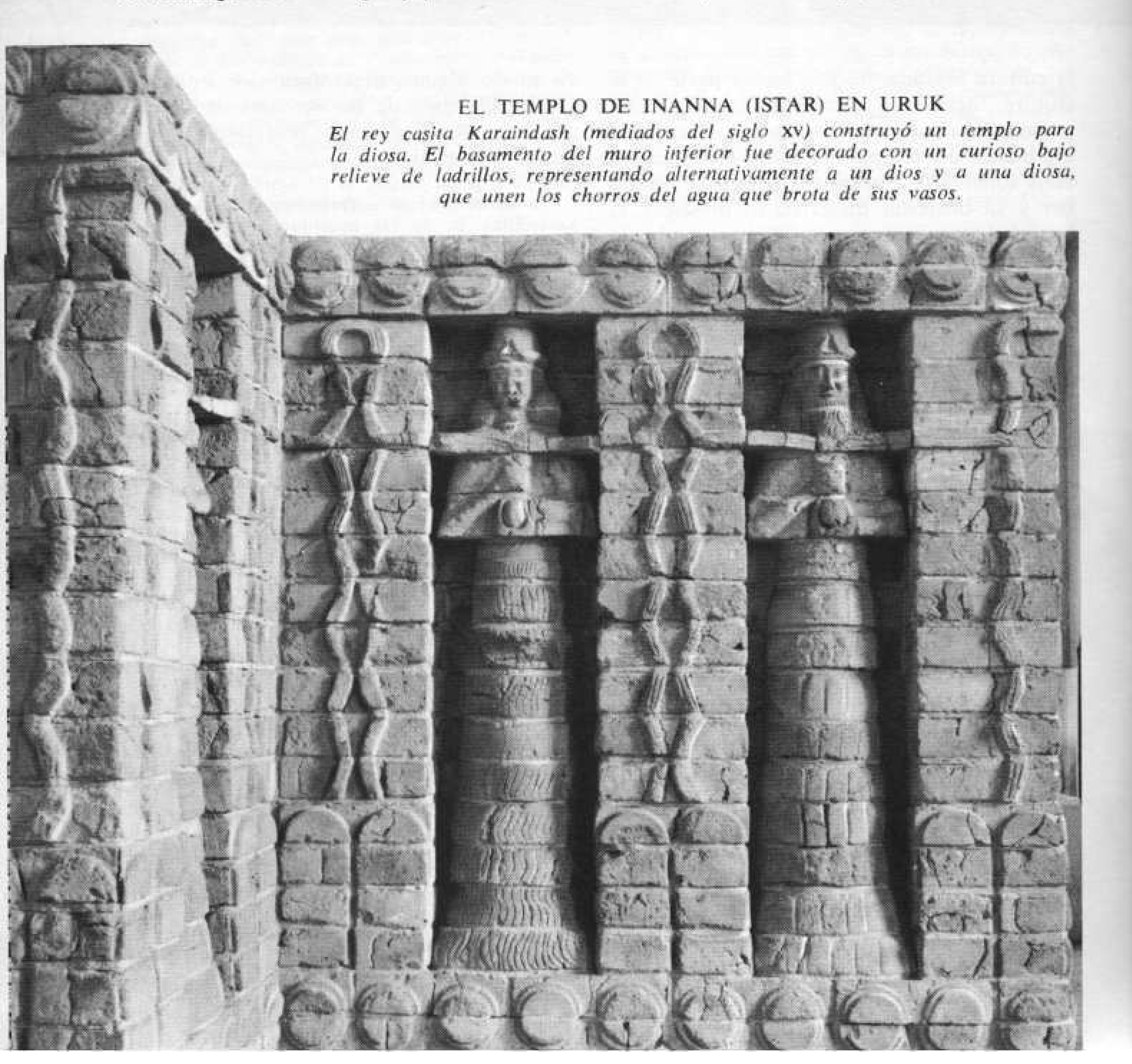
la cultura sagrada, de una buena parte de la cultura literaria y científica, eran grandes personajes ricamente mantenidos a costa de los bienes del templo. Sería un error ver en ellos solamente a ministros del culto. Su saber y su bienestar material, su prestigio, la facilidad con que parecen haber cambiado o vendido los cargos que ejercían, todo esto hace más bien pensar en las sociedades modernas. Como sacerdotes en el sentido en que lo entendió toda la antigüedad excepto Israel, es decir, como técnicos calificados y en modo alguno depositarios de una revelación, gozaban de las ventajas de sus cargos considerados como profesiones prestigiosas y lucrativas.

No debe dejar de sorprendernos una categoría sacerdotal, la de las prostitutas sagradas, cuyo papel era honrar a Istar, la patrona del amor y de las funciones de reproducción. Agrupadas en comunidades bajo la dirección de grandes sacerdotisas, eran un elemento normal del mundo sacerdotal, y las leyes, como las prescripciones del código de Hammurabi, preveían su lugar en la sociedad mesopotámica. Estas hieródulas no

eran sino una parte de la clerecía femenina que daba mayor realce al restringido grupo de las grandes sacerdotisas, y los mismos reyes no desdeñaban que sus hijas figurasen entre ellas: Nabónido hizo entrar a su hija en el claustro del templo de Ur consagrado a Sin, donde ella tuvo el rango de gran sacerdotisa. Sin duda estaba reservado a estas altas personalidades religiosas ser la compañera del dios en las hierogamias, es decir, los matrimonios sagrados en los que el rey y la gran sacerdotisa desempeñaban los papeles del dios y su compañera.

Este mundo religioso infinitamente complejo en sus representaciones, vehículo además de la política, era interpretado de forma muy diversa; su significado no era el mismo para los hombres que buscaban la sencillez y la eficacia que para los círculos restringidos de teólogos y pensadores. En el primer grupo, es decir, para la inmensa mayoría, la vida religiosa se presentaba como un conjunto de ritos y actos que habían de permitir vivir en paz; los dioses eran demasiado poderosos y estaban muy lejos, y sus exigencias eran excesivamente duras para que el hombre pudiera concebir la posibilidad de una unión mística. Satisfechos los dioses en todo lo posible, el hombre se esforzaba entonces en gozar del solo bien de que estaba seguro: la vida presente con sus alegrías materiales. A Gilgamesh, en busca de la vida eterna, una divina tabernera, Siduri, le dio los juiciosos consejos que se imponían:

«Llena tu vientre: lleva vida alegre día y noche: día y noche baila y juega: vístete con ves-



EL TEMPLO DE INANNA (ISTAR) EN URUK

El rey casita Karaindash (mediados del siglo XV) construyó un templo para la diosa. El basamento del muro inferior fue decorado con un curioso bajo relieve de ladrillos, representando alternativamente a un dios y a una diosa, que unen los chorros del agua que brota de sus vasos.

tiduras bordadas; perfuma tu cabeza; báñate; goza con el niño que se estrecha contra ti; goza con el amor de tu mujer; esto es lo propio de los hombres.»

Pero al mismo tiempo, esta sociedad era capaz de crear textos religiosos en los que se expresaba un concepto sorprendente de la grandeza divina y se relataba con punzante sinceridad un sentimiento de la debilidad humana. Y, a la sombra de los templos, pensadores y teólogos depuraron y profundizaron el pensamiento religioso, al tiempo que elaboraban las formas de la piedad en una clase selecta. A partir del I milenio, aunque los textos venerables mantuvieran siempre el antiguo politeísmo y la abundancia de mitos, la reforma religiosa nacida en Babilonia se extendió a toda Mesopotamia. Los dioses babilonios, sobre todo Marduk y Nabú, se impusieron incluso en Asiria, al mismo tiempo que se esforzaban, por lo general, en incorporar a algunos grandes dioses, ya que no a uno solo, todas las manifestaciones de la divinidad. A esta tendencia hacia cierta unidad de las representaciones se añadió el efecto del culto astral, procedente también de Babilonia. Los astros eran adorados como representaciones de los dioses; por la perfección del movimiento que los anima y por su incalculable lejanía del mundo terrestre, llevaron a quienes se dedicaron a su estudio a un concepto cada vez más simple, cada vez más inmaterial de la divinidad perfecta y todopoderosa, que se traducía en un puritanismo creciente en la imaginería religiosa, en la cual los símbolos de los dioses, que respetaban su indecible realidad, fueron sustituidos por una representación en forma humana.

6. Aspectos intelectuales de la civilización mesopotámica

El mundo de los letrados. La vida política, la vida religiosa, la administración, los intercambios económicos, en una palabra, todos los aspectos de la vida en Mesopotamia suponían la existencia de un acta escrita. Por tanto, era indispensable que existiera un grupo de escribas, y, en consecuencia, las escuelas para formarlos. Sin duda las escuelas que funcionaban a la sombra de los templos, encargadas particularmente de la instrucción de los sacerdotes deben distinguirse de las escuelas abiertas en la dependencia de las construcciones públicas, en las que se formaba al personal administrativo. Pero es verosímil que no se tratase de dos enseñanzas distintas una de otra, y que los soberanos pudieran utilizar indistintamente a los alumnos de ambas escuelas. Tenemos cierta idea de lo que era la vida escolar, tanto por los descubrimientos arqueológicos como por los textos relativos a la escuela y su personal. Numerosas tablillas torpe y defectuosamente inscritas nos indican que se trata sin duda de deberes escolares.

Dirigida por el «Padre de la casa de las tablillas», asistido por los «Grandes hermanos», es decir, estudiantes adelantados que hacían las veces de pasantes, la escuela era una casa llevada severamente, de disciplina muy estricta, si hemos de dar crédito a numerosos textos, el más famoso de los cuales, redactado en sumerio, es el relato de los recuerdos de un escriba perfecto: «(El primer día) he recitado mi tablilla, después he tomado mi desayuno, he preparado mi tablilla que cubrí de escritura y he terminado; después me han indicado mi recitado y por la tarde mi deber de escritura.» Luego, el niño vuelve a su casa donde su padre se interesa por su trabajo; después de cenar se asea y se va a acostar luego de haber pedido que le llamen temprano. Al día siguiente, se levanta con rapidez, se prepara, se desayuna con dos panecillos y se va, demasiado tarde sin duda, a la escuela. A la puerta, el vigilante le pregunta: «¿Por



EL AULA DEL PALACIO DE MARI

Los discípulos se sentaban en los bancos de arcilla endurecida. Las cubetas pequeñas contenían agua, en la cual se humedecía la tablilla de arcilla cuando se quería borrar los signos de escritura.

qué vienes tarde?» Asustado, se dirige a su maestro y le hace una reverencia, pero el maestro, molesto por las faltas de escritura cometidas la víspera, le inflige un correctivo; luego, el encargado de la disciplina lo azota porque ha estado callejeando y sus prendas de vestir no están como deben; recibe su deber, pero siguen las desdichas: el portero, el censor, el profesor de sumerio lo zurran de lo lindo porque ha «hablado, ha salido, no se ha levantado, todo esto sin permiso». Podía pensar que ha llegado ya el fin de tantas calamidades: entonces viene una última paliza de manos del director, porque «su escritura no es satisfactoria».

La escolaridad era necesariamente muy larga; la complejidad de la escritura cuneiforme y la pobreza de los métodos pedagógicos obligaban al adolescente a adiestrarse durante mucho tiempo en los signos cuneiformes y a aprenderse listas de vocabulario. La finalidad propuesta era la de formar técnicos de la escritura, competentes cada uno en una rama particular, capaces de copiar y leer un tipo determinado de textos cuyo vocabulario y signos de escritura conocía. La tarea era complicada por el hecho de que todo escriba debía conocer al menos los rudimentos de sumerio que interesaban a su especialidad, para los cuales utilizaba los diccionarios acadio-sumerios muchos de los cuales conocemos. Múltiples escribas debían continuar esta formación; éstos suministraban el personal subalterno de las oficinas. Pero cierto número se esforzaba en adquirir conocimientos más vastos, como los sacerdotes, los escribas de la administración central, los que rodeaban al rey, etc. Competentes en su especialización y duchos en el manejo de la escritura acadia, los miembros de este último grupo eran además notables porque poseían el sumerio, «la noble lengua», difícil de aprender, vene-

rable por su arcaísmo; un conocimiento profundo de ella confería algo de la dignidad que en la Edad Media europea alcanzaban los clérigos que dominaban la lengua latina.

Como en todas las civilizaciones del antiguo Oriente, los escribas constituían, por tanto, una casta cuyo número relativamente limitado se explica por la duración de un costoso aprendizaje. En efecto, las mismas familias de notables proporcionaban personal administrativo y sacerdotal a través de varias generaciones. Cuando el arameo se introdujo en las escuelas a partir del I milenio, su escritura alfabética hubiera tenido que ser un incentivo para que se operase un cambio cultural y social, dado que su aprendizaje era más rápido que el del acadio. Pero no fue así: los mismos círculos sociales conservaron el privilegio de la instrucción y se contentaron, a causa de necesidades nuevas, con especializar a los escribas en «escribas sobre tablillas» (es decir, escribiente de acadio en tablillas de arcilla) y en «escribas sobre pergamino» (escribiente en arameo, a la pluma, sobre papiro o pergamino).

En todos los niveles de la sociedad mesopotámica se experimentaba el más profundo respeto por todo lo que afectaba a la trasmisión del saber. Sin duda los archivos eran indispensables al comerciante y a la administración, como la colección de textos litúrgicos al personal de los templos; pero además, absolutamente convencido del valor de todo saber trasmitido por la escritura, el hombre cultivado, desde el escriba al monarca, se esforzaba en no desdeñar un ápice del saber y formaba bibliotecas que contenían el mayor número posible de obras trasmitidas por el pasado, cuidadosa e indefinidamente copiadas.

EL USO DEL ARAMEO Y EL ACADIO

Para redactar un inventario se ha recurrido a dos escribas que escriben simultáneamente, uno en arameo sobre un rollo de cuero, y el otro en acadio sobre una tablilla de arcilla que graba con su estilete.





UN EPISODIO MITOLÓGICO: ISTAR Y DUMUZI

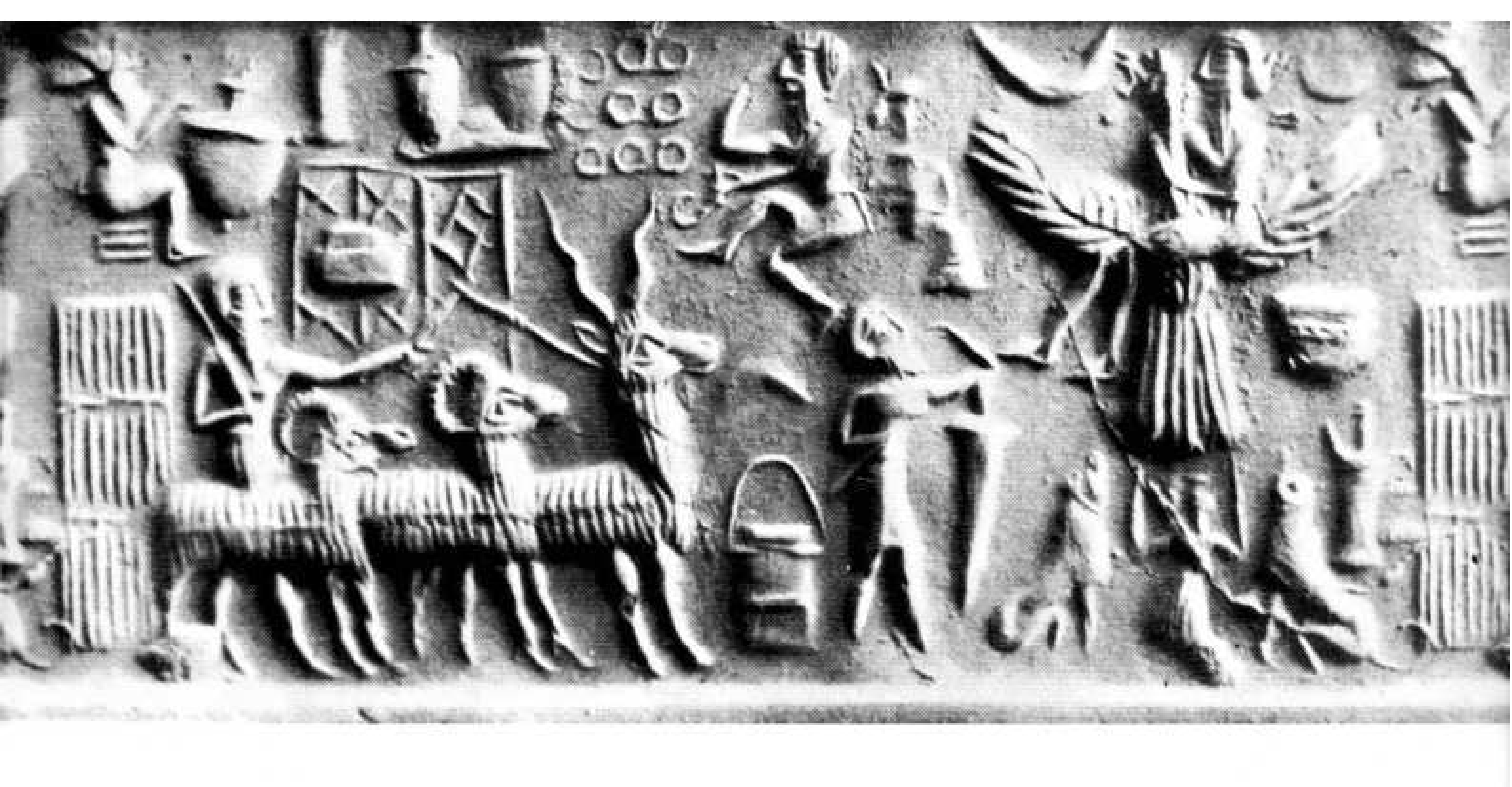
Dumuzi, amado por Istar, ataca a un león feroz que la diosa agarra de la cola. El héroe de larga barba rizada está desnudo; la diosa lleva una tiara formada por varios pares de cuernos, y las llamas que brotan de sus hombros simbolizan la luz resplandeciente que emana de su persona y fulmina a los humanos. Sus amores con el apuesto pastor terminaron con una traición: a fin de escapar de los maleficios de la reina de los Infiernos, la diosa le entregará a Dumuzi.

Ya fuesen compilaciones de particulares o de los templos, ninguna de esas empresas alcanzaba las proporciones de la biblioteca que Asurbanipal constituyó en su palacio de Nínive. Enamorado del saber, hizo amontonar allí una verdadera suma de los conocimientos de su época, ordenando que se copiaran las obras del pasado que fueron a sacarse de todas las bibliotecas posibles, y lo hizo él mismo al menos simbólicamente. En la subscripción de algunas tablillas se encuentra: «Los conocimientos expresados arriba en grupos de signos bien ordenados, conocimientos que vienen del dios (de los escribas y de los sabios) Nabú, los he escrito yo sobre las tablillas; he verificado y comparado mi texto con el original; luego, los he ordenado en mi palacio donde puedo examinarlos y releerlos.»

No hay duda de que esas bibliotecas de los templos y los palacios sirvieron a todos los letrados que tenían acceso a ellas. La emprendida por Asurbanipal, la más grande de todas, ha permitido a los investigadores modernos conocer el conjunto de la literatura mesopotámica, mejor que los numerosos depósitos de particulares o de los templos, que hubieran permitido únicamente un conocimiento fragmentario.

Las creaciones literarias. Las creaciones literarias que se han conservado para el estudio del investigador actual, proceden, en su mayor parte, de los grupos sociales más selectos. Lo que ha sido redactado y copiado varias veces es el conjunto de obras creadas o rehechas en el medio de los escribas. Pero no podemos sino imaginar la expresión popular de esas misma literatura, conocida por la masa de letrados a través de los relatos de los narradores públicos. A ellos se debe sin duda que el contenido de las grandes obras no dejara de modificarse y enriquecerse, puesto que los narradores pudieron a su capricho recortar, añadir o modificar, dada la libertad que les brindaba la trasmisión oral de esas obras que, en ciertas épocas, los escribas fijaban momentáneamente por escrito.

Los dos momentos esenciales de la historia de la literatura escrita, de la que numerosas obras deben mucho a la tradición popular oral, se sitúan a principios y a fines del II milenio; su marco es la ciudad de



LA LEYENDA DE ETANA

En un cilindro-sello de la misma época (III milenio), el grabador ha representado el episodio de Etana arrebatado por un águila, que él había salvado, hasta los cielos de los dioses. Llega al cielo de Anú, pero cuando el águila quiere llevarlo al cielo de Istar, Etana cae en la tierra. La escena de la ascensión está tratada con mucho pintoresquismo: los perros aúllan, un hombre huye aterrorizado, todos levantan los ojos hacia ese prodigio.

Babilonia. En tiempo de Hammurabi, los escribas fijaron para los 1.500 años venideros las condiciones de su trabajo. El sumerio fue definitivamente considerado como una lengua muerta, una lengua de literatos que los discípulos más dotados y mejor instruidos conocían a la perfección; servía para las composiciones de mayor enjundia, obras religiosas sobre todo, pero también para obras literarias. El *acadio* adquirió entonces gran prestigio, convirtiéndose en un medio de expresión literaria. Así fueron compuestas obras cada vez más numerosas: textos traducidos del sumerio, compilaciones jurídicas como el código de Hammurabi, repetición de obras literarias sumerias pero rehechas y recompuestas en una lengua nueva. El uso de las compilaciones se adquirió entonces. Hasta el fin de la civilización mesopotámica debía conservarse la tradición de reunir en cuerpos los textos literarios, religiosos, científicos, adivinatorios, etc., tarea mediante la cual una sociedad de literatos expresaba su respeto al pasado, su voluntad de conservar un legado cultural y también desafortunadamente de someterse dócilmente a sus enseñanzas prescindiendo de todo impulso innovador. El fin del II milenio fue el momento de la recapitulación de todo lo que había sido creado. Entonces aparecieron dinastías de escribas, que generalmente unían una cultura profana a una cultura religiosa, y cuyo trabajo, durante generaciones, tendía a preservar, ordenándolo, corrigiéndolo y recomponiéndolo también, el conjunto de obras del pasado. Fijáronse entonces las grandes colecciones de textos, que un trabajo de minuciosa adaptación organizó en cuerpos que permanecían inalterados en el transcurso de los siglos. De las grandes colecciones de la Babilonia del siglo XII a las compilaciones de la biblioteca de Asurbanipal no hubo cambio fundamental alguno.

Los géneros literarios fueron muy variados. Entre los textos sagrados son los himnos y las plegarias aquellos que logran la mejor expresión del sentimiento religioso por medio de un lirismo auténtico, hecho del impulso del fiel hacia el dios a la vez

«amasaré con sangre y crearé huesos; haré un salvaje; hombre, tal será su nombre. En él descansará el servicio de los dioses, a fin de que los dioses puedan reposar»; luego, hizo de Babilonia, donde los dioses mismos construyeron su templo, el Esagil (es decir, «la casa de alto techo»), el centro del universo; los dioses instalaron en él sus capillas y aclamaron a Marduk, al que se le dio todo el poder.

El poema de Gilgamesh fue la obra mesopotámica que tuvo desde muy antiguo un gran éxito, mucho más allá de los límites de Babilonia y Asiria: es una verdadera suma en la que vienen a entrecruzarse toda clase de temas (el poema constituye un ejemplo característico de obra enriquecida sin cesar a medida de las necesidades, según el arte de los narradores y de los grupos de escribas que la redactaron): relato de aventuras, en el que el auditorio se divierte con las hazañas de los héroes, Gilgamesh y su amigo Enkidu, que entablan una lucha homérica y luego, reconciliados, vencen al gigante Humbaba, señor del país de los Cedros: relato didáctico, donde tras las aventuras se transparenta cierto número de lecciones: Enkidu, el hombre salvaje que pasa del estado de incultura a la civilización, que muere realizadas ya sus hazañas víctima del odio de los dioses, que lo fulminan para castigar alguna falta: relatos cargados de sentido metafísico, cuando Gilgamesh, desesperado, se lanza a recorrer el mundo en busca de la planta de inmortalidad, que por último se le escapa. Tan grande era el valor atribuido a este conjunto de episodios que, tardiamente, se interpolaron en él episodios aberrantes, como el célebre relato del Diluvio, como si los textos fundamentales de la cultura mesopotámica tendieran a reunirse en una vasta compilación.

Muy próxima a esas obras por su destino, pero conservando una forma más simple, la literatura sapiencial ofrece meditaciones sobre la condición humana: como el poema cuyas primeras palabras son «Yo alabaré al Señor de la Sabiduría...», al que se designa comúnmente con el nombre de *poema del Justo sufriente*, de contenido muy parecido al del libro bíblico de Job; pero también de recopilaciones de consejos y prescripciones, semejantes en todo punto a los tratados de los sabios egipcios, que son, a la vez, libros de moral y tratados de mundología; y aun de proverbios y fábulas cuyos protagonistas son a menudo animales o plantas dotados de la palabra que se comportan como hombres: *Diálogo del tamarisco y la palmera, del buey y el caballo,* etcétera.

Hablar de filosofía para designar el conjunto de enseñanzas que se desprende de esta literatura es exagerar. Sin embargo, en ella consignaron los mesopotámicos, de una forma amena, su visión del universo y definieron los diversos tipos de la conducta humana, de la vida de placer que Siduri aconsejaba a Gilgamesh en un relato redactado a principios del II milenio, de la existencia preocupada y triste del hombre consciente de su finitud, pero que pone su mérito en la práctica de las virtudes que imponen la moral y la religión, como lo enseñarán numerosos relatos mucho más tardíos.

Métodos y curiosidades científicas. Se vacila en considerar como científicas las obras de compilación en las que los mesopotámicos acumularon numerosos conocimientos, tales como las listas de minerales o de vegetales, que apenas pueden ser consideradas como una primera etapa en la formación de las ciencias naturales. Los principios de tal clasificación no pueden sino sorprendernos, pues hacen figurar entre las piedras el granizo y el hueso de dátil.

Pero al menos en tres aspectos los mesopotámicos superaron el nivel de los conocimientos elementales y prácticos a los cuales las necesidades cotidianas los obligaban a alcanzar.

Al igual que en Egipto, los problemas planteados a los escribas por la contabilidad de los talleres de construcción, el reparto de las aguas o de la valoración de los suministros, hicieron nacer los primeros elementos de la geometría y del cálculo aplicados, lo que redundó especialmente en la creación del primer sistema coherente de pesos y medidas, fundado sobre una misma unidad de medida elevada al cuadrado y después al cubo. Del mismo modo, la necesidad de saber exactamente el momento de la aparición de la nueva luna y, por tanto, el principio del mes, indispensable para la elaboración de calendarios y la regularidad de los servicios religiosos, fue el origen de las primeras y elementales observaciones astronómicas. Sin embargo, los mesopotámicos supieron prescindir de todas esas necesidades para elaborar un pensamiento que merece el nombre de científico. Hubo realmente una matemática y una astronomía mesopotámicas; como también, en otro aspecto, se constituyó una medicina auténtica.

De los sumerios, los mesopotámicos conservaban un sistema de numeración a la vez sexagesimal y decimal. Su notación numérica era ya relativamente flexible, puesto que las cifras que figuraban en el interior de un mismo número podían tomar valor por posición. Por métodos muy empíricos habían llegado a confeccionar extensas tablas que debían permitir la solución de operaciones hoy en día muy simplificadas, como las multiplicaciones y divisiones, las elevaciones al cuadrado y al cubo, o hacer conversiones según las unidades de medida empleadas. Con instrumentos todavían tan sumarios se enfrentaban a problemas complicados, a pesar de su enunciado geométrico, para cuya solución sabían sobre todo desarrollar ecuaciones de segundo grado.

La observación de los astros dio origen al nacimiento de los catálogos de estrellas, otra forma de compilaciones donde figuraban las estrellas con sus distancias relativas.

Pero para obtener una determinación del tiempo en función de los movimientos de la luna y los planetas se realizaron poco a poco importantes observaciones que tuvieron trascendentales resultados: el enlace entre el calendario fundado en el mes lunar y el curso de las estaciones, regulado según el curso solar, la determinación de la eclíptica, es decir, de la órbita aparente del sol, con relación a la cual se notan los movimientos de la luna y los planetas.

El resultado de estos trabajos fue, algunos siglos antes de la era cristiana, la redacción de tablas que expresaban día a día las posiciones de la luna y los planetas, notables por la precisión de los datos obtenidos, y también por el espíritu propiamente centífico que se revela en ellas. El punto de partida de esos trabajos no podía ser sino la observación, pero a medida que se corregían los datos y los cálculos se hacían más precisos, los astrónomos se esforzaron en no apoyarse sino sobre el cálculo, a fin de eliminar enteramente los errores que la observación siempre comportaba. Redundaron así en tablas hechas para cálculos e interpolaciones en las cuales estaban calculadas las posiciones mensuales de la luna para la previsión de los eclipses, aunque éstos no pudiesen reproducirse sino a intervalos de cinco meses. Del mismo modo se calculaban las posiciones de Mercurio para todas las épocas, fuesen o no visibles sus «apariciones» (porque se conservaba el mismo término). En ello sólo había trabajo de matemáticas, y nunca los astrónomos mesopotámicos intentaron prolongarlo con una teoría física o mecánica.

Los juicios establecidos sobre el valor de la medicina mesopotámica se han visto obstaculizados a menudo por el hecho de que esta disciplina se confundiera a veces con las técnicas y las prácticas de la magia o de los conjuros. Toda enfermedad era efecto de la voluntad divina de herir al pecador; para saber de qué mal se trataba e identificar al dios que lo había producido se recurría al médico. Los demonios causantes de todo el mal (pero que habían actuado sólo con el permiso del dios) eran expulsados con las pociones del médico y las oraciones y prácticas del exorcista. Sin embargo, el examen de los textos médicos conduce más bien a pensar que para los mesopotámicos las enfermedades de origen sobrenatural eran de número limitado y de un determinado tipo. Eran, por ejemplo, las enfermedades nerviosas, los dolores de cabeza, los ataques de parálisis, etcétera, cuyo tratamiento consistió siempre en remedios físicos que aplicaba el médico y asimismo en actos sobrenaturales que ejecutaba el exorcista.

A juzgar por las recopilaciones de textos de medicina, los médicos eran capaces de observar los síntomas de la mayoría de las restantes enfermedades, formular un diagnóstico, prever la evolución de una enfermedad y sus momentos críticos y enunciar una terapéutica a base de sustancias minerales disueltas o trituradas.

Con frecuencia se observa la presencia de un extraño ingrediente: los ademanes que acompañan la distribución de los cuidados y que pertenecen a la magia más que a la medicina. Nada sería evidentemente más ingenuo que hacer de los médicos espíritus fuertes, aunque ellos, como sus contemporáneos, creían en la intervención de la acción divina. Mas a pesar de que su vocabulario significaba la creencia en la acción divina como causa del mal (se padecía la enfermedad llamada «Mano de Istar» o «Mano del espectro», etc.), su comportamiento ante el paciente indica que reaccionaban como clínicos. He aquí cómo el médico de la corte escribía a Sargón II, su real paciente, que sufría una enfermedad tenaz:

«El rey no cesa de decirme: "¿Por qué no sabes hacer el diagnóstico de la enfermedad que sufro? ¿Por qué no sabes curarla?" (Es cierto) que anteriormente dije ante el rey: "No me explico la enfermedad de sus músculos." Pero hoy acabo justamente de sellar y enviar un mensaje (a este respecto). Que se lea y se le explique bien al rey... Si el rey utiliza bien la loción (que yo indico), ciertamente cederá la fiebre. Es una loción de aceites que he hecho dos o tres veces al rey mi señor; el rey lo recuerda bien. Si al rey le place, que el tratamiento empiece mañana; es una enfermedad que viene de sangre vi-

ciada. Con el regaliz que le envío al rey, que se haga un buen masaje... Quizás entonces el sudor del rey saldrá... (Luego) que se aplique sobre la nuca el linimento que le envío. Que se friccione con él durante el día, en las horas prescritas...»

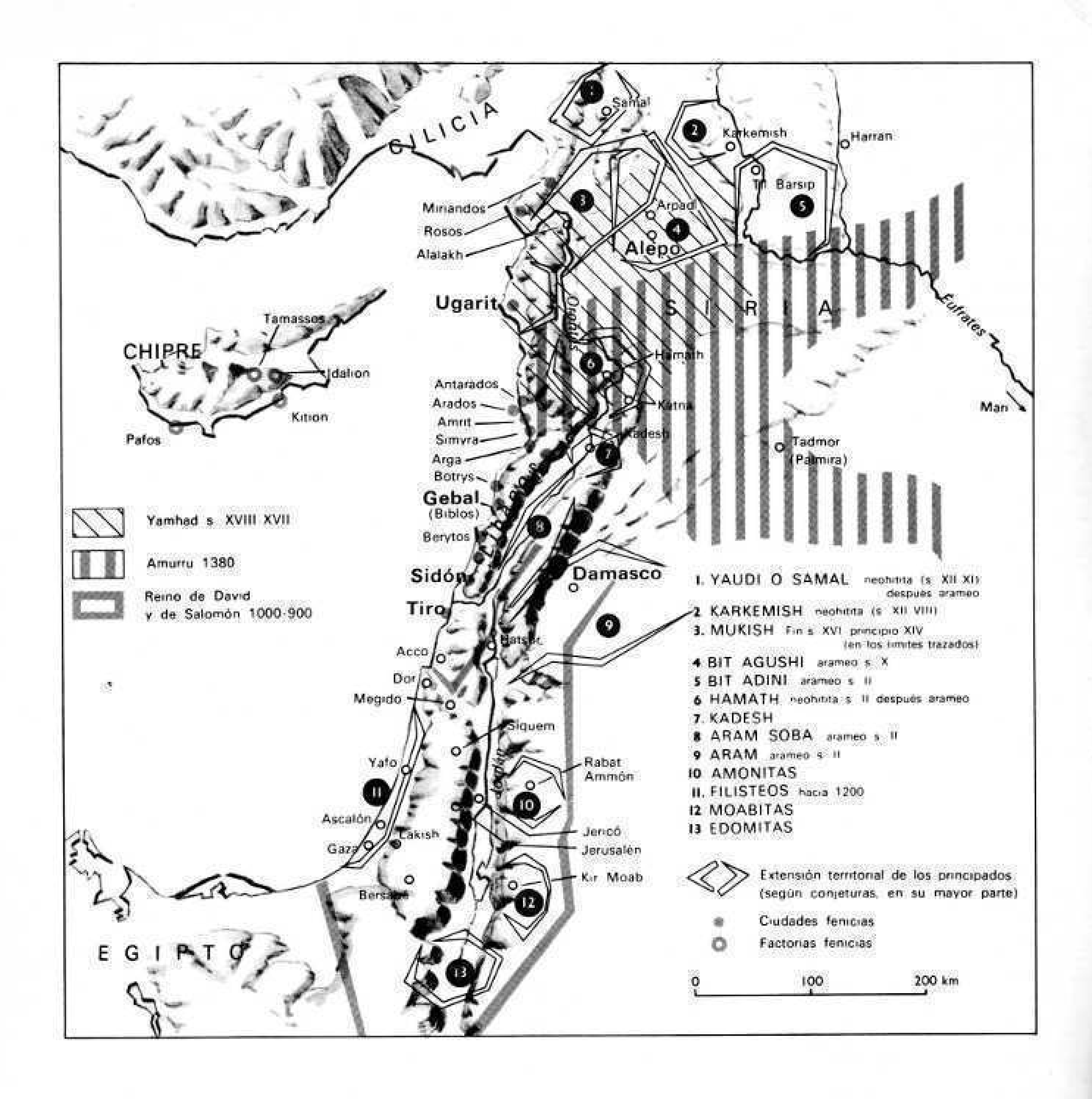
Pero en esta disciplina, como en otras, el esfuerzo de los médicos no se propuso más que lograr unos resultados efectivos, dominar el mal; jamás intentaron pasar a la formulación de algunos principios que hubiesen abierto el camino a la biología o a la fisiología.

Esta impotencia del pensamiento mesopotámico para superar la eficacia inmediata, para hacer algo más que inventarios y farragosas compilaciones revela una actitud peculiar frente al mundo. Cualesquiera que fuesen los fenómenos de que podía preocuparse el mesopotámico, médicos, astronómicos, químicos, lingüísticos, etc..., estaba convencido de que los dioses se manifestaban a través de esas apariencias. Cuando intentó ir más lejos en algunos campos que ofrecían grandes posibilidades, como la astronomía y la medicina, su preocupación no se centró en lograr una visión científica coherente, sino sólo en no dejar perder ni uno solo de los mil signos por medio de los cuales hablaban los dioses. A sus ojos no podía haber sino técnicas donde nosotros vemos el incentivo de un pensamiento científico: para él, la verdadera ciencia estaba integrada por enormes complicaciones adivinatorias que establecían las correspondencias entre la voluntad divina y su expresión simbólica en el mundo de los hombres.

UN HÍGADO DE ARCILLA

Es como un diccionario que debe ayudar al adivino a interpretar los signos que aparecen en cada parte del hígado del animal sacrificado, tal como lo indica, en cada una de las casillas, una breve sentencia en escritura cuneiforme.





FENICIA, SIRIA Y PALESTINA EN LOS MILENIOS II Y I

En este mapa sólo se han señalado las modificaciones políticas correspondientes a los pequeños Estados de estas regiones. No se indican los límites de influencia política o de las posesiones de las grandes potencias, Egipto, imperios mesopotámicos e hititas, que fueron sus soberanos sucesivos.

TERCERA PARTE

DE LA CIVILIZACIÓN PASTORIL A LA VIDA MARÍTIMA: CANAÁN, ISRAEL Y FENICIA

En los confines de dos grandes imperios orientales, del desierto de Siria al Mediterráneo, se mantuvo siempre una población principalmente semita, regularmente renovada por bandas más o menos numerosas que procedían de la estepa. Eran los semitas del oeste que se organizaron en gran número de unidades políticas, cuya vida estuvo siempre dominada por las empresas de Egipto, Mesopotamia y, durante algún tiempo, por los hititas. Ninguno de esos pequeños Estados adoptó jamás la fuerte organización política y social de aquellos imperios, y aunque algún rey estuvo quizá tentado de organizar un poder fuerte bajo su mando, ninguno logró equipararse potencialmente a los faraones o a los monarcas asirios.

Modos de vida muy diversos caracterizaban esas regiones: nómadas en las estepas, agricultores en las llanuras y las colinas, marinos en Fenicia; arcaicas sociedades patriarcales de pueblos ganaderos, móviles sociedades urbanas de pueblos en los que la artesanía y el

comercio tenían un papel eminente. Todos, sin embargo, poseían en común ese carácter de ser lugares de intercambio —de hombres, mercancías e ideas— entre los vasallos y los conquistadores de los grandes imperios. En estas tierras nacieron los primeros sistemas de escritura apta para el trueque comercial entre los hombres: la escritura alfabética.

Si en su vida material e intelectual los semitas del oeste se abrieron ampliamente a todas las aportaciones, su originalidad religiosa se afirmó con gran fuerza: la antigua religión naturalista de los cananeos sobrevivió desde épocas prehistóricas hasta el fin del paganismo antiguo, absorbiendo y remodelando dioses y mitos que vinieron a fundirse en su corriente; contra ella se alzó en primer lugar otra fe irreductible a toda asimilación: el yahvismo enseñado por Moisés, desarrollado por los profetas, explicado por los doctores, que marca en tierra palestina la liberación moral del hombre por medio de la creencia en un Dios personal y la afirmación de la responsabilidad del individuo.

ESCENA DE CAZA EN UNA PÁTERA DE ORO PROCEDENTE DE UGARIT

Montado en su carro, escoltado por su jauría, un noble cananeo persigue con sus flechas a los animales de la estepa, toros salvajes y rebecos.



VI

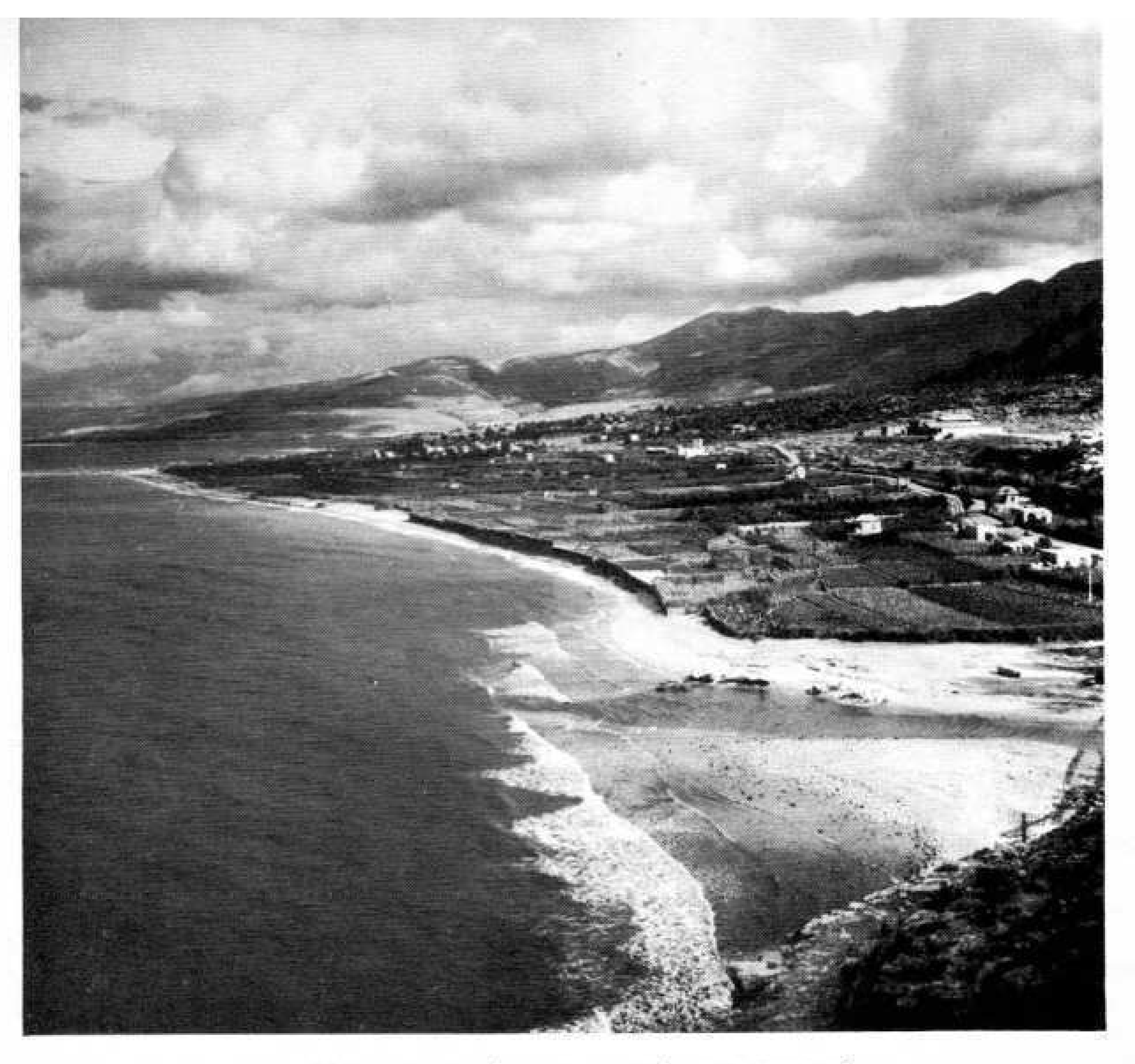
CANAÁN

1. Elementos geográficos e históricos de la civilización cananea

El país. Es un lugar común caracterizar la geografía de Siria y Palestina por su extremado fraccionamiento. Del norte al sur se extienden montañas y colinas agrupadas en las dos cadenas del Líbano y el Anti-Líbano, que han opuesto obstáculos considerables a la población de esas regiones. Mientras que el borde de la llanura mesopotámica conoció desde el neolítico el establecimiento de comunidades sedentarias, la costa fenicia no fue definitivamente poblada hasta el III milenio con el asentamiento de los *cananeos,* semitas procedentes de la estepa siria. En ningún lugar existían grandes llanuras que hubiesen permitido el reagrupamiento de hombres. La llanura costera es muy ancha en el litoral palestino, pero su acceso marítimo es precario; más al norte se halla constantemente cortada por las estribaciones de la montaña y los numerosos *wadi* que descienden de ella. Excepcionales, siempre disputadas, las llanuras interiores de cierta importancia son, en el sur, la de Yizreel, que con el alto valle del Jordán hace del norte de Palestina una región agrícola relativamente próspera; al norte, la que forma el valle del Orontes entre el Líbano y el Anti-Líbano.

Resulta tentador el atribuir a razones únicamente geográficas la división política característica de estas tierras. Pero si la naturaleza ha favorecido el desmenuzamiento en múltiples Estados y principados, la situación general de la región ha contribuido aún más a ello. Las dificultades de comunicación jamás han entorpecido en su marcha a los pueblos nómadas ni han impedido la existencia de rutas comerciales. Situadas al borde del Mediterráneo, sin pasaje obligado entre Asia Menor, Mesopotamia y Egipto, Siria y Palestina han constituido una encrucijada que en la época histórica se disputaron siempre poderosos vecinos; accesibles por el norte, el sur y el este, no han sido sino una tierra por cuya posesión estuvieron en discordia diversas potencias de la antigüedad, que contribuyeron, más que toda causa geográfica, a dividir el país en regiones política y culturalmente dependientes de uno u otro imperio.

Como en todo el Oriente, las sociedades humanas de esas regiones han debido adaptarse a duras condiciones climáticas y vegetativas. A las llanuras costeras y a las montañas relativamente bien regadas se oponen las colinas del sur de Palestina, las pequeñas llanuras interiores, como la del bajo Jordán, donde la aridez apenas permite el mantenimiento de una vida agrícola. Más lejos, hacia el este, se halla la estepa, donde subsisten sólo los ganaderos nómadas.



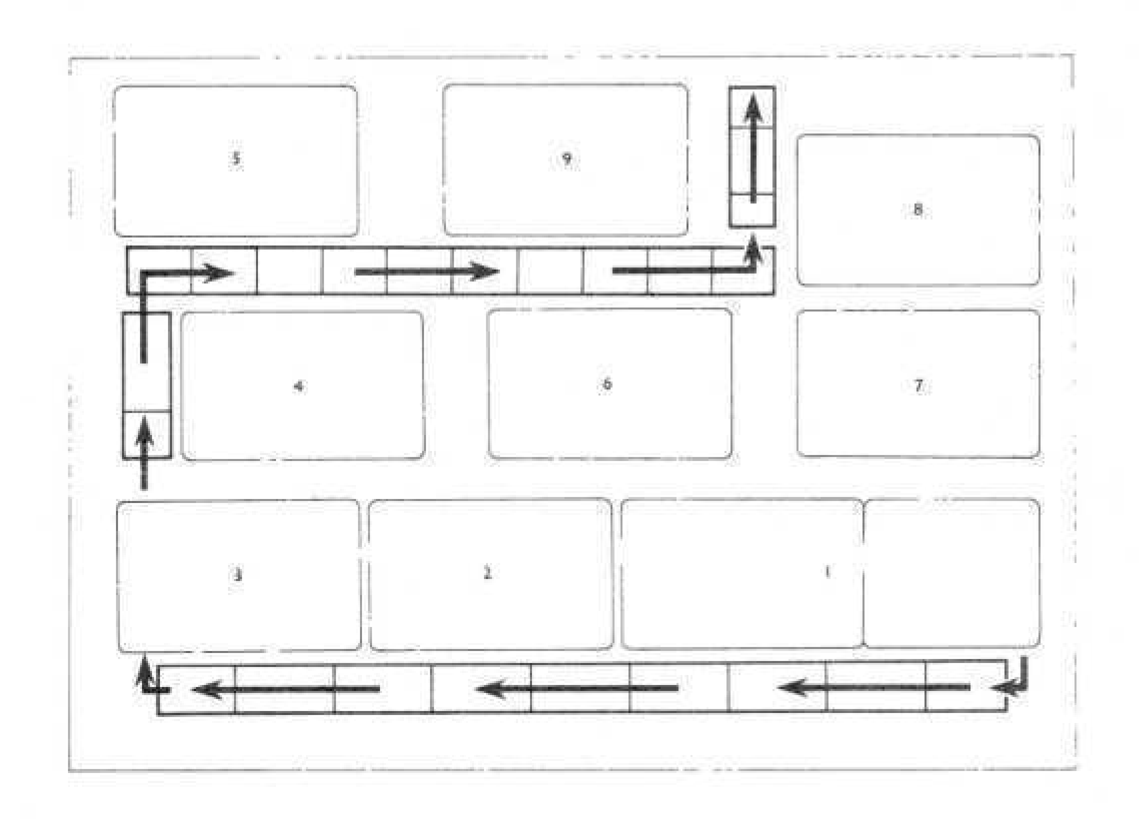
LA COSTA DEL LÍBANO: BAHÍA DE DJUNIÉ

En primer término, la desembocadura del Nahr el Kelb (río del perro) en el mar. En segundo término, un paisaje típico de la costa líbano-siria: una llanura litoral, cuya amplitud no excede nunca de unos cuantos kilómetros, detenida después por las primeras estribaciones de la cadena del Líbano.

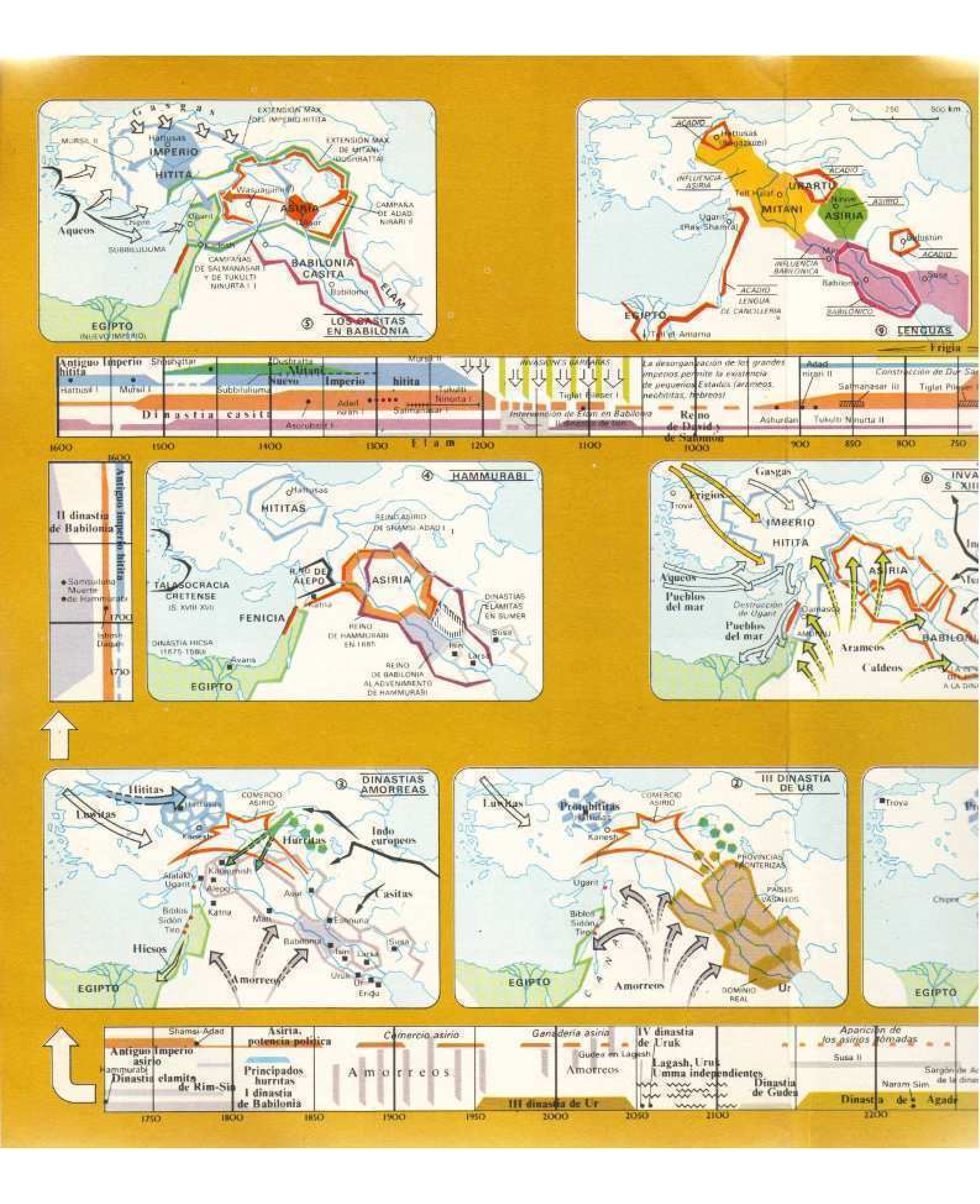
Una historia llena de peripecias. Los *cananeos* se asentaron en Siria y Palestina en los últimos siglos del III milenio; sus migraciones corresponden al mismo movimiento de pueblos que dio lugar a la colonización de Mesopotamia por los acadios. A fines del III milenio y a principios del II, los amorreos se repartieron igualmente entre Mesopotamia, Siria y Palestina. No se puede precisar lo que significó la irrupción de las poblaciones cananeas y amorreas en el oeste; por ello, se ha decidido designar con el término de *cananeo* al conjunto de semitas y a las formas de civilización que crearon en Siria y Palestina entre fines del III milenio y del II, es decir, durante la edad del bronce.

En realidad, la población semita fue la que tuvo mayor importancia. A medida que se producían las invasiones y dominaciones, es decir, a lo largo de mil años, viejos ocupantes y recién llegados se mezclaron, y la extrema mezcolanza de la población hizo afirmarse más la tendencia a la división política. A partir del siglo XVIII aparecieron elementos hurritas al mismo tiempo que pequeños grupos de origen indoeuropeo.

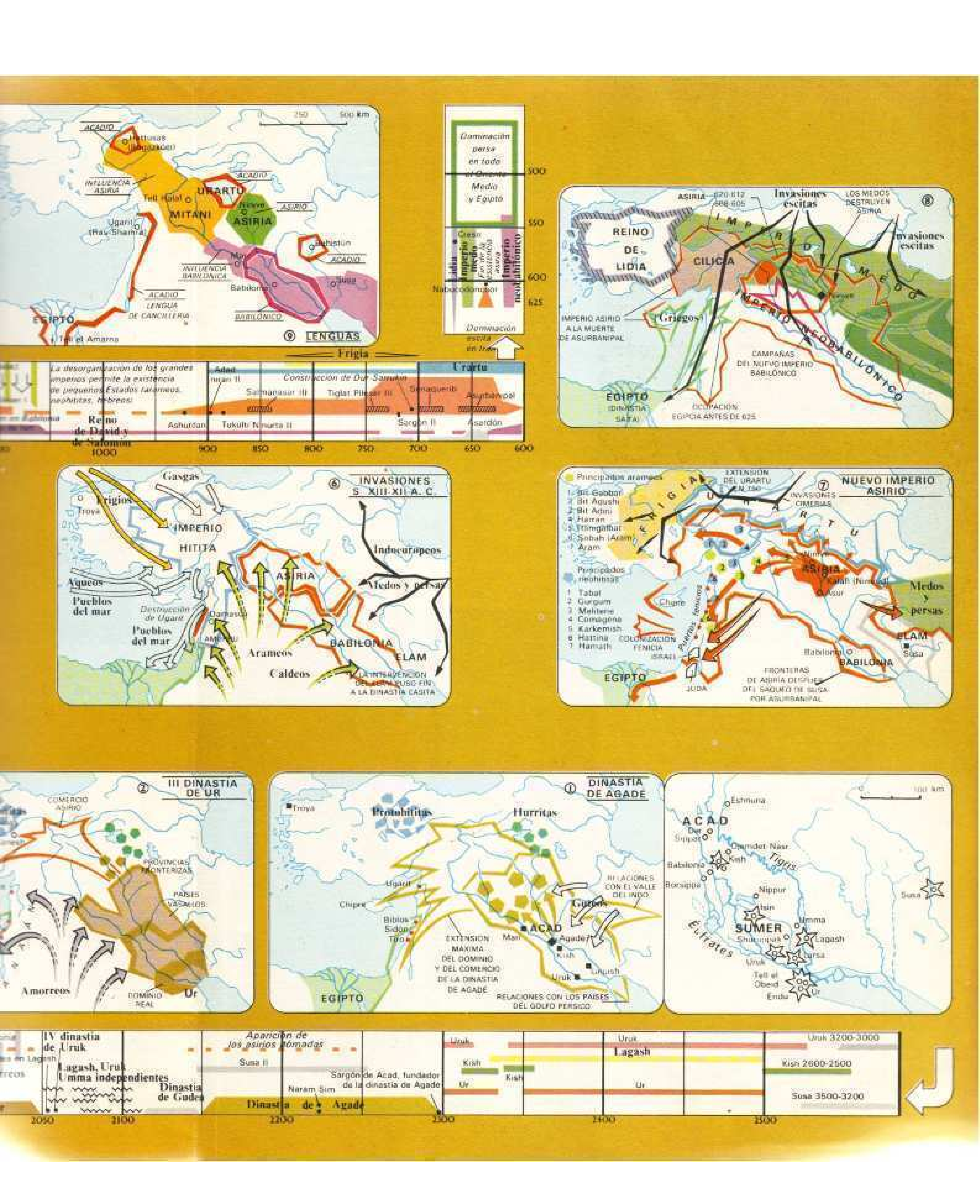
SUCESIÓN DE IMPERIOS Y CIVILIZACIONES DEL PRÓXIMO ORIENTE DURANTE TRES MILENIOS



Los ocho mapas que forman una escala cronológica, la cual debe leerse en el sentido que indican las flechas, narran la agitada historia de las grandes formaciones políticas del Próximo Oriente, cuyo asiento territorial fueron Mesopotamia y Asia Menor hasta el I milenio a. de J.C. Cada entidad política aparece señalada por un color determinado, que reaparece en los diversos mapas: Babilonia en malva, Asiria en rojo ladrillo, el Imperio hitita en azul, etc. Al seguir estos mapas a lo largo de la escala, se observan la extensión, el auge, la caída y el renacimiento de cada uno de los estados. Egipto está siempre presente en esta historia y se le han reservado mapas en el texto para representar las fluctuaciones de su poderío imperial. El último mapa del cuadro (mapa 9) representa la extensión de la lengua acadia en sus dos formas: el babilonio y el asirio. (Con un trazo rojo se indican las regiones en las que el acadio, escrito con caracteres cuneiformes en tablillas de arcilla, era empleado como lengua de cancillería.)



LOS CASITAS EN BABILONIA
IMPERIO HITITA
ASIRIA
BABILONIA CASITA
ELAM
EGIPTO (NUEVO IMPERIO)
Aqueos
LENGUAS
MITANI
URARTU
ASIRIA
HAMMURABI
HITITAS
TALASOCRACIA CRETENSE
FENICIA
EGIPTO
Gasgas
Frigios
IMPERIO HITITA
Aqueos
Pueblos del mar
Arameos
Caldeos
DINASTIAS AMORREAS
Hititas
Luvitas
Hurritas
Indo europeos
Casitas
Hicsos
Amorreos
EGIPTO
III DINASTIA DE UR
Luvitas
Protohititas
Amorreos
EGIPTO
II dinastía de Babilonia
Antiguo imperio hitita
Antiguo Imperio hitita
Nuevo Imperio hitita
Dinastía casita
Reino de David y de Salomón
Elam
Frigia
Asiria, potencia política
Antiguo Imperio asirio
Dinastía elamita de Rim-Sin
Principados hurritas
I dinastía de Babilonia
Amorreos
III dinastía de Ur
IV dinastía de Uruk
Lagash, Uruk, Umma independientes
Dinastía de Gudea
Dinastía de Agade



⑨ LENGUAS
ACADIO
Hattusas
INFLUENCIA ASIRIA
ACADIO
URARTU
Tell Halaf
MITANI
Nínive
ASIRIA
ASIRIO
Ugarit
(Ras Shamra)
Behistún
Mari
ACADIO
INFLUENCIA BABILÓNICA
Susa
Babilonia
ACADIO LENGUA DE CANCILLERÍA
BABILÓNICO
EGIPTO
Tell el Amarna
Dominación persa en todo el Oriente Medio y Egipto
Creso
Lidia
Imperio medo
Imperio neobabilónico
Nabucodonosor
Dominación escita en Irán
500
550
600
625
⑧
ASIRIA
Invasiones escitas
LOS MEDOS DESTRUYEN ASIRIA
REINO DE LIDIA
CILICIA
IMPERIO MEDO
Invasiones escitas
Nínive
Griegos
IMPERIO ASIRIO A LA MUERTE DE ASURBANIPAL
IMPERIO NEOBABILÓNICO
CAMPAÑAS DEL NUEVO IMPERIO BABILÓNICO
EGIPTO
(DINASTÍA SAITA)
OCUPACIÓN EGIPCIA ANTES DE 625
Frigia
Urartu
La desorganización de los grandes imperios permite la existencia de pequeños Estados (arameos, neohititas, hebreos)
Adad-nirari II
Construcción de Dur-Sarrukin
Salmanasar III
Tiglat Pileser III
Senaquerib
Asurbanipal
Reino de David y de Salomón
Ashurdan
Tukulti Ninurta II
Sargón II
Asardón
1000
900
850
800
750
700
650
600
⑥ INVASIONES S. XIII-XII A. C.
Gasgas
Frigios
Troya
IMPERIO HITITA
Indoeuropeos
ASIRIA
Aqueos
Medos y persas
Pueblos del mar
Destrucción de Ugarit
Damasco
Pueblos del mar
Arameos
BABILONIA
ELAM
Caldeos
LA INTERVENCIÓN DEL ELAM PUSO FIN A LA DINASTÍA CASITA
⑦ NUEVO IMPERIO ASIRIO
Principados arameos
1 Bit Gabbar
2 Bit Agushi
3 Bit Adini
4 Harran
5 Bit Halupe
6 Sobah (Aram)
7 Aram
Principados neohititas
1 Tabal
2 Gurgum
3 Meliterie
4 Comagene
5 Karkemish
6 Hattina
7 Hamath
FRIGIA
URARTU
INVASIONES CIMERIAS
Nínive
ASIRIA
Kalah (Nimrud)
Asur
Medos y persas
Chipre
Puertos fenicios
COLONIZACIÓN FENICIA
ISRAEL
ELAM
Susa
Babilonia
BABILONIA
EGIPTO
JUDÁ
FRONTERAS DE ASIRIA DESPUÉS DEL SAQUEO DE SUSA POR ASURBANIPAL
② III DINASTÍA DE UR
COMERCIO ASIRIO
PROVINCIAS FRONTERIZAS
PAÍSES VASALLOS
Amorreos
DOMINIO REAL
Ur
① DINASTÍA DE AGADE
Troya
Protohititas
Hurritas
Ugarit
Chipre
Biblos
Sidón
Tiro
RELACIONES CON EL VALLE DEL INDO
Guteos
EXTENSIÓN MÁXIMA DEL DOMINIO Y DEL COMERCIO DE LA DINASTÍA DE AGADE
Mari
ACAD
Agade?
Kish
Umush
Uruk
RELACIONES CON LOS PAÍSES DEL GOLFO PÉRSICO
EGIPTO
100 km
Eshnuna
ACAD
Sippar
Djemdet Nasr
Kish
Babilonia
Tigris
Borsippa
Nippur
Susa
Isin
Umma
Éufrates
SUMER
Shuruppak
Lagash
Larsa
Uruk
Tell el Obeid
Ur
Eridu
IV dinastía de Uruk
Lagash, Uruk, Umma independientes
Dinastía de Gudea
Aparición de los asirios nómadas
Susa II
Sargón de Acad, fundador de la dinastía de Agade
Naram Sim
Dinastía de Agade
Uruk
Lagash
Kish
Ur
Uruk 3200-3000
Kish 2600-2500
Susa 3500-3200
2050
2100
2200
2300
2400
2500



ESTATUILLA PROCEDENTE DE SUSA
(III milenio)

El cuerpo se compone de diversos elementos que una varilla de hierro mantiene unidos. Los ojos son incrustaciones de mica.



BAAL EMPUÑANDO EL RAYO
(Ugarit, II milenio)

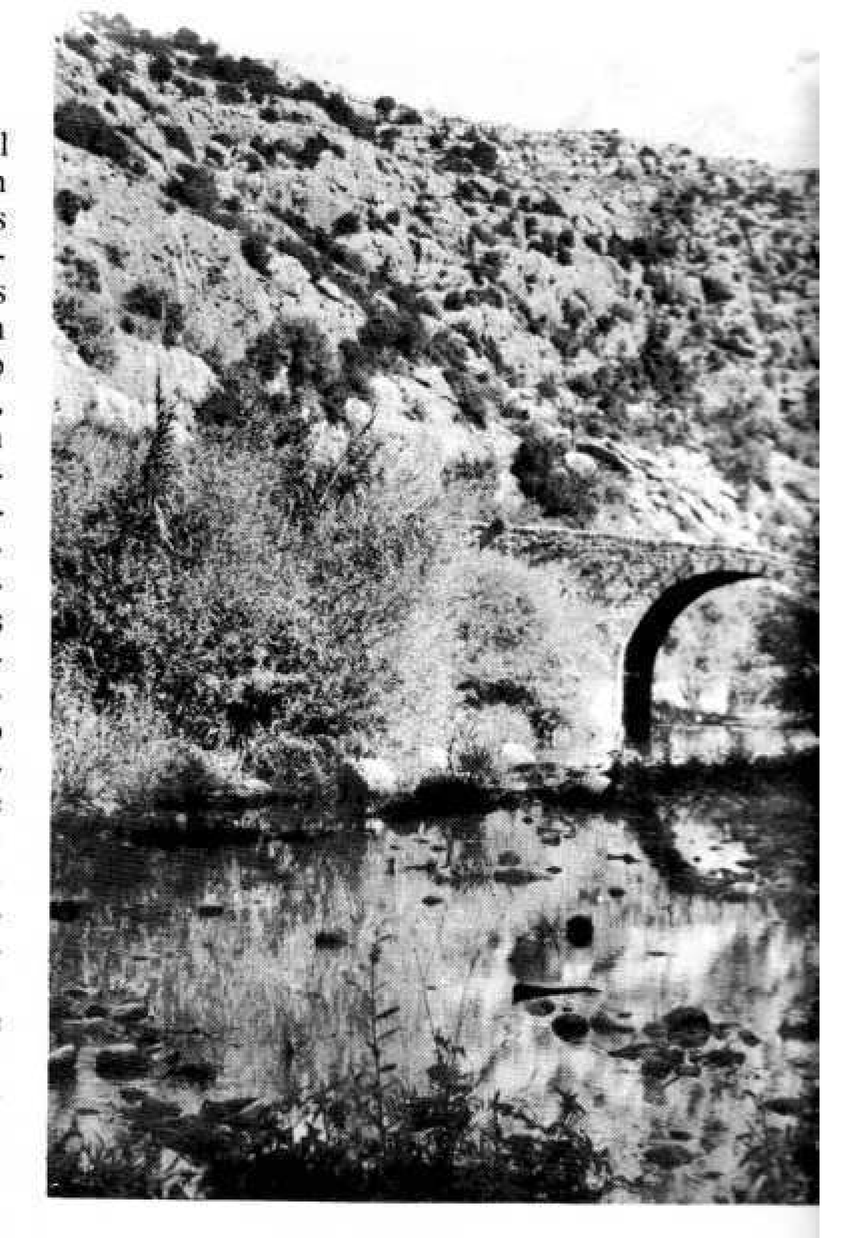
Es una de las múltiples representaciones del dios cananeo. El cuerpo, fundido en bronce, se recubría con metales preciosos, por lo menos la cara. El Baal que se reproduce aquí lleva un tocado parecido a la corona blanca del Alto Egipto.



Estos elementos iban a fundar, a fines del siglo XVI, el poderoso Estado de Mitani en el curso superior del Éufrates. En el país cananeo constituyeron una aristocracia guerrera que dominó a los príncipes cananeos anteriores, fundamentando su autoridad en el empleo del carro de guerra. De ese modo heterogéneo nació la invasión de los hicsos, quienes vencieron a Egipto y lo dominaron (hacia 1675-1580). Desde hacía mucho tiempo, Egipto había establecido sólidas relaciones comerciales con Canaán, pero la expulsión de los hicsos fue seguida de la conquista militar de Palestina y Siria por los faraones de la XVIII dinastía. Una dominación muy dura sometió, por tanto, Estados y principados; no fue aminorada sino por la ascensión de los hititas, que impusieron a Egipto un reparto definitivo de territorios tras la indecisa batalla de Kadesh (1280). Cualesquiera que fuesen esas peripecias, Canaán estuvo sometido a señores extranjeros durante casi toda su historia. A fines de la edad del bronce aparecieron nuevos conquistadores. Del noroeste llegaron, por una parte, las oleadas de invasores designados con el término impreciso que emplean los textos egipcios: los *pueblos del mar*, quienes realizaron múltiples destrucciones desde Asia Menor a Egipto; sus últimas partidas, rechazadas por los faraones Mernefta y Ramsés III, se fijaron definitivamente a lo largo de la costa, entre el monte Carmelo y los accesos de Egipto. Éstos recibieron el nombre de *filisteos*, con el cual se conoció todo el país circundante, Palestina (fines del siglo XIII).

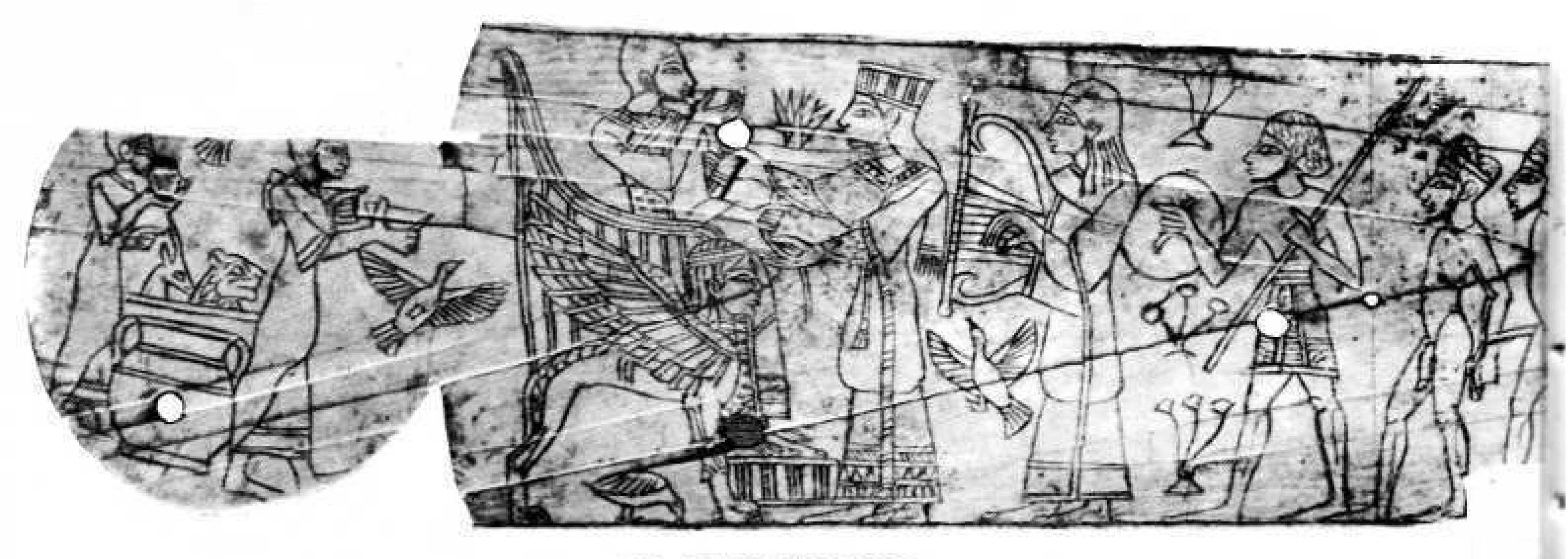
Por otra parte, en las tierras de las ciudades cananeas penetraron durante el II milenio hordas nómadas cada vez más numerosas que procedían del nordeste y del este: los *arameos*, cuyos clanes *hebreos* constituían sólo uno de sus elementos.

En este momento puede detenerse la historia de los cananeos. Desde hacía mucho tiempo, las tierras que ellos habían sido los primeros en poblar estaban abiertas a otros invasores, pero durante un milenio la civilización de los habitantes (sobre todo semitas) de esas regiones había dado una notable unidad a Asia Menor y Egipto, incluso aunque se reconozca que existieron importantes matices regionales. A partir del siglo XII, el área de civilización cananea no recibió sólo nuevas poblaciones. Ahogadas por los filisteos y los hebreos, las ciudades cananeas de Palestina iban a desaparecer o a sobrevivir modificándose profundamente; las del norte conocieron casi la misma suerte en realidad que los arameos y los principados de Siria ganados a la civilización hitita. Sólo Fenicia aseguró la salvaguardia de la herencia cananea; pero la brillante cultura que se desarrolló, cananea en su origen, hubo de adaptarse a un mundo nuevo que comenzaba: era la edad del hierro.



LA GARGANTA DE NAHR EL KELB

Éste es uno de los numerosos obstáculos que se oponen a la circulación a lo largo de la costa. El cruce de esta estrecha garganta se hizo siempre por obligados lugares de paso. Todos los conquistadores la franquearon por el mismo punto, lo más cerca de la costa, y celebraron su paso con inscripciones que van desde los faraones del II milenio a. de J.C. hasta el ejército inglés del general Allenby, vencedor de los turcos en 1918.



EL REY CANANEO

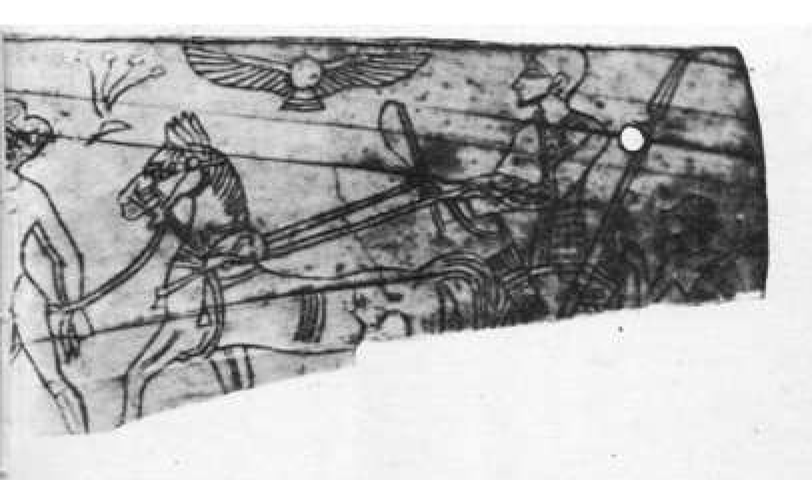
En esta placa de marfil, que procede de Megido, el reyezuelo de uno de los innumerables pequeños Estados que se repartieron Palestina a fines del II milenio, aparece en las dos actividades reales que describía ya el estandarte de Ur (cf. lámina 18): la guerra y el banquete. En la elección de los temas (el trono del soberano, el loto que se le presenta, el guerrero, los prisioneros atados), y en el tratado de las figuras (representación frontal, rostros de perfil y ojos de frente), el grabado muestra sobradamente la influencia de Egipto en el sur de Canaán.

2. La civilización cananea en la edad del bronce medio (2000-1600) y final (1600-1200)

Ciudades y Estados cananeos. La división política continuó vigente; la región siriopalestina se hallaba por entonces fragmentada en centenares de principados minúsculos, cada uno de los cuales estaba dirigido por una aristocracia guerrera, a menudo indoeuropea después del siglo XVIII. Las exploraciones arqueológicas permiten que conozcamos las bellas fortificaciones de los pequeños centros urbanos donde vivían los patricios y sus habitaciones en viviendas espaciosas. Para la gente humilde que ocupaba aldeas de chozas y cabañas, esas poblaciones eran ciudadelas en las que podían refugiarse en caso de peligro, es decir, con frecuencia. Bajo la férrea dominación de Egipto, las revoluciones no cesaron, como lo atestiguan los estratos arqueológicos del siglo XVI al XV, ricos en ruinas y huellas de incendios, y las guerras entre ciudad y ciudad fueron todavía más frecuentes.

Cada ciudad vivía del trabajo de una población sedentaria, experta en el cultivo de cereales y de plantas arborescentes (olivos, vides, higueras), y de un artesanado cada vez más numeroso, cuyos productos (cerámica, tejidos, orfebrería, marfiles tallados, etcétera) alimentaban un comercio fructífero. Desde el III milenio, Canaán había sido para Egipto una fuente de materias primas por su madera y su aceite de cedro, indispensables para las construcciones y embalsamamientos. A partir del siglo XVI parece que las ciudades cananeas vendieron cada vez más sus productos manufacturados y sirvieron de intermediarias para los intercambios entre los grandes imperios: los príncipes guerreros se hicieron comerciantes o hubieron de contar en todas partes con el grupo de comerciantes influyentes por sus riquezas.

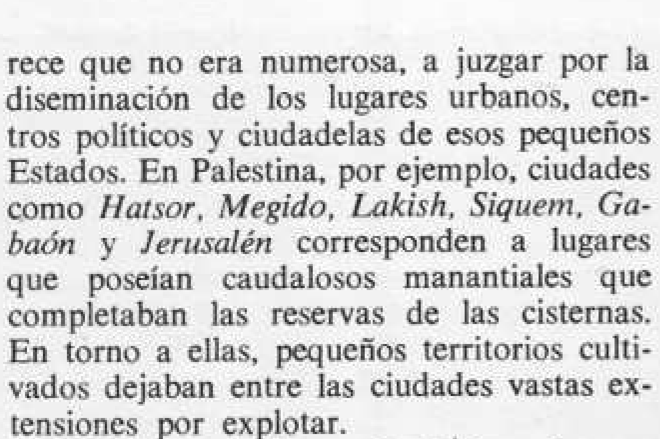
Es imposible dar una cifra, ni siquiera aproximada, de la población del país. Pa-





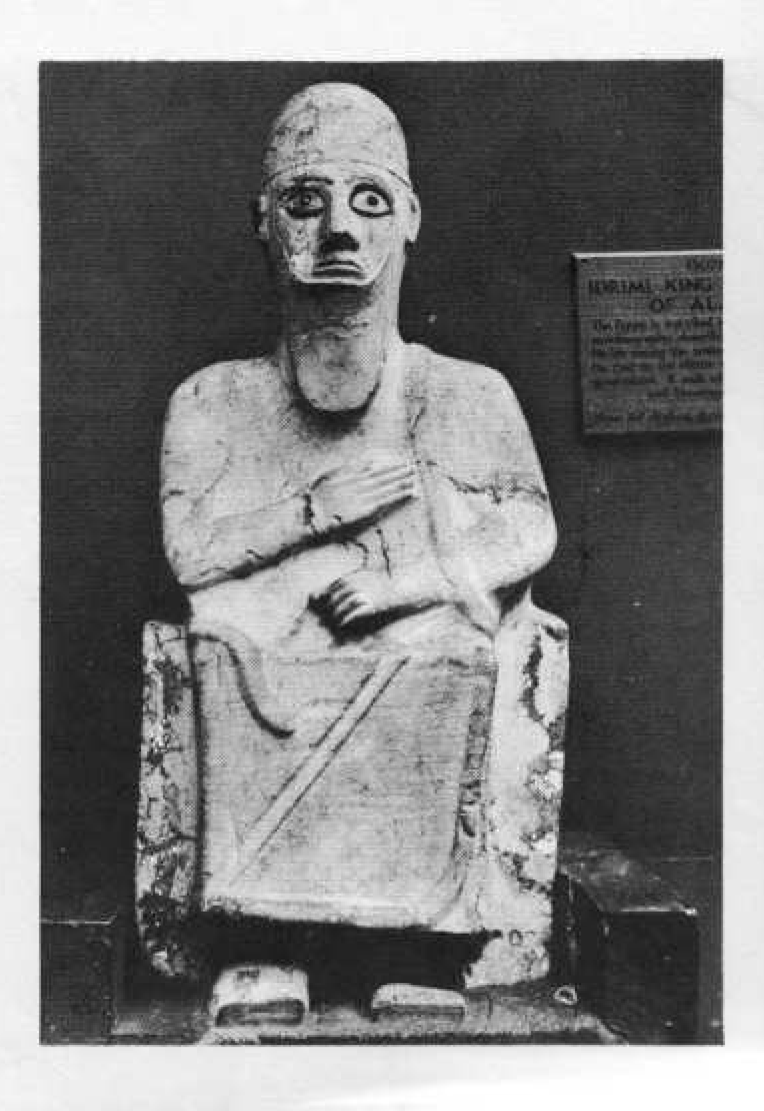
DOS PRÍNCIPES DE ALALAKH

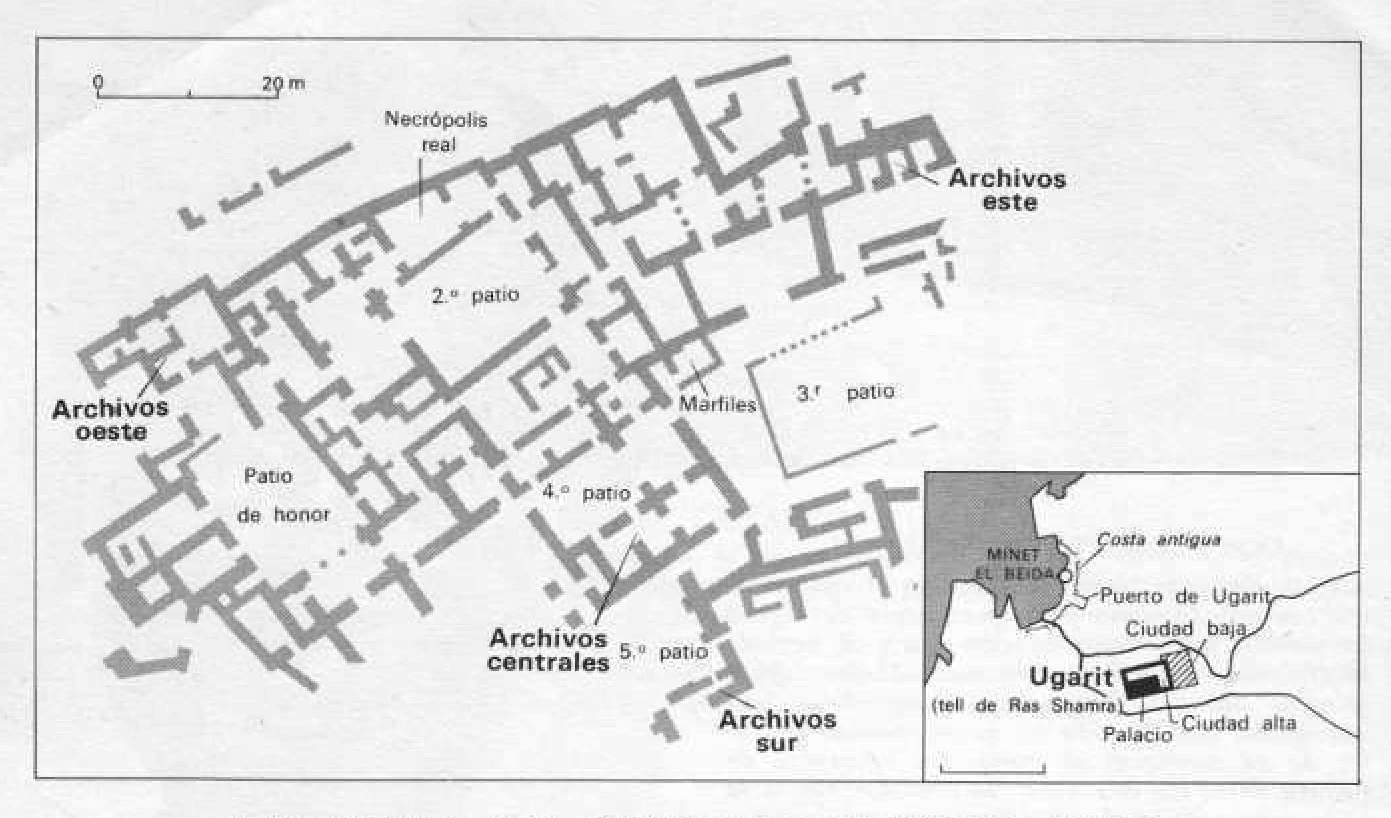
Arriba: Yarimlin, cuya autoridad en el siglo XVIII *era tan grande como para que un rey de Ugarit le pidiera una recomendación para el rey de Mari, cuyo palacio quería ver. Abajo: Idrini, príncipe del siglo* XIV, *cuyo cuerpo lleva una inscripción que describe las circunstancias violentas de su ascensión al trono. La diferencia de factura entre las dos obras es considerable: a la bella cabeza de piedra pulimentada, que testimonia la influencia del arte sumero-acadio, sucede una efigie de piedra caliza torpemente tallada, la primera de las obras toscas que caracterizaron el arte autónomo de Siria del norte a fines del* II *milenio.*



rece que no era numerosa, a juzgar por la diseminación de los lugares urbanos, centros políticos y ciudadelas de esos pequeños Estados. En Palestina, por ejemplo, ciudades como *Hatsor, Megido, Lakish, Siquem, Gabaón* y *Jerusalén* corresponden a lugares que poseían caudalosos manantiales que completaban las reservas de las cisternas. En torno a ellas, pequeños territorios cultivados dejaban entre las ciudades vastas extensiones por explotar.

En tales territorios se instalaban siempre las poblaciones seminómadas que vivían de la recolección, de una agricultura temporal y del ganado, cuyos productos vendían a los sedentarios de las ciudades. Las ciudades más importantes eran las de Siria, que obtenían beneficios de las relaciones comerciales que habían organizado entre Mesopotamia, Asia Menor, Egipto y el mundo egeo. Podemos citar, por ejemplo: *Katna, Karkemish, Harran...* todas las cuales vivían de un comercio cuyo principal cliente era Mesopotamia. Algunas prosperaron lo bastante para ser señoras de verdaderos pe-





ARQUITECTURA REAL CANANEA: EL PALACIO DE UGARIT

Indícase el emplazamiento de las salas de los archivos, donde han sido encontrados millares de tablillas. A la derecha, el lugar de Ugarit, construido sobre una colina a cierta distancia de su puerto.

UN CARRO EN UGARIT
(siglo XIII a. de J.C.)

Ignoramos lo que representa este carro, en el que se hallan dos personajes barbudos. ¿Era un exvoto? ¿La representación de un episodio mitológico? ¿O simplemente un juguete? Las excavaciones de Chipre han hecho aparecer varias piezas semejantes a ésta.

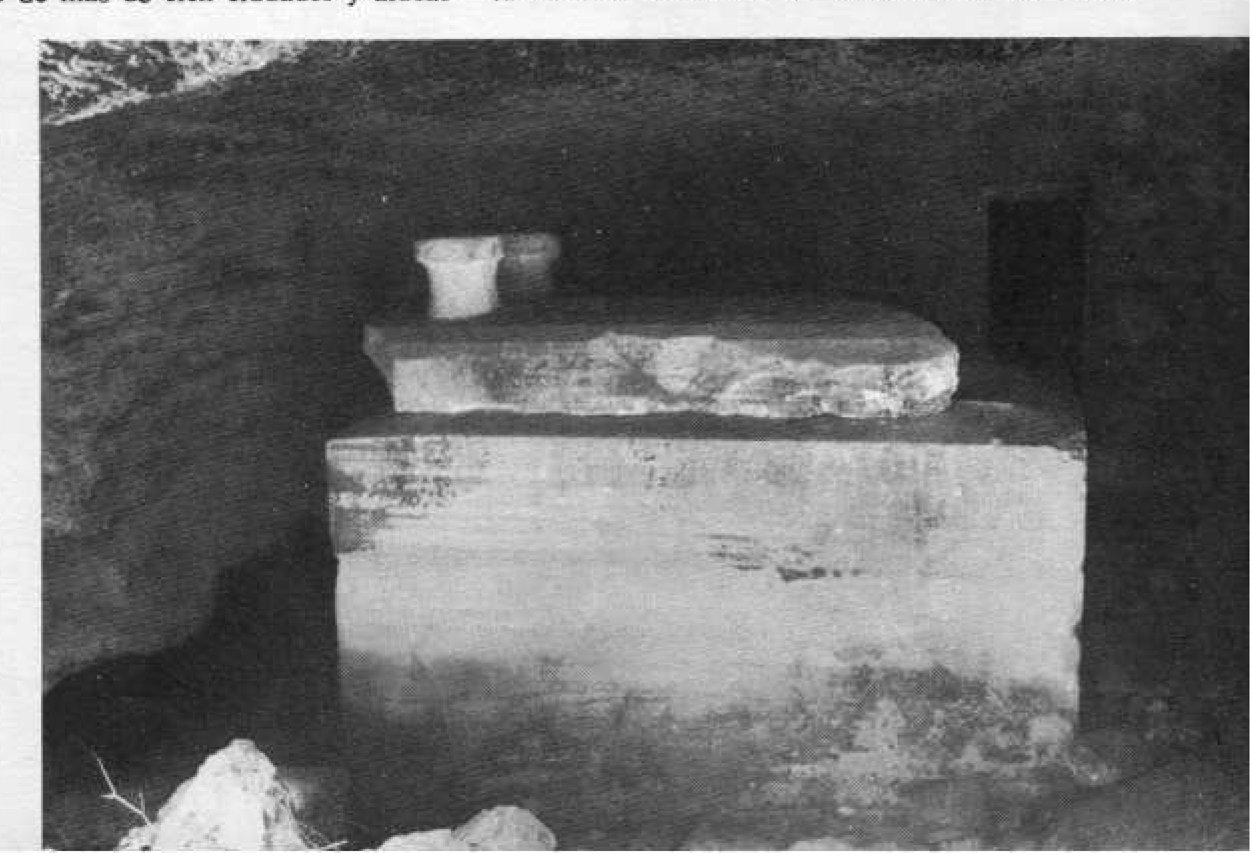


queños Estados. *Alepo,* capital del reino de Yamhad, que tuvo bajo su soberanía a *Alalakh,* capital del Mukish, Ugarit sobre todo, la más conocida y quizá la más característica.

EL TEMPLO DE LOS OBELISCOS (Biblos)
Construido hacia 2000 a. de J.C., el templo es una obra de factura tosca, pero rica a causa de las numerosas ofrendas que se depositaron en él. Fue la primera realización monumental del mundo cananeo.

Fue el tipo de la ciudad cosmopolita de levante, en la que la civilización cananea se enriqueció con múltiples aportaciones: egipcias, hurritas, mesopotámicas, hititas, cretenses, etc., pero cuyo papel político fue modesto comparado con la importancia económica, intelectual y religiosa de su civilización. Era, sin embargo, la cabeza de un territorio de más de cien ciudades y aldeas

SARCÓFAGO EN BIBLOS (II milenio)
Gran sarcófago de piedra, cuya tapa rota lleva todavía dos agarraderos que servían para manejarla. Situado como muchos otros en el fondo de tumbas en forma de pozo, fue descubierto a causa de un corrimiento de tierras que hizo aparecer la cámara mortuoria en la ladera de la colina.



diseminadas en 6.000 km.², pero ni sus recursos ni sus bellas fortificaciones podían permitirle mantener a raya a vecinos de la talla del Imperio hitita o de Egipto. Incluso en su apogeo, entre 1440 y 1360, bajo el reinado de *Niqmad* sobre todo, hubo de llevar una política astuta con los hititas y los egipcios; vasalla tanto de unos como de otros, vinculada a los dos por sólidos intereses comerciales; a pesar de que envió un contingente de tropas que se batió en las filas hititas en Kadesh, en la misma época se guardó mucho de maltratar a los egipcios que vivían en sus muros.

Al margen de estas ciudades, *Biblos* había establecido con Egipto lazos comerciales tan antiguos (principios del III milenio) y tan numerosos, que se convirtió casi en un enclave faraónico en las costa fenicia, lugar por el que penetraban numerosos elementos de la civilización egipcia: dioses, técnicas, productos y el conocimiento de los jeroglíficos.

La religión cananea. Gracias a los textos que se han encontrado en Ugarit, hoy es posible conocer el mundo religioso de los cananeos de un modo distinto al entrevisto a través de los anatemas que pronunciaron los profetas de Israel. Las divinidades cananeas estaban agrupadas en un panteón muy nutrido y bien organizado que se imponía a todos los habitantes de Canaán con diversas variantes regionales.

En la cumbre, *El*, dios padre, fuerte y sabio, siempre el creador y ordenador del mundo. Universalmente reverenciado, conocemos varios lugares de culto por los relatos bíblicos de los patriarcas: *El Shaddai* (El de las montañas), *El Elyon* (El sublime) en Jerusalén, *El Olam* (El eterno) en Bersabée, etc. Su potencia era tal que en torno a él se trató de unificar el panteón. Algunos textos demuestran sin duda que los teólogos intentaron unirle sustancialmente los otros dioses, cuyos atributos y actividad no hubieran sido sino aspectos del dios El omnipresente.

Baal, su hijo, parece haber sido el principal beneficiario del culto; El era el ordenador y su personalidad había de atraer a pensadores y teólogos; pero Baal, «cabalgador de nubes», dispensaba directamente los beneficios materiales; regeneraba la vegetación por medio de las lluvias; era el dios de quien dependía la fuerza vegetativa y por extensión la potencia generadora. El término Baal, que significa simplemente «señor», era la común designación de un conjunto de dioses próximos por sus atribuciones, y provistos a veces de personalidades definidas. De ahí los diferentes Baal designados por un término geográfico (Baal *Saphon*, es decir, «Baal del norte»; Baal del *Carmelo*, Baal del *Hermon*...), o dioses como *Adad*, señor de la tormenta; *Aliyan*, señor de las fuentes, al que se llamaba hijo de Baal, etc. Pero todos tenían en común ser dioses relacionados con los fenómenos celestes, y generalmente señores de las aguas bienhechoras.

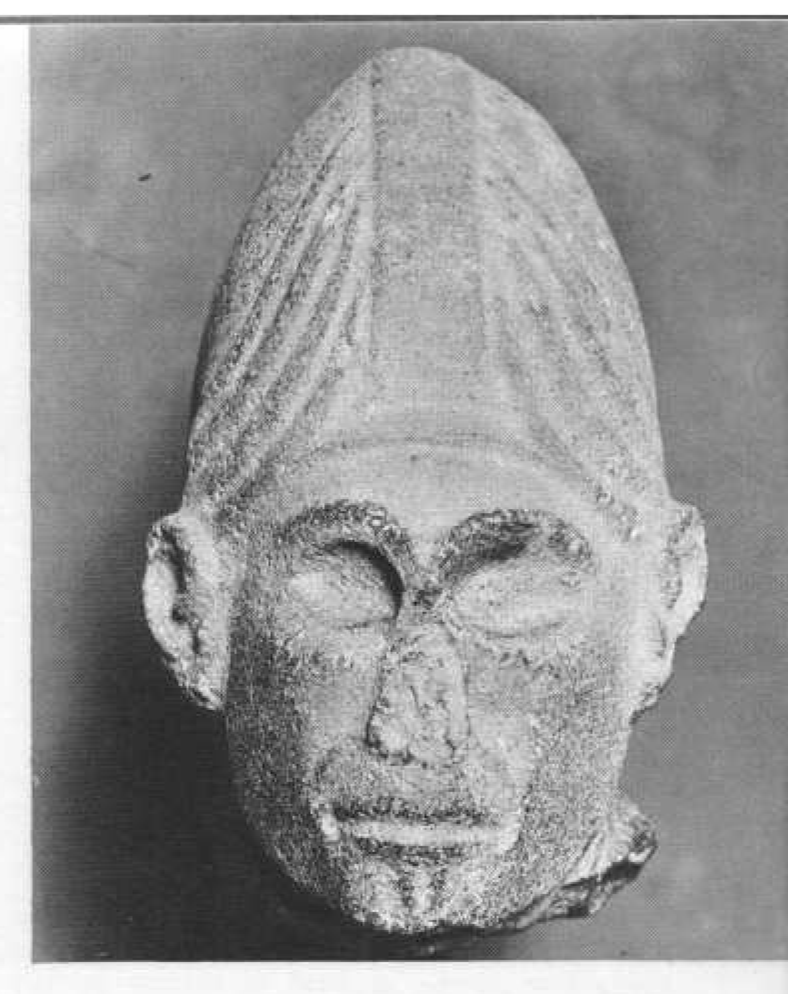
Anat es la más importante de las diosas que mencionan los textos de Ugarit. Hermana de Baal, era su amante, pero llevaba, sin embargo, el nombre de «virgen»; en ella se encarnaba el poder de la fecundidad, pero no daba a luz. Era, por último, diosa



EL BAAL DEL RAYO (Ugarit)

En esta estela, el oferente está representado delante del dios de la tempestad, el cual, tocado con un extraño casco cornudo, rompe las nubes con su clava y golpea el suelo con el rayo que simboliza la lanza, cuya asta se prolonga en lenguas de fuego.

guerrera y sanguinaria; sólo las formas del culto cananeo permiten comprender esta personalidad divina un poco desconcertante, cuyos aspectos se relacionan todos con la mayor preocupación de los cananeos: preservar la vida vegetal y animal. Todavía podrían citarse muchas otras divinidades: cananeas como *Mot*, el rival de Baal; amorreas como *Sin*, el dios luna; babilonias como *Istar*, pero sobre todo *Dagan*, el dios del trigo; hurritas como *Teshub*, que no es sino un avatar de Baal, señor de las aguas; cretenses como la gran diosa señora de la naturaleza, egipcias como la vaca Hathor y el terrible *Reshef*, etc. La lista podría prolongarse así desmesuradamente. La civilización cananea fue, pues, notable por la originalidad de su panteón, compuesto por El, Baal, Anat y otras divinidades, así como por su capacidad para asimilar diversas concepciones religiosas. En la vasta encrucijada que es la región sirio-palestina se elaboraron las síntesis teológicas, interpolándose de tal forma las divinidades y los sistemas religiosos que el historiador vacila cuando quiere trenzar de nuevo la génesis de este mundo tan denso de personajes. Sin embargo, dioses, mitos y sistemas han podido acumularse y fundirse. Los cananeos



EL BAAL DE DJABBUL (siglo XVI)

Las representaciones del dios, en madera o metal, han sido numerosas. Ésta procede de los alrededores de Alepo. Tallada en basalto, su factura severa es propia del arte de Siria del norte durante la expansión de la cultura hurrita.

DIOSES CANANEOS: BAAL Y EL (II milenio)

En este cilindro-sello, procedente de Ugarit, los dos personajes son tratados en el estilo de los cilindros mesopotámicos de la época de Acad. El tocado, la clava y el rayo de Baal son los mismos de la estela de la página de al lado. El dios El está representado como dios del vaso manante.



los han utilizado todos para la expresión y explicación de su problema: la conservación de la vida.

Los textos hallados en Ugarit comprenden numerosos poemas religiosos, vastas síntesis épicas cuyo sentido simbólico escapa a menudo a los sabios. Sin embargo, una interpretación es absolutamente cierta: la que se aplica al ciclo de los poemas que expresan las relaciones de Baal, Anat y Mot:

Baal ha sido muerto por Mot, y la aflicción reina entre los dioses. El exclama, portador del duelo: «Baal ha muerto. ¿Qué sucederá con los hombres? El hijo de Dagan (dios del trigo) ha muerto. ¿Qué sucederá con los pueblos? Anat llora hasta saciarse; bebe cumplidamente sus lágrimas, como vino... Deposita (el cuerpo) en los huecos de los espíritus de la tierra, y sacrifica

DIOSA DE LA FECUNDIDAD (siglo XIII)
Una diosa de torso desnudo, como la diosa egea, porta manojos de espigas hacia los cuales se empinan dos cabras. Descubierto en Ugarit, este marfil testimonia, con otros elementos, que la ciudad fue la encrucijada donde se encontraron cretenses, micénicos y orientales. Además de comerciales, hubo contactos de orden intelectual y religioso.

DIOSAS CANANEAS
En estas estatuillas pueden verse las representaciones de Anat. Son ciertamente la diosa o las diosas a las que los cananeos reconocían el poder de las fuerzas de la fecundidad. A veces vaciadas en bronce y embellecidas con delgados revestimientos de oro, como se hacía también con las estatuillas de Baal, eran generalmente toscos amuletos de tierra cocida. Modeladas y luego vaciadas, habíanse extendido por todas partes, hasta en la Palestina israelita, y proporcionaban a sus poseedores la eficaz protección de aquella que en el I milenio se llamaba Astarté.





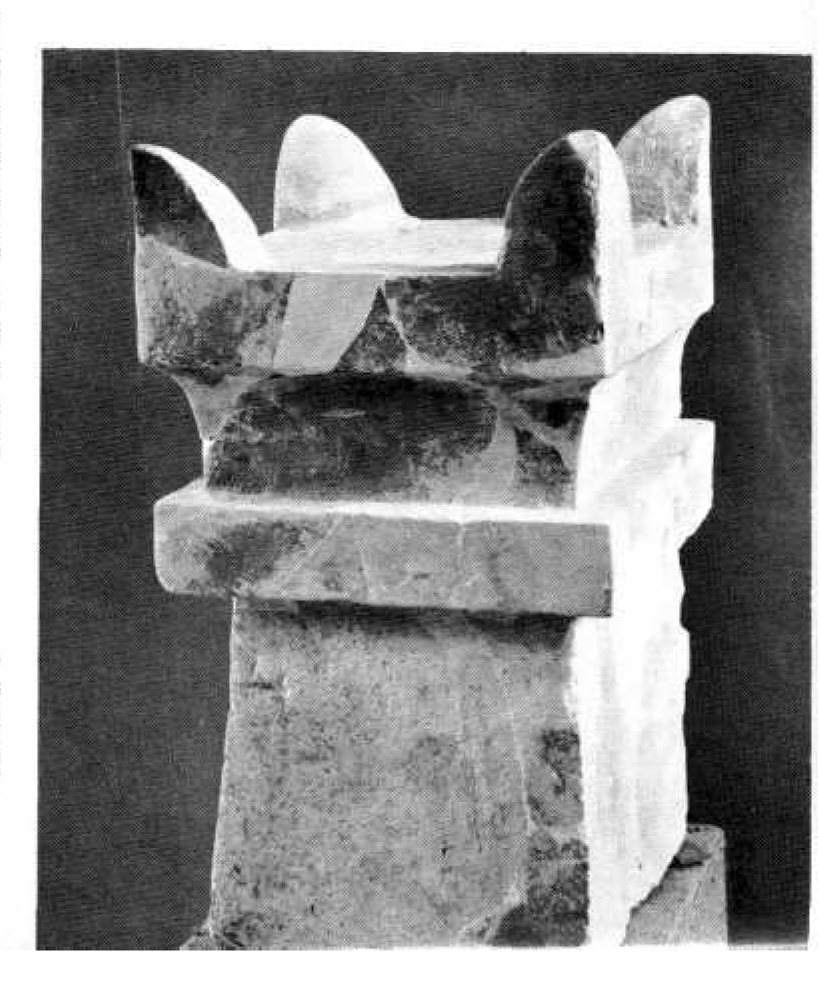
setenta búfalos como un tributo a Baal, el poderoso.» En vano se busca un sustituto que asegure la vida que sólo Baal podía mantener; el primer elegido es demasiado débil; el segundo, demasiado pequeño. Pasan muchos días. A una primera intimación de Anat, Mot se niega a devolver a Baal. «Entonces Anat se acerca a Mot; como el corazón de la vaca por su ternero, de la oveja por su cordero, tal es el corazón de Anat por Baal. Toma a Mot, el divino, y lo hiende con su espada; lo aventa en un aventador; lo quema en un fuego; lo muele en una muela; lo siembra en los campos. Los pájaros comen sus cenizas, devoran sus miembros y revolotean de resto en resto.» Mot, que es el calor del verano, había puesto fin al reinado de Baal, que era la lluvia de primavera; también Anat, que es la voluntad activa de Baal, puso fin al reinado de Mot después que hubo cosechado, batido y molido el grano nuevo; entonces vuelve Baal, que renueva la vegetación con las lluvias de otoño. Esta resurrección de Baal hace estallar la alegría universal: «Baal, el poderoso, estaba muerto; el señor de la tierra había perecido. Y he aquí que vive Baal, el poderoso, el príncipe, el señor de la tierra... ¡Oh, El bueno y bienhechor, los cielos han hecho llover grasa, los arroyos han hecho correr ríos de miel!»

En función de esta necesidad fundamental, mantener la vida, se explican los aspectos del culto tributado a las divinidades cananeas. Se han hallado centenares de ídolos. En su mayor parte son imágenes de la diosa desnuda, que fue llamada Anat, y, algo más tarde, *Astarté*, dadora de una inagotable fecundidad. A los dioses se les ofrecían sacrificios sangrientos; la sangre que se vertía simbolizaba al mismo tiempo la unión del dios y del oficiante, y la promesa de una vida renovada, gracias a que la sangre es sagrada porque es la vida misma. Así puede explicarse sin duda el aspecto sanguinario y guerrero de Anat, cuyas matanzas, que pintan los relatos mitológicos, son símbolo de la matanza de los enemigos que se han consagrado a los dioses o, más frecuentemente, de la práctica siempre vigente de los sacrificios humanos:



«Anat combate en la llanura, atacando a los pueblos desde Poniente a Levante. Por debajo de ella las cabezas (se amontonan) como manojos; por encima de ella las manos (vuelan) como langostas... Ata las cabezas a su espalda, las manos a su cintura y se sumerge hasta las rodillas en la sangre de los guerreros, hasta las caderas en la sangre de los héroes... Su hígado se hincha de risa, su corazón se llena de alegría, el hígado de Anat exulta, porque se sumerge hasta las rodillas en la sangre de los guerreros, hasta las caderas en la sangre de los héroes.»

Los cananeos suponían la presencia de sus dioses en las manifestaciones de la naturaleza. Adoraban los árboles sagrados,



MOBILIARIO CULTUAL CANANEO

Arriba: una gran cubeta de bronce montada sobre un trípode, que nos permite imaginar lo que era el «mar de bronce» del templo de Jerusalén. Abajo: el altar del templo de Astarté en Megido (siglo X). Está adornado con cuatro cuernos, insignias del poderío divino.

las fuentes, los ríos, las piedras donde los dioses reposaban; construyeron templos, y, actitud todavía más característica de una religión naturalista, practicaban sus cultos en los lugares altos, es decir, santuarios a cielo abierto situados preferentemente «sobre las colinas, bajo todo árbol verdeante», como dice la Biblia. Entre diversos accesorios cultuales, las estelas de piedra simbolizaban la presencia de Baal, y las estacas de madera, sustitutos del árbol sagrado, la presencia de su compañera la diosa. En diversos puntos, los arqueólogos han hallado la huella de estos santuarios, entre ellos el célebre de Palestina antigua, el de *Betel*, donde el bloque de roca que servía de altar para los sacrificios de animales está excavado en forma de artesa que conserva la huella de la sangre allí derramada, mientras que la tierra que rodea la roca aparece calcinada por el fuego de numerosas hogueras. En Betel, como en Jerusalén, la roca sería cubierta por un templo en los primeros siglos del II milenio.

Deseoso de la fertilidad de los campos y la fecundidad de su ganado, el pensamiento religioso de los cananeos se basaba en la fuerza reproductora del mundo garantizada por la potencia sexual de los dioses. En numerosos relatos mitológicos, los dioses se acoplan, y el poeta exalta la fuerza viril del dios El o Baal, bienhechora para los humanos por sus consecuencias cósmicas. Sobre la tierra, la unión sexual de los dioses, indispensable para la vida, tenía su traducción en las prácticas de la prostitución sagrada; por magia simpática, lo que los humanos cumplían así durante las fiestas y en los recintos sagrados debía asegurar el inagotable manantial de la vida.

Los profetas de Israel clamaron contra estas prácticas que conmovieron a los israelitas. Aunque se trata de un lenguaje simbólico, puesto que el profeta asimila el paganismo de Israel al adulterio de la esposa infiel, este pasaje de *Oseas* debe tomarse libremente: «Ofrecen sacrificios en las cimas de los montes, y en los collados queman sus ofrendas bajo las encinas, bajo los álamos, bajo los terebintos, de grata sombra. Por eso fornicarán vuestras hijas y adulterarán vuestras nueras, y no castigaré las fornicaciones de vuestras hijas ni los adulterios de vuestras nueras, porque ellos mismos se van aparte con rameras y sacrifican con prostitutas, y el pueblo, por no entender, perecerá.» *(Oseas* 4, 13-14.)

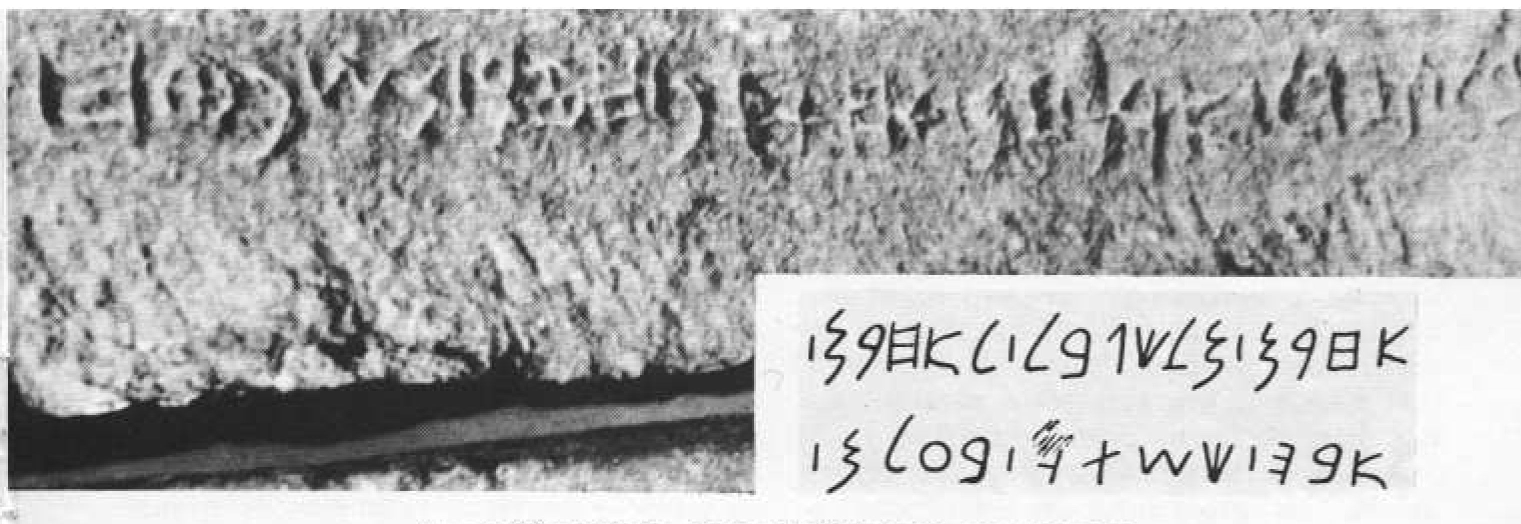
La cultura y la moral en Canaán. Tierra de encuentros, rica en mercancías y en hombres, en dioses y en mitos, Canaán aporta a la cultura oriental un progreso de consecuencias incalculables: el establecimiento de un sistema de escritura fácil. Parecía normal que estas tentativas, que debían cristalizar a finales del II milenio, hayan sido hechas en Canaán, en una tierra cosmopolita donde las actividades comerciales, más intensas que en otra parte, exigían procedimientos de escritura rápida y asimilables por los numerosos comerciantes de sus ciudades.

Los primeros ensayos se hicieron en función de los sistemas de escritura preexistentes. En el *Sinaí*, asiáticos empleados en las minas por la administración faraónica inventaron un primer alfabeto de una treintena de signos a partir de jeroglíficos que simplificaron; pero a nosotros han llegado muy pocos textos escritos según este sistema (entre 1800 y 1200).

En *Biblos*, los modelos egipcios fueron seguidos más de cerca todavía: un sistema llamado *seudojeroglífico*, elaborado allí, constaba de 75 signos tomados de los jeroglíficos, que servían para anotar una escritura tanto silábica como alfabética.

Ugarit nos ha legado una numerosa literatura en tablillas de arcilla; redactada en acadio, sumerio, hitita, hurrita o ugarítico, es un testimonio del carácter políglota de la cultura del antiguo Oriente. Los textos ugaríticos están escritos en una escritura alfabética cuyos signos son cuneiformes, porque han sido trazados con un estilete triangular en la arcilla húmeda, pero sin ninguna relación con el sistema de escritura silábica de Mesopotamia. Se han hallado alfabetos con los treinta signos de este sistema. Dejando aparte algunos valores que desaparecieron luego, el orden de los signos es ya el de un alfabeto mucho más simplificado que ulteriormente debía imponerse.

El alfabeto ugarítico empleado en los siglos XV y XIV no parece haberse extendido. Después de él, el alfabeto *semítico llamado antiguo*, que queda establecido ya entre fines del siglo XIV y principios del XIII, conoció, en cambio, un éxito universal y fue adoptado en el mundo oriental y en todo el entorno del Mediterráneo. Con la riqueza de experiencias precedentes, quienes lo perfeccionaron supieron simplificar todavía el sistema alfabético, que se caracteriza por su comodidad: 22 signos sirvieron para anotar las consonantes. Fuera del mundo cananeo, en el que la inscripción del sarcófago de *Hiram de Biblos* (siglo XI) es el primer testimonio de su empleo, el sistema fue muy pronto adoptado por otros pueblos orientales: arameos, israelitas y árabes, pero también por los ribereños del Mediterráneo: griegos, etruscos y pueblos itálicos.



LA INSCRIPCIÓN DEL SARCÓFAGO DE HIRAM

A la izquierda: fotografía de una parte de la inscripción; a la derecha: copia de unas palabras de la inscripción. Leyendo de derecha a izquierda se transcribe: HHRM MLK GBL; es decir, «Hiram, rey de Gebal (Biblos).» El fenicio anotaba sólo las consonantes, pero cuidaba de anotar las diferentes guturales, de las cuales aquí se transcriben dos por H. Cuando los griegos utilizaron el alfabeto fenicio no supieron qué hacer de la notación de las guturales, que su lengua ignoraba. Estas letras, que se habían convertido en inútiles, las hicieron servir de vocales. Así, la letra que hemos transcrito aquí como primera H es álef. A los griegos les sirvió para anotar su A, pero conservó casi sin cambio su nombre fenicio: alfa.

Gracias a los textos literarios de Ugarit sabemos lo que era la vida literaria y moral de Canaán. Allí el grupo de escribas tenía un rango tan elevado como en las otras sociedades del antiguo Oriente, y los grandes soberanos tuvieron buen cuidado de patrocinar sus trabajos, indispensables para la gloria de un gran reino. Del reinado de Niqmad de Ugarit poseemos gran número de textos que el monarca hizo componer y recopilar cuidadosamente para que su época estuviese señalada por una de esas grandes composiciones enciclopédicas tan queridas en Oriente, desde las recopilaciones que redactaron los escribas egipcios del Imperio Medio al cúmulo de tablillas del palacio de Asurbanipal. Los escribas cananeos ejercieron una profunda influencia en todos los pueblos que tenían contactos con Canaán, los cuales poseyeron, como por ejemplo los israelitas, una cultura escrita. De Canaán tomaron primero una lengua li-

EL SARCÓFAGO DE HIRAM (siglo XI)

El rey difunto está representado en una especie de banquete de inmortalidad. Sentado en un trono con cabeza de esfinge, con una flor de loto marchita que simboliza la muerte, recibe el homenaje de los dignatarios, el primero de los cuales lleva un espantamoscas. La parte superior del sarcófago está adornada con un elegante friso de flores y capullos de loto, otro indicio de la influencia milenaria de Egipto en tierras cananeas.



teraria, abandonando el idioma arameo, que habían hablado en principio, por el dialecto cananeo. Adoptaron también los sistemas de formación de los escribas, sus técnicas de composición, sus temas y sus procedimientos, hasta el punto de que después del descubrimiento de los textos de Ugarit ha sido fácil descubrir numerosos paralelos entre textos bíblicos y textos ugaríticos.

Aparte de las grandes composiciones religiosas, los textos cananeos más importantes conocidos por Ugarit fueron epopeyas que cantan las gestas de ciertos héroes; pero no se trata sólo de hazañas, pues los textos están llenos de una enseñanza de tipo más general que entra en la categoría de literatura didáctica, tan apreciada en todo el Oriente antiguo. Pueden establecerse en ellos extraños paralelos: cierto rey Daniel pide a los dioses un hijo que al fin le será dado; todas las posibilidades son de que ese Daniel sea el que la Biblia coloca entre los justos, al lado de Noé y de Job, en el libro de *Ezequiel*.

«Hapiru» y arameos. Uno de los rasgos más constantes de la historia de estas regiones es la presencia, en las franjas de terreno que ocupaban los sedentarios, de pueblos nómadas de muy diversos géneros de vida. Sería un error imaginar su existencia como la de los beduinos de hoy, rechazados a la estepa donde viven muy pobremente de un ganado siempre itinerante. Algunos grupos, los más desheredados, llevaban la existencia de los beduinos de nuestra época, pero hay que imaginar toda una gama de posibilidades para la mayor parte de los demás: agricultores itinerantes que explotaban las tierras mediocres desdeñadas por las ciudades cananeas de débil población: grupos semiagrícolas, semiganaderos, ganaderos nómadas, pero que completaban sus recursos con la recolección, etc. Todas esas poblaciones en perpetuo movimiento utilizaban el asno para sus desplazamientos, y no el camello, a pesar de que ya era conocido y estaba domesticados por algunos pueblos del desierto sirio-árabe; junto con los cananeos sedentarios, sus vecinos, aseguraban a Siria y Palestina una vida social y económica equilibrada: reservas de esclavos hechos en sus correrías y de mano de obra rápidamente contratada y despedida sin escrúpulos, mercenarios para los ejércitos de los príncipes, pastores que intercambiaban con los agricultores carne, leche, lana y animales de tiro. Siempre existía el peligro de que esos pueblos inestables, cada vez más numerosos, franquearan los límites de los territorios cananeos para saquearlos, o acaso para instalarse en ellos.

Situándola en ese panorama de conjunto se puede comprender el empleo de la palabra *hapiru* en los textos del II milenio, por ejemplo las cartas de Mari o las de los pequeños príncipes cananeos halladas en El Amarna. Cada vez que las circunstancias les eran propicias, como cuando se debilitaba la autoridad egipcia, esos seres inferiores, a quienes los sedentarios trataban con condescendencia o desprecio, puesto que en ellos hallaban refugio los esclavos fugitivos, saqueaban y destruían hasta saciarse. Los sabios no han determinado todavía el origen de los *hapiru* y el sentido de la palabra que los designa; pero parece casi seguro que esos molestos personajes, los cuales causaron estragos durante casi 1.000 años en la franja de tierras cultivadas y organizadas en ciudades, formaban un grupo social inferior, y que la palabra no tiene sentido étnico, sino que designa más bien una multitud de grupos nómadas o seminómadas de diversas procedencias. También es verosímil que se deba relacionar la mención de los *hapiru* con las migraciones de nuevos pueblos llegados de la estepa, como lo habían hecho antes los acadios y cananeos, en el III milenio, y los amorreos a fines del III y principios del II. Estas migraciones, que se iniciaron sin duda con débiles contingentes humanos, fueron poco a poco reconocidas por sus contemporáneos como un amplio movimiento que ponía en marcha a un pueblo entero, al que se designa con la palabra *arameo* solamente a partir del siglo XII. Pero antes de que los arameos hubiesen llegado a fundar reinos y principados en el golfo Pérsico y en Damasco, en los siglos XII y XI, sus movimientos, unidos a los de otros pueblos nómadas que compartían con ellos el epíteto despectivo de *hapiru*, agitaron Oriente durante mucho tiempo. Entre ellos se puede situar la migración de un pueblo ignorado de sus contemporáneos: los *hebreos*.



NÓMADAS DE PALESTINA

Como los nómadas de hoy, los patriarcas se desplazaban con sus ganados a los confines de la estepa desértica y de las tierras cultivadas. Para asegurar sus desplazamientos sólo disponían de recuas de asnos. La domesticación del camello no se llevó a cabo hasta el I milenio, lo que permitió la supervivencia de los nómadas incluso en las regiones totalmente desérticas.

3. Canaán y los nómadas

Hebreos e israelitas. Lo que la Biblia nos dice de los desplazamientos de los patriarcas está de acuerdo con lo que las fuentes profanas nos enseñan sobre los lugares donde habitaban los *hapiru* y sobre todo los arameos, y su modo de vida. Se ha intentado relacionar la palabra *hapiru* con la palabra hebreo, pero hoy parece imposible asimilar los dos términos. Más sencillamente, los hebreos constituían un pueblo cuyo nombre significaba sin duda «los (venidos) del otro lado (del

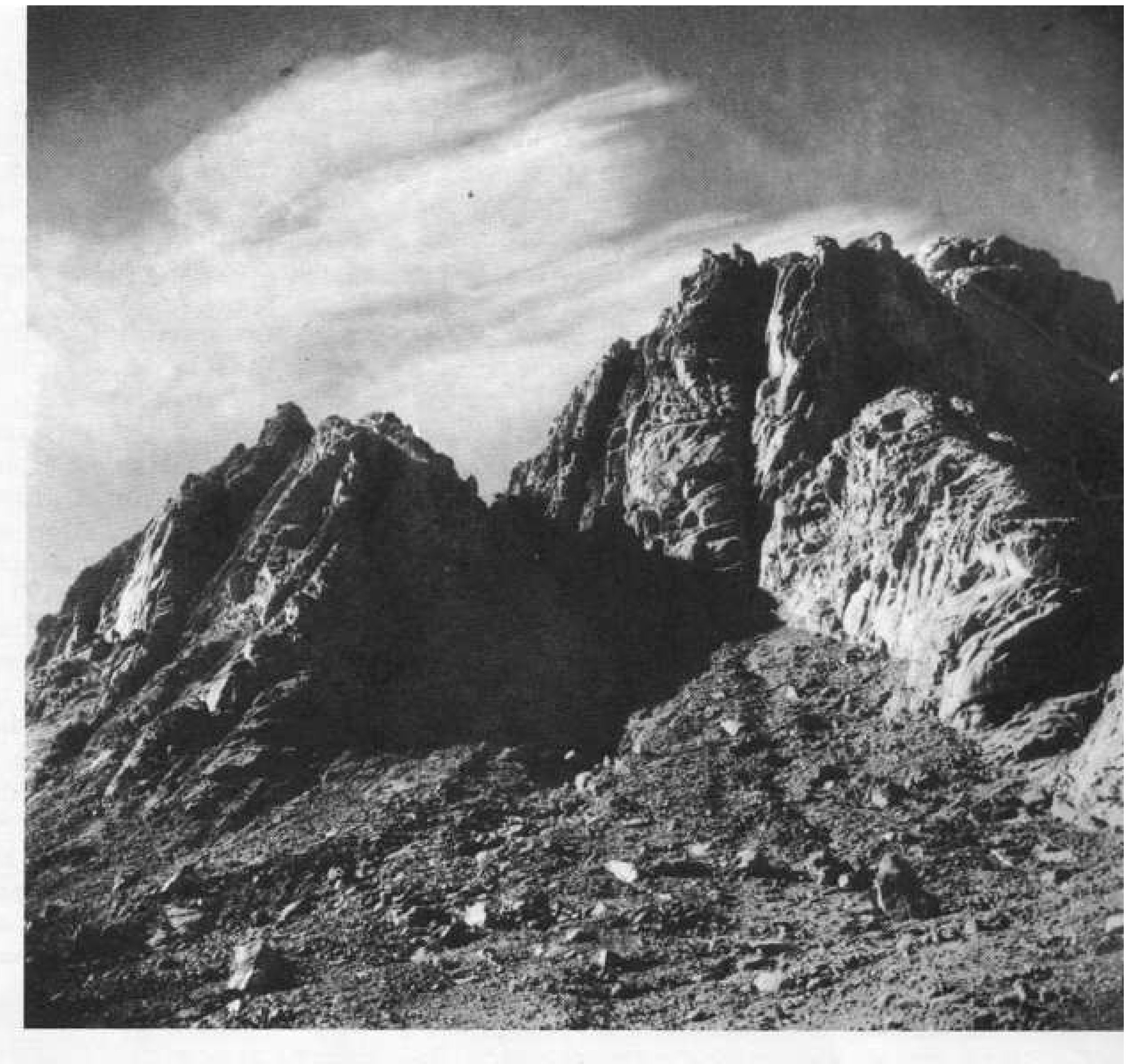


EN EL MACIZO DEL SINAÍ

También como estos nómadas, los miembros del clan de Jacob y todos los hebreos que huían de Egipto tuvieron que vivir en las pobres estepas del macizo montañoso. Más de una vez recordaron con nostalgia las buenas cosechas del valle del Nilo.

río)», es decir, del otro lado del Éufrates, a quienes su modo de vida clasificaba, con muchos otros nómadas o seminómadas, en el grupo social de los *hapiru*. La historia no permite invalidar las tradiciones bíblicas sobre el desplazamiento de los grupos de Ur a Harran, en el alto Éufrates, y después de Harran hacia el sur. Sin embargo, es probable que esos movimientos no fueran el resultado de un solo clan del que *Abraham* fue un día el jefe, sino más bien un grupo nómada más amplio.

Entre los siglos XX y XVII penetraron en Palestina por la linde de la estepa y llevaron una vida de seminómadas en los montes de Judá, donde las villas cananeas, mencionadas en la Biblia y halladas por los arqueólogos, eran poco numerosas: Jerusalén, Betel, Siquem, Dothan. Era un conjunto de clanes, cada uno de los cuales agrupaba en torno de un patriarca unos centenares de personas. Vínculos más o menos estrictos los unían entre sí; varios de ellos, sobre todo el clan de *Jacob*, penetraron en Egipto con otros asiáticos, aprovechándose sin duda de la conquista y dominación de los hicsos (siglo XVII). Entre el siglo XV y el XIII se produjeron acontecimientos capitales en virtud de los cuales una simple unión de clanes nómadas iba a convertirse en una nación lanzada a un increíble destino. Corrigiendo y completando los datos



LA CUMBRE DE DJEBEL MUSA
En esta cumbre del macizo del Sinaí se sitúa la teofanía donde, desde las nubes, Yahvé habló a Moisés y le dio las tablas de la ley.

de la Biblia, que trata de reconstruir una historia del pueblo de Dios, con indispensables resúmenes e inevitables anacronismos, los historiadores proponen varios esquemas compatibles con los datos de la historia del Próximo Oriente. Parece que en los siglos XV y XIV los clanes que permanecieron en las colinas y las estepas de Palestina se habían unido cada vez más estrechamente, dando quizás a tal liga el nombre de Israel. Más tarde, la misma palabra había de designar la agrupación de las doce tribus tradicionales constituidas durante la conquista de Canaán y después de ella (siglos XII y XI).

Esta liga no era una entidad política estable; la unieron diversos elementos, entre ellos los pequeños grupos de semitas que abandonaron Egipto a partir del siglo XV, cuando la reacción nacional egipcia contra los semitas hizo precaria o demasiado dura la condición de los asiáticos instalados al nordeste del delta. Entre esos grupos se hallaban los descendientes del clan de Jacob, que salieron de Egipto en el transcurso del siglo XIII y sobre los cuales los centinelas egipcios de las plazas fronterizas enviaban informes regularmente, vigilando las idas y venidas de aquellos asiáticos despreciados pero indispensables como obreros. Es completamente verosímil que la salida de la tribu de Jacob no se hiciera sin dificultades,

y que los acontecimientos trágicos y maravillosos del libro del *Éxodo* traduzcan la dureza de los amos egipcios y el celo de los guardias fronterizos encargados de impedir la evasión de esa mano de obra. Al constituirse la liga de Israel, la tribu de Jacob no se integró simplemente en las otras tribus: les hizo adoptar las estructuras sociales, jurídicas y religiosas que había creado durante sus peregrinaciones por las estepas del *Sinaí*, en el oasis de *Kadesh-Barnea*. A fines del siglo XIII, Israel se había convertido en una nación destinada a un porvenir prestigioso por el pensamiento religioso que había de desarrollar, el cual posibilitaba los dogmas y las instituciones que la tribu de Jacob había recibido de *Moisés*.

La religión de los patriarcas y la enseñanza de Moisés.

Cuando las primeras tribus hebreas —entre ellas las de Abraham— descendieron de la alta Mesopotamia hacia Palestina se atenían a la tradición religiosa característica de las regiones que poblaban los amorreos. Su creencia fundamental era la fe en un vínculo personal que unía la tribu y su dios, y el jefe de cada tribu era responsable de las relaciones religiosas así establecidas. No puede, por tanto, sorprender que la Biblia hable del dios que adoraba Abraham y su tribu como «dios de Abraham». Pero cuando las tribus hebreas hubieron establecido relaciones con el mundo cananeo, adoptaron generalmente por dios de la tribu al dios más grande del panteón cananeo, *El*. Lo adoraban en los mismos lugares que los cananeos, en Jerusalén, Bersabée, Betel..., pero desde un principio no pretendían con ello más que la adopción de una personalidad divina grande y fuerte. Según parece, rechazaron muy pronto las formas naturalistas del culto; desde sus orígenes, su sencillo ritual no conoció ni sacerdotes ni ceremonias orgiásticas. El mismo nombre de *Israel* sin duda significa: «Que el dios El sea fuerte», lo que atestigua esta unificación del pensamiento religioso de las tribus que se habían agrupado. Todas ellas iban a recibir de la tribu de Jacob una enseñanza que triunfaría maravillosamente sobre el terreno que habían preparado.

Los problemas que han planteado los historiadores a propósito de la persona de *Moisés* y de la naturaleza de su enseñanza son demasiado complejos para que puedan ser siquiera enumerados en esta obra. Pero las investigaciones han avanzado lo suficiente para que podamos ceñirnos a cierto número de puntos fundamentales. Moisés no pudo ser lo que la Biblia hace de él en sus textos tardíos, es decir, el organizador de la vida de Israel hasta en los detalles de su legislación. Pero fue aquel a través del cual Yahvé se reveló a la tribu de Jacob y a quienes la acompañaron en su huida, después que el propio Moisés fuera objeto de una revelación que el texto del *Éxodo* presenta en dos episodios: uno sobre el monte Horeb, en el encuentro de la zarza ardiente, donde Moisés tuvo la revelación de un dios trascendente, infinitamente superior a todo lo que los hombres podían imaginar y cuyo nombre «Yahvé» significa solamente «Él es», designando una realidad que escapa a toda descripción o imaginación; la otra en el Sinaí, donde, entre nubes, Yahvé dictó a Moisés lo que se designa ordinariamente como el *Decálogo*.

Se supone que durante su larga estancia en Kadesh-Barnea la tribu de Jacob, aumentada con otras partidas procedentes de Egipto, recibió una organización compatible con la fe nueva. Cuando penetró en Palestina, donde debía fundirse con las tribus de Israel, impuso el culto de Yahvé a quien El, el dios de los patriarcas, fue asimilado. La alianza que habían imaginado los patriarcas entre la tribu y el dios que la gobernaba se convirtió en la alianza solemne de todo un pueblo, Israel, con Yahvé. Señor y rey de Israel, Yahvé imponía a su pueblo obligaciones señaladas en una ley: sin alcanzar la complejidad de la futura ley mosaica, sobre la cual escribas y doctores hicieron constantemente sutiles puntualizaciones, se puede estimar que desde el siglo XII el pueblo de Israel poseía la esencia de la enseñanza de Moisés, tal y como se contiene en el «Libro de la Alianza» incluido en el *Éxodo*, y la enseñanza más breve y más imperiosa resumida en el *Decálogo*. Éste no ha llegado a nosotros en su forma primitiva, ciertamente muy lacónica, que conserva todavía los 5.º, 6.º, 7.º y 8.º mandamientos: «No matarás; no cometerás adulterio; no robarás; no levantarás falsos testimonios.»

La vida de todo un pueblo debía organizarse en función de mandamientos claros y sencillos, cuyo carácter imperioso no se comprende sino por las exigencias de un dios personal que había hecho alianza con un pueblo convertido en el suyo: «Yo soy Yahvé, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre...»

Una lucha secular iba a entablarse entre dos formas de religión: por una parte, la religión cananea, gustosamente sincretista, cuyos dioses, dejando a El aparte, eran fuerzas naturales que vivían al ritmo invariable del ciclo de las estaciones; por otra parte, el yahvismo, cuyo dios personal escapaba a toda aprehensión humana, dios exclusivo cuya alianza no podía tolerar la menor concesión a los otros dioses, y que, mandando enteramente sobre el hombre, pretendía llevarlo a un fin misterioso, cuya promesa habían escuchado los patriarcas.

UN OASIS: «LA FUENTE DE MOISÉS»

La tradición ha conservado el recuerdo de la migración del grupo de los hebreos, aunque las identificaciones que se han establecido entre los lugares mencionados por el texto bíblico y los datos geográficos no sean nada seguras. En este lugar del macizo del Sinaí, cerca de Kadesh-Barnea, suele situarse uno de los milagros que realizó Moisés en nombre de Yahvé: «Y alzó Moisés la mano, y después de herir la peña aos veces con su vara salieron aguas abundantes; y bebió el pueblo y sus ganados.» (Núm. 20, 11).



PAISAJE DE PALESTINA: UNA LLANURA DE SAMARIA

Las escasas llanuras están, como ésta, rodeadas de áridas colinas en las que sólo es posible el cultivo en terrazas escalonadas en la ladera. Los lugares con agua son preciosos, tanto hoy como hace cuatro mil años. La mancha de verdor, abajo, a la izquierda, oculta el pozo llamado de Jacob, acaso punto de una etapa del patriarca, probablemente el lugar del encuentro de Jesús y la samaritana.

PAISAJE DE PALESTINA: EL DESIERTO DE JUDÁ

País de áridas colinas, donde el tránsito es difícil a causa de la extrema confusión del relieve. En la parte superior de la foto se advierten algunos campanarios de Jerusalén. Abajo, a la derecha, la calzada de la ruta de Belén.

VII

ISRAEL

1. Los israelitas en Canaán

Una lenta penetración más que una conquista. El relato bíblico tradicional ha impuesto durante mucho tiempo la imagen de un avance irresistible de las tribus israelitas que conducía *Josué*, las cuales habrían invadido el país y destruido sus ciudades. Los arqueólogos han creído reconocer la huella de esas destrucciones en los estratos de varias ciudades cananeas. En la actualidad, sin embargo, los especialistas tienden a revisar este punto. Es más o menos cierto que Ai y Jericó, cuya conquista nos describe el libro de Josué, eran montones de ruinas mucho antes de la llegada de las mesnadas israelitas. Se habían producido ya grandes destrucciones a consecuencia de las luchas entre los cananeos y de la invasión de los pueblos del mar; por otro lado, la cronología de los estratos arqueológicos no puede establecerse todavía con una precisión absoluta. Tampoco es posible satisfacer la vinculación de un testimonio arqueológico y de un pasaje del texto bíblico para reconocer y fechar las hazañas de un ejército conquistador. Todo lo que podemos saber del mundo palestino de esa época nos hace imaginar una situación muy distinta de la que describe el relato bíblico, una situación en la que los israelitas actuaron de una forma muy prudente por cuanto que se enfrentaban a vecinos poderosos.

Primero los *cananeos*. Sus principados urbanos eran demasiado fuertes para que bandas seminómadas pudieran tomarlos. Estaba defendidos por sólidas murallas y habitados por una aristocracia guerrera que poseía armas de hierro y carros de combate que atemorizaban a los israelitas. Instalados poco a poco en el transcurso del siglo XIII, los *filisteos* supusieron para ellos un peligro todavía más temible. Sus cinco ciudades costeras, entre las que destacaban *Gaza* y *Ascalón*, habían logrado dominar a los pueblos del interior. De origen egeo, los filisteos habían asimilado muchos elementos de la civilización cananea, especialmente religiosos. Pero eran los más fuertes en el combate, porque su equipo de metal era el mejor de su tiempo, y la vida comercial de sus puertos les permitía estar bien provistos de todos los metales. El espanto que provocaría la aparición de su guerrero armado de bronce y hierro lo vemos en la descripción de Goliat:

> «Salió de entre las filas de los filisteos un hombre llamado Goliat, de Gat, que tenía de talla seis codos y un palmo. Cubría su cabeza un casco de bronce y llevaba una coraza escamada, de bronce también, de cinco mil siclos de peso (unos 400 kilos). A los pies llevaba botas de bronce, y a las espaldas, un escudo, también de bronce. El asta de su lanza era como el enjullo de un telar, y la punta de la lanza, de hierro, pesaba seiscientos siclos (cerca de 5 kilos). Delante de él iba su escudero.» *(I Samuel*, 17, 4-7.)

Ante tales adversarios, ¿qué podían hacer los israelitas? Estaban hostigados, además, por los nómadas de Transjordania, a quienes la domesticación del camello hacía cada vez más temibles, porque les permitía atacar y desaparecer rápidamente en sus tierras casi desérticas. Avanzaron prudentemente y durante varias generaciones ban-

das y tribus progresaron desde el sur y el este, ocupando las tierras incultas, proporcionando a los cananeos obreros y mercenarios, y conservando con ellos relaciones frecuentemente pacíficas.

Josué les dijo: «Puesto que eres un pueblo numeroso, sube al monte y rotura una parte en la tierra de los pereceos y los refaím, ya que la montaña de Efraím te viene demasiado estrecha.» Los hijos de José dijeron: «La montaña no nos basta, y todos los cananeos que habitan en el valle disponen de carros de hierro...» (*Jos.* 17, 15-16.)

Entre cananeos e israelitas eran inevitables los conflictos. Éstos fueron de alcance limitado y no redundaron, por lo general, más que en la conquista a viva fuerza de una ciudad cananea y de su campiña. A pesar de que las tribus del norte aplastaron a las tropas del cananeo *Sisera* cerca de las orillas del Kishon, las ciudades de Taanak y de Megido no fueron conquistadas, y durante mucho tiempo aún las tribus del norte y las del sur estuvieron separadas por la llanura de Esdrelón, que conservaban firmemente sus primitivos ocupantes. Las condiciones de instalación israelita, por tanto, fueron tales que a menudo hubo compenetración entre los dos grupos. Así se pueden explicar ciertos aspectos de la historia ulterior del pueblo de Israel, cuya civilización adquirió carácter con las aportaciones de los cananeos que se integraron en la población propiamente israelita.

Israel, de la vida seminómada a la vida sedentaria.

Durante dos siglos, los israelitas modificaron lentamente su forma de vida; de agricultores trashumantes pasaron a establecerse en las colinas que los cananeos habían abandonado, y por último descendieron a las pequeñas llanuras donde los cananeos, de grado o por fuerza, hubieron de acogerlos para fundirse en sus filas. Después del siglo x, la población palestina estaba formada enteramente por sedentarios, agricultores la mayor parte, y conservaba sobre todo, de los tiempos cananeos, la organización de la vida en ciudades. El asentamiento de los recién llegados fue favorable a todo el país. Palestina fue en la antigüedad una de las tierras más pobladas del mundo mediterráneo y oriental; los israelitas, durante mucho tiempo instalados en las partes menos explotadas y más secas de Palestina, contribuyeron a aumentar la superficie cultivable de estos territorios, que se irrigaron con el agua almacenada en cisternas.

¿Cómo iba a evolucionar la vida religiosa de un pueblo que pasa del estado nómada al sedentario? Convertidos en campesinos, los israelitas cedieron muy pronto a la tentación de adorar al dios de la tierra que habitaban y cultivaban, apartándose a menudo de Yahvé, dios de todo un pueblo, para volverse a Baal (es decir, el *señor*), de la pequeña ciudad en que vivían. A menudo abandonaban también las formas severas de un culto hecho para un pueblo nómada que se dirigía a un dios inefable y topoderoso, en beneficio de los santuarios locales cananeos y de las fiestas brillantes y disolutas que se celebraban en honor de las divinidades de las que dependían las fuerzas de la fecundidad. Sin embargo, no parece que haya habido apostasía en la mayor parte del pueblo. Sin duda, la fidelidad al yahvismo no se conservó sino en una selección, la de los sacerdotes, los *levitas*, la de los grupos de los profetas, los *nabis* o videntes, o aun en los grupos cuya vida era más parecida a la vida nómada tradicional, es decir, en las tribus que permanecían en las estepas del sur o del este. Pero la inmensa mayoría del pueblo permaneció a mitad de camino, vacilando entre la fidelidad a la religión de Israel y la tentación permanente de los cultos cananeos.

A menudo se elaboró una vida religiosa sincretista y se adoró a Yahvé como Baal (*señor*) del lugar que se habitaba. En los establecimientos israelitas se han encontrado estatuillas de piedra o arcilla de la diosa madre. Ya no se supone que ello sea indicio de un culto a la gran diosa cananea, sino que parece más bien tratarse de amuletos de uso mágico o terapéutico para las mujeres embarazadas. Sin duda era una traición al espíritu del yahvismo; sin embargo, el culto de *Astarté* no se había implantado de modo general entre los israelitas. Una grave crisis amenazaba a Israel. Era de temer que las formas determinadas, y aún larvarias, del paganismo que aceptaban los israelitas llegasen a hacer inútiles los esfuerzos de los fieles por desarrollar

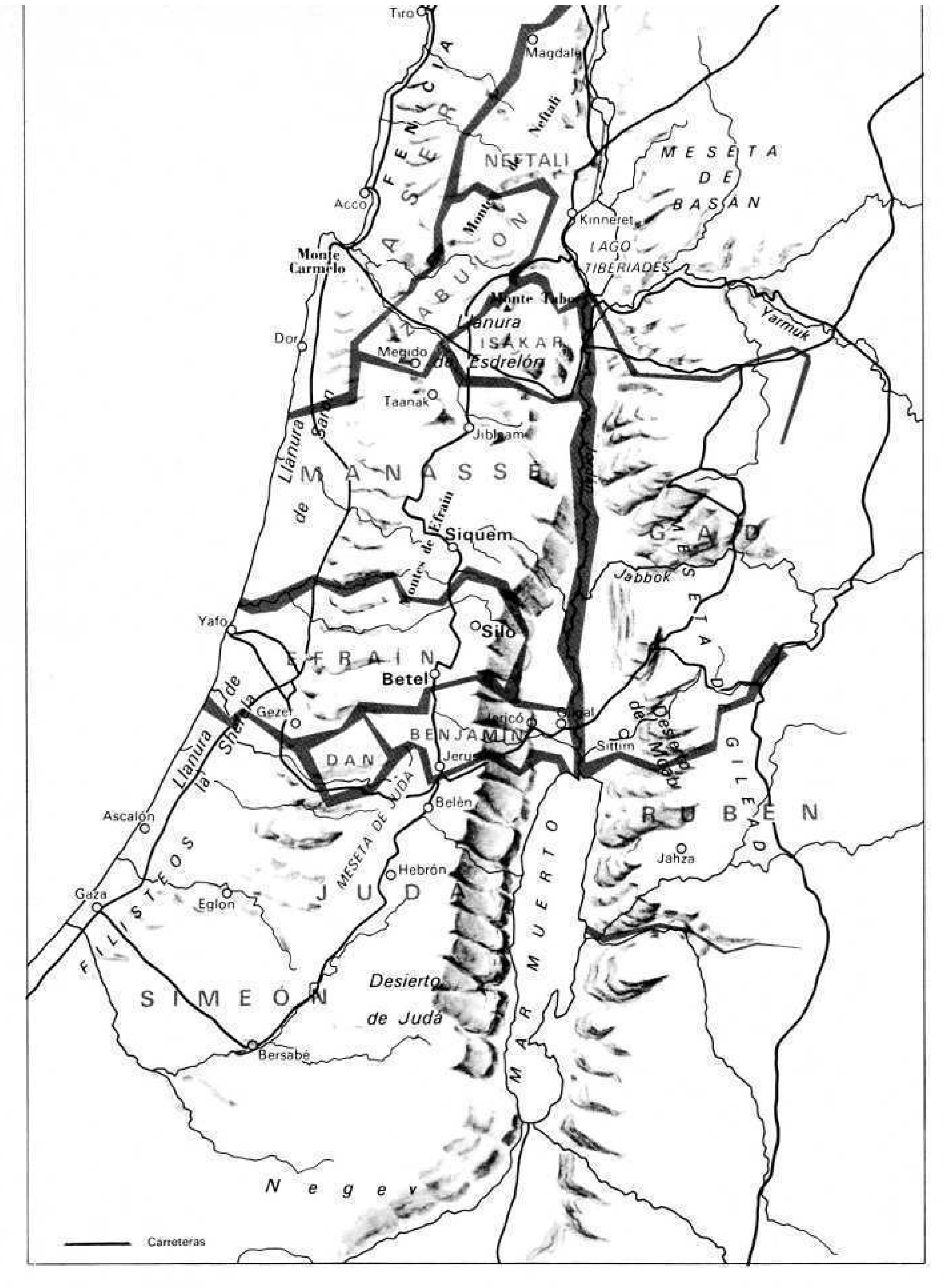


PAGANISMO Y CULTOS NATURALISTAS

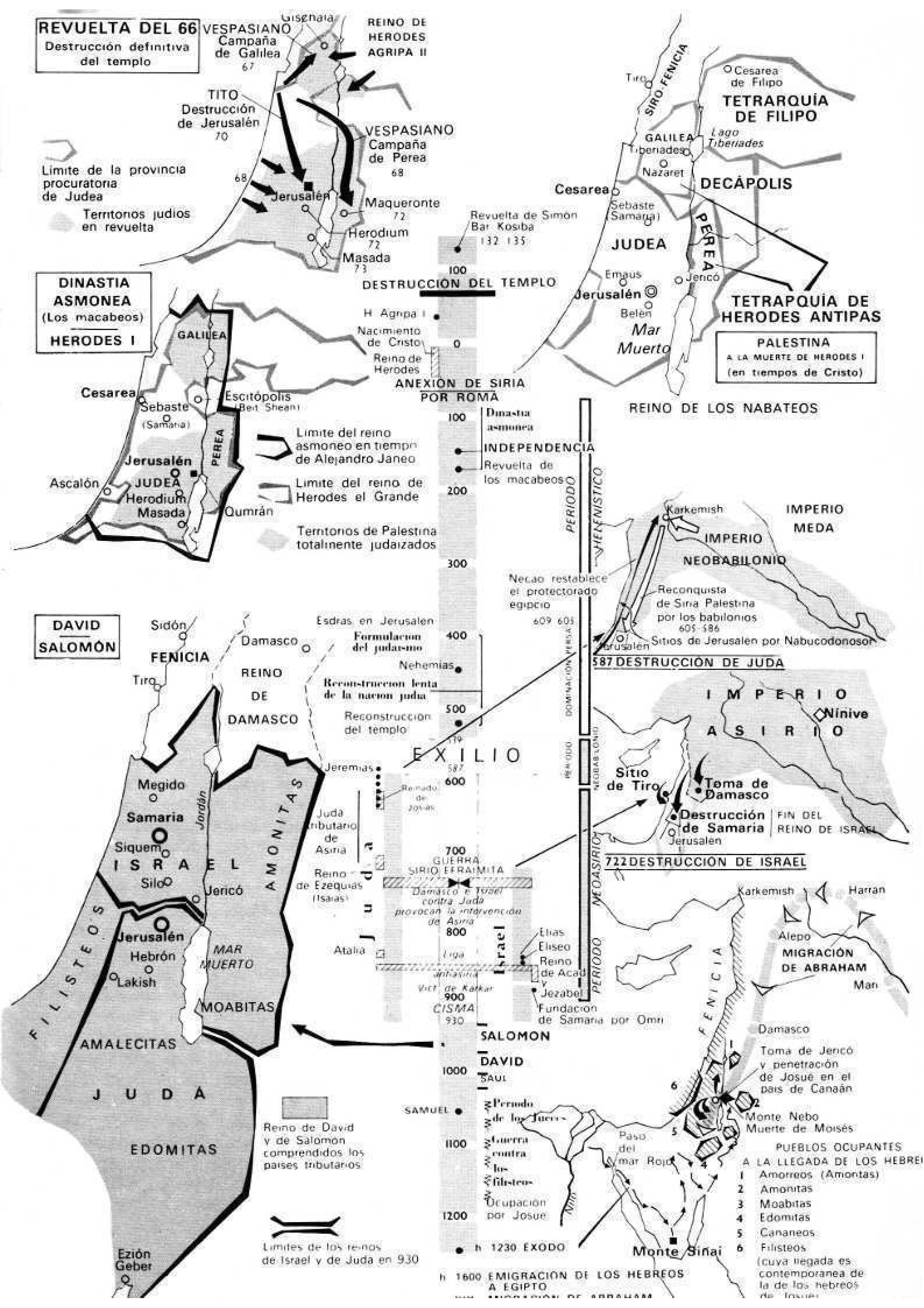
Se han hallado testimonios materiales de la extensión de los cultos cananeos. Desde el siglo XVIII *al* VI *todas las capas arqueológicas de Palestina han dejado al descubierto estatuillas o placas de arcilla que representan a una diosa de la fecundidad, acaso Astarté, las cuales se utilizaban habitualmente como talismán. Luego, Palestina judía repudió esos ídolos, que Oriente ha conservado con otras formas y otros nombres, tal como esta estela del siglo* III *a. de J.C., hallada en Ascalón, con el tema de la diosa desnuda y una decoración vegetal.*

la herencia del yahvismo. Y sin embargo, era éste el que había creado el poderío de Israel durante dos siglos de esfuerzos continuados para ocupar el suelo palestiniano.

En este oscuro período, la unidad de los israelitas se había realizado, en efecto, por la común observancia de las reglas que imponía la fe yahvista. En el seno de cada tribu que había conservado su organización patriarcal, y más aún en la confederación de las doce tribus cuyos orígenes se nos escapan, lo esencial era vivir según la ley divina dada por Moisés, en virtud de la cual se crearon jueces que actuaban en el marco confederal. El Decálogo y las glosas que podían acompañarlo no representaban sino el enunciado de algunos principios. Durante esos dos siglos, los ancianos de las tribus y los jueces de la confederación elaboraron un conjunto de reglamentos más detallados y más precisos, que formaron el *Libro de la Alianza*, gracias al cual se hizo posible la aplicación práctica de los principios mosaicos. Sin duda se profundizó en las tradiciones jurídicas más venerables para formular las reglas nuevas. Fue entonces cuando los legisladores pudieron hallar de nuevo y utilizar tradiciones amorreas de origen mesopotámico. Así se explican los numerosos paralelos, establecidos ya desde hace mucho tiempo, entre los textos jurídicos tomados del libro del *Éxodo* y las leyes de los Imperios orientales, como las del código de Hammurabi, por ejemplo. De cuando en cuando, los representantes de todas las tribus se reunían en torno al Arca de la Alianza, que era el altar de la gloria divina; celebraban el culto de *El Berit*, es decir, de «El (identificado a Yahvé) de la alianza». Diversas ciudades se convirtieron así en los centros provisionales de celebraciones religiosas por las cuales Is-



MAPA GENERAL DE PALESTINA: DISTRIBUCIÓN DE LAS TRIBUS DE ISRAEL


REVUELTA DEL 66
Destrucción definitiva del templo
VESPASIANO Campaña de Galilea 67
REINO DE HERODES AGRIPA II
TITO Destrucción de Jerusalén 70
VESPASIANO Campaña de Perea 68
Límite de la provincia procuratoria de Judea
Territorios judíos en revuelta
Jerusalén
Maqueronte 72
Herodium 72
Masada 73
Revuelta de Simón Bar Kosiba 132 135
100
DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO
H. Agripa I
Nacimiento de Cristo
0
Reino de Herodes
ANEXIÓN DE SIRIA POR ROMA
Tiro
SIRO-FENICIA
Cesarea de Filipo
TETRARQUÍA DE FILIPO
GALILEA
Lago Tiberíades
Tiberíades
Nazaret
DECÁPOLIS
Cesarea
Sebaste (Samaria)
JUDEA
PEREA
Emaus
Jericó
Jerusalén
Belén
Mar Muerto
TETRARQUÍA DE HERODES ANTIPAS
PALESTINA A LA MUERTE DE HERODES I (en tiempos de Cristo)
REINO DE LOS NABATEOS
DINASTÍA ASMONEA (Los macabeos)
HERODES I
GALILEA
Cesarea
Escitópolis (Beit Shean)
Sebaste (Samaria)
PEREA
Jerusalén
Ascalón
JUDEA
Herodium
Masada
Qumrán
Límite del reino asmoneo en tiempo de Alejandro Janeo
Límite del reino de Herodes el Grande
Territorios de Palestina totalmente judaizados
100
Dinastía asmonea
INDEPENDENCIA
Revuelta de los macabeos
200
PERIODO HELENÍSTICO
300
Karkemish
IMPERIO MEDA
IMPERIO NEOBABILONIO
Necao restablece el protectorado egipcio 609 605
Reconquista de Siria Palestina por los babilonios 605-586
Jerusalén
Sitios de Jerusalén por Nabucodonosor
587 DESTRUCCIÓN DE JUDÁ
DAVID
SALOMÓN
Sidón
FENICIA
Tiro
Damasco
REINO DE DAMASCO
Esdras en Jerusalén
400
Formulación del judaísmo
Nehemías
Reconstrucción lenta de la nación judía
500
Reconstrucción del templo
DOMINACIÓN PERSA
EXILIO
IMPERIO ASIRIO
Nínive
Jeremías
600
Reinado de Josías
PERIODO NEOBABILONIO
Sitio de Tiro
Toma de Damasco
Destrucción de Samaria
FIN DEL REINO DE ISRAEL
Jerusalén
Megido
Samaria
Jordán
AMONITAS
Judá tributario de Asiria
700
Siquem
ISRAEL
Silo
Jericó
GUERRA SIRIO EFRAIMITA
Reino de Ezequías (Isaías)
Damasco e Israel contra Judá provocan la intervención de Asiria
722 DESTRUCCIÓN DE ISRAEL
PERIODO NEOASIRIO
Karkemish
Harran
Alepo
MIGRACIÓN DE ABRAHAM
Mari
FILISTEOS
Jerusalén
Judá
Israel
800
Atalía
Liga antiasiria
Elías
Eliseo
Reino de Acab y Jezabel
Hebrón
Lakish
MAR MUERTO
MOABITAS
Vict. de Karkar
900
CISMA 930
Fundación de Samaria por Omri
AMALECITAS
SALOMÓN
DAVID
SAÚL
1000
FENICIA
Damasco
Toma de Jericó y penetración de Josué en el país de Canaán
JUDÁ
SAMUEL
Periodo de los Jueces
Monte Nebo
Muerte de Moisés
EDOMITAS
Reino de David y de Salomón comprendidos los países tributarios
1100
Guerra contra los filisteos
Paso del mar Rojo
Nilo
PUEBLOS OCUPANTES A LA LLEGADA DE LOS HEBREOS
1 Amorreos (Amoritas)
2 Amonitas
3 Moabitas
4 Edomitas
5 Cananeos
6 Filisteos (cuya llegada es contemporánea de la de los hebreos de Josué)
Ocupación por Josué
1200
Límites de los reinos de Israel y de Judá en 930
Ezión Geber
h. 1230 ÉXODO
Monte Sinaí
h. 1600 EMIGRACIÓN DE LOS HEBREOS A EGIPTO

rael manifestaba la unidad de una nación, como *Siquem, Betel, Silo,* sin que nunca la confederación de las doce tribus se convirtiera en un ente político bien definido, donde las instituciones estables habrían dado a la acción administrativa y militar el mínimo de coherencia y eficacia.

Los enemigos del exterior: de los jueces a los reyes. Ante el peligro de la dispersión y de la fragmentación del pueblo en múltiples entidades políticas a imagen de las ciudades cananeas, Israel supo siempre defenderse en los momentos de crisis: tratárase de quebrantar la servidumbre que los cananeos de Taanak habían impuesto a las tribus del norte, de rechazar a los madianitas y amonitas en Transjordania, o de hostigar a los emprendedores filisteos, siempre se encontró algún jefe que uniera las fuerzas de una o de varias tribus y las llevara al combate: tales como *Barak* contra Sisera, *Gedeón, Jefté, Sansón* y muchos otros. Eran *jueces,* término que designa algo muy distinto de los dignatarios permanentes de la confederación, es decir, jefes de guerra designados por Yahvé, que manifestaban en una o varias campañas su valor personal, pero no fundaban jamás una autoridad estable.

UN MOABITA

Descubierta en la misma región de la estela de Moab (cf. p. 240), esta estela del II *milenio representa quizás un dios (¿Kamosh?), en todo caso uno de los guerreros que se enfrentaron con los israelitas en las estepas de Transjordania.*



Los esfuerzos esporádicos de las tribus resultaron suficientes durante mucho tiempo. La ofensiva filistea del siglo XI mostró la ineficacia de un sistema político al que le faltaba la continuidad y la unión de las fuerzas de toda la comunidad israelita. Hacia 1050, el ejército de Israel fue aniquilado en Eben-Ha-Ezer. Los filisteos, vencedores, se apoderaron del Arca de la Alianza, destruyeron el santuario confederado de Silo e impusieron a Israel un vasallaje muy estricto; una de sus condiciones era que en todo el país quedaba prohibida la metalurgia del hierro. En estas circunstancias excepcionales, el pueblo exigió una solución extrema: la creación de la realeza, que *Samuel,* el último de los jueces, confirió a *Saúl,* a quien ungió por orden de Yahvé para que juzgara y condujera a Israel al combate, como el pueblo había pedido. Unidos, los israelitas vencieron a las guarniciones filisteas, y Saúl, como su hijo *Jonatán,* acumuló en su haber multitud de hechos gloriosos.

Pero la realeza no pudo adquirir con ello la solidez y firmeza necesarias.

Cuando el peligro filisteo pareció alejado por cierto tiempo, estalló una crisis política que arruinó el poder de Saúl. El particularismo de las tribus no pudo soportar la autoridad permanente de un solo jefe, y las antiguas instituciones sacras, que hacían de Yahvé el único rey, no pudieron conciliarse con el poder monárquico ejercido por un hombre.

Cuando los filisteos reanudaron la ofensiva, lo único que pudo hacer Saúl fue dejarse matar heroicamente con sus hijos: la aplastante derrota de Gelboé devolvió a Israel a su condición de vencido.

2. Un siglo de grandeza material

Los israelitas, desamparados, no pudieron sino volver al sistema político que había establecido Saúl, a pesar de los sinsabores que caracterizaron su reinado. Pero a causa de una afortunada coyuntura internacional y al valor de un hombre, el sistema monárquico, al cual se volvía bajo la presión de las circunstancias, fue el medio del desarrollo inesperado de la potencia material de Israel. El débil Egipto de la XXI dinastía ya no podía intentar nada en dirección a Palestina. Asiria, que se defendía penosamente de las mesnadas arameas, estaba demasiada ocupada en sobrevivir. Y llegó David.

David (1010-970). Era un judío oriundo de Belén que había pertenecido al cortejo de Saúl, como escudero y yerno del rey. Por razones de rivalidad que desconocemos, abandonó a Saúl y se erigió en jefe de una banda armada, con la que efectuó numerosas correrías hasta que, finalmente, se puso al servicio mercenario de los filisteos. En esos momentos encarnaba una de las fuerzas independientes que explican la debilidad de Saúl en vísperas del desastre de Gelboé, aislado y sin autoridad ante la mala voluntad de las tribus o la acción de los jefes locales. Después de Gelboé, el desorden de sus compatriotas y la presión de los filisteos le hicieron pretender la realeza de las tribus del sur, y cuando la casa de Saúl se hubo extinguido, el renombre que había logrado le valió ser reconocido rey también por las tribus del norte. Reinando en Hebrón, expulsó definitivamente a los filisteos de la Palestina interior. Luego, un poco antes de 1000 antes de J.C., se apoderó de Jerusalén, que pertenecía a los cananeos jebuseos.

A David lo conocemos mejor que a ningún otro personaje del Antiguo Testamento. El valor excepcional de las obras históricas que utilizaron los redactores ulteriores de los libros de *Samuel* y de los *Reyes* nos permiten conocer a un hombre poseedor de grandes cualidades y capaz de grandes crímenes: bandolero, jefe de banda traidor a Israel, hipócrita responsable de la muerte de Urías, a quien hizo matar colocándolo en los lugares más expuestos de la línea de combate, porque deseaba a su mujer, *Betsabé;* también fue capaz de arrepentirse cuando Natán, el profeta, le anunció la cólera de Yahvé contra su iniquidad, de permanecer mucho tiempo fiel a Saúl, a quien respetó incluso cuando lo tuvo en su poder, de trabar con Jonatán una amistad célebre, a quien lloró en uno de los grandes textos poéticos de la Biblia, después de Gelboé.

La realeza que ejerció fue, a ojos de muchos, una forma política heredada del pasado. El pueblo lo eligió rey como en otro tiempo elegía los jueces, es decir, como el jefe militar inspirado en quien se hallaba el espíritu de Yahvé, como lo manifestaban sus brillantes éxitos militares. Tuvo cuidado de llevar a Jerusalén, la nueva capital, el Arca, paladión en torno al cual se habían agrupado las tribus desde hacía dos siglos. Pero en realidad David estableció las bases de un Estado israelita que debía terminar de una vez para siempre con las débiles instituciones de la antigua confederación. La persona misma del rey se hacía esencial. En David convergía la confianza de dos grandes agrupaciones de tribus, la del norte y la del sur, y para demostrar que era el rey de todos ellos eligió a Jerusalén como capital de su reino: ciudad cananea, estaba a medio camino de las tribus del norte y las del sur. Sin tradición israelita anterior, convenía para la edificación de un orden nuevo. Allí erigió David su palacio, morada modesta, de personal poco numeroso, pero que simbolizaba, para

los organismos administrativos que acogía, la voluntad del soberano de realizar la centralización y la continuidad del poder político. En detalle, el reinado de David está lleno de dificultades suscitadas por las intrigas de una corte oriental, y sobre todo por las rivalidades entre los herederos del rey, que David no zanjó sino tardíamente con la elección de *Salomón*. Entre los trastornos que agitaron el reino, el más grave fue la rebelión de *Absalón;* pero triunfó siempre, con la fuerza del apoyo popular y el del sacerdocio, pero sobre todo por la fuerza del excelente ejército que mantenía.

A la multitud de hombres armados que las instituciones confederales le permitían reclutar, prefirió un pequeño ejército de mercenarios, cuyo núcleo fue la banda de unos centenares de hombres que había mandado en la época de su vida de proscrito. Bien equipados y bien entrenados, esos hombres fueron los vencedores de los filisteos y de todos los pueblos vecinos de Israel: los de Edom, de Moab, de Amón y los arameos pasaron a depender de su autoridad e hicieron de Israel uno de los grandes Estados sirio-palestinos del siglo X. Más oscura, pero más duradera y de mayores consecuencias, fue la terminación de la conquista de Palestina. A comienzos de su reinado, todavía estaba poco clara la delimitación de los dominios de las ciudades-estado cananeas. Después de él, el dominio de Israel se extendió a Palestina entera por la anexión pura y simple de todas las ciudades cananeas, cuyos notables hubieron de reconocer a David como su único señor. En la mayoría de los casos esta conquista se efectuó sin destrucciones ni matanzas. El caso de Jerusalén ilustra esta política que instala al soberano y sus servicios en una ciudad enteramente poblada de jebuseos vencidos, pero respetados. El término *Israel* designaba, por tanto, una nueva realidad: era el conjunto de los habitantes de la actual Palestina, con excepción de la banda costera, es decir, los miembros de las doce tribus depositarias de la fe yahvista, y los supervivientes de los cananeos paganos. A las generaciones que iban a seguir correspondía la fusión de los dos elementos; pero iba a ser obra de una aristocracia impedir que esta unión se tradujera en el triunfo de la religión de los vencidos.

Salomón (970-933). El sucesor de David no parece haber tenido gran personalidad. Pacífico, preocupado, según parece, por desarrollar la riqueza de su reino e igualar a los príncipes orientales por la fastuosidad de su corte, tuvo, sin embargo, un decisivo papel histórico, al llevar a su término las transformaciones iniciadas por David.

Aumentó el personal y los servicios del Estado, agrupándolos en torno a su persona en una pequeña y brillante corte. Para asegurar las rentas del rey y el mantenimiento del palacio con su numeroso personal, Palestina fue dividida en doce regiones que, por turno, a mes por año, habían de sufragar esas necesidades. A las prestaciones que pesaban sobre «todo Israel», añadíanse las de los antiguos cananeos, habituados al duro servicio de los pequeños señoríos urbanos, quienes trabajaban en las grandes obras que se llevaban a cabo en el reino. El reinado de Salomón fue pacífico, pero el rey no había olvidado la lección del reinado de David: acrecentó el ejército profesional, que había constituido la fuerza de su padre, y lo acantonó en las numerosas fortalezas y arsenales cuyas guarniciones mantenían en la obediencia a los vencidos. Se ha hallado un impresionante testimonio de dicha época: el edificio de los establos reales de *Megido*, donde había 450 caballos, una de las instalaciones del temible ejército formado por 12.000 mercenarios y 1.400 carros que poseía el país.

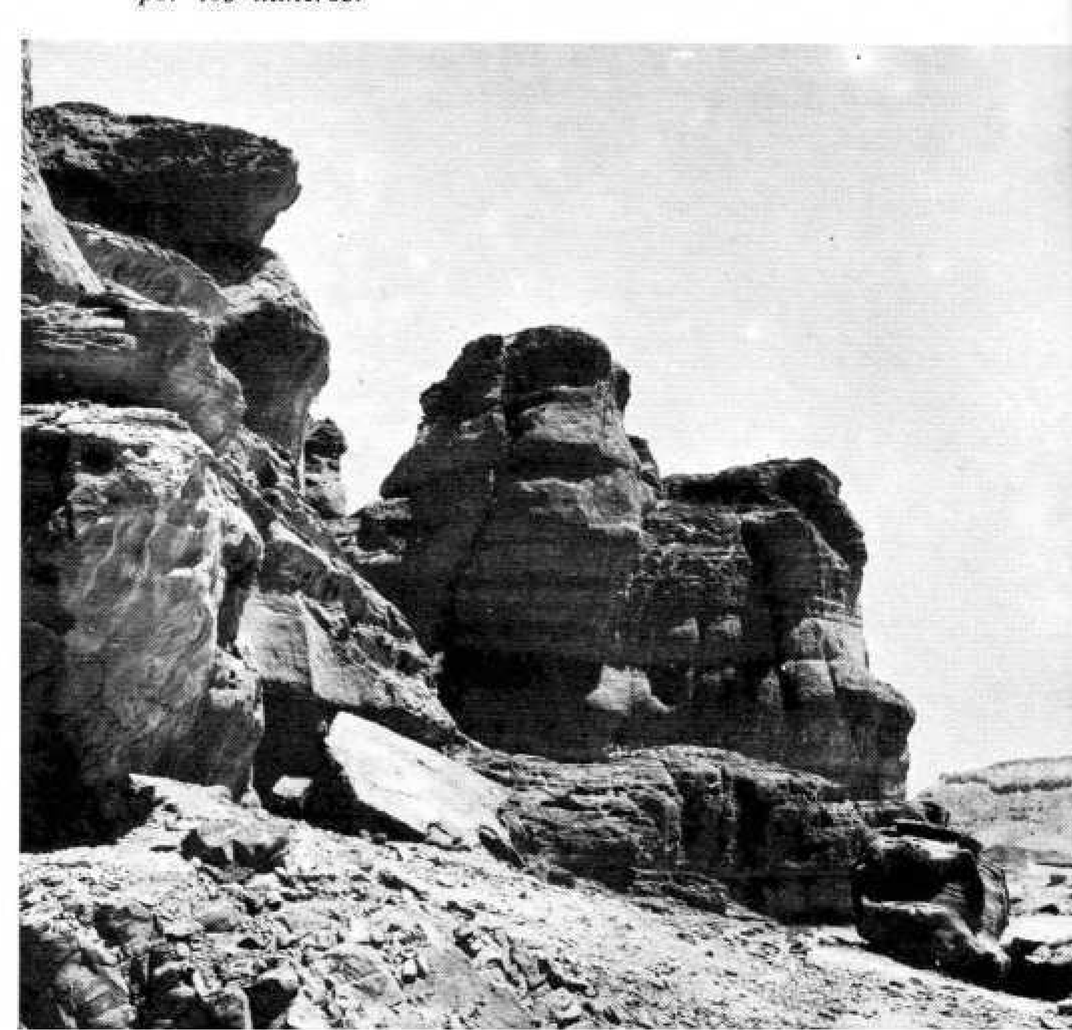
El progreso económico, indispensable para sostener los grandes gastos del reino, mejoró también las condiciones de vida; el hierro penetró en los campos y sirvió a los progresos del utillaje agrícola; la población aumentó y la actividad de las ciudades creció con la participación de los israelitas en las condiciones de la vida urbana. De tal modo, la prosperidad comercial mantenida por la iniciativa real enriqueció a la corona y a los negociantes. En efecto, Salomón se alió con *Hiram de Tiro*, sin cuya ayuda no podrían explicarse las empresas exteriores de los israelitas, miembros de las expediciones marítimas fenicias y marinos también de la flota que los carpinteros fenicios habían construido en el mar Rojo. Vinculada a Asia Menor y a Egipto, al país de Saba (sudoeste de Arabia) y a los ribe-

reños del mar Rojo en general, y al país de Ofir, que acaso pueda situarse en la costa occidental de la India, Palestina vendió sus granos y aceite, compró y traficó con productos exóticos; el mismo Salomón organizó el negocio de los carros y de los caballos, con lo cual aseguraba el tráfico entre Egipto y Cilicia. Los arqueólogos han hallado un vestigio importante de estas actividades, en las que se combinaban siempre la acción de los particulares y la de la monarquía: las fundiciones de cobre situadas cerca del mar Rojo, al norte de Ezion Geber, cuyos hornos eran atizados por medio de una inteligente utilización de los vientos dominantes.

De esta riqueza acumulada se sirvió Salomón para ilustrar su reinado con dos obras monumentales: el *palacio real*, célebre por su «bosque del Líbano», es decir, por la sala cuyas columnas, vigas y revestimientos eran de madera de cedro, y famoso también por sus pórticos de columnas; uno de ellos, el «pórtico del trono», era utilizado por el rey para impartir justicia. Monumento más ilustre todavía es el *templo*, construido en el palacio, que exigió siete años de trabajos y la colaboración de los fenicios expertos en carpintería, canteros y broncistas. Los elementos decorativos del templo estaban tomados de los pueblos vecinos; era, como el palacio, un edificio cuya belleza residía en el empleo de metales preciosos y en la magnificencia del mobiliario y la ornamentación. Con esta obra, Salomón legó a la posteridad la imagen más elocuente de un gran rey, a pesar de que nosotros nos sentimos menos inclinados que los judíos contemporáneos de Cristo a admitir la grandeza del personaje, juez infalible y príncipe celoso de la felicidad de sus súbditos. Pero el suyo fue un reinado ciertamente brillante, ilustrado por el fausto de su corte, las proporciones de

LAS MINAS DEL REY SALOMÓN

A treinta kilómetros al norte de Elat, en el mar Rojo, se han encontrado, en el valle de Timna, las huellas de la explotación de los yacimientos de cobre emprendida desde comienzos del I milenio antes de J.C. En las paredes rocosas todavía se ven los orificios de las pequeñas galerías excavadas por los mineros.



Templo
Ciudad nueva
Palacio
Ofel
Emplazamiento de una fortaleza de tiempo de Jebus
JERUSALÉN DE SALOMÓN
Valle del Tyropoeon
Manantial de Gihon
CIUDAD DE DAVID
Fuente de Siloe
Canal de Ezequías
Valle del Cedrón
Valle de Genenna
Jerusalén antes del exilio

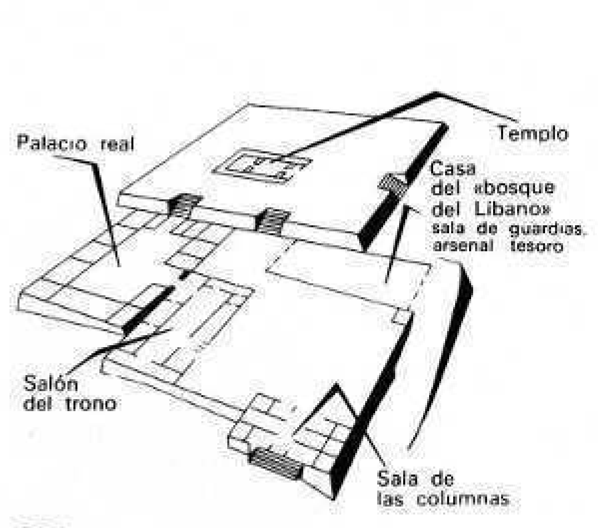
Puerta probática
Puerta de oriente
Templo
Palacio
Torre de Ofel
Piscina de Siloe

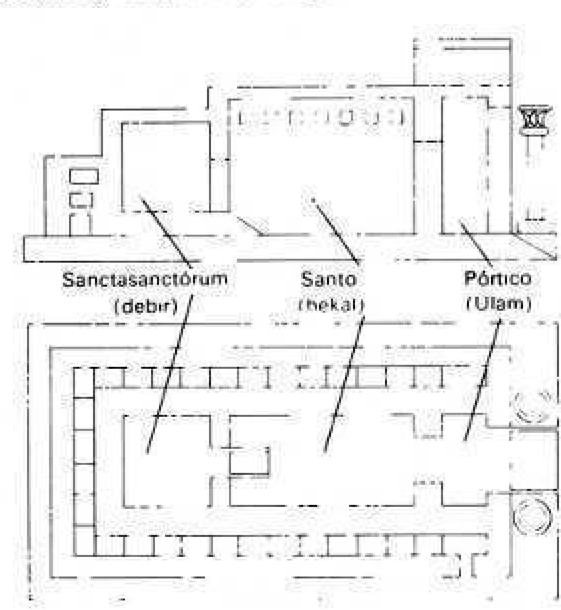
LA JERUSALÉN DEL ANTIGUO TESTAMENTO

A la izquierda: la ciudad de la época real. A la derecha: la ciudad posterior al exilio.

EL TEMPLO DE SALOMÓN

A la izquierda: situación del templo con relación a las construcciones reales, de las cuales podía parecer una dependencia. A la derecha: planta y alzado del templo.





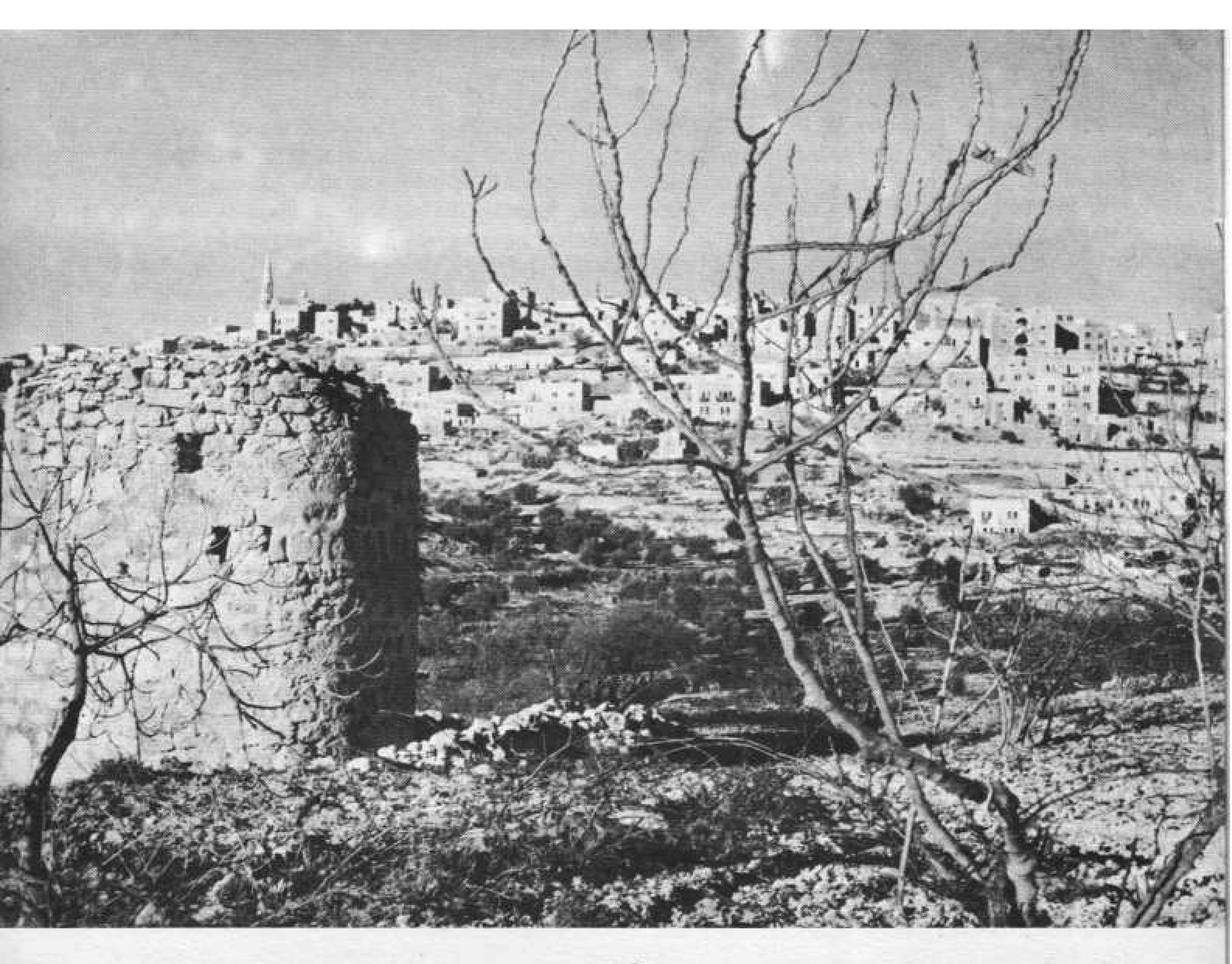
su harén, donde figuraba incluso una princesa egipcia, y, lo que es más importante aún, la brillante vida intelectual. Los músicos y literatos tuvieron una buena acogida tanto por David como por Salomón; los mismos soberanos fueron ciertamente poetas de talento. Por supuesto, no admitimos que Salomón haya sido el autor de varios libros de la Biblia que sabemos más tardíos, pero es cierto que gran número de salmos se remontan al reinado de David. El interés de los reyes por los literatos que honraban su reino favoreció la composición de obras históricas, incluidas más tarde en el texto de los libros de *Samuel* y de los *Reyes*. En fin, ése fue el tiempo en que se escribieron las tradiciones religiosas de los siglos precedentes: era el principio de la redacción del *Pentateuco*.

Después del de David, el reinado de Salomón desliga definitivamente a Israel de su pasado. En lo sucesivo se impondrían dos nuevas realidades: la monarquía y el centro en que se había convertido Jerusalén. Al frente del pueblo elegido se hallaba un rey que no era ni dios ni vicario de la divinidad, como los otros soberanos orientales, pero se hallaba distinguido por Yahvé, en cuyo nombre había sido ungido: tampoco era sacerdote aunque pudiese efectuar cierto número de actos religiosos y gobernar al clero, cuyos miembros nombraba. Sin embargo, no podía prescindir del gran sacerdote, cuya presencia junto al rey expresaba tanto la faceta religiosa como la profana de la autoridad que pesaba sobre Israel. Desde el reinado de David, el papel de Natán, el profeta, amonestando o

JERUSALÉN

Fotografía del este de la ciudad, la ciudad vieja. La inmensa explanada ocupada parcialmente por la mezquita de Omar, octogonal, y la mezquita El Aqsa, es la terraza del templo de Herodes. La ciudad antigua extendíase todavía más al sur (hacia la parte inferior de la foto). Hacia el este deteníase sobre el valle del Cedrón (a la derecha de la foto), más allá del cual comienza el monte de los Olivos.





BELÉN

Ésta es la cuna de la familia de David, que «era hijo de un efrateo de Belén de Judá que se llamaba Isaí. Éste tenía ocho hijos...». Con la esperanza del resurgimiento de la dinastía davídica, el profeta Miqueas lo anunció: «Pero tú, Belén de Efrata... de ti me saldrá el que ha de ser dominador de Israel...», profecía que los evangelistas relacionarían con Jesús.

bendiciendo al rey, afirmaba el principio de la preminencia de los intereses espirituales que el rey debía hacer triunfar. No dejó de plantearse desde este momento, y durante mucho tiempo, el problema del lugar que debía ocupar un sacerdocio oficial demasiado mezclado en la vida e intrigas del palacio para servir únicamente los intereses del yahvismo. Por otra parte, la política real hizo de Jerusalén el centro político y religioso de todo Israel: el templo de Salomón se convirtió en el santuario de la nación con la proscripción de todos los santuarios locales, que se hallaban en múltiples lugares cananeos, más o menos afortunadamente utilizados de nuevo por los israelitas yahvistas.

La centralización política y religiosa, sospechosa durante mucho tiempo para los responsables religiosos que temían que sirviese solamente al poder del soberano, recibió finalmente el pleno apoyo de los medios sacerdotales que vieron en ella el instrumento más eficaz para luchar contra el paganismo.

De esos elementos propiamente materiales —la fundación de una monarquía y el establecimiento de la autoridad real y religiosa en Jerusalén— la vida espiritual de Israel logró su enriquecimiento. La dinastía que había fundado David se convirtió en el linaje que Yahvé adoptaba para siempre. La espiritualidad judía de los siglos futuros esperaría de él el advenimiento de un salvador.

3. Reyes y profetas

La grandeza temporal de Israel duró menos de un siglo. Después de la muerte de Salomón, el renacimiento de los Imperios mesopotámicos, la relativa restauración del Estado egipcio y la organización de algunos Estados arameos poderosos condenaron a Palestina a un papel internacional de segunda categoría; pero el reino de Salomón dejó de existir cuando las disensiones, siempre vivas entre el norte y el sur, tuvieron como resultado la formación de dos reinos rivales. La desaparición política de los sucesores de David no debe, sin embargo, ocultar la importancia de tres siglos en los que el mundo israelita, a través de grandes crisis económicas y sociales, profundizó de manera decisiva en la herencia religiosa que poseía desde los tiempos de las tribus nómadas.

El fraccionamiento político. Las mismas circunstancias en las cuales David había fundado la monarquía israelita convertían al rey en vínculo personal entre dos ligas de tribus; pero el peso de la carga económica y la hostilidad de muchos yahvistas a la continuidad de un Estado centralizador que regía un rey no elegido por Yahvé, hicieron que en Siquem, desde 933, el grupo de las tribus del norte se separase de Judá y de Benjamín. Así se formó un reino de *Israel* (en sentido estricto de la palabra) distinto del de *Judá*. La debilidad de los israelitas se tradujo en seguida en hechos: filisteos, arameos, amonitas y moabitas iban a lograr, y a veces para siempre, su plena independencia con respecto a los israelitas. El faraón Sheshonk I (950-929), libio, de la XXII dinastía, arrasó el sur de Palestina y sin duda saqueó Jerusalén. En lo sucesivo, la historia de Palestina israelita debió de ser de una extrema confusión, complicada por la inestabilidad política de cada reino, sus luchas fratricidas y las guerras con el extranjero. En el conjunto, el reino de Israel, más fuerte y más rico, no dejó a Judá sino un papel borroso; pero, más expuesto a los golpes de los enemigos, desapareció desde 721, después de una historia extremadamente agitada en la que se alternaron períodos de grandeza y períodos de decadencia ante el poder de los príncipes extranjeros. En el interior, las luchas dinásticas, frecuentes y sangrientas, hicieron que en dos siglos se sucedieran diez dinastías.

En el siglo IX, el reino de Israel tuvo dos grandes soberanos, *Omri* (887-877) y *Acab* (876-854). El primero fue el fundador de la nueva capital, *Samaria,* y el conquistador que subyugó a Moab. Su hijo Acab, esposo de la tiria *Jezabel,* tuvo en Samaria un hermoso palacio decorado con marfiles esculpidos y fue, sobre todo, el que mantuvo a raya a los arameos, y uno de los tres reyes de Occidente que mandaron el ejército aliado con el cual el rey de Asiria Salmanasar III fue vencido (853). Pero la fragilidad de este Estado era tal que la obra de los Omridas fue destruida en unos pocos años. Bastaron los fracasos de sus sucesores en política extranjera, y el descontento de los yahvistas junto al del conjunto de los israelitas que protestaban bajo la dura autoridad de los reyes, para que *Jehú* (842-815) pudiese exterminar a toda la dinastía reinante. Este golpe estremeció incluso el trono de Judá: *Atalía,* viuda del rey Joram de Judá, pensó en establecer su poder mediante el asesinato de todos los descendientes de David, pero *Joas* de Judá (836-797) se libró de ello.

Los cambios dinásticos fueron siempre acompañados de escenas sangrientas; pero Jehú superó los límites de la atrocidad admitida por los contemporáneos, y Oseas, un siglo más tarde, prometió a Israel el castigo que merecían las «matanzas» de Jehú. Júzguese: «Entonces les escribió Jehú una segunda carta (a los nobles de Samaria), en que les decía: "Si estáis por mí y dispuestos a obedecerme, tomad las cabezas de esos

hombres, hijos de vuestro señor, y venid a mí mañana a estas horas a Jezrael. Cuando éstos recibieron la carta, cogieron a los hijos del rey, setenta hombres; los degollaron y pusieron sus cabezas en canastillas, y se las mandaron a Jehú, a Jezrael. Vino uno a informarle, diciendo: "Han traído las cabezas de los hijos del rey", y él dijo: "Ponedlas en dos montones a la entrada de la puerta hasta mañana."» (*II Reyes*, 10, 6-8).

Israel no volvió a recobrar su esplendor hasta principios del siglo VIII con *Joas* de Israel (798-783), tres veces vencedor de Damasco, conquistador de Jerusalén, y luego con *Jeroboam II* (783-743), cuyo reinado señaló el apogeo de la historia de Israel. La prosperidad económica permitió una vida brillante en las moradas del rey y de los notables, mientras que en el exterior eran dominados los arameos. Pero el Imperio asirio de Tiglat Pileser III (745-727) comenzaba su ascensión; desgarrado de nuevo por luchas dinásticas, Israel, declinante, fue reducido a un vasallaje cada vez más opresivo, alternándose las sumisiones y las revueltas hasta que los asirios pusieron fin a su existencia tomando Samaria y deportando a sus personajes más notables (721).

ESTELA DE MESA, REY DE MOAB
(842 a. de J.C.)

Los fragmentos auténticos han sido incrustados en un estuco ennegrecido, en el que los epigrafistas han reconstruido el texto desaparecido. El texto de la estela exalta el poderío de Kamosh, dios de Moab, y la gloria del rey Mesa, vencedor de la coalición de los reyes de Judá y de Israel. La casualidad ha permitido, por tanto, corregir el embrollado relato bíblico (II Reyes, *3), proporcionándonos el más antiguo y extenso de los textos más próximos al hebreo hablado en la época real.*



En aquellos años, Judá permanecía eclipsada, y sólo llamaba la atención la sucesión de reyes favorables o no a la fe yahvista, su política e incluso sus persecuciones. Al piadoso rey *Ezequías* (727-669) sucedieron los impíos *Manasés* (698-643) y *Amón* (643-641), y después *Josías* (640-609), que hizo triunfar a los yahvistas realizando la reforma deuteronomista (622). En el exterior, la debilidad de Judá exigía una extrema prudencia: Ezequías cometió la temeridad de entrar en una coalición antiasiria a la muerte de Sargón II: en 701, Senaquerib arrasó cuarenta y seis villas de Judá y tomó Lakish después de un sitio memorable y sitió a Jerusalén; Judá estaba arruinada por las devastaciones y el tributo que le impuso el vencedor.

El derrumbamiento de Asiria no modificó las circunstancias de Judá, convertida en un elemento del juego diplomático de las grandes potencias, Egipto y el nuevo Imperio de Babilonia. Cuando Josías cometió la locura de querer detener al ejército egipcio de Necao, que había partido para reconquistar el Imperio egipcio de Asia, fue aniquilado y muerto en Megido (609). Cuando sus sucesores quisieron atenerse a la política habitual de otros príncipes orientales, la alternancia de los períodos de sumisión y rebeldía con respecto a Babilonia, llevaron a Judá a su ruina. En 597, las tropas de Nabucodonosor saquearon Judá y se llevaron al destierro a 10.000 judíos, y entre ellos al profeta *Ezequiel* y al rey Jehojakin. En 587, la revuelta del último rey, *Sedecías*, fue castigada más cruelmente aún, con la destrucción total de Jerusalén —que había sido conquistada después de un sitio de año y medio—, con la deportación de sus habitantes, lo cual significó el fin del último reino

israelita. Como el territorio de Israel, el de Judá fue incorporado a los grandes Imperios orientales.

El desequilibrio social. Después de la muerte de Salomón, la posición de los dos Estados israelitas, siempre expuestos a los golpes de sus poderosos vecinos, y la política de sus reyes, costaron muy caras al pueblo de Israel. Para pagar los equipos militares y los tributos, el lujo de las casas de los grandes y proveer a los ricos de productos procedentes de los mercados vecinos, las clases humildes, particularmente el campesinado, fueron esquilmadas. Impuestos, servicios y gravámenes de toda índole arruinaron al campesino, que con frecuencia no se liberaba de sus deudas sino vendiendo su campo para entrar en el numeroso grupo de los jornaleros. El artesanado estaba demasiado poco desarrollado para absorber a todos los pequeños propietarios arruinados, y a ello se añadieron los efectos del despotismo real y de los grandes en los dos reinos, que se atrevieron a despojar de sus bienes a los hombres libres.

El episodio de la viña de Nabot (*I Reyes*, 21) es el símbolo de las iniquidades que se cometieron: «Acab dijo a Nabot (que poseía una viña junto al palacio real): "Cédeme tu viña para hacer un huerto de hortalizas, pues está muy cerca de mi casa. Yo te daré otra viña mejor, o, si te parece bien, te daré en dinero su valor." Pero Nabot le respondió: "Guárdeme Yahvé de cederte la heredad de mis padres." (Acab, furioso, no osó maltratar a Nabot. Pero intervino la reina Jezabel.) Escribió ella unas cartas en nombre de Acab, sellólas con el sello de éste y se las mandó a los ancianos y a los magistrados que habitaban con Nabot en su ciudad. He aquí lo que escribió en las cartas: "Promulgad un ayuno y haced sentar a Nabot a la cabeza del pueblo, y poned ante él a dos malvados que depongan contra él, diciendo: Tú has maldecido a Dios y al rey; y sacadle luego y lapidadlo hasta que muera." (Así se hizo.) Acab, al oír que Nabot había muerto, se levantó para bajar a la viña de Nabot de Jezrael y tomar posesión de ella.»

El campesino estaba tanto más desarmado ante el estado a que se hallaba sometido cuanto que la sedentarización se había efectuado según el modelo de lo que ofrecían los cananeos: una dispersión de la población rural en pequeños distritos agrupados en torno de una ciudad, con frecuencia una simple aldea. Debieron de haber existido más de 400 de esos pequeños núcleos de población en los que el campesino hallaba seguridad, pero que acabaron rápidamente con las solidaridades de tribu y de clan a las cuales los israelitas estaban vinculados, porque ellas los amparaban de los colapsos económicos y de las exigencias de los poderosos. El arcaísmo de las estructuras y del utillaje, la brutalidad de los intendentes de los grandes dominios, que mandaban más duramente que el amo para aprovecharse de las ventajas y del lujo de las villas reales, todo contribuía a hundir al pequeño campesino en una situación miserable. Jamás la esclavitud planteó problema alguno a la sociedad de los dos reinos: el número de esclavos fue siempre muy limitado, a causa de la facilidad de contratar mano de obra entre la masa de los jornaleros que se consideraban afortunados por el mero hecho de encontrar trabajo.

Los notables se beneficiaban de las ventajas materiales de una vida fácil, con todos los productos lujosos que el comercio permitía adquirir. Grandes propietarios, comerciantes y altos funcionarios reales componían la aristocracia laica, señora de la vida económica y social, que dominaba tanto más sólidamente cuanto que compartía con la aristocracia sacerdotal el monopolio del ejercicio de la justicia.

Este desequilibrio social provocó la reacción de los pobres. Los movimientos de descontento o de rebeldía no cesaron, al menos en la forma de un latrocinio endémico que hizo estragos en la Palestina de ese tiempo. El ingreso en las mesnadas de mercenarios, ya fueran voluntarios o bien forzados, era otra solución: ¿no había dado David el ejemplo cuando llevó en su juventud la vida de un jefe de banda, al servicio de los filisteos? La cólera de los pobres no podía dejar de volverse contra el poder político, principal responsable de las iniquidades, ya fueran cometidas por él o por los notables a quienes protegía.

A lo largo de los tres siglos que siguieron al cisma de 933, los pobres hallaron defensores en los *profetas*, al menos entre los mejores y los más influyentes de ellos. Cualquiera que fuese su origen —pastores como *Amós*, aristócratas como *Isaías*, de familia sacerdotal como *Jeremías*—, arremetieron

con violencia contra todas las formas de injusticia social, porque eran para ellos otras tantas infracciones a las exigencias de la alianza: «¡Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos y campos, hasta acabar siendo los únicos propietarios en medio de la tierra!» *(Isaías*, 5, 8). Su predicación no pretendía solamente estigmatizar las infracciones de la alianza: hicieron presión sobre los reyes y los notables para que la ley, a medida que se elaboraba, remediara los defectos de la organización social. La publicación del *Deuteronomio* bajo *Josías* (622) fue en parte el resultado de su predicación y de los movimientos populares. Los nuevos textos no solucionaron todos los problemas que había de resolver: se prohibió la usura, se previó autorizar al pobre a comer el grano de los campos cuando se hallaba amenazado de inanición, pero nada se hizo contra la mayor injusticia: la expropiación por deudas. Todavía ciertos historiadores creen que varios textos del *Deuteronomio*, por tímidos que hayan sido, pecan de utópicos. A pesar del fervor popular con que contaban, los profetas no llegaron a enmendar el orden social.

Combates de los yahvistas y elaboración de la ley. Cuando se instalaron en Canaán, los israelitas eran el pueblo del dios celoso, Yahvé, irreductible ante los otros dioses, que había impuesto a los suyos la circuncisión como signo de su alianza. No era en modo alguno un dios universal, sino un dios combatiente, formidable para los otros pueblos y los otros dioses. Lejos de ser un monoteísmo, la religión de los israelitas era más propiamente una monolatría. Los combates de Israel eran sus combates, y aquel dios guerrero podía complacerse en que se lanzara en su nombre el anatema sobre el enemigo vencido: todo ser vivo, hombre o animal, era entonces sacrificado y destruido todo el botín. Esta religión, feroz en su exclusivismo, en el aislamiento que imponía al israelita que había de vivir bajo la ley de Yahvé, estuvo sujeta a diversos peligros desde la entrada en Canaán y bajo el reinado de los reyes: en primer lugar, la tentación del sincretismo, de la fusión de Yahvé y del Baal cananeo, de la contaminación del yahvismo por todas las formas de vida religiosa que se encontraban en ese país-encrucijada. Por allí pasaban los obreros fenicios, los mercenarios extranjeros; la gran política de los reyes llenaba el harén de mujeres extranjeras portadoras de todas las supersticiones, desde la princesa egipcia que se casó con Salomón a la fenicia Jezabel, adoradora de Melkart de Tiro, cuyos sacerdotes fueron confundidos por Elías en el monte Carmelo *(I Reyes*, 18).

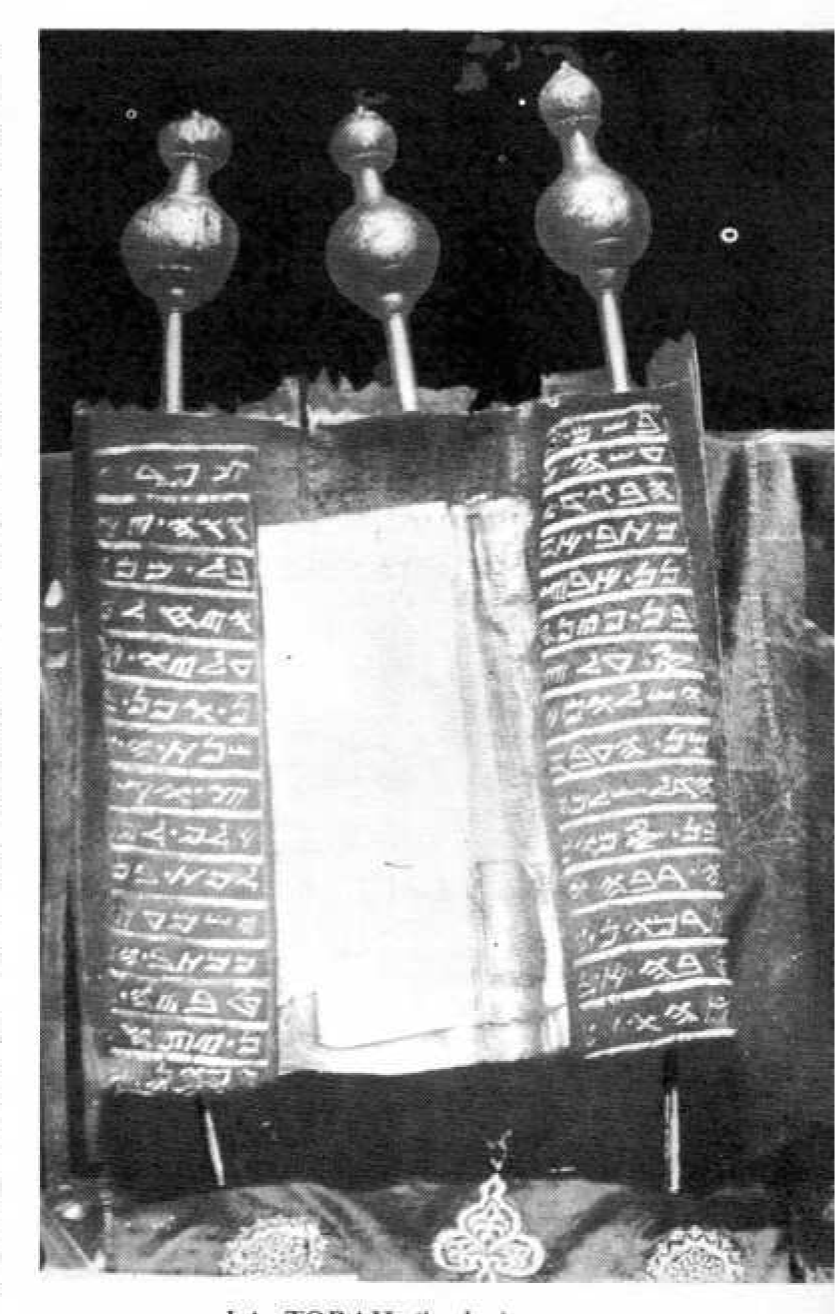
Desde la muerte de Salomón a la caída de Jerusalén, el yahvismo triunfó de sus enemigos, al mismo tiempo que el trabajo de los *levitas* (los sacerdotes cuyo conjunto formaba la tribu de Leví) y la predicación de los profetas le daban poco a poco una nueva significación, convirtiendo a la religión de una nación pequeña en una fe monoteísta de alcance universal. El reino de Judá tuvo un papel muy importante en esta elaboración; los dos reinos tuvieron igualmente sus círculos de *profetas*, los «videntes» por medio de quienes Yahvé hablaba a los hombres, los más grandes de los cuales aparecieron en el norte, tales como *Elías* y su discípulo *Eliseo*. Pero Judá se benefició del rango que había conquistado Jerusalén, capital política, y sobre todo religiosa, cuyos profetas pronto tomaron conciencia de su papel benéfico en la lucha contra el paganismo. Los reyes del norte no pudieron quitar a Jerusalén su rango de metrópoli religiosa, y los viejos santuarios de *Dan* y de *Betel*, honrados de nuevo por Jeroboam, jamás contaron con el beneplácito de los profetas y de los yahvistas de su reino. La presencia de una estatua de toro en esos santuarios (que no debían ser sino el altar de Yahvé), pareció un sacrilegio, pero de hecho esa estatua era el pretexto de un culto sincretista, y el toro simbolizaba para los cananeos las divinizadas fuerzas de la fecundidad.

El triunfo del yahvismo exigió una lucha incesante, la totalidad de cuyos aspectos sería muy larga de enumerar; pero cuando Jerusalén cayó bajo los golpes de Nabucodonosor, había llegado a su término una evolución religiosa capital para la historia espiritual de la humanidad: Yahvé se había convertido en el dios personal, que el fiel conocía en su corazón y hacia quien se sentía personalmente responsable. Se había convertido también en el único dios, el dios universal que Israel debía proponer a todas las

naciones. Era una formulación completamente nueva de la elección de Israel como pueblo misionero. Predicando esta misión, los profetas afirmaban incasablemente que debía apartarse a los Estados paganos de las preocupaciones ordinarias, la búsqueda de la riqueza y el poder. Los numerosos males que caían sobre él no eran sino la consecuencia del olvido de su vocación. Isaías hizo lo que pudo por apartar a Ezequías de su gran política antisiria que fue la causa de los desastres de 701; Jeremías trató incansablemente de apartar a sus contemporáneos de la lucha contra Babilonia, cuya soberanía sobre Judá importaba poco si no entorpecía la vocación espiritual de la nación. Ni que decir tiene que los profetas ignoraron con frecuencia el alcance de su enseñanza, y que la acusación de traición fue más de una vez hecha por los realistas. Así contra Jeremías en el sitio de 586: «Hay que matar a este hombre, porque con eso hace flaquear las manos de los guerreros que quedan en la ciudad, y las de todo el pueblo, diciéndoles cosas tales. Este hombre no busca la paz de este pueblo, sino su mal.» (*Jeremías*, 38, 4.)

La espiritualización de la vida religiosa transformó el sentido de los actos cultuales: en lo sucesivo, el sacrificio no valía sino por las disposiciones de quien lo ofrecía, y no por el valor material de los bienes ofrecidos. Las fiestas acabaron por adquirir un sentido nuevo que las identificó con las del mundo pagano del que habían salido. La *Pascua*, que era en su origen la fiesta de la primavera, aquella en la que los seminómadas celebraban las fuerzas fecundas que se manifestaban en la cosecha de cebada y en los corderos recién nacidos, se convirtió en la fiesta conmemorativa de la salida de Egipto, del poder salvador de Yahvé. La fiesta de los *Tabernáculos*, que era la del otoño, y el viejo rito que consistía en construir chozas de ramas y debía atraer la lluvia, se convirtió en la conmemoración de la vida en el desierto, de la prueba purificadora por la cual Yahvé preparaba a su pueblo para la revelación del Sinaí.

No es fácil dar cuenta en detalle de la obra legisladora de este período. Al principio de la época real ya se había concluido la elaboración de un *Código de la Alianza* por el cual se formalizaban los principios del *Decálogo*. Se prosiguió por este camino, acumulando las prescripciones necesarias para la aplicación práctica de los principios revelados. La *ley* así formulada constituye un conjunto heteróclito a nuestros ojos, por el hecho de la yuxtaposición de prescripciones arcaicas y recientes, según la edad de la sociedad israelita que las había elaborado, y también por el hecho de que la ley encierra prescripciones religiosas, cultuales, morales, legislativas... que eran tan sólo aspectos diferentes de una misma rea-



LA TORAH (la ley)

Éstos son los rollos de la ley depositados en la sinagoga de los samaritanos. El texto del Pentateuco ha sido copiado de nuevo según una grafía arcaica, precioso testimonio de una escritura que se usaba antes del éxodo.

lidad: la interpretación de la palabra de Dios. Los sacerdotes se encargaron normalmente del ejercicio de la justicia en el reino de Judá. El largo trabajo que llevaron a cabo los medios sacerdotales tuvo por resultado la puesta en vigor del *Deuteronomio* por Josías de Judá en 622. Deuteronomio (en sentido literal: «la segunda ley») debe ser entendido como «la ley hallada», presentándose esta nueva compilación como la ley de Moisés redescubierta. Luego que le fue leída, el rey renovó la alianza con Yahvé. Este acontecimiento significaba en primer lugar la publicación de nuevos textos que respondían a las necesidades de la sociedad israelita, al término de cinco siglos de evolución desde que se inició la vida sedentaria. Era también el coronamiento de una vigorosa política reformadora que reanudó la eterna lucha contra los enemigos del yahvismo: el legado del paganismo cananeo vivo todavía, la prostitución sagrada que existía en la propia Jerusalén, el culto de los santuarios, los procedimientos mágicos, los sacrificios humanos... desaparecieron una vez más. Los últimos santuarios locales fueron prohibidos, tanto en Judá como en el norte, reconquistado por Josías después del derrumbamiento de Asiria. Algunos años antes de la catástrofe de 586, la política de Josías anunciaba una nueva época: aquella en la que el yahvismo triunfante reinaría de forma única sobre el pueblo por la adhesión a una ley escrita y oficialmente promulgada.

4. Del exilio al reino de Herodes

La restauración. ¿Qué iba a ser de Israel en la prueba? ¿Se alteraría su originalidad religiosa? Judea había quedado despoblada con las huidas, las deportaciones y las matanzas. Deportados en Babilonia o refugiados en Egipto, numerosos supervivientes sucumbieron a la tentación de dejarse absorber por el mundo que los rodeaba. La mayoría de los agricultores y sobre todo los artesanos de Babilonia, pudieron alcanzar sólidas posiciones, y cuando el Imperio persa sucedió al Imperio neobabilonio, hubo descendientes de los refugiados en los altos puestos de la administración y hasta en el cortejo real. En Egipto, algunos se hicieron soldados colonos, como sabemos que sucedió, por ejemplo, en la colonia militar de *Elefantina*. Estos últimos ofrecieron menos resistencia al paganismo, en el cual vivían: cediendo a la vieja tentación de sincretismo, adoraron a las divinidades cananeas, tales como Anat, a quien identificaron con Yahvé, o el dios egipcio Nub. Los deportados a Babilonia resistieron mucho mejor, esencialmente porque pertenecían a la clase selecta de Judá que el conquistador había castigado con preferencia. Aplicándose la enseñanza profética, y particularmente la de Isaías, muchos se consideraron como «el resto», es decir, los que habían sobrevivido a los desastres, salvados por Yahvé para restaurar más tarde a Israel purificado en el castigo. Se apoderó de ellos el deseo de compilar y recomponer las obras del pasado, y en sus círculos se elaboraron, por ejemplo, recopilaciones de leyes y de textos proféticos. También en ellos aparecieron nuevas facetas cultuales y de organización cuando intentaron suplir la ausencia del templo de Jerusalén, su vida litúrgica y su autoridad, por las reuniones comunitarias que prefiguran la sinagoga y el ejercicio de la oración.

Esta clase selecta supo comprender las necesidades nuevas de una nación que no podía restaurarse como entidad política; sin embargo, a pesar de la dispersión de sus miembros, quería seguir siendo una nación. Abandonando toda esperanza de una próxima restauración de la dinastía nacional,



EL CANDELABRO DE LOS SIETE BRAZOS
Hasta después del éxodo no se convirtió en elemento indispensable del mobiliario cultual. Colocado sobre un trípode, tiene a un lado una palma y al otro una trompeta.

los dirigentes de los deportados pusieron a contribución todos sus esfuerzos para obtener de nuevo la unificación territorial de Judá. Persuadidos de que la vocación de Israel consistía en ser el pueblo testigo de Dios entre las naciones hasta que éstas se convirtiesen, y que esta vocación sólo se mantendría si la nación dispersa se regía por una ley, quisieron la restauración de Judá, de Jerusalén y de su templo para que

«SUPER FLUMINA BABYLONIS»
Este bajorrelieve del palacio de Senaquerib, en Ninive, es anterior en dos siglos al salmo 136, que ilustra tan bien: «Junto a los ríos, en Babilonia, allí estábamos sentados y llorábamos al acordarnos de Sión. De los sauces que en medio de ella existen suspendimos nuestras cítaras, aunque allí nos pedían nuestros aprehensores recitales de cánticos, y nuestros capataces, alegría: "¡Cantadnos algún canto de Sión!"»



de ese centro, la *diáspora* (término griego que significa «dispersión») recibiese ejemplo e inspiración. Las condiciones del gobierno de un imperio heterogéneo permitieron empezar la realización de este designio en un tiempo notablemente corto. Vasto mosaico de pueblos, el Imperio persa no podía gobernarse con una política centralizadora, y sus dirigentes hacían gala de una gran tolerancia religiosa. Pero se trataba aquí de algo más que tolerancia: restaurar un Estado autónomo. Los israelitas lo lograron debido a la importancia de las comunidades judías en la vida económica mesopotámica, y a la presencia de numerosos de ellos en la administración real. En el libro de *Ester*, la presencia y el papel de Mardoqueo junto a Asuero (Jerjes) pone de manifiesto la asombrosa potencia política que habían podido conquistar los descendientes de los deportados. Inmediatamente después de que hubo tomado Babilonia, Ciro publicó un edicto en el que se estipulaba que el templo de Jerusalén sería restaurado a costa del tesoro persa, y el mobiliario cultual saqueado por Nabucodonosor entregado para el ejercicio del culto. Un pequeño grupo de deportados partió inmediatamente para Judea (538).

Para estos deportados que volvían a su patria, y para los judíos que se unieron a ellos, fue una empresa de increíble dificultad. La débil población, la malevolencia de los pueblos vecinos, los samaritanos en particular, la pobreza de un país apenas salido de sus ruinas, fueron elementos determinantes de la lentitud con que se efectuó la restauración, a pesar de que ésta contaba con la anuencia de los nuevos señores de Oriente. No se acabó el templo reconstruido ni se celebró su consagración hasta 515 y la comunidad que había rehecho Jerusalén, capital de un estado de Judea que no excedía de 2.000 kilómetros cuadrados, se organizó definitivamente a finales del siglo V. Para esto fue necesaria la ayuda constante de los israelitas que se quedaron en Babilonia y el apoyo de los israelitas mejor situados en la administración persa, entre ellos *Esdras* y *Nehemías*, que fueron los fundadores de la nueva Judea en la segunda mitad del siglo V. Esdras aportó la *ley*, es decir, un conjunto de libros bíblicos recompuestos por las comunidades de Babilonia, y que acaso formaban ya el *Pentateuco* en la forma en que lo conocemos hoy; había obtenido que esta ley fuese ley de rey, es decir, que Israel recibió su organización de un texto oficialmente promulgado. Los israelitas formaban ya una comunidad sometida a Persia, pero sus miembros podían arreglar sus propios asuntos según la ley religiosa particular, cuya obligación proclamaba el gobierno persa. En un pequeño Estado territorial (un trozo del antiguo reino de Judá), del que Jerusalén era la capital, residía la autoridad encargada de la aplicación de la ley: el gran sacerdote y las instituciones que gravitaban en torno al templo. Las reformas de fines del siglo V redundaron, por tanto, en la creación de un pequeño Estado sacerdotal, simple provincia autónoma a los ojos de los persas, que mantuvieron allí un gobernador civil, el primero de los cuales fue Nehemías. Para los israelitas era el establecimiento del centro de que tenía necesidad su nación dispersada; en lo sucesivo, todas las comunidades diseminadas en Oriente dependerían de una autoridad capaz de regular la vida cultual y la organización del derecho. El monopolio de Jerusalén y de Judea no tardó en expresarlo el lenguaje vulgar designando al israelita como el *judío*, fuese o no habitante de Judea, porque allí estaba el corazón de una nación, por otra parte dispersada.

Israel entraba en el reino de la ley. Para mantener la pureza de la nación en medio de otros pueblos, se había trabajado en las comunidades del exilio, y se trabajó en adelante en Jerusalén para profundizar aún más en los textos legislativos. Siempre siguiendo la inspiración mosaica, se trataba de regular cada vez más profundamente, cada vez más minuciosamente, todos los aspectos de la existencia, para que en todos los órdenes el israelita obedeciese a la vocación de su nación, aunque para ello debiese apartarse radicalmente de sus vecinos paganos. Así fueron estructuradas las instituciones familiares, cuyo primer cuidado fue conservar la pureza de la nación mediante la prohibición de matrimonios con los paganos. Esdras y Nehemías tuvieron que luchar incansablemente sobre este punto. Los textos recogieron viejas instituciones, espiritualizándolas y depurándolas cuando se trataba de reglamentos cultuales, dándoles un sentido nuevo conforme a la conciencia

de la vocación de Israel, por ejemplo el *sabbat*. Esta vieja institución, día de descanso antes del exilio, se convirtió en la celebración del día en que el Señor descansó. En una sociedad poseída por la fiebre de reconstruir y de perfeccionar, el *sacerdote* adquirió una importancia creciente; depositario de la ley a los ojos mismos de la autoridad persa, le correspondía enunciar, explicar y formular las reglas minuciosas que la conciencia judía exigía, renovar las composiciones poéticas y musicales de carácter litúrgico e instruir a sus contemporáneos con una literatura didáctica.

En un mundo que volvía a pensar en su vocación religiosa, el sacerdote ocupaba naturalmente un lugar preeminente; por el contrario, al desaparecer el desviacionismo religioso resultaba inútil la figura del profeta, que fue sustituida por el sacerdote o el laico sabio conocedor de la ley: el *escriba.*

TUMBA PALESTINA

Varias salas funerarias talladas en la roca contenían los ataúdes depositados en nichos o sobre banquetas excavadas en las paredes. La abertura se cerraba con una gran piedra semejante a una enorme rueda de molino. Como aquella que María de Magdala, María, madre de Jesús, y Salomé creyeron que no podrían mover, para entrar en la tumba donde José de Arimatea había depositado el cadáver de Jesús, que ellas querían ungir con perfumes. (San Marcos, *16, 3).*



EL HERODIUM

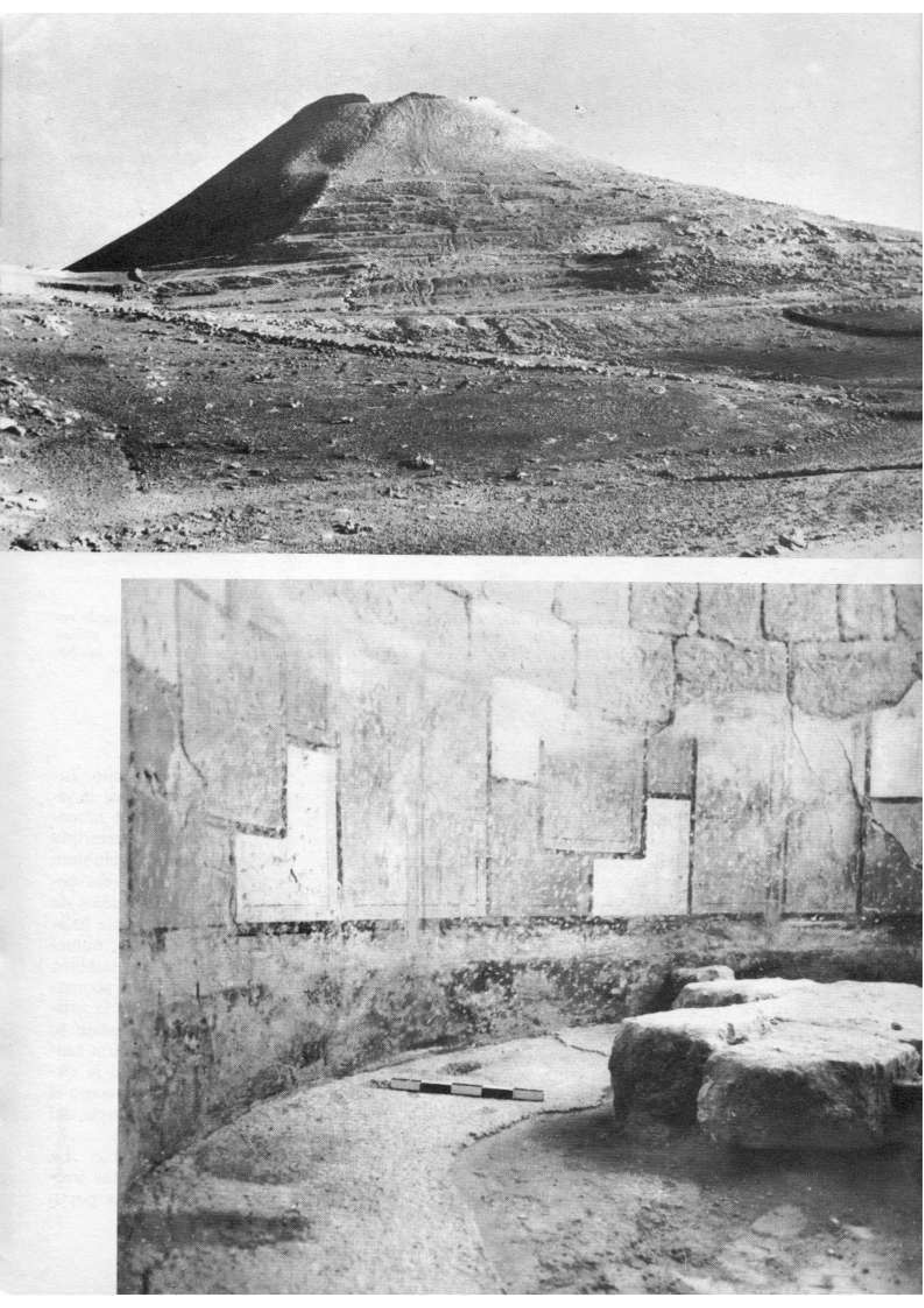
Es una de las enormes fortalezas que Herodes hizo levantar en sus Estados. Eran poderosos refugios destinados a la vez a servir de retiros eventuales al soberano y su familia, y monumentos que provocaban la admiración de las poblaciones inestables de las marcas del este. La construcción exigía verdaderos esfuerzos que jamás hicieron retroceder al fastuoso soberano, quien hizo construir el puerto de Cesarea, adornó con monumentos varias ciudades griegas y dio a Jerusalén su templo más hermoso.

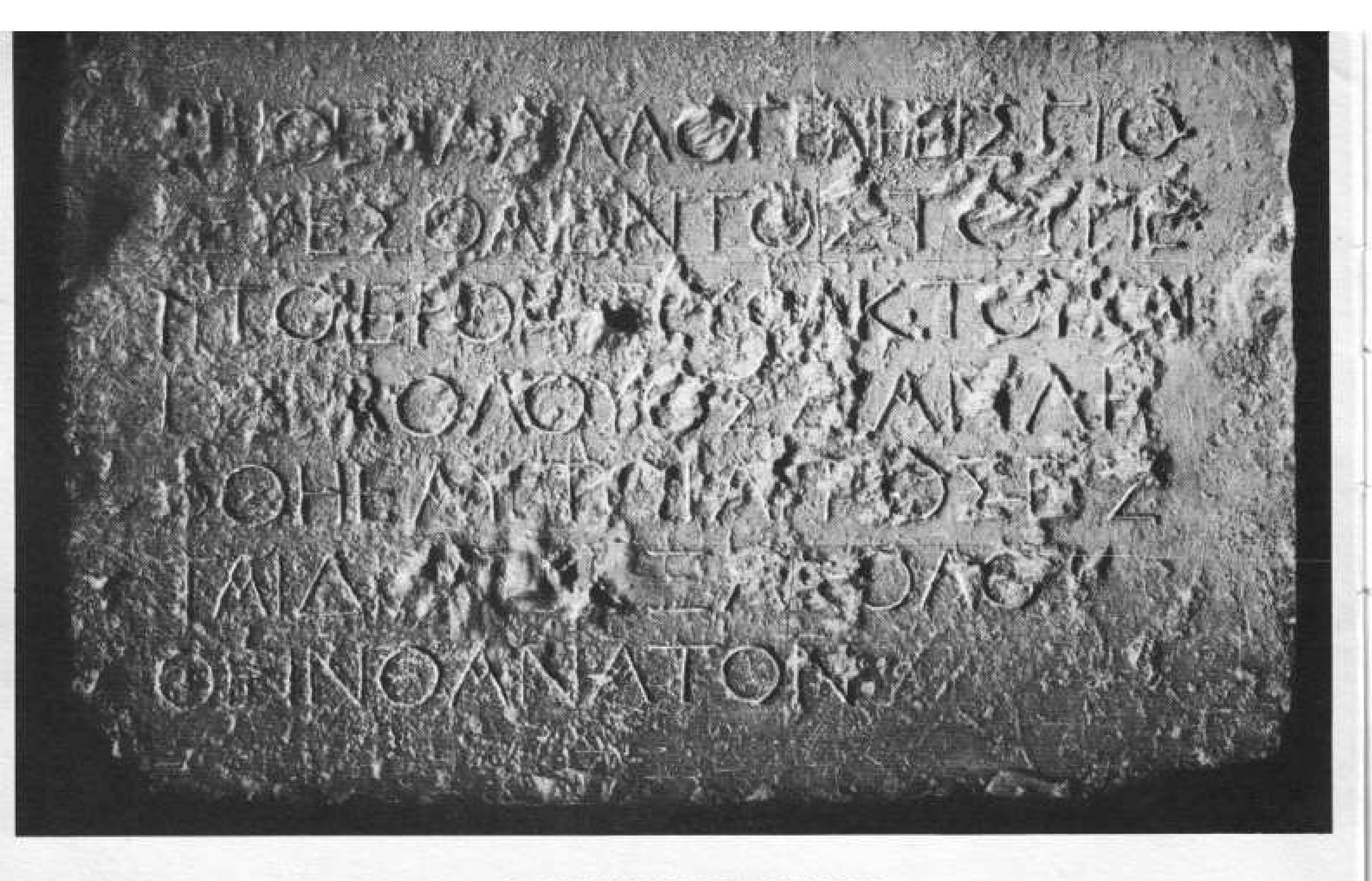
A la derecha: emplazamiento del Herodium (al sudeste de Belén). Sobre la cumbre de la colina fue depositada una enorme masa de tierra, donde, en una especie de cráter, se construyeron los edificios de la fortaleza.

A la derecha, abajo: el tepidarium. La fortaleza estaba provista de termas; el suministro de agua estaba asegurado por un sistema de sifones que nacía en Belén. Los estucos que adornan los muros son de estilo pompeyano.

Abajo: una exedra que sale a un patio rodeado de pórticos; al fondo, la puerta permite el acceso a un corredor circular que da la vuelta a la fortaleza y comunica todas las estancias.







LA SANTIDAD DEL TEMPLO

Los extranjeros no podían ir más allá del Atrio de los Gentiles. Pasar al otro lado, al lugar reservado a los judíos, era exponerse al castigo sobre el cual les advertía esta inscripción griega contemporánea de Herodes: «Está prohibido a todo extranjero penetrar en el interior de la balaustrada y del recinto que rodea el santuario. Quien lo haga, será condenado a muerte.»

Israel y el mundo grecorromano. Poseemos escasos documentos de la última época del Imperio persa y de la dominación griega en Oriente que hablen de Palestina y el mundo judío. Cuando fue repartido el Imperio de Alejandro, Palestina correspondió a los Lágidas, soberanos griegos de Egipto (301), y los Seléucidas, soberanos de Mesopotamia y Siria, necesitaron más de un siglo para reconquistarla (198). Más que nunca, los elementos más rigoristas de la aristocracia sacerdotal, apoyados por el conjunto de las gentes humildes, quisieron cerrar Judea al mundo exterior. Este exclusivismo con respecto a los no judíos, o solamente con respecto a judíos poco dispuestos a obedecer la rígida tutela de Jerusalén, acabó a fines del siglo IV con el cisma de los *samaritanos*, que en el monte Garizim construyeron su propio templo.

Pero a pesar de un largo aislamiento, Judea fue inevitablemente penetrada por la civilización griega, omnipresente en su moneda, sus funcionarios, su lengua, convertida ya en internacional, y su cultura. Hubiera resultado quimérico tratar de evitar esa penetración en una época en que los judíos de la diáspora habían sido profundamente helenizados. En el siglo II antes de J.C., numerosos judíos palestinos mostraban también dicha tendencia, al menos los más acomodados y sobre todo los miembros de la aristocracia sacerdotal y laica. En Jerusalén se fundó un gimnasio, lugar de educación tanto intelectual como física; se rechazó la circuncisión; el templo fue considerado como el templo de Zeus, lo mismo que el templo del Garizim.

El movimiento parecía irresistible. La oposición vino de algunos aristócratas irreductibles, pero sobre todo de la masa popu-

INSCRIPCIÓN DE PONCIO PILATO
HALLADA EN CESAREA

Por primera vez la arqueología ha podido hallar un documento que nos menciona la presencia de Poncio Pilato en Palestina, que nos había sido afirmada por los textos del Evangelio, por los de Filón de Alejandría, Flavio Josefo y Tácito. En la piedra se lee (poniendo entre corchetes las partes que faltan o han sido restituidas):

...] S TIBERIEUM
...PON] TIUS PILATUS
...PRAE] FECTUS IUDA [EA] E.

Se trata sin duda de la dedicatoria de una construcción pública en Cesarea, el Tiberieum, llamado así en honor del emperador; Poncio Pilato, prefecto, y no procurador (como en los textos evangélicos) de Judea, es nombrado seguidamente.



EL MURO DE LAS LAMENTACIONES

Hasta la división de Palestina entre el Estado árabe de Jordania y el Estado de Israel, en 1948, los judíos acudían en peregrinación ante esas piedras que pertenecen al muro de sostén de la terraza del templo de Herodes. Hoy, tras las últimas hostilidades árabe-israelíes, en las que se consiguió la unificación de Jerusalén, se ha reanudado la costumbre.



A LA ESPERA DEL JUICIO FINAL

Poco antes de la era cristiana los judíos piadosos querían ser enterrados en el valle del Cedrón, al pie de la explanada del templo, en un lugar que la tradición ha identificado como el valle de Josafat, lugar del Juicio Final. (Joel, *3, 2).*

lar, pobre, aislada, poco impresionada por las innovaciones y una cultura que todavía sólo interesaba a los ricos. Las torpezas del rey seléucida *Antíoco IV* hicieron lo demás. Sus necesidades financieras lo impulsaron a saquear el tesoro del templo, y su ignorancia de la verdadera situación hizo que en 167 ordenase radicales medidas de helenización: el culto fue prohibido, así como el respeto del *sabbat* y la obediencia a la ley. Por último se procedió a la instalación en el templo mismo de un altar dedicado a Zeus; era «la abominación de la desolación» del libro de Daniel.

Estalló una sangrienta insurrección, dirigida por la familia de los *Macabeos*. Su éxito obligó a Antíoco IV a devolver a los judíos su autonomía y la libertad religiosa. En 164, Judas Macabeo entraba en Jerusalén, purificaba el templo profanado y lo consagraba de nuevo. En los años que siguieron, los éxitos de los judíos separaron paulatinamente a Judea del Imperio seléucida, hasta la independencia completa en 140. De manera inesperada, un Estado judío plenamente independiente, resucitaba entonces, dirigido por un gran sacerdote cuyas funciones eran mucho más políticas y militares que religiosas. A fines del siglo II ese nuevo Estado se convirtió oficialmente en reino, y bajo el reinado de *Alejandro Janeo* (103-76) alcanzó su mayor expansión: era la efímera restauración del reino de David, puesto que inmediatamente fue despojado de todas sus posesiones a la muerte de Janeo y conquistado por las ejércitos de *Pompeyo*, que tomó Jerusalén en 93. Una vez más surgió un reino judío: el de *Herodes el Grande* (40-4 a. de J.C.) tan efímero como el de Janeo, y además cliente de Roma.

Estas vicisitudes políticas y militares de los judíos de Palestina no alcanzaron en realidad sino a la más pequeña parte de la nación. Sin duda todo Israel sufría al conocer las desdichas que pesaban sobre Jerusalén, la capital de todo el pueblo, pero a fi-

nes del siglo I a. de J.C. solamente un judío de cada tres o cuatro vivían en Palestina. La mayor parte de la nación estaba dispersa por todo el mundo mediterráneo, donde aumentaba sin cesar por la emigración de los palestinos, la fecundidad de las familias judías y las conversiones. Para esta mayoría instalada en tierra extranjera, el más apremiante de los problemas políticos era obtener y conservar garantías que permitieran a las comunidades judías vivir bajo el imperio de su ley. Los destinos políticos de Palestina le parecían de poca importancia, si la autoridad religiosa y legisladora de Jerusalén podía continuar ejerciéndose y si los medios sacerdotales y laicos de Palestina seguían en situación de hacer progresar el pensamiento y la espiritualidad judías.

A fines del siglo I a. de J.C. se puede ya hablar de una Palestina judía, y no solamente de Judea; las conquistas se habían perdido rápidamente, pero en las campañas de los Macabeos y de sus sucesores se había conseguido la conversión o reconversión de varios territorios al judaísmo ortodoxo dirigido desde Jerusalén: el antiguo territorio de Judá, Samaria, Galilea, una parte de la costa y algunos territorios de Transjordania. Obtuviese o no este conjunto de tierras cierta autonomía en el seno del mundo romano, la vida religiosa que se desarrollaba en el ámbito palestino no guardaba relación con las circunstancias políticas y con las reacciones y problemas de una población numerosa y heterogénea. Independientemente de las sangrientas luchas políticas, Palestina era de nuevo el escenario de graves crisis sociales: una opulenta aristocracia sacerdotal y laica, cuyos miembros componían los *sanedrines* (es decir, las asambleas deliberativas y judiciales) de las ciudades, oprimían como en tiempo de la antigua monarquía a la masa de los humildes. El bandidaje se había convertido en la plaga de los campos, pero coloreándose a menudo de aspiraciones mesiánicas cuando la clase baja, exasperada, unía localmente sus fuerzas a las bandas de tal o cual jefe en quien se aclamaba al *Mesías* (es decir, el «ungido», el enviado de Dios), que había venido a restablecer la justicia por medio de la violencia. Estas numerosas sublevaciones populares, jamás coordinadas, fueron siempre atrozmente reprimidas.

Así, en relación con las instituciones políticas y sociales del mundo palestino, los grupos, las escuelas, las sectas y los partidos contra los cuales se dividía la *élite* palestina se pronunciaban sobre los problemas intelectuales y espirituales. A los *saduceos*, que reagrupaban lo esencial de la aristocracia, pertenecían las posiciones conservadoras, respetuosas con el pasado y con los más antiguos textos de la ley; los *fariseos* sumaban algunas decenas de millares de hombres, «los piadosos», vinculados a la selección intelectual de la nación y sobre todo a los escribas. Para ellos el escándalo consistía en que la aristocracia sacerdotal se complaciera en los problemas materiales de un Estado palestino, en que los poderes del gran sacerdote y el soberano se hubieran reunido en un solo hombre antes de la conquista romana y en que se hubiera olvidado la vocación profética de otras épocas, a pesar de que Israel estaba sometido a la dominación extranjera, mal menor, a fin de cuentas, para gran parte de la población.

Entre esos grupos y muchos otros se debatían los problemas de una época agitada, en la que el pensamiento judío se había enriquecido por sus contactos con el mundo persa y el mundo grecorromano. Existía el problema del desarrollo de la vida religiosa, por la primacía del *templo*, de sus instituciones y de su culto, tal como lo querían los saduceos, fortalecidos por el prestigio del nuevo templo construido por Herodes. A éstos se oponían los fariseos, quienes deseaban una participación cada vez mayor del pueblo en las peregrinaciones, fiestas, reuniones y en la enseñanza de la *sinagoga*. Para estos últimos, la ley no era únicamente un conjunto inmutable de disposiciones, sino más bien una regla viva en la que se añadía a los textos venerables las enseñanzas de la tradición oral, desarrollada en un judaísmo vivo que regulaban los escribas o doctores de la ley. Otros problemas eran el de la resurrección, con juicio y retribución, el de la responsabilidad personal del fiel, en relación con la acción de Dios sobre el mundo, el fin de los tiempos, etc.

Uno de los grupos que mejor atestigua la intensidad de la vida y de la especulación religiosa en la Palestina de esa época es la secta de los *esenios*. Hoy estamos excepcionalmente bien informados sobre ella por los descubrimientos efectuados cerca del mar Muerto; el texto de varios manuscritos ha permitido reconstituir la regla y las preocupaciones de la comunidad monástica, instalada en el convento descubierto por los arqueólogos. Muy poco numerosos, los esenios contaban con grupos dispersos entre las villas de Palestina, pero el corazón de la comunidad era el convento de las orillas del mar Muerto. En

conjunto hay que considerarlos simpatizantes de los fariseos. Como ellos, deseaban el triunfo de los intereses espirituales de la nación. Pero su enseñanza se tiñó de cierto ascetismo; la vida del convento atestigua una espiritualidad próxima a la de los profetas del desierto: se han establecido varios paralelos entre ciertos temas característicos de la comunidad y los temas de la predicación de *Juan Bautista*. Viviendo en un mundo apasionado, los esenios estuvieron sin duda mezclados en ciertos episodios de la vida política y religiosa de la Palestina del siglo I antes de J.C. Pero es imposible atribuir una fecha o un nombre de persona a las evocaciones del conflicto que opuso el «maestro justo», fundador de la comunidad, y el «sacerdote impío». Se puede pensar que se trata del enfrentamiento de dos figuras simbólicas por medio de las cuales la secta estigmatizaba los desfallecimientos de la casta sacerdotal y de los grandes sacerdotes. Pero también se puede admitir que el símbolo tiene su fundamento en la realidad de una persecu-

UNA CISTERNA DEL MONASTERIO ESENIO DEL MAR MUERTO

Se ve aquí la escalera de acceso a la cisterna. Muestra una grieta producida por el temblor de tierra de 31 a. de J.C., que momentáneamente puso fin a la ocupación del lugar.



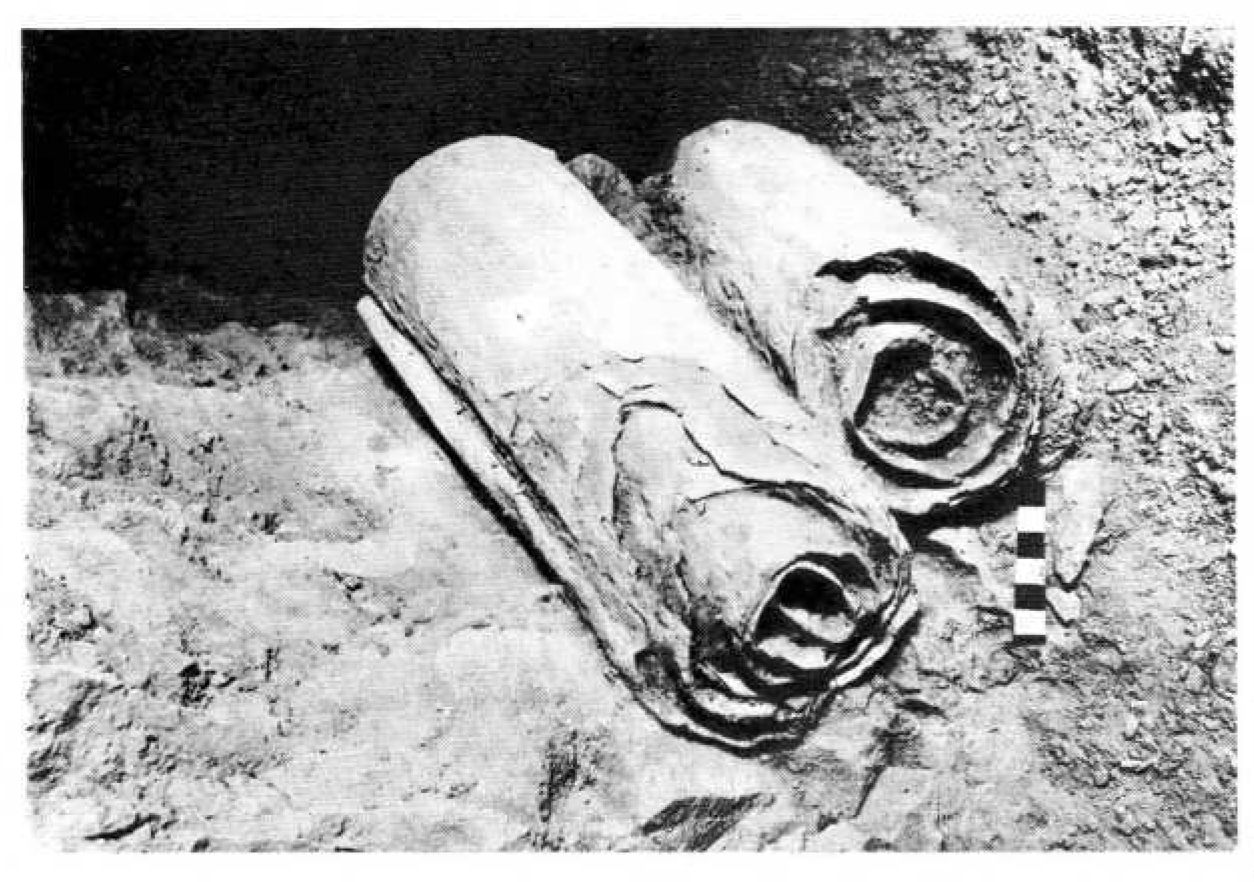
ción. Conviene no olvidar que esos tiempos fueron aquellos en los que un Alejandro Janeo podía matar de un solo golpe a 6.000 fariseos, o los romanos crucificar a 2.000 fanáticos.

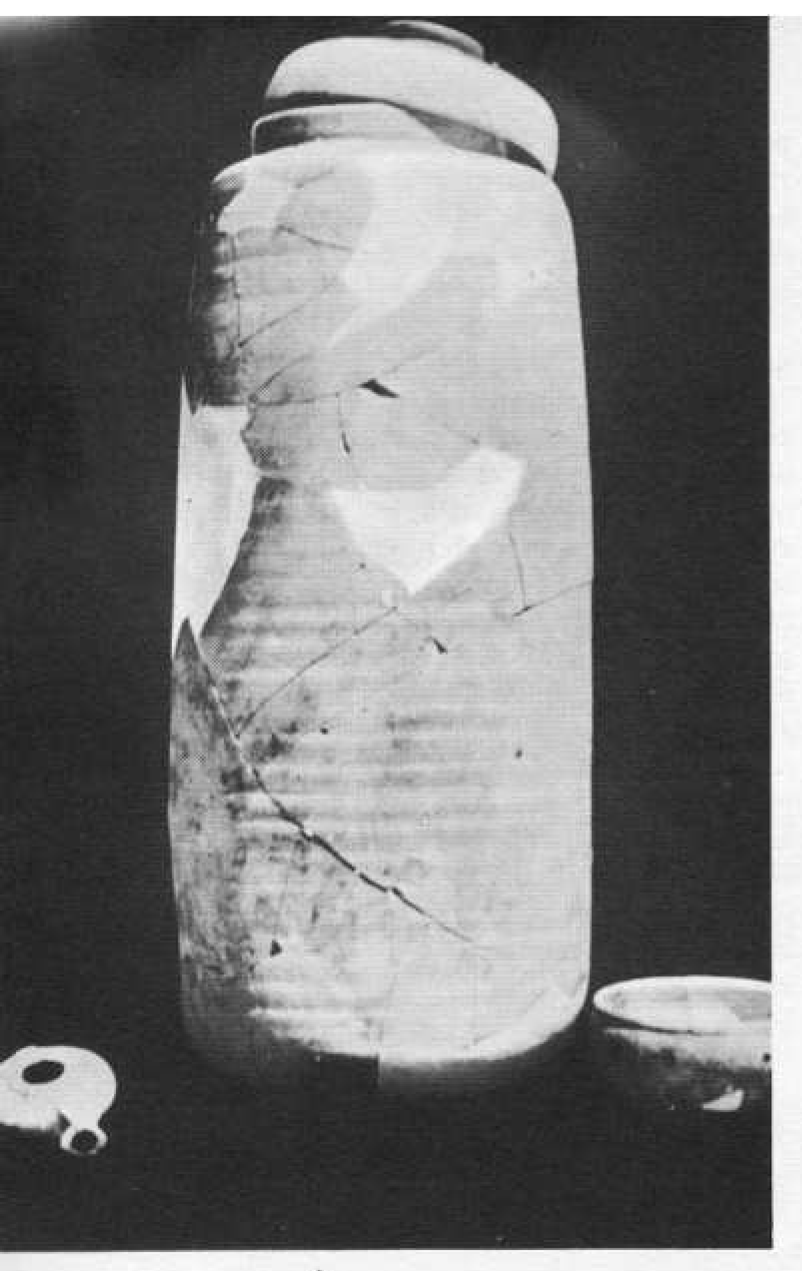
Una actitud común caracterizaba en esta época el conjunto de judíos de Palestina: la espera del *Mesías*. Debido a las pruebas por las cuales habían pasado los israelitas y al restablecimiento milagroso de la nación después de cada una de ellas, todo un pasado reciente parecía atestiguar la acción visible de Dios; los trastornos del mundo mediterráneo en el siglo I a. de J.C. y la agudización de las luchas sociales y políticas que desgarraban a los palestinos parecían anunciar la inminencia de tiempos todavía peores, en los que Dios, después de purificar a su pueblo, lo restauraría definitivamente y le enviaría su Mesías. Pero según fueran los medios y los temperamentos, se hacían cábalas muy diferentes acerca de ese momento prodigioso. Para aquellos que se adherían a las visiones de los autores de apocalipsis, significaría el fin de los tiempos en un cataclismo universal. Los más serenos esperaban al nuevo David que restauraría su reino y reuniría en él a la nación dispersa. Los más exaltados imaginaban la victoria definitiva sobre los paganos, a quienes vencería el Mesías guerrero.

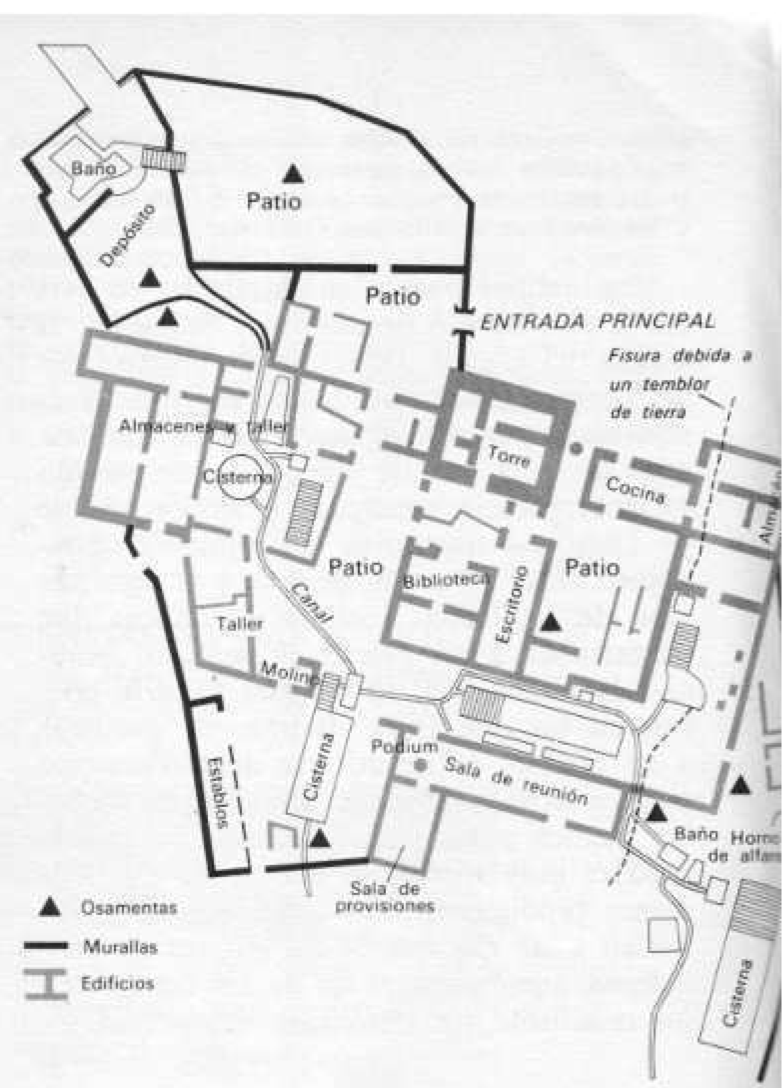
Muy pronto toda la Palestina judía iba a desaparecer con el golpe de los romanos, en 70 d. de J.C. durante el mando de Tito, y en 134 d. de J.C. bajo el reinado de Adriano. Pero los progresos de Israel entre las naciones eran lo bastante profundos, el conocimiento y la elaboración de la ley lo suficientemente avanzados para que Israel estuviese segura de conservar su misión a través de los tiempos. Los peligros que amenazaban a los judíos eran menos la tentación del sincretismo que la falta de unidad o la desigualdad social e intelectual entre las comunidades diseminadas, que el centro palestino jamás había podido paliar. Y el resultado del aislamiento de las comunidades judías en las ciudades grecorromanas, de la incomprensión del mundo grecorromano hacia una fe monoteísta y un culto sin imágenes, fue el principio del antisemitismo.

DOCUMENTOS DE QUMRÁN

Dos rollos de cobre grabados, en los cuales fueron inventariados los bienes del monasterio y el emplazamiento del escondrijo donde fueron depositados.

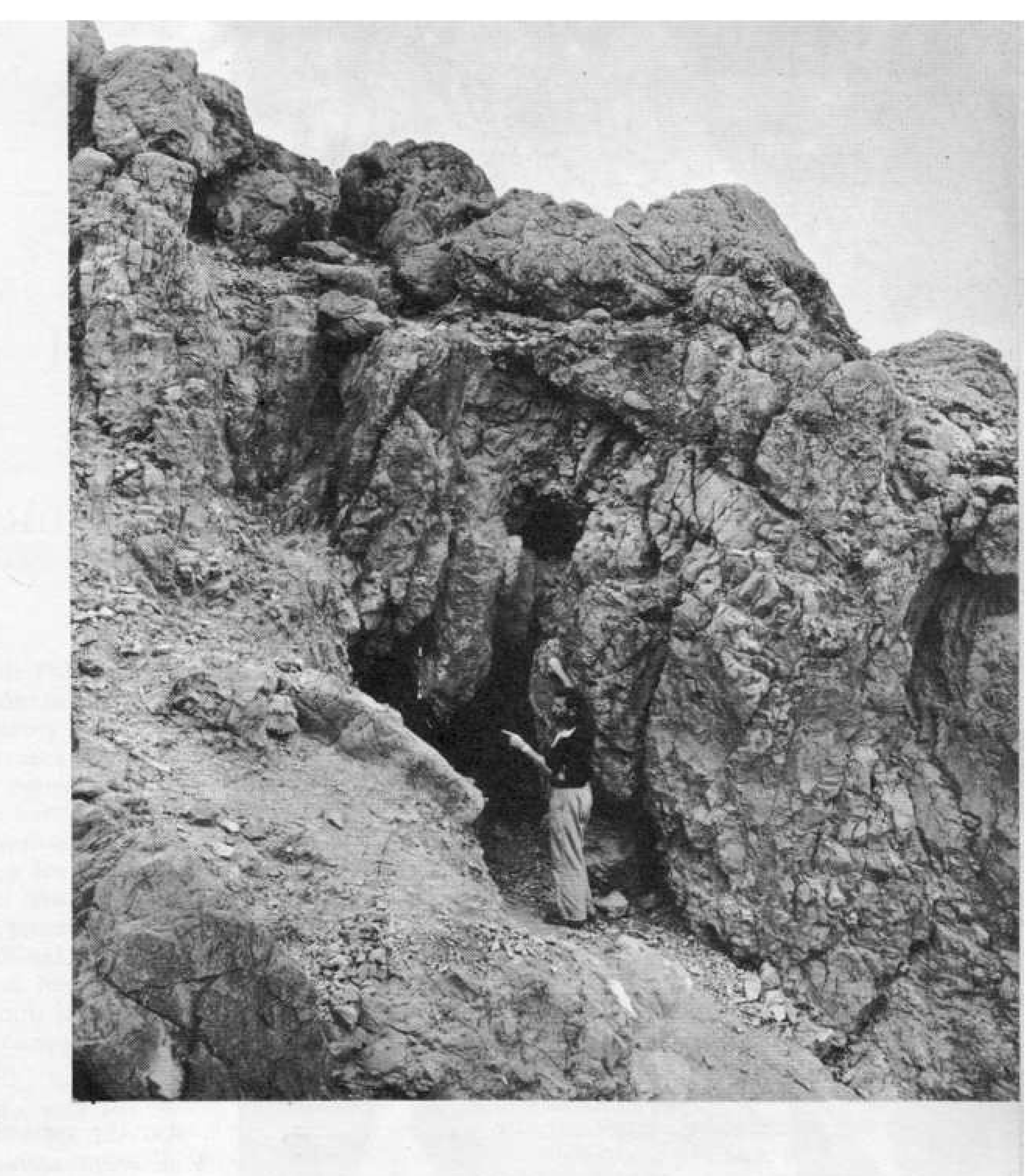






PLANO DEL MONASTERIO
ESENIO DE QUMRÁN





EL MONASTERIO DE QUMRÁN Y LOS MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO

Arriba: foto de la gruta número uno (hasta hoy han sido descubiertas once en la región de Qumrán), donde, en 1947, un joven pastor descubrió los primeros elementos de la biblioteca del monasterio, oculta durante la guerra judía (66-70), terminada por Tito. Las investigaciones han permitido hallar innumerables fragmentos de textos bíblicos, los más antiguos de los cuales se remontan al siglo III a. de J.C. Estos textos permiten reconstruir la historia de la comunidad esenia que vivía en el monasterio.

Al lado: una de las jarras en las cuales fueron depositados los manuscritos. Un fragmento de rollo de cuero en el que se consigna la organización de la comunidad: es el «Manual de disciplina».



UN REY ARAMEO:
HAZAEL DE DAMASCO (?)

Este marfil adornaba un mueble, probablemente un lecho o una litera, junto con otras placas talladas. Muchas de ellas han sido halladas en Asrlan Tash, en Siria, en un palacio asirio. Parece probable que el mueble adornado con placas de marfil fuera entregado al rey de Asiria Adad-Nirari II (809-782) por Ben Hadad III, rey de Damasco, sucesor de Hazael, a modo de tributo. ¿Es ésta una representación de Hazael? Sin duda, se trata de un buen documento que nos permite conocer la actitud y las vestiduras de un noble sirio del siglo IX *antes de Jesucristo.*

VIII

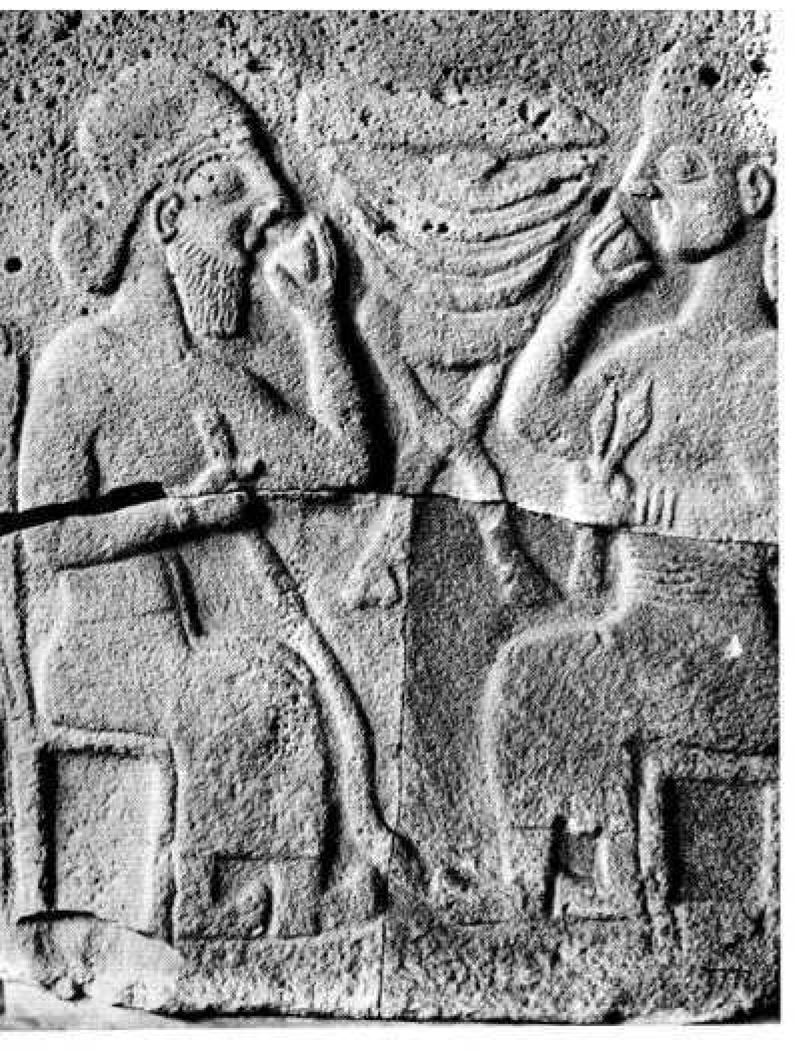
FENICIOS Y ARAMEOS

1. *Estabilidad política en Siria y Fenicia*

Al norte de Palestina consiguió sobrevivir la civilización cananea, pero solamente en el lado costero y los contrafuertes del Líbano. Los cananeos del norte habían sido conquistados y parcialmente asimilados por los hititas y los hurritas de Mitani. Los del sur fueron conquistados progresivamente por los filisteos y los hebreos. Sólo los pueblos cananeos del centro podían tener alguna posibilidad de preservar su independencia y su herencia cultural, pero no se mantuvieron sino sobre el litoral, mientras que todo el interior, al otro lado del Líbano, pasó a poder de los conquistadores arameos después del siglo XIII.

Los principados arameos. Después de haberse mantenido inseguramente en los territorios de los pueblos sedentarios durante cerca de 1.000 años, los *arameos* se instalaron en las tierras que aquéllos habían abandonado.

A partir del siglo XII aparecieron, por tanto, diversos principados diseminados en una inmensa área que abarcaba desde el golfo Pérsico, las orillas del Éufrates y las tierras que bordean al Anti-Líbano, hasta las estepas de Transjordania; pero hacia el oeste esos conquistadores no alcanzaron el mar. No hubo un Estado arameo, sino un enjambre de principados de grupos tribales siempre emprendedores, tan rápidamente constituidos en ligas para atacar o resistir como levantándose unos contra otros. Después de un período de asentamiento que duró uno o dos siglos, esas pequeñas agrupaciones políticas conocieron su edad de oro en los siglos X y IX, cuando Asiria no había emprendido su conquista, cuando ningún Estado era lo bastante poderoso para quebrantarlas. Israel, por ejemplo, se mostró superior a ellas durante los reinados de David y Salomón, pero fue incapaz de combatirlos después del cisma de 933. Conocemos cierto número de esos pequeños Estados en el oeste: *Samal, Alepo, Hamath* y *Damasco* sobre todo, cuyos reyes figuraron entre los temibles enemigos de Israel, los dos *Ben Hadad* y *Hazael* (siglo IX). Ninguno de los príncipes arameos pudo oponerse eficazmente a la conquista asiria, aunque fueron precisas incesantes campañas para domeñar a esos tenaces adversarios. En 853, Salmanasar III no pudo derrotar a la coalición de los príncipes del oeste conducidos por Ben Hadad de Damasco, el príncipe de Hamath y Acab de Israel: la batalla de *Karkar*, en el Orontes, resultó indecisa, pero la posterior dispersión de las fuerzas arameas dio a los asirios el dominio del codo del Éufrates, y en 732 Damasco fue tomada por Tiglat Pileser III. De todos los pueblos arameos sólo los *caldeos* resistieron a todas las campañas, hasta que se instaló en el trono de Babilonia una dinastía que contribuyó a la ruina de Asiria y fundó el Imperio neobabilonio o caldeo (620-539).



NOBLES ARAMEOS DE SIRIA SEPTENTRIONAL

En los confines de Anatolia y Siria, a fines del II *milenio, se establecieron pequeños reinos llamados neohititas (cf. p. 329). La penetración de los arameos creó allí rápidamente principados de cultura semítica. En las ruinas de sus palacios se han encontrado numerosas estelas esculpidas en bajorrelieves, cuyo tosco estilo es característico de la escultura de Siria del norte.*

Arriba: un hombre y una mujer en un banquete. Página de la derecha: «el buen pastor», en una estela del palacio de Bar-Rekub (siglo VIII*). Los dos proceden de Samal (hoy Zendjirli).*

Las ciudades fenicias. Desde el siglo XII, una auténtica civilización cananea sobrevivió sólo en las pequeñas llanuras encerradas entre el mar y las tierras boscosas del Líbano: era el dominio de aquellos a quienes los griegos llamaban *fenicios* y los orientales seguían llamando cananeos. Como los cananeos de otros tiempos, los fenicios vivieron siempre en pequeños principados formados por tierras cultivadas en torno a un centro urbano; al fondo de pequeñas bahías, en islas *(Arados* y *Tiro)* o en promontorios *(Biblos* y *Sidón)*, cierto número de ciudades se habían desarrollado, alguna de ellas como Biblos y Tiro, después del III milenio. Lo mismo antes que después de 1200, las ciudades fenicias fueron víctimas de los choques de los grandes Imperios y sus llanuras costeras fueron recorridas por todos los conquistadores. Después de 1200, la antigua vocación marítima de Fenicia no se limitó a sus relaciones con Egipto, Chipre y sur de Asia Menor, sino que se tradujo en una vasta expansión que llevó a los fenicios hasta el Atlántico y elevó a sus ciudades a la categoría de metrópolis del antiguo Oriente. A esta súbita ascensión contribuyeron la desaparición de poderío marítimo de los egeos y la decadencia de los grandes Imperios después de las invasiones del siglo XII. Durante tres o cuatro siglos, las ciudades dispusieron de suficiente independencia como para lanzarse a empresas marítimas y coloniales, y estructuraron una próspera economía de intercambios que los conquistadores ulteriores se abstuvieron celosamente de quebrantar.

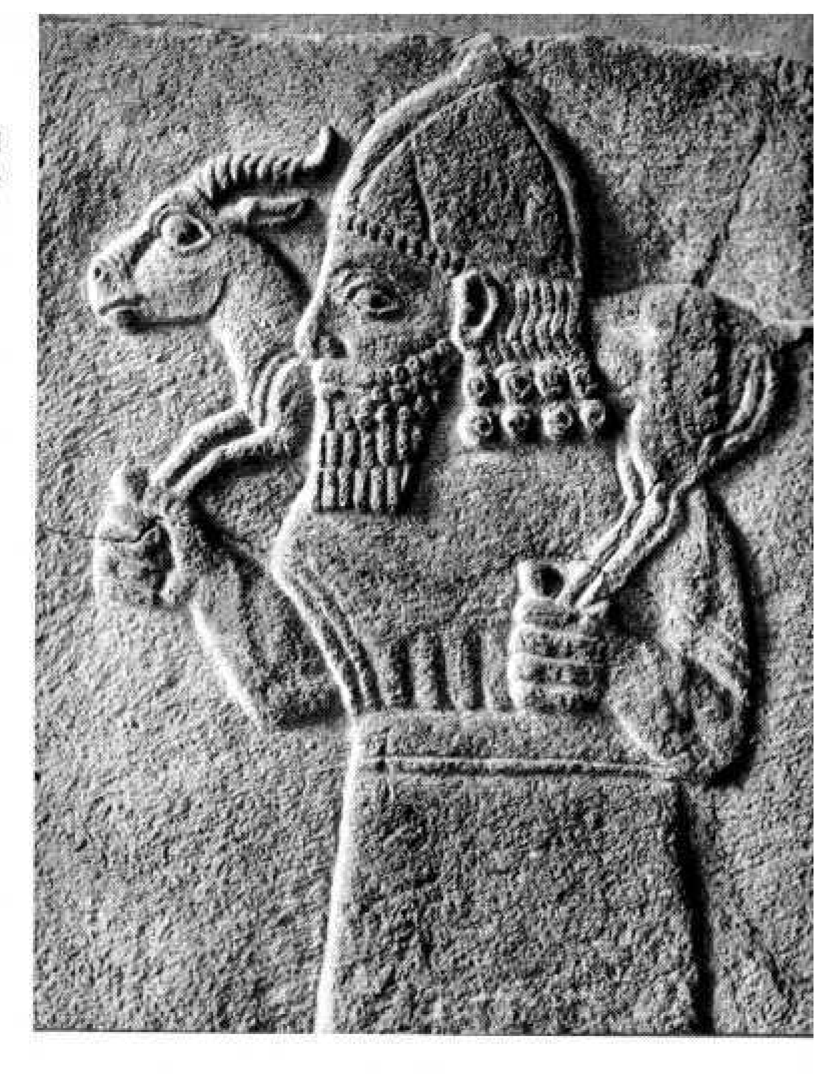
Hasta el siglo VI, la hegemonía correspondió a Tiro, sin que, por tanto, se edificase un Estado fenicio que hubiera reagrupado todas las ciudades; ignoramos si las rivalidades entre ciudades se tradujeron en conflictos armados; si éste fue el caso, los príncipes fenicios tuvieron al menos la sabiduría de no proseguir las luchas hasta el punto de debilitar peligrosamente las fuerzas de algunos de aquellos pequeños Estados. Desde el siglo XII a la época de las conquistas de Asurnasirpal II (883-859) Fenicia permaneció, por tanto, independiente; Tiro acumuló riquezas y para los príncipes orientales fue una ventaja y un honor obtener su alianza: la de *Hiram* fue indispensable para Salomón; el matrimonio de Acab de Israel y de Jezabel, hija de Itobaal de Tiro, se llevó a efecto por la diplomacia del gran soberano que fue Omri. Después del siglo IX, la conquista asiria no transformo radicalmente la situación de las ciudades fenicias: hizo disminuir su independencia política y les impuso importantes tributos que hicieron disminuir su erario. Pero su prosperidad no fue herida de muerte, ni tampoco su espíritu de empresa.

Así hizo Asurnasirpal II la cuenta de su botín en 876:

«Recibo el tributo de los reyes de la orilla del mar... gentes de Tiro, Sidón... y Biblos... y de la ciudad de Arados, situada en medio del mar; recibo dinero, oro, plomo y bronce, treinta y cinco vasos de bronce, vestidos de vivos colores, marfil y un delfín, criatura del mar.»

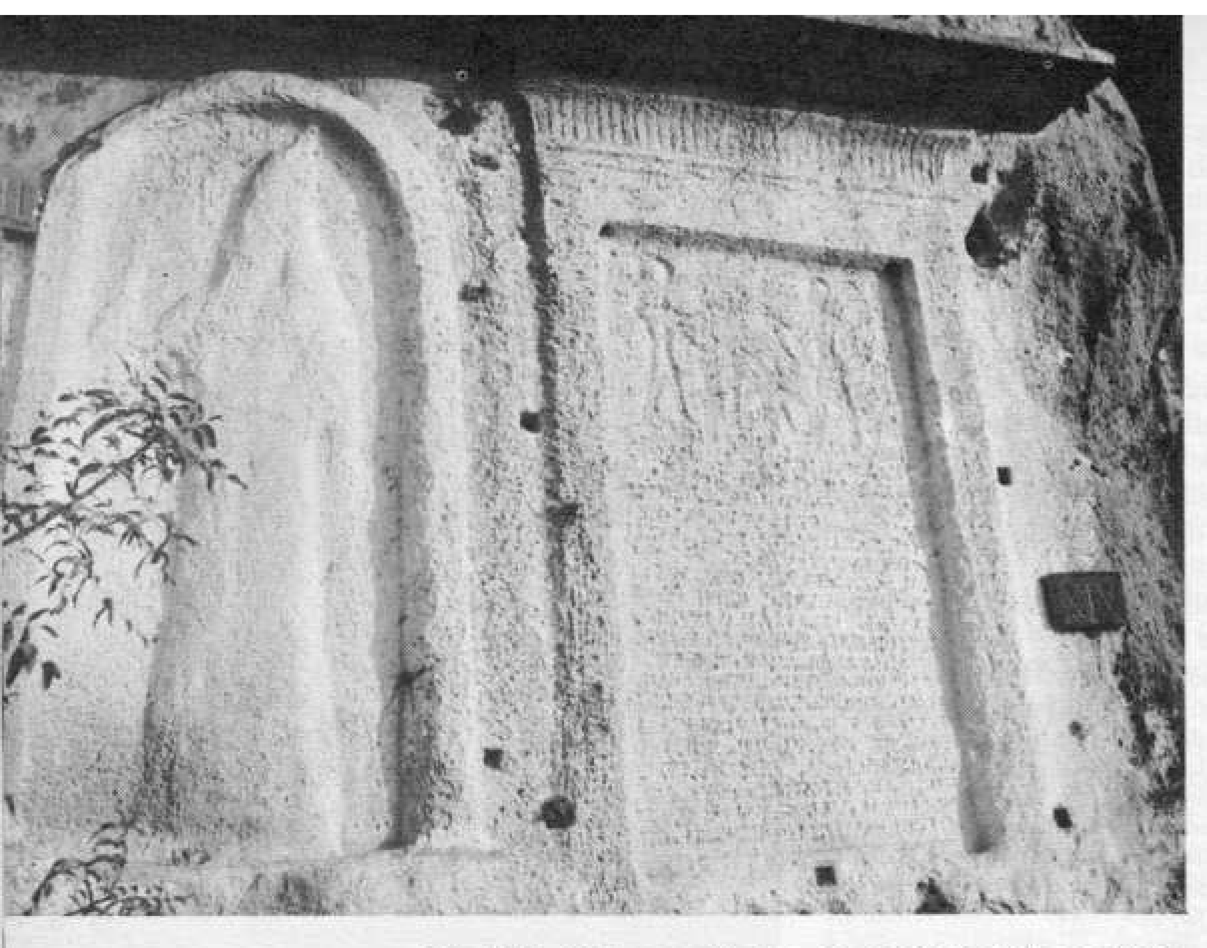
Los pormenores de la historia fenicia durante los siglos siguientes son los de todos los pequeños Estados de Oriente: una alternativa sucesión de períodos de sumisión y de bruscas revueltas que coincidieron con el debilitamiento del poder de Asiria. Aislada en sus dominios, Tiro pudo evitar siempre un grave castigo, pero Sidón pagó con la destrucción una revuelta en 678, tal como refieren los *Anales* de Asardón (681-668):

«Soy el conquistador de Sidón, que está en la orilla del mar, el destructor de sus construcciones; he tomado su ciudadela, la he precipitado en las olas y he destruido sus cisternas. A Abd-Milkut, su rey, que ante mis armas huyó al medio del mar como un pez, lo pesqué en medio del mar y le corté la cabeza... He hecho construir otra ciudad y la he llamado Ciudad-de-Asardón.»



Las dominaciones neobabilónica y persa inauguraron una nueva época. Tiro perdió su hegemonía en beneficio de Sidón cuando Nabucodonosor la hubo debilitado con un asedio de trece años (587-574); la organización política del Imperio neobabilónico, y más aún la del Imperio persa, yugularon la independencia política que las ciudades fenicias habían conservado en parte bajo los reyes asirios. Junto con Siria y Chipre, Fenicia no fue sino un elemento de la quinta satrapía, dirigida por un gobernador persa establecido en Sidón. Pero el poderío económico y marítimo de las ciudades fenicias demuestra la libertad de que gozaron sus empresas; en las luchas que sostuvo el Imperio persa contra Chipre, Jonia y Grecia, su mejor instrumento fue la marina fenicia. Demostró su valor y su fuerza en las batallas navales de las guerras médicas; en Salamina (480), de 200 a 300 navíos fenicios combatieron vigorosamente y escaparon de la destrucción. Cuando Alejandro hubo conquistado rápidamente Asia Menor y Siria, Tiro lo mantuvo a raya, defendiéndose encarnizadamente durante siete meses; solamente sucumbió cuando los asaltantes hubieron unido por medio de un dique la tierra firme con el islote sobre el cual era inexpugnable.

Con la conquista macedónica se cierra la historia de la civilización fenicia inaugurada hacia 1200. En lo sucesivo, las ciudades fenicias perdieron factorías y dependencias de ultramar; nuevas rutas comerciales y nuevos negociantes les arrebataron el monopolio de los suministros de Extremo Oriente; la religión y la lengua cananeas se alteraron o desaparecieron, una fundida en la religión sincretista de época helenística y romana, la otra suplantada por el uso, generalizado en todo el Oriente, del arameo y del griego. Las viejas ciudades fenicias continuaban en el mismo sitio, siempre reconstruidas sobre sus ruinas, siempre ricas y activas; pero no eran ya las únicas beneficiarias orientales de las riquezas del Mediterráneo, sino buenas ciudades comerciales e industriales en un mundo de numerosas ciudades, de corrientes comerciales múltiples, a orillas de un mar en el que la edad dorada de los precursores ya había terminado.



FENICIA Y EL PASO DE LOS CONQUISTADORES

En las paredes de la garganta de Nahr el Kelb, dos inscripciones rupestres que conmemoran el paso de los conquistadores (cf. p. 209); a la derecha: Ramsés II (1301-1235), que pasó por allí en sus campañas contra los hititas y sacrificó un prisionero al dios Harmakhis. A la izquierda: Salmanasar III (858-824), que no siempre fue vencedor en esos parajes. Los arameos y los israelitas lo derrotaron en Karkar, en el Orontes, en 835.



BANQUETE FUNERARIO EN SAMAL (Zendjirli)

Una mujer de alto rango está sentada como corresponde a su dignidad en una butaca muy alta y apoya sus pies en un escabel. Ante ella, un servidor agita un espantamoscas.

CARRO DE GUERRA EN SAMAL (Zendjirli)

Los príncipes de los pequeños estados situados en los confines de los hititas y los hurritas, cuyos ejércitos fueron temibles por sus carros de guerra, conservaron esta arma durante mucho tiempo.

PROCESIÓN EN EL PALACIO DE SAMAL (Zendjirli)

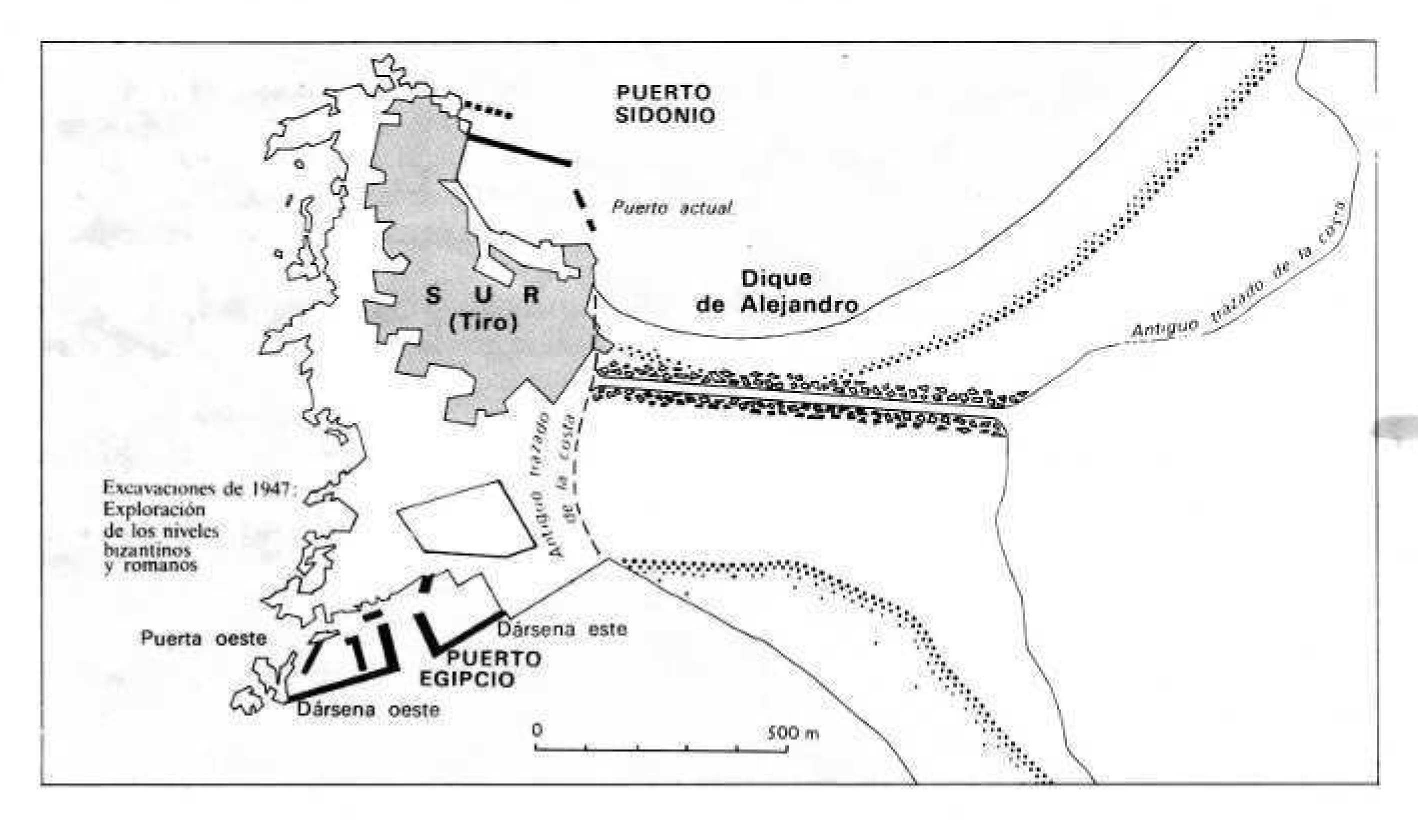


2. *Expansión marítima y comercial*

Por su posición geográfica, Fenicia estaba llamada a desempeñar un importante papel comercial. Desde principios del III milenio, las flotas de Biblos partían hacia Egipto, gran cliente de las maderas del Líbano. Algunas veces se han subrayado los factores favorables a una expansión marítima: buenos puertos sobre la costa fenicia, buenos para los pequeños buques de esa época, abundante abastecimiento de madera, resina y pez para la construcción de barcos; productos negociables: también la madera y los sobrantes de aceite y de vino... Pero ignoramos los motivos que determinaron que los fenicios, excelentes marinos, dedicados a la navegación de cabotaje por las costas del Mediterráneo oriental se transformaran en audaces navegantes que dominaron el Mediterráneo hasta Gibraltar. La necesidad que Oriente tenía de diversos productos, sobre todo metales, debía ser satisfecha. Egeos y micénicos, que sin duda fueron sus abastecedores, ya habían desaparecido. ¿Fueron sus sucesores los fenicios? ¿Se contentaron con desarrollar una vía marítima hasta entonces en competencia con la de los micénicos? Sabemos solamente que hacia el año 1000 los fenicios ya habían establecido factorías en el Atlántico.

Del puerto a la colonia. Cuando los fenicios se lanzaron hacia el oeste no obró sobre ellos el atractivo de un impulso colonial, como más tarde habría de suceder con los griegos; es poco probable que el excedente demográfico de las ciudades fenicias hubiese obligado a partir a numerosos contingentes, y que, obligados por crisis sociales, los más pobres hubiesen marchado en busca de tierras nuevas. Se trataba de alcanzar las fuentes de las materias primas, sobre todo metales, que llegaban ya a Oriente a través de numerosos intermediarios. Los navegantes fenicios se lanzaban a travesías de altura cuando no les quedaba otra alternativa, guiándose por medio de la Osa Menor, a la que los griegos llamarían más tarde «la fenicia», pero preferían la segura navegación costera con escala la noche de cada jornada de navegación. En el transcurso de siglos de vida marítima, los fenicios establecieron, por tanto, una serie de puertos a lo largo de las costas del Mediterráneo, en aquellos lugares que ofrecían protección contra las tempestades, una buena posición para defenderse contra la hostilidad de los indígenas y recursos en agua y alimentos... Allí donde podían establecerse fructíferos intercambios con los indígenas se fundaba una factoría, y cuando se trataba de posiciones importantes comercial y estratégicamente, se levantaban ciudades, ricas en seguida por la actividad de sus almacenes, talleres y arsenales. Importantes contingentes de emigrantes podían arraigar en ellas, como los tirios que siguieron a Elisa (Dido), expulsada de la ciudad por las luchas políticas, cuando partió hacia África del Norte, donde, según la tradición, fundó *Cartago* en 814.

No hubo, por tanto, Imperio fenicio, ni siquiera un asentamiento permanente de colonias fenicias, análoga a la que los griegos realizaron después del siglo VIII. Sin embargo, incluso allí donde la arqueología no halla huella alguna de una instalación fenicia duradera, los fenicios pudieron penetrar como comerciantes, hombres de negocios y mercaderes... Así ocurrió en el mar Egeo y en Asia Menor, donde los indígenas hallábanse tan sólidamente establecidos que los fenicios no podían fundar más que, en el mejor de los casos, modestas factorías para el trueque de productos. Tuvieron colonias fijas en Chipre, isla con la que rea-



PLANO DE TIRO

El dique construido por Alejandro precipitó el depósito de aluviones. La superposición de las capas arqueológicas en un lugar siempre ocupado y la extensión de la ciudad moderna han impedido a los excavadores alcanzar los restos de la más ilustre de las ciudades fenicias.

lizaban intercambios desde tiempo inmemorial; de Kition partía la navegación de cabotaje hacia Asia Menor y el mar Egeo. En Rodas y en Creta los navegantes tuvieron sin duda factorías permanentes, mientras los griegos no desarrollaron sus actividades marineras, cuya pujanza echó a los fenicios del mar Egeo. Hacia el sur, los comerciantes fenicios mantuvieron los antiguos vínculos con Egipto: un barrio de Menfis que les fue concedido llevaba el nombre de «Campo de los tirios». Aprovechándose de las necesidades de Salomón, participaron, si no las dirigieron, en las expediciones israelitas al mar Rojo y al océano Índico, hasta el país de Ofir. Pero eran los únicos señores en Occidente: allí fundaron ciudades de población ciertamente heterogénea, pero cuya existencia respondía a las necesidades de la navegación y del comercio fenicios: *Gades* (la actual Cádiz) se fundó hacia el año 1000; *Útica*, hacia 1100; *Malta*, en el siglo IX; Cartago, en 814. En modo alguno celosas de las ciudades que fundaron, las metrópolis les dejaban la mayor libertad de iniciativa, con tal de que cuidaran sus intereses comerciales. Así Cartago pudo a su vez establecer sus factorías en el sur de Cerdeña, en el oeste de Sicilia y a lo largo de las costas de África del Norte; también Gades se extendió a lo largo de las costas marroquíes. A este impulso se opuso un solo obstáculo: el de la expansión griega, que hizo del oeste de Sicilia, del sur de Italia y de las costas del Languedoc y Provenza regiones abiertas especialmente a los colonos y negociantes griegos.

Nada sabemos de las condiciones en que fueron alcanzadas las lejanas tierras de Oriente. Tratábase, sin embargo, de verdaderos viajes de exploración gracias a los cuales todo el Mediterráneo fue conocido por los navegantes; tampoco sabemos casi nada de las ulteriores exploraciones de los fenicios: desde Gades los navegantes se lanzaron sin duda al Atlántico. De las costas españolas y africanas los comerciantes debieron de avanzar hacia el interior de los continentes. El solo eco que nos ha llegado de estas exploraciones en tierra firme es la mención del viaje de un grupo de aventureros que acaso llegó al Níger por las rutas saharianas. No obstante, conocemos relativamente bien una expedición: el peri-



plo que los marinos fenicios emprendieron por cuenta del faraón *Necao II* (609-593) en torno al continente africano. Los expedicionarios viajaron durante tres años, deteniéndose anualmente para cultivar algunos campos y recolectar la cosecha. Con gran asombro por su parte tuvieron el sol a su derecha cuando contornearon el sur de África. Para los historiadores éste es el dato más seguro de que habían franqueado el ecuador.

Productos, proveedores y clientes. Los barcos fenicios volvían cargados de dos clases de mercancías totalmente diferentes: productos de lujo por una parte, como el marfil, piedras preciosas, perfumes, esclavos, oro, animales salvajes..., que les proporcionaban las navegaciones por el mar Rojo, el océano Índico y las costas atlánticas, desde donde el tráfico marítimo afluía a los puertos del Mediterráneo y Egipto; y productos utilitarios, por otra parte, suministrados en cantidades relativamente grandes por los países de Occidente, y llevados por rutas seguras, en las que el flete era relativamente bajo; tal era el caso para el hierro, plomo, plata, estaño, metales procedentes de las minas del sur de España (el país de *Tarsis*), a los cuales se unían a través de numerosos intermediarios abastecimientos de estaño procedentes de Cornualles y Bretaña.

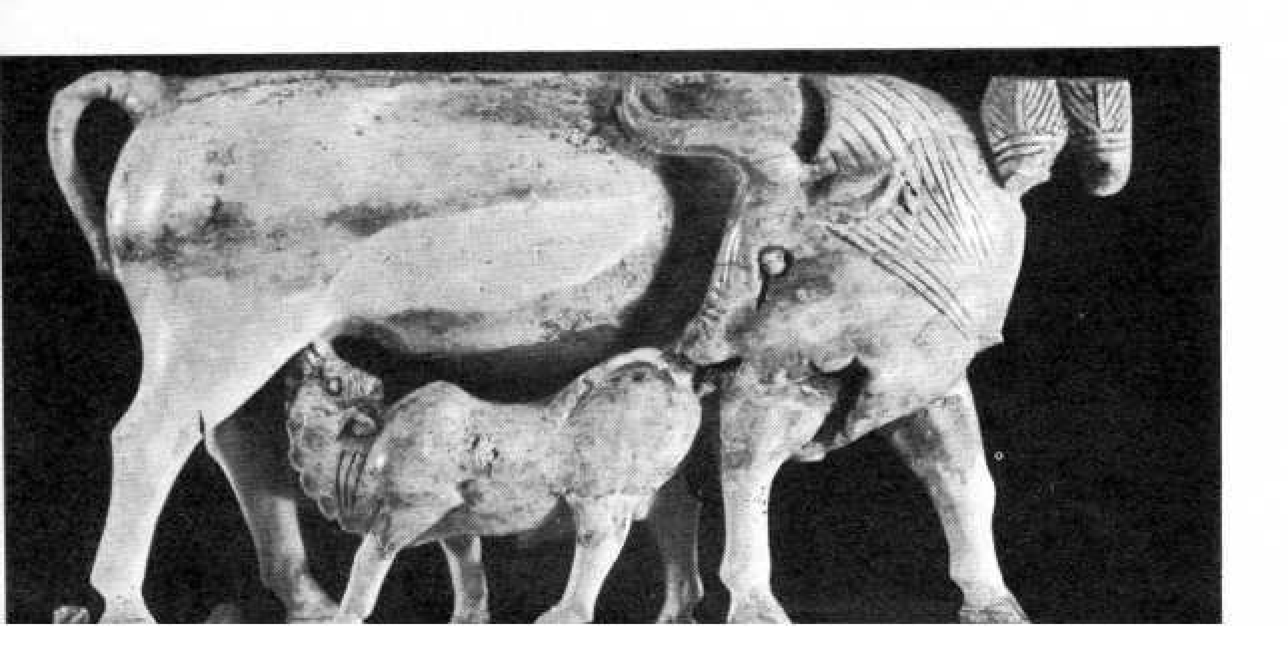
Estos productos utilitarios y preciosos eran pagados con la agricultura y las manufacturas industriales fenicias, que empleaban una parte de las materias primas importadas; tejidos, cristales, vasos, artículos

MARFILES FENICIOS O DE TALLERES SIRIO-FENICIOS (siglos IX y VIII)

Los descubrimientos arqueológicos han multiplicado los testimonios de la extensión de ciertas técnicas decorativas, como la escultura en placas de marfil.

Arriba: dos paneles del tipo de mujer en la ventana, procedentes (izquierda) de Nimrud y (derecha) de Arslan Tash. Cubierta con una peluca, Astarté aparece aquí como diosa del amor, con el aspecto de una prostituta sagrada.

Abajo, a la izquierda: procedente de Arslan Tash, he aquí un bello ejemplo del arte zoomorfo. A la derecha: también de Arslan Tash, un panel inspirado en el arte egipcio: dos genios tocados con la doble corona, amparan con sus alas a un niño desnudo.



metálicos, vino y muchos otros productos eran llevados muy lejos, donde los intercambios debían parecerse mucho a los de los europeos y africanos durante los tiempos modernos, cuando el oro, el marfil, los esclavos y las maderas de África se cambiaban por baratijas, los tejidos malos y las armas en desuso procedentes de Europa. Tal vez Heródoto anda bastante cerca de situarnos en la atmósfera de aquellos cambios cuando nos cuenta lo que le han dicho sobre los trueques en las costas de África:

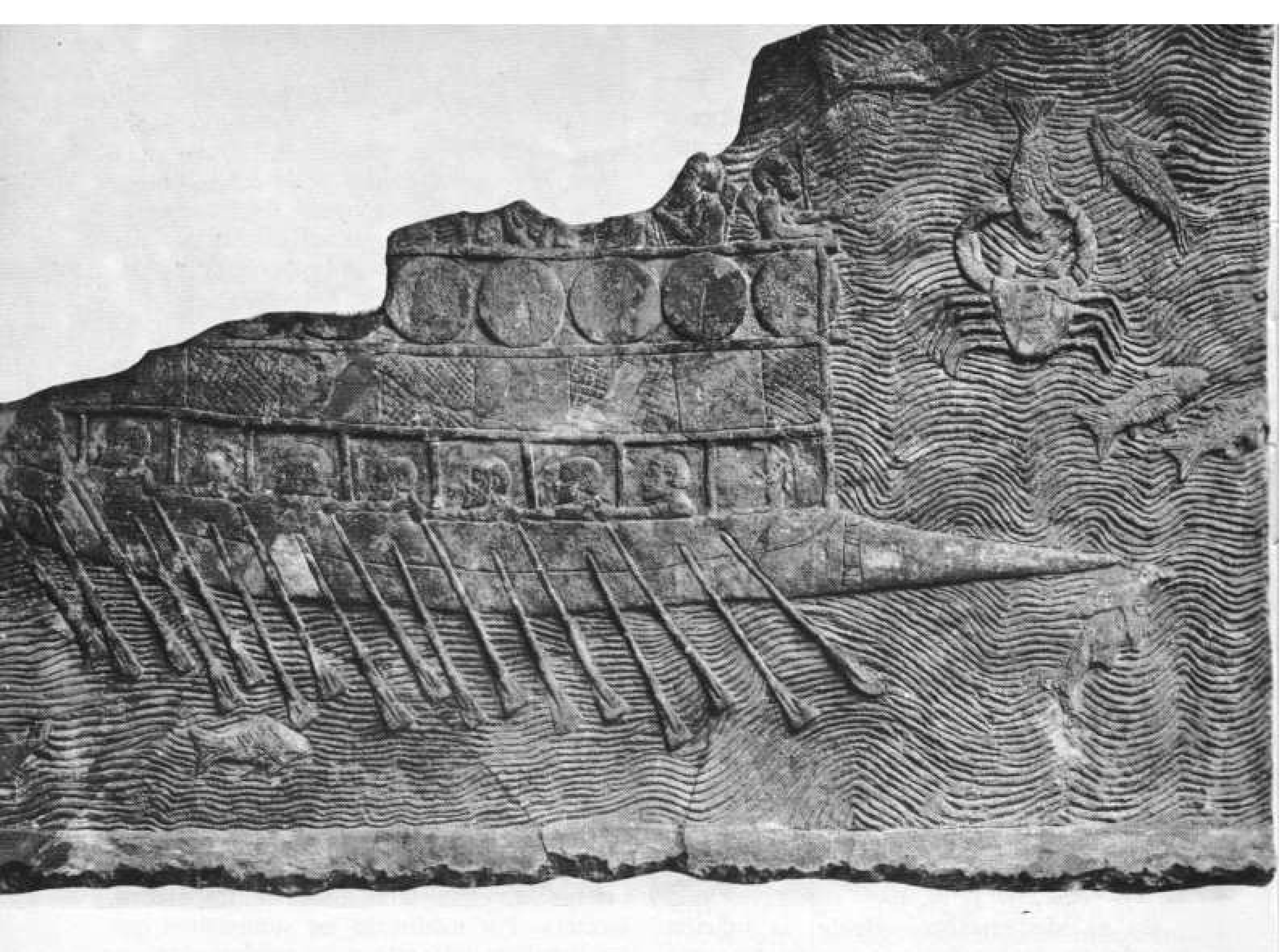
«(Los cartagineses) desembarcan sus mercancías y las disponen junto a la orilla, luego regresan a sus barcos y hacen humo para advertir a los indígenas. Éstos se acercan, colocan al lado de las mercancías el oro que ofrecen a cambio y se retiran. Los cartagineses descienden de nuevo y examinan lo que han dejado. Si consideran que la cantidad de oro responde al valor de las mercancías, lo recogen y se van. Si no, regresan a sus barcos y esperan. Los indígenas vuelven y agregan más oro hasta que los cartagineses se sienten satisfechos. No se hacen recíprocamente ningún engaño, unos no tocan el oro antes de que la cantidad dispuesta no les parezca en relación con sus mercancías, y los otros no tocan las mercancías hasta que los cartagineses no hayan tomado el oro.» (IV, 96.)

En el Mediterráneo oriental la función económica de los fenicios era mucho más compleja: tratándose de sus manufacturas, no podían pensar en vender solamente los



productos de baja calidad a sociedades bárbaras, sino que debían igualmente satisfacer las necesidades de clientelas exigentes. La industria fenicia proporcionaba a los más potentados bellos tejidos de púrpura, orfebrería, ebanistería, metales trabajados, etcétera. Por medio de los suministros que les llegaban del oeste y las maderas de sus bosques, los fenicios eran, por otra parte, los intermediarios a través de los cuales,





NAVE DE GUERRA FENICIA

En un bajorrelieve del palacio de Senaquerib, en Nínive, una escena ilustra la sumisión de Tiro y de Sidón, de donde huye el rey Luli (701). El barco de guerra está movido por dos hileras de remeros, y dotado de un poderoso espolón. Sus altas amuras están destinadas a llevar numerosa infantería de marina.

ya comprando o bien exigiendo el pago de tributos, los Imperios orientales se procuraban una parte de las materias primas, sin las cuales su brillante civilización no hubiera podido realizarse. Eran, en fin, los empresarios y agentes por quienes había que pasar obligatoriamente cuando se trataba de expedición marítima.

Salomón y Necao fueron sus clientes más ilustres. Así los marinos y comerciantes fenicios estaban presentes en todas partes. Sus empresas eran muy diversas; eran expedidores de productos pesados que cargaban flotas enteras, forma en la que se realizaba el abastecimiento de madera a Asiria, haciendo remontar la mercancía a lo largo de la costa hasta la desembocadura del Orontes; también podían ser, a bordo de pequeños navíos aislados, aventureros a la búsqueda de un buen mercado, incluso de una rapiña, porque el navegante de aquel tiempo no desdeñaba la piratería.

La importancia del papel que los fenicios desempeñaban en las empresas marineras era capital; pero había que asegurar la penetración de los hombres y mercancías en el interior de las tierras. Sobre este particular apenas sabemos nada. Cuando Salomón hubo recurrido a los buenos oficios de Hiram de Tiro, éste le hizo decir a propósito de los abastecimientos de madera: «Mis siervos los bajarán del Líbano al mar y yo los haré llegar en balsas hasta el lugar que tú me digas. Allí se desatarán y tú las to-

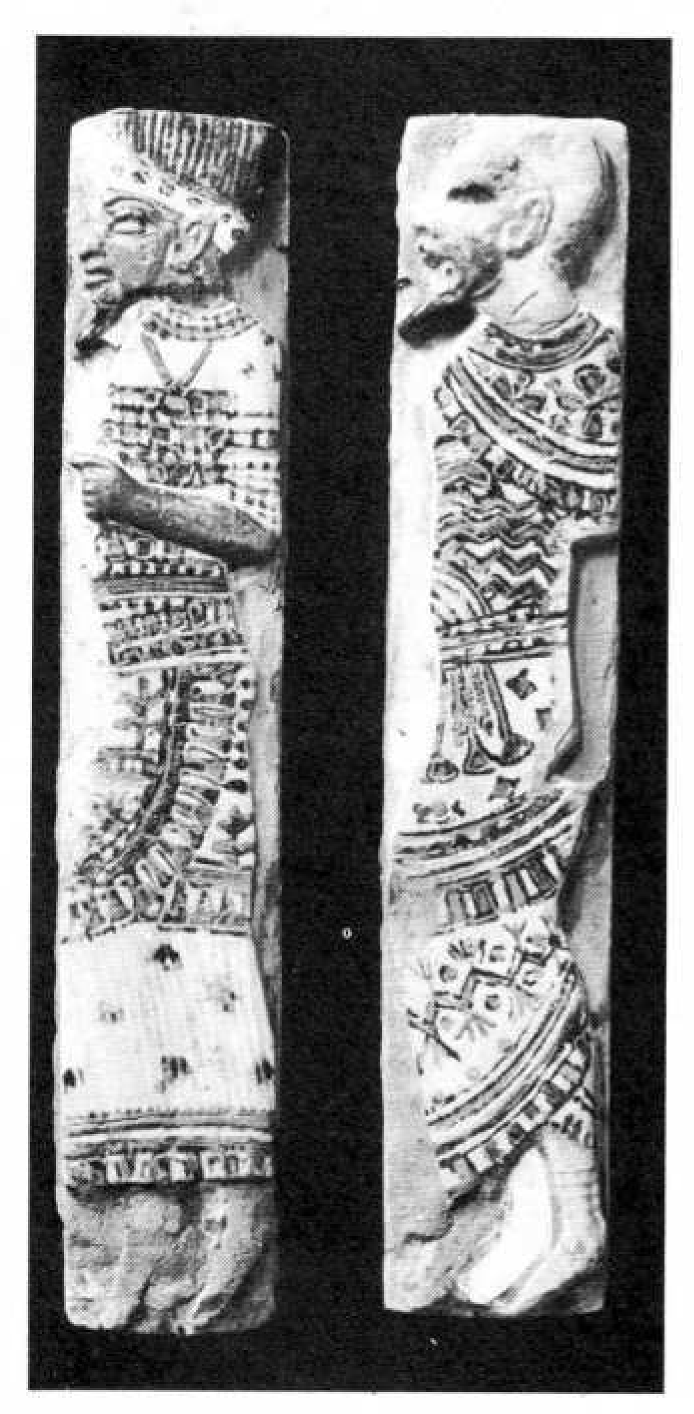
marás.» *(I Reyes, 5, 23.)* Pero ignoramos por qué ruta y qué medio fueron enviados los troncos a Jerusalén, como ignoramos también lo que fue de la madera destinada a Mesopotamia. Debemos suponer que la línea costera y el interior de las tierras estaban comunicados por medio de un tráfico caravanero más o menos regular. Sin duda en ese aspecto los arameos desempeñaron un papel importante; la extensión ulterior de su idioma a todo el Oriente antiguo parece acreditar la importancia de las corrientes comerciales que atravesaron sus principados.



UNA NAVE DE TARSIS

En un sarcófago de Sidón, que data del siglo II *d. de J.C., se halla representado un barco mucho más pesado, movido solamente por un simple velamen; la dirección está asegurada por remos a cada lado de la popa, con la ayuda, para virar de bordo, de una pequeña vela auxiliar situada sobre la proa. Estos barcos eran de casco redondo, de singladura muy corta, y en ellos se llevaban a Fenicia los productos de toda la costa del Mediterráneo. A todos los barcos de carga se les denominaba barcos de Tarsis. En una de esas naves de Tarsis embarcó Jonás. Antes de que la técnica naval se perfeccionase, los barcos comerciales fueron sin duda de gran variedad, entre los cuales los más sencillos fueron las naves sin puentes movidas a remo* *(cf. p. 175).*

3. Aspectos de la civilización sirio-fenicia



VESTIDURAS FENICIAS

Estas placas policromadas, procedentes de Egipto, nos muestran el traje multicolor llevado por fenicios y sirios, tan extraños a los ojos de los egipcios, que vestían telas blancas. Los tejidos estaban bordados con vivos colores, y para un solo vestido eran necesarias varias piezas, algunas de las cuales se llevaban como chales drapeados.

Una de las más grandes dificultades del historiador es determinar con certeza el carácter auténticamente fenicio de tal o cual aspecto de la civilización que se extendió de un lado a otro del Líbano. La mezcolanza de hombres e ideas ha sido tal en esa encrucijada de las civilizaciones orientales, que es, por ejemplo, imposible decir de una obra de arte que es fenicia, si no es precisamente por la extraordinaria amalgama que ofrece de elementos egipcios, hititas, egeos y asiáticos en el sentido más general del término; la capacidad del fenicio aparece finalmente en la habilidad de ejecución, y el don de fundir elementos tan dispares en una obra que tiene su unidad. Por tanto, parece posible reconocer una civilización fenicia, cuyas manifestaciones han desbordado los límites de la llanura costera en la que nació, dando carácter sobre todo a los pueblos arameos de Siria dispuestos siempre a recibir y asimilar nuevas influencias.

La religión fenicia. Mixtificada en múltiples aspectos por la adopción de la iconografía y de las soluciones arquitectónicas egipcias, los módulos culturales y los atributos divinos mesopotámicos y abierta incluso a las influencias venidas de Grecia a partir del siglo VI, la religión fenicia no dejó de ser lo que era, es decir, una religión cananea. Paradójicamente, un pueblo de marinos y negociantes se atuvo a una religión profundamente naturalista, más conveniente para los agricultores del II milenio que para los marinos que llegaban a las orillas del Atlántico.

Los dioses fueron siempre designados con los términos *Baal*, es decir, señor, o *Milk*, es decir, rey. Pero, como en el pasado, se precisaba algo de la naturaleza y la residencia del dios por un epíteto que se le daba:

Tiro adoraba a *Baal Melkart* (cuyo nombre significa «rey de la ciudad»), divinidad del cielo, dios solar, a quien la expansión marítima concedió caracteres secundarios de dios marino; era el dios más grande de toda Fenicia. Dios importante en Cartago, su gran santuario de Occidente estaba en Gades.

Sidón tenía por dios a *Eshmun*, dios de la tierra, dios de las fuerzas infernales, y también dios curador. Su personalidad atestiguaba a la vez la perennidad de la religión cananea, religión naturalista, pero también sus posibilidades de evolución por síntesis y reestructuración: Eshmun reunía en sí los caracteres de Aliyan Baal, dios de las fuentes, y de Mot, dios de las cosechas, a quienes los cananeos del II milenio oponían antitéticamente. Este dios nuevo, señor de la vegetación, estuvo asociado a la diosa Astarté; la pareja divina iba a conocer la veneración del mundo mediterráneo cuando su culto se extendiera por él con nombres griegos: *Adonis* y *Afrodita*.

Las ciudades fenicias tuvieron ciertamente otros dioses: *Dagan*, venerado particularmente en Arados, donde esta antigua divinidad del trigo se representó durante el I milenio con una cola de pescado; *Reshef*, dios celeste, dios del rayo, avatar de Baal, etc. Pero la más importante de las divinidades seguía siendo *Astarté*, la única diosa que los fenicios habían conservado; era múltiple en sus atribuciones, y aunque fundamentalmente encarnaba las fuerzas de la fecundidad, se asimilaba también a otras funciones. Adorada como Balaat (soberana) de Biblos, se la identificó también con Isis-Hathor; en contacto con los pueblos de Siria del norte adoptó la personalidad de Kubaba-Cibeles; para los griegos fue Afrodita y Hera; su persona era susceptible de todas las interpretaciones: diosa amorosa, bella, fecunda, real, dominadora, maternal, etc.

El ambiente y la organización de la vida religiosa continuaron siendo profundamente cananeos. Como en el II milenio, los dioses fueron adorados en los templos urbanos, cuyas disposiciones no debían de diferir



BAAL FENICIO (siglo IX)

Los fenicios conservaron los cultos y representaciones de siglos anteriores, pero con menos talento y diversidad. No ha sido hallada ninguna serie de estatuillas de bronce comparables a las de Ugarit (cf. p. 215 y lámina 24). Solamente algunas estelas recuerdan el arte del bajorrelieve de la época cananea, como este Baal de Amrit (Marathos). Encontramos en él todos los temas característicos de un arte compuesto: el dios está de pie sobre un animal, como sus semejantes de Siria y del norte de Anatolia. Lleva los cuernos de los dioses de Mesopotamia, y tiene un arpa del mismo origen. De Egipto proceden el uraeus *de su casco y el disco alado de la estela.*

mucho de los del templo de Salomón; los santuarios a cielo abierto, típicos del país cananeo, se multiplicaron entonces: recintos sagrados donde el dios se acogía en una pequeña capilla, santuarios consagrados por excelencia a los dioses celestes, recintos sacrificiales o *tophets*, cuyo mejor ejemplar ha sido hallado en Cartago. La acumulación de las ofrendas de siete siglos no deja ninguna duda sobre la realidad y la frecuencia del sacrificio de niños o *molk*, término que los hebreos interpretaron como designación de un dios, Moloc, que exigía sacrificios humanos. Las inscripciones nos dan a conocer la existencia de un clero numeroso, cuyos diferentes grupos, sacerdotes, sacrificadores, escribas, músicos, prostitutas sagradas, etc., servían como en el pasado el culto de una religión naturalista preocupada por obtener de los dioses la renovación de la vida animal y vegetal. Las necesidades de los santuarios jamás dieron lugar a una escultura religiosa. Sin duda, cananeos y fenicios debieron de conocer la estatua, imagen y altar del dios; pero prefirieron siempre multiplicar esos extraños altares que eran las piedras y las estacas sagradas. En su vida doméstica, la protección divina se solicitaba por medio de estatuillas de factura generalmente tosca y, más aún, por un gran número de amuletos muy a menudo de origen o de inspiración egipcia: escarabeos, representaciones de Bes, Isis u Osiris.

Sólo el arte funerario nos ha dejado vestigios importantes. Ignoramos si los fenicios tomaron de los egipcios sus creencias sobre la vida de ultratumba; parece seguro que las tumbas fueron para ellos «moradas de eternidad», a juzgar por el cuidado con que se las trató. Las prácticas de momificación fueron empleadas en el I milenio, al menos esporádicamente y por los más grandes personajes. La originalidad de los fenicios fue el empleo de las cuevas funerarias talladas en macizos de roca calcárea. Durante el I milenio se excavaron cuevas cada vez menos profundas, aunque persistió siempre la costumbre de disponer de cámaras subterráneas para guardar los sarcófagos. Éstos fueron importados directamente de Egipto, o, mejor dicho, construidos a imitación de modelos y temas egipcios, como el sárcofago de Hiram de Biblos, que conserva el primer testimonio del alfabeto semítico antiguo (siglo XI). En los siglos que siguieron, los tallistas en piedra y escultores fenicios produjeron múltiples sarcófagos antropoides parecidos a los de Egipto; los más antiguos son de carácter naturalista; en época posterior estuvieron decorados con motivos geométricos. Unos y otros ofrecían en su parte superior una mascarilla, cuyo tratamiento escultórico revela la tendencia progresiva de los artistas fenicios por imitar la estatuaria griega.

La actividad económica de las ciudades fenicias. La prosperidad fenicia se fundamentó siempre en la excelente explotación de los recursos vegetales. Utilizando juiciosamente sus pequeños terruños, multiplicando cultivos en terrazas y realizando trabajos de irrigación, convirtieron las llanuras costeras e interiores en un país rico y reputado por sus productos. En campaña, en el valle del Orontes, las tropas de Ramsés II hallaron «jardines llenos de frutos, los vinos en los lagares chorreantes como olas de agua, los trigos en las terrazas en tal exceso que eran más abundantes que los granos de arena en las playas». Los fenicios y los sirios debían conservar, por encima de todas las conquistas, su reputación de jardineros y arboricultores. Parece ser que Fenicia abasteció sobradamente sus necesidades y dispuso de importantes excedentes de aceite, vino y dátiles, con los que podía comerciar. Estos productos, junto con las maderas del Líbano (cedros, pinos silvestres, abetos, robles, cipreses...), constituyeron las primeras exportaciones fenicias.

El desarrollo económico, paralelamente a la expansión marítima, dio a conocer entonces a los fenicios como hábiles obreros, expertos en trabajar madera y piedras del país, así como el marfil y los metales importados:

Explotando bosques y canteras, fueron buenos carpinteros, ebanistas, canteros, albañiles..., y sin su concurso Salomón no hubiese podido levantar el templo, ni Senaquerib lanzar una expedición naval sobre el golfo Pérsico.

Abastecidos de lana por sus ganados y por las importaciones procedentes de Mesopotamia, tejieron y cortaron vestidos famo-



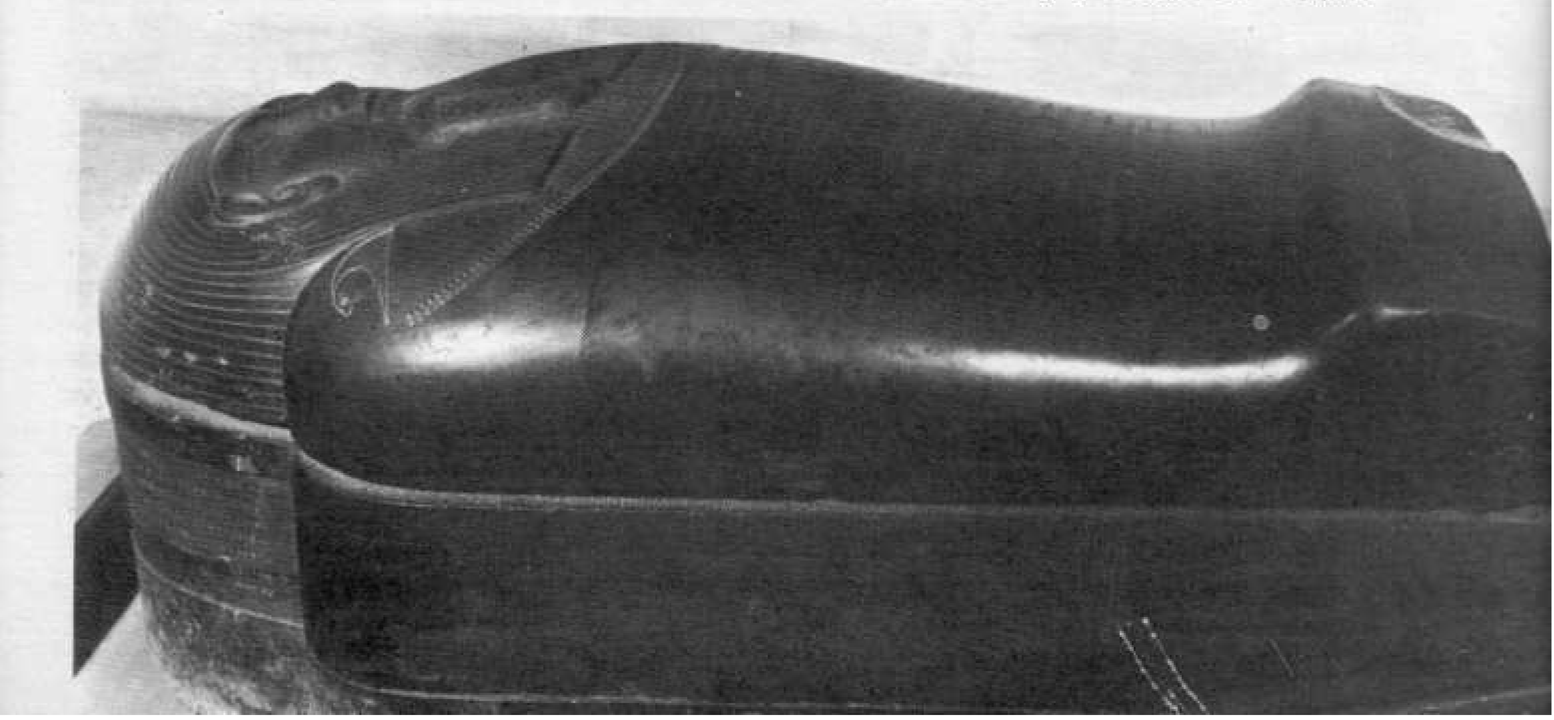


ESTELAS FUNERARIAS DE NEIRAB, EN SIRIA SEPTENTRIONAL (siglo VI a. de J.C.)

Las inscripciones que cubren estas dos estelas nos demuestran que el arameo se escribió al principio en un alfabeto simplemente tomado de Fenicia. Los textos recuerdan conceptos religiosos semejantes a los de todo Oriente antiguo: el muerto sobrevive simultáneamente en la tumba y en un mundo subterráneo más vasto. Profanar su sepultura es un crimen y las más terribles maldiciones son pronunciadas contra quien se atreva a hacerlo. A la izquierda: el sacerdote Agbar, representado en un banquete fúnebre. A la derecha: Sin-Zeribni, sacerdote del mismo dios Sahar.

EL SARCÓFAGO DE ESHMUNAZAR (siglo III a. de J.C.)

He aquí un bello ejemplo de los sarcófagos antropoides adoptados por príncipes y notables fenicios durante el I milenio a. de J.C. A menudo eran tallados en basalto y procedían de Egipto.



sos en toda la antigüedad por la variedad de sus colores. Sus telas más suntuosas eran tejidos de lana teñidos de púrpura, proporcionada por un molusco marino llamado múrice. No sabemos cómo estaba organizado el trabajo: hilatura, teñido y bordado hacíanse sin duda en pequeños talleres y en el marco de un artesanado doméstico; la tintorería constituía una actividad ya más considerable: según las dimensiones de los montones de conchas de múrice y las huellas de instalaciones de grandes tinas, es probable que la tintorería hubiese dado lugar a la formación de barrios enteros poblados por bataneros y tintoreros. Esta industria fenicia era universalmente famosa, y las mujeres de Sidón, célebres por sus labores de aguja. Así dice Homero:

«Mientras tanto bajó ella (*Hécuba*) al fragante aposento, allí donde / se guardaban los peplos bordados que hicieron las siervas / que se trajo una vez de Sidón el deiforme Alejandro... / (De ellos tomó un Hécuba), era el peplo mayor y de más delicados bordados; / como un astro brillaba y estaba en el fondo del cofre.» *(La Ilíada*, VI, 289 s. Versión de Fernando Gutiérrez.)

Recibiendo el cobre de Chipre o del desierto del Negev, el estaño de Asia Menor y de España, el oro y la plata de África y de Arabia, el hierro de Asia Menor y de Occidente..., los fenicios eran también hábiles obreros metalúrgicos, especialmente famosos por sus obras de cobre, bronce y su orfebrería. Los broncistas de Tiro fueron también indispensables al templo de Jerusalén, lo mismo que los carpinteros y albañiles y, ante Troya, Aquiles ofreció como recompensa una gran «urna de plata... maravillosamente adornada por los ingeniosos sidonios». Hemos hallado numerosos vestigios de esta metalurgia; aparte de los artículos de uso corriente y del utillaje, la producción fenicia comprendía obras de gran calidad, tales como vasos y tazas decorados, y sobre todo una orfebrería muy bella; pero las estatuillas de bronce, por otra parte poco numerosas, que han llegado a nosotros, ponen de manifiesto un trabajo de menor calidad, sobre todo si se compara con los producidos en Ugarit por los obreros broncistas del II milenio.

Los fenicios parecen haber tenido el monopolio de dos clases de trabajos: la producción y elaboración del vidrio y la escultura sobre marfil. El vidrio era conocido en Egipto y Mesopotamia desde el II milenio, pero en el I milenio se convirtió en un artículo selecto, salido de los talleres fenicios para los clientes extranjeros; coloreado o no, opaco, translúcido o transparente, el vidrio fenicio, pasado por la muela o trabajado en frío, sirvió para hacer platos, vasos, perlas, escarabeos, pendientes..., testimonios de lo cual se han encontrado en las orillas de todo el Mediterráneo.

En el siglo I a. de J.C., los obreros fenicios empleaban ya la técnica del vidrio soplado, pero desde hacía mucho tiempo había quedado bien establecida su reputación internacional. A uno de ellos, obrero trashumante quizá, se debe el vaso de cristal que poseía Sargón II. El marfil de África y de la India servía para la talla de elementos decorativos del mobiliario, y para la confección de pequeños objetos preciosos. El origen de los marfiles hallados en Asia occidental, en Megido (siglo XIII), Samaria (siglo IX), Arslan Tash (siglo IX), Khorsabad y Nimrud (siglo VIII) plantea difíciles problemas. La complejidad de las influencias y de los temas impide pronunciarse por una atribución precisa; pero es muy probable que esos marfiles hayan sido trabajados por artistas fenicios o sirios, en los talleres de las ciudades fenicias o en la corte de los grandes personajes que se los encargaron; merecen el epíteto de fenicios por la mezcolanza de temas que ofrecen, muy propia del gusto fenicio, y por la calidad de la ejecución. Los fenicios eran los proveedores de esos productos de gran lujo, hallados en Etruria y España, así como de los vasos metálicos y de la orfebrería.

Nada sabemos de la vida social de las grandes metrópolis fenicias, pero la sustitución del poder de una aristocracia comerciante por el de los reyes o la división de responsabilidades políticas, como ocurrió en los siglos VI y V, testimonia sobradamente el poderío de aquellos que dirigían la vida económica de la ciudad. Consejeros del rey allí donde lo había, ocupaban los cargos importantes de la ciudad —por ejemplo, el de gran sacerdote— y pudieron incluso, como en Tiro, detentar el poder directamente entregando la dirección del Estado a dos magistrados elegidos entre ellos: los *sufetas* (los jueces).

UNA FABRICACIÓN SIRIO-FENICIA
(siglos IX-VIII)

Entre los artículos que fabricaban y vendían las ciudades de Siria y Fenicia había numerosos objetos decorativos en los cuales los artesanos hallaron ancho campo para su espíritu inventivo e ingenio. Lo demuestra este tapón, que representa una cabeza de león bellamente trabajada, con ojos incrustados, cuyas fauces escupían el líquido que se vertía, y tragaba las gotas que quedaban en la copa cuando se levantaba el jarro.



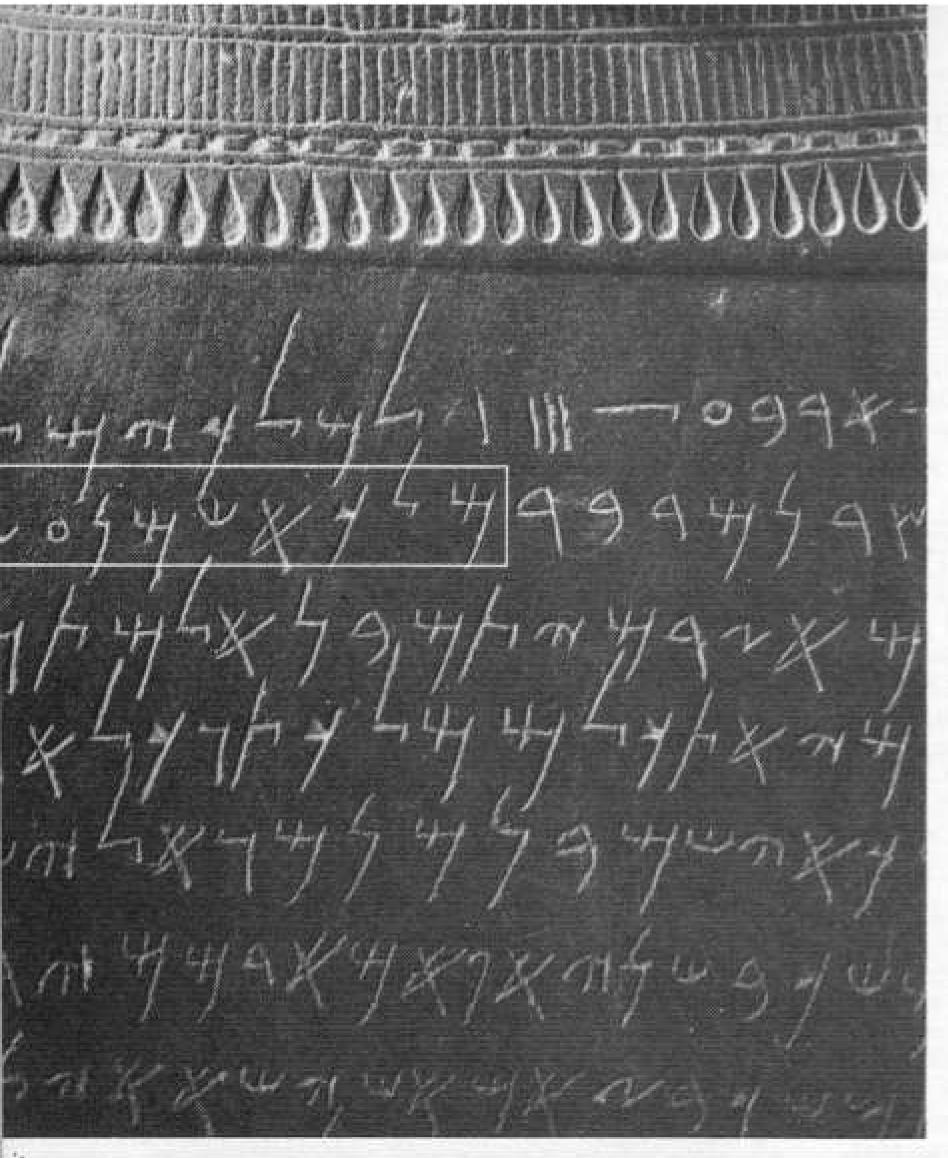
PLATO DE PLATA ENCONTRADO EN CHIPRE (siglo VII a. de J.C.)

Lo mismo que tantos marfiles, atribuidos a los fenicios, y que han sido hallados por todas partes, pero no en Fenicia, igualmente tenemos platos metálicos de la misma procedencia hallados en Chipre y Etruria. Repujado y grabado, este plato procede de Idalión, y muestra una mezcla muy característica de temas egipcios y mesopotámicos.



MARFIL DE ESTILO ASIRIO

Fabricados en los talleres sirio-fenicios o por artesanos que procedían de esos talleres, por encargo de clientes extranjeros, los marfiles se multiplicaron. Según los lugares, los artesanos se sintieron atraídos por las formas del arte indígena, o bien transmitieron su técnica a artesanos del país. Así puede explicarse que en este panel de marfil hallado en Nimrud reconozcamos temas característicos de bajorrelieves asirios, grabados y no tallados con aquella técnica.





POSTERIDAD DE LA CIVILIZACIÓN FENICIA

Desde los siglos IX *u* VIII *los griegos adoptaron y perfeccionaron el alfabeto fenicio. Después del siglo* VI, *los arameos lo perfeccionaron igualmente, sin llegar, sin embargo, a la anotación de las vocales. Iniciadores de una de las grandes revoluciones intelectuales de la humanidad, los fenicios no llevaron más lejos las consecuencias de su descubrimiento. En las inscripciones tardías se perpetúa el mismo sistema de escritura consonántica. En la foto superior, los diez últimos signos de la segunda línea, leyendo de derecha a izquierda, se deletrean: MLK H SH M N H Z R «el rey Eshmunazar» (confróntese página 219).*

Abajo: el testimonio de un arte indígena influido por la presencia de los cartagineses, continuadores de los fenicios y de sus múltiples obras. Es la Dama de Elche, hallada en los terrenos de La Alcudia, predio cercano a la capital ilicitana, en la que confluyen las tradiciones ibéricas con los influjos orientales importados por los cartagineses y los postulados del arte griego.

4. *El papel histórico de Fenicia y Siria*

A esas ciudades y principados siempre vencidos y menospreciados generalmente por los grandes Imperios, las civilizaciones antiguas debieron numerosos progresos o cambios de grandes consecuencias. Las navegaciones fenicias, que exploraban el Mediterráneo y los accesos del Atlántico y aseguraban una vinculación casi regular entre las orillas occidentales y orientales, contribuyeron a forjar la unidad del mundo mediterráneo. Por ellas y los abastecimientos que llevaban a Oriente, los grandes Imperios recibieron en cantidades crecientes las materias primas indispensables para su progreso monumental y político.

Fenicia y Siria habían sido siempre tierras de encuentros y síntesis; esto está demostrado en el I milenio, tanto en arte como en religión. Las grandes síntesis religiosas fueron obra de los arameos, al menos tanto como de los fenicios; la fuerte religión cananea evolucionó más lentamente, aunque las asimilaciones a que Astarté se prestaba prepararon la fusión de las diferentes diosas madres de todo el mundo oriental.

Pero al otro lado del Líbano, los arameos hallábanse más dispuestos aún a realizar la fusión de creencias y divinidades. Tomando de las poblaciones indígenas sus dioses hurritas, hititas y cananeos, asimilando las influencias religiosas que podían llegar a ellos de la costa fenicia, adoraron una mezcolanza de divinidades: El, *Baal Shamein* (Baal de los cielos), Shamash, Sin, Adad, Teshub..., es decir, todas las divinidades celestes, que tendieron a unificarse, tanto más rápidamente cuanto que ninguna de ellas estaba vinculada a una tradición religiosa propiamente nacional. Así se inició la formación de un vasto sincretismo religioso que iba a redundar, en las épocas helenística y romana, en el concepto de un dios supremo, señor del cielo e identificado con el Sol, mientras que todas las personalidades femeninas del panteón sirio-fenicio debían fundirse en la única persona de aquella a quien se denominaba la «Diosa siria». Llegaría el día en que todas las provincias del Imperio romano serían influidas por el culto de las grandes divinidades orientales de personalidad tan variada, pero desde las postrimerías del siglo V a. de J.C. Grecia acogió uno de esos dioses de persona y ritual tan ricos: Adonis, cuyos misterios celebraron las mujeres de El Pireo, cuando la flota ateniense se hizo a la vela rumbo a Sicilia (415).

Los fenicios extendieron por todas partes el *alfabeto*, solamente modificado por los griegos, que hallaron el medio de anotar las vocales. Los arameos dieron a Oriente su unidad lingüística. Valiéndose de su oficio de caravaneros e intermediarios, extendieron su idioma, cuya simplicidad resultaba un excelente medio para llevar a efecto los intercambios; las deportaciones asirias, dispersando a los arameos en todas las partes del Imperio, completaron su extensión. Adoptado por la comodidad de su empleo y estructuración alfabética en pergamino, el arameo se convirtió en la lengua oficial de la administración persa, y desbancó definitivamente al acadio como lengua internacional. Adoptado por la mayoría de los pueblos, incluso por el fenicio, cuya lengua no subsistió sino en sus colonias de Occidente, el arameo llegó a ser la lengua cotidiana para los pueblos de Mesopotamia, Siria, Fenicia, Palestina y Arabia del norte, sin distinción de clases sociales. Desde el siglo IV, el área lingüística aramea comenzó a fraccionarse, para dar nacimiento a múltiples dialectos, pero la unidad cultural que había recibido del antiguo Oriente no debía desaparecer tan pronto.



DOS «INMORTALES» (ESCALERA DE LA APADANA DE PERSÉPOLIS)

Dos de los guardias de la persona real, cuyo número se mantenía siempre en 10.000 hombres, lo que valió a este cuerpo de selección el sobrenombre de «guardia de los inmortales».

CUARTA PARTE

CIVILIZACIÓN DE LAS LLANURAS Y ESTEPAS: IRANIOS E HITITAS

Del mar Egeo al Indo, al sur del Cáucaso y del mar Caspio, al norte del Fértil Creciente, las vastas llanuras de vegetación esteparia recibieron una importante población en fecha tardía. Éstos fueron los pueblos indoeuropeos, llegados en gran número a partir del II milenio.

Junto con los pueblos ganaderos durante mucho tiempo nómadas, construyeron grandes Estados tras fulminantes conquistas, guiados por aristocracias guerreras dueñas de carros de combate y de jinetes. En la escuela de los viejos imperios orientales, egipcio y mesopotámico, adquirieron las técnicas políticas y administrativas, y muy pronto la ideología: se desarrollaron como imperios de pretensiones universales; el persa fue el más vasto que conoció el mundo antiguo, antes del Imperio romano.

Prematuramente agrupados, y por aglutinar pueblos demasiado diferentes unos de otros, estos imperios eran frágiles. A causa de sus dimensiones, el Imperio hitita tuvo alguna posibilidad de perdurar, pero se desmoronó bajo el impulso de nuevos pueblos indoeuropeos. El Imperio persa era enorme. La imposible centralización, la heterogeneidad de sus pueblos y las irreprimibles ambiciones de su aristocracia hicieron de él un coloso con pies de barro. Pero a causa de la misma diversidad de las civilizaciones que englobaron, esos imperios tuvieron tiempo de representar un papel capital en la historia: permitieron aproximaciones e intercambios entre civilizaciones hasta entonces más o menos cerradas y separadas por grandes distancias. En la margen occidental de ese conjunto de hombres e ideas debe buscarse el origen del «milagro griego».



LA IRRIGACIÓN POR «QANAAT»

Esta manera de utilizar el agua se emplea en las zonas que se extienden entre las montañas y las llanuras interiores. El agua se filtra lentamente a través de una capa impermeable, que los campesinos alcanzan por medio de pozos regularmente espaciados. A los qanaat *del Irán corresponden los* foggara *del norte del Sahara.*

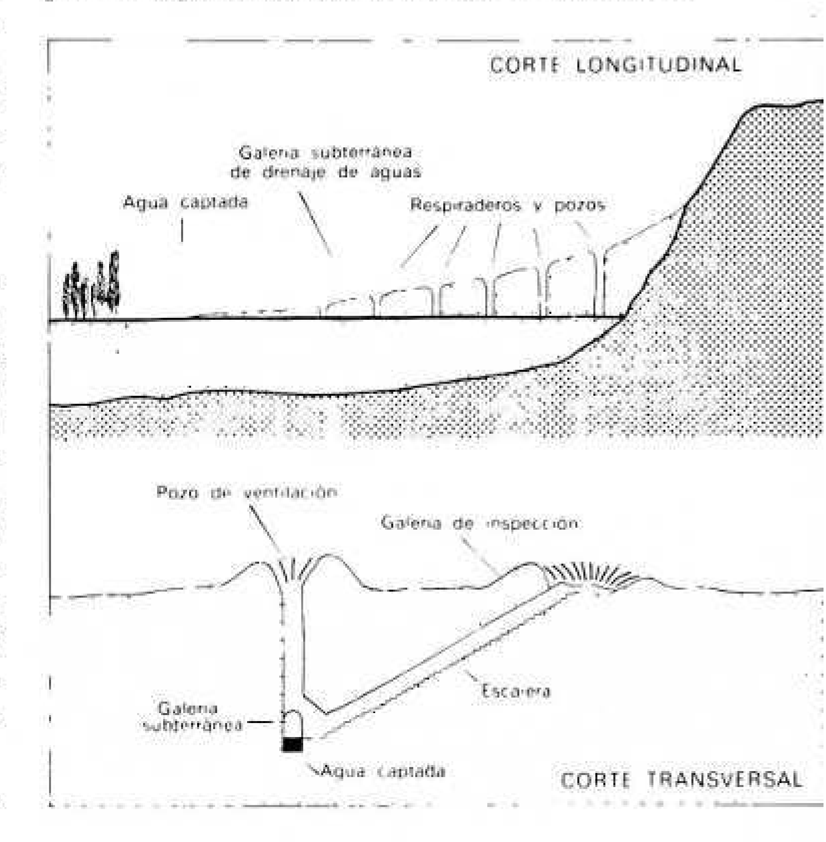
IX
LOS PERSAS
Y LA CIVILIZACIÓN IRANIA

1. El Irán y sus primeros ocupantes

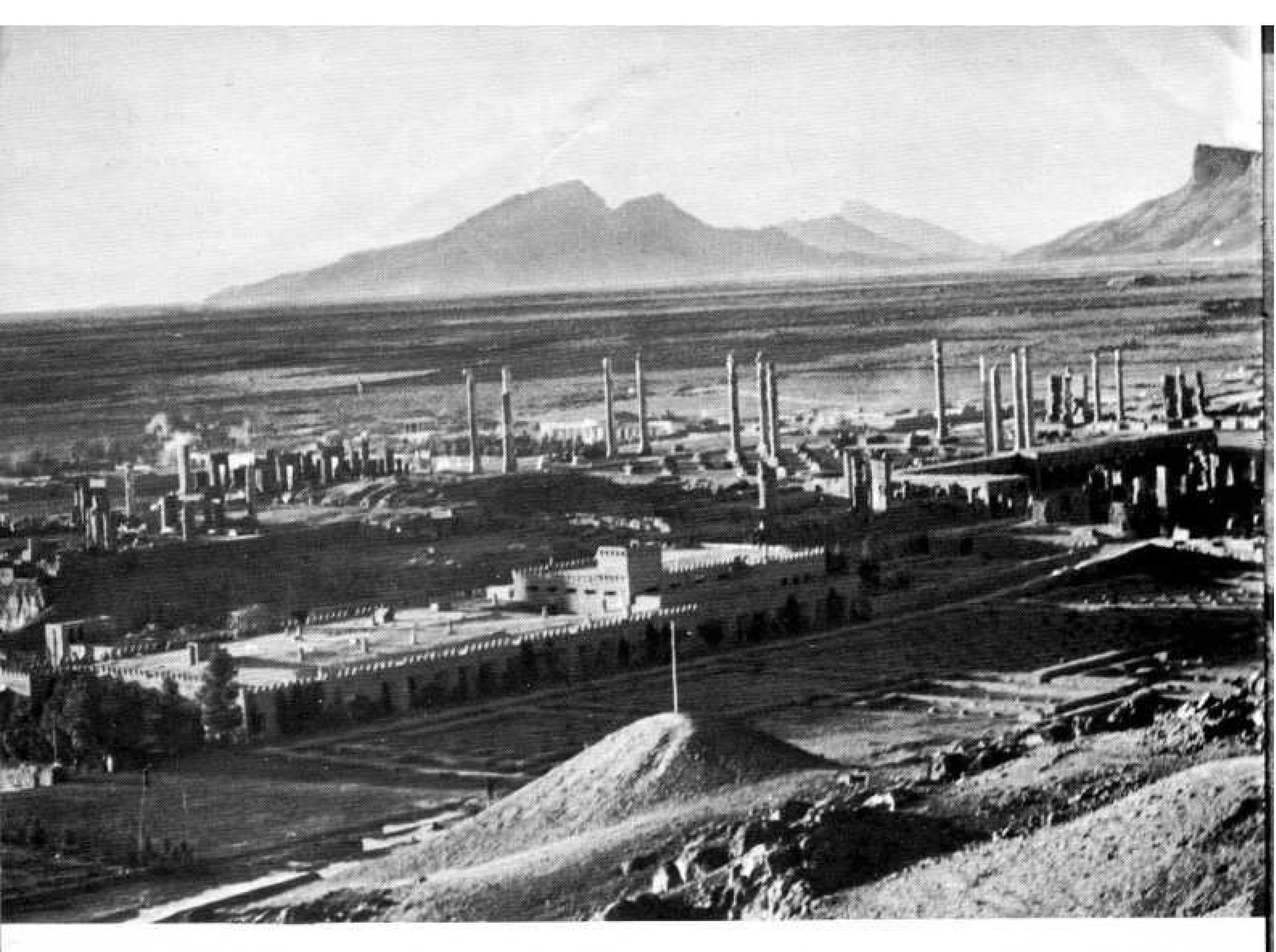
El Irán es, propiamente hablando, el «país de los arios». Para el geógrafo, la palabra sirve para designar el conjunto de llanuras que se extienden desde Armenia hasta el Indo. Pero desde principios del siglo XX la palabra tiene también un sentido político y designa el Estado que los europeos de los siglos anteriores habían denominado *Persia*. En su sentido propio, Persia es sólo una parte de la llanura irania, la provincia de Chiraz, pero el papel histórico de los persas (en sentido estricto) había sido tal a partir del siglo VI a. de J.C. que los occidentales, según los autores griegos y latinos, aplicaron la palabra a todos los habitantes de la llanura, englobados en un vasto Imperio cuya jefatura se aseguraron los persas. Se puede hablar de civilización persa, pero sabiendo que no es sino una parte de la civilización irania, aunque los persas hayan figurado entre los pueblos más grandes del Irán.

Geografía del Irán. En una gran superficie, el Irán es un conjunto de mesetas que bordean enormes macizos montañosos: los más elevados y abruptos se hallan al oeste, el *Zagros*, y al norte, el *Elburz*, en el que el Demavend supera los 6.000 metros. Pero aquellas cordilleras de cumbres agrestes y pronunciadas pendientes no representaron obstáculos infranqueables; los pasos permitían atravesarlas; se ha subrayado desde hace tiempo que el Irán, lejos de ser una barrera opuesta a las migraciones, ha sido siempre para los pueblos del Próximo Oriente un lugar por el que pasaron los hombres, los productos y las ideas.

El mayor obstáculo que esta inmensa región opone es su clima extremado; fuertes contrastes de temperatura y sequía han hecho allí la vida más difícil que en las colinas que bordean la depresión del Tigris y del Éufrates. Ningún gran río atraviesa la meseta; los que se alimentan en la vertiente interior de las montañas se pierden generalmente en vastos pantanos o lagos salobres situados en el centro de la meseta. Las lluvias son escasas; los monzones no franquean las montañas del sur y del este, que por otra parte, poseen una escasa irrigación.



SECCIÓN DE «QANAAT»

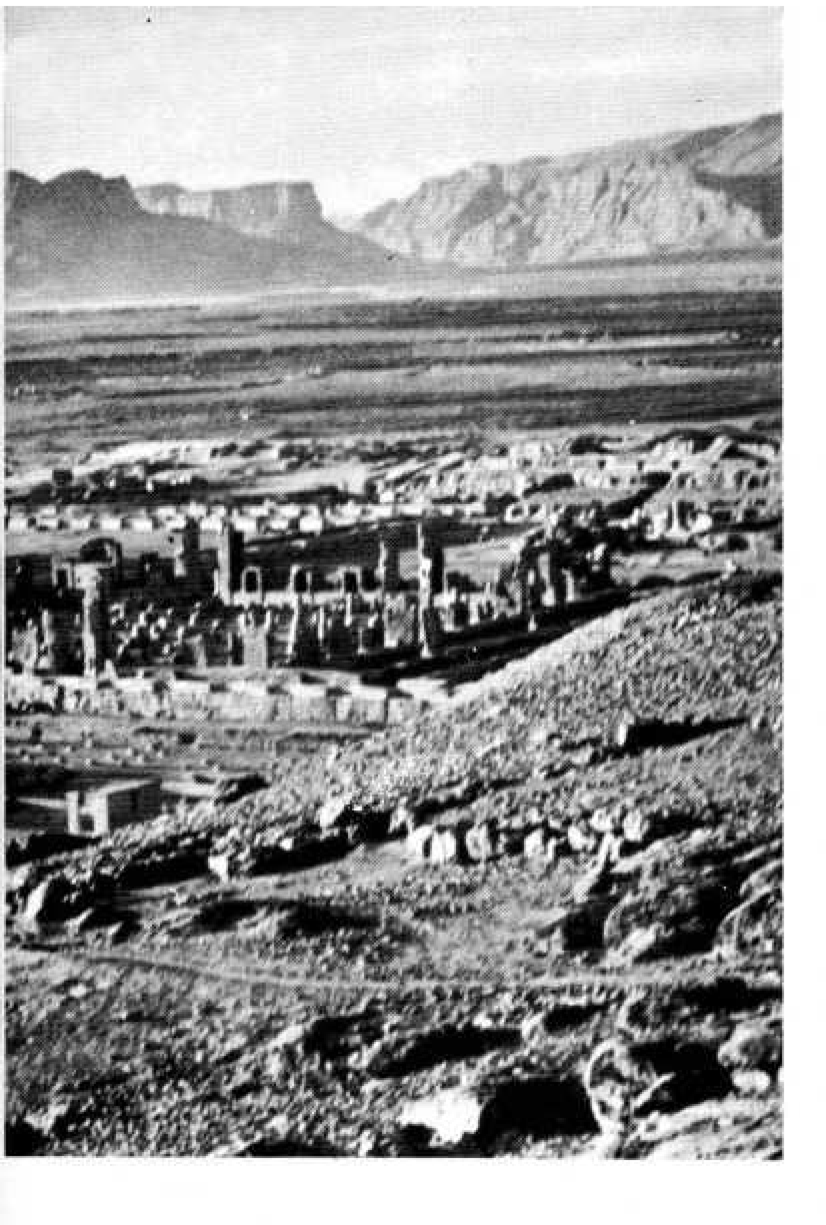


PAISAJE DEL IRÁN
Panorámica de las ruinas de los palacios de Persépolis.

Los vientos húmedos del oeste y noroeste proporcionan copiosas lluvias a las pendientes exteriores de las montañas y a los valles bajos, pero muy poco a las vertientes interiores. La vida agrícola no es, por tanto, posible sino en contados lugares: en el exterior de la meseta, en las llanuras bien regadas que bordean el mar Caspio; en las tierras de Susa, donde las posibilidades de irrigación son idénticas a las de Mesopotamia —en los altos valles de las montañas del norte y del oeste donde muy buenos pastos han permitido la cría de caballos—, en el escarpe interior, intermedia entre las vertientes de las montañas y las mesetas desoladas. Algunas lluvias y los deshielos dan agua suficiente, pero son requeridos amplios trabajos de irrigación, canalización y contención, tareas conocidas por los campesinos desde la más remota antigüedad.

Desde fines de la época neolítica hasta los tiempos modernos, la vida de los habitantes de la meseta se ha centrado, por tanto, en los oasis dispersos a lo largo del escarpe interior, o en algunos oasis de la meseta, separados por vastas extensiones de estepas subdesérticas. No eran, por tanto, buenas las condiciones para que naciese en el Irán una precoz vida urbana: sólo la región de Susa, con vastos territorios irrigados, tuvo como Mesopotamia, ciudades importantes, con las modificaciones económicas y sociales inherentes a tal progreso.

Los habitantes del Irán hasta su entrada en la historia. Puente entre el Mediterráneo y el Asia central, el Irán ha sido atravesado por numerosos pueblos que han depositado vestigios arqueo-

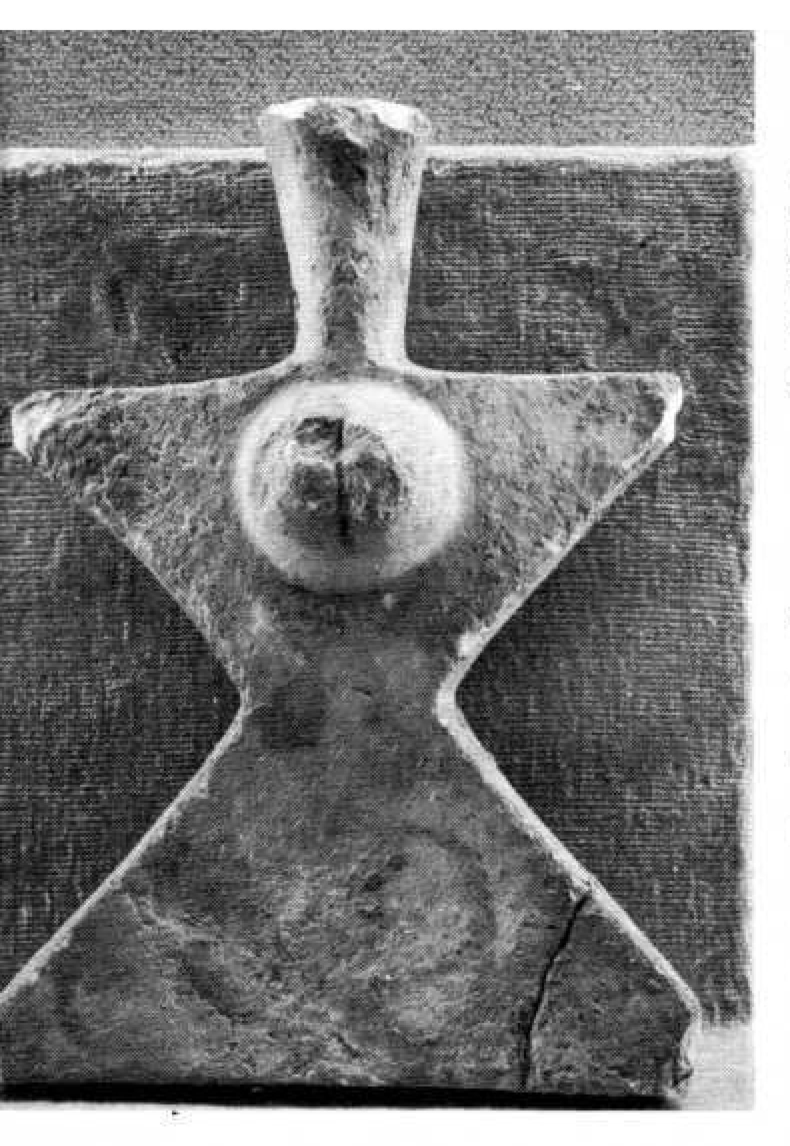


lógicos que permiten reconstruir su paso: la cerámica gris negra, extendida, a fines del IV milenio, desde el Turquestán a Capadocia, parece atestiguar el lento avance de una de las migraciones de fines de los tiempos neolíticos. A partir del II milenio, el Irán fue una de las tierras que atravesaron y asolaron los indoeuropeos.

A principios del II milenio, y correspondiendo a la invasión de los hititas, se produjo la de los *arios*, cuyos mayores contingentes se instalaron en el valle del Indo; pero franqueando el Cáucaso o rodeando el mar Caspio por el este, otros indoeuropeos llegaron al Irán. Los más avanzados alcanzaron las estribaciones montañosas de Mesopotamia, donde se amalgamaron con pueblos establecidos allí mucho tiempo antes, los *hurritas* y los *casitas*, con los que formaron una aristocracia guerrera. A fines del II milenio, el Irán conoció una invasión mucho más importante, en el momento en que Asia Menor experimentaba el asalto de los pueblos del mar: la de los indo-iranios, que partieron de nuevo de las estepas del Turquestán, pero no pudieron dirigirse hacia el valle del Indo, que sostenían sólidamente los arios, sus próximos parientes; la meseta irania, poblada más pobremente, era presa fácil para las invasiones. Hacia el año 1000, las poblaciones nómadas, de vida guerrera, ocuparon el Irán hasta las montañas que bordean Mesopotamia: sólo los grandes Estados impidieron a esos excelentes jinetes conquistar además los valles del Tigris y del Éufrates. Tratábase esta vez de una población nueva, compacta que trastornaba las condiciones de vida de la meseta irania y preparaba el nacimiento de un Imperio.

Por tanto, el Irán no vivió nunca aislado, y el arqueólogo y el historiador no cesan de hallar testimonios de las relaciones constantes que unieron a los habitantes de las mesetas y los de las llanuras que las bordean. En los oscuros milenios cuya documentación consiste sobre todo en restos de cerámica, los tipos de fabricación y decoración atestiguan la existencia de dilatadas áreas de civilización. Del Indo al norte de Mesopotamia, la cerámica pintada del IV milenio demuestra las relaciones que se establecieron de un extremo a otro del mundo próximo oriental. En la época histórica, las relaciones de los habitantes de Mesopotamia con los de la meseta y de las montañas siguieron siendo, a la vez, guerreras y pacíficas. A los jefes de los Estados se imponía la tarea agotadora de rechazar a los bárbaros escondidos en sus montañas, *guti* en el III milenio, casitas en el II..., pero también la de conservar a toda costa los vínculos con esos mismos bárbaros porque por ellos pasaban las riquezas del Irán: el cobre, el estaño y el plomo de sus minas, la madera de sus montes y, en fin, en el siglo X, el hierro. Fuese por incursiones o por efímeras pacificaciones, lo esencial era que el soldado o el comerciante pudiesen hacer llegar esos bienes indispensables para la vida de los Imperios. Pero jamás se estabilizó la situación; ni siquiera los asirios supieron someter en mucho tiempo a los pequeños príncipes iranios, contra los cuales cada soberano desencadenó agotadoras campañas; contra los jinetes iranios, los asirios se hicieron jinetes; sus escuadrones llegaron hasta la región de Teherán, pero nada impidió el peligroso asentamiento de pueblos numerosos y siempre emprendedores.

En el siglo IX, los iranios constituían una



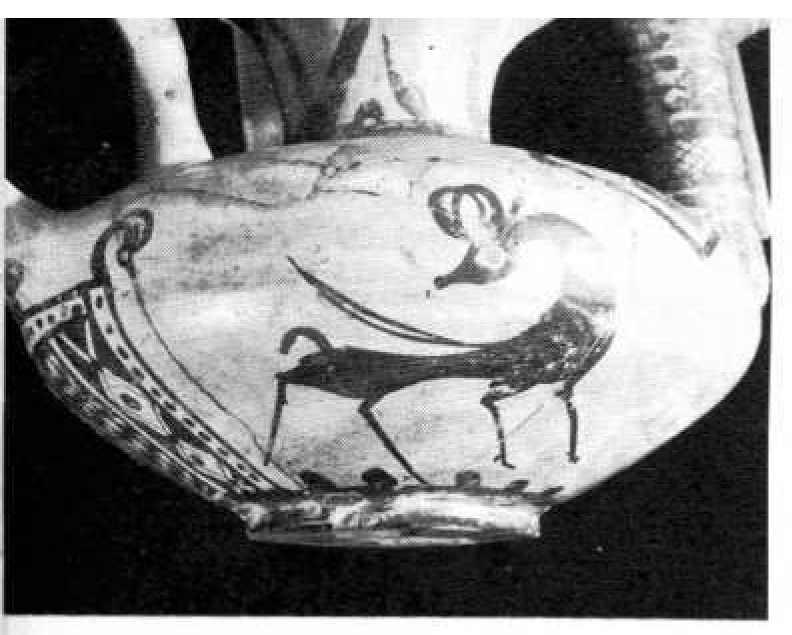
DIOSAS DE LA FECUNDIDAD

Como todos los pueblos de la antigüedad, los pastores y agricultores del Irán quisieron asegurarse la permanencia de las fuerzas de la fecundidad por medio de prácticas rituales y amuletos. Tales son estas pequeñas estatuillas, la más antigua de las cuales (III *milenio), hallada en Tepe Hissar, es una placa de piedra tallada de manera muy simple. El ídolo de arcilla, hallado en Amlach, data del siglo* IX.



población muy diversa, en la que los descendientes de los primeros ocupantes estaban mezclados con una población indoeuropea de origen reciente. Conocemos cuatro pueblos invasores de fines del II milenio que se habían instalado en el oeste y el norte: *persas*, al este y al sudeste del lago de Urmia; *medos* más al sur, *ziquirteos* más al norte y *partos* al sur y sudeste del Caspio. Lejos de haberse asentado, esos pueblos, todavía seminómadas, modificaron la dirección de sus movimientos: los persas, sobre todo, se deslizaron a lo largo del Zagros durante el siglo VIII y se establecieron en la región a la cual dieron su nombre, Persia (hoy el *Fars*, capital Chiraz) al sudoeste del Irán. Numerosos trastornos se produjeron con la súbita irrupción de los *escitas* y de los *cimerios:* franqueando el Cáucaso, esos indoeuropeos, muy parecidos a los iranios, devastaron todo el Próximo Oriente, los escitas hasta Palestina y los cimerios hasta las proximidades del mar Egeo (siglos VIII y VII). Los escitas se asentaron entre los iranios, al sudeste del lago de Urmia, pero pequeños grupos de ellos se instalaron también un poco por todas partes, entre las poblaciones a las cuales habían aterrorizado: al norte de Palestina, una ciudad que recibió el nombre de Escitópolis; a orillas del Zagros, en el Luristán, otro grupo de esos invasores nos ha dejado gran número de objetos, testimonio de una civilización de jinetes en contacto con todos los grandes pueblos de Oriente.

Durante varios siglos, los iranios vivieron agrupados en pequeños principados urbanos, de vida semiagrícola, semipastoril, pero siempre guerrera. Gran parte de su cultura procede de los contactos que establecieron con los grandes Estados de la llanura, sobre todo de los que tuvieron con *Urartu*.





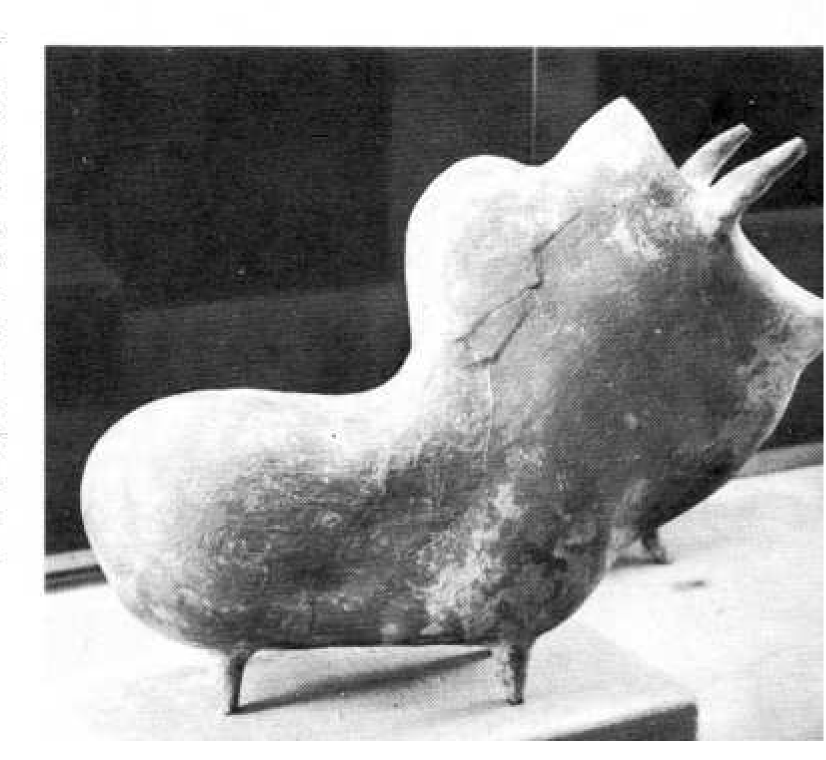
Todavía sabemos muy poco de ese peligroso rival del poderío asirio; algunos historiadores creen que hubiese podido desempeñar el papel de Asiria si las invasiones cimerias y escitas no lo hubieran quebrado.

Instalado desde el recodo del Éufrates, al sudoeste, hasta el Araxes, al nordeste, Urartu estaba poblado por una rama de poblaciones hurritas que supieron sacar rendimiento al país. Una buena agricultura, favorecida por grandes trabajos de irrigación, valoró las vastas mesetas de Armenia; la ganadería la convirtió en una tierra rica en caballos; la madera y los minerales le dieron una gran prosperidad económica en el momento en que los Imperios buscaban en todas direcciones los materiales de su poderío. En el siglo VIII y a principios del VII, Urartu conquistó incluso el valle superior del Tigris, diversos pequeños Estados de Asia Menor, e hizo reconocer su soberanía por los pueblos del Irán que bordeaban su frontera oriental, sobre todo los persas.

ALFARERÍA DEL ANTIGUO IRÁN

Arriba, a la izquierda: un vaso pintado hallado en Tepe Sialk (siglo XI*), en el que se aprecia la habilidad de los artesanos iranios, muy próxima a la de los broncistas y decoradores del arte llamado de la estepa, que utiliza temas zoomorfos y los estiliza con mucha elegancia. A la derecha: un* rithon *de terracota hallado en el Luristán (siglo* VIII*), con forma humana. Abajo: un* rithon *de terracota procedente de Amlach (siglo* IX*), en forma de bisonte.*

Cuando más tarde se instalaron en la región a la que dieron su nombre, los persas conservaron la huella de los contactos civilizadores que se habían establecido. Su arquitectura, sobre todo, atestigua la enseñanza de Urartu; su escritura cuneiforme, simplificada para expresar el persa (los lingüistas dicen hoy: el persa antiguo), manifiesta inteligentes influencias de las civilizaciones de la llanura. Conservaron, por último, el uso del elamita, lengua hablada y escrita por los habitantes de la región de Susa, que en varias ocasiones habían edificado un gran Imperio, el *Elam*, cuya autoridad y papel civilizador se habían extendido hasta la llanura irania.









BRONCES DEL LURISTÁN

Algunos vestigios de las poblaciones de la edad del bronce, escitas probablemente, que se establecieron en el Luristán a partir del siglo IX. *Encuéntranse mezclados temas y procedimientos del arte zoomorfo de los nómadas, aportaciones de Urartu y de Mesopotamia (como la posición frontal de hombres y animales), preocupación por los cultos de la fecundidad (la diosa desnuda que se oprime los senos), etc. Entre los objetos más característicos figuran numerosas hachas de bronce (abajo, a la izquierda), agujas votivas terminadas en anchas cabezas siempre decoradas (abajo, a la derecha, el tema es el de Gilgamesh, el señor de los leones). Arriba, de izquierda a derecha: adorno de metal de un carcaj, y dos bronces votivos, uno de los cuales lleva una inscripción en escritura cuneiforme.*





A los iranios les quedaban por fundar cuadros políticos que afianzaran su establecimiento y pudieran emplear su fuerza contra Asiria y Urartu. Los medos fueron los primeros en crear un Estado, que duró poco; en 653, el rey *Fraortes* cometió la imprudencia de atacar Asiria: su ejército fue aniquilado por los asirios y los escitas, y desapareció su reino. La empresa de Ciaxares (hacia 625) fue más afortunada: se aprovechó de la debilidad de Asiria, desangrada hasta la última gota por doscientos cincuenta años de conquistas y una reciente invasión escita. Soberano de los medos, escitas y persas, tomó Nínive en 612 y Harran en 610; abatida Asiria, las conquistas se sucedieron rápidamente; aparte Mesopotamia y Siria-Palestina, Oriente obedecía a los medos hasta el río Halis, donde medos y lidios fijaron su frontera común en 585. En ese nuevo Imperio, el primero después de los hititas, cuyo centro no estaba ya en uno de los grandes valles aluviales del Próximo Oriente, los persas no eran sino vasallos. A principios del siglo VII, el legendario Aquemenes había dado a los persas instrucciones políticas elementales, que anunciaban la formación de un Estado que concluyó su sucesor Teispes (675-640).

EL IRÁN EXTERIOR

Estas dos obras evocan para nosotros las civilizaciones nacidas y desarrolladas en la periferia de la llanura irania, que ayudaron a los pueblos nómadas, todavía semibárbaros, a asimilar las lecciones de las culturas superiores desarrolladas en el Próximo Oriente. Arriba: un bajorrelieve procedente de Susa: una notable dama, abanicada por una sirviente, hace girar su huso. Abajo: un ejemplo del arte del bronce de Urartu: un toro de busto humano, adornado con cristales de colores y trozos de marfil, que figuraba en la decoración del trono del dios Haldi (siglo VIII*).*



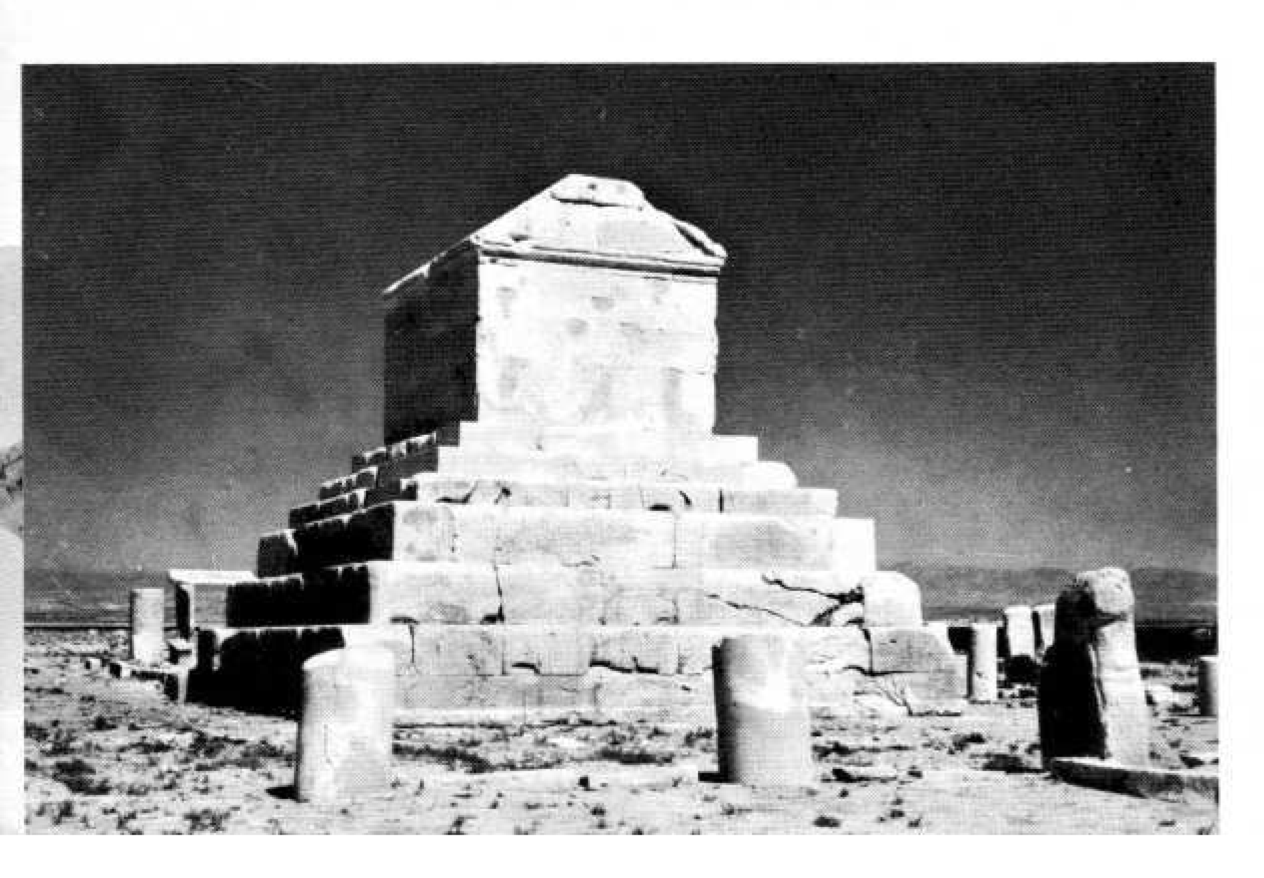
2. La edificación de un imperio

De las grandes conquistas que unían pueblos nómadas de la meseta y sedentarios de las llanuras aluviales, habían tenido por lo menos un precedente: el Imperio que los reyes de Susa habían edificado momentáneamente en los siglos XIII y XII, y que agrupaba anchas zonas de la meseta irania y una parte de Mesopotamia. Durante los reinados de *Shutruk-Nahunte I* (1207-1171) y de *Shilhak-Inshushinak* (1165-1151), el Elam se extendió por todo el valle del Tigris, la costa del golfo Pérsico y los montes del Zagros; aunque por poco tiempo, se estableció una dinastía elamita en el trono de Babilonia. Esta «edad de oro» del Elam, que dio a Susa una brillante vida artística e intelectual, sólo fue fugaz. El Imperio persa iba a prevalecer, y sobre todo debía significar para Oriente la entrada en un mundo nuevo.

Conquistas fulminantes: Ciro (550-530) y Cambises (530-522). Sus contemporáneos no supieron prever la fuerza del nuevo señor del Irán, *Ciro*, rey persa vasallo de los medos, que se revolvió contra Astiages, su soberano, en 556, y en 550 triunfó sobre él y se puso al frente del inmenso Imperio medo, dirigido ya por una dinastía persa y una aristocracia persa y meda. En esos años decisivos, *Nabónido*, último rey de la dinastía neobabilónica, había favorecido las empresas de Ciro, que durante largo tiempo parecieron debilitar a los medos, sus rivales, y en 556 recobró el título real asirio, en virtud de lo cual afirmaba sus pretensiones a la monarquía universal. *Creso*, rey de Lidia, cruzaba el Halis y emprendía la conquista de Capadocia.

LA TUMBA DE CIRO EN PASARGADA

Un sencillo edificio de piedra tallada, sobre un podio de seis escalones, en torno a los cuales se extendió un parque en otro tiempo. Alejandro vio allí el cuerpo embalsamado del rey, yacente sobre un lecho de oro.





PLAQUETA DE MARFIL PROCEDENTE DE NIMRUD (siglo VIII)

Utilizada para la decoración del mobiliario del palacio asirio, esta plaqueta da idea de la habilidad de los obreros sirios o fenicios, a quienes se atribuye la elaboración de la mayor parte de los marfiles decorativos difundidos desde Palestina hasta Asiria durante el I milenio. Destacándose sobre un fondo de cañas, una leona devora a un negro.





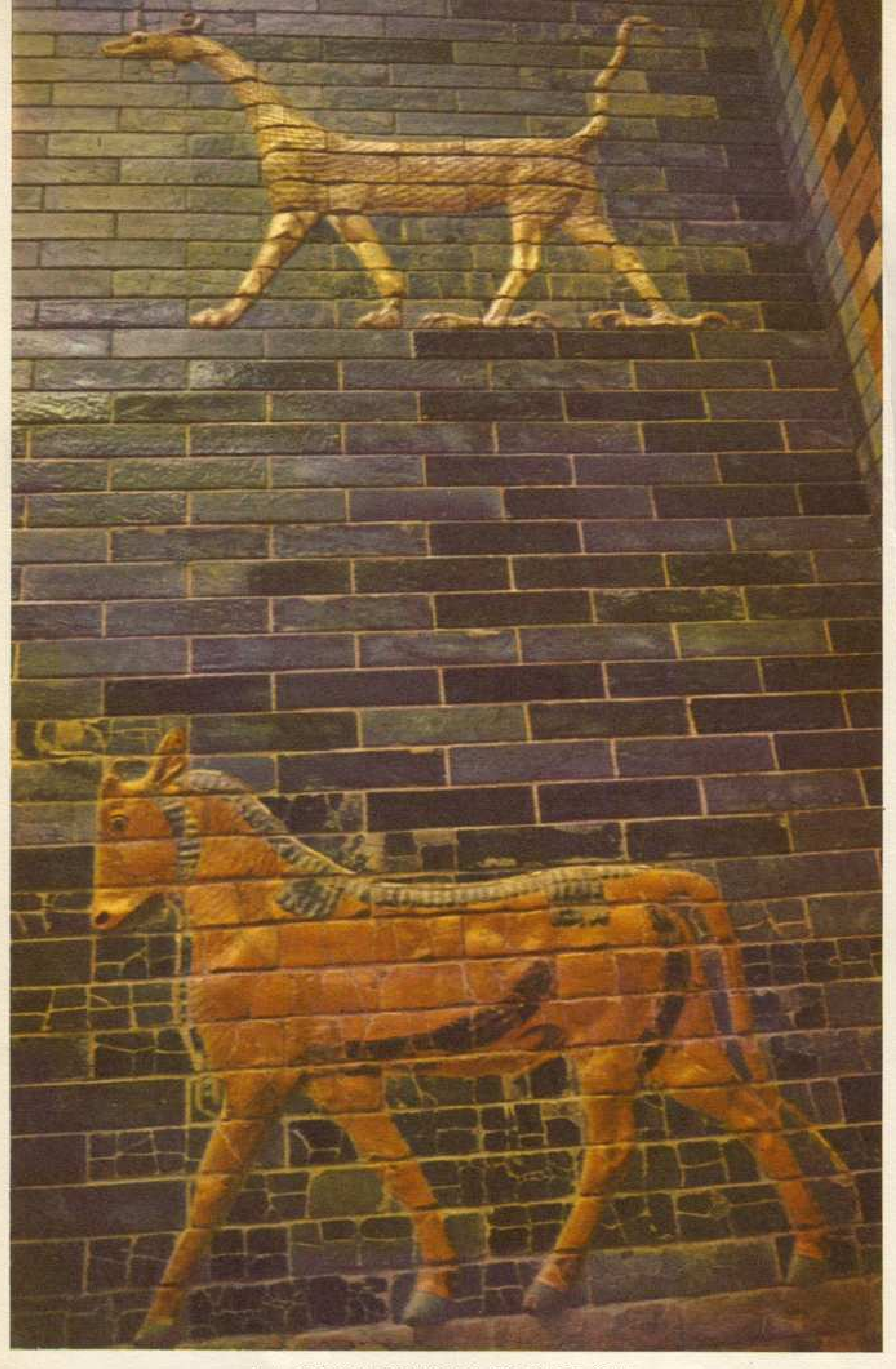
ARTE IRANIO

Arriba: adorno de un freno de caballo, característico del arte de los jinetes del Luristán (siglos VIII-VII *a. de J.C.): un animal cornudo de cabeza humana patea a una corza. Abajo: un pequeño busto de lapislázuli, de la época aqueménida (siglos* VI-IV *antes de J.C.), representa a un medo con un cachorro de león.*



ASA DE UN VASO DE LA ÉPOCA AQUEMÉNIDA (siglo V)

Este rebeco de plata con incrustaciones de oro, cuyas patas posteriores se apoyan en una máscara de sátiro, es un bello testimonio de la maestría alcanzada por los orfebres orientales.



LA PUERTA DE ISTAR EN BABILONIA

Sobre los muros que encuadraban la puerta, unos revestimientos de ladrillo esmaltado muestran en bajorrelieve el toro, símbolo de Adad, el dragón, símbolo de Marduk, y el león, símbolo de Istar. El conjunto data de la época de Nabucodonosor (principios del siglo VI a. de J.C.)

Habiendo asegurado su autoridad en el nuevo Imperio persa, Ciro se lanzó sobre sus rivales después de 548; en una serie de campañas fulminantes batió a Creso y tomó Sardes, su capital. Toda el Asia Menor cayó en sus manos, cuando las últimas ciudades griegas de Jonia se rindieron. Hacia el este, redimió la meseta irania de los pueblos nómadas y llevó las fronteras del Imperio hasta el Oxus (el actual Amu-Darya). De 542 a 540, Nabónido perdió todas sus posesiones exteriores de Siria y Arabia. En 539, la campaña contra Mesopotamia fue todavía más rápida: en un mes los babilonios fueron derrotados en *Opis*, tomada la ciudad de Sippar y conquistada Babilonia por la traición del partido hostil a Nabónido. Ciro murió combatiendo a los nómadas en las marcas orientales del Irán. Cambises, su hijo, acrecentó aún más la extensión del Imperio, apoderándose de Egipto hasta los confines de Nubia, es decir, más ampliamente que ningún invasor lo había hecho antes que él. La Cirenaica fue anexionada. Sólo Etiopía y los oasis del desierto libio escaparon de su poder. Cuando volvió de Egipto, Cambises murió misteriosamente, sin duda asesinado, después de haber conocido la usurpación del mago *Esmerdis*, que se apoderó del Imperio, atrayéndose a *la población al aligerar las obligaciones fiscales* y militares.

Aunque la figura de Cambises sea hoy menos maltratada por los historiadores, que rechazan como legendarias las tradiciones sobre su crueldad y su desequilibrio mental, la figura de Ciro es la que domina este primer período de la historia persa. A sus cualidades de guerrero y excelente organizador, se suele añadir el recuerdo que ha dejado de príncipe mesurado, deseoso de justicia y siempre clemente. La reunión de tantas provincias en una misma autoridad se hizo hábilmente, presentándose el soberano en cada una de sus conquistas como el sucesor legítimo de los reyes a quienes había destronado. Babilonia ofrece un buen ejemplo:

Ciro unió a Persia, ese territorio rico, de civilización radiante, haciéndose proclamar rey de Babilonia por la gracia de Marduk, y supo manejar hábilmente el odio que Nabónido había suscitado en el clero tradicionalista presentándose como el instrumento del dios de Babilonia.

«Cuando entré triunfalmente en Babilonia, me instalé con gran alegría en el palacio real. Marduk, el señor, me concilió los corazones de la noble raza de los babilonios y concentré todo mi interés en que fuese adorado. Mis numerosas tropas penetraron pacíficamente en Babilonia. En todo Sumer y Acad no permití que se procediera con hostilidad. El yugo (de Nabónido) que los deshonraba fue anulado... Marduk, el señor, se regocijó con mis piadosas acciones y me bendijo a mí, Ciro, el rey que lo adora, y a Cambises, mi hijo, y a mis soldados, mientras que nosotros, de todo corazón, exaltábamos su divinidad.»

Los últimos profetas de Israel hicieron de él «el ungido del Señor»: destrozando al vencedor de Jerusalén, permitió a los exiliados reconstituir una comunidad en Judea. El caso de las ventajas concedidas a los israelitas parece excepcional, pero debe considerarse, como otras acciones de Ciro, fruto de la preocupación por aparecer como príncipe piadoso ante todos los pueblos de su Imperio. Del mismo modo que devolvió al templo de Jerusalén su mobiliario cultual, a los asirios, elamitas y otros pueblos vencidos por los babilonios se les devolvieron las estatuas de sus dioses.

Establecimiento de un Imperio duradero: Darío (521-486) y Jerjes I (485-464)

El reinado de Esmerdis duró seis meses; fue derribado por una conspiración de la aristocracia persa y *Darío* ascendió al trono. *Aqueménida* (es decir, descendiente de Aquemenes) como Ciro, representaba la continuidad de una dinastía nacional que reinaba sobre los persas manteniendo vínculos estrechos con las grandes familias aristocráticas que le habían asegurado el poder; hasta la victoria del Islam, las siete familias, cuyos antepasados habían hecho rey a Darío, no cesaron de reivindicar los privilegios que Darío les había reconocido solemnemente. Una terrible revuelta, peligrosa en Media y Elam, estuvo a punto de disgregar el Imperio. Asegurado el apoyo de los persas, que durante mucho tiempo habían constituido el mejor elemento del ejército imperial, Darío venció a los rebeldes de manera magistral: en catorce meses su ejército, bien provisto de caballería, restableció el orden en todo el Imperio gracias a la rapidez de sus movimientos. Sabemos que un cuerpo empleó quince días

en pasar de Babilonia a Asiria, y otro, doce días de Ecbatana a Armenia.

La revuelta evidenció los grandes defectos del sistema político de Ciro; para que su Imperio durase, el soberano no solamente debía crear los medios que asegurasen la ejecución de sus órdenes, la leva de contingentes y la percepción de impuestos; era preciso además que le diese el máximo de cohesión política y administrativa. Se hacía necesario crear un Estado centralizador, habida cuenta de la mezcolanza étnica y cultural de ese Imperio. En realidad, una gran variación de estatutos caracterizó las diferentes provincias: Egipto y Babilonia, por ejemplo, fueron episódicamente reinos unidos personalmente al Imperio; las ciudades fenicias y diversos territorios, como Cilicia, fueron tratados como reinos vasallos; numerosas ciudades, como las de la Jonia griega, numerosos principados sacerdotales, el de Judá entre otros, conservaron al menos cierta autonomía. Pero el genio político de Darío fue dotar a ese mosaico de pueblos de la mayor unidad de gestión compatible con las enormes distancias y particularismos. Por primera vez en la historia un Estado se llama nacional y es administrado por una dinastía nacional. He aquí cómo se expresa Darío:

«Soy Darío, el gran rey, rey de reyes, rey de países de numerosas razas, rey de esta tierra extendida a lo lejos, hijo de Histaspes, aqueménida, persa, hijo de persa, ario de descendencia aria.» Y en realidad esta voluntad se traduce en el empleo exclusivo de los persas o de los medos en los más altos cargos de la administración provincial que Darío edificó: el sistema de *satrapías*.

Ciro y Cambises habían creado satrapías; Darío las generalizó e hizo de ellas la unidad administrativa fundamental, la cual reagrupaba en un punto del reino individuos, vasallos, príncipes autónomos..., para exigir de ellos, uniformemente, la misma obediencia, el respeto a las mismas leyes del Imperio y el pago de los mismos impuestos. Darío creó veinte, pero su número aumentó más tarde hasta treinta; cada una tenía a su cabeza un sátrapa, especie de virrey provincial, que disponía de la autoridad civil, económica y judicial. La autoridad del sátrapa, gran aristócrata persa, a veces tan emprendedor que llevaba a las satrapías fronterizas la política exterior del Imperio, podía amenazar al rey; también estaba rodeado de dignatarios nombrados directamente por el monarca que le enviaban sus informes: el secretario, jefe de la cancillería, y el jefe de las tropas estacionadas en la satrapía. Dos enviados especiales, grandes inspectores en gira, aseguraban una vigilancia suplementaria. Eran «los ojos y los oídos» del rey. Para que la enormidad del Imperio no impidiese la transmisión de las órdenes y la información del soberano, Darío emprendió la organización del primer correo de la historia. Sólo conocemos bien una ruta, la «ruta real» de Sardes a Susa: a lo largo de 2.700 kilómetros contaba con ciento

DOS TRIBUTARIOS MEDOS
EN LA CORTE IMPERIAL

Aunque los aqueménidas habían recurrido a personal persa y medo para formar los cuadros de su ejército y de su administración, el arte oficial también reflejaba la subordinación de la población meda, en un Imperio fundado por príncipes persas, a quienes todos los pueblos del Imperio, incluidos los medos, debían someterse.

once postas; una caravana de mercaderes empleaba tres meses en recorrerla. Los correos imperiales tardaban siete días.

Cada una de las satrapías estuvo sujeta a idénticos gravámenes fiscales, todos ellos a base de entregas de metal precioso, cuyo conjunto alcanzaba anualmente la fabulosa suma de 14.500 talentos de plata. La satrapía de la India proporcionaba ella sola la tercera parte. Asimismo, cada una de ellas hacía también entregas en especies destinadas al mantenimiento del ejército y la corte: sólo la enorme satrapía de Babilonia mantenía la tercera parte del ejército. Desgraciadamente conocemos de forma más deficiente muchas reformas, pero sabemos que en 519 Darío publicó una «ordenanza de buenos reglamentos», en virtud de la cual pretendía ciertamente reanudar en Oriente el papel de Hammurabi. No sabemos casi nada del contenido de esta ordenanza que debía esforzarse en aportar un poco de unidad jurídica en la multiplicidad de derechos locales. También fue promulgado un sistema unificado de pesos y medidas, otro factor de unidad, al cual hay que añadir el empleo de la moneda después de 493. Sin que se generalizase fuera de las regiones mediterráneas, la moneda sirvió al menos de valor imaginario, ayudando así al desarrollo y regularización de cambios. Muchas veces ningún reglamento propiamente monetario intervenía en las transacciones, pero el valor de las mercancías intercambiadas era apreciado según unidades monetarias; tal peso de grano podía ser cambiado por tal peso de lana, cuando una y otra mercancías equivalíanse exactamente, y se evaluaba su precio en función de una moneda que desempeñaba el papel de patrón de valor. Por el cuadro administrativo así creado y por los diversos reglamentos puestos en vigor, se aseguraba cierta unidad de gobierno en la gestión de las provincias del Imperio. Se puede hablar de una unificación progresiva de las instituciones políticas, animadas gracias al hecho de la educación religiosa y moral de la aristocracia irania, por un notable espíritu de justicia.

Movilizados al servicio de un gran soberano, los recursos de este vasto Imperio parecían permitirle proseguir indefinidamente las conquistas: hacia el este, la frontera irania fue llevada hasta el Indo, que una flota mandada por el griego *Scylax* de Caria recorrió hasta su desembocadura. De allí, Scylax penetró en el océano Índico y, rodeando Arabia, terminó su periplo en el golfo de Suez. Hacia el oeste, Darío se lanzó, más allá del Bósforo, a la conquista de los Balcanes, que se anexionó hasta el Danubio. Pero cuando quiso penetrar en las llanuras de Ucrania para someter a los escitas, hubo de renunciar, vencido por el espacio tanto como por el valor de los jinetes que lo atacaban. ¿Por qué fue esta conquista abortada? ¿Quería Darío vencer a los escitas de terrible memoria? ¿Pretendía acabar de reconocer y afirmar sus fronteras hacia el norte como el periplo de Scylax le permitió hacer hacia el sur? De esta expedición quedó una sólida cabeza de puente en Europa, la satrapía de Tracia, por la cual el Imperio persa se hallaba ya en contacto con el mundo griego continental, cuya turbulencia iba a irritarlo muy pronto. Cuando un ejército persa desembarcó en Maratón (490), se trataba de castigar a una insolente ciudad muy pequeña que durante cierto tiempo había sostenido a los jonios



Pueblos que componían el Imperio persa hacia 480
Pueblos escitas
Establecimientos griegos
Rutas principales
Rutas marítimas
0 250 500 km

EL IMPERIO PERSA EN SU APOGEO

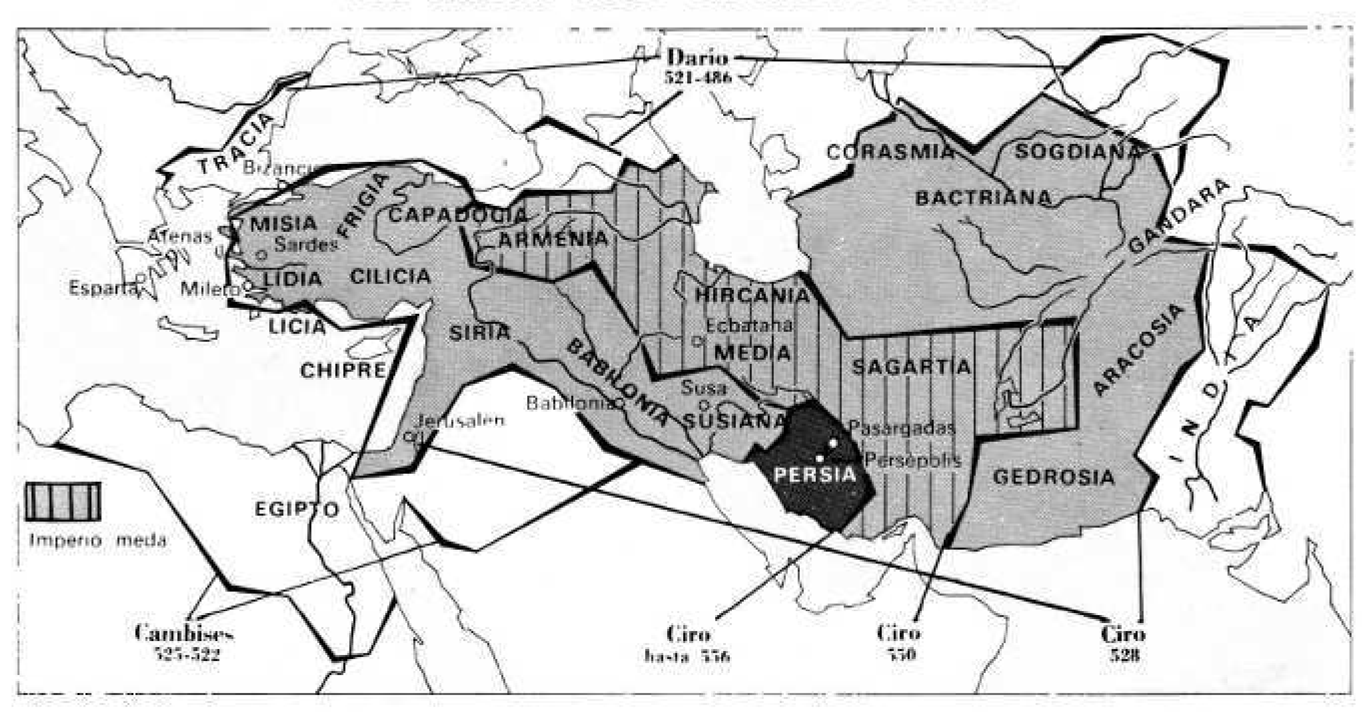
EL SELLO DE DARÍO

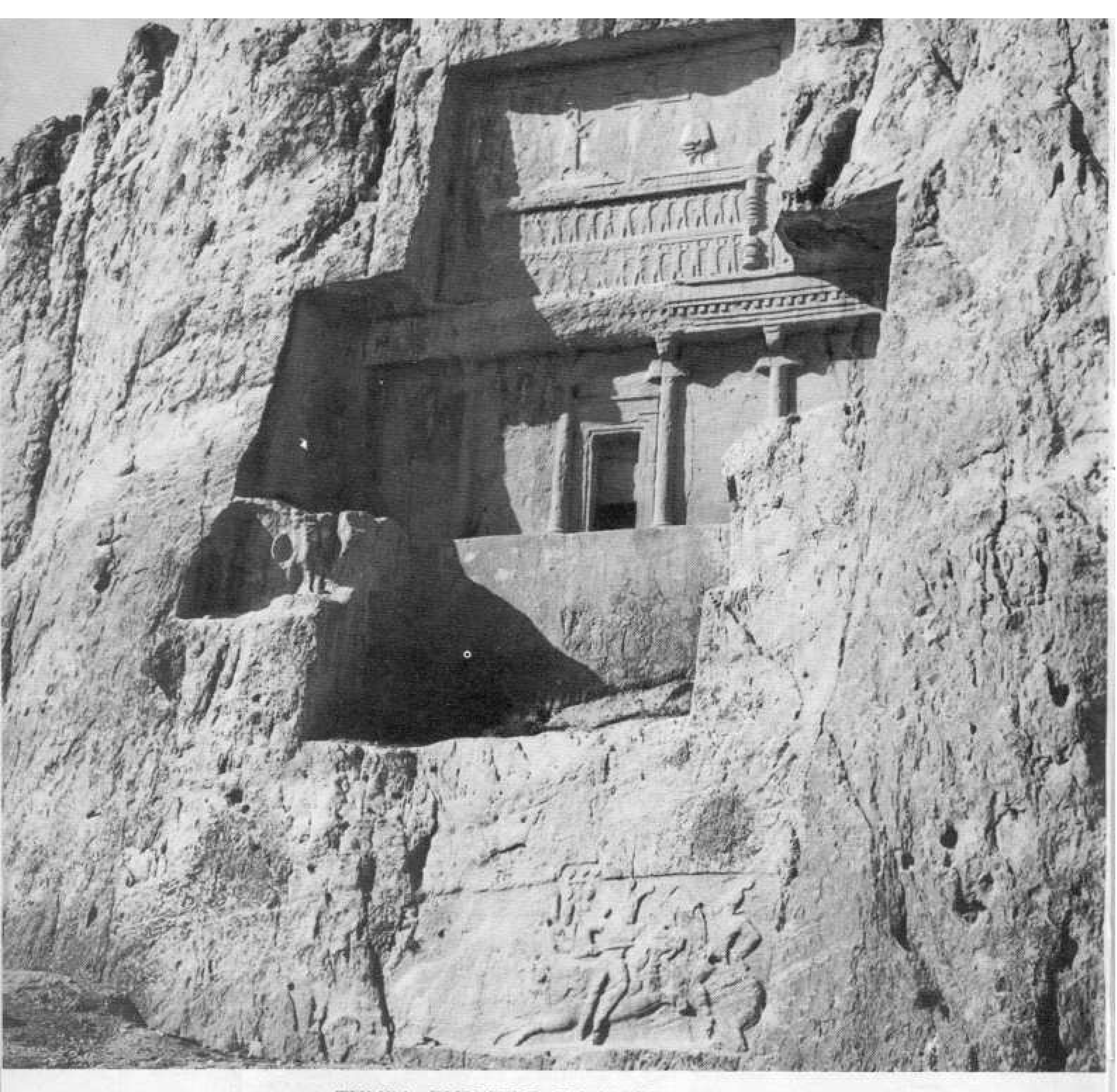
En esta pieza finamente grabada, el rey aparece cazando el león, como en otros tiempos hicieran todos los soberanos (cf. p. 182). Encuadrando la escena, dos palmeras protegen al rey con su poder misterioso. Ahura-Mazda está presente en el cielo; a la izquierda, en persa antiguo, en elamita y en babilonio, se repita la misma leyenda: «Darío, el Gran Rey.»



OXUS (MAR DE ARAL)
Masagetas
MAR CASPIO
Corasmianos
Oxus
Maracanda
Daha
Bactrianos
Merv
Bactria
Hircanios
Kabul
Caspios
Raga
Partos
Arios
Medos
Sarangeos
Cosseos
Escitas
Indo
Ariaspes
Sagartios
Pasargadas
Persépolis
Persas
Utios
Parikanos
Indios
Etiopes

DEL IMPERIO MEDO AL IMPERIO PERSA





TUMBA RUPESTRE EN NAQSH-I-RUSTAM

A partir de Ciro, los reyes persas se hicieron tallar tumbas rupestres, cuya decoración exterior fue siempre la misma en todas ellas: arriba, el rey ante Ahura-Mazda; abajo, varios frisos en los que aparecen tributarios. Debajo de esta fachada, mandada construir por Artajerjes I (464-424), el rey sasánida Bahram II hizo tallar un bajorrelieve para conmemorar su victoria sobre los partos.

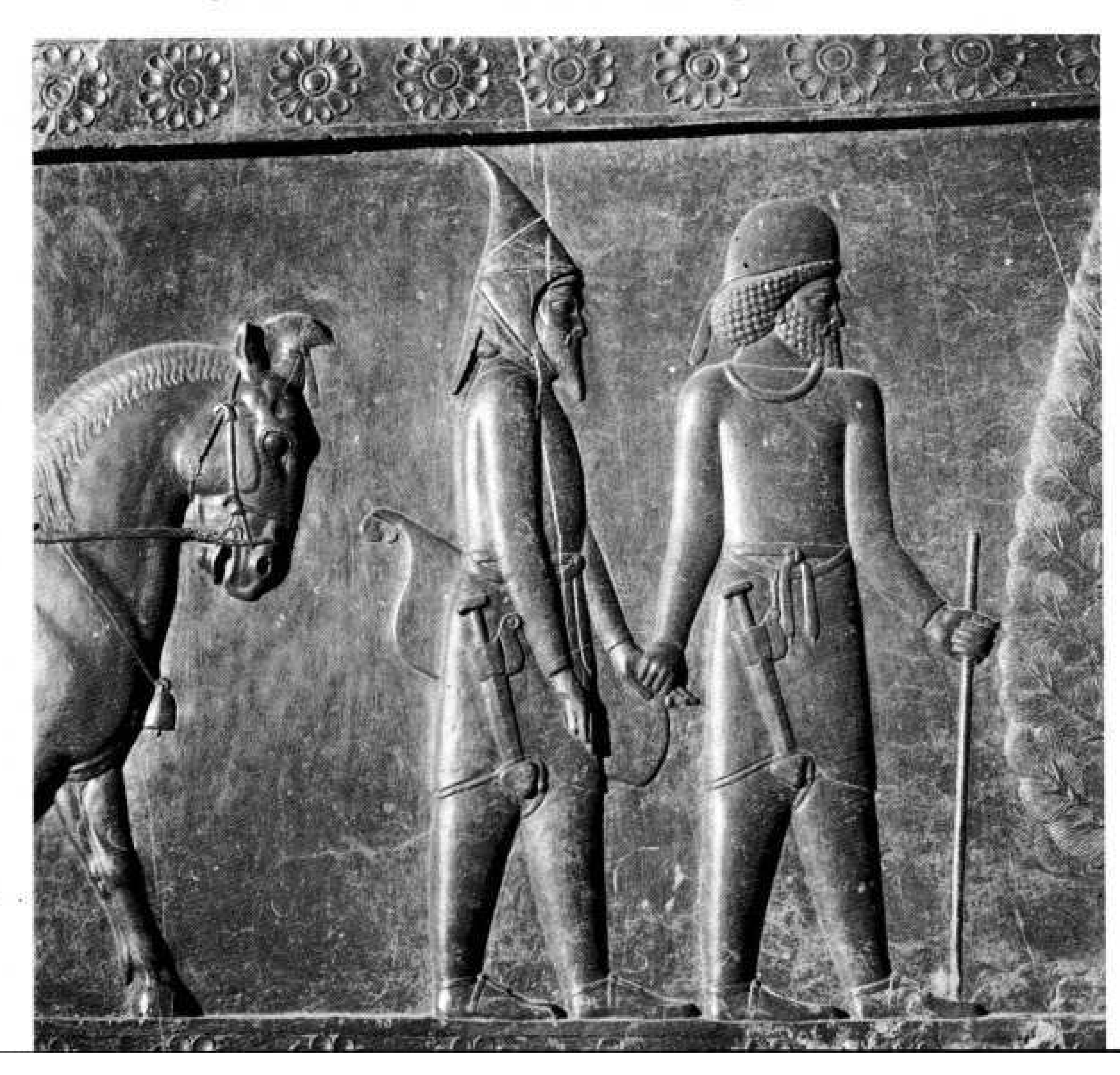
sublevados contra los persas (499-493). El fracaso del cuerpo expedicionario debió parecer una escaramuza desgraciada. Sin embargo, someter a los griegos era una tarea necesaria para la tranquilidad de las provincias occidentales del Imperio.

Momentáneamente, *Jerjes* dio mayor importancia a la guerra contra los griegos. Aunque las cifras de los efectivos persas hayan sido exageradas por los historiadores griegos, Jerjes lanzó sobre Grecia un ejército considerable, pero heteróclito, confiriendo con su presencia un singular interés a la campaña de Occidente. Grecia tenía que ser aniquilada; se salvó por su bravura, pero también por las inconsecuencias de Jerjes,

que exigió una victoria espectacular y castigó sin razón ni medida al almirante fenicio en la tarde de *Salamina* (480). La fuerza persa se dispersó, y cuando los griegos hubieron vencido a sus últimos elementos, nada pudo modificar la nueva actitud de Jerjes para que los asuntos del Egeo fuesen lo que habían sido para sus predecesores: importantes, pero no vitales como lo eran las tareas de la política persa en las satrapías orientales. Sabemos poco de las luchas que los persas sostuvieron allí contra los nómadas, porque nuestra documentación, de origen casi exclusivamente griego, da una importancia excesiva a los asuntos del mundo egeo. A los ojos de Jerjes era capital la sumisión de las provincias de su Imperio. Las revueltas de Egipto (486) y de Babilonia (482) fueron implacablemente reprimidas, y los pueblos vejados, profundamente heridos en sus creencias y su amor propio nacional; las dos provincias dejaron de ser reinos unidos personalmente al Imperio; Jerjes las humilló reduciéndolas a simples satrapías; Babilonia fue destruida en gran parte; sus murallas y templos, arruinados; la estatua de oro de Marduk, fundida y ejecutados los sacerdotes que protestaron. Se estaba muy lejos de la clemencia de Ciro y de la autoridad dura, pero equilibrada, de Darío: en manos de un rey más exaltado y menos apto para juzgar las verdaderas dificultades, el enorme edificio que había llegado a ser el Imperio. Se desmoronaba.

UN TRIBUTARIO ESCITA EN LA ESCALERA ESTE DE LA APADANA DE DARÍO EN PERSÉPOLIS

A pesar de su monotonía, las largas hileras de tributarios han sido tratadas teniendo en cuenta los detalles característicos de cada pueblo. Todos los iranios aparecen vestidos con pantalones y una corta túnica, traje apropiado para una población de jinetes. Pero los medos llevan su tocado nacional, un gorro con barbuquejo (cf. p. 290); el escita está tocado con un gorro cónico con orejeras y un protector de la nuca y lleva el carcaj, característica del equipo de un pueblo en el que el jinete era también un excelente arquero.



3. *Convergencia y diversidad de las civilizaciones*

La formación del Imperio medo y de su sucesor, el Imperio persa, tuvo la misión indirecta de poner en primer plano la civilización de pueblos hasta entonces rechazados como bárbaros por los habitantes de las llanuras aluviales. Se agrupan con el nombre de *iranismo* las diferentes manifestaciones de esta civilización cuyo corazón fue la meseta irania, en la que se mezclaron las aportaciones indoeuropeas y las de los más antiguos habitantes.

Sin embargo, la originalidad del Imperio persa no consistió solamente en la unión, con una misma autoridad política, de todas las civilizaciones del antiguo Oriente, del Indo al mar Egeo, a las cuales el iranismo habría venido simplemente a sumarse. Parece que a partir del siglo VI a. de J.C. podía reconocerse cierta unidad de cultura en la vida de Oriente, y los cambios de civilización a civilización se hacían mucho más rápidamente que en el pasado. La civilización de los persas victoriosos contribuyó mucho a ello.

Es un lugar común decir que estaba compuesta, utilizando la heterogeneidad de las adquisiciones lingüísticas, artísticas, económicas, políticas, etc., de civilizaciones milenarias, facilitando, por tanto, contactos y síntesis. Por sus mismas dimensiones y organización, el Imperio reunió unas condiciones especiales para que ello fuera posible: en un cuadro político tan unificado pudieron establecerse relaciones continuas entre los pueblos dispersos de las estepas del Turquestán al valle del Nilo, y del valle del Nilo a los confines del mundo griego occidental. El Imperio persa tuvo la oportunidad de hallar en la herencia de Oriente el excelente instrumento lingüístico que era el *arameo*. Sin duda cada pueblo conservó el empleo de su idioma, y los persas, por su parte, utilizaron el antiguo persa y el elamita. Pero el arameo permitía relaciones directas de un extremo a otro del Imperio, lengua oficial de la cancillería y de la administración (pese a que luego cada documento era traducido a la lengua de la provincia en que había de aplicarse), lengua del comercio y, en fin, lengua de la creación literaria.

El Imperio persa era demasiado joven cuando Alejandro lo abatió; le había faltado tiempo, como también una voluntad precisa de unificación para que en sus dos siglos de existencia hubiesen podido realizar en Oriente el equivalente de la obra de Roma. Al menos se había producido un cambio irreversible: los esquemas ancestrales, al amparo de los cuales las civilizaciones habían vivido relativamente cerradas, comenzaron a desmoronarse; lo que se había preparado en el marco del Imperio persa se prosiguió en tiempos del Oriente griego.

Elementos de la civilización irania. Los persas y los medos ocuparon naturalmente el primer lugar en la vida del Imperio. No hacemos sino adivinar la organización social que debió de agrupar a los iranios en castas, en los límites además menos rigurosos y menos precisos que dicen los textos tardíos. De la clase humilde sabemos, como de ordinario, muy poco, salvo que los persas, pueblo de grandes conquistadores, debieron de conocer una suerte relativamente privilegiada: estaban dispensados del pago de impuestos; su modo guerrero de vida se conservó más fácilmente que en otros nómadas recientemente sedentarios, porque el Imperio tomaba de sus filas sus mejores contingentes, como la excelente caballería persa y los cuerpos de selección de los *Inmortales*, los 10.000 infantes que rodeaban al rey. Honores y cargos pertenecían a la aristocracia, cuyos orígenes caballerescos y guerre-



LA SOBERANÍA DE AHURA-MAZDA

En este bajorrelieve de Persépolis, el dios está representado sobre un sol alado, del que emanan los rayos. Tiene en la mano el cordón, insignia de soberanía. Todo este repertorio está tomado de las representaciones más clásicas de Mesopotamia.

ros se distinguen fácilmente en el relato de la elevación de Darío al trono imperial: entre siete nobles, dice la leyenda, fue elegido él porque su caballo relinchó el primero a la salida del sol; o en la ruda educación que Heródoto atribuye a los hijos de la aristocracia: aprender a montar a caballo, a tirar el arco, a odiar la mentira; la bravura y la lealtad eran sin duda las virtudes cardinales de una sociedad guerrera, cuya actitud no dejó nunca de asombrar a los mejores griegos por su carácter caballeresco.

Conocemos mucho mejor la vida que los iranios supieron definir y mejorar. En efecto, poseemos el *Avesta*, es decir, el conjunto de las escrituras sagradas concernientes a la religión irania tal como Zoroastro supo reformarla. Los textos más antiguos de esta compilación, los *Gathas*, parecen ser del propio Zoroastro, pero se añadieron ulteriormente tantos himnos, textos litúrgicos, etcétera, que el *Avesta* se ha convertido en una suma en la que nos es difícil distinguir los elementos que pertenecen a épocas diferentes.

Antes de la reforma de Zoroastro (¿siglos VII y VI?), los iranios practicaban una religión todavía muy próxima a la de los arios, testimoniando así la comunidad cultural muy antigua de los indoeuropeos; existen además numerosos paralelismos entre el *Avesta* y el *Rig-Veda*, libro sagrado de los arios establecidos en el norte de la India. El gran dios de los iranios era *Ahura-Mazda*, cuyo nombre significa «señor (de) sabiduría». Identificado con la luz celeste, creador del mundo ordenado por él; en torno suyo, otras divinidades, los *yazatas*, encarnaban las grandes fuerzas o presencias que animan la naturaleza, tal como *Mitra*, el dios pastor y guerrero, dios de la lluvia y la prosperidad, el justiciero a quien sus mil orejas y diez mil ojos hacen omnisciente; *Ardvisura Anahita*, «el inmaculado», que reinaba sobre las aguas terrestres y representaba las potencias del amor y la fecundidad; *Haoma* era el dios de la planta de la que se extraía la bebida embriagadora, el «soma», indispensable para el culto, etc.; envolviendo el mundo, los *fravarti* eran los espíritus de los muertos, temibles o favorables, especie de manes reverenciados por los vivos. La creencia e imaginación populares opusieron muy pronto a este mundo, en el conjunto bienhechor, el imperio de las tinieblas, cuyo jefe, *Ahra Manyu* (más tarde Ahrimán), mandaba legiones de espíritus perversos, cuya acción terrestre era prolongada por los hechiceros, las brujas o *peris* y los animales destructores.

Los hombres honraban a los dioses con



UN MAGO

En este bajorrelieve parto, hallado en Behistún, se cree ver generalmente un mago, asistido por un ecónomo, que hace una ofrenda en un pequeño altar.

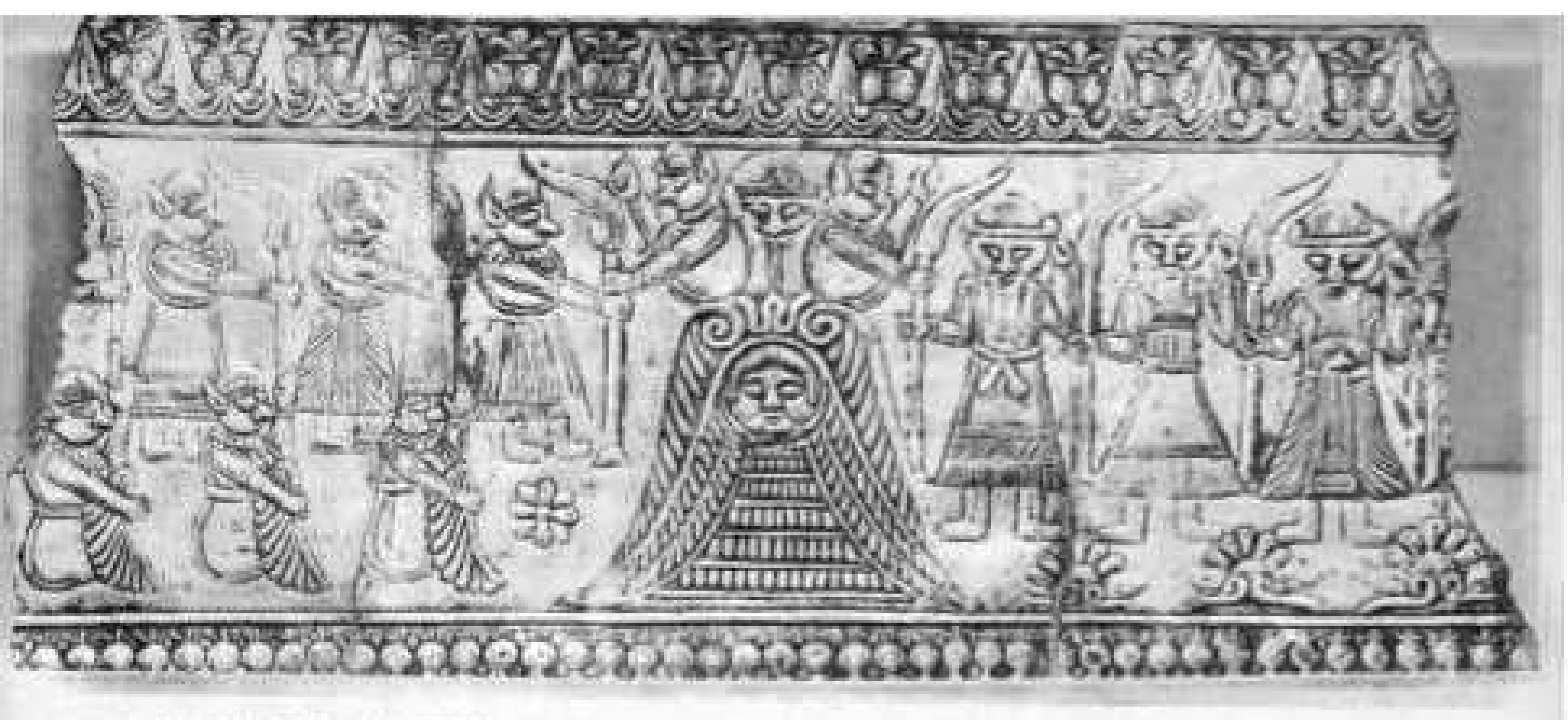
sus ofrendas, sus sacrificios sangrientos y los cantos de los sacerdotes; pero los iranios tuvieron en propiedad la preeminencia del culto del fuego; torres en lo alto de las cuales ardía perpetuamente una llama, ocupaban el lugar de los templos, que eran para los pueblos vecinos el centro de su vida cultural; varios grupos de iranios practicaban la exposición del cadáver, que no era inhumado por respeto a la tierra, ni quemado por respeto al fuego; los animales de presa hacían su oficio, luego los huesos eran recogidos en los osarios; no hay seguridad sobre el origen y alcance de estas prácticas, que muchos suponen que proceden de la población antigua de la meseta irania, y que penetraron en las sociedades medas y persas por la enseñanza de la cofradía de los *magos*.

En la medida en que podemos conocerlo, el *mazdeísmo* (es decir, la religión que proclamó a Ahura-Mazda como gran dios) presentábase, por tanto, en el origen como una religión naturalista, preocupada por conservar la benevolencia de los dioses protectores de la prosperidad y fecundidad; pero en sus primeros momentos, esta región, lastrada por ritos groseros (embriaguez extática, supersticiones concernientes al tratamiento de los muertos, a veces ejecuciones rituales

PROCESIÓN DE TRIBUTARIOS EN LA ESCALERA ESTE DE LA APADANA DE DARÍO EN PERSÉPOLIS

Todos son conducidos a presencia del rey por un heraldo o un dignatario que lleva una caña. A la izquierda avanzan los asirios, llevando un búfalo y armas. A la derecha están los bactrianos, que van a hacer la ofrenda de un camello y piezas de vajilla.





MITOLOGIA MAZDEISTA: EL NACIMIENTO DE AHURA-MAZDA Y DE AHRIMÁN
En una placa de plata del Luristán aparecen al mismo tiempo los dos señores del mundo, reinando ya sobre el pueblo de sus genios y de sus demonios, que van a enfrentarse en una lucha eterna.

de ancianos...), ya había establecido la correspondencia entre la piedad y cierta actitud moral: el fiel mazdeista era el que ponía sus fuerzas al servicio de las divinidades celestes o bienhechoras; los himnos del *Avesta*, cuya inspiración y temas se remontan al periodo arcaico del mazdeísmo, aluden claramente a la lucha de jóvenes héroes, cuyas hazañas eran las de los guerreros de Ahura-Mazda, combatiendo el mal, viviendo la opulenta y abigarrada vida de los grandes señores caballeros del antiguo Irán: en su tradición, muchos siglos más tarde, el poeta *Firdusi* (siglos X y XI d. de Jesucristo), había de buscar los temas con los que compondría la leyenda nacional del Irán.

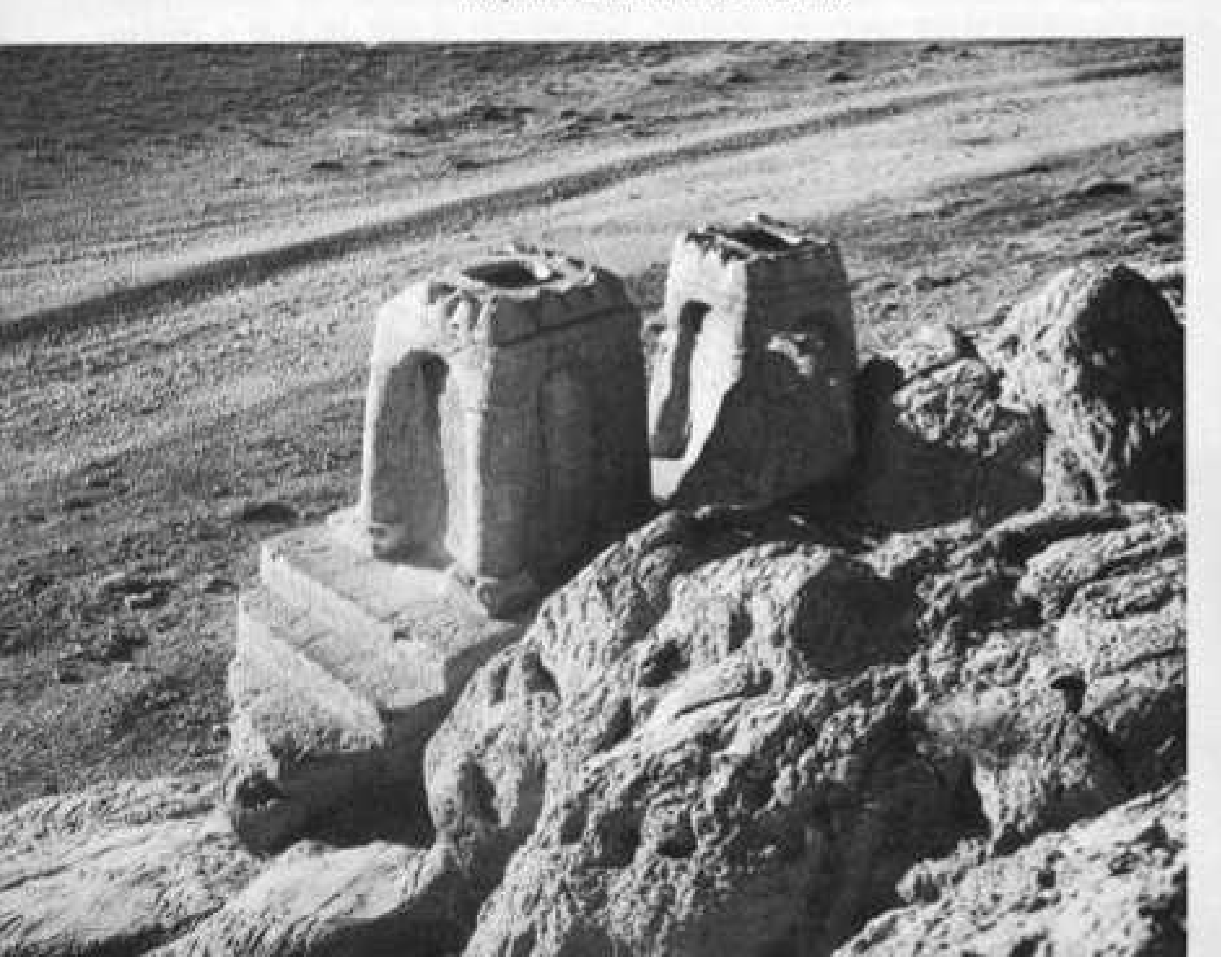
La religión mazdeista fue reformada por *Zoroastro* en el siglo VII o VI a. de J.C. Nada más misterioso que la historia de este gran reformador contemporáneo de Buda, de Pitágoras y de los profetas de Israel y cuya enseñanza tuvo lugar en la lejana Bactriana junto a un gran personaje, Histaspes, a quien convirtió. ¿Debe este personaje ser identificado con Histaspes, padre de Darío y sátrapa de Bactriana? Los historiadores no han podido responder todavía de manera definitiva. Sin embargo, se conoce más o menos el momento en que Zoroastro en-



señó su doctrina: lo mismo que el mazdeísmo original refleja una sociedad irania todavía seminómada, compuesta por caballeros belicosos preparados para iniciar conquistas. La doctrina del reformador se sitúa en el momento en que la sociedad irania acababa de estabilizarse, rompiendo con la vida pastoril nómada para convertirse en una sociedad de ganaderos y agricultores que trabajaban en sus prados y campos. Así se comprende cierto número de temas: el de la lucha contra el nómada bandolero, el respeto por la vida animal, los preceptos correspondientes al empleo del agua del estiércol, la orina del buey declarada purificadora. A la sociedad irania nueva, Zoroastro predicaba un mazdeísmo totalmente reformado por su afirmación fundamental: Ahura-Mazda era el único dios, y los dioses o yazatas no podían ser sino aspectos de ese solo dios, o de sus primeras criaturas, situadas por debajo de él a modo de arcángeles; igualmente modificaba la creencia en un mundo de tinieblas enteramente opuesto al mundo celeste, enseñando que de dos espíritus creados por Ahura-Mazda uno había elegido el bien y otro el mal, y su combate decidía de una vez por todas la vida de la humanidad que podía elegir entre los antagonistas, pero cuyo deber, en un día determinado, era seguramente ayudar a la victoria de las fuerzas del bien. Zoroastro proponía a los iranios una vida religiosa nueva: la moral, el compromiso a un esfuerzo constante para el triunfo del bien, una conducta pura cuya sanción está en el más allá,

TORRES DEL FUEGO EN NAQSH-I-RUSTAM

Al pie del acantilado donde fueron excavadas las tumbas rupestres de los sucesores de Darío, se yerguen todavía los altares donde se mantuvo perpetuamente la ofrenda de un fuego sagrado, rito fundamental del culto mazdeísta.



en espera de que un día el reino de Ahura-Mazda se estableciera tras la conflagración final del universo. La vida cultual ordinaria perdía su sentido, con todas sus supersticiones: ¿por qué hacer que corra la sangre de un animal sacrificado, o por qué absorber el «soma» para alcanzar el éxtasis? El dios inmaterial amaba primero la pureza de su discípulo.

Los iranios no siguieron al reformador; era difícil que así fuera, teniendo en cuenta el peso de la tradición sobre las clases populares. Los Aqueménidas no llegaron jamás al monoteísmo. Sus inscripciones dicen: «Ahura-Mazda el más grande de los dioses»; los diferentes dioses del panteón tradicional fueron solamente jerarquizados y sometidos a ese dios supremo que se imponía a las clases selectas el respeto a la justicia y la verdad. Jamás prescindieron de los sacrificios sangrientos; la oposición del bien y del mal fue llevada al concepto práctico de una lucha entre dos mundos eternamente antagonistas, sin que la preeminencia de Ahura-Mazda significase que el bien lo exaltara hasta el fin de los tiempos. La importancia cada vez más considerable del grupo de los *magos* en la sociedad irania es el signo más seguro del olvido, al menos parcial, de la enseñanza del reformador: se trata de una cofradía religiosa de origen medo, círculo cerrado en el que los matrimonios consanguíneos eran admitidos, y cuyo papel no hizo más que crecer en la aristocracia meda y persa. Sacrificando e interpretando los sueños, indispensables para las coronaciones reales, eran una especie de depositarios de las más venerables tradiciones, y por ello les había sido confiada la educación de los jóvenes de la aristocracia; pero la enseñanza de Zoroastro los había ignorado siempre, considerándolos sin duda como una de las cofradías responsables de la perduración de formas de vida religiosa que rechazaba.

Incluso traicionando el espíritu de la reforma zoroástrica, la práctica y la enseñanza religiosa de los medios dirigentes elevaron, no obstante, el nivel del mazdeísmo por encima de la mayor parte de las formas de paganismo que proliferaban en su imperio. Lo mismo que el pensamiento israelita, el mazdeísmo reformado tenía la virtud de establecer estrechas relaciones entre la devoción y la vida moral individual. A él se debe la dureza de los soberanos para las formas más retrasadas de la vieja religión irania, y sobre todo las simpatías que supieron marcar con respecto a los sistemas religiosos de su Imperio, cuya concepción de lo divino era la más desnuda: el caldeísmo enseñado por los sacerdotes de Babilonia, el yahvismo, que recibió numerosos favores del monarca, y otros más. El pensamiento religioso de los persas se contentaba además con equivalencias fáciles, gracias a las cuales Ahura-Mazda, Yahvé, Apolo y el Baal Shamein de los sirios se confundían fácilmente.

Intercambios y síntesis. La vida económica y social no conoció trastornos. La clase campesina no varió, es decir, seguía siendo la de los agricultores que dependían de una aristocracia de bienes raíces, excepto la de algunas regiones, como Persia, donde parece haberse formado un campesinado libre. Las relaciones entre las diferentes partes del antiguo Oriente fueron más fáciles y más se-

UN DÁRICO

Una moneda de oro con la efigie de Darío coronado, arrodillado como un arquero (cf. p. 309) y con una larga vestidura. Verdadera moneda imperial, los dáricos se extendieron por todas partes, pero en tan pequeño número y con un valor tan elevado que no podían, por sí solos, crear las condiciones de una economía monetaria.



guras después de la conquista persa, pero las condiciones técnicas y sociales eran generalmente demasiado arcaicas para que vastas corrientes económicas hubiesen cambiado a los hombres y a sus productos: grandes terrenos de la aristocracia, tierras de templos, principados unidos al Imperio sin que se modificasen sus estructuras..., demasiados obstáculos impedían que la economía persa se convirtiera en una economía de intercambios generalizados:

Hasta la buena moneda persa, que hizo su aparición bajo el reinado de Darío, no hizo cambiar de un modo general las condiciones económicas. La mayor parte del metal precioso, recogido por la administración, era atesorado en los almacenes de los palacios reales, y sólo una pequeña cantidad se entregaba a la acuñación. La plata y el oro convertidos en moneda eran corrientemente utilizados sólo en las regiones en que los intercambios económicos eran ya muy activos: en las satrapías occidentales con relaciones económicas frecuentes con el mundo griego, donde la soldada de los mercenarios y los envíos de dinero hacia las ciudades que habían de sostener o corromper exigían grandes sumas de dinero: en las sociedades ya abiertas a una activa vida de intercambios, tales como Fenicia y Babilonia, donde funcionaban buenos establecimientos bancarios, una parte de cuyas transacciones se efectuaba a veces en moneda: la casa Egibi en Babilonia y la casa Murashu e hijos en Nippur, que practicaban el préstamo al veinte por ciento, recibían depósitos, colocaban su capital en esclavos, ganado, fincas raíces, empresas industriales, tales como pesquerías y cervecerías, organizaban trabajos públicos tales como la excavación de canales cuya agua era vendida a los ribereños, etc.; en los grupos que vivían en contacto con los soberanos, tal como lo atestiguan las tablillas de Persépolis que indican los salarios de los obreros empleados en el palacio: pagados en especie en época de Jerjes, recibían 1/3 de su salario en dinero al principio de su reinado, y los 2/3 a finales de ese mismo reinado.

Sin embargo, la fisonomía económica de Oriente se modificó con mayor rapidez que antes: hombres y productos circularon un poco más lejos y un poco más rápidamente. Del Imperio persa data la aclimatación del sésamo en Egipto y del arroz en Mesopotamia; Darío vigiló personalmente el trasplante de árboles frutales en las satrapías orientales de Asia Menor. Los obreros empleados por los soberanos constituían a veces multitudes cosmopolitas; los soldados y los administradores persas arrastraron consigo a otros compatriotas que se instalaron en diversas provincias, haciendo penetrar con ellos costumbres, ideas y prácticas religiosas nuevas. Antes de 521 no se conocía la existencia de nombres persas en Babilonia: luego no dejaron de multiplicarse. También Capadocia, Armenia y el norte de Asia Menor recibieron importantes contingentes persas, y no había familia noble en esas regiones, algunos siglos más tarde, que no se vanagloriase de una ilustre ascendencia irania.

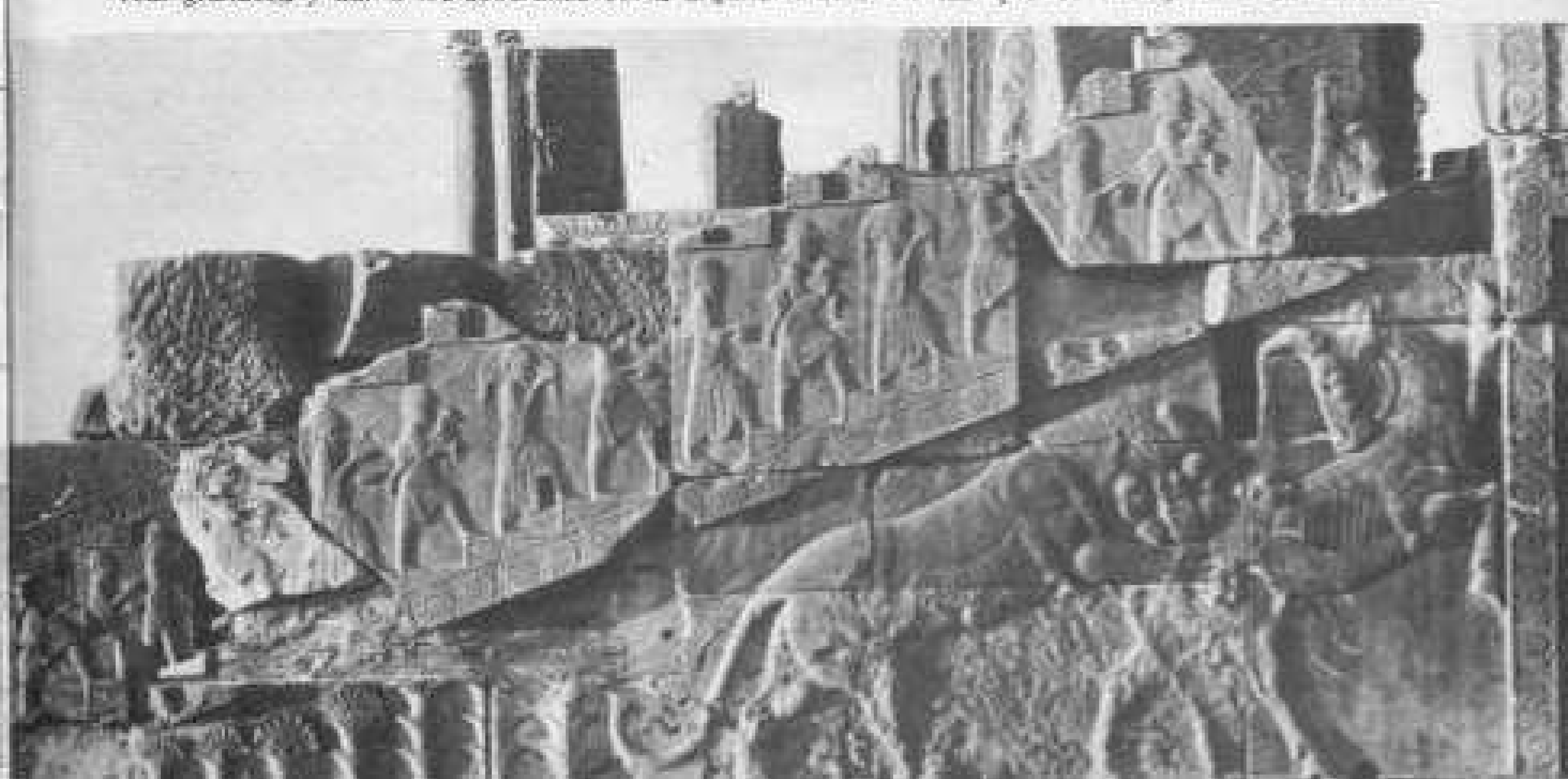
El arte persa es, en cierto modo, un resumen de tradiciones arquitectónicas y decorativas de las provincias del Imperio. Arte real, concebido para servir a la gloria del rey y al esplendor de su corte, no levantó sobre el suelo de Persia sino palacios y tumbas reales, ningún templo, y pocas obras de escultura en la ausencia de representaciones antropomórficas de las divinidades; sin embargo, los muros de las residencias reales estaban cubiertos de grandes frisos compuestos por franjas superpuestas, que ilustran el poderío del soberano con la representación de largas hileras de tributarios.

Considerando el más bello conjunto monumental, el de *Persépolis*, se descubren fácilmente los orígenes de los procedimientos empleados: sala hipóstila de origen egipcio, friso mesopotámico, estrías jónicas de las columnas... injertado todo en las técnicas más arcaicas venidas del fondo iranio-urarteo del arte persa: la terraza sobre la que se asienta, la forma del capitel, etc. Nos encontramos en presencia de un arte oficial, que es la suma y el total de las técnicas de Oriente fundidas y llevadas a su perfección, pero sin renovación: la maravillosa sala de audiencia real de la Apadana podía acoger a diez mil personas admitidas a la contemplación de la majestad real. Las únicas manifestaciones de originalidad artística unida a un gran virtuosismo las halla el historiador en la joyería y la decoración de objetos de modesto volumen.

Por último, el Imperio fue un lugar de encuentro y sintetización de formas de vida intelectual muy variadas y a menudo brillantes. Bajo los Aqueménidas, los diferentes centros de la antigua civilización prosiguieron su trabajo, con la seguridad, a causa de las nuevas condiciones, de una difusión mucho más rápida de sus creaciones. Fue el tiempo en que los israelitas de Babilonia y de Judea ultimaron la compilación

EL ARTE IMPERIAL

Arriba: la terraza de la apadana de Darío (sala de audiencia real), donde se yerguen todavía algunas de las inmensas columnas en las que se apoyaba el armazón de vigas de cedro que constituían el techo. En esta vasta sala hipóstila el rey se mostraba a sus vasallos. A la derecha de la foto, dos de los toros de cara humana, guardianes de la puerta de Jerjes. Abajo: una escalera de acceso a la terraza, con el monótono desfile de tributarios, las rosetas infinitamente multiplicadas en las bandas, y el tema secular de la lucha de animales salvajes, en el que la victoria de la fiera simboliza quizá la del persa sobre sus enemigos. Y, sin embargo, este arte, cuyos medios y técnicas fueron tomados de todos los pueblos que componían el Imperio persa, pudo alcanzar una real grandeza y dar a los soberanos obras arquitectónicas en las que se manifestaba su autoridad





EL REY EN MAJESTAD

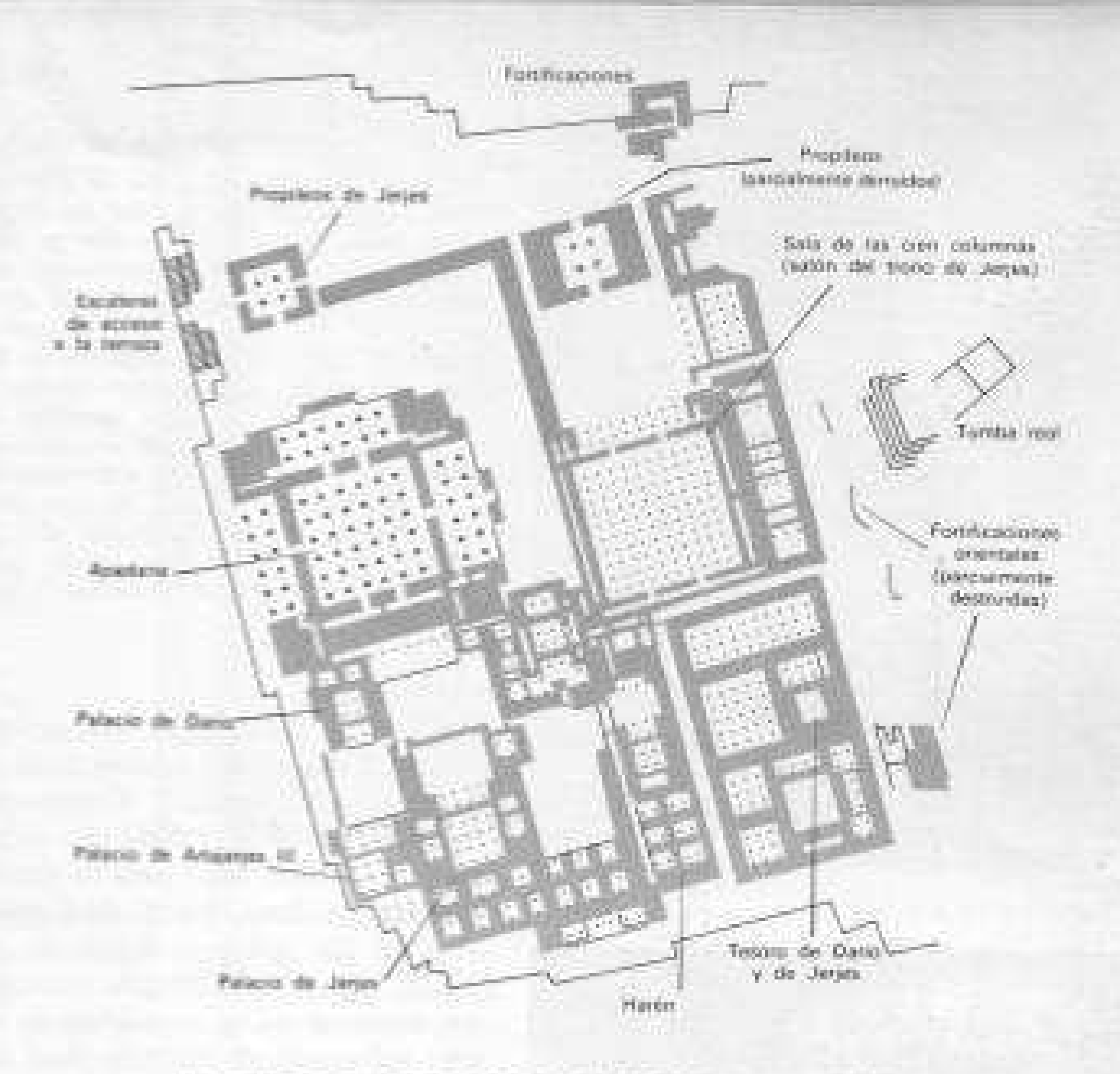
Sentado en un elevado trono de alto respaldo y los pies sobre un escabel, sostiene un largo bastón de mando. Tras él, un noble de la corte, con vestiduras finamente plegadas y la barba bien rizada, como su soberano.

COLUMNAS Y CAPITELES

A la derecha: la puerta de Jerjes en Persépolis; dos columnas del vestíbulo, de bien acanalado fuste y de remate extrañamente complicado, existen todavía. Abajo: dos de las cabezas de animales que adornaban los capiteles de las columnas.







LA TERRAZA DE LOS PALACIOS DE PERSÉPOLIS

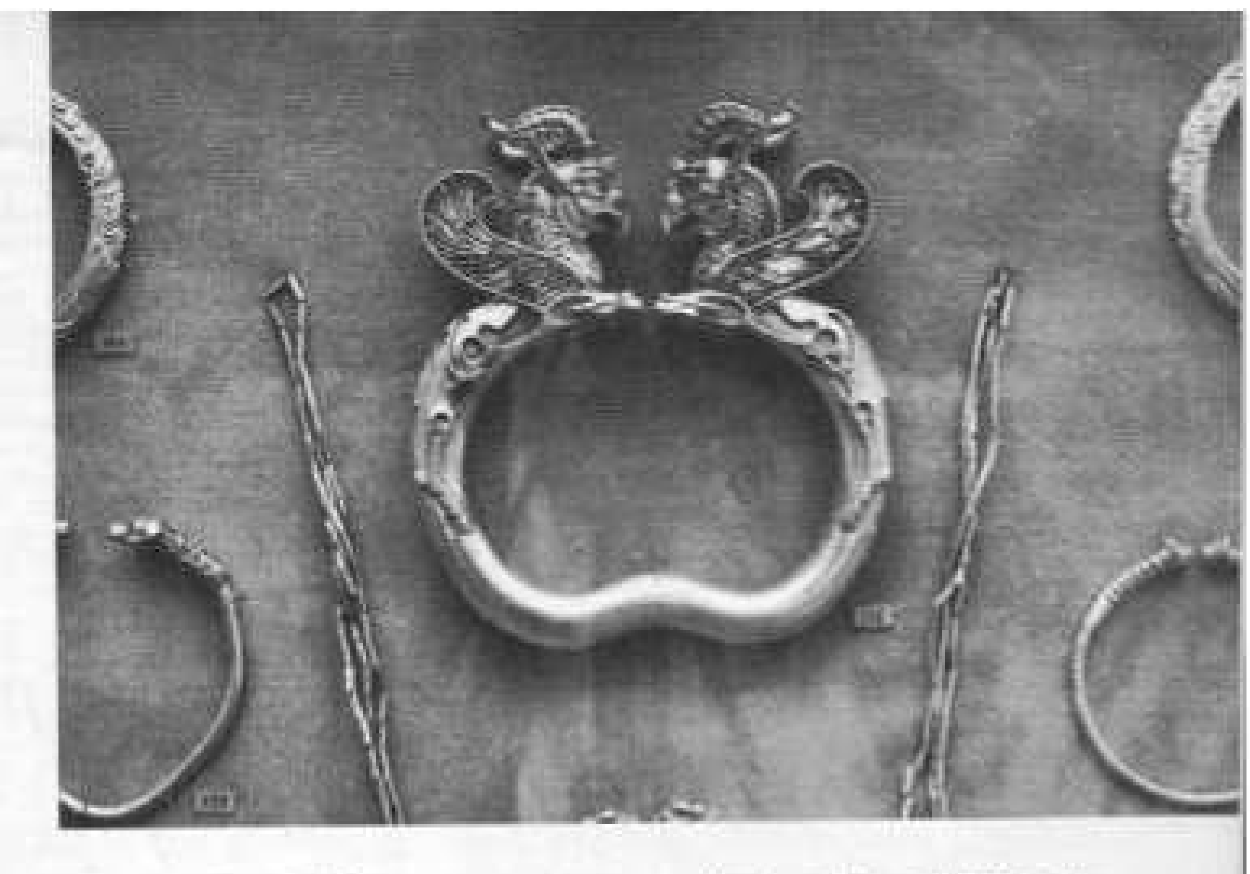




ORFEBRERIA IRANIA

Excelentes broncistas, como lo demuestran numerosas obras, entre las cuales los bronces del Luristán son las más numerosas y originales, los iranios fueron también excelentes orfebres, que supieron preservar la originalidad de su arte procedente de los pueblos de la estepa. Representaciones de animales y estilización de figuras, siempre dominadas por las necesidades decorativas, caracterizan las tres obras reunidas aquí. Arriba, a la izquierda: un vaso de oro adornado con dos parejas de leones que se enfrentan (siglo VIII); a la derecha: un brazalete de oro procedente del tesoro de Oxus, en Bactriana: dos grifos frente a frente cierran la pieza. Abajo: una espada de oro con cabezas de leones y carneros.

de sus textos religiosos fundamentales, y los sabios babilonios avanzaron en sus conocimientos astronómicos. Contemporáneos de Darío levantaron tablas de cálculos astronómicos, sobre todo para la previsión de los eclipses de luna. Entre ellos trabajó quizás el que los griegos llamaron *Naburianos*. En el siglo IV se descubrió la precesión de los equinoccios, y se calculó la longitud del año solar con un error de siete minutos dieciséis segundos; el mérito de la conclusión de estos trabajos lo atribuyeron los griegos a un tal *Kidinnu*, impropiamente llamado Kidinnu de Sippar. Ignoramos por qué medios y con qué fidelidad se extendieron tales conquistas. Sin embargo, en el intercambio de ideas y hombres reside la importancia histórica del Imperio persa. Los emigrantes persas llevaron consigo, hacia el Asia Menor, los cultos de Mitra y de Anahita; los medios israelitas se dejaron impresionar por ciertas representaciones religiosas de Persia. Generalmente se admite que las especulaciones judías sobre el fin del mundo, la oposición de un mundo de luces y un mundo de tinieblas, el papel nuevo de los arcángeles y los demonios, todos estos temas que caracterizan la literatura bíblica tardía, han estado, en parte, inspirados en temas fundamentales del mazdeísmo reformado. Aparte de ello, los judíos tomaron de Persia un vocabulario y un conjunto de imágenes que nutrieron la literatura apocalíptica. Las relaciones intelectuales que caracterizan esta época no se traducen siempre tan claramente con adopciones y préstamos. Sin duda los palacios indios de Patna están influidos en su



disposición por el de Persépolis; el alfabeto indio ha sido construido según las lecciones del alfabeto arameo; sin embargo, se ha desechado la teoría de que los médicos griegos fueran discípulos de Oriente: hubo médicos griegos en el Imperio persa, incluso algunos dependientes de la persona real, pero las tradiciones médicas griegas han dejado pocas cosas que testimonien influencia directa. El Imperio persa fue más bien el lugar en que los hombres llegados de todos los horizontes dispusieron de medios para enriquecer sus conocimientos y comenzar el lento trabajo de confrontación y críticas de tradiciones culturales diferentes y cerradas hasta entonces.

UNA PILA DE MÁRMOL

Está decorada con cabezas de león, cuyas melenas, como sucede a menudo en el arte oriental, son tratadas como si fuesen un revestimiento de escamas.



EL SEÑOR DEL MUNDO
(siglos VI-V)
Tomando de los pueblos de Mesopotamia sus temas iconográficos, los reyes aqueménidas, como sus predecesores en Oriente, creían afirmar su soberanía sobre el mundo con el tema del rey cazador victorioso. La época persa, a juzgar por algunos ejemplos (cf. p. 292), ha sido el momento de un notable renacimiento de la glíptica.

4. La decadencia política de Persia

Durante ciento cincuenta años después de Darío *el Grande*, los pueblos no conocieron nada más grande que el Imperio persa. Sin embargo, los griegos tuvieron siempre alguna empresa en marcha en las fronteras occidentales del Imperio. Se sabía también que periódicamente estallaban algunas revueltas, que un rey era asesinado, pero el poderío persa seguía siendo gigantesco a ojos de las gentes sensatas. A pesar de sus armas, el Gran Rey sabía utilizar su oro, hasta el punto de convertirse en un momento dado en el árbitro de ciudades griegas como lo significa la «paz del rey» en 386. Los griegos creían que una coalición, por no decir una cruzada, podría tal vez obtener ese resultado considerable: arrebatar toda el Asia Menor al Gran Rey. Las campañas de Alejandro revelaron las debilidades reales de ese enorme Imperio, que fue conquistado en su totalidad.

Debilitación del poder real. Después de Salamina, en el año 480, ningún rey había de reaparecer en un campo de batalla durante más de un siglo. A partir de Jerjes, los reyes optaron por permanecer prisioneros de su palacio y de la corte, empeñados en las intrigas de los clanes rivales, que se esforzaban en hacer prevalecer su política obteniendo un favor momentáneo. Los orígenes del poder real de Darío pesaron gravemente sobre la monarquía: jamás el rey pudo liberarse de su condición real de jefe de la aristocracia persa, superior a todos como Gran Rey, pero obligado a tener en cuenta múltiples alianzas, matrimoniales o de otra índole, que ligaban a su familia con las de la alta aristocracia. La organización y el modo de vida del palacio real agravaron siempre esta falsa situación de la monarquía, cuando no era controlada por un rey de la categoría de Ciro o de Darío. Las intrigas paralizaban al soberano: las de los parientes próximos, las de los consejeros políticos, tanto más poderosos cuanto que ninguna delegación del poder había sido prevista para ningún ministro o visir que hubiese tenido el encargo de aplicar una política dirigiendo la acción de los negociados, y por último las intrigas del harén, cuyo número hacían inextricables las querellas sucesorias: el de Artajerjes II (404-358) contó con trescientas cincuenta mujeres. Ninguno de los soberanos supo atenerse, en efecto, a una regla de sucesión. El poder podía ser disputado entre el primero de los hijos reales nacidos antes del advenimiento al trono y el primero de los hijos nacidos después de iniciado el reinado.

El ejemplo más famoso de los trastornos que se produjeron fue la sucesión de Darío II Oco (423-404): la reina madre Parisatis quiso que el trono fuera a manos de Ciro, llamado *el Joven*, primogénito de los hijos de Darío II después de haber sido nombrado rey. De hecho, el primogénito, según la ley de primogenitura, Artajerjes II (404-358), logró el trono y cedió a los ruegos de

Parisatis: Ciro *el Joven* fue respetado. En Asia Menor, Ciro, el héroe del tratado de Jenofonte, la *Ciropedia* (la educación de Ciro), formó un ejército, y tras una campaña fulminante llegó en pocos meses cerca de Babilonia, donde batió al ejército real (401). La victoria de Cunaxa fue inútil porque Ciro murió al final del combate; los 10.000 mercenarios griegos supervivientes efectuaron una retirada memorable hasta el mar Negro. Con frecuencia las competiciones terminaban en terribles matanzas efectuadas en el palacio, donde el pretendiente desafortunado era asesinado con sus consejeros y una parte de su familia. En 424 fueron entronizados sucesivamente dos reyes antes de que Darío II Oco alcanzase sólidamente el poder; pero las matanzas del año 338 superaron todo lo que había conocido la corte de Persia: Artajerjes III (358-338) fue envenenado por uno de sus consejeros, el eunuco Bagoas; en 336, el nuevo rey pereció a manos del mismo envenenador, que hizo, además, matar a todos sus hijos. Fue preciso ir en busca del bizniето de Darío II para encontrar un candidato al trono que fuese de sangre real: Darío III Codomano (336-330) escapó al veneno haciendo beber a Bagoas el que estaba destinado al joven soberano.

¿Qué dinastía hubiera podido resistir tal crisis? ¿Qué reyes, a pesar de sus poderosas personalidades, hubiesen podido apartarse de la vida política mediocre, manejada con confabulaciones, para recuperar el imperio reorganizando la institución monárquica? La supervivencia del Imperio dependía finalmente de la fidelidad de las provincias.

Papel de los sátrapas y revoluciones nacionales. Los vínculos mediante los cuales el rey estaba ligado a la aristocracia se hacían particularmente peligrosos en el gobierno de las provincias; grandes aristócratas como el rey, los sátrapas se habían independizado en su provincia en una época en que el puño de Darío era sólo un recuerdo. Prácticamente, cada uno podía conducirse como soberano autónomo, disponiendo de un ejército, de un tesoro, acuñando a veces moneda y manejando una política exterior propia. Es fácil comprender que los sátrapas hubiesen desdeñado los intereses del Imperio; la política de *Tisafernes*, sátrapa de Lidia, devolvió al Imperio su poderío en el mar Egeo, adoptando después de 413 el partido de Esparta contra Atenas. Concedió a Esparta enormes subsidios, pero ocupó, en cambio, la costa de Jonia, que las guerras médicas habían arrebatado al Imperio. Pero



¿JERJES?

En esta bella obra de lapislázuli se ha creído reconocer los rasgos del vencido de Salamina.

MONEDA DE CIRO EL JOVEN

Una de las monedas, con un arquero, que acuñó cuando gobernaba las satrapías de Asia Menor.



los sátrapas no querían ser desposeídos de las ventajas de sus gobiernos, y toda su acción tendió a obtener que se les conservaran a veces con la posibilidad de una transmisión hereditaria. El peligro estribaba en la frecuencia con que formulasen sus exigencias con las armas en la mano.

Las revueltas de los sátrapas en modo alguno perseguían los cambios dinásticos, sino la afirmación de privilegios. El peligro se hizo mortal cuando esas revueltas se conjugaron con la rebelión de los pueblos del Imperio. Después de las terribles represiones del reinado de Jerjes, una voluntad de independencia animaba las provincias en las que sobrevivía algo del sentimiento nacional: Egipto, Fenicia, Chipre, Cilicia. El Imperio persa parecía herido de muerte cuando en 367 varios sátrapas de Occidente se rebelaron y fueron seguidos pronto por esas provincias. Una vez más, el rey se salvó por la desunión de los rebeldes y diversas traiciones. El último de los grandes soberanos, Artajerjes III Oco (358-338), derrotó a los sátrapas rebeldes, destruyó Sidón y subyugó a Egipto. No había modificado, por tanto, el instrumento militar tradicional: su ejército continuaba siendo la reunión de los contingentes de cada satrapía, combatiendo cada uno según su armamento y su técnica tradicionales; ejércitos poderosos cuando había habido tiempo para reunirlos y pertrecharlos, bastaron siempre para reducir a los rebeldes. Pero sólo los *Inmortales* y los mercenarios griegos eran elementos militares de algún valor. Tal turbamulta era un instrumento demasiado pesado de manejar y a menudo ineficaz: la retirada de los 10.000 lo demuestra sobradamente.

Sin duda el Imperio estaba herido por los mismos efectos, mortales a la larga, que habían afectado a todos los Imperios orientales de los que era heredero: la extensión desmesurada y la mezcolanza de las civilizaciones comprendidas en sus fronteras. La época no permitía la creación de medios de gobierno eficaces; la aristocracia persa, indispensable, por otra parte, para proporcionar el personal dirigente, paralizaba la acción del rey, que utilizaba los medios administrativos elaborados por Darío. La fragilidad del edificio se mide con la importancia que adquiere el valor individual del soberano: Artajerjes III podía momentáneamente devolver a Persia la grandeza que Darío le había dado. Estaba fuera de su poder dar a ese Imperio desmesurado las instituciones necesarias, mientras que la evolución general de las sociedades del antiguo Oriente no permitiera que el ejército fuese algo distinto de la vasta multitud de contingentes de las satrapías, ni que se constituyese una administración independiente de la aristocracia y entregada al bien público. El Imperio aqueménida no tenía todavía los medios de que Roma había de disponer.

GRIFO DE LADRILLO ESMALTADO, DEL PALACIO DE SUSA

